El conde Belisario, El último general romano
Robert Graves



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

En el siglo VI,JustinianO gobierna un Imperio Romano de Oriente que pasa por graves dificultades. Los bárbaros atacan sus fronteras, en las calles de Constantinopla se producen sangrientos desórdenes, en la corte prolifera la intriga, y las disputas teológicas siembran la división en el imperio.

El emperador sólo puede reclamar el auxilio de un hombre: Belisario, un comandante cristiano de excepcional valor y nobleza, que al mando de las tropas bizantinas restaurará el orden interno y triunfará sobre los enemigos del imperio en Africa, Italia y España.

Robert Graves nació en Wimbledon, Londres, en 1895 y murió en la población mallorquina de DeLá en 1985. Aunque se consideraba básicamente un poeta, a su pluma se deben algunas de las más brillantes creaciones de la narrativa histórica.

Gran conocedor de la Antigüedad clásica, es autor de varias recopilaciones de mitos griegos y hebreos, y de versiones al inglés de las obras de Apuleyo, Lucano y Suetonio.

NOTA PRELIMINAR

A la mayoría de la gente le cuesta relacionar lógicamente a los personajes de la antiguedad clásica con los de la época romántica de la leyenda medieval. El rey Arturo, por ejemplo, parece pertenecer a una época muy anterior a Julio César; no obstante, su cristianismo lo sitúa varios siglos más tarde.

En esta historia del conde Belisario se verá cómo se superpusieron ambas épocas.

He aquí un general romano cuyas victorias no son menos romanas, ni sus principios estratégicos menos clásicos, que los de Julio César. Sin embargo, el ejército ha cambiado hasta volverse casi irreconocible, pues la vieja legión de infantería ha desaparecido al fin, y Belisario (uno de los últimos romanos a quien se honró con la dignidad de cónsul y el último a quien se honró con un triunfo) es un comandante cristiano de caballeros con cota de malla, casi todos de origen bárbaro, cuyas proezas individuales rivalizan con las de los héroes del rey Anuro. En sus tiempos se producen situaciones típicamente románticas. Por ejemplo, pérfidos villanos encierran a doncellas cautivas en tétricos castillos de las colinas (durante las incursiones moriscas en el África romana), y sus caballeros parten gallardamente al rescate con estandartes y lanzas.

El elemento milagroso en la historia del rey Arturo es en parte saga primitiva y cuento popular, en parte misticismo monástico de tiempos mucho más tardfos. Pero, en el caso de Belisario, la principal autoridad en lo que respecta a su vida privada y sus campañas no fue un godo o un huno de su Regimiento Personal -quienes sin duda las habrían transformado en una épica fantasiosa que los monjes habrían adornado en los siglos posteriores-, sino su culto secretario grecosirio, Procopio de Cesarea.

Procopio era en principio un escritor juicioso, de buena formación clásica, como lo era Agatías, quien nos ha legado el último capítulo militar; de modo que en este caso no hubo, como en el de Anuro, ningún desafuero romántico. Al parecer, el rey Arturo histérico fue un reyezuelo bretón con mando en la caballería aijada, a quien los romanos abandonaron a su suene cuando retiraron la infantería regular de las guarniciones británicas, a principios del siglo quinto. Si su cronista hubiera sido un Procopio, los ogros y naves encantadas y magos y bestias aullantes no habrfan figurado en la Historia, salvo quizá como digresión en las leyendas británicas de la época. En cambio, tendríamos un par de lúcidos capftulos sobre la historia militar tardía de los romanos:

los valerosos afanes de Anuro para preservar un vestigio de civilización cristiana en la región occidental, ante la presión de la invasión pagana. Y el caballo de Anuro habría sido una robusta montura militar, no un corcel encantado llevándolo por los aires en pos del milenio cristiano.

Belisario nació el último año del desastroso siglo quinto (el siglo del rey Arturo), en el cual los anglosajones habían devastado el sur de Gran Bretaña; los visigodos, España; los vándalos,

África; los francos, Galia; los ostrogodos, Italia. Murió en 565, cinco años antes del nacimiento del profeta Mahoma.

Donde los datos existentes son escasos, he tenido que cubrir las lagunas de la Historia con ficción, pero en general he tenido en mente un equivalente histórico, de modo que si esto o lo otro no ocurrió exactamente así, es probable que haya ocurrido algo similar. El triángulo amoroso Belisario-Antonina-Teodosio, por ficticio que pueda parecer, ha sido adaptado con muy pocas alteraciones de la Historia secreta. Tampoco es exagerada la exposición que aquí se hace de la política de la Iglesia y el Hipódromo en el siglo sexto. El único personaje inventado es Modesto, tío de Belisario, un típico ejemplar de literato romano de la edad de los oropeles. Los dos documentos ítalo-góticos citados en el texto son auténticos.

Las distancias se dan en millas romanas, prácticamente equivalentes a las millas inglesas, o sea poco más de un kilómetro y medio cada una. Los toponímicos se han modernizado en los casos en que ello contribuía a hacerlos reconocibles.

Tengo que agradecer a Laura Riding la gran ayuda que me ha brindado en cuestiones de lenguaje y narrativa.

R. G.

LA NIÑEZ DE BELISARIO

Cuando Belisario tenía siete años, su madre, que era viuda, le dijo que había llegado el momento de dejarlos, a ella y a la servidumbre de la finca de Tchermen, en Tracia, para ir a la escuela de Adrianópolis, una ciudad a pocas millas de distancia, donde estaría bajo la tutela del hermano de ella, el Eminente Modesto. Obligándolo a jurar por las Sagradas Escrituras - ra cristiana de rito ortodoxo-, lo comprometió a cumplir con el juramento bautismal realizado en nombre del niño por los padrinos de Belisario, que habían muerto recientemente. Belisario juró, renunciando al mundo, la carne y el demonio.

Yo, el autor de este trabajo en griego, soy persona de poca importancia, un mero doméstico; pero pasé casi toda mi vida al servicio de Antonina, esposa del tal Belisario, y debéis dar crédito a lo que escribo. Ante todo, permitidme citar una opinión de mi ama Antonina sobre este juramento de Tchermen: ella aseguraba que era descabellado comprometer a niños pequeños mediante semejantes juramentos espirituales, especialmente antes que hubieran asistido a la escuela o hubieran tenido una mínima experiencia del mundo de los hombres, las mujeres y los clérigos. Era tan antinatural, decía, como obligar a un niño a cargar con un objeto molesto: por ejemplo, a llevar siempre consigo, dondequiera que fuese, un pequeño tronco; o a no volver nunca la cabeza sobre los hombros, girando en cambio todo el cuerpo, o bien a mover los ojos, tal vez, independientemente de la cabeza. Por cierto, éstos serían grandes inconvenientes, pero ninguno tan grande como los que implica el juramento solemne de renunciar al mundo, la carne y el demonio para un joven noble destinado al servicio de su Sagrada Majestad, el Emperador de los Romanos de Oriente, quien reina en Constantinopla.

Pues, o bien, cuando el niño llega a la adolescencia, rompe el juramento, víctima de las tentaciones, y el corazón se le llena de remordimientos, en cuyo caso pierde confianza en su propia fortaleza moral, o bien rompe el juramento, de la misma manera, pero sin remordimiento alguno, porque el mundo, la carne y el demonio le parecen deliciosos, en cuyo caso pierde toda noción de la naturaleza solemne de un juramento.

Pero Belisario era un niño tan excepcional, y llegó a ser un hombre tan extraordinario, que ninguna dificultad que le entorpeciera el camino podía haberle preocupado demasiado. Por tomar el ejemplo absurdo que daba mi ama: habría adaptado fácilmente el cuerpo a la norma de no volver nunca la cabeza sobre los hombros y habría dado al hábito un aire de nobleza, no de rigidez. O habría trajinado con el tronco siempre a cuestas y lo habría hecho parecer el objeto más conveniente y necesario del mundo -un arma, un taburete, una almohada-, de tal modo que incluso habría iniciado una moda urbana de troncos elegantemente tallados y taraceados. Y, por

cierto, esa moda no sería más tonta ni supersticiosa que muchas de las hoy en boga entre los jóvenes petimetres de las facciones rivales del Hipódromo, y muchas más que han pasado transitoriamente en este siglo fatigoso: modas en barbas, capas, juramentos, juguetes, perfumes, juegos de azar, posturas camales, expresiones de afecto, afrodisiacos, argumentos y opiniones religiosas, relicarios, dagas, confituras.

Belisario, de todas maneras, encaró este peligroso juramento con el mismo candor resuelto con que el joven Teseo de Atenas juró ante su madre, viuda, que vengaría la muerte de su padre enfrentándose al monstruoso Minotauro del Laberinto de Creta, que comía carne humana.

Si fue fiel o no al juramento lo juzgaréis vosotros después de leer esta historia.

Pero permitidme aseguraros, si sois cristianos, o tal vez clérigos quienes leéis esto, que Belisario no compartía en absoluto vuestros hábitos mentales, y daba poca importancia al dogma; y que cuando llegó a estar al frente de una gran corte prohibió todas las disputas eclesiásticas dentro de las paredes de su hogar, pues las consideraba infructuosas para el alma y dañinas para la paz familiar. Al principio, la decisión fue de mi ama Antonina, pero al cabo de un tiempo él la aprobó y adoptó, e incluso sometió a la misma disciplina a los obispos y abates, cuando los recibía como huéspedes.

De modo que éste fue el primero de sus tres juramentos; el segundo fue el de lealtad a su Emperador, el viejo Emperador Anastasio, en cuyo reinado nació, y más tarde a los dos sucesores de Anastasio; y el tercer juramento fue el de lealtad ami ama Antonina, su esposa. Estas observaciones servirán como prefacio al texto que sigue, que estoy escribiendo en mi extrema vejez en Constantinopla en el año del Señor de 571, o sea mil trescientos seis años después de la fundación de la Ciudad de Roma.

Belisario nació en el año 500 de Nuestro Señor, y a su madre esto le pareció de mal aguero. Pues al Diablo, creía ella, se le permitiría dominar esta tierra mil años, y al cabo de ese periodo la Humanidad sería al fin redimida: por lo tanto el año del nacimiento de su único hijo coincidía, como ella decía, con el centro mismo de la larga y negra noche que separaba el primer día de gloria del segundo. Pero yo, Eugenio el Eunuco, confieso que tales opiniones me parecen supersticiosas y absolutamente indignas de gentes sensatas, y no otra era la opinión de mi querida ama Antonina en estos asuntos.

El joven Belisario se despidió obedientemente de su madre y sus servidores, quienes (juntando esclavos con hombres libres y contando los niños y los viejos) sumaban unas doscientas almas; y montando su elegante caballo blanco cabalgó hacia Adrianópolis. Lo acompañó Juan, el hijo del mayordomo, un muchacho armenio de su misma edad que había sido teniente de Belisario en el pequeño ejército privado que él había formado con los niños que vivían en la finca; y Paleólogo, un preceptor griego que ya le había enseñado los rudimentos de la lectura, la escritura y la aritmética; y dos esclavos tracios. Paleólogo iba desarmado, pero los esclavos llevaban espadas, y Belisario y Juan de Armenia empuñaban arcos ligeros, adecuados a su fuerza, con unas pocas y certeras flechas. Ambos niños eran ya muy diestros con el arco, tanto a pie como a caballo; lo cual era de esperar. Pues los armenios son una raza belicosa y Belisano era de ascendencia eslava, según lo indica su nombre, Beli Tsar, que significa «el Príncipe Blanco"; los eslavos paganos, que viven allende el río Danubio, son arqueros y jinetes notables. La familia de su padre se había instalado en Tchermen cien años atrás, y estaba totalmente romanizada y había ascendido al segundo de los tres rangos de nobleza.

El viaje desde Tchermen fue a campo traviesa, no por la carretera principal entre Constantinopla y Adrianópolis, que pasa cerca de esta aldea. Varias veces, Belisario y Juan, con el permiso del preceptor, se alejaron del camino para cazar; y Belisario tuvo la suerte de capturar una liebre, que les sirvió de comida esa noche en la posada donde se proponían alojarse. Era sólo una posada pequeña, poco frecuentada, y la vieja posadera estaba profundamente consternada: el esposo había muerto hacía poco, al caer sobre él la rama de un olmo mientras cuidaba las vides, y luego el esclavo había huido, robando el único caballo de los establos, y ahora podía estar en

cualquier parte. Sólo le quedaba una joven esclava, que cuidaba con poca pericia de los animales y las vides mientras ella hacia las faenas domésticas. Los viajeros entendieron que en esa posada ellos mismos debían proveerse de alimentos y cocinarlos. De los dos esclavos, uno era porteador, un hombre fuerte y valeroso, sin conocimientos ni versatilidad, y el otro, Andreas, era un joven a quien habían educado como asistente de baños; ninguno de los dos sabia adobar una liebre. Paleólogo envió al porteador en busca de leña y agua, y ordenó a Andreas que frotara con arena la mesa grasienta. Él mismo desolló y troceó la liebre, que pronto estuvo cociéndose en una olla con hojas de laurel, col, cebada y un poco de sal. Juan de Armenia revolvía la olla con una cuchara de cuerno.

-Tengo un paquete de granos de pimienta negra de Ceilán que mi madre envía como presente a mi tío Modesto -dijo Belisario-. Me gusta esta pimienta india. Produce picazón en la boca. El presente no perderá mucho valor si muelo unos pocos granos en el molinillo que los acompaña, para aderezar nuestra sopa de liebre.

Abrió la alforja y extrajo el paquete de pimienta negra y el molinillo y se puso a moler. Siendo sólo un niño, molió demasiado para una comida de cinco personas; hasta que Paleólogo, observándolo, exclamó:

-¡Muchacho, aquí hay pimienta suficiente para un Cíclope!

Luego, mientras se cocía la liebre, Paleólogo les contó la historia, que ellos nunca habían oído, de Ulises en la caverna del Cíclope, y de cómo encendió una estaca en el fuego y, embriagando al Cíclope, le perforó el único ojo con la punta llameante.

Los niños y los esclavos escuchaban riendo, pues Paleólogo, citando la obra de Eurípides, imitó con mucha gracia al Cíclope enceguecido. Luego pusieron la mesa para tres -los esclavos comerían aparte, más tarde- y sirvieron en las copas vino de una jarra de arcilla ahumada que habían encontrado en un aparador. El esclavo Andreas cortó para ellos rebanadas de pan con su cuchillo de monte.

Al fin, la comida estuvo prácticamente lista, pues a la liebre sólo le faltaba unos minutos de cocción. Paleólogo le había añadido dos o tres cucharadas de vino, una pizca de pimienta, una ramita de romero y un poco de acedera amarga que la vieja trajo del huerto. De vez en cuando, probaban la sopa con la cuchara de cuerno. Habían encendido cuatro velas de sebo, y Andreas debía despabilarías cuando la mecha se entreabría. Pero en ese momento feliz se oyó un gran ruido en la puerta e irrumpieron seis hombres armados hasta los dientes, griegos asiáticos por la lengua, y lo echaron todo a perder.

Con ellos traían a un joven de rasgos delicados, decentemente vestido, atado de pies y manos de tal modo que no podía caminar. Parecía un artesano o un comerciante acaudalado. El cabecilla, un tipo muy corpulento, cargaba al prisionero al hombro como un costal de grano y lo arrojó en el rincón junto al fuego, supongo que porque era el lugar más alejado de la puerta, en caso de que quisiera escapar. El hombre estaba evidentemente desesperado y sin duda pensaba que lo asesinarían. Más tarde supieron que se llamaba Simeón y era un burgués de ese distrito. Le había tocado en suerte presentarse en nombre de los otros burgueses de la zona ante un poderoso terrateniente llamado Juan de Capadocia, para suplicarle que pagara el impuesto territorial que debía, o al menos una parte, pues hacia tiempo que aquel joven rico evadía esa obligación.

Ahora se exigía al distrito el pago de tantas libras anuales de oro al erario imperial, y las tierras de Juan de Capadocia estaban tasadas en un valor que era inferior al real, pero que equivalía a un tercio del impuesto total del distrito. Los burgueses, a causa de las malas cosechas y una reciente incursión de saqueadores hunos de Bulgaria, con propiedades que estaban tasadas muy por encima de su valor real -el gobierno les había cedido terrenos yermos, todos ciénaga y piedra, pero valuados como buena tierra de labranza-, estaban tan enormemente endeudados que quedarían en la ruina si Juan de Capadocia no accedía a pagar su parte. Pero él siempre se negaba. Tenía un séquito de hombres armados, casi todos capadocios, como estos seis, que

insultaban y aporreaban a los representantes de los burgueses cuando iban a su castillo a exigirle el pago.

Quizás en mi historia haya muchos Juanes, además del armenio y el capadocio, pues Juan es el nombre que comúnmente adoptan los extranjeros cuando se convierten a la fe cristiana (toman el nombre de Juan el Bautista o Juan el Evangelista), o el que los amos cristianos dan a sus esclavos. También es frecuente en los judíos, entre quienes se originó. Así que distinguiremos a estos Juanes por la patria de origen o, en caso de que sea insuficiente, por sus apodos de costumbre: Juan el Bastardo, Juan el Epicúreo y Juan el Sanguinario, entre otros. Pero hay un solo Belisario en mi historia, y es tan fuera de lo común como su nombre.

Aparentemente, pues, por los alardes de los capadocios y las quejas del desdichado prisionero, Simeón había tenido la osadía de ir con una partida de alguaciles armados al castillo de Juan de Capadocia, con el propósito de persuadirlo de pagar al menos una parte razonable de la deuda, pero guardias armados con espadas y mazas lo habían atacado en las puertas. Los alguaciles habían abandonado a Simeón de inmediato, y él había sido capturado. Juan de Capadocia, que pasaba el otoño cazando en su finca, salió con su aire fanfarrón y preguntó al sargento de la guardia quién podía ser ese individuo. Los guardias hicieron una reverencia ante Juan, quien les infundía el mismo respeto que infunde normalmente un patriarca o el gobernador de una diócesis, y respondieron:

-Un recaudador de impuestos algo extraño, alteza.

-Pues dadle un fin algo extraño -exclamó Juan de Capadocia-, para que ningún recaudador de impuestos vuelva a molestarme en mis propiedades tracias.

Entonces, seis de ellos, capitaneados por el sargento, ataron a Simeón de pies y manos, lo tendieron sobre la grupa de un caballo y partieron con él al momento, ansiosos de complacer al amo con su prontitud.

Mientras cabalgaban, conversaron sobre el destino que correría el cautivo. El sargento invitó a sus hombres a hacer sugerencias.

-Atémosle una piedra al cuello y arrojémoslo a una laguna -dijo uno.

-Es un crimen ante Dios envenenar el agua -objetó Simeón-. Mi cadáver propagaría una peste. Además, lo que propones no es una muerte extraña: es la muerte común que las esclavas dan a los cachorros. ¡Pensad otra cosa! -El sargento dio la razón a Simeón, y siguieron cabalgando.

Luego, otro capadocio propuso sujetarlo a un árbol y atravesarlo a flechazos.

-¿Blasfemarías -interrumpió de nuevo Simeón- infligiendo a un mero recaudador de impuestos la misma muerte que sufrió el santo mártir Sebastián de Milán? -Esta objeción también les pareció digna de respeto, y siguieron cabalgando. Un tercer hombre sugirió empalarlo, y un cuarto despellejarlo, y el quinto propuso enterrarlo vivo.

Pero en cada ocasión Simeón se mofaba de las sugerencias, y les decía que sin duda el amo los castigaría si regresaban para informarle que lo habían ejecutado por medios tan corrientes y triviales. El sargento intervino y dijo al fin:

-Si puedes sugerirnos una muerte lo bastante insólita, te lo agradeceré y la llevaré a cabo según tus deseos.

-Que tu amo pague su deuda voluntariamente -repuso Simeón-. Te aseguro que entonces moriré de asombro, y jamás se habrá sabido de una muerte más extraña en la diócesis de Tracia.

El sargento le golpeó en la boca por su impertinencia, pero aún no había decidido cómo matarlo. Empezó a llover, y los capadocios vieron luz en la posada, de modo que ataron los caballos en el establo y entraron para beber un poco de vino y seguir deliberando.

Paleólogo les oyó mencionar el nombre del amo, a quien conocía por su reputación de hombre rencoroso y pendenciero, y no quiso hacer nada que ofendiera a los esbirros.

Les preguntó si le harían el honor de beber vino a sus expensas.

El rudo sargento no respondió, pero, como estaba cerca de la olla, que despedía un aroma muy tentador, se volvió a sus compañeros y exclamó:

-¡Estamos de suerte, amigos! Este viejo barbudo ha previsto nuestra llegada y nos ha cocinado una liebre.

Paleólogo fingió tomarlo a broma.

-Oh, griego entre los griegos -le dijo al sargento-, esta liebre no basta para diez adultos y dos niños, uno de los cuales, para colmo, es un noble. Pero si tú, y quizás algún otro, queréis uniros a nosotros...

-Viejo insolente -replicó el sargento-, sabes bien que esta liebre no te pertenece.

Es robada, sin duda propiedad de mi amo Juan, y no probarás bocado de ella. Más aún, cuando hayamos terminado de comer me pagarás a mi, como representante de mi amo, una multa por el robo. Me entregarás diez piezas de oro o todo lo que te encuentre en los bolsillos. En cuanto a tu noble, nos servirá. ¡Amigos, vigilad la puerta!

¡Desarmad a los dos esclavos!

Paleólogo comprendió que era inútil resistirse. Ordenó a Andreas y al porteador que entregaran sus armas pacíficamente, y así lo hicieron. Juan de Armenia y especialmente Belisario, que había cazado la liebre y ansiaba saborearía, estaban muy furiosos.

Pero callaron. Luego Belisario recordó la caverna del Cíclope y decidió embriagar a aquellos rufianes para contar con ventaja si tenían que luchar contra ellos.

Muy cortésmente empezó a oficiar de copero, escanciando el vino sin añadirle agua.

y diciendo:

-Bebed, caballeros, es buen vino, y no tenéis que pagar.

Como la pimienta volvía la sopa muy picante para los capadocios, bebieron quizá más vino del que habrían bebido en otra ocasión. Brindaron por él, llamándolo su Ganimedes y quisieron besarlo, pero él los eludió. Luego, uno de ellos entró en la cocina para manosear a la esclava y empezó a quitarle el vestido, pero ella escapó de la casa y se escondió entre los arbustos, donde él no pudo encontrarla; de modo que regresó.

Los capadocios se pusieron a discutir sobre el dogma religioso mientras bebían.

Es el mal del siglo. Cualquiera esperaría que los campesinos, por ejemplo, hablaran de animales y cosechas cuando se reúnen, y los soldados de batallas y deberes militares, y las prostitutas quizá de ropas y afeites y de su éxito con los hombres. Pero no, dondequiera que se reúnen dos o tres, en tabernas, barracas, burdeles o cualquier otra parte, inmediatamente se ponen a discutir con aire erudito sobre algún aspecto abstruso de la doctrina cristiana. Y como las principales controversias de las diversas Iglesias cristianas siempre se han relacionado con la naturaleza de la Deidad, ese tema tan tentador del debate filosófico, aquellos capadocios ebrios empezaron con toda naturalidad, y no sin blasfemias, a explayarse sobre la naturaleza de la Santísima Trinidad y especialmente de la Segunda Persona, el Hijo. Eran todos cristianos ortodoxos, y esperaban que Paleólogo interviniera. Pero Paleólogo no intervino, pues compartía las mismas opiniones.

Sin embargo, Simeón no tardó en revelarse como monofisita. Los monofisitas fueron una secta poderosa en Egipto y Antioquía, y durante las últimas dos generaciones habían puesto en jaque al Imperio. Pues los emperadores de Constantinopla estaban obligados a elegir entre ofender al Papa de Roma, que era el sucesor reconocido del apóstol Pedro y había condenado a la secta por herética, u ofender al pueblo de Egipto, de cuya buena voluntad dependía el grano de Constantinopla. Algunos emperadores habían tomado una posición y otros la contraria; algunos habían intentado lograr un acuerdo. A causa de esta controversia se habían producido disturbios

destructivos, y guerras, y escándalos en las iglesias; y en la época de la cual escribo había un claro cisma entre la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente. El emperador reinante, el viejo Anastasio, tendía a favorecer a los monofisitas; por lo tanto, el burgués Simeón, para irritar a los capadocios, equiparó su lealtad al emperador con su monofisismo.

Simeón los superó en elocuencia, aunque todos gritaban a un tiempo, de modo que llamaron a Paleólogo para que con su erudición defendiera el punto de vista ortodoxo en nombre de ellos, a lo cual el griego accedió satisfecho. Juan de Armenia, incitado por Belisario, les sirvió más vino mientras escuchaban la disputa.

Paleólogo citó las palabras del Papa León, que yo no recuerdo, si alguna vez las oí, pero que, según deduzco, venían a sostener: que el Hijo no es Dios solamente, como opinan los dementes acuanitas; ni hombre solamente, como opinan los impíos plotinianos; ni hombre en el sentido de carecer de alguna cualidad divina, como opinan los necios apolinarianos; sino que tiene dos naturalezas unidas, la humana y la divina, de acuerdo con los textos «Yo y Mi Padre somos uno» y también «Mi Padre es más grande que Yo»; y que la naturaleza humana, por la cual el Hijo es inferior al Padre, no rebaja la naturaleza divina, por lo cual el Hijo es igual al Padre.

Los capadocios vitorearon a Paleólogo cuando declamó esta decisión, golpeteando con las copas en la mesa o entrechocando los cuencos de madera de haya. No advirtieron que Belisario, bajo la mesa, les estaba sujetando los pies con una resistente cuerda de bramante, no tan ceñidamente como para impedirles mover los pies, pero silo suficiente para incomodarlos bastante si todos trataban de levantarse al mismo tiempo; pues los había atado en un circulo estrecho.

Luego, Simeón ridiculizó a Paleólogo, y dijo que desechar la falsa doctrina de acuanitas, apolinarianos o plotinianos de ningún modo equivalía a enunciar una doctrina verdadera; y que ser elegido Papa de Roma no daba a ningún sacerdote el derecho de sentar definitivamente la ley cristiana; y que un Papa podía decir y hacer cosas por razones políticas que eran ultrajantes para su Dios y su Emperador. Simeón también dijo que la naturaleza del Hijo no podía partirse en dos como se parten astillas a hachazos. Los hechos y sufrimientos del Hijo no eran del todo divinos ni del todo humanos, sino de una sola pieza, actos de un Dios-hombre. Así: el Hijo caminó sobre las aguas en Galilea, lo cual fue un acto realizado mediante la carne, pero trascendiendo las leyes de la naturaleza de la carne.

Hasta ahora, mis dos fuentes concuerdan en cuanto al orden de los acontecimientos, pero aquí surge una diferencia. Primero, permitidme contar la historia tal como me la refirió un hombre de Adrianópolis muchísimos años después; a él se la había referido, dijo, el hijo mayor de Simeón.

Según este adrianopolitano, Simeón cerró su exposición con las siguientes palabras:

-Pero el Papa León también subrayó al respecto (puedo citar sus palabras literalmente): Ardescat in foco ferrum. Sunt vincula mea solvenda. Mox etiam pugionibus er pipere pugnandum esr. Tace! ¿Cómo podéis acatar una tontería tan flagrante, hombres de Capadocia?

El sargento de los capadocios, pretendiendo que entendía latín, gritó con temeridad:

-El Santo Papa León habló muy sensatamente. Cada una de sus palabras era cierta.

Te has refutado por tu propia boca. -Pues ninguno comprendió que Simeón había comunicado a Belisario que calentara el espetón en los rescoldos, le cortara las ligaduras, y se preparara para combatir con dagas y pimienta.

Pero, según la versión que oi de Andreas, no muchos años después, fue Belisario quien pronunció las palabras latinas, fingiendo que refutaba a Simeón, y exclamando:

-A rdescit in foco ferrum manibus tuis propinquum. Vincula solvam. Mox eriam Pugionibus et pipere pugnabitur...

Ante lo cual (dijo Andreas) los ignorantes capadocios saludaron al niño como un recio campeón de la fe verdadera. Estas palabras de Belisario, si alguna vez las pronunció, comunicaban a

Simeón que el espetón ya se estaba calentando en el fuego cerca de sus manos, que le cortaría las ligaduras, y que pronto se libraría un combate con dagas y pimienta.

Un impedimento para aceptar la versión de Andreas es esa conocida tendencia de los viejos a exagerar o distorsionar las experiencias de la juventud, especialmente cuando aluden a una persona que luego alcanzó la celebridad. Así, San Mateo supo por ciertas habladurías que el Niño Jesús una vez le había resucitado un gorrión cuando jugaban juntos, y ha registrado esto en su segundo Evangelio junto con otras extravagancias, como que el Señor hablaba en el vientre de su Madre y regañaba a su padrastro José.

Pero en favor de esta versión puedo decir que no llegó de tercera sino de primera mano, y que por lo que sé de Andreas, era hombre digno de confianza. Tampoco puede objetársele el hecho de que un niño tan pequeño como Belisario pudiera hablar un buen latín, el latín de Roma: pues el buen latín era la lengua materna de la madre. Su padre había sido un senador romano que había abandonado Italia con su familia cincuenta años antes de estos sucesos, cuando el rey vándalo Genserico saqueó los templos y las moradas nobles de Roma; emigró a la parte oriental del Imperio Romano en busca de seguridad, y su familia conservó el buen latín. De modo que Belisario hablaba ya tres lenguas: el tracio vernáculo de la finca familiar, el latín en que su madre y el capellán conversaban siempre con él, y el griego, la lengua común del Imperio de Oriente, aunque el griego aún no con mucha fluidez.

Bien, fuera quien fuese el general en esta ocasión, al menos puedo contaros cómo fue la batalla. Primero, Belisario cortó furtivamente las cuerdas de Simeón con la daga.

No lo vieron los capadocios, quienes ya habían terminado la carne pero todavía estaban sentados bebiendo vino. Luego, indicando a Juan de Armenia que se preparara, tomó un gran puñado de pimienta molida, y, acercándose a la mesa, lo arrojó a las caras de los hombres, cegando a los seis. Simeón se incorporé con un rugido, blandiendo el espetón al rojo que Belisario había puesto en el fuego; y los tracios, Andreas y el porteador corrieron en busca de sus armas, que estaban apiladas a poca distancia.

Los capadocios rugieron como toros, de dolor y furia impotente. Estaban embrutecidos por el vino, enredados por la cuerda, cegados por la pimienta, y paralizados por los estornudos. En el primer encontronazo, Simeón asestó a dos de ellos unos tremendos golpes en la cabeza con el espetón al rojo vivo; de modo que aunque Paleólogo no intervino en la lucha, los capadocios quedaron en inferioridad numérica, cuatro contra cinco. Les quitaron los taburetes y cayeron al suelo, despatarrados. Los niños y los esclavos los amenazaron con las espadas desenvainadas y las dagas en alto.

Simeón se apresuró a traer correas del establo y los maniató uno a uno. Era talabartero de oficio, y experto en nudos. Anudó, como quien dice, cada ligadura con un argumento monofisita, comentando:

-Escapa de este razonamiento, señor, si te es posible. -O bien-: Aquel texto pesa sobre tu conciencia, ¿verdad?

-Por amor de Cristo, buen hombre -respondían ellos-, trae una esponja y agua, o quedaremos ciegos por culpa de este polvo ardiente.

Pero él se puso a cantar con voz potente el Himno del Serafín con aquellas interpolaciones al estilo monofisita que habían provocado escándalos, disturbios y derramamiento de sangre en muchas iglesias cristianas. Cuando todos estuvieron maniatados, Simeón les informó que Cristo lo había exhortado a perdonar a sus enemigos; y les enjugó los ojos inflamados, tiernamente, diciendo:

-En el nombre del Cristo de una sola naturaleza. -Y le dieron las gracias.

cuando Simeón se enteró por Belisario de cómo había planeado la batalla, se volvió a Paleólogo y le dijo:

-Lo había considerado un simple milagro, y por lo tanto no me asombraba demasiado, como pienso que tampoco se asombró demasiado el profeta Balaam cuando su asno le habló de pronto en nombre de Dios. Pues todas las cosas son posibles con Dios, y no habría que sorprenderse más ante obvias irracionalidades como asnos parlantes o alimentos para doce hombres que alcanzan para cinco mil (y hasta dejan restos), que ante el rebuzno natural de los asnos o los habitantes de una ciudad que mueren naturalmente de hambre porque se quedan sin alimentos. Pues en un caso está Dios, cuya función es trascender lo imposible, y en el otro está la Naturaleza, cuya función es obedecer los mandatos que Dios ha señalado para las bestias y los hombres. Pero uno queda francamente azorado antes casos como el presente, donde la Naturaleza se supera a sí misma sin auxilio de Dios ni del Demonio. Si este niño llega a la edad adulta, será un general de primer orden, pues tiene las seis virtudes principales para el mando: paciencia, coraje, inventiva, control de sus fuerzas, combinación de armas diferentes en el ataque, y destreza para asestar el golpe decisivo en el momento oportuno. Estuve con las remontas en las guerras persas y conocí a generales buenos y malos; y entiendo del asunto.

-Sin embargo -respondió Paleólogo-, si no añade a éstas la virtud de la modestia, no será nada. -Lo cual era, a su modo, una sabia observación, y una séptima virtud apropiada para coronar el resto.

No quedaba nada de la liebre, y casi nada de pan fresco, pero en las alforjas había galleta y salchichas, de modo que no sufrieron hambre. Les pareció poco seguro pasar la noche en la posada, pues alguien podía dar la alarma en el castillo de Juan: de modo que ataron a los capadocios a sus caballos, y Simeón y los esclavos condujeron cada uno a dos de ellos, atando las cabezas de los caballos. La vieja había huido de la posada cuando empezó la lucha; cuando regresó y encontró domados a esos individuos intratables, fue toda gratitud, como si todo lo hubieran hecho por ella. No obstante, le pagaron bien.

Belisario abrió la marcha con Paleólogo, y Juan de Armenia cuidó la retaguardia.

Al amanecer descansaron en un bosque, donde uno de los capadocios murió de las heridas de la cabeza. Los otros maldecían y juraban sin cesar, pero no intentaron la fuga. Más tarde ese día llegaron sin más peripecias a Adrianópolis, donde Simeón entregó a los capadocios al juez. Los burgueses del distrito de Simeón lo recibieron con alegría y asombro, pues los alguaciles habían informado de su captura.

Los hombres fueron encerrados en la cárcel, donde los retendrían hasta que Juan pagara el rescate. No podían acusarlos de asesinato ni en verdad, de nada más grave que el robo de una sopa de liebre, pues no estaba claro si se habían propuesto llevar a cabo la ejecución ordenada por Juan. Este envió un mensaje diciendo que tenía buenas razones para maniatar y echar a Simeón, quien había cometido la insolencia de entrar en su propiedad privada.

El juez no podía permitir que se acusara a Juan de ningún delito, por temor de malquistarse con otros terratenientes poderosos. También sabía que, por razones de honor, Juan no podía consentir el castigo de sus servidores y compatriotas. Sin embargo, la acusación contra el amo y los esbirros era bastante seria. De modo que se llegó a un acuerdo amistoso por el cual se liberé abiertamente a los hombres, pero Juan pagó secretamente la mitad de su deuda, que ascendía a doscientas libras de oro al peso -más de catorce mil piezas de oro-, y de esa manera el honor de Juan quedó a salvo y los burgueses también se salvaron de la ruina. Este Juan de Capadocia, cuya avaricia, rudeza, y frecuentes devociones en la iglesia eran notables en un hombre tan joven, llegó más tarde a comandante de la Guardia Imperial y a intendente de ejército, y como tal perjudicó bastante a Belisario.

Belisario, Juan de Armenia, Paleólogo y los esclavos se dirigieron a la villa de Modesto, el tío de Belisario, guiados por Simeón, quien lo conocía. Se hallaba situada cerca de la ciudad, junto a un arroyo con truchas, en terrenos frondosos. Allí, Belisario saludó al tío, que era un hombre alto, delgado y apacible, aficionado a la literatura, y le dio lo que había quedado de la pimienta.

El niño recibió la bienvenida, y con él Juan de Armenia y Paleólogo. Conversaron en latín, y Modesto oyó la historia de la batalla.

-Bien hecho, sobrino -fue su comentario-, bien hecho. Lo concebiste al mejor estilo romano.., el estilo de Mario, Metelo y Mumio. Pero tu latín contiene muchos términos y giros bárbaros, que suenan como pronunciados por el morro resoplante de un rinoceronte africano, y me raspan el oído. Tenemos que erradicarlos, cultivando en cambio la lengua elegante de Cicerón y de César. Afortunadamente, mi amigo Malto, a cuya escuela irás, es hombre de gusto y erudición considerables. Te explicará la diferencia entre el buen latín de los paganos nobles y el latín vil de los monjes innobles.

O éste, al menos, fue su comentario una vez traducido a palabras llanas. Pero Modesto no podía permitirse jamás la menor observación sin emperifollaría con una alusión literaria acreditada, una paradoja o un retruécano, o las tres cosas a la vez; de modo que a Belisario le costó bastante entenderle. Por mi parte, desisto de reproducir las afectaciones que barbotaban sus labios, porque ningún disparate escrito seria lo bastante absurdo para hacerles justicia, si en verdad era justicia lo que merecían. Lo cierto es que mientras el griego es una lengua flexible, apta para las vueltas y sinuosidades de la metáfora y las humoradas de la comedia, el latín es duro y no se presta fácilmente a tales usos. De la retórica latina se ha dicho: «El falsete de un travestido».

La escuela de Malto estaba en el centro de la ciudad de Adrianópolis, y no era una de esas escuelas monásticas donde la educación se limita mezquinamente al pan y al agua de las Sagradas Escrituras. El pan es bueno y el agua es buena, pero la desnutrición corporal que puede observarse en los prisioneros o los pobres labriegos reducidos a esta dieta tiene su paralelo en la desnutrición espiritual de ciertos clérigos. Éstos pueden recitar la genealogía de David, rey de los judíos, hasta el Diluvio de Deucalión, y más allá del Diluvio hasta Adán, sin equivocarse, o pueden repetir capítulos enteros de las Epístolas de San Pablo con tanta fluidez como si fueran poemas con metro; pero en todo lo demás son tan ignorantes como los peces o las aves. Una vez, cuando yo estaba con mi ama Antonina en Rávena, Italia, conocí a un obispo incapaz de comprender una alusión al piadoso Eneas, el héroe troyano, y su traición a la reina Dido de cartago. Bien, el cielo me libre de alardear de docto, pues soy un mero doméstico cu'a única educación ha consistido en escuchar la conversación de personas inteligentes. No obstante, me avergonzaría admitirme tan ignorante como ese obispo. No sabia siquiera de qué hablaba mi ama. «¿Eneas?», repitió «¿Eneas? Conozco bien el texto de los Hechos de los Apóstoles; pero te aseguro, hermana mía en Cristo, que no encontrarás allí ninguna declaración, ni siquiera una glosa de un comentador bien informado, deque el piadoso Eneas de Lida, a quien el apóstol Pedro curó de una perlesía (aunque hacía ocho años que guardaba cama), haya visitado después a ninguna reina Dido de Cartago, y mucho menos de que la haya traicionado».

En la escuela de Malto, que estaba bajo control imperial, se daban, naturalmente, algunas lecciones sobre las Escrituras; tal como el pan y el agua aparecen en la mesa aun en los banquetes. Pero lo más imporante era la literatura latina y griega de buenos autores. Esos libros estimulan en los niños la expresión precisa, y por lo tanto el pensamiento claro; y al mismo tiempo les proporcionan un conocimiento extenso de la histoña, la geografía y las costumbres extranjeras. He oído afirmar que los soldados no tendrían que educarse, pues las naciones bárbaras más vigorosas, como las de los godos y los francos, cuyos varones principales son todos soldados de profesión, desprecian la cultura libresca. Pero el proverbio «cada estudioso ganado es un soldado perdido» sólo es aplicable, en mi opinión, a los soldados rasos, no a la oficialidad. En cualquier caso, nunca ha existido, que yo sepa, ningún general célebre en ninguna nación del mundo que no fuera cultivado hasta cierto punto, o que, en caso contrario, no lamentara su incultura.

Posteriormente, Belisario contó a sus amigos que el relato de Tucídides sobre la prolongada guerra entre Atenas y Esparta, y el relato de Jenofonte sobre las luchas en Persia (ambos leídos y comentados en la escuela de Malto en Adrianópolis) le enseñaron más sobre los principios de la guerra que todo lo que aprendió en la academia militar de Constantinopla. En una academia

militar, la instrucción se limita a ejercicios y tácticas simples, como la utilización de máquinas de sitio y los deberes de los oficiales superiores y la etiqueta militar, asuntos, por cierto, inferiores a las artes mayores de la guerra. Las artes mayores son la estrategia y el empleo del poder civil y de la polftica para contribuir a los objetivos militares y, especialmente, el arte en el cual Belisario aprendió a sobresalir, el de inspirar amor, confianza y obediencia en las tropas, y así convertir a una masa indiferenciada en un ejército disciplinado. Belisario sostenía que la estrategia era una suerte de geografía aplicada y, en años posteriores, gasté mucho dinero para proveerse de mapas precisos: tenía un cartógrafo profesional, un egipcio, incluido siempre en la plana mayor.

Belisario decía también que las enseñanzas que le había brindado la escuela de Malto sobre contabilidad, retórica y leyes le habían sido utilisimas: pues los funcionarios del gobierno, que sobresalen en estas artes civiles y siempre forman círculos cerrados, se divierten ridiculizando a los comandantes militares bárbaros, cuyas principales cualidades son el coraje, la destreza con las monturas y la habilidad con la lanza o el arco. Les hizo ver que no era ningún bárbaro, pese a su nombre y pese a sus hazañas en combates cuerpo a cuerpo, algo a lo cual lo obligaba en ocasiones, contra su voluntad, la pequeñez o cobardía de las fuerzas a su disposición. Con frecuencia revisaba los libros contables de los hombres bajo sus órdenes, y si encontraba alguna discrepancia la señalaba con gravedad, como un maestro. Tampoco en asuntos legales ordinarios, como las normas de procedimiento de un tribunal civil y los derechos de las diversas clases de ciudadanos y aliados, era presa fácil de las argucias de los abogados profesionales. Además sabía lo suficiente de retórica para exponer un caso con sencillez y persuasión, y para no dejarse embrollar por argumentos alambicados. En este sentido reconocía su gran deuda con Malto, a quien le importaban poco las alusiones rebuscadas, los tropos antojadizos y las trampas y aporías de los atenienses. Malto comentaba que unas pocas palabras bien armadas en formación disciplinada derrotarían siempre a palabras apiñadas en una turba desorganizada y entusiasta.

El primer día de escuela, Belisario no llegó a las siete de la mañana, la hora habitual, sino poco después del mediodía, durante la hora de recreo, cuando los niños estaban almorzando en el patio, al menos los que no vivían tan cerca como para comer en casa y regresar pronto. Ahora bien, sucede que en Adrianópolis no era costumbre, como en Constantinopla, Roma, Atenas y las grandes ciudades de Asia Menor, que un niño asistiera a la escuela acompañado por un preceptor y, además, por un esclavo que le llevaba el saco con los libros. Ni siquiera estos esclavos eran comunes en esa escuela. De modo que los niños pensaron equivocadamente que Belisario era un ricachón consentido, pues entró en el patio con Paleólogo a su lado, y con Juan de Armenia a la zaga, y con Andreas teniéndole el saco.

Un mozalbete corpulento, llamado Uliaris, exclamó, señalando al venerable Paleólogo:

-Decidme, amigos, ¿este abuelo viene a traer a nuestra escuela a sus nietos para que aprendan su hic, haec, hoc... o es al revés?

Se apiñaron alrededor de ellos, mascando pan y fruta y huevos duros, y un muchacho que se había quedado atrás le arrojó un higo a Uliaris, para provocarlo. El higo estaba blando y agrio con el calor, y parecía fatalmente destinado a ser usado como proyectil. Pasó a poca distancia de Uliaris, pero reventé contra el hombro de la toga de Paleólogo, recién comprada y de un paño de lana especialmente fino. Entonces estalló una risotada aún más estruendosa; pero inmediatamente Belisario se abrió paso con furia por entre la multitud de niños y se agaché para recoger una piedra grande y redondeada que algunos de ellos habían usado para hacerla rodar hacia atrás y adelante en las lajas lisas del patio; y antes de que el niño que había arrojado el higo se diera cuenta de lo que sucedía, Belisario ya se había lanzado hacia su banco, le había golpeado en la cabeia con la piedra, y le había dejado caer hacia delante aturdido. Belisario, sin decir una palabra y sin soltar la piedra, volvió al lado del preceptor.

Paleólogo temblaba, temiendo que los otros vengaran al compañero, y, en efecto, algunos avanzaban ahora amenazándoles con gritos y gestos.

Belisario no retrocedió ni se disculpé.

-Si algún otro se atreve a insultar a este anciano, mi preceptor -dijo-, haré de nuevo lo que hice.

Como demostraba coraje, un grupo de niños acaudillados por Uliaris se le ~arrimó.

~¿Cuál es tu color, pequeño? -preguntó Uliaris-. Nosotros somos Azules. El que golpeaste~ Rufino, es líder de los Verdes. -Suponían que también se declararía Azul, para protegerse, y que sería útil a su facción en alguna oportunidad.

Pero, por extraño que parezca, la educación de Belisario en Tchermen había sido tan poco mundana que jamás había oído hablar de la rivalidad de las facciones Azul y Verde en las carreras de carros; lo cual era casi tan extraño como si nunca hubiera oído hablar de los apóstoles Pedro y Pablo. Pues en ambas mitades del Imperio Romano se habla constantemente y por doquier de las facciones, y tampoco son un invento nuevo, sino que se remontan por lo menos al reinado del Emperador Tiberio, que fue contemporáneo de Jesucristo.

-Pertenezco a los Blancos -respondió Belisario-, y éste es mi lugarteniente. -Señabre en la tropa de niños de su finca, de modo que la tropa se llamaba «La Tropa Blanca».

Le explicaron, sorprendidos ante sus palabras, que cada cual debía ser Azul o Verde, o un desertor, o un contemporizador. Era cierto que originalmente había una facción Roja y una Blanca en el Hipódromo, que representaban los colores del verano y el invierno, tal como el Verde representaba la primavera y el Azul el otoño. Pero ahora las carreras de carros se corren con dos carros contra dos, y no con cuatro carros contra todos los demás; de modo que los Blancos y los Rojos ya no existen, pues hace tiempo que se afiliaron respectivamente al Azul y al Verde.

Belisario comprendió que lo que había dicho sonaba tonto, pero no obstante decidió atenerse a sus palabras.

-Si todavía no hay Blancos en esta escuela -respondió-, Juan de Armenia y yo tendremos que ser los primeros.

Entonces se enfurecieron, tanto los Azules como los Verdes, y le dijeron que en el patio estaba estrictamente prohibido usar cuchillos, piedras y otras armas peligrosas en las refriegas, y sólo se permitían las manos y los pies, y proyectiles blandos como los de barro o los de nieve.

Belisario se burlé de ellos y les dijo:

-¡Y vosotros me llamasteis afeminado!

Esto provocó una ruidosa reacción contra él y Juan de Armenia. Pero Andreas solté el saco y corrió al rescate. Entretanto, Paleólogo había ido a busar ayuda; pronto aparecié el encargado y evité nuevos enfrentamientos, pues indujo a Rufino a hacer las paces con Belisario.

Rufino se había recobrado del golpe y, siendo un niño de carácter noble, dijo que admiraba a Belisario por vengar lo que parecía un insulto al preceptor.

-Si tú y tu camarada queréis ser miembros de la facción Verde -dijo a Belisario-, sois bienvenidos.

-No -gritó Uliaris-, que se unan a nosotros. Fuimos los primeros en pedirselo.

Era inaudito que dos líderes de facción como Uliaris y Rufino compitieran por el apoyo de un recién llegado. Normalmente, los nuevos sólo conseguían ser admitidos en una facción con esfuerzos y sobornos: tenían que esperar muchos meses rondando Servilmente a la facción preferida.

Belisario agradeció a Rufino la invitación, pero se excusé con el pretexto de que era Blanco; y Juan de Armenia hizo lo mismo. Rufino rió. No se mostró ofendido, sino que dijo:

-Si tu numeroso ejército Blanco necesita ayuda contra los Azules, ya sabes con qué aliados puedes contar.

El episodio terminó más apaciblemente de lo que había empezado, y cuando los niños se enteraron de que Belisario y Juan de Armenia eran quienes habían librado la batalla de la pimienta contra los capadocios, gente adulta, los trataron con respeto.

Belisario trabó amistad con Uliaris y Rufino por separado; e incluso logró que ambos trabajaran juntos cuando acaudillaba alguna aventura. Desempeñaron un papel importante en una famosa batalla con bolas de nieve que dirigió Belisario contra los niños de una escuela monástica cercana.

La historia, aunque infantil, puede ser de interés. Los alumnos del monasterio eran oblatos, es decir, niños destinados por sus padres a la vida monástica. Había en la pared del monasterio una brecha por donde los oblatos, armados con garrotes como los monjes egipcios del desierto de Sinaí, solían bajar y sorprender a alumnos de la escuela imperial que regresaban de almorzar en sus casas, para darles una tunda. Un día de nevisca, Belisario, con Juan de Armenia y Uliaris como señuelos, atrajo a una buena cantidad de oblatos a una emboscada, en una madereria perteneciente al padre de Rufino. Allí, las facciones Azul y Verde, en paz para la ocasión, estuvieron a punto de ahogarlos con nieve y tomaron prisioneros a veinte niños, encerrándolos en el gimnasio del patio de la escuela imperial. Pero lamentablemente a Uliaris lo habían capturado cerca de la brecha de la pared.

Entre quienes lucharon con Belisario ese día había un pequeño cuerpo de ~aliados~, o sea cuatro o cinco esclavos, Andreas entre ellos, y media docena de niños pobres conocidos como ~siervos». Estos no eran estudiantes regulares, pero se les permitía sentarse aparte en el fondo del aula y recibir instrucción gratuita. A cambio, realizaban ciertas tareas menores, tales como limpiar los baños de la escuela y fregar el aula cuando habían terminado las clases, y distribuir tinta cuando hacia falta, y alisar la cera de las tablillas usadas de otros estudiantes, y cuidar el horno que, mediante cañerías situadas bajo el suelo, caldeaba las habitaciones en invierno. Estos siervos eran desdeñados por los estudiantes comunes y tratados como intrusos. Pero Belisario les prometió en privado que, si luchaban bien y obedecían las órdenes, él vería de que su condición mejorara.

Se puso a la cabeza de estos aliados y los condujo a la carrera hacia el monasterio, hasta la poterna que había detrás de la cocina. Era allí donde a esa hora del día pobres de todas las edades recibían un almuerzo gratuito de sopa, pan duro y carnes sobrantes.

Belisario y su banda entraron calladamente, fingiendo que eran mendigos, pero luego sortearon las cocinas y atravesaron el huerto de coles de los monjes, sin encontrarse con nadie, y llegaron hasta el edificio de la escuela. Allí encontraron a Uliaris, en un cobertizo, atado de pies y manos, y con la cabeza ensangrentada. Nadie lo vigilaba, pues los enemigos estaban ahora reunidos ante la brecha de la pared, preguntándose ansiosamente por los suyos. Uliaris sugirió un ataque inmediato a los oblatos por la retaguardia. Pero Belisario lo consideró peligroso, pues sería difícil escapar si los oblatos pedían auxilio a los monjes y los hermanos laicos. Opinaba que debían retirarse rápidamente por donde habían entrado.

Así escaparon, llevándose consigo, como botín legitimo, manzanas, nueces, tortas de miel y bollos con especias tomados de una hilera de bolsas que colgaban de ganchos en el cobertizo. (Estaban en carnestolendas, cuando entre los oblatos se distribuían manjares para disponerlos a los inminentes rigores de la Cuaresma.) Cantando el himno de victoria, regresaron a su escuela y dividieron justamente el botín entre los estudiantes.

Pero Belisario no consintió que se diera nada a los pocos que se habían alejado de la lucha; y uno de ellos, llamado Apión, el alumno más laborioso de Malto, guardó un duradero rencor contra Belisario. En cuanto a los veinte oblatos capturados, quedaron en libertad por orden de Malto, pero su abad los excomulgó por un mes entero.

Belisario (cuya madre murió hacia esa época) llegó a ser un mozo alto y fuerte, de hombros muy anchos. Tenía rasgos nobles y regulares, el cabello negro, grueso y rizado, y una sonrisa franca y una risa clara. Sólo los pómulos, que eran un poco altos, evocaban su ascendencia

bárbara. En la escuela satisfizo a sus maestros con la vivaz atención que prestaba a sus estudios, y a sus compañeros con el coraje y la destreza que demostraba en la lucha y los juegos de pelota. También era un nadador resistente. Formé una pequeña tropa de veinte jinetes con los niños mayores de la escuela, suministrándoles jacas de su propiedad si no podían costearse una montura, y los adiestré en el parque de su tío. Se ejercitaban principalmente con arcos y lanzas, disparando contra bolsas rellenas colgadas de las ramas de un roble. Pero no eludían trabarse en torneos y escaramuzas entre sí, usando armas romas; e incluso en batallas navales en miniatura, con botes, en el río Hebro, que corre junto a la ciudad de Adrianópolis.

Así se convirtieron en soldados eficaces antes de ir a la escuela de cadetes de Constantinopla, cosa que todos hicieron en grupo, negándose a entrar en el Servicio Civil. Algunos de ellos, hijos de mercaderes y obligados por decreto a seguir con sus ocupaciones hereditarias, tuvieron que comprar la dispensa con sobornos en palacio.

EL BANQUETE DE MODESTO

Ya he escrito algo sobre el tío de Belisario, Modesto, con sus modales romanos y el ampuloso retoricismo de su charla plagada de retruécanos y alusiones recónditas.

Lo vi sólo una vez, hace casi sesenta años, pero después Belisario refrescó a menudo mi recuerdo de esa ocasión, pues una de sus diversiones favoritas en privado era parodiar a Modesto y hacer reír a mi ama Antonina. También he heredado un volumen de poemas de Modesto y otro con sus cartas, penosamente compuestas al estilo de Plinio, ambos con una dedicatoria para Belisario. Más aún, cuando estuve en Roma durante el sitio conocí muchos romanos nobles que hablaban y se comportaban en forma muy semejante, de modo que conozco bien a la gente de ese tipo.

El escenario es el comedor de la villa de Modesto. Están presentes: el mismo Modesto, el burgués Simeón, el maestro Malto, tres dignatarios locales, Bessas (un oficial de caballería godo, fuerte y corpulento, acantonado en la ciudad), Simaco (un profesor ateniense de filosofía), Belisario, ahora con catorce años de edad, junto con Rufino y Juan de Armenia y Uliaris y Paleólogo, el preceptor. Todo está dispuesto exactamente al viejo estilo romano, pues Modesto es anticuario y no comete errores: puede justificar cada detalle con citas de uno u otro autor latino de la Edad de Oro. Sus huéspedes se sienten un tanto incómodos, especialmente Simeón, que es un cristiano convencido y se siente algo turbado ante la lascivia del friso pintado que hay entre las ventanas y el cielo raso, cuyo tema es Baco, dios del vino, que regresa, ebrio, de la India. Por deferencia a los deseos que Modesto ha expresado en su carta de invitación, la mayor parte de los huéspedes están vestidos a la moda romana, con túnicas de lana largas, blancas y de mangas cortas. Pero el burgués Simeón ha conservado la blusa de lana oscura, y los pantalones flojos que usan todos los habitantes corrientes de la Tracia, cuando no son clérigos; y Bessas viste una túnica de lino con anchas franjas verticales amarillas, verdes y rojas, y pantalones hechos de pieles cosidas, pues es godo. Bessas también lleva una capa militar amarillo pardusca, sujeta con un gran broche de amatista que centellea magníficamente cuando le da la luz.

Están reclinados en divanes ante una mesa redonda de antigua madera de zumaque; a Bessas le resulta incómoda, pues está acostumbrado a sentarse a la mesa militar en un banco duro. Envidia a los jóvenes que, por no ser mayores de edad, se sientan en sillas, no en divanes, a una mesa lateral. Ahora son las cuatro, según el reloj de agua de Modesto, del cual él está tan orgulloso pese a que es tan poco exacto, y sirvientes griegos traen los aperitivos: platos de olivas, puerro picado, cebollas tiernas, atún en vinagre, camarones, salchicha en rodajas, lechuga, mariscos. Malto ha sido designado maestro de vinos, pero el alto rango militar de Bessas le da derecho al asiento consular, en el extremo de la medialuna ante la cual están reclinados. Simaco, el filósofo, deplora que se otorguen los principales honores a la capa amarillo pardusca de Bessas, un bárbaro, y no a su gris capa profesoral; pero no se atreve a demostrar abiertamente sus sentimientos.

El deber de Malto consiste en cerciorarse de que la copa de cada hombre esté llena y regular la proporción de vino y agua: es un deber que ha cumplido a menudo para Modesto. Se puede confiar en que susurrará «Más vino» al sirviente que tiene la jarra de vino y el botijo de agua cuando la conversación se torne formal y fría, y «Más agua» cuando la conversación se vuelva demasiado impúdica o espinosa y sea preciso aplacar los ánimos. Una bailarina contratada en el Teatro de Constantinopla, con una guirnalda de rosas en la cabeza, las piernas desnudas y una túnica muy corta, entrega las copas, haciendo entretanto simpáticas bromas.

Ahora Simeón, el burgués, le habla en voz baja a Paleólogo (que está reclinado a su izquierda), señalando el friso con una crítica inclinación de la cabeza. Paleólogo responde con un gesto de advertencia, y Modesto exclama:

-Vaya, caballeros, ¿es ésta la camaradería propia de un banquete? ¿Acaso Petronio el Árbitro no declaró hace cientos de años en su famosa novela satírica que a una mesa cortés todos los comentarios ofensivos debían hacerse en voz alta? ¡Adelante, oigámoslo! ¿Qué defecto encontráis en mi Iriso? Es la reproducción de una obra capital de Górgaso, el pintor de murales, realizada por un talentoso copista contemporáneo. El original estaba en Corinto, pero ahora está destruido, lo cual otorga doble valor a éste, para mí y para todos los conocedores. -Luego continúa, con voz monótona-: Observad cómo Baco, tras haber devastado la India, la tierra donde los sabios, llamados faquires, vestidos solamente con taparrabos, duermen (orando a sus dioses) sustentados por la nada a tres pies del suelo reseco y plagado de serpientes; cómo el gran Baco, siempre juvenil, unce los tigres a su carro triunfal, decorado con pámpanos, con parras por bridas. De la cabeza rizada le brotan cuernos dorados, símbolo del valor, de donde a su vez brotan rayos... los mismos rayos con los cuales Jove lo engendró en la atónita Semele. Sus tersas sienes, notaréis, están adornadas con amapolas...

-Si disculpas esta ruda interrupción de tu encantador y elocuente discurso -interviene Malto, pues ve que los huéspedes, que hasta ahora han bebido poco, se están inquietando ante la perspectiva de una prolongada y hueca declamación clásica, y él conoce el único modo de silenciar a Modesto-, ésas no son amapolas, sino asfodelos.

Las amapolas son apropiadas para Morfeo, Ceres y Perséfone, pero para Baco lo es el asfodelo. Górgaso era un artista demasiado culto para cometer tamaño error en los atributos florales. -Luego, volviéndose urgentemente al criado-: ¡Muchacho, sirve de nuevo, y que todo sea vino!

Modesto se disculpa; quiso decir asfodelos, desde luego.

-Un desliz, ua, ja! -Pero ha perdido la confianza; vacila en reemprender la declamación.

Simeón considera que las mujeres semidesnudas del friso, el séquito de Baco, no son ornamentos adecuados para un comedor cristiano. Mirándolas, uno podría imaginarse en un burdel de Tiro o Sidón o cualquiera de esos lugares paganos, se queja.

-Nunca fui cliente de semejantes casas -dice ácidamente Modesto-, pero quizá tú seas más experto. Al mismo tiempo, permíteme decirte que considero que la actitud hacia la desnudez prueba el propio nivel de civilización. Los bárbaros detestan el espectáculo de sus propios cuerpos desnudos: al igual que las canoras, iletradas y salvajes confraternidades de monjes.

Nadie acepta el reto a salir en defensa de los monjes, ni siquiera Simeón, pero Bessas responde gravemente:

-A los godos nos parece ridículo el espectáculo de una persona desnuda, tal como a ti el de una persona que no sabe firmar con su propio nombre, como ocurre con muchos nobles godos, yo entre ellos.

Modesto, pese a sus excentricidades, es hombre cordial y no quiere entablar una riña con un huésped. Asegura a Bessas que le sorprende que un hombre con nombre tan noble no pueda estamparlo en papel o pergamino.

-¿Para qué se crearon los secretarios griegos? -ríe Bessas, dispuesto a la conciliación.

A continuación, Modesto comunica a sus huéspedes tracios que está muy orgulloso, pese a ser un romano de alcurnia, de residir en Tracia, otrora morada del gran Orfeo, el músico, y cuna del noble culto de Baco.

-Esas mujeres desnudas, Simeón, son tus antepasados, las mujeres tracias que piadosamente descuartizaron el rey Penteo porque desdeñó el don del vino otorgado por el dios.

-¡Todos mis antepasados vestían batas largas, gruesas y decentes! -exclama Simeón; y su indignación provoca una risa general.

Mientras se llevan los aperitivos, la bailarina demuestra su talento para danza acrobática. Como culminación de sus brincos y cabriolas, camina sobre las manos y luego, curvando el cuerpo y arqueando las piernas por encima de la cabeza, recoge con los pies una manzana del suelo. Sin dejar de andar sobre las manos, e incluso palmeando el suelo al ritmo de la canción que está cantando, finge debatir consigo misma a quién premiará con la fruta. Pero su decisión está tomada de antemano: pone la manzana en la mesa junto al joven Belisario, quien se sonroja y la guarda en la pechera de la túnica.

Simeón cita un texto del Génesis, en que Adán dice: «La mujer me dio la manzana y yo comí»; y Modesto, un texto del poeta Horacio: «Galatea, muchacha inconstante, arrójame una manzana», y todos se sorprenden ante la unanimidad de la literatura sacra y la profana. Pero la bailarina (que era mi ama Antonina) se sorprende ante su repentlna predilección por ese joven alto y apuesto que la mira con la misma admiración ingenua que según cuentan sintió Adán cuando vio a Eva por primera vez.

Ahora bien, esta predilección, creo, se parecía mucho al amor, una emoción contra la cual la madre de mi ama la había prevenido siempre, como un obstáculo para su profesión. Antonina tenía entonces casi quince años, uno más que Belisario, y ya había vivido una vida de libertinaje durante tres años, algo inevitable en actrices y bailarinas.

Siendo una muchacha saludable y vivaz, se había divertido inmensamente sin sufrir efectos nocivos. Pero divertirse con los hombres es muy diferente de enamorarse, y aquello que la mirada que le dirigió Belisario le hizo sentir no fue exactamente arrepentimiento por la vida que había llevado -el arrepentimiento es la declaración de que se han cometido errores, y Antonina nunca actuó así- sino un repentino pudor, como para igualar el pudor de Belisario, y al mismo tiempo orgullo de si misma.

Yo estaba, entretanto, acuclillado en el suelo, al fondo, sirviendo a mi ama; entregándole, cuando ella batía las palmas, atuendos u objetos de su baúl de trastos.

Modesto retomó su descripción, penosamente antojadiza, del significado del friso.

-Allí, observaréis, cautivo de la jocunda deidad del vino, va el río-dios Ganges con su aire verde y acuoso y las mejillas empapadas por lágrimas que hinchan poderosamente su caudal reducido por el calor, y a su zaga una compañía de atezados prisioneros con bandejas atiborradas de variados tesoros, marfil y ébano y oro y relucientes gemas (zafiro, berilo, sardónice) arrebatados a pechos renegridos...

De modo que mi ama Antonina se ganó la gratitud de todos los presentes cuando pidió el laúd.

Cantó una canción de amor, obra del poeta sirio Meleagro, con acompañamiento lento, de timbres solemnes. Al concluir, sin haberse vuelto una sola vez hacia Belisario, clavó los ojos en él y desvió rápidamente la mirada; y él se sonrojó de nuevo, en la cara y el cuello, y cuando se le disipó el rubor palideció. Nunca en la vida cantó ella mejor, en mi opinión, y hubo un entusiasta retintín de copas en su honor. Hasta Simeón contribuyó con un «bravo», aunque no le gustaba demasiado la música pagana y había tratado de demostrar indiferencia mientras ella bailaba. Símaco, el filósofo, felicitó a Modesto, exclamando:

-Nos has mostrado un fenómeno de veras insólito: una muchacha que canta sin desentonar con el instrumento ni con la voz, que acentúa las palabras correctamente, que prefiere Meleagro a

esas tontas baladas callejeras, y es hermosa. No he oído ni visto nada mejor en la misma Atenas. ¡Ven, muchacha, deja que te abrace un anciano agradecido!

Si la invitación hubiera sido de Belisario, mi ama habría acudido a su regazo de un brinco, echándole los brazos al cuello. Pero no tenía ningún favor que otorgar al enjuto, afectado y pedante Simaco. Bajó los ojos. Durante el resto del banquete, aunque cantó y bailó y bromeó mejor que de costumbre, no consintió que nadie se tomara libertades con ella, ni siquiera Bessas, aunque era hombre de mundo y bien parecido y fuerte, en verdad el individuo que en otras circunstancias habría considerado un amante con quien valía la pena pasar la noche. Se comportó modestamente; y esto no era por afectación, pues no se sentía audaz como de costumbre.

Cuando se traen los platos principales, servidos en fuentones de antigua plata maciza -un cordero asado, un ganso, un jamón, tortas de pescado-, Modesto resplandece de satisfacción. Inicia un discurso largo y abstruso, haciendo para Bessas el elogio de su sobrino Belisario, como un joven que se propone seguir la carrera de las armas y que devolverá, espera, el viejo lustre al noble militar romano.

-Hace muchísimos años que un soldado con auténtica sangre romana en las venas no conduce los ejércitos del Emperador. En nuestros días, los más altos mandos han caído, por una u otra razón, en manos de bárbaros mercenarios -godos, vándalos, gépidos, hunos, árabes-, y el resultado es que el viejo sistema militar romano, que en un tiempo construyó el mayor imperio que ha conocido el mundo, ha degenerado finalmente más allá de lo reconocible.

Paleólogo, reclinado junto a Bessas, se siente en la obligación de tirar de la túnica rayada y susurrar:

-Varón generoso entre los varones, por favor, no prestes atención a las palabras de nuestro huésped. Está ebrio y confundido y sus ideas son tan anticuadas que rayan en la demencia. No se propone insultarte.

-No temas, anciano -ríe Bessas-. Es mi anfitrión, y el vino es bueno, y este cordero es excelente. Los bárbaros podemos soportar que los romanos se quejen un tanto de nuestros éxitos. No entiendo ni una cuarta parte de esa jerigonza, pero sí entiendo que se está quejando.

Modesto, incoherentemente, pasa a señalar la gran semejanza -¿ha reparado Malto en ella? - entre su villa y la villa favorita de Plinio, el célebre autor.

-El vestíbulo, sencillo pero no mezquino, que conduce a un pórtico en forma de D, con las mismas ventanas de color y los mismos aleros voladizos que en la morada de Plinio, y de allí al vestíbulo interior y el comedor, con ventanas y puertas plegables en tres lados. El mismo panorama de colinas boscosas al sudeste; pero al sudoeste, en vez del paisaje marino que tenía Plinio (cuando hacía mal tiempo, las rompientes solían elevarse hasta el mismo comedor, lo cual debía de ser tan alarmante como inconveniente), el valle del río Hebro y la fértil llanura tracia, amada por las ebrias adoradoras del dios-vino, que correteaban con los senos al descubierto, la cabellera suelta al viento, llevando en las apasionadas manos varas adornadas con laurel y coronadas por piñas... Vaya, observad, así las veis en el friso encima de la ventana; también amada por Orfeo, retratado con su laúd, quien hizo bailar rocas que debieron estar quietas, y aquietó aguas que debieron bailar, las aguas de ese mismo río Hebro que rueda más allá. Aquel aquietamiento de las aguas fue una proeza que ningún hombre ha realizado antes ni después...

-¿Quién dividió el mar Rojo? -interrumpe Simeón, indignado-. ¿O quién cruzó más tarde el Jordán sin mojarse el calzado? En cuanto a las piedras danzantes, ¿no escribe David, el salmista: «¿Por qué brincáis así, altas colinas?», sorprendido ante el poder de su propia melodía sagrada.

-La llanura tracia -prosigue Modesto con una mueca de desprecio-, anexada a Roma sin derramamiento de sangre por ese culto emperador que conquistó la neblinosa Britania y añadió

Marruecos al Imperio -Claudio era su nombre-; ah, habitantes de la mitad oriental del Imperio que habláis griego, oh, confusa multitud, no olvidéis que fuimos los romanos, no los mestizos griegos, quienes ganamos para vosotros dominios de que ahora os ufanáis.., fueron nuestros Mumio, Paulo, Pompeyo, Agripa, Tito, Trajano...

-Un grupo de caballeros de lo más abnegados, por cierto -interrumpe el burgués Milo, un tracio, secamente; y él también se siente en la obligación de adular a Bessas, murmurándole algo, al tiempo que se cubre la boca con una mano; -¡Bebe, señor! -ordena Malta-. Una nueva ronda de vino está por comenzar.

~Brindemos todos por Roma, nuestra madre común!

-Desde luego, maestro -accede hoscamente Simeón-. Aquel vino que se sirvió en las bodas de Caná de Galilea no debía de compararse a éste en cantidad ni en calidad; y en cuanto a estas tortas de pescado, vaya, ni la milagrosa multiplicación de los peces podría nunca...

De modo que nuevamente se sortea una situación desagradable, pero Modesto no puede resistirse a continuar con el tópico de los imbatibles soldados romanos.

-Ahora decidme, doctos amigos de ese extremo de la mesa, y galantes amigos de éste... ¿cuál fue el secreto del sin igual triunfo de los soldados romanos? ¡Decídmelo! ¿Por qué ganaron batalla tras batalla en las arenas del sur, en las nieves del norte, o contra los pintarrajeados bretones y los dorados persas? ¿Por qué Roma, la capital del mundo, nunca necesitó murallas y casi las únicas fortalezas de todo el Imperio eran blocaos en las remotas fronteras? ¿Por qué? Os lo diré, mis galantes y doctos amigos. Hubo tres razones. La primera: estos romanos confiaban en sus dioses tutelares y visibles, las águilas doradas de sus legiones, que los custodiaban y a las cuales custodiaban, y no en una hipotética divinidad celeste por encima de las nubes. La segunda:

confiaban en sus poderosos brazos para arrojar proyectiles, las afiladas jabalinas, no en las inconstantes cuerdas de los arcos; y con la mano derecha empuñaban la espada corta y mortífera, el arma del hombre valeroso y civilizado, no la cobarde lanza ni la bárbara hacha arrojadiza. La tercera: confiaban en sus ágiles piernas, no en las timoratas patas de los caballos.

-Jo, jo, jo -ríe Bessas-. Mi honorable anfitrión, distinguido señor Modesto, perdona mi franqueza si te digo que sólo estás diciendo pamplinas. Dejaré que tus huéspedes más religiosos discutan tus elogios del poder divino de las águilas, que, por cierto, aunque no soy experto en esos asuntos, me parecen no sólo blasfemos sino exagerados, Pero tengo serias objeciones en cuanto a lo demás. En primer lugar, entiendo que desprecias el arco sin ninguna razón...

-¿No cuento para ello con la autoridad de Homero, quien presenta a sus héroes más nobles luchando en Troya (apeándose de sus carros) cuerpo a cuerpo, con jabalina y espada? En Troya, el arco era el arma del afeminado y taimado Paris, y de Teucro de Salamina, quien se ocultó tras el escudo de su hermano Ayax, y a quien más tarde se le negó el permiso para regresar honrosamente a su patria, una ciudad isleña perfumada de violetas, porque no había vengado la muerte de su hermano Ayax como lo hubiera hecho cualquier guerrero decente con escudo y espada. En verdad, en el único pasaje donde figura la palabra «arquero» en todas las divinas obras del ciego Homero, se la utiliza como término despectivo. En el Libro Undécimo, Diomedes llamaba a Paris «Un arquero, un bufón, un petimetre con rizos a quien deslumbran las muchachas»; y «arquero» era el insulto más grueso. En los poemas homéricos, el arquero se oculta tras el escudo del camarada, repito, o tras un montículo, o pilar, o lápida, y el guerrero con escudo y espada deplora su existencia, como si robara a la batalla (en la cual nunca entra) algo que no le pertenece. ¿No es verdad, oh, eruditos? Malto, Símaco, Paleólogo, apelo a vosotros.

Ellos admiten que Modesto no ha citado ni interpretado erróneamente a Homero.

Pero Bessas gruñe y pide oír más.

-Háblanos de los guerreros romanos de tu edad dorada. Confiaban en sus piernas, ¿verdad? ¿Tal vez por eso eran jinetes tan torpes?

A Modesto se le inflaman los ojos.

-El infante es el rey reconocido del campo de batalla. Los caballos son útiles para los exploradores, y para trasladar rápidamente a los generales y asesores de un lugar a otro de la batalla, y para arrastrar carretones y máquinas de guerra, y, si, esto te lo concedo, podemos consentir una pequeña proporción de caballería por cada cuerpo numeroso de infantería, para dispersar a los merodeadores enemigos que, desde un flanco, pueden entorpecer el firme avance de las filas de nuestras legiones a pie. Pero los romanos de antaño desdeñaban tanto la caballería que, en cuanto sus conquistas lo permitieron, obligaron a naciones sometidas a realizar esa tarea servil, así como dejaron de manejar el arado o plantar coles, confiando tales menesteres a esclavos y hombres de razas inferiores. ¿No es así, Malto, Símaco, Paleólogo?

Admiten que los romanos pronto pasaron a depender de la caballería aliada. Pero Malto, por honestidad histórica y por ser justo con Bessas, añade:

-Pero pienso que ninguna nación desdeña aquello en que se destaca. La caballería romana nunca fue muy diestra. En España, en la última ocasión en que se la empleó como fuerza de ataque, dio un espectáculo lamentable; o eso leemos. Análogamente, ni los griegos ni los troyanos de los tiempos de Homero parecen haber sido arqueros capaces, de acuerdo con las pautas modernas. Estiraban la cuerda del arco sólo hasta el pecho (no hasta la oreja, como los hunos o los persas), y el poder de penetración de las flechas era, al parecer, muy débil. Ulises tuvo más éxito, os lo aseguro; pero sus arqueros lo protegían de los perseguidores a poca distancia, y disparaban contra hombres desprevenidos, sin armadura.

Luego opina Bessas. Habla despacio y juiciosamente, pues es de esos hombres a quienes el vino inspira prudencia, no precipitación.

-Modesto, mi generoso anfitrión, vives en un mundo muerto hace mucho tiempo, encerrado en esa biblioteca. No tienes noción de la naturaleza de la guerra moderna.

En toda época hay mejoras. En ésta, los godos hemos descubierto un modo más perfecto de luchar: No es mi deseo denigrar los triunfos de los romanos, tus ancestros, en otros tiempos... son innegables. Es obvio que hicieron una virtud de su torpeza como jinetes perfeccionando la disciplina de sus infantes. Pero, obviamente, ganaban las batallas pese a su desconfianza ante los caballos, no gracias a ella. Si hubieran sido jinetes por naturaleza y hubieran aplicado su valor y sensatez a la evolución de la caballería, bien podrían haber conquistado no sólo todo el mundo occidental, sino la India, creo yo, y Bactriana, e incluso China, que por tierra está a un año de viaje. Pero, en cambio, confiaban en su infantería, y finalmente sus ejércitos se toparon con una nación valerosa que además era una nación de jinetes -una nación, por otra parte, que obedecía a sus jefes-, la nación... de los godos, mi nación. Aquél fue el final de las legiones romanas. Estas llanuras tracias, distinguido Modesto, han visto cosas más graves que mujeres ebrias y piedras danzantes. Simeón, Milo, Teudas -éste era el otro tracio, un terrateniente-, y vosotros, muchachos, como futuros soldados, ¿digo o no la verdad?

Admiten que está diciendo la verdad, y Teudas añade:

-Por cierto, Bessas tiene razón, debió de ser una matanza espantosa. Cuarenta mil infantes romanos aniquilados, con todos sus oficiales, y con ellos el mismo Emperador Valente. En un terreno que hoy es de mi propiedad, unas ocho millas al norte de esta ciudad, se libró la batalla. Ese labrantío de treinta acres todavía está lleno de huesos, calaveras, y fragmentos de armaduras, y puntas de flechas y jabalinas, y tachones de escudo, y monedas de oro y plata: todas las primaveras desenterramos algo.

De pronto, Modesto pierde la seguridad. La gran batalla de Adrianópolis es una calamidad histórica que él logra olvidar de cuando en cuando, pero nunca por mucho tiempo; y ahora la

citan a su propia mesa. Se estremece, dirige una mirada suplicante a los que están de su parte, y por una vez habla en un lenguaje llano:

-Fuimos traicionados. Fue nuestra caballería ligera tracia, en el flanco izquierdo, la que cedió primero. Estábamos próximos a ganar la batalla. Nuestros legionarios se abrían paso a través de la barricada de carromatos enemigos y en media hora habríamos ahuyentado del campo a sus tropas principales, pero inesperadamente los escuadrones de caballería pesada de los godos, que se habían alejado en busca de forraje, regresaron y se lanzaron sobre los tracios, que se dispersaron en todas las direcciones:

Así, los godos aplastaron a nuestra infantería aliada y arrinconaron a los sobrevivientes contra nuestros valientes legionarios, quienes ya estaban bastante ocupados luchando entre los carromatos. Luego, la caballería que presuntamente debía proteger nuestra ala derecha (caballería del País Bajo, creo) huyó vergonzosamente; y, por último, la gran masa bárbara salió de detrás de los carromatos. Atacó por el frente, la retaguardia y el flanco, y nos trituró, como en el súbito abrazo de una furibunda osa de montaña...

-La mayor parte de los legionarios no podía alzar los brazos para asestar un golpe -admite Bessas-. pues estaban apretados hombro con hombro, como la turba del Hipódromo, y algunos ni siquiera podían apoyar los pies en el suelo. Las lanzas se partían a izquierda y derecha, porque los lanceros no podían sacarlas de la multitud apiñada y oscilante, y más de uno murió ensartado accidentalmente en la punta de la espada de su camarada de retaguardia. El día entero, hasta el anochecer, mis ancestros, jinetes natos, hombres valerosos, diestros con la lanza y la espada, mataron y mataron y mataron. Nuestra infantería disparaba flechas. El campo polvoriento estaba resbaladizo de sangre.

Modesto murmura de nuevo, mientras una lágrima le resbala por la mejilla hasta la copa:

-Nuestra caballería aliada nos traicionó. Eso fue todo. Las legiones pelearon hasta la muerte del último hombre.

-Pero, querido Modesto -pregunta Malthus-, ¿acaso no sucedió lo mismo anteriormente, en la guerra con Cartago? ¿La caballería pesada de Aníbal no hizo trizas a la caballería ligera romana en Canas, de modo que nuestra caballería aliada del otro flanco también huyó? ¿Las legiones no fueron comprimidas en una masa y exterminadas? Los romanos debieron aprovechar esa lección. Pues aunque no eran jinetes natos, según la opinión general, tampoco eran marinos natos como los cartagineses; pero al encontrar una nave de guerra cartaginesa abandonada construyeron otras similares, y practicaron la guerra naval en la seguridad de sus propios puertos, y por último salieron al encuentro de la flota enemiga frente a Sicilia, y la destruyeron. Debieron haber criado caballos de tiro corpulentos para reemplazar a sus elegantes jacas gálicas, y montar en sus lomos robustos disciplinándolos para la caballería pesada... en la seguridad de las murallas de Roma si era necesario.

Bessas se compadece de Modesto, que está sollozando de nuevo.

~¡Valor, distinguido señor Modesto! Fuisteis los romanos quienes enseñasteis a los bárbaros las artes militares con las cuales os derrotamos en Adrianópolis. Fuisteis vosotros quienes nos enseñasteis a coordinar nuestros movimientos, y nos mostrasteis la importancia de la armadura defensiva y de luchar en formación regular. Y aunque tuvimos la suerte de derrotar a vuestro principal ejército, no destruimos vuestro Imperio; al contrario. Admirábamos demasiado vuestras costumbres civilizadas, vuestras sólidas carreteras y vuestros imponentes edificios, vuestra buena comida, vuestras útiles manufacturas y vuestra extensa red comercial; de modo que fuisteis vosotros los conquistadores, a fin de cuentas. Nuestros nobles se transformaron en súbditos juramentados de vuestro Emperador, el sucesor del Emperador que habíamos matado, y pocos años después marcharon con él para liberar Italia de los rebeldes galos, a quienes vencimos en batallas campales, de nuevo la caballería contra la infantería. Eso fue en tiempos de mi abuelo. Desde entonces, nos hemos quedado dentro del Imperio Romano, para protegerlo

contra las nuevas naciones bárbaras que asedian las fronteras y contra los antiguos persas, vuestros vecinos.

Pero Modesto sigue sumido en la melancolía. Evoca otros incidentes de la batalla.

Las legiones luchaban con el estómago vacio, a causa de un idiota ayuno cristiano...

Luego, Belisario pide permiso a Bessas para hablar; pues, al ser tan sólo un joven, está obligado a callar, a menos que se dirijan a él. Bessas da su consentimiento y Belisario dice, tartamudeando ligeramente a causa de la turbación, lo que está pensando.

-~'Romano>' es el nombre que llevan cientos de miles que nunca han visto la ciudad de Roma, y que nunca la verán; y así era, creo, en los días más gloriosos del Imperio.

Ser romano no es pertenecer a Roma, una ciudad de Italia, sino al mundo. Los legionarios romanos que perecieron con Valente eran galos y españoles y bretones y dálmatas y de muchos otros pueblos; entre ellos no puede haber habido muchos cientos de romanos nativos. Luego, yo no pienso que la perfección en el equipo y las tácticas militares la haya conseguido el lancero godo. El lancero godo es hombre valeroso, y su carga es terrible por el peso del caballo y por la pesada armadura que viste: coraza, yelmo, grebas. Pero el jinete huno es también hombre valeroso y puede soltar una lluvia de flechas en pleno galope; sólo que su caballo es demasiado ligero para cargar con un hombre con armadura completa. De modo que el huno tampoco ha conseguido la perfección. No obstante, noble Bessas, ¿no fue el temor a los hunos lo que obligó a los godos a cruzar el Danubio internándose en la Tracia? Pues vuestros arqueros a pie no podían vencerlos, y tampoco podían vuestros lanceros resistir sus andanadas de flechas. Ahora bien, supongamos que se combinaran el arquero huno y el lancero godo en un solo guerrero y se lo civilizara como romano, sometiéndolo a una disciplina militar adecuada. Creo que eso equivaldría a crear un soldado lo más cercano posible a la perfección. Y sería romano tanto en nombre como en espíritu. Me propongo mandar tropas así algún día.

Belisario habló con tanta sinceridad y cordura que todos lo aplaudieron con entusiasmo, y el corazón de mi ama Antonina desbordó repentinamente de inequívoco amor por él.

A los postres, Antonina hizo una exhibición de danza con espadas al viejo estilo espartano. Para entonces ya había terminado la disputa, pues era obvio que Belisario había tenido la última palabra y que el futuro de la guerra les pertenecía a él y a sus jóvenes compañeros. Modesto, ebrio, llamó a su sobrino y lo abrazó.

-Cuando yo muera, esta villa será tuya... las mesas, la platería, el friso, y todo.

No podría dejarla en mejores manos. -De hecho, el pobre hombre murió poco después y cumplió con su palabra. La propiedad era muy valiosa.

No queda nucho más por decir sobre el banquete, que duró hasta horas tardías.

Todos estaban irnuy ebrios, salvo mi ama y Belisario -incluso Malto-, y el joven Ulians perdió la chaveta y cogió un trinchante y hubo que desarmarlo. Modesto reanudó sus disquisiciones delirantes y se metió en tales atolladeros que conquistó casi tantos aplausos como mi ama con su última danza, cuando se contorsionaba tanto que las piernas parecían los brazos, y el vientre las nalgas. Repleto de vino, olvidó por completo que era cristiano y se permitió los insultos y blasfemias más escandalosos sobre el Hijo (ya tuviera una, dos o muchas naturalezas), aunque no sobre el Padre, a quien generosamente identificó con Júpiter, la deidad suprema de su propia raza. Pasó a con-.

tar cómo había sobrevenido la ruina de Roma con el abandono de los dioses antiguos y la adopción del impostor galileo, cuya filosofía dócil y pacifista había contaminado al Imperio de parte a parte, de modo que para defender el Imperio era preciso contratar bárbaros incultos no sólo para los rangos inferiores del ejército, sino también para los puestos de coroneles, generales y aun comandantes.

Ahora, mientras me ocupo de este tema, permitidme transcribir del libro de poemas de Modesto un ejemplo de sus endecasflabos latinos, la métrica que él prefería. Mostrará tanto la flaqueza como el ocasional vigor de sus versos. La flaqueza, en los continuos retruécanos y juegos de palabras: cuneus, columna militar o falange, y cuniculus, conejo; rupibus, rocas, y ruptis, rotas; late, extensamente, y laret, se oculta. El vigor, cuando, excepcionalmente, un contraste antitético (el triunfo de los conejos, o sea de los cristianos, irnediante su docilidad pacifista) se expresa con noble y sincera repulsión. Creo que Corazín es la aldea de Galilea que maldijo Jesús, pero aquí se usa en sustitución de ~Galilea», la parte por el todo, de acuerdo con la convención poética.

DE CUNICULOPOLITANIS Ruptis rupibus in Chorazinanis Servili cuneo cuniculorum Late qui la¿et, allocutus isto Adridens BASILEUS, inermis ipse...

SOBRE LOS HABITANTES DE CONEJOPOLIS A la servil falange de conejos que en Corazín se oculta, en rocas rotas, el desarmado REY dijo sonriente:

«Sed pues cobardes hasta la osadía y huid del enemigo presurosos, a menos que él ya antes haya huido».

En la Ciudad Eterna estos roedores enclenques y fecundos recalaron, y encontrando refugio en lo más hondo de oscuras y propicias catacumbas en la humedad prolífica crecieron, el suelo acribillando de boquetes.

Las conejeras, cargo de discordia, arruinaron cosechas de frontera en tierras donde antes, cual arado, las espadas romanas abrían surcos internándose fieras en las filas de bárbaros e inmundos saqueadores.

Pronto el hervidero de alimañas se fue multiplicando por la tierra, y a una esposa coneja Constantino unióse en matrimonio, así colgando de su manto purpúreo un rabo blanco, luciendo orejas largas por laureles.

Conejopolitanos despreciables sobornáis armiño, hurón y zorro, porque en nombre de Roma os protejan y cuiden vuestra tosca madriguera:

y así corre la sangre a borbotones de vuestros cuellos tersos y velludos.

A la mañana siguiente, mi ama estaba pensativa y callada, y le pregunté qué le preocupaba.

-¿Te fijaste en ese joven, Belisario? -repuso-. Anoche, después del banquete, me declaró su amor.

-No hubo nada de malo en ello, ¿verdad, ama? -pregunté.

-¡Qué declaración tan extraña! Imagínate, Eugenio. que habló de casarse conmigo si yo tenía la paciencia de esperarlo, y dijo que entretanto no se fijaría en ninguna otra mujer. ¡Vaya, un niño de catorce años! Y sin embargo, no pude reírme.

-¿Qué le respondiste?

-Le pregunté si se daba cuenta de quién era yo, una bailarina, la hija de un auriga, una esfinge megarense, y me respondió: «Sí, una perla en la ostra manchada de lodo».

Evidentemente, ignoraba que el matrimonio entre un hombre de rango y una mujer de mi profesión está prohibido por la ley. No supe qué contestarle al pobre niño. Ni siquiera pude besarlo. Era una situación ridícula.

-Y ahora estás llorando, señora. Eso es aún más ridículo.

-¡Oh, Eugenio, a veces quisiera estar muerta! -gimió.

Sin embargo, el ataque de melancolía pasó pronto cuando estuvimos de vuelta en Constantinopla.

Contaré cómo llegué a criado de la bailarina Antonina, mi ama.

Había un mercader sirio de Acre llamado Barak, que traficaba en reliquias cristianas. Si alguna de aquellas reliquias era genuina, se debía a la casualidad, pues no recuerdo que nunca haya manipulado un articulo por el cual tuviera que pagar un precio excesivo. Su principal talento consistía en investir un objeto sin valor de una santidad espuria. Por ejemplo, en un viaje a Irlanda llevó consigo una reliquia que había atribuido confiadamente a San Sebastián, martirizado en tiempos de Diocleciano. Era una gastada bota militar (apropiada, pues Sebastián había sido capitán del ejército) recogida en la calle de un arrabal de Alejandría. Barak se había tomado el trabajo de arrancar los clavos herrumbrosos del talón de la bota, reemplazándolos por clavos de oro, y de enlazar los botines con cordeles de seda púrpura, y de buscar un estuche de madera de cedro con guarniciones carmesíes para esta hermosa reliquia. También traía consigo el áspero y pesado taparrabos de Juan el Bautista, encerrado en un cofre de plata y cristal. No estaba hecho de lino sino de asbesto, una sustancia que puede cortarse en jirones para hilar un paño tosco resistente a las llamas. Para los ignorantes irlandeses era un innegable milagro el que el taparrabos pudiera pasar por un fuego abrasador sin cambiar de color ni sufrir daños. También llevaba consigo la tibia, con incrustaciones de rubí, del mártir San Esteban; y el espinazo de un tiburón, las vértebras enlazadas por alambre de oro, que según decía era la columna vertebral del gigante Goliat, muerto por David; y un trozo redondeado de sal de piedra, montada en plata, que era un presunto antebrazo de la mujer de Lot; y muchos otros prodigios semejantes. La riqueza de los estuches parecía demostrar la autenticidad de los objetos mismos, y traía consigo testimonios de obispos orientales en pergaminos que referían detalladamente los milagros curativos que ya habían obrado las reliquias. Todas las cartas eran falsas.

Los reyezuelos irlandeses pagaron sumas enormes para poseer estos tesoros, y pronto las iglesias donde fueron depositados informaron sobre la realización de milagros genuinos.

Barak regresó pasando por Cornualles, al cabo más occidental de Britania, y tocó las islas del canal, donde me compró a un capitán de piratas sajones. Yo tenía seis años, y mi nombre era Goronwy, hijo de Geraint, quien era un noble británico. Los sajones me habían secuestrado junto con mi joven aya, en una incursión imprevista en el estuario de Severn. Recuerdo la torre gris, amarilleada por los líquenes, del castilío de mi padre, y a mi padre mismo, un hombre grave y barbinegro vestido con capa moteada y pantalones azafrán, con una cadena de oro y ámbar en el cuello; y recuerdo a los arpistas en el salón con juncos esparcidos en el suelo, y hasta algunos fragmentos de las baladas que cantaban.

Mi amo Barak me hacia pasar hambre y me trataba con suma crueldad, y me llevó consigo a Palestina, donde me cambió el nombre por «Eugenio» y me castró. Luego, con el dinero que había ganado en Irlanda, sobornó a los obispos que gobernaban los Santos Lugares para que lo designaran supervisor general de monumentos y guía principal de los peregrinos. Con la venia de ellos, exageró enormemente el prodigio de los altares, y se hizo muy rico. Fue él quien puso dos cántaros de piedra en la cámara nupcial de Caná de Galilea. Estaban construidos de tal modo que, si se les vertía agua en la boca, daban vino a cambio. Pues había una partición en cada recipiente, justo debajo del cuello, y el agua penetraba por un conducto en una parte del recipiente y no se mezclaba con el vino que ya estaba guardado en la otra. Barak también proporcionó al Campo del Alfarero, llamado Aceldama, la cadena de hierro original con la cual se colgó el apóstol Judas; y como los peregrinos de la iglesia de Constantino, en el monte Gólgota, preguntaban con frecuencia por la esponja que sirvió para dar a beber vinagre a Jesús durante la Crucifixión, Barak redescubrió esta esponja, y los peregrinos podían beber agua de ella si daban una buena propina al asistente. En la sinagoga de Nazareth también depositó el libro de cuerno con el que había aprendido el alfabeto el Niño Jesús, y el banco donde Él se sentaba con otros niños. Mi amo Barak solía decir a los peregrinos: «Cualquier cristiano puede mover o levantar este banco sin dificultad, mas ningún judío puede hacerlo». Siempre tenía un par de judíos a mano para demostrar la verdad de la mitad de su afirmación; los peregrinos mismos podían demostrar la otra mitad, si pagaban por el privilegio.

A la iglesia del Santo Sepulcro mi amo Barak no tuvo que hacerle añadidos piadosos, pues la lámpara de bronce que una vez había alumbrado el cuerpo de Jesús ya estaba allí, ardiendo día y

noche; y la piedra que selló la tumba también estaba allí, en la entrada. Era enorme como una piedra molar, y tenía incrustaciones de oro y piedras preciosas. De varas de hierro colgaban en las paredes del altar brazaletes, pulseras, cadenas, collares, cintillos, cíngulos, cinturones, coronas donadas por Emperadores, de oro puro y con rubíes indios, y un sinfín de diademas enjoyadas donadas por Emperatrices. Toda la tumba (que evocaba el poste de llegada del Hipódromo el día de Año Nuevo, adornado con los premios para las Apuestas Inaugurales) estaba revestida de plata sólida: las paredes, el suelo y el techo. Había un altar frente a la tumba, bajo lámparas colgantes de oro con forma de soles.

Barak visitó Constantinopla un verano (pues las temporadas de peregrinación eran la primavera y el otoño) para vender reliquias a los monjes. Había fraguado un documento que pretendía ser un testimonio del Patriarca de Alejandría según el cual determinado diván era el mismo en que Jesús se había reclinado en la Ultima Cena. Pedía diez piezas de oro a cambio. Sucedió que el secretario privado del Patriarca acababa de llegar a la ciudad y, al enterarse del asunto, denunció que el testimonio era un fraude. Pero mi amo Barak, que no deseaba que lo azotaran y mutilaran como prescribía la ley, huyó de inmediato y se embarcó, y durante muchos años no lo vieron más en la zona oriental del Imperio. Luego, el propietario a quien había alquilado una casa amueblada entabló un pleito contra él. Este propietario era un auriga del Hipódromo, el padre de Antonina. Le debía una considerable suma de dinero, y el juez le permitió echar mano de todos los bienes que Barak hubiera dejado. Pero Barak se las había ingeniado para llevarse todas sus posesiones menos mi persona, pues me habla enviado a hacer un recado y yo me había perdido en las calles de la ciudad. Cuando al fin llegué a casa, muy tarde, temiendo que me azotaran, descubrí que mi amo Barak se había ido. Así pasé a ser propiedad del auriga, quien me entregtS a su esposa -que más tarde me regaló a su hija Antonina, a quien serví fielmente durante más de cincuenta años-, para que la ayudara en la cocina.

LAS ESFINGES MEGARENSES

Quizá os haya desconcertado la expresión «Esfinge Megarense»: ése era el nombre que algún autor de epigramas había dado a las prostitutas de Constantinopla.

La esfinge era un monstruo voraz que guardaba celosamente sus secretos, y los primeros colonos de Constantinopla habían llegado de la ciudad griega de Megara. Según se cuenta, un oráculo aconsejó a los futuros colonos navegar hacia el noreste, hasta la orilla opuesta a la «ciudad de los ciegos»; allí fundarían su propia ciudad, que llegaría a ser la más hermosa del mundo. De modo que cruzaron el Egeo rumbo al nordeste, y remontaron el Helesponto hasta llegar al Bósforo, y allí fundaron su ciudad, en la orilla europea, frente a Hierón, que ya estaba colonizada. Éste era obviamente el sitio designado, pues los hombres de Hierón habían construido la ciudad en la orilla menos favorable, donde las corrientes eran turbulentas, la pesca escasa, y el suelo yermo, cuando pudieron haber elegido la otra orilla con su cómodo puerto natural, el Cuerno de Oro, tan ciegos eran. Ahora, después de tantos siglos, Hierón es todavía una localidad pequeña, pero la ciudad de los megarenses se ha transformado en un lugar de un millón de habitantes, con magníficos edificios cercados por una muralla triple. Es la ciudad de múltiples nombres -para los griegos «Constantinopla» oficialmente, «Bizancio» familiarmente; para los literatos italianos «Nueva Roma», para los godos y otros bárbaros germánicos «Micklegarth», para los búlgaros «Kesarorda», para los eslavos «Tsarigrad»-, la maravilla del mundo que considero mi hogar.

Mi amo, el padre de Antonina, era, como he dicho, un auriga de la facción Verde de Constantinopla. Se llamaba Damocles, y me trataba amablemente. Ganó muchas carreras para su color antes de morir, cuando era muy joven, en circunstancias que requieren un relato detallado. Era un tracio de Salónica, hijo de un auriga del Hipódromo de allá, donde el nivel de las carreras es muy alto, aunque no tanto, admito, como en Constantinopla. Un día reparó en él un acaudalado simpatizante de los Verdes que había ido a Salónica en busca de un talento; y, a cambio de una cuantiosa suma de dinero para el fondo de la facción local, transfirió sus servicios a la capital. Allí conducía el segundo carro en las carreras importantes, y en general su

tarea consistía en llevar el paso y desviar a los carros Azules del camino para que el primer carro Verde, el de caballos más veloces, tuviera la oportunidad de adelantarse sin obstáculos. Era muy diestro en esta especialidad. Tenía un gran talento para sacar partido de caballos difíciles o perezosos. Además, era entre todos los de su profesión el más hábil con el látigo: era capaz de liquidar certeramente una abeja en una flor o una avispa en la pared a cinco yardas de distancia.

Damocles tenía un amigo, Acacio de Chipre, por quien sentía gran afecto, y una de sus condiciones para venir a Constantinopla fue que Acacio recibiera algún puesto en el Hipódromo: lo suficiente para una vida decente, pues era casado y tenía tres hijas. La condición se cumplió fielmente, y Acacio fue designado asistente del maestre de osos de los Verdes. Más tarde recibió la maestranza principal de osos, un puesto muy responsable y lucrativo. Aquí debo retroceder en la historia, para que todo quede bien claro.

El año de Nuestro Señor de 404, exactamente cien años antes de la historia que tengo que contar, fue señalado por dos novedades lamentables. En primer lugar, los libros proféticos sibilinos, que el Senado consultaba cada vez que había motivos de perplejidad y peligro nacional, y que se habían conservado cuidadosamente en la Biblioteca Palatina de Roma desde el reinado del Emperador Augusto -estos tesoros preciosos e irremplazables- fueron vergonzosamente quemados con pretextos religiosos por un cristiano iletrado, un general germano al servicio de Honorio, Emperador de Occidente. Esta estupidez estaba prevista en los libros mismos; pues se dice que el grupo final de hexámetros sentenciaba:

Cuando el mundo dos necios se dividen, el mayor (de la región más joven) prohíbe con su Hipódromo la sangre y trae sangre. En la más antigua Roma el menor, a bárbaros rendido, en humo ve disuelta su sapiencia.

Arcadio, el Emperador de los romanos de Oriente («la región más joven») cumplió su parte de la profecía ese mismo año. Un día, en el Hipódromo de Constantinopla, un monje loco se interpuso entre dos gladiadores cuando habían llegado al momento más interesante del combate. Los exhortó en voz alta a abstenerse del asesinato, en el santísimo nombre de Cristo. Los gladiadores se negaron a matar al monje, pues les habría traído mala suerte (los gladiadores son supersticiosos por naturaleza). Se separaron y, por señas, preguntaron al Emperador, que hacía las veces de presidente, qué debían hacer a continuación. Los espectadores estaban enfurecidos por esa impertinente intromisión del monje en su entretenimiento; desbordando la barrera, arrancando terrones de cemento y ladrillos de los asientos, apedrearon al monje hasta matarlo.

Arcadio también se enfureció cuando el público usurpó su autoridad de presidente. Tomó la severísima medida de prohibir todos los juegos con gladiadores durante un período indefinido. Este decreto provocó tumultuosas protestas, en castigo por lo cual Arcadio disolvió por completo el gremio de gladiadores y permitió que el monje, cuyo nombre era Telémaco, fuera proclamado mártir e incluido honrosamente en los dípticos. Las consecuencias no fueron afortunadas.

En primer lugar, como parece haber previsto la Sibila, el populacho, viéndose privado del habitual placer de presenciar cómo los hombres se mataban pública y profesionalmente, buscó satisfacción en luchas extraoficiales en calles y plazas, entre los jóvenes petimetres de las facciones Azul y Verde. En segundo lugar, la desaparición de los gladiadores de los juegos del Hipódromo elevó las luchas con osos de una posición subalterna a una posición descollante. Los mastines que peleaban con los osos no pertenecían, añadiré, a una facción, como los osos y los caballos, sino que los entrenaban privadamente entusiastas acaudalados. También se escenificaban ocasionalmente enfrentamientos entre un león y un tigre (el tigre ganaba siempre) o entre lobos y un toro (los lobos ganaban siempre, si gozaban de buena salud, atacando los genitales del toro) o entre un toro y un león (una pelea igualada, si el toro era fuerte) o entre un jabalí y otro jabalí. Pero las funciones con osos eran por lo general las más atractivas, y eran aún más populares que los espectáculos, todavía permitidos en algunos Hipódromos, en que

criminales armados intentaban, con más o menos ineptitud, protegerse de los ataques de estas diversas fieras.

Los cristianos más devotos se levantaban del asiento o cerraban los ojos durante esas peleas programadas, y había alguna encíclica que prohibía a los cuidadores de osos y leones, los aurigas y otros profesionales del Hipódromo la práctica del cristianismo. O, mejor dicho, les prohibía participar de la Eucaristía, pues se suponía que sus profesiones eran ruines y excitaban las mentes de los hombres apartándolos de la tranquila contemplación de la Ciudad Celestial. Por esta razón, los profesionales del Hipódromo eran hostiles por naturaleza a la religión cristiana, pues despreciaba sus vocaciones tradicionales, de las cuales no estaban avergonzados en absoluto. Les complacía crear rumores para desacreditar al cristianismo, especialmente sobre la conducta hipócrita de los cristianos devotos. Había más de un alto funcionario de la Iglesia que solía enviar secretamente un regalo en dinero al maestre de danzas Verde, o al Azul, pidiéndole que seleccionara una mujer vivaracha para animar una cena; y sin embargo, en las calles, esos mismos hombres alzaban la túnica horrorizados si se topaban con una actriz, como temiendo contaminarse.

En este sentido, yo compartía la opinión de la gente del Hipódromo: las experiencias hechas junto a mi ex amo Barak habían despertado en mi profundas sospechas sobre la Iglesia, sospechas que todavía conservo. Es algo que está arraigado en mi y no podrá extirparse; tal como el color Verde estaba arraigado en el alma de mi amo Damocles. Pero he conocido a algunos varones honorables entre los cristianos, de manera que en verdad no puedo escribir nada contra el cristianismo en si, sino sólo contra quienes lo han usado para sus propios fines y han hecho gala de santidad para medrar en el mundo. En cualquier caso, existía esta hostilidad contra la Iglesia entre las gentes del Hipódromo (incluyo aquí a los actores del teatro, que estaban estrechamente relacionados con el Hipódromo); y sus habitaciones y despachos eran un santuario para los pocos sacerdotes de los Antiguos Dioses que sobrevivían, y de los hechiceros y adivinos egipcios y sirios, y de los magos persas, expertos en la interpretación de los sueños. Sólo los maestres de danza, que actuaban como intermediarios nuestros ante la administración de la facción y, por lo tanto, ante la corte y la Iglesia, eran, por tradición, cristianos; y por cierto eran un hato de hombres taimados y deleznables.

El amigo de Damocles, el maestre de osos Acacio, murió en cumplimiento de su deber. Los machos se excitaron con la presencia de una osa en una celda vecina. Se pusieron intratables. Uno de ellos atinó a romper la cadena y luego derribó la puerta de la celda, ansioso por llegar a la osa. Acacio le ofreció un panal con una vara, e intentó persuadirlo de que regresara apaciblemente a su encierro. Pero el oso pareció ofenderse ante la oferta de una cierta dulzura cuando tenía otra en mente, y atacó a Acacio con petulancia, aunque sin intención de herirlo gravemente, y le arrancó el brazo. La herida se infectó y Acacio murió esa misma noche, para gran dolor de los simpatizantes de la facción Verde, y especialmente de mi amo Damocles, y para dolor, me han contando, del oso, quien lo lloró como un ser humano.

El asistente del maestre de osos, Pedro, era un primo lejano de Damocles -casi todas las gentes del Hipódromo estaban emparentadas por lazos matrimoniales- y se decidió que debía casarse con la viuda de Acacio e integrarse a la administración de la facción para ser designado maestre de osos en su lugar. Así se hizo; y aunque esa boda, celebrada tan poco después de la muerte del maestre de osos, parezca de pésimo gusto, la imponían las circunstancias. Entre los Verdes, nadie pensó mal de ninguno de los contrayentes.

Pero el periodo de actuación del maestre muerto había sido tan exitoso -había mejorado la capacidad defensiva de los osos, sometiéndolos a ejercicios regulares y a una dieta cuidadosa, en vez de mantenerlos siempre encerrados y a oscuras, como antes era costumbre- que la administración, en votación reciente, había adoptado que se le duplicara el salario. Ahora ascendía a quinientas piezas de oro por año, propinas aparte. Esta prodigalidad se justificaba por el enorme incremento de las apuestas cuando luchaban los osos, pues el tres por ciento de las ganancias iba al fondo de la facción.

Quinientos por año era una suma tentadora, y el maestre de danzas, como correspondía a su calaña, no deseaba cederla por nada. Cuando Juan de Capadocia, que casualmente era un Verde destacado, ofreció mil por el puesto en nombre de un servidor suyo, el maestre de danzas no fue sordo. El asunto se arregló fácilmente, pues Juan de Capadocia era presidente del comité de designaciones. El maestre de danzas declaró en la reunión que el único candidato restante era Pedro, el asistente del maestre de osos, quien no sólo no merecía un ascenso sino que ni siquiera merecía conservar su puesto actual. Insinuó al comité que tal vez Pedro hubiera tenido algo que ver con la fuga del oso que mató a Acacio, y dio visos de indecencia al apresuramiento de Pedro para casarse con la viuda del maestre muerto.

El comité no sólo rechazó la solicitud de Pedro, sino al mismo Pedro. Cuando Damocles se enteró de la decisión, se irritó; y con razón. Fue a quejarse a los otros aungas. Les pidió que firmaran una petición dirigida a los regentes del Hipódromo, cuya autoridad era mayor que la de la administración Verde, quejándose de la doble injusticia cometida con la viuda del maestre de osos y sus tres hijas, y con el asistente del maestre de osos.

Los aurigas, sin embargo, no tenían interés en intervenir en el asunto, pese a que el nuevo maestre de OSOS capadocio había alardeado abiertamente de que le habían comprado el puesto, y a que era un advenedizo que nunca había tenido conexiones con el Hipódromo. El motivo era que a ellos no les interesaban los espectáculos con osos, pues eran aurigas; que Juan de Capadocia era un hombre poderoso en la corte y la facción; que les parecía poco razonable exponer un asunto que afectaba el honor de los Verdes ante los dirigentes, entre quienes también había Azules.

Damocles se negó a olvidar el asunto. Conversó con otros Verdes prominentes, tratando de interesarlos en el caso, pero ninguno quiso escucharlo.

Los Azules no tardaron en enterarse de la historia y enviaron a dos aurigas para que sondearan a Damocles en secreto. Le preguntaron si podían ayudarlo de algún modo para que se hiciera justicia. Damocles estaba tan fuera de sí que respondió amargamente:

-¡Ya lo creo! Aceptaría ayuda de cualquiera, aun de los Azules, y aun de esos condenados monjes cristianos, si pudieran denunciar las intrigas de ese maestre de danzas y ese capadocio.

-Sugiere a la mujer y sus hijas que se pongan guirnaldas en la cabeza y lleven ramilletes en las manos para salir como suplicantes, escoltadas por Pedro, hasta el poste inferior justo antes de que empiece la pelea de osos -dijeron los aurigas-. Los Verdes mejor intencionados intercederán en su favor; y podemos prometer que los Azules respaldarán a voz en cuello la apelación.

Él aprobó el plan, que, desde luego, no era más que una estratagema de los Azules para desacreditar a la administración Verde; no tenían ningún deseo genuino de ayudar a la mujer ni a las hijas. Pero cosas extrañas empezaron a suceder. En primer lugar, por rara coincidencia, el maestre de osos de los Azules cayó muerto esa misma tarde mientras atravesaba la Plaza de Augusto. En segundo lugar, Tomás, el tesorero de los Azules, tuvo esa noche un sueño en el que un gran oso negro, con una insignia Verde y montado por una niña con una guirnalda en la cabeza, entraba dando tumbos en el salón del comité Azul, se arrancaba la insignia, la pisoteaba, y empezaba a distribuir coronas y palmas de victoria y puñados de dinero recién acuñado.

Al día siguiente, en cuanto las suplicantes se hubieron presentado ante el poste, como habían sugerido los aurigas Azules, Juan de Capadocia envió una partida de Verdes para echarlas. Los Azules soltaron un clamor formidable, y la mayoría de los Verdes de la audiencia no entendían de qué se trataba: de modo que, en vez de mostrarles simpatía, abuchearon a las pobres criaturas mientras las empujaban entre los bancos Verdes. Damocles se enfureció más que nunca.

La última carrera de esa tarde era importantísima. Era el aniversario de la investidura del Emperador y había prometido regalar una obra de arte, un equipo completo en plena carrera (los caballos esculpidos en plata, el carro y el conductor en oro), a la administración de la facción ganadora. Seria una carrera disputada, a juzgar por las apuestas. Damocles decidió granjearse el aplauso popular conduciendo como nunca antes. Sabía que cuando los líderes de la facción lo

llevaran, adornado con guirnaldas y una cruz de flores en la mano, a postrarse respetuosamente para aceptar el premio de manos del Emperador (como ocurría si contribuía a ganar la carrera), tendría oportunidad de pedir una reparación. El Emperador Anastasio era un hombre afable, y proclive a hacer justicia en casos como éste.

Seria inoportuno narrar la carrera en detalle, pero al menos dejadme describir la séptima y última vuelta. Primero, un color llevaba la delantera; luego, el otro; luego, otra vez el primero. Hacia el fin de la quinta vuelta, cuando los competidores ya habían recorrido una milla completa, el primer carro Verde estaba en el carril interior, bordeando la barrera central; el segundo carro Azul, que había llevado el paso magníficamente, lo seguía a poca distancia, en el carril contiguo. Luego venia el carro de Damocíes, el segundo Verde, en el carril exterior, seguido de cerca por el primer carro Azul, en el carril contiguo al interior. Ahora la victoria parecía segura para los Verdes, y los ocupantes de las graderías Azules se veían desanimados ante la proximidad de la última curva. Pero entonces Damocles comprendió repentinamente que sus caballos estaban exhaustos: ni sus alardes de habilidad con el látigo ni sus exhortaciones de viva voZ los impulsarían a mayor velocidad. La distancia entre los dos carros del medio, el primer Verde y el segundo Azul, y los dos exteriores, el primer Azul y el segundo Verde, se había reducido enormemente aunque conservaban las mismas posiciones relativas. El primer Azul avanzaba ahora a gran velocidad y era capaz de quitarle no sólo la victoria a Damocles, en el segundo Verde, sino a los dos líderes. De modo que Damocles tomó una rápida decisión en la curva: se cruzó ligeramente en el trayecto del primer Azul y luego frenó de golpe. Su intención, desde luego, era chocar contra la rueda derecha del carro enemigo para eliminarlo de la competencia, de modo que su camarada del carril interior se asegurara la victoria. Este truco es legítimo, pero rara vez se pone en práctica, por el peligro que representa para la vida del hombre que lo utiliza: hay posibilidades de que el carro vuelque y el auriga se rompa una pierna, o nluera pisoteado, o estrangulado por las riendas, que le ciñen estrechamente la cintura, antes de poder liberarse de ellas con el puñal. Damocles, sin embargo, afrontó el riesgo, y estaba tan concentrado en su objetivo, y había tal polvareda y griterío, que no advirtió lo que estaba sucediendo en los dos carriles interiores. Su camarada, el primer Verde, había sido empujado por el segundo Azul y se había estrellado contra el paste, quedando fuera de combate; pero el caballo guía del segundo Azul se había torcido un tendón durante la maniobra, obligando al equipo a detenerse. Como resultado, el primer Azul pudo sortear el peligro de la rueda de Damocles, como no habría podido hacerlo si su compañero hubiera estado delante: viró elegantemente hacia dentro y se libró de él, ganando por un buen trecho a Damocles, quien había frenado.

Era. obviamente, un caso de mala suerte, como habría concedido cualquier juez con discernimiento; pero los Verdes estaban tan defraudados que tuvieron que buscar un chi~o expiatorio. El chivo expiatorio no fue el primer auriga Verde, quien yacía atontado en el suelo entre los restos de su carro, sino mi amo Damocles. Pues Damocles, después de estrellarse su compañero, había quedado en la posición delantera, a sólo cien yardas de la victoria, e inexplicablemente había frenado. Podréis imaginar que Juan de Capadocia pintó esa conducta con las peores tintas, y lo acusó de vender la carrera a los Azules. Sustentó su acusación en dos hechos: que habían visto a dos aurigasAzules hablando con Damocles la mañana anterior en una taberna de la ciudad, y que flamocles estaba resentido con la administración a causa del asunto de la maestranza ~e 0505. De modo que, en una reunión de comité celebrada inmediatamente después dela carrera, lo suspendieron por un año; y esa noche Damocles se mató, después de atac~r al maestre de danzas Verde, a quien arrancó un ojo de un latigazo lanzado desde el otro extremo del vestuario de los aurigas.

Ent~nce5 nuestra fortuna pareció en plena decadencia, pues mi amo Damocles había sido ge~eroso con sus ganancias y no había ahorrado prácticamente nada; y su esposa y Antojina fueron echadas de la facción como familiares de un auriga que había ayergonzado a su color. En cuanto a mi, corría el riesgo de ser vendido nuevamente a otro amo. Pero todo terminó bien porque, en una reunión de la administración Azul, dos días más tarde, Tomás, el tesorero, contó

su sueño del oso. Aseguró al comité que la niña que había montado a lomos del oso en el sueño era una de las hijas del difunto maestre de OSOS Verde, quienes habían acudido como suplicantes al poste. Los incitó a ofrecer el puesto vacante de maestre de osos Azul a Pedro, quien era ahora el padrastro de esas niñas: pues era obvio que así los Azules tendrían buena suerte.

Hubo cierta oposición ante la sugerencia, pero Tomás destacó que Pedro estaba bien entrenado con los animales Verdes, y que eligiéndolo se beneficiarían ellos, además de avergonzar a los Verdes. Pedro fue designado maestre de osos Azul y demostró gran habilidad en su profesión, y la familia entera se convirtió de Verde en Azul, lo cual es muy infrecuente entre las familias del Hipódromo. Para demostrar su gratitud a la familia de Damocles, nos concedió alojamiento y comida en su propia casa; y su esposa e hijas, además de él mismo, juraron por el dios Poseidón (el juramento más respetado por las gentes del Hipódromo) que harían cuanto estuviera a su alcance para ayudarnos. Así salimos de apuros, y la viuda de Damocles no necesitó venderme.

Pero para no ser una carga para Pedro, persuadió al maestre de danzas de los Azules de que la empleara como actriz en el Teatro; no como actriz dramática para el escenario, pues no tenía experiencia suficiente, sino como actriz de variedades en la orquesta. Sabia bailar algo y no rasgueaba mal el laúd y tocar bastante bien el tamboril, de modo que él la aceptó. Ella adiestró a su hija Antonina desde sus primeros años como música, malabarista, bailarina y acróbata, y Antonina se crió tan Azul en sus sentimientos como Verde había sido su padre, Damocles. Antonina no tardó en ser muy requerida en cenas como la de Modesto en Adrianópolis, y en los banquetes comunitarios de los jóvenes petimetres de la facción Azul, a los cuales cada miembro contribuía con comida o bebida.

Antonina mantuvo una estrecha amistad con las tres hijas de Acacio. Se llamaban Comito, Teodora y Anastasia. Pero, de las tres, quiero escribir principalmente sobre Teodora, la del medio, quien llevaba a Antonina dos años de edad y se convirtió en su amiga íntima. Cuando las tres niñas crecieron, se iniciaron todas en el teatro. Comito era una criatura impecable, de soberbia factura, y tuvo gran éxito con los hombres, pese a ser mala actriz. Empezó a tratar con desdén a Teodora y a Anastasia, pues ninguna de ambas tenía su belleza, pero pronto murió de la enfermedad de su profesión.

Anastasia también se contagió, y perdió casi toda la dentadura en una riña durante un banquete comunitario. Pero Teodora era inmune a todos los males. Era opinión generalizada que tenía un demonio dentro, un demonio implacable e insaciable. ¡Cuán a menudo, posteriormente, tuvo Antonina ocasión de agradecer a los dioses que Teodora fuera su aliada, no su enemiga!

Mi primer recuerdo de Teodora es de cuando ella tenía seis años, vestía una pequeña bata sin mangas como las que usan los hijos de esclavos y llevaba el taburete plegable de su madre al lugar de la orquesta antes de una representación. Provocaba o mordía a los otros niños que veía; su madre decía que habría que colgarle del cuello un cartel como los que se ven en las celdas de 0505 para prevenir a los visitantes: «Este animal es peligroso». Teodora estaba resentida por las burlas que le habían infligido sus ex amiguitas Verdes por esa infortunada historia de la muerte del padre y el nuevo matrimonio de la madre.

Antonina también recibía insultos, como hija de un auriga que había vendido una carrera a los Azules. Pero ella no sabia pelear como Teodora, que se enfrentaba a sus ofensores con uñas y dientes. Se vengaba de otras maneras: principalmente -cuando creció un poco más- asustaba a sus enemigos convenciéndolos de que eran víctimas de sus poderes mágicos. Finalmente ella misma llegó a creer en la magia. Por cierto, tuvo un par de éxitos notables con ella. Un día el maestre de danzas de los Verdes, Asterio, cuyas maquinaciones habían sido la causa originaria de todo el problema, la pateó brutalmente por detrás. Ella modeló una imagen de sebo de Asterio -panzón, narigudo, tuerto-, elevó ciertas plegarias a Hécate, que es la antigua diosa que se encarga de estos asuntos, y luego le arrancó el ojo restante con un alfiler. Antes de que la luna hubiera llegado al tercer cuarto, ese villano estaba ciego: un huso que una mujer furibunda arrojó a su esposo lo hirió accidentamente a él, cuando pasaba por delante de su puerta. Teodora

admiró mucho a Antonina por este acto, y juntas trataron de destruir también a Juan de Capadocia. Pero supongo que como él oraba tanto en la iglesia entorpeció la intervención de Hécate, pues continuó prosperando. Luego juraron por el Cascabel Sagrado -un juramento terribilisimo- que no descansarían hasta que una u otra hubieran reducido a Juan a la desnudez y mendicidad que le correspondían. Lo que sucedió se contará antes de que este libro haya terminado.

Un viejo hechicero siriofenicio, de quien mi ama Antonina había aprendido su magia -mi amo Damocles había trabado amistad con él-, preparó un día los horóscopos de las dos muchachas, que lo asombraron y aterraron por su brillantez. Dijo a Teodora que estaba destinada a casarse con el Rey de los Demonios y reinar con más gloria que ninguna mujer desde la reina Semiramis, y que nunca le faltaría oro. En cuanto a Antonina, se casaría con un patricio, el único hombre bueno en un mundo de maldades; y, en tanto Teodora sufriría su cuota de infortunios en la primera parte de su vida, los infortunios de Antonina quedarían postergados hasta la extrema vejez, y terminarían pronto.

Teodora frunció el ceño y le dijo:

-¿Quieres halagamos con tus trucos de costumbre? ¿Ignoras, para empezar, que los hombres de estirpe no pueden casarse con mujeres de nuestra profesión por dictamen de una antigua ley? ¡Confiesa que mientes!

Él tembló, pero no se retractó de su palabra, invitándola a mostrar las cifras de los horóscopos a cualquier astrólogo de reputación. Así lo hizo ella, y el segundo astrólogo, un griego alejandrino, llegó a deducciones muy parecidas.

Entonces Teodora dijo a mi ama Antonina, riendo:

-Querida muchacha, lo que tu esposo no pueda conseguirnos con su bondad, intentaré que el mío lo consiga con sus poderes demoníacos.

También recuerdo a Teodora entrando en el Teatro sin llevar nada encima, salvo el taparrabos obligatorio y un gran sombrero. Lo hizo cuando su cuerpo estaba casi en plena madurez. Fingía que el taparrabos se le desataba siempre: lo tomaba en la mano y se lo llevaba al atareado funcionario que conducía a las personas a sus asientos, quejándose de que «ciertos hombres de Belial» se lo habían arrancado groseramente. Deseaba que la escoltara hasta algún sitio privado y la ayudara a ponérselo de nuevo. Entretanto, se cubría modestamente los muslos con el sombrero. Su gravedad, su fingida desesperación, su insistencia, exasperaban al funcionario, para delicia de las graderías.

Teodora era menuda y de tez cetrina. No era especialmente hábil para bailar ni tocar instrumentos ni hacer acrobacia; en verdad, en todas estas actividades era bastante mediocre. Pero poseía una extraordinaria agilidad mental y una carencia absoluta de pudor sexual: parece que en efecto exhibía una inventiva singular en sus juegos carnales, de modo que el «Aprendí esto de Teodora» era una broma corriente bajo la Estatua de Venus, el principal lugar de citas del barrio de los prostíbulos. Y mientras aparentemente sólo se dedicaba al dinero y a los placeres, Teodora estudiaba afanosamente al Hombre; y no hay mejor manera de estudiar este asunto que como esfinge megarense, a quien jóvenes y viejos revelan sus verdaderas personalidades mejor que a sus más castas madres, hermanas o esposas. Mi ama Antonina también era una estudiosa del Hombre, y ella y Teodora pronto aprendieron a despreciar aun a los clientes más serios por su inagotable petulancia, credulidad, ignorancia y egoísmo, y a sacar partido de estas características. Mediante encantamientos y remedios, ambas se las ingeniaron para evitar la preñez, excepto Teodora, que tuvo que abortar en un par de ocasiones, pero sin consecuencias perjudiciales.

Sólo tenían dos amigas intimas, Indaro y Crisómalo, muchachas del mismo grupo, con quienes, unos seis meses después de la visita de Antonina a Adrianópolis, planearon abandonar las tablas, si podían conseguir permiso y trabajar independientemente.

El permiso era muy difícil de conseguir, pero Crisómalo y Teodora tuvieron la buena suerte de conquistar los favores del demócrata de los Azules, quien controlaba el aspecto político de la facción, mientras Indaro y Antonina asediaban exitosamente al demarca, quien controlaba el aspecto militar. La norma habitual era que el esposo de cualquier actriz que abandonara las tablas para casarse tenía que pagar una onerosa contribucion al fondo. No se aceptaba ninguna otra excusa, excepto la penitencia, pero ninguna penitente podría regresar a su antiguo empleo, so pena de ser encerrada en una casa de corrección por el resto de sus días. No obstante, estas cuatro muchachas consiguieron permiso para renunciar, siempre y cuando siguieran siendo Azules leales. Con sus ahorros y dinero que pidieron prestado a sus simpatizantes, se unieron para alquilar varias habitaciones lujosamente amuebladas en un elegante edificio, cerca de la Estatua de Venus, e inaugurar allí una casa de entretenimientos: como la facción lo respaldaba oficialmente, pronto se transformó en el establecimiento más concurrido de Constantinopla. Para entonces, la madre de mi ama Antonina había muerto; Antonina me había heredado de ella. Me confiaron el trabajo de camarero. Como profesionales independientes, las damas ya no estaban obligadas a ceder una elevada proporción de sus ganancias privadas al maestre de danzas; en cambio, se convirtieron en miembros plenos de la facción, pagando regularmente la suscripción al fondo. Indaro y Crisómalo eran muy diestras, la primera como bailarina acrobática y malabarista, la segunda como cantante e instrumentista; y mi ama Antonina era comparable a ambas en esas especialidades. Teodora era la administradora y la comediante. Las cuatro pasaron juntas momentos muy felices, divertidos y absolutamente impúdicos, y me alegra consignar que conservaron su amistad entonces y más tarde; y yo, que las he sobrevivido a todas, lamento sus muertes.

Un día Teodora nos contó -pues a mi me trataban más como amigo que como esclavo, y todas me tenían confianza- que la habían invitado a acompañar a Pentápolis.

a un patricio llamado Hecébolo, donde lo habían designado prefecto, y que esta oportunidad de ver mundo a sus anchas era demasiado buena para perderla. Todos rogamos a Teodora que no nos abandonara, y Crisómalo le advirtió que Hecébolo no era hombre de fiar. ¿No era de origen tirio y, por lo tanto, embaucador nato? Teodora replicó que sabía cuidarse y que su única preocupación era cómo nos arreglaríamos sin ella. Partió; después de un par de divertidas cartas desde ciudades del camino a Pentápolis, no tuvimos más noticias de ella ni sobre ella por muy largo tiempo. Luego un oficial vino con licencia de Pentápolis y nos contó que una noche Teodora había perdido la paciencia con Hecébolo, quien trataba de encerrarla en una especie de jaula para él solo:

ella le había vaciado una tina de agua sucia sobre la túnica bordada, mientras él se vestía para la cena. Hecébolo la había echado de la residencia inmediatamente, negándose incluso a dejarle llevar sus ropas y joyas. El oficial creía que luego Teodora había persuadido al capitán de un barco de que la llevara a Alejandría de Egipto; pero no pudo darnos más noticias.

La Teodora que llegó cojeando a Constantinopla muchos meses más tarde era muy diferente. Los infortunios profetizados por el siriofenicio se habían concentrado en un solo año, y habían sido muy amargos. Nuestra alegre y confiada Teodora, que nunca había dejado de contaruos sus aventuras más descabelladas y dolorosas, guardó absoluto silencio sobre sus experiencias en Egipto y su humillante viaje de retorno a Cesarea, Antioquía, y el interior de Asia Menor. Con nuestros cuidados, su salud fue mejorando, pero aun cuando aparentemente recobró la fortaleza física, no se sentía con ánimos para reiniciar su trabajo en el establecimiento.

-Preferiría hilar lana todo el día a comenzar de nuevo esa vida -lloriqueó. Para nuestra sorpresa, compró en efecto una rueca y aprendió a utilizar ese instrumento melancólico, aunque útil, en la soledad de su cuarto. Las otras damas no se burlaron, pues ella era su amiga y evidentemente había sufrido casi más de lo humanamente soportable. De modo que el ruido monótono de la rueca se oía ahora en el establecimiento a todas horas del día y la noche; y cuando los clientes preguntaban: «¿Cuándo dejaremos de oír ese condenado gimoteo?», las damas respondían: «Es

sólo la pobre Teodora, que se gana el sustento honestamente». Pero lo tomaban a broma. Nunca la veían.

Uno de nuestros clientes era un sujeto extraño, mofletudo, sonriente y lascivo llamado Justiniano, sobrino del ilustrado comandante bárbaro de la Guardia Imperial, Justino. Justino había mandado buscar a Justiniano cuando era joven, a la aldea montañesa de Iliria donde él mismo había sido pastor tiempo atrás, y le había dado la educación que él lamentaba no haber tenido. Justiniano - uyo nombre de bautismo era Uprauda, «el Recto»- todavía hablaba griego con un fuerte acento extranjero y tenía marcada preferencia por el latín, la lengua oficial de su provincia natal. Ninguna de las damas sabia cómo habérselas con Justiniano y, aunque era cortés y divertido y parecía destinado a ser una persona importante, las hacia sentir vagamente incómodas, como si no fuera del todo humano. A ninguna de ellas le gustaba llevarlo a su aposento privado. Mi ama Antonina, por lo pronto, logró evitarlo en todas las ocasiones, sin granjearse su hostilidad. Indaro contó una historia insólita: cómo una noche se había dormido mientras Justiniano estaba con ella en el lecho y, despertando de pronto y encontrándose sola, había visto una rata enorme escurriéndose por la colcha y saltando por la ventana. Yo vi con mis propios ojos algo aún más insólito. Justiniano dijo una noche, mientras conversaba con las damas:

-Oí ruidos en la puerta delantera. -Pero todos tenían demasiada pereza para investigar, y yo estaba ocupado haciendo algo detrás del mostrador. Entonces noté que una emanación brotaba de los hombros de Justiniano, una cabeza espectral que se escabulló por la puerta y regresó enseguida. Justiniano dijo: -El ruido no fue nada. Continuemos nuestra charla-. Las damas no habían visto lo que yo vi; pero era típico de esos fenómenos que nunca los viera más de una persona a la vez, de modo que cada cual dudaba de sus sentidos y era imposible determinar la autenticidad de ninguna visión en particular.

Él era cristiano y disfrutaba de las disputas teológicas tanto o más que de los chismes de facción y las bromas y cuentos procaces; y solía ayunar regularmente. Siempre llegaba al establecimiento al fin de sus días de ayuno y comía y bebía a más no poder.

A veces había ayunado, decía, tres días seguidos, y su apetito habría hecho honor a su alarde aunque hubiera dicho tres semanas. Pero nunca perdió esa complexión rosada hasta el día de su muerte, en la extrema vejez. Mi ama Antonina lo llamaba Fagón, por el célebre glotón que una vez, haciendo una exhibición ante el emperador Aureliano, devoró de una sentada un cerdo, una oveja, un jabalí y cien panes de tamaño regular.

Justiniano también se quejaba del gimoteo de la rueca y se burlaba de nuestra explicación. Pero una mañana, cuando él estaba de visita, Teodora entró en el establecimiento para calentarse las manos al fuego, pensando que no habría huéspedes a esa hora. Cuando vio a Justiniano reclinado en un diván, detrás de la puerta, se dispuso a marcharse, pero él le tiró del vestido y le suplicó que se quedara. De modo que ella se quedó y se calentó las manos. Justiniano inició una discusión religiosa con Crisómalo, a quien le gustaban esas cosas, y la estaba derrotando, como de costumbre, cuando Teodora intervino de pronto con un sereno comentario que la reveló como muy versada en la doctrina de la encarnación de Cristo, el tema de la controversia.

-Muy ingenioso, pero también muy heterodoxo -exclamó Justiniano con admiración, y volvió sus ataques contra ella.

Siguieron discutiendo interminablemente, e incluso olvidaron comer a mediodía, hasta que Justiniano se levantó y nos dejó apresuradamente ante el sordo golpeteo de un mazo contra una tabla, con que se convoca habitualmente a las oraciones públicas en la ciudad. La ortodoxia de Justiniano también se debía a los viajes por el extranjero:

había vivido unos años en el centro de la ortodoxia, Roma, como rehén del rey godo Teodorico. Teodora lo venció de un modo sorprendente para nosotros, pues al parecer había aprovechado su permanencia en Alejandría para aprender esas sutilezas doctrinales de los eruditos de allá. Así se iniciaron las relaciones entre estos dos, y él estaba tan fascinado por ella como si fuera

una Magdalena arrepentida. ¿Acaso Santa Maria Magdalena no había sido también prostituta? Cuando venía al establecimiento, Justiniano iba ahora directamente al cuarto de Teodora. Lo que hubo entre ellos, además de discusiones sobre la naturaleza de la Trinidad y el destino de las almas de los niños no bautizados y temas similares, lo ignoro; de un modo u otro, la rueca estaba muy silenciosa durante esas entrevistas. Las otras damas se alegraron de no tener que aguantar la compañía de Justiniano ni el sonido de la meca.

UNA CABALLERÍA MEJORADA

Aquellos años iniciales del siglo sexto de la era cristiana fueron aciagos para el Imperio. Podemos disculpar a la madre de Belisario por su supersticiosa creencia de que el Demonio estaba en la cumbre de su poder. El Emperador reinante era el viejo Anastasio, conocido como «Anastasio Ojos Raros», porque uno de los ojos era castaño y el otro azul (una peculiaridad que se advierte ocasionalmente en los gatos domésticos pero nunca antes, que yo sepa, en seres humanos); o como «Anastasio el Ujier», porque en un tiempo había sido funcionario de los ujieres de la corte de su predecesor. Era un gobernante enérgico y capaz, pese a la edad, y no podían achacársele a él la mayor parte de los infortunios de su reinado, como los terremotos, que causaron grandes estragos en las ciudades más ricas de sus dominios, la primera aparición en el Bósforo de la ballena Porfirio, la peste que se propagó desde Asia, la pérdida de grandes cosechas, y un recrudecimiento de la rivalidad entre Azules y Verdes que condujo al motín y a la sedición. Todas estas cosas ocurrieron aproximadamente durante el año en que nació Belisario, a la vez que se libraban cruentas guerras con los sarracenos, en el interior de Palestina, y con salvajes hunos búlgaros que hacían incursiones más allá del Danubio. Los cristianos ortodoxos atribuían tantas calamidades a un portento religioso, a saber, la aparición simultánea de dos Papas rivales, arguyendo que era blasfemia que dos Vicarios de Cristo existieran simultáneamente. La elección de un Papa, en Constantinopla, se efectuó exactamente el mismo día que la del otro en Roma; la lentitud de las comunicaciones entre las dos ciudades capitales provocó la involuntaria confusión. Pero, una vez en posesión de las llaves del reino, ninguno de los rivales quiso cederlas al otro: el Papa romano defendía una rígida ortodoxia en la (para mi) absolutamente caprichosa controversia sobre la naturaleza única o doble del Hijo, mientras el otro, el protegido de Anastasio, propugnaba una amable conciliación. Cada cual anatematizó al otro como antipapa, y los paganos del Hipódromo nos divertíamos ante el espectáculo y exacerbábamos el conflicto tomando partido, los Verdes por un Papa, los Azules por el otro.

Como si estos problemas no bastaran, Anastasio entró en guerra con Cabades, rey de los persas, quienes destruyeron por completo uno de nuestros ejércitos y saquearon calamitosamente la Mesopotamia romana. Anastasio se vio obligado a comprar la paz al precio de ochocientas mil piezas de oro, y en una época en que el oro escaseaba más que nunca, a causa del agotamiento de las principales minas europeas y asiáticas.

En el año en que Belisario fue a la escuela de Adrianópolis, los hunos búlgaros estaban devastando nuevamente la Tracia oriental, y de hecho sus caballos pacían en los huertos y parques de la Constantinopla suburbana. Anastasio puso manos a la obra y construyó una gran muralla defensiva a treinta y dos millas de la ciudad, cruzando el istmo. Esto nos ha dado tranquilidad desde entonces, aunque la muralla se ha descuidado y no es difícil de sortear en ninguno de los extremos.

En cuanto a las disputas religiosas, Anastasio, aunque inclinado por la teoría de la naturaleza única, había considerado político, como he explicado, nombrar un Papa que favoreciera una conciliación entre este punto de vista y el ortodoxo, que defendía la doble naturaleza. Los Azules eran ortodoxos por razones políticas; los Verdes propiciaban una conciliación con el monofisismo o el monofisismo sin más. Un día, estas diferencias religiosas provocaron tales disturbios en el Hipódromo que el Emperador tuvo que acercarse como suplicante al poste (al igual que Teodora y su familia unos nueve años antes) y ofrecer su renuncia al trono. Los Azules lo apedrearon, pero los~ Verdes lo defendieron, pues a ellos, siendo la facción más

fuerte, el emperador les había asignado las mejores graderías del Hipódromo. Agradecido, Anastasio dio todo su apoyo a la causa monofisita. Pero poco después los Azules masacraron a una partida de arrogantes monjes monofisitas y, como Anastasio no se atrevió a vengar sus muertes, los Azules se impusieron en la ciudad y el Senado. Luego, Vitaliano, un griego de ascendencia patricia, organizó un ejército de cuarenta mil tracios monofisitas y los condujo contra los Azules, sitiando la ciudad. Temiendo por su vida, Anastasio anunció que llamaría a un concilio general para resolver la controversia religiosa; ante lo cual Vitaliano disolvió su ejército sin presentar batalla. Pero Anastasio no cumplió con su palabra.

Estas cuestiones se relacionan con mi historia más de lo que parece a primera vista, porque el extraño Justiniano desempeñó un papel destacado en las negociaciones entre el Emperador, los Azules y Vitaliano, éste en representación de los Verdes. Justiniano representaba a la facción Azul, y aseguró a Vitaliano que el problema podía arreglarse honorablemente para satisfacción de ambos colores y ambos dogmas y del Emperador mismo. Incluso celebró la Eucaristía junto a Vitaliano como prueba adicional de las buenas intenciones de la facción Azul, e hizo un juramento de hermandad por el Pan y el Vino. A Justiniano le ofrecieron el patriciado por sus servicios, pero no quiso aceptar ese honor hasta no haberse casado con Teodora, quien todavía lo deslumbraba.

Sin embargo, su tía, la esposa de Justino, una vieja y virtuosa campesina que no sabia o sabia muy poco griego, se oponía al matrimonio, horrorizada de que el sobrino pudiera unirse a una mujer que había sido prostituta. De modo que Justiniano estaba ante un dilema: una vez que hubiera aceptado el rango de patricio no podría casarse con Teodora, y sin embargo habría parecido desleal rechazar el honor, y tenía miedo de su tía. Consultó con Teodora, quien sonrió y le dijo:

-Acepta el patriciado, ya que no puedo interponerme en tu camino.

Teodora también visitó a la tía para decirle lo mismo: la anciana quedó tan complacida que dejó de oponerse a la amistad de Justiniano y Teodora, siempre que ella abandonara sus aposentos en el establecimiento, como ya lo habría hecho una Maria Magdalena arrepentida de veras. De modo que Teodora nos dejó por una bonita mansión, con una servidumbre numerosa y buenos muebles, que le dio Justiniano, y se paseaba en un carruaje tirado por un par de mulas blancas. Justiniano usaba un carro con ruedas y caja de plata, con cuatro caballos negros uncidos.

Poco después, Belisario vino a Constantinopla para estudiar en la escuela de cadetes, pero mi ama Antonina no lo veía. Ella y las otras damas habían abandonado el establecimiento, que les había dejado suculentas ganancias. Crisómalo se había casado con un rico vinatero, e Indaro había ido a vivir con Teodora, como acompañante. Mi ama pensó que ella también debía casarse. Encontró a un sirio sólido y maduro que prometía un trato indulgente, una vida corta y una buena herencia al morir. Lo conoció por accidente: él estaba en Constantinopla en un viaje de negocios y había alquilado una casa amueblada cerca de los muelles, de esas que los propietarios alquilan, con esposa incluida, mientras ellos se divierten ruidosamente en las tabernas. En este caso, la esposa alquilada había muerto de golpe y el mercader se quedó sin compañera de lecho y sin ama de casa. Antonina accedió a servirlo temporariamente; y él quedó tan complacido que se casaron legalmente a los pocos días. No tiene mucha importancia en esta historia, pues (para ser franco) ni siquiera fue el padre de los dos hijos de mi ama que sobrevivieron -el niño Focio y la niña Marta- y sólo de uno de los dos que murieron. Pero hizo lo que se esperaba de él en la vida y la muerte, y parece que mi ama lo satisfizo como la mejor de las esposas, pues así lo hizo constar él en su testamento.

Su hogar estaba en Antioquía, donde era tesorero de los Azules en el Hipódromo local y presidente del gremio de mercaderes de seda. Resultó que era mucho más rico de lo que suponíamos. Paz a su memoria. Fue para complacerlo que mi ama se hizo bautizar, junto con otras tres mujeres. Fue una ceremonia memorable, al entusiasta estilo sirio, con la presencia de un joven sacerdote y un joven diácono. Las mujeres fueron inmersas desnudas, pero por razones de decencia no se permitió la presencia de ningún hombre, excepto los sacerdotes. Yo no fui

excluido, por ser eunuco. El caso es que los procedimientos de ese bautismo incluyeron muchas bromas, tragos, besos, y algo de ceremonial cristiano. Los siete terminamos en el agua.

En el segundo año de nuestra vida en Antioquía, que es una ciudad que me gusta en extremo (especialmente cuando uno puede huir del calor del verano, como lo hacíamos nosotros, retirándonos a una finca campestre en el Líbano, entre flores y cedros), nos enteramos de la muerte del viejo Emperador Anastasio. Poco después llegó la asombrosa noticia de que el sucesor no seria uno de sus indignos sobrinos, canallescos facciosos Verdes, sino Justino, el veterano comandante de la Guardia Imperial. El chambelán había entregado a Justino una enorme suma de dinero para que, mediante el soborno, persuadiera a los guardias de que apoyaran a su propio candidato al trono. Justino tuvo la honestidad de dar el dinero a los guardias, pero engañó al chambelán: él mismo vistió los mantos purpúreos con paños de tela de oro, y las medias púrpura, y las sandalias escarlata enjoyadas, y la túnica de seda blanca, y la bufanda carmesí, y la diadema de perlas con las cuatro grandes perlas colgando detrás. Los guardias lo vitorearon con entusiasmo. El nombre de bautismo de Justino había sido Istok y no tenía apellido, pero se las ingenió para que lo adoptara la antigua y noble familia de los Anicios.

Su esposa, sin embargo, dijo que tanta pompa era ridícula para una mujer como ella:

rehusó vestir sus atuendos imperiales, o mudarse a los aposentos imperiales, hasta que Justino le hubiera dado un nombre nuevo en reemplazo del viejo. De modo que de Lupquina (que significa «primor») pasó a ser Eufemia, y provocó mucha hilaridad en la ciudad con sus modales rústicos. Constituía todo un espectáculo distribuyendo limosnas dominicales entre los pobres en la catedral de Santa Sofía, con su elegante.

séquito de mujeres y eunucos detrás. Lupquina tenía una noción muy precisa del poder adquisitivo del dinero, pero no se hacía a la idea de que ahora disponía de cientos de miles de piezas de oro con sólo pedirlas. De modo que entregaba solemnemente piezas de plata a la larga hilera de mendigos aprobados, y si alguna vieja, tras recibir la moneda, se ponía nuevamente en el final de la fila, Lupquina no dejaba de recono-.

cerla y le tiraba enérgicamente de las orejas; como todavía tiraba de las orejas a Justiniano si hablaba sin permiso o cometía alguna otra impertinencia.

Justino era ortodoxo y simpatizaba con los Azules. Creyó necesario librarse de un par de Verdes peligrosos; entre éstos estaba Vitaliano. Justiniano hizo asesinar a Vitaliano en un banquete, en el cual estaban presentes él y su imperial tío. Justificó la ruptura del juramento hecho en la Eucaristía mediante alguna argucia teológica cuya conclusión era que la palabra dada a un hereje no tenía validez. Justiniano resultó inestimable como ministro de Justino, quien no sabia leer ni escribir, y tenía que firmar todos los documentos con la ayuda de una matriz de oro que delineaba las letras L E G 1, o sea «lo he leído y aprobado». Justino lo adoptó como hijo, concediéndole la dignidad del consulado y designándolo comandante de los ejércitos de Oriente; pero no era soldado, y prefería quedarse en Constantinopla con Teodora. Los Verdes se levantaron en armas para vengar la muerte de Vitaliano, pero Justiniano se mantenía al tanto de sus secretos gracias a Juan de Capadocia, aunque Verde, tenía inclinaciones ortodoxas y justificaba con esto su traición; como Justiniano vio hacia dónde soplaba ahora el viento, lo recompensó con cuantiosas sumas de dinero y una posición importante en la corte. Teodora podía darse el lujo de esperar para vengarse de él.

Entretanto, la rencilla con el Papa se había solucionado, pues Justino era más ortodoxo que el mismo Papa, como solía alardear puerilmente; y todos los obispos y sacerdotes monofisitas fueron destituidos. Resultaba curioso el hecho de que Teodora, aunque muy leal a los Azules, o, mejor dicho, muy vengativa con los Verdes, fuera intelectualmente monofisita, al igual que Juan de Capadocia, quien aunque Verde, era intelectualmente ortodoxo. Adoptó el punto de vista, que personalmente me parece sensato, de que si algo tan singular como una doble naturaleza había caracterizado al Hijo, al menos alguno de los evangelistas o los padres apostólicos lo habrían mencionado, cuando no el Hijo mismo; pero nadie lo había hecho. Según el argumento

opuesto por Justiniano, una doble naturaleza era algo bastante corriente; aunque en los hombres ordinarios era, más habitualmente, en parte humana y en parte demoniaca. (Lo cual era bastante cierto en su propio caso.) Teodora respondía:

-Los demonios son muchos, y admito que hasta siete pueden ocupar simultáneamente el cuerpo de un hombre. Pero Dios es eternamente Uno, por un axioma teológico, y, por lo tanto, si Jesús era Dios, también El era Uno.

Belisario -que era ortodoxo, aunque sin llegar al fanatismo- se graduó con honores en la escuela de cadetes y demostró ser un excelente oficial de la Guardia. Su uniforme era ahora la túnica verde forrada de rojo, el cuello dorado, el escudo rojo bordeado de azul y constelado de negro. No se enredaba en la política de las facciones ni perdía el tiempo en la ociosidad, de modo que Justino lo consideró apto para una promoción rápida y lo alentó a elaborar un nuevo sistema de entrenamiento de caballería con los hombres que tenía bajo su mando. Llevó a cabo el proyecto que había insinuado durante aquel banquete en Adrianópolis: el de armar a la caballería pesada con arco y lanza, para que los jinetes fueran eficaces en las escaramuzas y como tropas de choque. Justino era un soldado con experiencia, y las ideas de Belisario le complacían; además, admiraba la unanimidad que percibía entre Belisario y sus compañeros de promoción:

Rufino, Juan de Armenia y Uliaris. Cuando llegó a Emperador les permitió adiestrar una compañía de reclutas en el nuevo estilo y emprender una campaña más allá del Danubio.

Belisario, pues, armó a todos sus hombres con lanza y un arco rígido, que no era fácil de disparar pero podía incrustar una flecha en cualquier armadura. También les dio un escudo pequeño y manejable, sujeto al brazo, que actuaba como receptáculo de media docena de dardos afilados. Estos dardos eran útiles a poca distancia. Se tomaban por el extremo emplumado, se alzaban como una antorcha, y se arrojaban moviendo el brazo hacia delante y hacia abajo; las puntas eran pesadas y las plumas les impedían desviarse del blanco. Como arma final, para utilizar cuando hasta la lanza fallaba, llevaban un pesado espadón en una vaina sobre el muslo izquierdo. Controlar todas estas armas, y el caballo al mismo tiempo, requería muchos meses de práctica. El arco, por ejemplo, es un arma que requiere ambas manos; de modo que Belisario entrenó a sus hombres para guiar los caballos sin riendas, presionándolos con las rodillas y los talones. Pero también introdujo un novedoso artefacto, los estribos de acero, que iban colgados por correas de la silla, para ayudar a montar y conducir los corpulentos caballos que él propiciaba. Ahora los estribos son de uso común en todo el ejército, aunque al principio se los despreció por afeminados. Por último, proveyó a sus hombres de sillas anchas, rellenas, ante las cuales iban sujetas, cuando no se usaban, las capas de lana para el tiempo frío o lluvioso. Vestían cotas de malla, sin mangas, que llegaban hasta los muslos, y botas de cuero altas. Cuando no se utilizaba, el arco iba colgado de la espalda; las flechas se guardaban en una aljaba, cerca del espadón; la lanza se llevaba en una cuja, del lado derecho.

El recluta era entrenado para hacerlo todo metódicamente, de modo que se habituara a cada acto: por ejemplo, la acción de tensar el arco se realizaba primero con el caballo al paso, luego al trote, luego al galope. La mano derecha se tiende hacia atrás en busca del arco, lo toma, apoya la punta con el cordel en el pie derecho, y curva el arco presionándolo hacia abajo. La mano izquierda, que entretanto ha tomado una flecha de la aljaba, desanuda el cordel y lo desliza sobre el enganche; luego la mano izquierda baja al centro del arco, transfiriendo la flecha a la mano derecha, y en un momento el arco está en acción. Belisario aprendió este método de los hunos. De los godos aprendió el manejo apropiado de la lanza y el escudo, y enseñó a sus hombres a pelear entre sí con lanzas ligeras y romas. El ejercicio final del coracero adiestrado consistía en galopar a través de un campo desde cuyo extremo se acercaba el Colgado, una figura suspendida de una polea en un carromato bajo; el carromato se deslizaba por un declive suave. El jinete tenía que tensar el arco mientras cabalgaba, lanzar tres flechas a la figura oscilante, y luego prepararse para atacarla con lanza o con dardos.~ Los ascensos, sueldos y raciones se distribuían de acuerdo con la preeminencia en estos y otros ejercicios. Belisario exigía a sus oficiales facultades excepcionales: aprovechamiento habilidoso del

terreno en las maniobras, celeridad y precisión para infor-~ mar al cuartel general, apreciación rápida de una dificultad o ventaja táctica, pero,,.

por encima de todo, la capacidad para controlar a sus hombres, tanto en grupo como4 dispersos. Esta capacidad es más natural a ciertos hombres que a otros; y ninguno.

de aquellos que la poseen deja de granjearse el respeto de sus hombres mediante la des- treza corporal. Por lo tanto, Belisario insistía en que cada oficial tenía que ser cuando~ menos tan eficaz con arco, lanza, dardos y espada, y tan buen jinete, como el mejor.

de los hombres a su mando.

Justino había preguntado a Belisario:

-¿Qué reclutas quieres? ¿Prefieres alguna clase o raza en particular?

-Dame -respondió Belisario- hombres que puedan beber agua hedionda y comer carroña. Que sea una fuerza compuesta por montañeses, marineros, hombres de las.

anchas llanuras. No quiero reclutas de las fincas, excepto con privilegio de elección, ni miembros de facciones, ni hombres que hayan servido como soldados en otros cuerpos..

Justino aprobó la respuesta. En ciertas campañas, la enfermedad eliminaba más, hombres que las heridas y, en general, las victimas eran quienes no estaban acostumbrados a comida y agua en mal estado. Los montañeses solían ser osados, recios, independientes, con vista y oído agudos; eran inestimables como exploradores y guias en terreno escabroso. Los hombres de las llanuras sabían manejar los caballos y dominaban el arte de la guerra en campo abierto. Los marineros eran habilidosos con las manos y sabían sentirse a sus anchas en lugares extraños y entenderse con los extranjeros.

Cada ui~a de estas clases de hombres podía aprender de la otra; cuanto más diversos.

los ingredientes de la mezcla, mejor seria la disciplina en cualquier escuadrón, y mejor se entenderían los escuadrones entre si. Pues los vínculos estrechos de raza y religión que unen a los hombres bajo un mismo estandarte, a menudo incitan al motín, al descontento, y a las pendencias con otros cuerpos. Alistarse en el ejército tendría que ser como adoptar la ciudadanía de un mundo enteramente nuevo, no como mudarse del centro a los suburbios de la ciudad natal. Ésta era la opinión de Justino y de Belisario. Belisario no quería reclutas de las fincas -o sea, siervos cedidos por los terratenientes en lugar de impuestos- porque los terratenientes en general mandarían a los más débiles e inútiles; pero había añadido «excepto con privilegio de elección», sabiendo que en esas levas a veces se incluían hombres demasiado emprendedores e independientes para complacer a su señor, y bien manejados podían transformarse en buenos soldados. Por último, no había querido miembros de facciones, porque eran un elemento perturbador dondequiera que fuesen, ni hombres con servicio militar previo en otros cuerpos, porque siempre creían saber más que los oficiales y sargentos de su presente escuadrón o compañía, y enseñaban a los reclutas trucos tradicionales para escapar a las obligaciones, robar y medrar a costa de otros.

Justino permitió a Belisario elegir entre los reclutas llegados ese año de Tracia, Iliria, Asia Menor; escogió de acuerdo con las especificaciones que había hecho.

Con un escuadrón bien entrenado, Belisario penetró más allá del Alto Danubio en el verano del año de Nuestro Señor de 520. Se enfrentó con los gépidos, una aguerrida raza germánica que estaba instalada en la región hacia cien años. Los gépidos peleaban a caballo con largas hachas de guerra y hablaban a voz en grito y se engrasaban el pelo amarillo con manteca rancia. Estaban organizados, como casi todas las tribus germánicas, en gaus, comunidades de cinco mil almas o más, cada cual bajo un noble, que contribuían con un millar de guerreros armados al ejército nacional. El millar de gada gau estaba subdividido en «centenares», tropas de hombres libres a caballo que habían jurado lealtad personal a un noble menor y que formaban parte de un

solo clan, o grupo de familias entre quienes existía un intercambio regular de mujeres para el matrimonio.

El propósito de Belisario era enfrentarse a pequeñas tropas de gépidos, tomar prisioneros, no perder hombres, enseñar a esta nación a respetar nuevamente al Imperio.

Logró todos sus cometidos. Aun los gépidos más nobles vestían poca armadura, protegiéndose con chaquetas de cuero, yelmos y escudos de mimbre forrados de cuero; y sólo los infantes, que eran siervos o esclavos, usaban el arco. La táctica de Belisario consistió en separar a la caballería gépida de la infantería, y mantenerla a tiro de flecha; no permitirles que se acercaran con sus hachas de guerra y jabalinas cortas hasta que las bajas los hubieran desmoralizado; derribar primero la mayor cantidad posible disparando a los caballos. Luego cargaría, pero no los apremiaría persiguiéndolos, sino que se limitaría a capturar a los jinetes caídos y a los que aún defendieran el terreno.

En esa campaña de verano, sobre la cual no puedo suministrar detalles geográficos, porque no hay ciudades ni otras características conocidas en el distrito para indicar su extensión, Belisario operó en una distancia de cuatrocientas millas. La comida que sus hombres llevaban consigo era torta de cebada y tasajo de cabra, siempre una ración para diez días. Tenía un barco de aprovisionamiento en el río, con depósitos de flechas y un taller de reparaciones: ésta era su base. Hacia el fin de la campaña le habían herido a tres hombres, y uno se había ahogado en una ciénaga; pero había capturado no menos de cuarenta gépidos, todos los cuales, antes que ser vendidos como esclavos para tareas serviles, prefirieron solicitar permiso para alistarse bajo su mando personal como jinetes de caballería. Fueron los primeros reclutas bárbaros del Regimiento Personal de Belisario, pues el agradecido Justino rebautizó así a la fuerza, permitiendo a los hombres que juraran lealtad personal a su comandante.

Estos gépidos tienen escasez de metales, no sólo de oro sino de hierro, y sus joyas son de valor insignificante.

Muchos de los oficiales que más tarde se distinguieron al mando de Belisario en sus cuatro guerras principales se entrenaron en esta campaña, o en la expedición punitiva que emprendió en el verano siguiente contra los hunos búlgaros del Bajo Danubio, que últimamente había vuelto a las andadas en nuestro lado del río. En esa ocasión, llevó consigo seiscientos jinetes, no doscientos. Con los búlgaros, que son arqueros a caballo, el problema era cómo llegar al cuerpo a cuerpo, no cómo mantenerlos a distancia. Decidió valerse de un señuelo, un pequeño grupo de jinetes con caballos ligeros, y atraer a los codiciosos búlgaros a una posición desfavorable donde pudieran cortarles la retirada. Los búlgaros, como los gépidos, protegían sus comunidades, cuando hacían un alto en la marcha, con barricadas de carromatos. Belisario se acercaba a contraviento y les prendía fuego con flechas incendiarias. A los búlgaros les causo.

muchas bajas y les tomó muchos prisioneros, pero el botín de los campamentos captu- rados fue escaso.

Por sus hazañas, Belisario fue promovido de «patricio distinguido» a «patricio ilustre». Justiniano era ahora comandante de la Guardia Imperial al mando de su padre.

adoptivo, el Emperador Justino. Sin embargo, no era soldado, y los asuntos militares los controlaba todavía Justino. Por lo demás, Justino no comprendía los asuntos de~ estado ni los civiles, y dejaba que los funcionarios estatales actuaran más o menost a su antojo, bajo la supervisión de Justiniano.

Belisario actuaba ahora como supervisor general de entrenamiento militar, y pasó los cuatro años siguientes yendo de una guarnición a otra en la mitad oriental del Imperio, escribiendo informes detallados sobre la condición de las tropas que inspeccionaba y la capacidad de los oficiales, y haciendo recomendaciones para la mejora del adiestramiento y el equipo. Se granjeó muchas amistades entre los fervorosos oficiales veteranos cuyo trabajo elogió, y los activos oficiales jóvenes a quienes recomendó para un ascenso; pero más fueron los enemigos que

ganó. Siempre se negaba a hacer la vista gorda ante la incompetencia o las deficiencias en el equipo, y tenía fama de insobornable.

Aún conservaba el favor de la corte, pero cuando lo urgían a casarse con tal o cual mujer de alcurnia siempre se excusaba con el pretexto de que no llevaba una vida sedentaria. Cuando se asentara se casaría, decía. Pero no se enredaba con mujeres casadas ni solteras, y se abstenía de visitar el suntuoso burdel que había construido Constantino y que era el lugar de encuentro obligado del ingenio y la moda en Constantinopla.

Sus enemigos insinuaron que no le gustaban las mujeres sólo porque prefería a su propio sexo, pero era una mentira estúpida. Según mi opinión, desde luego parcial, no se casó porque mi ama Antonina no se había borrado de su memoria; y se abstenía del burdel porque concurrir allí iba contra la ley cristiana que él había jurado observar.

Además, su trabajo bastaba para ocuparle la mente, y si deseaba divertirse salía a cazar con sus oficiales. El que escasearan los venados, las liebres u otras presas, no le molestaba demasiado: estaba igualmente dispuesto a cazar halcones del cielo o serpientes de los setos, y con la misma precisión. Estimulaba esa práctica en sus oficiales; pues la caza, decía, era una forma de adiestramiento. Recomendaba especialmente la caza de jabalíes con lanza.

Fue dos veces a Antioquía, llevado por sus deberes, pero en la primera ocasión mí ama y su esposo estaban en su villa del Líbano, y en la segunda, ella tampoco lo vio, aunque ansiaba hacerlo. El esposo de Antonina lo invitó a cenar en su casa, pero él rehusó aduciendo deberes oficiales. Sin embargo, escribió una carta de su puño y letra como cumplido particular al esposo de mi ama. Mi opinión, desde luego parcial, fue que le habría incomodado encontrarse de nuevo con mi ama como esposa de otro hombre.

Esta historia puede parecer extravagante, pero más tarde supe una similar en Italia:

un joven patricio se había enamorado de una mujer casada cuando sólo tenía trece años.

No sólo se abstuvo de amar a cualquier otra mujer, sino que se marchó al bosque y vivió en una caverna, y más tarde formó una sociedad de monjes ermitaños que ahora se llaman benedictinos, pues el desesperado joven se llamaba Benedicto. Era una fraternidad decente, con sólo tres cometidos a saber: la adoración de Dios, la lectura, el trabajo manual; se abstenían de comer carne, de la política y del vicio. Pero llegaron a sostener con Benedicto que el hombre y la mujer no sólo deberían ser extraños entre si sino enemigos naturales e irreconciliables, lo cual para mi es un disparate. Una vez, visité su ermita de altas murallas en Monte Cassino, sobre la vía Latina, entre Roma y Nápoles, y todo estaba sometido a la disciplina más estricta y exacta. Informé de lo que había visto a mi ama, a quien las normas del monasterio impidieron entrar, y le comenté, aludiendo a Benedicto:

-Con él se ha perdido un buen soldado.

Belisario, que estaba presente, me respondió con un sentido cristiano:

-No, Eugenio, se ha ganado un buen soldado.

El tal Benedicto estuvo una vez al borde de la derrota: la mujer de quien estaba enamorado al fin se apiadó de él y contrató una partida de mujeres del teatro para que la acompañara una noche al monasterio; una mujer por cada monje. Golpearon el portón; y cuando el portero les abrió -un godo gigantesco- lo asaltaron con brazos acariciantes y lo ahogaron con besos perfumados, y lo tomaron prisionero. El ataque se llevó a cabo con gran energía, y todos los monjes sucumbieron, excepto dos o tres, que se encerraron en sus celdas y arrojaron las llaves por la ventana para librarse de la tentación: como se inmovilizó Ulises, según cuentan, ordenando a sus marineros que lo amarraran al mástil de pies y manos para protegerlo de la tentación de las sirenas. Sólo Benedicto se mantuvo firme. Tomó de la mano al jefe enemigo y le habló con afectuosa sinceridad, haciendo que se avergonzara absolutamente de su acción.

Si la historia es cierta, Benedicto tenía un temperamento tan recio como el de Belisario.

O la mujer había perdido su hermosura en el entretanto; pues sin duda era bastante mayor que él, y las mujeres patricias de Roma son glotonas y perezosas y no tardan en engordar como las carpas cautivas en sus estanques.

De un modo u otro, Belisario llevaba una vida recta y regular, y en estos años sólo fracasó en una expedición: la que emprendió contra Porfirio, la famosa ballena que desde hacia veinticinco años dificultaba la navegación en el Bósforo y el mar Negro, pues nadie podía matarla, ni capturaría. Porfirio fue la única ballena de la que se sepa que haya entrado en el Mediterráneo. Ballenas mucho más grandes, llamadas cachalotes, se ven con frecuencia en el Atlántico, y una de gran tamaño quedó una vez varada en Cádiz. Los mercaderes del mar Rojo ven otras aún mayores en el Océano Índico, cuando navegan anualmente a Ceilán con el viento de los monzones; de estas ballenas se extrae la barba de ballena, y a menudo tienen cuatrocientos pies de longitud. Porfirio no tenía más que un octavo de ese tamaño, pero al contrario de las ballenas indicas, que son criaturas tímidas y esquivan los barcos, emprendió una guerra destructiva contra el Imperio. Las ballenas no comen, como uno podría suponer, peces grandes y delfines y focas y tiburones, sino sólo los animalejos más pequeños: se lanzan aguas abajo con la boca abierta y engullen millones cada vez. Porfirio patrullaba por el mar Negro alimentándose de las colonias de peces de las profundidades, y a veces desaparecía meses enteros. Pero siempre regresaba para apostarse en el Bósforo o el Helesponto y dejar que la corriente le llenara la boca con multitud de peces. En la primera aparición de Porfirio sucedió que un audaz pescador, irritado por sus redes destrozadas, atinó a clavar un pesado arpón en el flanco de la ballena al pasar a su lado en una embarcación pequeña. Esta era una declaración formal de guerra, y Porfirio, cuyas intenciones habían sido bastante pacificas hasta el momento, persiguió el bote y lo partió de un coletazo. Luego se comprendió que Porfirio no era una ballena joven de las especies comunes y apacibles, sino un ejemplar adulto de orca o ballena asesina, según las llaman, como aquellas que los marineros que viajaban a la India han visto guerrear contra las ballenas grandes, haciéndolas trizas en repetidos ataques.

Porfirio acechaba en las profundidades del mar y aparecía de golpe, escupiendo agua por un agujero de la cabeza, y se lanzaba contra cualquier bote o barco que viera, destrozándolo con la cola. También hundió dos buques de tonelaje considerable, en diferentes oportunidades, elevándose repentinamente desde debajo de ellos y aflojando el maderamen con el topetazo. Sin embargo, esto quizá haya sido un accidente.

Los estragos de Porfirio merecieron toda suerte de explicaciones. Los ortodoxos sostenían que lo habían enviado como castigo por el pecado herético del monofisismo, pero los monofisitas decían que era imposible, pues Porfirio atacaba a ortodoxos y monofisitas por igual. (Y en la época a la cual me refiero, la discordia con Roma ya se había solucionado.) Otros decían que estaba buscando a un Jonás, y más de un marinero impopular, ya fuera ortodoxo o monofisita, había sido arrojado a sus fauces en sacrificio. Se habían enviado obispos de ambas opiniones para predicarle desde la costa, y corriente abajo flotaban textos escritos en tiras de papel conminándola en nombre de la Trinidad a regresar al océano de donde venia. Pero Porfirio no sabia leer ni estaba bautizada, y no hizo ningún caso.

Belisario se ofreció como voluntario para cazar a Porfirio. Se apostó en la entrada del mar Negro en la época en que se esperaba el regreso de la ballena a su paraje de pesca habitual. Iba en un buque de tamaño mayor que el de los que Porfirio estaba acostumbrado a atacar, armado con una catapulta de las que arrojan el habitual proyectil con cuñas de madera, sino una lanza larga y pesada. Justiniano ofreció, para el manejo de la catapulta, un destacamento de milicianos de la facción Azul -la responsabilidad de la defensa de las murallas de Constantinopla se dividía entre el demarca de los Azules y el demarca de los Verdes-, quienes iban con ánimos de ganar gloria para su color mediante la muerte de Porfirio. Los tripulantes del buque también eran Azules. Pintaron de azul las lanzas de la catapulta, y también los flancos del buque y las palas de los remos.

Al fin llegaron informes de que habían avistado a Porfirio a cierta distancia a lo largo de la costa norte, avanzando lentamente hacia la ciudad y de humor beligerante.

Belisario ordenó que se mantuviera una guardia alerta y puso a prueba la catapulta, entrenando a los milicianos para que la manejaran a la perfección. Los instruyó haciéndoles disparar contra un tonel que habían arrojado por la borda hasta que pudieron calcular al dedillo la fuerza propulsora de las cuerdas cuando las tensaban con una manivela. Pronto el vigía avistó a la chorreante Porfirio a media milla de distancia.

Porfirio se acercó, nadando en la superficie, y enfiló directamente hacia el buque como si quisiera embestirlo. Era un animal inteligente e ingenioso, y sabia que gozaba de una terrible reputación: al avistarlo, los buques solían huir a toda vela, aprovechando el viento, y a veces se desviaban cincuenta millas o más de su derrotero. Pero este buque siguió su curso.

La bestia se acercó más y más, y al fin Belisario dio la orden de disparar. La lanza hendió el aire y atravesó limpiamente el tonel al cual los prudentes milicianos, temerosos de la cólera de Porfirio, aún preferían apuntar. Porfirio se contentó con un coletazo elegante -que partió una veintena de remos- y luego se zambulló y desapareció. Pero antes de que se fuera, Belisario le había incrustado una pesada flecha con un rígido arco de acero como los que se utilizan en los sitios contra los enemigos que intentan forzar las puertas de la ciudad al amparo de escudos extremadamente gruesos. Apuntó adonde calculaba que estaría el cerebro; pero la anatomía de la ballena es peculiar, y la flecha se perdió de vista en una capa de grasa protectora.

Ésa fue la última vez que los cazadores vieron a Porfirio; después de patrullar durante unos días regresaron. Los tripulantes deliberaron, y fraguaron una historia que satisfacía su orgullo. Según ellos, Belisario había disparado con el arco pero había errado, y entonces ellos habían accionado la catapulta. La lanza había entrado directamente en las fauces abiertas de Porfirio, pero la bestia había partido el asta y se había alejado bramando, con la punta de la lanza hundida profundamente en la garganta. «Pronto morirá por sus heridas», alardearon, «y reconoceréis nuestra punta de lanza por el color».

Los Verdes se negaron a aceptar estas declaraciones, sobre todo porque Belisario no las había respaldado. Simplemente decía: «Los milicianos usaron la catapulta enérgicamente y demostraron que eran buenos tiradores. He elevado un informe oficial a Su Serenidad el Emperador. Sin duda, él lo publicará oportunamente». Pero, por el honor de los Azules, Justino retuvo el informe.

Porfirio siguió destruyendo redes y navegando muchos años después de esto. Los Verdes, aunque convencidos de que los Azules se habían portado cobardemente, no ansiaban ponerse en ridículo ofreciéndose como voluntarios para eliminar a Porfirio.

GUERRA CON PERSIA

El Emperador de los romanos y el Gran Rey de los persas son viejos enemigos; no obstante, se consideran, juntos, los ojos gemelos del mundo y los faros unidos de la civilización. Cada cual encuentra en la existencia del otro un consuelo para la soledad de su oficio sagrado, y hay un matiz de camaradería que reaparece constantemente en las cartas reales que se intercambian, en tiempos de guerra no menos que en tiempos de paz. Se saludan como dos veteranos jugadores de backgammon que juegan todos los días en la taberna por el precio de los tragos del día. Un ojo, o un faro, brilla sobre buena parte de Europa, y sobre Asia Menor, y parte de Africa; el otro, sobre territorios inmensos del Asia Mayor. Es verdad que en ambos casos la soberanía ejercida sobre muchas regiones es sólo nominal. Los persas no pueden controlar satrapías tan distantes como Bactriana y Sogdiana y Aracosia; y los romanos, en la época de la cual escribo, habían perdido, en todos los sentidos menos el nominal, Britania ante los pictos y sajones, Galia ante los francos y burgundios, Africa del Norte ante los vándalos y moros, España ante una nación de godos, e Italia, con Roma misma, ante otra. No obstante, el verdadero control de una

gran parte del mundo aún estaba, y sigue estando, en poder de uno u otro, y también el control nominal de otra gran parte.

Afortunadamente para la paz del mundo, hay desiertos de arena y grandes elevaciones rocosas entre los dos reinos casi todo a lo largo de la frontera común, que va desde el extremo oriental del mar Negro, atravesando Armenia y pasando por detrás de Siria y Palestina, hasta el extremo septentrional del mar Rojo. Rara vez en la historia del mundo los ejércitos occidentales han logrado conquistar territorios asiáticos más allá de estos limites, ni ejércitos orientales inundar Europa o Africa. Y cuando esto ha sucedido, la invasión no ha sido duradera. Jerjes, el persa, no logró conquistar Grecia, pese a los inmensos ejércitos que trajo a Europa por sus pontones del Helesponto; Alejandro el griego conquistó Persia, pero su inflado Imperio no sobrevivió a su muerte. Con más frecuencia los invasores de ambas partes han sido derrotados cerca de la frontera; o, cuando tuvieron éxito, no intentaron retener los territorios ocupados, sino que emprendieron el regreso tras exigir tributos de una u otra especie. Casi todos estos conflictos han sucedido en la Mesopotamia, en la región entre los cauces superiores del Éufrates y el Tigris. Éste es el territorio más conveniente para una campaña, si bien favorece a los persas en lo tocante al acceso a provisiones y guarniciones.

Durante varios siglos después de Alejandro, el Imperio Persa fue conocido como Imperio Parto porque los Arsácidas, la dinastía reinante, eran de origen parto; pero cien años antes de que Constantino se convirtiera al cristianismo y transfiriera la capital del Imperio de Roma a Constantinopla, un descendiente de los antiguos reyes persas, llamado Artajerjes, se había rebelado y derrocado a los Arsácidas. Esta nueva dinastía, los Sasánidas, había devuelto el nombre y la tradición persa al Imperio y desde entonces había conservado el poder. (En la época de la cual escribo, Cabades, el decimonoveno descendiente, llevaba la diadema real.) Los Sasánidas habían purificado y fortalecido la antigua religión de los persas, que es el culto del fuego de acuerdo con la revelación del profeta y mago Zoroastro. Esta religión había sido muy corrompida por la filosofía griega, tal como había ocurrido con las antiguas religiones romana y judía, e incluso con la cristiana. (Comparad la hermosa y simple historia narrada en los cuatro Evangelios, obviamente nacida entre labriegos y pescadores iletrados que nunca habían estudiado gramática ni retórica, con el fatigoso cristianismo filosófico de nuestros tiempos.) Pero el rey Artajerjes desterró del reino a todos los filósofos.

Regresaron a nosotros con ideas persas e infligieron al cristianismo una nueva herejía, el maniqueísmo. Los maniqueos han dado con una teoría absolutamente original sobre la naturaleza de Cristo. Sostienen que era dual, y no sólo dual sino contradictoria:

Jesús, el hombre histórico, imperfecto y pecador, y Cristo, su contrapartida espiritual, Un Salvador Divino. Los maniqueos son odiados tanto en Persia como en la Cristianidad, y no tengo nada que alegar en su defensa. Los persas fomentan su presencia sólo en la Armenia persa, para debilitar los lazos de unión religiosa entre ese país, que es cristiano, y la Armenia romana, que también es cristiana y rígidamente ortodoxa.

Prohibiendo la charlatanería innecesaria -para una persona práctica como yo, la filosofía no es otra cosa- y ordenando el regreso a una primitiva llaneza de acción, lenguaje y pensamiento. Artajerjes restauró el poder nativo de los persas, tanto en el aspecto civil como en el militar del gobierno. Se declararon grandes guerras entre sus descendientes y los sucesivos emperadores romanos, en las cuales los persas llevaron generalmente las de ganar. Pero el decimocuarto descendiente fue Bahram el Cazador, ~si llamado porque le apasionaba la caza del asno salvaje del desierto. Se lanzó a guerrear contra nosotros porque perseguía a los cristianos casi tan fanáticamente como nosotros a nuestros prójimos; y fue vencido en batalla y obligado a jurar por su honor de rey que mantendría la paz durante cien años. Sus hijos y nietos, pqr temor a provocar 1a furia de su fantasma, mantuvieron la paz estrictamente, y los cien años no expiraron hasta los tiempos modernos. Luego, como ya he mencionado, la guerra estalló nueva¡tiente, y el ejército de Anastasio, vergonzosamente dirigido, fue vergonzosamente derrotado. Ésta era la campaña que había presenciado el burgués Simeón.

El conflicto había tenido varias causas, pero la principal era el precio al por mayor cte la seda. La seda es un material de confección muy superior en frescura, ligereza Y elegancia a cualquier otro que se conozca. Lo descubrió una primitiva reina china, y durante siglos la han importado de China por mar y por tierra para uso de ricos y encumbrados y de bailarinas, prostitutas y demás; y de un lujo extraño se ha transformado en una vanidad ordinaria. La seda es fácil de teñir, especialmente con la púrpura de 1os crustáceos. El algodón es otro articulo útil de Oriente, y se importa principalmente de la India; es la flor fibrosa de un arbusto de pantano, y con ella puede hilarse un Paño ligero y tosco, más fresco que las lanas y fácil de lavar. Sin embargo, el algodón no tiene el brillo ni la tersura de la seda. El algodón nunca fue un misterio, pero la naturaleza y origen de la seda no las conocía nadie excepto los chinos, quienes no querían revelar el secreto porque deseaban preservar su monopolio más valioso. La seda en bruto nos llegaba en madejas amarillentas enrolladas sobre tallos de hierba, y cada madeja contenía cierta cantidad de fibra. Los naturalistas conjeturaban que la hebra era obra de una araña china gigantesca, pero otros creían que era una fibra extraída de cierta especie de palmera, y aun otros que estaba hecha con filamentos de la parte velluda de las hojas de la mora. Sin embargo, nadie pudo demostrar que su teoría fuera la correcta, porque nuestras relaciones con China siempre se han establecido a través de intermediarios, excepto por un breve período, hace cuatrocientos años, cuando nuestras naves atracaban directamente en los puertos de la China meridional. Hemos tratado con la colonia de mercaderes persas de Ceilán, por mar, o con Persia misma, por tierra.

Las caravanas con seda de la China tardan ciento cincuenta días en llegar a la frontera persa por Bucara y Samarcanda, y otros ochenta en llegar a la frontera persa por Nisibis, sobre el alto Éufrates; desde allí, un viaje de veinte días trae la seda a Constantinopla. El viaje por mar es quizá menos arriesgado, pero la seda debe pasar por las manos de los mercaderes abisinios del mar Rojo, y por lo tanto paga tarifa doble.

Cuando la demanda aumentó, los mercaderes chinos elevaron el precio de la seda en bruto; y los persas, que no querían que los chinos fueran los únicos beneficiarios, subieron el precio de reventa más de lo justo. Entonces nuestros mercaderes, que no podían obtener ninguna ganancia si compraban a esos precios, decidieron traficar directamente con los chinos, en lo posible, reabriendo una vieja ruta comercial que pasaba al norte de los territorios persas, más allá del mar Caspio: esta ruta, larga pero practicable, entraba en nuestro territorio a través de un paso angosto de las montañas del Cáucaso, al este del mar Negro y en el limite de la Cólquida, una tierra fértil y amigable. Fue a la Cólquida adonde antaño se dirigió Jasón con los Argonautas para buscar el Vellocino de Oro; que era, creo yo, una parábola de las riquezas orientales que venían por la ruta septentrional. Al decidirse a reabriría, nuestros mercaderes sabían que debían pagar un portazgo a los salvajes hunos cuyo territorio atravesaban, pero esperaban conformarlos con menos dinero que a los persas. La más cercana y poderosa de estas tribus era la de los hunos blancos, así llamados porque tenían aspecto de europeos, a diferencia de los otros hunos, que a nosotros nos parecen animales amarillos y malignos. Vivían entre el mar Caspio y el mar Negro y eran enemigos inveterados de los persas. Más de una vez, un regalo oportuno dado a estos hunos blancos para que atacaran a Persia desde el norte había salvado nuestras fronteras de invasiones importantes.

Pero el plan de los mercaderes faltó. Los persas se enteraron y persuadieron a los chinos de que traficaran sólo con ellos. Luego el rey Cabades escribió sarcásticamente al Emperador Anastasio que los hunos blancos ahora lo hacían responsable del portazgo que los romanos habían prometido pagar por la utilización de la ruta del norte.

Si Anastasio aún quería comprar seda, pues, primero debía prestar dinero al gobierno persa para apaciguar a los defraudados hunos. Anastasio, desde luego, rechazó esta exigencia con indignación, de modo que Cabades invadió la Armenia romana con un ejército pequeño pero bien adiestrado, sitiando la importante ciudad de Amida, sobre el Alto Tigris. Anastasio despachó un ejército de cincuenta y dos mil hombres en su auxilio, pero confiando el mando no a un solo general inepto, como era la costumbre, sino a varios generales ineptos del mismo

rango, que constantemente estorbaban los planes de los colegas y no se ponían de acuerdo en nada. Esta enorme fuerza fue por lo tanto derrotada, división por división, en diversas batallas campales; y algunas partes huyeron sin atreverse siquiera a combatir. Así, nuestro hombre cayó en tal descrédito en el este que si una invasión de los hunos del norte no hubiera distraído a Cabades -Anastasio había comprado los servicios de los hunos blancos pagándoles el doble de lo prometido-, el rey persa, sin duda, hubiera intentado arrasar toda Siria y Asia Menor, y por cierto lo habría logrado. Ya había tomado Amida tras un largo sitio, por culpa de la negligencia de unos monjes armenios, presuntamente de guardia en una de las torres, que habían comido y bebido copiosamente después de un largo ayuno y se habían dormido; los persas entraron en la torre por un viejo pasaje subterráneo que habían descubierto y mataron a todos los monjes. Durante el asalto, el mismo Cabades demostró una gran energía para un hombre de sesenta años. Subiendo a una escalerilla, espada en mano, amenazó con traspasar a cualquier persa que huyera. Se dice que los magos persas lo habían disuadido de levantar el sitio, como él había resuelto cuando se prolongó demasiado, a causa de una señal: un grupo de rameras había azuzado a los persas desde las murallas levantándose las faldas y exclamando: «venid a gozar>.

Los magos interpretaron el episodio como señal de que la ciudad pronto les revelaría sus secretos; y el descubrimiento del pasaje oculto les dio la razón. Cabades, regresando para combatir a los hunos blancos, dejó en Amida una guarnición de mil hombres que lograron defender la ciudad contra los refuerzos romanos y sólo consintieron en evacuaría, dos años después de la captura, a cambio de setenta mil piezas de oro.

Anastasio y Cabades pactaron una paz de siete años, pero duró mucho más, porque Anastasio estaba demasiado debilitado y Cabades demasiado preocupado para continuar la lucha. Pero se cometieron dos actos hostiles, uno de cada bando. Cabades capturó las Puertas del Caspio, el paso a través del Cáucaso que debían utilizar nuestras caravanas para ir en busca de seda; y Anastasio fortificó la ciudad abierta de Daras, cerca de la frontera persa, que dominaba la carretera principal entre ambos paises.

Daré una explicación del significado de estos actos. Las Puertas del Caspio tienen gran importancia estratégica. Son el único paso practicable a través de la imponente y terrible cordillera del Cáucaso, que configura una barrera de muchos cientos de millas entre las vastas estepas asiáticas, donde merodean los nómadas hunos, y nuestro mundo civilizado. Alejandro Magno había sido el primero en apreciar cabalmente la importancia del paso, que tiene siete millas de longitud y empieza, en el extremo de nuestro lado, con una puerta natural entre abruptos peñascos que puede ser defendida por una guarnición pequeña. Allí construyó un castillo, que ha pertenecido a muchos príncipes diferentes en los últimos ocho o nueve siglos. El actual condestable era un huno cristianizado, y el castillo protegía sus tierras de pastoreo de este lado de la montaña contra los hunos paganos del otro.

Este hombre sintió la cercanía de la muerte y, no pudiendo confiar demasiado en la discreción o coraje de sus hijos, escribió a Anastasio, quien le había hecho muchos favores, y le ofreció la venta del castillo y el paso por pocos miles de piezas de oro.

Anastasio reunió a sus principales senadores y les pidió opinión sobre el asunto, y ellos respondieron lo siguiente: «Las Puertas del Caspio te habrían sido de gran importancia comercial, oh Sagrada Majestad, si hubieras podido usar la ruta del norte para comerciar directamente con China; pero, como las intrigas persas te lo han impedido, de nada pueden servirte. Comprenderás que el condestable actual, o sus hijos, continuarán defendiendo la fortaleza sin que tú los persuadas, simplemente para impedir que los merodeadores de las estepas les arrasen la comarca. Más aún, apostar allí una guarnición romana seria peligroso y caro, pues las Puertas del Caspio están situadas a doscientas millas del extremo oriental del mar Negro, y aún a más distancia de la diócesis del Ponto, que es la más próxima a tus dominios personales, oh Clemencia, en las costas meridionales de ese mar: en medio está la satrapía persa de Iberia. Por lo tanto, te aconsejamos, oh Grandeza, que agradezcas cortésmente a este huno y

le envíes una dádiva valiosa, pero que no despilfarres el dinero; la frontera oriental ya ha costado demasiado al Imperio>.

Anastasio cometió la imprudencia de escucharlos. El condestable murió poco después. y los hijos riñeron por el testamento. Entonces el hijo menor, a quien despojaron de su herencia, escribió a Cabades sugiriendo que un poderoso ejército persa capturara las Puertas, y que lo nombraran a él mismo condestable con un generoso salario anual.

Cabades envió el ejército, capturó las Puertas, mató a todos los hijos, el menor incluido, y se felicitó de tener sus dominios más occidentales a resguardo de los hunos. Si Anastasio hubiera tenido el coraje de guarnecer las Puertas, podría haber despachado partidas que se aventuraran en la Armenia persa con la facilidad con que un jardinero quita una compuerta de la represa del jardín para inundar las acequias.

Eso en cuanto a las Puertas del Caspio. En cuanto a la fortificación de Daras: un antiguo tratado prohibía a ambos bandos construir nuevas fortificaciones en la frontera. A los persas les disgustó muchísimo esta acción, pero Anastasio fortificó inclusive la aldea de Erzerum, en la Armenia romana, transformándola en una poderosa ciudad.

También esto les cayó mal a los persas, así como las intrigas de Anastasio con los monjes maniqueos de la Armenia persa con el pretexto de que se había convertido secretamente a su secta.

Cuando Anastasio murió, y le sucedió Justino, Cabades empezó a inquietarse por el futuro. Sabía que Justino era un soldado capaz y presentía que él mismo moriría pronto. Como tantos reyes orientales, odiaba a su heredero natural, que se llamaba Caus. Tenía debilidad por su hijo menor, Cosroes, vástago de su segunda esposa, quien se había sacrificado para permitirle escapar del llamado Castillo del Olvido, donde un usurpador lo había encerrado durante dos años. Ella había cambiado las ropas y el lugar con él, y, cuando se descubrió el engaño, la ejecutaron mediante suplicios crueles. Antes de escapar, Cabades le había jurado que, si alguna vez recuperaba el trono, el hijo de ella seria el sucesor. Además de Caus había otro hijo varón, Jamaspes, que era el soldado más capaz de toda Persia y tenía la confianza de toda la nobleza; pero no podía aspirar al trono porque había perdido un ojo en una batalla con los hunos.

En Persia no se permite que gobierne ningún hombre con deformidades o mutilaciones, y las leyes persas se caracterizan porque nunca pueden anularse ni enmendarse. Cabades caviló durante años cómo librarse de Caus, quien contaba con el leal apoyo de su hermano Jamaspes, pero no encontraba ninguna solución al problema. Sólo cuando murió Anastasio, y Justino llegó a Emperador, tomó una resolución. Escribió a Justino una extraña carta, acompañándola con presentes muy hermosos de joyas y obras de arte. La cito aquí con unas pocas omisiones sin importancia.

«Cabades de los Sasánidas, Hermano del Sol, Gran Rey de los persas, Emperador reconocido de Media, Iraq, Transjordania, la Arabia interior, Persarmenia, Kirman, Jorasán, Mekrán, Omán, Sind, Sogdiana, y gran cantidad de otras tierras que seria inconveniente enumerar en esta breve misiva, envía saludos a Justino, Emperador Cristiano de los romanos, residente en Constantinopla.

»Real primo, por mano de tu padre Anastasio hemos padecido grandes injusticias, como tú mismo serás uno de los primeros en reconocer con tu célebre nobleza de alma.

No obstante, hemos considerado oportuno cancelar todas las graves acusaciones que podríamos hacer a los romanos, confiando en que durante la vida de tu Real Padre deplorarás tanto como nos sus actos insensatos, aunque por piedad filial te hayas abstenido de mitigar sus efectos. Y estamos seguros de que la verdadera victoria acompaña a quien pese a todo está dispuesto, aunque sepa que ha sido víctima de abusos, a ser persuadido por sus enemigos cuando le suplican amistad. Tal es la propuesta de Cabades, quien está dispuesto a unirse a Justino mediante los lazos de amistad más estrechos posible.

»Nuestro real primo no puede desconocer la notable transacción que tuvo efecto entre su antepasado el Emperador Arcadio, y el mío, el gran Yesdijerd, quien se llamó a si mismo (en su gran humildad ante el Dios Sol, a quien nosotros adoramos) "El pecador". Arcadio, estando gravemente enfermo y sin tener hijos varones adultos, sino sólo un niño, llamado Teodosio, temía que el niño fuera despojado de su derecho al trono por algún poderoso general o uno de sus ambiciosos parientes. También temía que sus súbditos sacaran partido de la incertidumbre política que con frecuencia caracteriza el reinado de un Emperador de tierna edad. Por lo tanto, escribió osadamente a nuestro antepasado Yesdijerd y le rogó que lo tomara bajo su tutela hasta que el niño alcanzara la mayoría de edad, y que le preservara el trono de todos los rivales. Nuestro noble antepasado, llamado Pescador, pero virtuoso en sus actos, aceptó la responsabilidad y escribió al Senado de Constantinopla una carta amenazando con la guerra a cualquier usurpador del trono de Teodosio. Luego mantuvo una política de profunda paz con Roma hasta su muerte.

»En conmemoración de esta noble historia, que honra a Arcadio no menos que a nuestro antepasado, y con la esperanza de otro siglo de paz como el que el Emperador Teodosio pactó a continuación con nuestro antepasado Bahram el Cazador, y que ha poco acaba de concluir, queremos hacerte la siguiente proposición: que tú, Justino, hagas de nuestro amado hijo Cosroes, quien es nuestro sucesor elegido para el trono, tu hijo adoptivo. Hazlo y te amaremos, y nuestros súbditos amarán a los tuyos, y el Gran Rey y el Emperador de los romanos ya no serán primos, sino hermanos. Salud.» Imaginaréis que Justino, y Justiniano como futuro sucesor, estarían encantados con esta carta, pues prometía una feliz solución a todas sus dificultades, incluyendo aún la vieja disputa sobre el precio de la seda; y no os equivocáis. No obstante, les pareció aconsejable convocar a los principales senadores para pedirles consejo, como lo había hecho Anastasio ante el problema de las Puertas del Caspio. Es bien sabido lo que ocurre en tales ocasiones. La conclusión más simple y obvia se rechaza, por ser indigna de expertos en sabiduría como estos ancianos ingeniosos y venerables, y una alternativa abstrusa se debate acaloradamente y luego se rechaza; por último, se descubre y acepta por unanimidad una conclusión absolutamente rebuscada y prodigiosamente inadecuada. Hay una historia popular que viene al caso. Una vez, dos sagaces policías atenienses perseguían a un ladrón tebano hasta los límites de la ciudad cuando se toparon con un letrero: «La Posada de la Uva. Bienvenidos los tebanos». Uno dijo: «Se habrá refugiado aquí». «No», exclamó el otro, «éste es precisamente el lugar donde supondrá que lo buscaremos». «Exacto», replicó el primero, «y por lo tanto habrá resuelto entrar pensando que descartaríamos un escondite tan obvio». De manera que registraron intensamente el lugar. Entretanto, el ladrón tebano, que no sabia leer, había salido de la ciudad y estaba a salvo. Así discutía ahora sobre Cabades el sagaz Senado.

¿Su carta revelaba simpleza, astucia o malevolencia? ¿Y qué otra cosa?

Se examinaron diversos puntos de vista y, por último, el canciller, como experto en leyes, emitió la madura opinión de que Cabades estaba ocultando una artimaña extrema con el disfraz de la simplicidad extrema: se proponía que Justino adoptara a Cosroes como hijo para que éste pudiera reclamar legalmente el Imperio a la muerte de Justino. Cualquier persona corriente -pero no había allí ninguna persona corrientehabría comprendido al momento que el argumento era absurdo. En primer lugar, los persas son personas francas, y el Gran Rey habría sido incapaz de rebajar su dignidad real con una triquiñuela tan mezquina; en segundo lugar, ningún persa tenía la menor posibilidad de ser aceptado como candidato para el trono romano, ni siquiera si se avenía a convertirse al cristianismo, lo cual, desde luego, le impediría formar parte de su comunidad de adoradores del fuego. Lo cierto era que Cabales estaba haciendo una oferta sincera y familiar (un faro lanzando un destello a otro faro), tal como en una ocasión lo había hecho Arcadio. Pero la opinión del canciller intimidó a Justino, quien no deseaba tener rivales en la sucesión; y ni siquiera Teodora, que había tomado la carta por lo que era, pudo persuadirlo de considerar el asunto con sensatez. De modo que Justino se vio obligado a enviar a Cabades una respuesta inepta en la cual se ofrecía a adoptar a Cosroes por la ceremonia de las armas, pero no por decreto imperial. El primer método de adopción se estila principalmente entre los

godos. El padre adoptivo regala un caballo y una armadura completa al hijo adoptivo y pronuncia la sencilla fórmula: «Eres mi hijo excelente. Ese día, según el uso de las naciones y de manera viril, te he engendrado. Mis enemigos sean tus enemigos; mis amigos, tus amigos; mi carne, tu carne». La diferencia entre esta fórmula y la adopción civil por decreto consiste en que con ella la ley romana no reconoce al hijo ningún derecho al patrimonio, considerándola sólo un contrato de protección legal por una parte y de obediencia filial por la otra.

Antes de convocar al Consejo, Justiniano había asegurado privadamente al embajador persa que pensaba que el Emperador aceptaría sin dilaciones; y por lo tanto el embajador había despachado un mensaje pidiendo que Cosroes estuviera listo en la frontera, desde donde prontamente seria escoltado hasta Constantinopla para la ceremonia de adopción. Pero ahora, desde luego, las cosas eran diferentes. Cosroes se sintió profundamente insultado por la timorata respuesta que un emisario romano llevó a su representante de Nisibis, en la frontera. Un simple «no» habría sido mucho menos ultrajante que un «no» disfrazado de «si». ¿De veras Justino esperaba que el gobernante del reino más antiguo y grandioso del mundo civilizado permitiera que su hijo favorito, su sucesor elegido, un príncipe por cuyas venas circulaba la sangre de Artajerjes y de Ciro, fuera tratado como un bárbaro germano? La guerra estalló poco después; y en ella recibió Belisario su primer mando importante.

Antes de relatar sus hazañas, debo contaros algo más sobre mi ama y yo en Antioquía.

Un día, a mediodía -era el 29 de mayo-, del año en que estalló esta nueva guerra persa, estábamos sentados en el porche del jardín de la casa, esperando que anunciaran el almuerzo. Era un lugar fresco, bellamente embaldosado de azul, con una fuente que jugueteaba sin cesar y una piscina de mármol blanco llena de peces multicolores, rodeada por tiestos con flores, algunas de ellas ejemplares muy raros importados del Lejano Oriente. Mi ama, somnolienta, sostenía en la mano un bordado, sin poder coser a causa del bochorno del día; yo también sentía una penosa flojera física y mental.

De pronto empecé a marearme. La tierra entera parecía jadear y oscilar. Me aterré:

¿seria el cólera? ¿Moriría en pocas horas? El cólera estaba causando estragos en las barriadas más pobres de la ciudad, matando cinco mil personas por día. A poca distancia había un magnífico templo de estilo corintio que en un tiempo había estado consagrado a la diosa Diana (que es también la diosa siria Astarté), pero ahora hacía cien años o más que se usaba como cuartel general oficial de la facción Azul. Mirando desde el porche, traté de fijar los ojos en el ancho peristilo de ese edificio sólido y sus columnas de mármol amarillo de Numidia alineadas en filas altas. Pero también éstas se mecían ebriamente y en una sacudida especialmente violenta todas parecieron volcarse de costado y, de pronto, el peristilo se desmoronó con un estruendo ensordecedor. Repentinamente comprendí que no era yo quien estaba mareado, sino nuestra madre, la Tierra. Lo que estaba experimentando era un terremoto de violencia inmensa y horrible. Recogí a Focio y la pequeña Marta, los hijos de mi ama, que estaban jugando en el suelo cerca de mi, y corrí al jardín seguido por Antonina. Lo hicimos justo a tiempo: la tierra tembló aún más bruscamente, arrojándonos a todos al suelo, y con un fragor nuestra bella, costosa y cómoda casa se derrumbó en una confusa masa de escombros y maderas rotas. Un objeto volador me golpeó la cabeza y automáticamente me encontré braceando como un nadador, como si acabara de caer al mar desde un barco que se hundía y forcejeara contra olas gigantes. En verdad, en ese mismo momento, aunque yo lo ignoraba, muchos miles de ciudadanos también nadaban y con desesperación. Pues el gran río Orontes, crecido por las aguas primaverales, se había desviado de su curso con las convulsiones de la tierra, y ahora inundaba la parte baja de la ciudad hasta veinte pies de altura, arrasándolo todo a su paso.

Cuando me despejé un poco, tomé a mi ama de la mano y corrimos de vuelta hacia donde había estado la casa, llamando frenéticamente a los dos hijos mayores, y también ~ sus preceptores y los otros domésticos. Pero todos estaban sepultados bajo las ruinas polvorientas~ excepto dos jardineros y un lacayo que habían huido por la puerta trasera cuando se sintió la primera conmoción, y una doncella malherida. Tratamos de liberar a alguien que gruñía cerca de

nosotros en las ruinas -creo que era la cuñada de mi ama-, pero se levantó un viento repentino, y las llamas se propagaron por la estructura destruida, imposibilitando el rescate. Una vez creí oír los chillidos del hijo mayor de ini ama, pero cuando acudí no llegué a escuchar nada. Después, los temblores disminuyeron paulatinamente. Pocas horas más tarde pudimos hacer una estimación de los horrores del día.

Antioquía, la segunda ciudad del Imperio de Oriente (aunque Alejandría, Corinto y Jerusalén le disputaban enconadamene el titulo), yacía en ruinas. De los supervivientes de sus tres cuartos de millón de habitantes, todos habían quedado sin hogar, salvo unos pocos miles; pues un incendio furibundo había devorado las casas de madera perdonadas por el sismo. Ninguna iglesia ni edificio público quedó a salvo de los daños.

Fisuras inmensamente profundas y largas habían cuarteado la tierra, devorando calles enteras. La mayor catástrofe fue en los barrios Ostracino y Ninfeo, pero la mayor cantidad de vidas se perdió en los baños públicos (que llevaban los nombres de Adriano y Trajano), que estaban atestados en el momento de la primera sacudida.

No faltaron los males que acompañan normalmente un terremoto de tamaña magnitud: pillaje, disturbios, contaminación del agua, difusión de enfermedades infecciosas entre los habitantes (el cólera con fuerzas renovadas), y acerbas controversias religiosas en cuanto a la causa del desastre. Afortunadamente, teníamos un gobernador capaz, que mantuvo la confianza de los mejores entre los supervivientes. Organizó partidas para librar a las víctimas atrapadas en las ruinas, para combatir los incendios, para enterrar a los muertos, para construir refugios provisionales, y para recoger y distribuir alimentos. De no haber contado con él, nuestra situación habría sido francamente desesperada.

El colapso del templo de Diana había sorprend~ido al esposo de mi ama, y su cadáver nunca se identificó; pero pudimos recuperar una generosa suma en oro de los sótanos de la casa, y su testamento estaba a buen recaudo en la cripta de una iglesia de Seleucia, a cargo de los sacerdotes, y el depósito donde él almacenaba sus partidas de seda no se había derrumbado ni incendiado. La villa del Líbano no había sido afectada por el desastre. Decidimos que todo podía haber sido peor. De los cuatro hijos de mi ama, aún quedaban dos. Sufrió las angustias normales en una madre por los dos que había perdido, diciéndose que eran sus predilectos y los más bellos e inteligentes de los cuatro; pero ignoro si en verdad era así. Lo cierto es que Focio no resultó ser un buen hijo, pero yo lo prefería a él y no al hermano que murió.

Cuando a Justino le informaron del desastre, que había afectado no sólo a Antioquía sino a la gran ciudad de Edesa, en el camino de Persia, y a Anazarba, y a Pompeyópolis, y en el oeste, a Durazzo y a Corinto, todas ciudades importantes, lo abrumó el dolor. Se quitó la diadema de la cabeza y se puso una gran capa de luto, y ofreció sacrificios en un altar fuera de las murallas de la ciudad, y se abstuvo de bañarse y afeitarse durante un mes entero. También cerró los teatros y el Hipódromo por decreto, durante el mismo lapso. Donó dos millones de piezas de oro para la reconstrucción de Antioquía y una suma proporcional a las otras ciudades; también las eximió de impuestos durante varios años. La pérdida para el erario imperial fue considerable.

En cuanto a mi ama, Antonina, esperó dos años en Antioquía, hasta que las condiciones hubieran mejorado lo suficiente para devolver un valor razonable a las tierras.

Luego vendió todas las propiedades que había heredado de su esposo y regresó a Constantinopla con sus dos hijos, acompañada por mi. Compró una pequeña casa en el suburbio de Blaquernas, frente a las aguas del Cuerno de Oro, y no anunció su presencia en la ciudad a Teodora ni a ninguna de sus amistades anteriores, optando por vivir en la reclusión.

Poco después de nuestra llegada, Justiniano sucedió a Justino en el trono imperial.

Teodora ya era su esposa, pues la tía de Justiniano había muerto y él había persuadido a Justino de que cancelara la ley que impedía a los patricios el matrimonio con ex actrices.

De modo que la ex socia de mi ama ceñía ahora la enjoyada corona de oro de la Emperatriz, y collares de perlas sobre los hombros y un mano de seda púrpura, y una blusa roja con bordados de oro, y sandalias doradas, y medias verdes. Mi ama juzgó más conveniente dejar que Teodora la buscase, si era su deseo, que ir a visitarla. Pues pensamos que quizá deseara olvidar o destruir todas las evidencias de su vida anterior.

Mi ama siguió ansiosamente las noticias de la guerra persa, y llegó a enorgullecerse secretamente de las proezas de Belisario. Él y otro joven comandante llamado Sittas habían penetrado en la Armenia persa tomando gran cantidad de prisioneros. Este fue el único triunfo de los romanos en la guerra, que hasta entonces sólo nos había deparado desastres. Los súbditos íberos de los persas, que eran cristianos, se habían rebelado contra Cabades porque el Gran Rey había intentado obligarlos a adoptar las prácticas funerarias persas. Los cristianos cavan tumbas y los paganos queman a los muertos, pero los persas exponen los cadáveres en torres para que las aves de carroña se alimenten de ellos: consideran al fuego y la tierra elementos demasiado sagrados para contaminarlos con carnes en descomposición. Constantinopla había enviado a los íberos un auxilio que consistía en un distinguido general, dinero y una pequeña tropa de hunos amigos de las fronteras de Cólquida; pero esto no bastó para impedir que los persas conquistaran nuevamente a los íberos.

En la estribación montañosa entre Iberia y Cólquida hay dos pasos dominados por antiguas fortalezas. Los hombres de Cólquida que defendían estos fuertes aprovecharon la excusa de la guerra para enviar un embajador a Constantinopla y pedir que les pagaran por ese arduo e ingrato servicio, pero diciendo que si el Emperador prefería defender los fuertes con sus propios hombres estaba en libertad de hacerlo. Esto sucedió cuando Justino aún estaba vivo, aunque senil. Justiniano, que ahora tomaba personalmente todas las decisiones importantes, estaba resuelto a no repetir el error cometido por Anastasio con las Puertas del Caspio. Sin convocar al Senado, informó al embajador que Justino aceptaría la segunda alternativa. Los habitantes de Cólquida, por lo tanto, retiraron sus guarniciones y se enviaron tropas imperiales para suplantarlos. Pero al contrario del castillo de las Puertas del Caspio, que era de fácil acceso y estaba situado en una región bastante fértil, estas fortalezas se encontraban en una comarca agreste y yerma, y las provisiones necesarias no podían trasladarse siquiera a lomo de muía, pues sólo porteadores humanos podían escalar las rocas. No crecía nada comestible en millas a la redonda, excepto una especie de mijo que los pobladores de Cólquida consumían pero que nuestros hombres consideraban alimento para pájaros.

Los porteadores de Cólquida cobraban tanto por el traslado de pan, aceite y vino a las guarniciones imperiales, que los dos comandantes pronto agotaron su asignación para subsistencia, y como los soldados se negaban a probar el pan de mijo tuvieron que retirarse a las llanuras. Cuando los persas de Iberia se enteraron de la retirada, capturaron las fortalezas y les pareció conveniente alimentar a las guarniciones con los mejores comestibles que pudieran procurarles. Justiniano debió haber dejado las guarniciones en manos de los lugareños, pagándoles bien por sus servicios.

Otro error de nuestra parte fue una incursión en territorio enemigo cerca de Nisibis, emprendida por un general tracio al mando de las tropas de Daras. El objetivo de una incursión, como decía Belisario, es internarse en territorio enemigo lo más posible sin poner en peligro la retirada y, mientras se está allí, causar todos los daños militares que se pueda; pero hay que evitar los actos de crueldad innecesarios. Una incursión exitosa alarma al gobierno del territorio en cuestión y lo desacredita ante sus habitantes: la alarma y el descrédito son las medidas del éxito. Así, los jinetes de Belisario y Sittas, en la temporada anterior, se habían adentrado cien millas en el valle del Arsanias, habían cruzado el río por un puente, destruyéndolo después, y se habían retirado lentamente por la otra margen -saqueando sistemáticamente sobre la marcha- ante el avance de una numerosa columna persa. Eran sólo unos cientos, todos hombres entrenados. Pero este tracio emprendió su incursión con una fuerza numerosa y poco selecta de caballería e infantería, y obligó a los caballos a adecuarse al paso de los hombres de a pie. No llegó a ningún lugar importante, cometió varios actos de crueldad insensatos, y, ante el informe no confirmado ni

veraz de que refuerzos persas venían por la carretera de Nisibis, volvió grupas y regresó con las manos vacias a Daras, de donde había partido.

Tanta cobardía e imbecilidad anularon el saludable efecto de la incursión previa.

Por lo tanto, se ordenó a Belisario y Sittas que saquearan nuevamente el valle del Arsanias; y obedecieron. Pero los persas estaban alertas esta vez, y pronto sorprendieron a un escuadrón de Sittas, cuyos hombres no sólo estaban entorpecidos por el cuantioso botín, sino ebrios. Belisario tuvo que realizar una dificultosa maniobra de retaguardia para cubrirles la retirada, y tuvo suerte de poder huir con la mayor parte de su fuerza intacta tras causar muchas bajas a los persas. Pero dejó una gran cantidad de caballos capturados y muchos prisioneros persas de alto rango en manos del enemigo. Fue después de esta incursión, en la cual sus ex compañeros de escuela se distinguieron enormemente, cuando Belisario proclamó su severa reglamentación contra la ebriedad durante el servicio activo: la pena era la muerte sin apelaciones, y una muerte acorde con el método más humillante instituido en la nación del culpable; la sentencia la ejecutarían los propios compatriotas.

Uno de los primeros actos de Justiniano cuando subió al trono fue quitar el mando al tracio y nombrar a Belisario gobernador de Daras para reemplazarlo. Oímos un rumor, que inquietó muchísimo a mi ama, de que Belisario había medrado socialmente comprometiéndose con Anastasia, la hermana de Teodora, pese a que era desdentada y enfermiza; pero no era verdad. El afortunado era Sittas.

Un día, cuando todavía estábamos en guerra, el curso de la fortuna de mi ama fue alterado nuevamente por la llegada de dos monjes ojerosos y harapientos a nuestra casa; el mayor con un cesto pequeño. Habían descubierto nuestro paradero tras muchas dificultades, pues habían venido caminando desde Antioquía, donde pensaban encontrarla a ella. Sólo tras muchas averiguaciones infructuosas de un extremo a otro de la ciudad, y tras muchas plegarias, habían descubierto su casa. Cuando echamos el primer vistazo al cesto sólo parecía contener una hojas de mora recién arrancadas. Pero en esas hojas había una fortuna de tamaño colosal. Inmediatamente mi ama las llevó a palacio y pidió una audiencia con Su Esplendor la Emperatriz Teodora. Se había puesto ropas ordinarias, presentándose como la piadosa viuda de Tal y Cual, difunto tesorero de los Azules en Antioquía, no como Antonina la bailarina. Se negó a especificar qué la traía allí, pero dijo que era un importante asunto de estado y que silo anunciaba no la creerían.

Conocía bastante a Teodora para estar segura de que esa declaración le resultaría irresistible.

EL SECRETO DE LA SEDA

La parte del palacio adonde condujeron a mi ama Antonina era el vestíbulo, lía¡nado la Morada de Bronce. El techo es de tejas de bronce, y hay una imagen de Cristo sobre la puerta. Aquí están acuartelados los cuatro batallones de la Guardia Imperial; aquí también se encuentran la sala del trono y los salones de banquetes estatales, y la prisión estatal para hombres y mujeres acusados de traición. Los otros edificios principales del palacio son el Dafne, donde se atienden casi todos los asun- tos imperiales, y el Sigma, donde el Emperador y la Emperatriz tienen sus dormitorios, y la Residencia de los Eunucos. También hay un pequeño palacio cuadrangular con techo piramidal, construido con mármol moteado de púrpura -los otros son de mármol blanco, amarillo, rojo o verde-, donde todas las Emperatrices deben, de acuerdo con una antigua norma, dar a luz a sus niños, de quien luego se dice que »han nacido en la púrpura». Teodora dio allí una hija a Justiniano, pero la niña murió en la infancia. El palacio y sus anexos y terrenos cubren un décimo de la superficie total de la ciudad, ocupando un triángulo de tierra entre el Bósforo y las aguas del mar de Mármara.

Mi ama tuvo que esperar horas en la sala de recepción de la Morada de Bronce, un aposento pequeño y maloliente, y la interrogaron varias personas relevantes e irrelevantes, casi todas eunucos, y cada cual intentó sucesivamente quebrar su empedernido silencio. La Emperatriz, le

aseguraron una y otra vez, se negaba a atender a los solicitantes a menos que declararan expresa y detalladamente qué los traía. Mi ama respondió que si la Emperatriz se enteraba de que estaban demorando a una solicitante de tal importancia, los castigaría por interferir. Ya podían juzgar por la seriedad de su persona que no importunaría a la Emperatriz por nimiedades.

Al fin tuvo éxito. La admitieron en la cámara revestida de seda de la Emperatriz en la segunda audiencia, que empezaba a las dos. Llevaba consigo, además del cesto, a Focio y a Marta; y los niños estaban enfurruñados y lloriqueaban porque no habían almorzado, pues los habían retenido en la sala de recepción desde antes de las ocho.

Mi ama reconoció a un par de funcionarios y oficiales de la guardia de los tiempos del establecimiento, pero se cuidó de que nadie la reconociera a ella. La elegante cruz de oro que le colgaba sobre el pecho y las ropas de viuda eran disfraz suficiente; y además había engordado bastante desde sus días de bailarina acróbata. Llevaba diez años alejada de esta parte del mundo.

Mi ama observó los preliminares de la audiencia, que Teodora celebraba en horanos diferentes de los de Justiniano para que los principales funcionarios de Estado estuvieran libres para asesorarla. Un sacerdote inició el procedimiento con una breve plegaria, y se cantaron unos responsos, durante los cuales Teodora se recortó las uñas con un cuchillo diminuto, haciendo un mohín de desprecio. Luego, funcionarios retirados y mujeres notables se acercaron al trono uno por uno con gran reverencia, para besarle el ruedo del manto o el empeine del pie. Ella los recibió glacialmente. Luego se anunciaron los primeros solicitantes. Teodora escuchó a algunos con atención y a otros con impaciencia, enarcando las cejas. Sus decisiones eran lacónicas y precisas.

»Un presente de oro para esta mujer», «Esta apelación debe presentarse a Su Clemencia el Emperador», «Llevaos a este sinverguenza y azotadlo». Todos parecían amedrentados por Teodora.

Sin embargo, no había cambiado en absoluto, pensó mi ama. Por último, Narses, el chambelán eunuco, la anunció a Teodora con tono de disculpas:

-Antonina, viuda de Tal y Cual, traficante de sedas, ex tesorero de la facción Azul en Antioquía: con una apelación personal. Se niega obstinadamente a especificar de qué se trata, pero insiste en que es importante para el Estado y para Su Esplendor.

Mi ama se adelantó e hizo una profunda reverencia.

Teodora escuchó desdeñosamente, la cabeza ladeada en una actitud familiar.

Mi ama estuvo por perder la cabeza y dar un brinco para abrazar a su vieja amiga; se le llenaron los ojos de lágrimas. Sentada en el trono dorado con tal gracia y seguridad.

Teodora interpeló a mi ama.

-Qué niña tan guapa. ¿Es hija tuya?

-Si, Su Esplendor.

-¿Cómo se llama?

-Marta, Su Esplendor.

-¿Por qué Marta?

-Un nombre cristiano, Majestad. La niña está bautizada.

-¿Pero por qué no Maria? ¿O Isabel? ¿O Dorcas? ¿O Ana? ¿O Zoe?

Mi ama ganó confianza.

-La llamé Marta por la hermana de ese Lázaro que resucitó de entre los muertos.

Me han dicho que Marta prefería la rutina práctica de la vida doméstica a la participación en discusiones religiosas tal vez heréticas.

Los sacerdotes se escandalizaron, pero Teodora rió suavemente y dijo al mayordomo:

-Que se marchen todos, y pronto. Quiero entablar una conversación privada con esta viuda inteligente y piadosa.

Antes de que los últimos solicitantes y guardias hubieran abandonado la sala, la Emperatriz había bajado del trono para correr hacia Antonina y estrecharla tiernamente, llorando de alegría.

-Oh, querida Antonina, creí que estabas muerta. ¡Me dijeron que habías perecido en el terremoto de Antioquía! No te reconocí hasta que hablaste. ¿Por qué no viniste antes? Eres la mejor amiga que tuve jamás, querida Antonina.

Mi ama pidió disculpas, explicando que no había sabido si Teodora querría ver a viejas amistades ahora que había llegado a una posición tan encumbrada.

-Has sido injusta -dijo Teodora, abrazándola de nuevo. Acarició la cruz que lleyaba mi ama-. ¿De modo que tú también te has hecho cristiana? Nunca lo hubiera esperado de ti, bruja pagana.

Mi ama había recobrado por entero la confianza.

-Lo aprendí de Teodora -bromeó.

Teodora la acarició ligeramente, y parodió una mueca de disgusto. Mi ama, que ya no sentía ninguna ansiedad ni embarazo, le comentó que los niños no habían comido nada desde el desayuno. Teodora llamó de nuevo al mayordomo y le dijo que castigara a la persona responsable de matar de hambre a sus huéspedes. También dijo que la audiencia no proseguía esa tarde, y que los demás solicitantes debían regresar al día siguiente. Luego condujo a mi ama y a los niños a sus aposentos privados, junto al salón de banquetes, donde les sirvieron una maravillosa comida de una fuente de oro con incrustaciones de amatista. Luego evocaron plácidamente los viejos tiempos. Mi ama se enteró de que Indaro había contraído un matrimonio ventajoso y se había mudado a Esmirna, pero que Cnisómalo todavía estaba aquí; la llamarían enseguida. ¿Y qué pensaba mi ama de convertirse en camarera de la Emperatriz, con rango de patricia, como Crisómalo, y de vivir también en palacio?

Mi ama no se atrevió a hacer preguntas a Teodora sobre sus relaciones con Justiniano, pero Teodora le contó bastante por propia iniciativa.

-Es un individuo inteligente, pusilánime, indeciso, manejable. La única dificultad que tengo con él consiste en que es religioso, culposamente religioso, y ansía ante todo mantener su alma limpia de cualquier mancha herética. Ambos hemos pactado dejar que se conozcan nuestras disensiones teológicas pero sin tirar en direcciones opuestas.

Esto conserva la paz general y atrae a nuestro lado a intrigantes de ambos bandos, el ortodoxo y el herético; almacenamos información.

-¿Y Juan de Capadocia? -preguntó mi ama.

-Nuestro juramento aún sigue en pie.

-¿Reducirlo a la mendicidad absoluta?

-Pronto, pronto. Antonina, mi querida amiga, supongo que te casarás de nuevo.

-¿Por qué no?

-Tengo en mente un esposo para ti.

-Oh, Teodora, espero que sea uno adecuado.

-Un hombre que es demasiado piadoso y recto, un hombre que evita el matrimonio con toda suerte de excusas, aparentemente temeroso de caer en pecado si hace una elección errónea. Deseo haceros un servicio a él y a ti.

-¿Un patricio?

-Un patricio. Joven, apuesto, buen soldado... el mejor comandante de caballería que tenemos.

Mi ama se echó a reír.

-Oh, Teodora, obviamente, ambas hemos pensado en el mismo candidato. ¿Pero si Belisario se negara?

-No se negará. Se lo impondré como una orden, en nombre del Emperador.

En su alegría, mi ama recordó el cesto.

-Teodora -dijo-, éste es el día más afortunado de mi vida. Pero tengo en mis manos un presente para el Emperador y para ti que, según creo, recompensará cien veces tu amabilidad.

Extrajo unas hojas de morera y mostró a Teodora tres gusanos alimentándose de ellas.

-El secreto de la seda -dijo.

La Emperatriz miró con aire incrédulo. Pero luego mi ama le mostró los capullos de seda donde los gusanos, cuando desean convertirse en mariposas, acostumbran envolverse; y le contó la historia de cómo había llegado a sus manos esa preciosa mercancía, de este modo:

-Mi difunto esposo era nestoriano en sus opiniones religiosas, pues había nacido en Antioquía, donde se originó esa herejía... -No era preciso explicar a Teodora qué era el nestorianismo, pero a mis lectores deseo aclararles que no era más que otra de las tantas opiniones concernientes a la naturaleza del Hijo, y un credo lógico antes que místico. Los nestorianos afirman que el Hijo tenía dos naturalezas plenas, humana y divina, y que cada cual era completa, y cada cual personal, por lo tanto, siendo la personalidad una parte esencial de una naturaleza completa; y que en consecuencia era inconcebible que ambas naturalezas estuvieran unidas (como lo entendía la doctrina ortodoxa), sino sólo articuladas. En cuanto a la naturaleza divina del Hijo, se trataba de una inhabilitación del Padre en El, comparable a la inhabitación del padre en los santos, aunque en los santos se daba un grado muy inferior. Este parecer se condenó porque rebajaba la dignidad del Hijo y se aproximaba peligrosamente a la herejía plotiniana, que niega brutalmente al Hijo toda divinidad-. Un día, dos monjes nestorianos visitaron secretamente a mi esposo y se quejaron de que su monasterio del Líbano había sido clausurado por orden del Patriarca de Antioquía y ahora erraban por el mundo.

Se proponían ir a un país remoto (India o Abisinia o China) y predicar allí la palabra de Dios. Pero no tenían dinero, y sus sandalias ya estaban gastadas y sus túnicas raídas, y escaseaban las limosnas. De modo que mi esposo los sacó de apuros, disponiendo que partieran con una de sus caravanas rumbo a Persia, y les dio dinero para seguir viaje, si así lo deseaban, hasta China misma, donde había grandes posibilidades para los misioneros y ya existía una comunidad nestoriana. De modo que alabaron a Dios y agradecieron a mi esposo y preguntaron si podían retribuirle los favores de alguna manera. El respondió, medio en broma: Orad por mí todas las mañanas y las noches, y cuando regreséis, traed el secreto de la seda; pues eso os granjeará libertad religiosa por el resto de vuestras vidas.

«Estos hombres simples fueron a China, sufrieron mucho durante el trayecto, y permanecieron allá un año, predicando la buena nueva. Confiaban en que el don de lenguas descendería sobre ellos como sobre los primitivos apóstoles, para poder hacerse entender por los nativos. Pero no se les concedió; y la lengua china es muy difícil de aprender por medios humanos, pues consiste en muy pocas palabras que varian continuamente de significado según cómo se las acentúe al hablar. Estos monjes, pues, sólo podían suspirar y arrugar el entrecejo y señalar el cielo y hablar fervorosamente en dialecto sirio, mientras vagaban de aldea en aldea. Algunos aldeanos reían, otros los compadecían, otros los tomaban por santos varones y les daban limosna.

«Un día atravesaron una plantación de moreras sin custodia y vieron mujeres en un cobertizo cercano que desenrollaban seda de los capullos y la enrollaban en tallos.

Robaron un capullo, lo entreabrieron y encontraron adentro un gusano semejante a los que habían visto en gran cantidad sobre las hojas de morera, y dedujeron cuál seria el ciclo: larva,

gusano, capullo, mariposa, huevo y de nuevo larva. Esperaron en las inmediaciones hasta la temporada de la mariposas; entonces regresaron a la plantación y recogieron los que en su opinión eran huevos de gusano de seda y los ocultaron en un tallo de bambú hueco, tal como la leyenda cuenta que Prometeo escondió el fuego robado del cielo en un tallo de hinojo hueco. Tras sellar el tallo con cera, emprendieron el largo viaje de regreso, tomando la ruta de Persia. Llegaron a Antioquía un año y dos meses después de haber sellado los huevos, pero éstos se abrieron en cuanto los pusieron en un ambiente cálido; las larvas se alimentaron con hojas de morera que los monjes les tenían preparadas. Como ves, ya se han formado algunos capullos.

Podéis imaginar con cuánto deleite recibió Teodora la historia de mi ama. Los monjes habían observado atentamente la rutina de la industria de la seda, y era obvio que con estos modestos comienzos podía fundarse una industria de la seda que eventualmente nos evitaría depender no sólo de Persia, sino de China. Los establecimientos para tejer y teñir de seda en bruto ya existían en muchas de nuestras ciudades. Teodora promovió a los monjes a abades de monasterios ortodoxos, y escribió una carta al Patriarca de Antioquía informándole que estaban bajo su protección. Estos dos monastenos se convirtieron en criaderos de gusanos de seda, con bosques de moreras jóvenes, y los abades, aunque no renunciaron a sus opiniones nestorianas, estaban demasiado atareados para discutir sutilezas dogmáticas con los monjes. Los escándalos de la herejía son producto del ocio.

Pronto Justiniano mandó al Rey Cabades, como presente, un costoso manto de seda teñido de púrpura de Tiro que, afirmaba en carta adjunta, estaba hecho con gusanos de seda sirios; y como prueba le envió capullos de gusanos de seda. Fue una gran desilusión para Cabades, quien también se había enterado recientemente del secreto de la seda: se lo había comunicado uno de sus vasallos, casado con una princesa china, pues ella había ocultado unos cuantos huevos en su turbante al abandonar su país. Pero Cabades no había procurado explotar su conocimiento. Era más seguro dejar que las cosas siguieran como antes, cubriendo los gastos de su gran consumo de seda con las ganancias que obtenía como intermediario con el oeste, en vez de iniciar una nueva industria y arriesgarse a que nosotros la observáramos y copiáramos. Ahora había sucedido lo peor: su monopolio había terminado y, cuanto más elevado fuera el precio que nos pidiera, mayor estimulo tendrían nuestros criaderos sirios. Por lo tanto, informó a los chinos que Persia y Constantinopla conocían el secreto de la seda y no querían pagar en el extranjero precios tan altos por lo que podían hacer en casa sin mayores gastos.

El precio bajó un poco, pero aun ahora nuestros criaderos no pueden vestirnos sin la colaboración de China y Persia; pues la cría de los gusanos no es en modo alguno una tarea sencilla. Justiniano transformó la venta y manufactura de la seda en monopolio estatal.

A los dos días de su llegada a la corte, mi ama Antonina fue nombrada patricia, la ilustre camarera Antonina, y presentada a Justiniano, quien la trató con condescendencia pero fingió no conocerla. Entretanto, Antonina se había enredado en una aventura alarmante. En la noche del día en que se celebró su audiencia con Teodora, se fue de palacio y caminó hasta la costa más cercana del Bósforo, para alquilar un bote que la llevara a su casa, pasando los muelles del Cuerno de Oro. Pero un sujeto corpulento y barbinegro con trazas de mercader la detuvo en la calle. La llevó aparte y le preguntó si se llamaba Antonina, pues quería hablar con ella.

-Soy funcionario de palacio -le dijo.

Mi ama rehusó acompañarlo a una casa cercana, como él sugirió, porque el hombre podía ser un impostor que abrigara el propósito de raptarla a ella y a sus hijos, después de drogarlos, y venderlos como esclavos a algún reyezuelo de Cólquida o Crimea o alguna otra comarca salvaje. Había un considerable tráfico de mujeres y niños secuestrados a partes remotas de la costa del mar Negro.

-No -repuso ella-, entra conmigo en esa iglesia. Allí podremos hablar en privado.

Él accedió, y entraron.

-Ahora, muéstrame tu documentación -dijo ella-. ¿Cómo puedo estar segura de que eres de palacio?

Él extrajo un documento escrito con tinta púrpura, sólo utilizada por el Emperador.

Explicaba que el leal y amado patricio, el distinguido Tal y Cual (pero el sujeto tapó el nombre con el dedo), podía desempeñarse como superintendente de la policía secreta de la ciudad de Constantinopla por gracia de Su Santísima Clemencia el Emperador Justiniano. Mi ama la leyó sólo a la luz fluctuante de las largas velas perfumadas que ardían trémulamente ante el altar de uno u otro mártir, pero parecía genuino.

-Bien, ¿qué quieres de mí? -le preguntó.

-Un relato de todo lo que sucedió esta tarde entre la Emperatriz y tú.

Ella rió, resuelta a no demostrar el menor temor.

-Por cierto, seria mejor preguntarle a la Emperatriz. Tengo una memoria pésima para las entrevistas reales.

-La prisión y la tortura la mejorarían -amenazó él-. Y hay otra cuestión aún más importante que Su Clemencia el Emperador ansia saber, y que tú, como ex colega de la Emperatriz...

-Si la Emperatriz -interrumpió mi ama- me ha concedido la gracia de recordar ciertos servicios triviales que le presté antes que ella llegara al trono, es cosa de ella.

Yo no los recuerdo.

Él bajó la voz y dijo:

-Sin rodeos, te lo suplico. ¿Es verdad que en sus días de actriz la Emperatriz tuvo un hijo ilegitimo de un mercader del mar Rojo que visitaba con frecuencia vuestro establecimiento?

Mi ama soltó un grito, y acudieron dos monjes que merodeaban en las sombras.

-Este hombre está insultando al Cristo -dijo-. Es un idólatra, un maniqueo, un vil sodomita, y no sé qué más. ¡Protegedme de él, piadosos monjes!

El superintendente exhibió la autorización.

-Esta mujer miente -dijo-. Estoy interrogándola en nombre del Emperador. Ved, soy superintendente de policía. Idos, santos hermanos, y permitidme realizar este interrogatoio en privado. Tengo soldados esperando afuera.

-¿De quién dependen las donaciones de esta iglesia de Santa Maria Magdalena?

-preguntó mi ama a los monjes-. ¿De su Sagrada Clemencia el Emperador, o de su Sagrado Esplendor la Emperatriz?

Los monjes hicieron una reverencia reconociendo su deuda con Teodora.

-Yo estoy al servicio de la Emperatriz -les advirtió ella. Luego preguntó al superintendente, extendiendo el indice-: ¿Reconoces este anillo? -Era un pequeño anillo de oro con un ojo humano azul pintado en el esmalte, y en el iris del ojo había una diminuta inicial dorada, una theta mayúscula. Teodora se lo había dado a mi ama, como señal de que ella era ahora persona de su confianza.

Él intentó quitárselo del dedo. Mi ama se resistió y le dio una patada en la entrepierna y escapó. Corrió con sus hijos a refugiarse en el altar mayor, donde él no se atrevió a perseguiría. Luego dijo al más joven de ambos monjes:

-Corre a palacio, hermano en Cristo, y comunica inmediatamente a la Emperatriz que la mujer de las hojas de morera corre peligro aquí en tu iglesia.

-No puedo abandonar la iglesia sin órdenes de mi superior -se excusó el aterrado monje-, y él está celebrando misa en la catedral.

-¿Temes más a la Emperatriz o a tu superior? -preguntó mi ama-. Andando, y cuanto antes partas, antes regresarás.

Él se recogió la túnica y echó a correr. Luego, el superintendente abandonó la iglesia con mal ceño, y dijo:

-Caerás en desgracia ante Su Clemencia.

-O quizás en gracia ante Su Esplendor -replicó mi ama.

Pronto una compañía entera de guardias vino para escoltar a mi ama hasta palacio, donde contó a Teodora algo de lo ocurrido, pero no todo: con toda discreción calló lo referente al hijo ilegítimo. No obstante, Teodora parecía preocupada. Pidió una descripción del individuo, pero su corpulencia, su barba negra y un ligero acento de pro- vincias eran las únicas señas particulares.

-No es uno de los agentes habituales del Emperador -dijo ella-. O bien se trata de alguien con una misión secreta, o bien es un impostor. Lo averiguaré enseguida.

Pero no pudo descubrirlo, aunque interrogó a los monjes y les sonsacó una descripción del sujeto. Un monje sugirió que tal vez el acento fuera siciliano, pero mi ama no estaba de acuerdo.

Mi ama no tuvo más encuentros con el presunto superintendente de policía, pero empezó a advertir que constantemente le vigilaban los movimientos. Antes de que ella la abandonara, alguien penetró en la casa de Blaquernas y su cofre de papeles privados fue robado; afortunadamente, ninguno de ellos era comprometedor en lo más mínimo, ni moral ni politicamente. Mi ama no había llevado últimamente, lo admito, una vida particularmente casta; y habiendo entrado en conflicto con la ley a causa de ciertas propiedades del esposo, había tenido que comprar justicia en un tribunal inferior a un funcionario de la facción Verde que lo controlaba. Por lo demás, su conciencia estaba limpia, y no existía ninguna constancia escrita de sus deslices. Era una mujer que nunca escribía ni conservaba cartas de amor, nunca pedía ni daba recibos de dinero cuando la transacción era cuestionable. Pero pronto comprendió que debía conducirse aún con más circunspección que de costumbre si quería evitar que la perjudicaran enemigos secretos que aparentemente trataban de atacar a Teodora a través de ella.

Mi ama sintió toda la presión de ese asedio un día de fiesta. Tras asistir a la audiencia matinal de Teodora, la siguió de cerca en la habitual procesión real hasta la iglesia catedral de Santa Sofia. (Ésta era la vieja iglesia, un edificio espléndido aunque imposible de comparar con la actual iglesia del mismo sitio, que ha sido reconocida como el más bello edificio sagrado del mundo entero.) Iba vestida con sus mejores sedas floreadas, con todos los añadidos escarlata y púrpura que ahora le consentía su rango de Ilustre Antonina, y lucía sus joyas más macizas y exquisitas, parte de ellas regalo de Teodora, quien tenía, en un sentido literal, «una generosidad tan grande como la boca». Naturalmente, también llevaba una peluca rojiza exquisitamente rizada y recogida, con varios tirabuzones oscilando gratamente sobre el cuello, como suplemento de su propio cabello rojizo, hermoso pero no abundante. Mi ama siempre había disfrutado de estas procesiones, a menos, desde luego, que estuviera lloviendo; aun las que se hacían hasta iglesias distantes en el día del santo al cual estaban dedicadas. Para tales ocasiones, el superintendente de las calles de la ciudad hace barrer empedrados y aceras, y toda la población viste atuendos festivos y se presenta con las caras y las manos y los pies limpios y se postra reverente cuando pasan el Emperador y la Emperatriz; y paños bordados cuelgan de las ventanas, y por doquier hay ingeniosos decorados de mirto, laurel, romero, boje y flores silvestres, formando letras que unen el honor imperial y el del santo. Los monjes de la procesión entonan alegres himnos, y por toda la ciudad se oye el tamborileo rítmico de los mazos en las tablas, llamando a los fieles a la oración; cada iglesia tiene un ritmo diferente y característico.

En esta ocasión, mi ama estaba del buen humor de costumbre al llegar a Santa Sofía. Atravesando en el atrio la hilera de penitentes, que tienen prohibida la Eucaristía y no pueden acercarse más, subió las escaleras y se sentó junto a Crisómalo, en la fila frontal de bancos de galería, que estaba reservada para mujeres. Se inclinó sobre el alféizar labrado y se puso a hacer

alegres señas a sus amigos de la nave inferior, pues con la ayuda de la mano y el pañuelo pueden intercambiarse así muchos mensajes íntimos. En Santa Sofia, como en la mayor parte de las iglesias de moda, la naturaleza sacra de la ceremonia no se toma con demasiada solemnidad: las vestimentas y los chismes constituyen el mayor interés de la galería, y un bordoneo de discusiones políticas o religiosas en la nave ahoga invariablemente la lectura de las Escrituras. Sin embargo, el canto de los eunucos del coro se escucha en general con cierto respeto, y casi todos participan cuando se entona la Confesión General y otras oraciones; y si el sermón lo da un predicador enérgico, con frecuencia es recibido con aplausos y risas de apreciación o con absoluto silencio. La Eucaristía se dispensa al final, y luego se da la bendición, y se sale nuevamente. «Seria una tontería protestar contra funciones cristianas tan civilizadas y sociables», decía mi ama, «pues son meramente una variedad apacible de las representaciones del Teatro».

El predicador de ese día era un obispo a quien no habíamos oído antes, pero que tenía fama de ser muy admirado como teólogo por Justiniano. Tenía una sede en Italia, y era bien parecido, a su manera afectada. Tomó como texto los versículos de la primera epístola del apóstol Pablo a los corintios, donde se afirma que los hombres tendrían que usar el cabello corto y no rezar con las cabezas cubiertas, pero que las mujeres tendrían que usar el cabello largo y no rezar con las cabezas descubiertas. Se demoró gravemente en el versículo «Pues si una mujer no se cubriere, que se le corte el cabello»; lo cual quería decir que si una mujer asistía a misa sin cubrirse la cabeza merecía ser castigada con el corte del cabello al rape. La audiencia se preparó para una homilía entretenida, aunque en muchos rostros había expresión de ansiedad, tanto masculinos como femeninos. Pues había muchas mujeres que sólo tenían cubierta la cabeza con algunas joyas, y muchos hombres con el cabello cortado a la moda huna que se usaba entonces, el frente cortado hasta la altura de las sienes y la parte de atrás larga hasta los hombros. ¿Y si el obispo persuadía al Emperador o a la Emperatriz de tomar severas medidas contra los transgresores? No obstante, no eran éstos el blanco de las denuncias del obispo: pues el sermón, muy ilógicamente, iba dirigido contra las mujeres que usaban peluca. ¡Como si una peluca no cubriera la cabeza del modo más complicado y eficaz!

Empezó suavemente, con voz musical, a lanzar ideas generales sobre el tema del cabello de las mujeres, citando apreciativamente a los poetas paganos de ambas lenguas, para dejar bien claro que era hombre de educación cortés, no un predicador ignorante, de mente estrecha, criado en un monasterio. Citó que Ovidio había dicho tal cosa, y Meleagro tal otra, en elogio de una hermosa cabellera. Estos elogios no contradecían las Escrituras, destacó: pues el apóstol Pablo en persona, en el mismo pasaje del cual derivaba el texto, había escrito: «Si una mujer tuviere cabello largo es una gloria para ella». Y al elogiar la longitud, el apóstol, sin duda, se proponía elogiar la fuerza y el brillo, pues el cabello que no es fuerte ni brillante no puede alcanzar una longitud recomendable.

-Pero -dijo, poniendo un énfasis tremendo en la palabra-, pero, durante cualquier ceremonia religiosa y en cualquier ocasión salvo las más privadas, este cabello largo, fuerte, brilloso y bello debe estar decentemente cubierto, por respeto a los ángeles.

«Pues los ángeles cristianos -procedió a explicar, como si hubiera tenido una larga y problemática relación con ellos- son todos eunucos; miran desde el Cielo a los adoradores humanos, y desde ese ángulo vertical ven poco más que cabezas y hombros.

«Cualquier persona honesta que haya tenido alguna experiencia con eunucos -continuó, con una ojeada furtiva al coro y al largo corredor reservado al Servicio Civil y eunucos personales al servicio de cortesanos eminentes, como es mi caso-, cualquier persona honesta me respaldará cuando aseguro que la carencia de los órganos masculinos de la generación no libera el corazón, como podría pensarse, de los afectos carnales. ¡De ninguna manera! En verdad, rara vez he conocido a un eunuco que pudiera confesar sinceramente que las manos, los ojos, los pies y el cabello de las mujeres no le despertaban tiernos sentimientos... ¡Pero especialmente el cabello! Conozco a muchos eunucos ricos y cultos que pasan sus ratos de ocio, frívola y

vergonzosamente, peinando lentamente el cabello de alguna mujerzuela de la servidumbre. Podéis reír, hermanas, pero sabéis que es verdad, y cometéis un gran pecado si os entregáis así a la estéril concupiscencia de los castrados. Los ángeles no son menos objeto de tentación que los eunucos: el Archidemonio mismo era un ángel que perdió la Gracia...

¿tal vez por deleitarse en el cabello de alguna hija de la Tierra? Por lo tanto, por respeto a esos ángeles benditos pero amantes de la belleza, a quienes no se debe distraer del religioso deber de cantar hosannas y aleluyas perpetuos, el primer deber de todas las mujeres cristianas con cabello hermoso es mantenerlo bien cubierto. Por cierto, ya es maligno distraer a adoradores humanos de sus devociones mediante un impertinente despliegue de la gloria que corona a las mujeres, sin arrastrar ángeles a la tierra y así acrecentar la raza de los demonios, que, como Dios sabe, ya son bastantes.

«Pero aun los petas paganos -citó a Marcial, Propercio y Juneval- habían escrito con sumo horror de las mujeres que usaban una cabellera que no era la propia. De manera que las pelucas no sólo ofendían las leyes de la Iglesia, sino los cánones seculares de la belleza y el buen gusto.

«En cuanto al punto de vista ortodoxo de los Santos Padres, no podría ser más claro, y puede sintetizarse así: las pelucas masculinas se diseñan en general para cubrir la calvicie; por lo tanto, son como un cuero cabelludo y proporcionan una cobertura; por lo tanto, son anatema. Las pelucas de las mujeres, en cambio (pues una mujer calva es una rareza), están diseñadas para sumar cabello al que ya tienen en las cabezas, para realzar y mejorar su efecto; por lo tanto, no constituyen una cobertura, y son anatema. Las pias protestas de la Iglesia, concilio tras concilio, siempre han atacado las pelucas de ambos sexos: tanto la afeminada peluca masculina como la impúdica peluca femenina. Tertuliano ha dicho... ¿pero qué no ha dicho Tertuliano contra estas monstruosidades con costurones y rizos? Ha dicho, entre otras cosas, que todo disfraz personal es adulterio ante Dios. Pelucas, pinturas, polvo, maquillaje, senos postizos, son disfraces e inventos del demonio.

«Más aún, mis descarriadas hermanas -prosiguió el obispo, señalando de golpe y con toda rudeza a Crisómalo y a mi ama, cuyas pelucas, después de la de Teodora, eran las dos monstruosidades más elegantes en Santa Sofía ese día-, Tertuliano apela enérgicamente a vuestro sentido común y vuestros escrúpulos religiosos. Escribe: "Si no queréis arrojar ese impío cabello postizo por deleznable ante el cielo, quizá pueda hacéroslo odiar acudiendo a vuestro discernimiento mundano, recordándoos que esos rizos lascivos y comprados quizá hayan tenido un origen abominable. Tal vez fueron cortados del cadáver de una mujer muerta por la peste, y todavía retengan las semillas de la peste vivas en ellos; o, peor, quizá hayan adornado la cabeza de una blasfema condenada implacablemente por el Cielo y lleven consigo la terrible ineluctable maldición de Dios".

«¿Qué dice el sabio San Ambrosio de las pelucas? "No me habléis de las pelucas rizadas: son las alcahuetas de la pasión, no las preceptoras de la virtud". ¿Qué dice el recto San Cipriano? "Escuchadme, oh mujeres. El adulterio es un pecado deplorable; pero quien usa cabello postizo es culpable de un pecado aún más grave". ¿Qué dice el célebre San Jerónimo? Nos cuenta una historia instructiva, en cuya verdad él compromete su reputación de maestro cristiano... si, si esta historia es un invento, el gran nombre de Jerónimo debe borrarse de los dípticos como si fuera un hereje o un embaucador. Nos cuenta de una matrona respetable a quien él conocía, llamada Pretexta, que tenía la desgracia de estar casada con un pagano. Se sabe que una esposa debiera obedecer en todo a su marido, y en verdad este mismo texto de los corintios lo expresa claramente, cuando dice: "la cabeza de cada hombre es el Hijo pero la cabeza de la mujer es el hombre". Pero hay una reserva implícita en la primera frase, a saber, que si el esposo no es cristiano, el Hijo, no él, pasa a ser la cabeza de la mujer ~n asuntos espirituales; así, con las viudas, el Hijo pasa a ser su única cabeza, a menos que ellas se casen de nuevo desdeñando al Hijo.

«Este esposo, pues, cuyo nombre era Himecio, dijo un día a Pretexta: "Nuestra sobrina huérfana, Eustoquia, a quien hemos criado tiernamente en nuestro hogar, no es una muchacha

mal parecida. Nada le costaría encontrar un esposo rico, y así aliviarpos de los gastos de una dote, excepto por un defecto de su apariencia: ese cabello frágil y desaliñado. Por lo tanto, buena esposa, repara ese defecto de la naturaleza yendo secretamente a un peluquero y encargando para ella un hermoso tupé rizado". Así lo hizo Pretexta, esperando que ese gasto de cinco piezas de oro les ahorrara mil o más, y se olvidó por completo de su deber para con Dios y su respeto por los ángeles. Esa misma noche, cuando yacía junto al esposo, pensando con satisfacción en la notable transformación de Eustoquia, bajó a ese lecho pecaminoso un alto ángel, gorjeando en un furibundo falsete. "Pretexta", exclamó el ángel, "has obedecido a tu esposo, un incrédulo, y no a tu Señor crucificado. Has adornado el cabello de una virgen con rulos superfluos, dándole aspecto de ramera. Por ello, ahora te atrofiaré las manos, y les ordenaré que reconozcan la enormidad de tu delito por la medida de su sufrimiento. Sólo vivirás cinco meses más, y luego el Infierno será tu destino; y si tienes el atrevimiento de tocar nuevamente la cabeza de Eustoquia, tu esposo y tus hijos morirán antes que tú". ¡Oh, mis hermanas descarriadas, qué pecado fue aquél, y cuán plenamente merecía la angustia del castigo corporal!

Era natural que mi ama Antonina riera un poco ante esta historia. No le interesaba demasiado que el nombre de ese San Jerónimo se conservara en los dípticos, y, por cierto, merecía que se lo borrara, pensó, por una fábula tan ultrajante. Si las manos de Pretexta en verdad se habían atrofiado, ¿qué posibilidad tenía de usarlas nuevamente en la cabeza de la sobrina? Le comentó esto a Crisómalo, que también rió y, haciendo una seña a su marido en la nave inferior, agitó dramáticamente las manos, como si también estuvieran atrofiadas. Esa livianidad enfureció al obispo. Empezó a lanzar invectivas contra mi ama y Crisómalo, mencionándolas por el nombre pese a que era un forastero en la ciudad: lo cual nos hizo bastante evidente que algún enemigo de la corte lo había instigado a predicar contra ellas. Las amenazó con excluirías de la Eucaristía, y acusó a mi ama de ser una viuda desvergonzada e impúdica que se pintarrajeaba la cara y vivía tan alegremente como la Gran Prostituta de Babilonia en vez de vestir ropas tristes y llorar por sus pecados y asistir a los pobres, como correspondía a una viuda. Dijo que mi ama acarreaba deshonor a la Pía Soberbiamente Bella Soberana que la empleaba, y sobre toda la ciudad de Constantinopla; y que si se propagaba una repentina pestilencia desde la abominable peluca de mi ama y los mugrientos rizos rojizos que colgaban de ella, los fieles de la ciudad sabrían a quién agradecerlo.

Esta rudeza fue demasiado para Teodora, quien estaba sentada al lado de Justiniano. Se levantó, se excusó con una reverencia respetuosa ante el Emperador, y echó a andar por la nave, seguida de sus pajes, sin esperar la Eucaristía ni la bendición.

La etiqueta exigía que las damas de la galería se levantaran para acompañarla. El obispo ahora estaba exigiendo que las cabezas de mi ama y de Crisómalo fueran rasuradas hasta quedar lisas como un huevo de avestruz. Teodora le respondió indirectamente, pues haberle respondido directamente habría sido un insulto a Justiniano, quien guardaba silencio. Se detuvo en su marcha, para decirle a Juan de Capadocia, por encima de los bancos:

-Te ruego que le recuerdes a tu elocuente amigo de la barbilla lisa que no es apropiado que la Navaja lance anatemas contra el Peine.., ni prudente.

Las damas bajaron ruidosamente de la galería, y sólo quedaron hombres y eunucos en la iglesia para escuchar el final del sermón. Pero, en el rumor de charlas airadas o excitadas que siguió, el obispo creyó conveniente redondear su argumento, con una abyecta disculpa a Su Clemencia si tal vez había hablado con demasiada franqueza y había ofendido personalmente a su muy casta, graciosa y adorable Emperatriz, cuyas glorias superaban el talento de los poetas, tanto cristianos como paganos, y no cabían en sus melodiosos versos. El obispo estaba en verdad en una posición peligrosa, y nunca se habría atrevido a dar semejante sermón si alguien no le hubiera segurado privadamente que Crisómalo y mi ama eran mal vistas en la corte. En cuanto a la Navaja y el Peine: Teodora insinuaba que el obispo mismo estaba ofendiendo las leyes de la Iglesia al aparecer con la barbilla rasurada. Sólo las tijeras podían tocar el rostro de un

sacerdote. Además, llevaba el cabello irreligiosamente engomado, pues era un típico petimetre de Rávena. Antes de que hubiera terminado el día, lo habían embarcado en un pequeño buque comercial y navegaba de regreso a Italia. Teodora dejó bien claro a Justiniano que respaldaba a sus antiguas socias, mientras permanecieran leales al trono, con la misma firmeza con que se aferraba a sus convicciones sobre la naturaleza única del Hijo.

Estos acontecimientos produjeron una gran impresión en Constantinopla, y el nombre de mi ama fue tema de muchas anécdotas falsas, aunque no del todo inverosímiles, en el Bazar. Su historia ya era bien conocida, y que Teodora la hubiera reconocido como amiga recriminando públicamente a un obispo fortaleció muchísimo su posición.

No obstante, para protegerla contra actos de violencia, se le asignó una guardia permanente de dos mujeres que la acompañaban cuando salía a pasear, y un destacamento entero de guardias cuando, poco después, la enviaron a la frontera persa como emisaria de Teodora ante Belisario, en circunstancias que se explicarán en el capitulo siguiente.

LA BATALLA DE DARAS

En este punto debo referir brevemente lo ocurrido en Persia desde la recepción por Belisario del mando de las tropas de Daras. La inexpugnable ciudad de Nisibis, quince millas al este, había sido en un tiempo el principal puesto fronterizo romano. Había resistido tres sitios prolongados ante Sapor, el undécimo Sasánida, cuando fue pacíficamente entregada por el vergonzoso tratado que firmó el Emperador Joviano, cediendo a Persia cinco distritos de frontera. Para suplantar a Nisibis, Anastasio había fortificado Daras, que estaba en territorio romano; pero se necesitaba un puesto de avanzada para protegerla contra un ataque por sorpresa. Por lo tanto, Justiniano permitió a Belisario, a su propio requerimiento, que construyera un castillo en Migdon, que estaba a tres millas de allí y a pocos cientos de yardas de la frontera.

Belisario había estudiado el arte de la fortificación. Situó el castillo en una posición ventajosa, y se puso a construirlo a ritmo acelerado, pues quería que una guarnición lo ocupara antes de que los persas pudieran interrumpir las obras. Los albañiles, que eran muchos, edificaron apresuradamente, la espada a la cintura, tal como se dice que los judíos al mando de Nehemias reconstruyeron las murallas de Jerusalén bajo la mirada recelosa de sus vecinos samaritanos. Antes de iniciar la obra, Belisario había acumulado en Daras una gran cantidad de madera y piedras labradas y cal; y las murallas del castillo, que encerraban dos acres de tierras, se elevaron rápidamente.

El comandante persa de Nisibis envió una protesta inmediata a Belisario, despachando una copia al comandante de los ejércitos romanos de Oriente, con una extensa carta donde comentaba que los persas se tomaban muy a pecho esta nueva ruptura de las cláusulas del tratado concernientes a las fortificaciones fronterizas. Si la construcción no cesaba en el acto, se vería obligado a recurrir a la fuerza.

La protesta fue comunicada de inmediato a Justiniano, quien replicó que había que pasarla por alto y enviar refuerzos a Belisario sin demora. Los refuerzos consistían en una división mixta de caballería e infantería, al mando de dos jóvenes nobles tracios, dos hermanos llamados Cutzes y Butzes, quienes mandaban conjuntamente las tropas acantonadas en el Líbano. Por desgracia, el encuentro con los persas frente al Castillo de Migdon se produjo un día en que Belisario yacía enfermo, en la etapa febril más cruda de la malaria, y reducido a una incapacidad total. Unos ocho mil hombres de cada bando se trabaron en lucha y, durante el curso de la batalla, Butzes, con la mitad de la caballería, se dejó arrastrar en persecución de una pequeña fuerza enemiga, exponiendo así el flanco del cuerpo principal, que estaba compuesto por infantes. Los persas hicieron un ataque concentrado sobre la caballería de Cutzes, en el otro flanco, y la desbarataron, capturando varios prisioneros, entre ellos el mismo Cutzes. La infantería, cubierta en su retirada por la caballería de Belisario al mando de Juan de Armenia, se replegó hacia el castillo. Al caer la noche, Butzes regresó con las fuerzas intactas y exhibió orgullosamente su botín, pero se enfureció al enterarse del destino del hermano. Ordenó la evacuación del castillo,

considerándolo un lugar de mal agüero; y toda la fuerza romana, infantería y caballería, se retiró hasta Daras, llevando al convaleciente Belisario en una litera. Dos días más tarde, Belisario, repuesto del delirio de la fiebre, pero todavía tan débil que apenas podía montar, dirigó un contraataque contra los persas, quienes habían ocupado el castillo y ya lo estaban desmantelando. A la cabeza de sus coraceros, se sumaban unos mil hombres, los echó de las murallas; pero Butzes, quien debía haber vuelto con la infantería y con provisiones para resistir un sitio, no pudo persuadir a sus hombres de que lo siguieran; de manera que el Castillo de Migdon fue abandonado una vez más por falta de guarnición. Los persas lo destruyeron y se retiraron victoriosamente a Nisibis.

Justiniano, al leer los informes que le llegaban, decidió que el comandante de los Ejércitos de Oriente había cometido un error de juicio al enviar a Belisario tropas inadecuadas y mal conducidas, y que Belisario era el único soldado que no había manchado su reputación. Por lo tanto, destituyó a su comandante de ejércitos y designó en su lugar a Belisario, que en esa época tenía apenas veintiocho años. Justiniano envió también a la frontera al maestre de oficios, uno de sus principales ministros, cuyos deberes incluían la supervisión de puestos, comunicaciones y arsenales en el Imperio de Oriente, y de las embajadas extranjeras en el exterior. Este maestre de oficios tenía órdenes de reanudar las negociaciones de paz con los persas, pero retrasándolas todo lo posible, dando así tiempo a Belisario para preparar la defensa de Daras y de la frontera en general. Belisario aprovechó la tregua para hacer un viaje de inspección por la frontera, consolidando fortificaciones, reclutando y adiestrando tropas, reuniendo pertrechos. Esperaban poder evitar la reiniciación de las hostilidades, pues se tenía la impresión de que a los setenta y cinco años Cabades preferiría una vejez apacible a las ansiedades de una guerra en gran escala. Pero no sucedería así.

Belisario, que había logrado reunir un ejército de veinticinco mil hombres (de los cuales, sin embargo, a lo sumo tres mil podían demostrar reciedumbre, en el ataque o en la defensa), no tardó en saber que un ejército de cuarenta mil hombres bien entrenados, al mando del generalísimo persa Firuz, marchaba contra él. Luego vino un emisario persa con un arrogante mensaje para Belisario: «Firuz del Listón Dorado pasará la noche de mañana en la ciudad de Daras. Que le tengan preparado un baño».

A lo cual Belisario respondió con el cortés ingenio que convenía a su elegante persona: «Belisario del Casco de Acero asegura al generalísimo persa que el baño caliente y la ducha fría estarán preparados para él».

La persona que se sintió más insultada por el mensaje de Firuz, curiosamente, no fue Belisario, sino un asistente de baño. Era el mismo Andreas que había llevado el saco con los libros de Belisario. Andreas había recibido la libertad unos años antes en Constantinopla, y lo habían empleado como instructor de un gimnasio cerca de la Universidad hasta que fue al este para reunirse con Belisario en Daras.

El problema táctico de Belisario era ahora el típico problema del pobre posadero de campo que tiene que preparar un banquete para varios huéspedes famélicos con muy poco tiempo: es decir, cómo hacer que poco rinda mucho. Como el posadero, sabia que su poco era de calidad inferior y, también como el posadero, solucionó el problema con una mesa bien puesta y una sonrisa desenfadada, sirviendo primero los mejores platos y el mejor vino, y dejando los bocados más toscos y el peor vino como reserva. Los bocados más toscos y el peor vino eran los infantes, la mitad de los cuales había sido reclutada recientemente. Decidió, ya que disponía de poco tiempo, no tratar de entrenarlos en más de un arte: por lo tanto, optó por transformarlos en arqueros.

Les suministró arcos largos y rígidos y les reguló la paga de acuerdo con la destreza que adquirieran con estas armas; se trataba de lo que él llamaba «disparos al azar».

Sólo exigía que cada hombre pudiera lanzar todas las flechas de su aljaba a una distancia de por lo menos cien yardas, manteniéndolas en un ángulo no superior a diez grados. Contra un

enemigo apiñado, esto seria suficiente. Ya había fabricado una cantidad enorme de flechas, y aún mantenía ocupados a sus artífices en la fabricación de más puntas de flecha y en la preparación y emplumado de más astiles. A la infantería adiestrada también la perfeccionó en un solo arte: la defensa de un puente angosto contra las cargas de caballería o infantería; proveyó a todos de armaduras y lanzas de longitud variable, entrenándolos en la formación de falange empleada por Alejandro, cuyo frente estaba erizado de lanzas como un puerco espín hindú. Adiestró a la infantería a medio entrenar en el lanzamiento de jabalinas. Los mejores platos y el mejor vino, siguiendo con la metáfora del posadero pobre, eran los de caballería. Había dividido temporalmente a sus coraceros en seis grupos, que envió como tropas modelo a los seis escuadrones regulares de caballería pesada, para presentar una pauta de entrenamiento a imitar: no los puso como instructores, sólo como modelos en las artes de disparar y lancear y maniobrar ágilmente, pero pasaron a ser instructores. También tenía consigo dos escuadrones de caballería ligera de hunos masagetas, de más allá de Bucara y Samarcanda, viejos enemigos de Persia. Y medio escuadrón de hunos hérulos, cuyos cuarteles de verano estaban en Crimea; eran arqueros, muy rápidos para disparar, y para luchar cuerpo a cuerpo llevaban lanzas y espadones. Vestían chaquetas de cuero de búfalo, con ligeras placas metálicas cosidas, pero ninguna otra armadura. (La caballería ligera es esencial para el trabajo de avanzada en la frontera, sostenía Belisario, pero hay que apoyarla con una pequeña fuerza de choque de caballería pesada acantonada a poca distancia. El Imperio era pobre en caballería ligera, como puede deducirse del hecho de que los hunos hérulos y masagetas vivieran a muchos cientos de millas de la frontera romana.) Belisario se apostó frente a Daras, más allá del terreno que bordea la fosa. Diseñó un sinuoso sistema de trincheras de seis pies de profundidad y doce de ancho, con un puente angosto cada cien pasos. El sistema, visto desde las almenas de la fortaleza, se parecía al dibujo de un sombrero de alas anchas y copa cuadrada, con la parte superior de la copa en el linde exterior de la plaza de armas. Como esta batalla se libraría por elección de los persas, y como el objetivo de ellos era capturar y desmantelar Daras, Belisario podía darse el lujo de permanecer a la defensiva; y, en verdad, haber tomado la ofensiva con esas tropas habría sido muy imprudente.

Alrededor de los tres lados del cuadrado central abierto, o entrante, del sistema de trincheras, Belisario apostó la infantería, con falanges de lanceros custodiando los puentes, apoyados por lanzadores de jabalinas, y con arqueros alineados a lo largo de la trinchera intermedia. La trinchera estaba erizada de estacas afiladas en toda su extensión y era demasiado ancha para que un jinete la cruzara de un salto. Sobre las alas, detrás de las trincheras avanzadas (el ala del sombrero), apostó caballería pesada.

Los puentes de las trincheras eran un poco más anchos aquí, para permitir un movimiento más rápido. Como enlace entre el centro y las alas, había seiscientos hunos masagetas apostados dentro de cada esquina del entrante, listos para descargar una lluvia cruzada de flechas contra el enemigo si avanzaba contra la infantería, o acudir en auxilio de cualquier ala de caballería que se encontrara en apuros. Como reserva, tenía a su propio Regimiento Personal, agrupado nuevamente, y los hunos hérulos.

Éstas fueron sus disposiciones. Todos las aprobaron en el consejo de guerra ante el cual se explicaron. Los hombres gozaban de excelente salud, pese al bochornoso tiempo de julio: la esperada epidemia de disentería y otras enfermedades favorecidas por el calor, casi inevitables en Daras a esa altura del año, no se habían presentado.

Lo cierto es que Belisario había promulgado reglas muy estrictas sobre la mezcla de toda el agua potable con vinagre para purificarla; y sobre la limpieza de las letrinas y cocinas de campaña; y, especialmente, sobre las medidas para impedir la aglomeración de moscas, pues decía que Belcebú, el Señor de las Moscas, era el principal demonio de la destrucción y que donde había moscas había enfermedad. Más aún, todos los ejercicios militares se habían realizado de madrugada, antes de que el sol quemara demasiado, después de lo cual los hombres dormían hasta mediodía. Al oscurecer, los había despachado a realizar marchas nocturnas para mantenerlos en buenas condiciones físicas, o los había puesto a cavar. Belisario nunca permitía

que sus hombres holgazanearan. Ahora estaban con ánimos adecuados para la lucha, y tenían suma confianza en el joven comandante.

Al amanecer del día siguiente al de la llegada del mensajero de Firuz, los vigias de las almenas anunciaron que habían avistado nubes de polvo a lo largo de la carretera de Harmodio, una aldea cercana a Migdon en dirección de Nisibis. Pronto se avistaron las columnas persas, formadas en orden cerrado, fuera del alcance de los arcos romanos, la infantería al centro, protegida por enormes escudos ovales, y la caballería a ambos flancos. Se estimó ese ejército en unos cuarenta mil hombres. Pero el comentario de Belisario fue:

-Hay pocos generales capaces de controlar a cuarenta mil hombres en batalla. Sin duda, Firuz estaría más tranquilo si ambos ejércitos tuvieran igual número de soldados.

Los persas trataron de incitarlos al ataque mediante desafíos y gritos de burla, pero los romanos se quedaron quietos y callados. Ni siquiera se retiraron para el almuerzo, como era la costumbre; se les repartió comida fría -puerco salado, tortas de trigo y vino- en sus puestos. Firuz había creído que la visión de sus numerosas fuerzas enloquecería de miedo a nuestros hombres, y que la hora del almuerzo seria una excusa más que suficiente para que los comandantes más pusilánimes retiraran sus fuerzas.

Todavía no preveía un combate serio.

-Esperad -dijo-. Son sólo romanos. Pronto se arrepentirán. -Pero nada ocurrió.

A última hora de la tarde, las tropas personales de un persa llamado Pituazes, que mandaba el flanco derecho, cargaron contra la caballería tracia de Butzes, que estaba frente a él. Butzes había jurado a Belisario que ese día lucharía en cooperación leal con el resto de las fuerzas, sin emprender aventuras individuales. Tal como lo habían acordado, pues, se retiró ligeramente de la trinchera en cuanto los hombres de Pituazes, todos montados sobre caballos grises, se lanzaron sobre él. Su objetivo era atraer a los persas y luego volverse y atacarlos mientras todavía estaban apiñados ante los puentes, sin haberse desplegado adecuadamente. Los persas, sin embargo, no se arriesgaron a cruzar la trinchera de modo que, pese a todo, Butzes y sus hombres regresaron a sus puestos, disparando desde la silla mientras cabalgaban. Los persas se retiraron.

Estos jinetes persas tienen armas y escudos muy ornamentados y aljabas especialmente hermosas, y usan guantes (por lo cual nuestros hombres los ridiculizan), pero no yelmos. También llevan látigos de montar; a nuestros hombres los látigos no les sirven de nada en la batalla.

Siete persas cayeron en esta escaramuza, y Butzes envió una partida más allá de la trinchera, para traer los cuerpos. Luego, los dos ejércitos siguieron observándose mutuamente unos minutos más, en silencio. Se dice que Firuz comentó a sus comandantes que los romanos mantenían un orden sorprendente, pero que mandaría a buscar la guarnición de Nisibis diez mil hombres más, y sin duda su llegada, al día siguiente, tendría por efecto el minar la obstinación del enemigo. Luego, un joven persa, cuyo nombre ignoro, un aristócrata por su atuendo y sus armas, salió al galope montado en un hermoso caballo castaño, hacia el centro de las defensas romanas. Sabia un poco de griego y, frenando de golpe, desafió a un combate individual, prometiendo que haría trizas a cualquier caballero romano que se atreviera a enfrentarlo.

Nadie aceptó el reto, pues había orden general de no romper las filas bajo ningún pretexto. El joven continuó gritando y blandiendo la lanza y riendo despectivamente.

De pronto, hubo un murmullo en la trinchera lateral de la izquierda romana. Un jinete, agazapado sobre el pescuezo del caballo, atravesó un puente a la carrera, pasando junto a los hunos masagetas del ángulo, y cargó sobre el persa. El persa reaccionó demasiado tarde. Trató de eludirlo, lanzando el caballo hacia delante, pero la lanza le dio de lleno en el lado derecho del tórax y lo derribó. Quedó atontado. El romano, desmontando rápidamente, lo degolló como a un animal sacrificial. Un grito estentóreo brotó del ejército romano, y de las murallas de Daras, que

estaban atestadas de gente de la ciudad. Al principio se pensó que el héroe era Butzes, vengando la captura de su hermano Cutzes. Pero cuando el vencedor regresó, cruzando la trinchera al paso, conduciendo el caballo persa con el persa muerto echado sobre la silla, se vio quién era:

el audaz Andreas, el asistente de baño.

Pues Andreas, cuyos deberes eran ligeros y cuyo carácter era enérgico, hacia un tiempo que, sin que lo supiera Belisario, participaba en los ejercicios matinales de caballería con Butzes, quien ahora era maestre de caballería de Belisario; y su entrenamiento como luchador lo había transformado en un combatiente formidable. Belisario le envió un oficial superior para felicitarlo, con un casco de acero con penacho blanco y una lanza con pendones blancos como presente y una cadena de oro como señal de que deseaba darle rango de sargento entre sus coraceros personales. Pero el maestre de oficios, que hacia las veces de mariscal de Belisario, deploró la ruptura de la disciplina, aunque estaba encantado con el triunfo de Andreas. Comunicó a todos los comandantes de escuadrón que nadie más debía responder a otro desafío individual, bajo pena de una severa azotaina. Belisario recriminó al maestre de oficios esa amenaza, pues no podía cumplirse. El hombre que saliera a aceptar el reto resultaría victorioso, en cuyo caso habría una protesta popular contra su castigo, o derrotado, en cuyo caso, el persa se llevaría el cuerpo fuera del alcance de los azotes romanos.

Pronto hubo un segundo desafio. Era otro persa, que se sentía insultado porque el primer retador había tomado la iniciativa contra las reglas de la cortesía. Pues existe una etiqueta estricta sobre estos asuntos en el ejército persa: el retador siempre debe pertenecer a la familia más noble representada en la batalla. El segundo retador, por lo tanto, salió al campo para reafirmar el orgullo de su familia, más que por ansias de combatir. No era un joven, sino un hombre maduro; manejaba el caballo y las armas con aire de experimentada decisión. No gritaba con entusiasmo como el joven muerto por Andreas, sino que hacia restallar el látigo con un seco «¡Ho, ho!« de vez en cuando, mientras cabalgaba frente a las lineas romanas. En un momento frenó y gritó algo en persa, que aparentemente era una invitación para que Belisario mismo saliera a enfrentarse a él. Pero cuando un oficial de la plana mayor comunicó esto a Belisario, urgiéndolo a aceptar el combate por el efecto alentador que esto surtiría en la tropa, él respondió despectivamente:

-Si busca la muerte, ¿por qué no mete la cabeza en un lazo, por su cuenta, en vez de tratar de implicarme a mi como accesorio?

De modo que, por un largo rato, nadie atacó al segundo retador. Ya emprendía el regreso a las líneas persas, tal vez aliviado de haber cumplido con una obligación honorable para su familia sin serias consecuencias personales, cuando, como antes, se elevó un murmullo: de nuevo un jinete, esta vez con un casco de penacho blanco y una lanza con pendones blancos, cruzó el puente a la carrera. El persa se volvió, empuñó la lanza, espoleó el caballo y encontró al retador a toda carrera. Cada lanza chocó contra la armadura bruñida hacia la cual apuntaba; pero por alguna razón los caballos, en vez de seguir de largo como ocurre normalmente en estas justas, se estrellaron de frente con un clamor de frontales y pectorales y cayeron sobre las ancas. Los jinetes fueron catapultados hacia delante y chocaron en el aire, rodando al suelo en un ovillo. Todos los espectadores contuvieron el aliento. El romano fue el primero en recobrarse y, cuando el persa se hincó de rodillas, le golpeó la cara con el puño, le asió los pies y lo arrojó de cabeza en el célebre estilo de las escuelas de luchadores; y lo despachó de una sola puñalada. Entonces, un rugido se elevó de entre los romanos, detrás de las trincheras y sobre las murallas, aún más estentóreo que antes, y se vio que era de nuevo Andreas, con uniforme de sargento del Regimiento Personal de Belisario, quien había asumido el deber de mantener el honor de Roma. Los persas se retiraron a su campamento, considerando que el día era poco auspicioso; y los romanos entonaron el canto de la victoria y se replegaron tras las murallas de Daras.

Pero Andreas renunció a su rango de sargento en el Regimiento. Había realizado una gran hazaña ese día en presencia de setenta mil hombres, y repitiéndola había probado que la debía a la destreza, no al azar; por mucho que viviera, nunca podría superar esas proezas gemelas, que

siempre serian recordadas en campamentos y tabernas, y en las historias escritas de la guerra. Por lo tanto, regresó a sus toallas y esponjas y hornillos, de nuevo un simple asistente de baño, y nunca más vistió armadura, excepto en una ocasión muy singular y urgente a la cual me referiré en el momento oportuno.

Al amanecer de la mañana siguiente llegó la guarnición de Nisibis, aumentando las fuerzas persas a cincuenta mil hombres de todas las armas, el doble de las fuerzas de Belisario.

-Si son pocos los generales capaces de controlar en batalla un ejército de cuarenta mil hombres -omentó Belisario en cuanto se enteró-, menos aún son capaces de controlar cincuenta mil. -Su conjetura de que Firuz no las tenía todas consigo a causa del tamaño descomunal de sus fuerzas parecía justificada. Pues ahora estaban reorganizadas en dos lineas de batalla similares, una respaldando a la otra. Belisario comentó-:

La solución de un sargento instructor. Pudo haber utilizado las formaciones frontales para cubrir Daras, y atacar con el resto mis comunicaciones. -Entretanto, él y el maestre de oficios enviaron una carta conjunta a Firuz, sugiriéndole que retirara el ejército persa a Nisibis en vez de lanzarse a una batalla desesperada e innecesaria. Casi toda la carta la redactó Belisario, y se ha conservado una oración característica: «Nadie que posea un mínimo de sentido común gusta de combatir, aun cuando combatir sea necesario; y el general que inicia las hostilidades tiene una grave responsabilidad, no sólo ante los hombres bajo su mando, sino ante su nación entera, por las angustias y horrores que son inseparables de la guerra«. El maestre de oficios añadió un pasaje explicando que Justiniano pronto reanudaría las negociaciones de paz y su embajador estaba ahora en camino desde Antioquía, pero que un encontronazo en Daras pondría fin inmediatamente a toda esperanza de un arreglo pacifico.

Firuz respondió que las declaraciones de paz de los embajadores romanos habían engañado tan a menudo a Persia que su país había perdido la paciencia: la guerra era ahora el único remedio para esos males. Ningún tratado de paz podía tomarse en serio, especialmente si lo garantizaban juramentos romanos.

Belisario y el maestre de oficios respondieron que habían dicho cuanto podía decirse sin mengua del honor, y que esa correspondencia seria cosida al estandarte imperial al día siguiente -copias auténticas de sus cartas y la respuesta persa-, como testimonio ante el Dios de los cristianos de que los romanos habían hecho todo lo posible para evitar una batalla innecesaria.

Firuz respondió: «Los persas también tienen un Dios, más antiguo que el vuestro, y más poderoso, y mañana nos permitirá entrar triunfantes en Daras«.

Belisario se dirigió entonces a sus tropas, que estaban apiñadas masivamente detrás de la trinchera central. Elevó la voz y habló despacio y claramente, para que cada hombre lo oyera tan claramente como en una conversación en un aposento privado; y habló llanamente, primero en latín macarrónico y luego en griego, para que todos pudieran entenderle. Explicó que si en el pasado los romanos no habían podido derrotar siempre a los persas, que eran inferiores a todos ellos en coraje, armamento y físico, se debía simplemente a que la disciplina era defectuosa; y eso se remediaba fácilmente. Si cada hombre obedecía a sus oficiales durante el avance y la retirada, la derrota seria imposible. El soldado raso debía pelear en batalla como si se tratara de una maniobra, y en una maniobra era más fácil obedecer que romper filas o actuar por iniciativa propia.

El control táctico de la batalla debía descansar en las manos responsables del general en jefe, o sea él, y él había dado instrucciones claras y alternativas a sus oficiales subalternos sobre cómo comportarse en tal o cual circunstancia. El soldado raso debía concentrarse en sus propias armas, y en conservar la formación, para no tener tiempo de especular ociosamente sobre el desarrollo general del combate. Debía confiar plenamente en la inteligencia y la lealtad probadas de los oficiales. También hizo una alusión burlona a la infantería enemiga, sólo a medias integrada por soldados entrenados.

-Los reclutas romanos habéis aprendido en poco tiempo a hacer bien una cosa, que es disparar con fuerza y rectamente; sus reclutas también han aprendido un solo arte militar, el de protegerse tras esos escudos enormes. Son meras multitudes de campesinos adiestrados para impresionar, como los ejércitos del Teatro, y constituirán una seria dificultad para el generalísimo antes de que el día haya terminado. Llevan lanzas en la mano, es verdad, pero no por ello son lanceros, como no serian encantadores de serpientes por el mero hecho de llevar flautas.

Desde la torre de observación anunciaron que los persas estaban empezando a congregar sus fuerzas, de modo que, con vítores entusiastas para Belisario, las tropas partieron. La caballería pesada pasó a ocupar sus puestos en los flancos, la caballería ligera se apostó en dos ángulos de la entrante, los arqueros se alinearon nuevamente ante las trincheras más próximas, las falanges de lanceros se apostaron en los puentes con los lanzadores de jabalinas detrás y al costado. Entonces Faras, el jefe menudo y patizambo de los hunos hérulos, trotó hasta Belisario y le dijo en el griego comercial casi ininteligible que usan esos salvajes de Crimea:

-No daño persas, no mucho, aquí abajo altos muros: manda a mi detrás de colina izquierda, lejos. Oculto a mi detrás de colina. Cuando vienen persas, ataco retaguardia; galopo, disparo, disparo.

Belisario miró fijamente a Faras, quien bajó los ojos. Faras obviamente dudaba del desenlace de la batalla y quería mantenerse en una posición neutral; lanzaría su carga final contra el bando que aparentemente estuviera ganando. Belisario notó que el dedo de Farras sangraba a causa de un ligero rasguño: se apresuró a tomarlo, pues estaban rodilla contra rodilla, y lo sorbió metiéndoselo en la boca. Luego dijo:

-He bebido tu sangre, Faras: serás mi anda, mi hermano de sangre. Ve ahora, querido Faras, mi anda, y haz como dices. Ocúltate tras la colina y carga contra los persas, ni demasiado pronto ni demasiado tarde.

-¡Bebes mi sangre, ahora dame tuya, anda! -se quejó Faras con un gimoteo. Pues con ese acto unilateral había quedado (de acuerdo con la superstición de los hunos) bajo el poder mágico de Belisario. Pero Belisario replicó:

-Después que hayas atacado tendrás tu parte. Ahora no tengo sangre para desperdiciar, anda. -De esa manera se había asegurado la lealtad de Faras.

Los persas se mantuvieron en sus posiciones toda la mañana, hasta que oyeron en las fortificaciones los trompetazos que indicaban que los encargados de las raciones debían llevar el almuerzo a las trincheras. En cuanto Firuz calculó que la distribución de alimentos estaba por empezar, lanzó el ataque. Los soldados persas están acostumbrados a comer al caer la tarde, y en consecuencia no sienten hambre hasta que el sol baja en el cielo, mientras a los romanos se les despierta el apetito cuando suena ja trompeta a mediodía. Sin embargo, Belisario había previsto un ataque a mediodía y había aconsejado a las tropas que se llenaran bien el vientre con el desayuno; de ¿nodo que no pelearon con menos vigor. La caballería persa avanzó hasta un tiro de arco de la caballería romana de las alas y empezó a disparar; y una masa de arqueros a pie también se adelantó hacia la entrante y empezó a disparar nubes de flechas contra ¡a infantería romana y la caballería ligera de los ángulos de las trincheras. Los arqueros a pie avanzaban en filas de uno paralelas, con un paso de distancia entre las filas. En cuanto el hombre a la cabeza de la fila había disparado una flecha, se retiraba al fondo y luego volvía gradualmente a la cabeza; y por ese medio el caudal de flechas era constante. Superaban muchísimo en número a nuestros arqueros, pero sufrían tres grandes desventajas. Primero, los arcos rígidos que usaban los reclutas de Belisario tenían mayor alcance que los arcos livianos persas; segundo, el viento soplaba del oeste, de modo que las flechas persas perdían velocidad y tenían trayectorias cortas; por último, les disparaban desde el frente y de ambos flancos, y estaban tan apiñados que casi todos los disparos al azar de los romanos daban en el blanco. La presión de las tropas de refresco que venían detrás los obligó a avanzar más de lo que deseaban,

y aunque esto daba mayor eficacia a sus disparos, sufrían más bajas. Un intento poco entusiasta de los lanceros para capturar dos de los puentes simultáneamente, fracasó; los lanzadores de jabalinas los ahuyentaron. Pero un par de horas después, cuando ambos bandos habían agotado sus armas arrojadizas, hubo batallas desesperadas en los puentes a lo largo de toda la línea con lanzas y espadas, y tentativas de cruzar las trincheras con planchas. Belisario frustró un peligroso avance con jinetes desmontados, del escuadrón del flanco derecho de hunos masagetas, llamados a ese lado de la trinchera.

Por último, los atacantes obtuvieron una pequeña ventaja sobre los tracios de Butzes, a la izquierda. Atravesaron un puente y lograron desplegarse en el otro lado. Las tropas enemigas eran de auxiliares sarracenos, bien montados y feroces. Butzes luchó enérgicamente, pero el desenlace fue dudoso hasta que el escuadrón izquierdo de hunos masagetas, que, como el derecho, había sido llamado a las trincheras, acudió en su ayuda. Acababan de recibir una provisión de flechas persas que una multitud de niños de la ciudad había recogido apresuradamente en todas partes, atándolas en gavillas de cuarenta. Los sarracenos tuvieron que retirarse por el puente con cuantiosas pérdidas, y no habían tenido tiempo de reagruparse cuando Faras y su medio escuadrón de hérulos bajaron imprevistamente de la colina, atacándolos por la retaguardia. Se dice que los hombres de Faras mataron más enemigos, en proporción a su número, que cualquiera de las fuerzas que batallaron ese día. Ahora usaban sus espadones y, entre ellos, los tracios de Butzes y los hunos masagetas, la caballería persa de ese ala perdió tres mil hombres. Los supervivientes ~e retiraron al cuerpo principal; pero Butzes no tenía instrucciones de perseguirlos y regresó obedientemente a su trinchera.

Belisario llamó inmediatamente a los hunos masagetas y a los hombres de Faras.

Abrazó a Faras y concluyó la ceremonia de hermandad de sangre permitiendo a Faras sorber el tajo que una flecha le había abierto en el dorso de la mano. Estos magníficos combatientes se necesitaban ahora con urgencia en el otro flanco, a donde Firuz acababa de enviar a «Los Inmortales» -el Real Cuerpo de Caballería Pesada, formado por diez mil hombres- para que quebraran la defensa a toda costa. «Los Inmortales» lograron tomar dos puentes. Nuestra caballería, integrada en esa zona casi totalmente por armenios, se retiró lentamente, pero, de acuerdo con las instrucciones, en diagonal hacia la derecha. Esto dejó el campo libre para un vigoroso contraataque romano desde el centro. El escuadrón derecho de hunos masagetas, de nuevo a caballo y reunido con los compatriotas que acababan de triunfar en el ala izquierda y con los hérulos de Faras, y el incomparable Regimiento Personal de Belisario, salieron al trote largo, y luego al galope. La fuerza de la carga, que sorprendió a los persas por el flanco, fue tan demoledora que atravesó la columna, hendiéndola.

El general persa al mando de aquella ala era el tuerto Baresmanas, un primo del rey Cabades. Cabalgaba cómodamente con su plana mayor a la zaga de lo que él creía una victoriosa persecución de la desbaratada ala derecha romana, cuando, de pronto, de su lado ciego, oyó gritos y exclamaciones salvajes, y los hunos masagetas se abalanzaron sobre él con sus lanzas cortas y resistentes y blandiendo espadones. Estos hunos tenían buenas razones para odiar a Baresmanas, pues él era el general que les había arrebatado las tierras de pastoreo en el este. En venganza habían viajado muchos cientos de millas para alistarse en el ejército romano. Su jefe, Sunicas, embistió con la lanza al gran portaestandarte, que estaba unos pasos delante de Baresmanas, y lo hirió en el brazo levantado, de modo que el estandarte carmesí bordado con el León y el Sol se ladeó de golpe y cayó. Un aullido de furia y alarma, procedente de detrás, detuvo a «Los Inmortales» de delante; en cuanto vieron que el gran estandarte había caído, se precipitaron al rescate. Pero era demasiado tarde. Sunicas, ebrio de gloria, había buscado al mismo Baresmanas y lo había matado de un lanzazo en el costado, y ante ese espectáculo los persas de la retaguardia emprendieron la fuga. El cuerpo principal de «Los Inmortales» estaba ahora rodeado, pues los armenios se habían repuesto y de nuevo combatían fieramente; y cinco mil de estos nobles persas cayeron antes de que terminara el día.

Pronto, el flanco desprotegido de los persas se partió y retrocedió en tropel hacia Nisibis, y los reclutas de la infantería persa confirmaron la mala opinión que Belisario tenía de ellos arrojando los grandes escudos y las lanzas cuando el principal cuerpo romano los persiguió. Los reclutas romanos, aunque sólo entrenados en arquería, recogieron las lanzas caídas y jugaron a ser lanceros; las filas persas estaban tan desordenadas que aun ese torpe ataque ton lanzas transformó la retirada en pandemonio.

Pero Belisario no permitió que la persecución se prolongara más de una milla, pues tenía por principio no acosar al enemigo vencido al punto de la desesperación; la cual también había sido una máxima de Julio César. Así preservó la pureza de la victoria.

Era la primera vez en más de cien años que los romanos derrotaban decisivamente a un ejército persa; y habían luchado con una gran desventaja numérica. El gran estandarte de Baresmanas, teñido de sangre, fue recogido del campo de batalla, y Belisario lo envió a Justiniano junto con los despachos adornados con laurel que anunciaban la victoria.

El ejército persa no se recobró de la sorpresa y la humillación en mucho tiempo.

Sólo hubo escaramuzas el resto del año en esa región de la frontera, pues Belisario no podía arriesgarse a atacar Nisibis ni a intentar siquiera reconstruir el Castillo de Migdon. En cuanto a Firuz, Cabades lo acusó de cobardía y lo privó del listón dorado que usaba en el cabello como señal de alto rango.

Para ser más preciso en cuanto a los hunos. Hay muchas naciones de ellos, y ocupan todas las comarcas agrestes, al norte de los Imperios Romano y Persa, desde las montañas de los Cárpatos hasta China. Hay hunos blancos y hunos masagetas y hunos hérulos y hunos búlgaros y tártaros y muchos más. Todos tienen las mismas costumbres generales, excepto los hérulos, que se han convertido recientemente al cristianismo. Los hunos tienen tez trigueña, con ojos oblicuos y hundidos (siempre inflamados por el viento y el polvo), narices chatas, mejillas gordas, cabello lacio y negro que llevan corto por delante, trenzado sobre las orejas y largo detrás, pantorrillas pequeñas, brazos vigorosos, pies menudos vueltos hacia dentro. Navegan por el desierto como los marineros por el mar, en largas caravanas de carromatos cubiertos de paño negro. Sus caballos pueden galopar veinte millas sin detenerse, y recorrer cien millas en un solo día. De algunos carromatos cuelgan grandes cestos de mimbre forrados con fieltro negro, donde almacenan la totalidad de sus tesoros personales; y de otros cuelgan tiendas acampanadas del mismo material, que son sus únicos hogares. Yerran de pasto en pasto con el cambio de las estaciones; en un año recorren una distancia quizás equivalente a un viaje de ida y vuelta entre Constantinopla y Babilonia. Cada tribu y cada clan de cada tribu tiene sus propios pastos hereditarios. Casi todas sus guerras se originan en contiendas por derechos de pastoreo. En verano marchan al norte, siguiendo al pinzón de las nieves; en invierno regresan al sur. No trabajan la tierra, pero obtienen grano por trueque o como tributo de sus vecinos sedentarios. Su principal refresco es la leche de yegua, que ellos llaman kostnos y consumen fresca, o como leche de manteca, o como suero, como el embriagador kavasse. Detestan el agua. Comen todas las carnes, pero ellos sólo se abastecen de caza y carne de caballo, pues cerdos y bueyes morirían en el crudo viento de las estepas que recorren. Curan la carne secándola al sol y al viento, sin sal. Su afición por la carne de caballo los hace abominables para las gentes civilizadas.

Los hunos usan gorros de piel de zorro y en invierno se abrigan con dos chaquetones de piel, uno con la pelambre vuelta hacia afuera, el otro con la pelambre vuelta hacia dentro. El rango de un hombre se conoce por la clase de piel que viste: la persona ordinaria viste piel de perro o lobo; el noble, piel de marta. Los pantalones son de piel de cabra. En los puños llevan gerifaltes para la cetrería, mediante la cual cazan gran cantidad de gansos salvajes y otros animales. Su otro deporte principal es la lucha a caballo. Son muy belicosos; sin embargo, cuando dos hombres pelean, ningún tercero se atreve a intervenir para separarlos, ni siquiera el hermano ni el padre de un contendiente. El asesinato se castiga con la muerte (a menos que el asesino estuviera ebrio en el momento), y también la fornicación, el adulterio y el robo, y el orinar en la

hoguera de un campamento, y ofensas aún menores, a menos que se cometan fuera del clan o tribu o confederación de tribus, en cuyo caso todo está permitido. Son sucios por hábito, y no se lavan, sino que se embadurnan la cara con grasa de caballo. Adoran el cielo azul y tienen magos y, por temor a los malos espíritus, ninguno de sus enfermos puede recibir la visita de nadie, excepto de sus sirvientes. Los aterran el trueno y el rayo, y durante las tormentas se esconden en sus tiendas. El matrimonio se celebra mediante el rapto o el rapto fingido, y el hijo hereda todas las esposas del padre, salvo su propia madre. Sus armas, como he dicho, son arcos ligeros y flechas, y lanzas resistentes y espadones curvos. En batalla, los más nobles visten chaquetas de cuero acorazadas al frente con láminas superpuestas; mas no detrás, porque lo consideran cobardía.

Hablan una lengua casi ininteligile, y gorjean como pájaros.

La mayor parte vive en pie de guerra, tribu contra tribu y clan contra clan, pero ocasionalmente un noble llega a príncipe, sometiendo a muchos clanes, y lo llaman cham. Cuando surge un cham, ambos imperios deben cuidarse de las incursiones fronterizas.

Esto es todo en cuanto a los hunos.

LA BATALLA INNECESARIA

Esta victoria dio a mi ama Antonina ocasión de viajar a Daras: la Emperatriz Teodora la envió a Belisario con una carta de felicitación personal y presentes. Como era natural, el Emperador Justiniano también envió una carta y presentes, pero ignoraba que Teodora hacia lo mismo, pues ella no se lo había confiado. Las dos misiones partieron independientemente. Los presentes de Justiniano eran: un manto ceremonial exquisitamente trabajado con gruesas hebras de oro y perlas; y un misal iluminado encuadernado en marfil labrado; y una valiosa reliquia: el cuenco que usaba para mendigar el ciego San Bartimeo, a quien, de acuerdo con el evangelista Marcos, el Salvador devolvió la vista. Este cuenco, que Justiniano había recibido entre los tesoros de un monasterio recientemente cerrado a causa de su inmoralidad, era de madera de olivo agrisada por el tiempo. No estaba adornado, como suele ocurrir con esas reliquias, con metales preciosos y gemas, sino que era un simple cuenco como los que todavía usan los mendigos en los atrios de nuestras iglesias y en nuestras plazas. Alrededor del borde habían tallado las palabras griegas «Pobreza y Paciencia». En la carta, de puño y letra de Justiniano, había grandes alabanzas a la destreza militar de Belisario y a su lealtad a la causa imperial, y la exhortación a repetir sus actos gloriosos bendecidos por Dios, si alguna vez los paganos persas se atrevían nuevamente a violar nuestra frontera. Pero al mismo tiempo Justiniano aconsejaba la mayor economía en el ejército:

mientras continuara la presente escasez de soldados, la incitación a la paciencia tallada en la reliquia sagrada debía observarse religiosamente.

El representante de Justiniano en esta ocasión fue Narses, el chambelán. Frente a Lesbos, la nave en que él viajaba alcanzó a la nuestra, y Narses invitó cortésmente a mi ama a reunirse con él. Narses era un personaje pequeñín, de repulsiva fealdad; nativo de la Armenia persa, tenía fama de ser el hombre más sagaz de Constantinopla y era, desde luego, un eunuco. Mi traviesa ama, para aliviar el tedio del viaje, que duró tres semanas, empezó a acicatear a Narses llamándolo «traidor a su sexo». Pues, según oi que una noche le susurraba a su doncella, Macedonia:

-No muestra ninguna de las características típicas de un eunuco: lascivia, sentimentalismo, cobardía, amor por la controversia religiosa. No manifiesta la menor inclinación a peinarse el hermoso cabello rojizo ni a acariciarme los bonitos pies, y ni siquiera parece envidiar mi hermosura; que es el rasgo más sobresaliente de un eunuco.

(He omitido mencionar que, no sólo en virtud de los costosos tratamientos brindados por peluquero, quirópodo, manicura y demás, sino por sus dotes naturales, mi ama era conocida ahora como una de las tres mujeres más bellas de Constantinopla; y el primer lugar era desde

luego inalcanzable, pues estaba reservado para la Emperatriz.) Narses hablaba con gran sentido práctico del problema de la defensa fronteriza, y el reclutamiento y el aprovisionamiento, y cuando se dirigía a la escoha de guardias daba órdenes claras y abruptas en una muy buena imitación de la voz militar, lo cual hacía sonreír un poco a mi ama. Esa sonrisa ofendía a Narses, y se lo dijo con toda franqueza.

Ahora bien, los eunucos somos una característica sobresaliente de la ciNilización romana oriental, y cumplimos una función muy útil en ella. Mis historia personal fue excepcional, pues la mayor parte de los eunucos se importan cuando jóvenes de las costas del mar Negro, cerca de Cólquida, y se educan en una escuela palaciega especial en las tareas de Servicio Civil Imperial, que está casi totalmente controlado por eunucos. Nuestros Emperadores aprendieron de la corte persa que, como los eunucos no pueden aspirar al trono ni fundar familias peligrosamente poderosas, no hay riesgo en conferirles el honor de la confianza real y utilizarlos como protección contra la posible usurpación del trono por nobles eminentes unidos en una conspiración. En general, los eunucos son funcionarios más dóciles, leales e industriosos que sus colegas no castrados, y su estrechez mental en asuntos de rutina -una característica innegable- es una importante fuerza conservadora. Por lo tanto, hace tiempo que las familias acaudaladas de clase media con hijos varones suficientes para perpetuar la descendencia tienen por costumbre castrar deliberadamente a uno de los ¡menores y consagrarlo a una carrera provechosa en el Servicio Civil. También a los bastardos de los Emperadores, o de sus hijos e hijas, se los suele castrar, para hacer de ellos ciudadanos útiles e impedir que aspiren al trono. Tampoco se les prohíbe el sacerdocio, como ocurría en tiempos paganos con todas las órdenes, excepto la de los sacerdotes de Atis de la Madre Cibeles. El mismo Patriarca de la ciudad es con frecuencia uno de nosotros.

Así, ser eunuco es, al menos en el sentido mundano, más una ventaja que una desventaja, como también puede verse comparando precios en el mercado de esclavos.

Un esclavo doméstico eunuco cuesta tres veces más que uno sin castrar; vale apenas un poco menos que un médico doméstico con experiencia o un artesano habilidoso.

Pero un eunuco rara vez es feliz, pues la operación casi siempre se realiza antes de la pubertad, y él imagina en secreto que ser un hombre entero es algo muy especial; cuando menos porque los hombres enteros suelen mofarse de los eunucos y jurar que preferirían ser ciegos o mudos o sordos, o las tres cosas a la vez, antes que verse privados del dulce y gozoso acto del amor. Naturalmente, el eunuco tiene una respuesta pronta para tales alardes: que el sexo es locura y nunca trajo demasiada suerte a nadie.

Pero en lo intimo lo confieso, es propenso a sentir envidia por el hombre capaz de llevarse una mujer a la cama y hacer algo más que abrazarla como hermana y besarle castamente los ojos.

Mi ama Antonina me dijo una vez:

-Por mi parte, querido Eugenio, si no fuera mujer preferiría ser eunuco que hombre; pues a los hombres les cuesta encontrar un término medio, en lo sexual, entre la lubricidad y el ascetismo. Siempre he entendido el hecho de que la Iglesia abrigue tantas sospechas y predique tan groseramente contra nosotras desde los púlpitos, líamándonos tentadoras y destructoras, como una indirecta confesión de que los hombres envidian la serenidad de las mujeres. Y el eunuco goza hasta cierto punto de esta serenidad, y gozaría de ella más plenamente de no ser por las burlas de los no castrados, sólo felices a medias. En este contexto, Eugenio, tendrías que considerar la fábula de Esopo: la del zorro que perdió la cola en una trampa y trató de persuadir a los otros gorros de lo conveniente de esa mutilación. Se burlaron de él, diciendo que pensaba así sólo porque él estaba mutilado. Se cuenta que Esopo fue un eunuco doméstico como tú. La moraleja implícita en la fábula no es, pues, la que se deduce habitualmente, o sea que el mal compartido se sobrelleva mejor (como ocurre, por ejemplo, con los monjes, que habiendo perdido la libertad con sus estrictos votos, tratan de persuadir a sus viejos amigos de que hagan lo mismo). No, la moraleja se refiere más bien a la imposibilidad de llegar a una decisión lógica

en cuanto a la cuestión de si los hombres son más felices con o sin su plena potencia sexual.~Por mi parte, me alegra ser mujer y no estar personalmente enredada en la controversia.

Mi ama le dijo a Narses una cosa muy similar. Él había replicado serenamente a su chanza y le había contado la historia de su vida, que explicaba por qué no estaba satisfecho de su condición sexual. Lo habían capturado en batalla cuando tenía once años, y a esa tierna edad ya había matado a un hombre con su pequeña espada, pues descendía de una célebre familia militar de Armenia. Detestaba las funciones burocráticas, dijo, y esperaba algún día persuadir al Emperador de que le otorgara un mando militar; había estudiado estrategia y táctica toda la vida, intensamente, y si tan sólo le daban la oportunidad creía que algún día la gratitud podía ganarle regalos tan magníficos como los que ahora llevaba a Belisario, o quizá mejores.

Es bien sabido que casi todo el mundo está descontento con su oficio o profesión.

Al granjero le gustaría ser emperador, al emperador le gustaría plantar coles; el enjuto capitán de un navío comercial envidia al rechoncho propietario de una taberna, quien le corresponde el sentimiento, descontento con su vida sedentaria. Pero no es prudente reírse de esos hombres cuando expresan su insatisfacción confidencialmente: mi ama había aprendido esta regla de cautela cuando trabajaba en su establecimiento, en los viejos tiempos. De modo que fingió comprender que se había equivocado al dirigirse a Narses como un ordinario y medroso eunuco de Cólquida, y simpatizar con su descontento. Si alguna vez lo recompensaban por sus grandes servicios al estado mediante una importante designación militar, ella seria la primera en congratularlo, declaró, y desearle éxito. El resto del viaje lo pasaron en paz, e hicieron buenas migas. Una riña, una disculpa y una reconciliación son introducciones a la amistad tan propicias como cualquier otra. Pero podéis imaginar que mi ama no tomaba muy en serio las ambiciones militares de Narses, aun cuando éste demostró, en su conversación con los dos capitanes de la Guardia que mandaban su escolta y la de ella, que sabia mucho más que ellos sobre el aspecto teórico de la profesión militar. Pues aunque quizá hubiera matado un hombre con su pequeña espada a los once años, habían pasado cuarenta y nueve años, y desde entonces apenas había salido de palacio; donde por largo tiempo, hasta que se completó su educación, había trabajado en un telar en compañía de mujeres.

Recorrimos por mar la primera parte del trayecto, en un navío de guerra trirreme.

Era un viaje agradable pero monótono, frente a las verdes colinas y blancas ciudades de costumbre. Cuando al fin desembarcamos en Seleucia y llegamos por tierra a Antioquía, me alegró ver con cuánta rapidez se estaban reparando los daños causados por el terremoto: era de nuevo nuestra querida, hormigueante, lujosa Antioquía. Narses y mi ama fueron recibidos por el Senado local y los funcionarios de la facción Azul, quienes trataron muy amablemente a mi ama, a lo que ella correspondió del mismo modo. Luego tomamos la carretera empedrada de Zeugma, famosa por su puente de pontones, a ciento veinte millas; desde allí son otras doscientas millas, aunque principalmente por una campiña fértil irrigada por cuatro tributarios principales del Éufrates, hasta Daras y la frontera. Viajábamos en calesines de posta y el calor era aplastante, pese a los toldos y el trote vivaz de las jacas. Desde Edesa, donde nos detuvimos dos días, enviamos jinetes veloces para que anunciaran nuestro arribo.

Cuando llegamos a Daras, la etiqueta exigía que las cartas no fueran entregadas directamente a Belisario (ni al maestro de oficios, quien también fue honrado con una misiva del Emperador), sino a sus domésticos. Mi ama lamentó muchísimo esa circunstancia, pues conocía el contenido de la carta de Teodora, que había sido escrita en su presencia. Habría dado mucho por ver la cara de Belisario mientras él leía. Decía lo siguiente:

«Teodora Augusta, esposa de Justiniano, Vicerregente de Dios y Emperador de los romanos, al Ilustre Patricio Belisario, Comandante de los Victoriosos Ejércitos de Oriente: ¡salve!

»Han llegado nuevas a mi real esposo, el Emperador, y a mi, de tu merecida victoria sobre los persas. Ahora ocupas un sitial entre los héroes del pasado, y te alabamos, pues nos has beneficiado grandemente, y te deseamos felicidad. Dos de los presentes del Emperador, el

cuenco y el misal, honran tu temperamento religioso, y el tercero, el manto, es un adelanto del aprecio con que serás visto en nuestra corte cuando regreses de tu deber y tus victorias. Pláceme pues -ya que los presentes de una dama a un servidor deberían complementar los regalados por su señor- enviarte otras tres dádivas por mano de mi leal camarera, de las cuales podrás derivar clases muy diferentes de placer. El primero de ellos lo he elegido porque luce tu insignia personal y es además el más excelente de su raza en nuestros dominios; el segundo te lo envio porque tu botín hará que lo necesites; y en cuanto al tercero es un regalo que no se puede evaluar en rubíes, y me disgustaré muchísimo si cometes la irreverencia de rechazarlo. Pues es característico de Teodora que en su gratitud siempre otorgue lo mejor. Salud.» Belisario comunicó que los representantes de Sus Majestades eran bienvenidos, e inmediatamente recibió a Narses y a mi ama en el tribunal fresco y abovedado donde dispensaba disciplina y celebraba audiencias diarias con sus subordinados y aliados.

Narses entró primero, como emisario del Emperador. Al parecer, Belisario lo saludó afablemente, preguntando primero por la salud de Sus Majestades y los principales senadores y pidiendo luego noticias sobre los asuntos de la ciudad y del Imperio. Bebieron juntos una copa de vino en el tribunal, y Narses lo tanteó con preguntas sobre Jos pormenores de la batalla. Belisario no le respondió con arrogancia, como a un mero eunuco de palacio, sino respetuosa y detalladamente, midiendo cada palabra. Narses quiso saber por qué Belisario había hecho desmontar temporalmente a los hunos masasetas para defender la trinchera central. Belisario respondió: porque el ataque era for~iddable, y nada envalentona tanto a infantes apiñados («los limpiadores de letrinas», los llamaban a veces desdeñosamente, a causa de las muchas tareas ingratas que tienen que realizar) como ver que camaradas a caballo renuncian noblemente a su ocasión de huir y dejan sus caballos tras las filas, al cuidado de palafreneros, para pelear con espada y lanza sobre sus propias piernas.

Luego, los regalos del Emperador fueron entregados, admirados y agradecidos; y pronto Narses se inclinó y se retiró.

Entretanto, mi ama Antonina estaba sentada en la antesala del extremo del salón, y Rufino, quien era ahora el portaestandarte de Belisario, la atendía muy amablemente.

Pero ella respondía a sus corteses comentarios con frases confusas y azarosas, pues, por una vez en la vida, no las tenía todas consigo. El asunto había parecido simple y seguro cuando Teodora y ella lo habían comentado en palacio, pero ahora, cuando se levantó ante la llamada desde el tribunal, le temblaban las piernas y tenía la garganta seca.

Se detuvo en mitad del salón e indicó a los guardias que llevaran el primero de los tres regalos de Teodora, que era un alto y fogoso semental bayo de tres años con una mancha blanca en la frente y manchas blancas encima de los cascos. A estas marcas se refería Teodora al escribir que el primer regalo lucía la insignia personal de Belisario. Un murmullo triunfal corrió entre los coraceros del Regimiento, que estaban alineados rígidamente a lo largo de las paredes del salón con las lanzas erguidas a los costados, y de todos los oficiales de caballería que rodeaban el tribunal. Mi ama oyó que Rufino, que estaba cerca de ella, murmuraba para sus adentros:

-Este regalo de la Emperatriz sobrepasa en mucho a los tres del Emperador.

Pues era en verdad un animal magnifico, de la célebre raza tracia que menciona el poeta Virgilio en el libro quinto de su Eneida.

El semental fue conducido al establo, y mi ama Antonina ordenó la entrega del segundo presente. Mi ama había temido que no llegara a tiempo, aunque lo habíamos enviado desde Antioquía apenas desembarcamos y lo habíamos alcanzado a un día de Edesa; pero aquí estaba: una partida de quinientas armaduras completas, de la fábrica de armas de Adrianópolis. Teodora sabía que el botín de Belisario incluía un gran numero de caballos persas, y dedujo atinadamente que enrolaría en sus nuevas fuerzas a los más recios entre los tres mil prisioneros capturados y los haría coraceros. Pero las armaduras persas que le habían caído en las manos no eran adecuadas, por ser demasiado delgadas y complicadas para el campo de batalla; de modo

que estas quinientas armaduras eran una dádiva más que bienvenida. De nuevo se elevó un murmullo triunfal, pues se vio que todos los yelmos de acero tenían penachos blancos. La Emperatriz, obviamente, conocía el arte de escoger presentes adecuados.

Por último mi ama se armó de coraje y dijo:

-En cuanto al tercer regalo, ilustre Belisario, debe, por orden de Su Esplendor, mi Real Señora, serte entregado en privado.

Belisario no la había reconocido, pensó Antonina, pues dijo con voz distante y natural:

-Como lo desee mi benefactora. Pero os ruego no os retiréis, señores y caballeros.

Quizá la ilustre camarera imperial me conceda la gracia de esperarme en la antesala de la cual acaba de salir, y entregarme el tercer presente allí, en la intimidad que ha requerido su Gloriosa Señora.

Mi ama Antonina hizo una reverencia y se retiró a la antesala, y enseguida él entró y cerró la puerta.

Se quedaron mirándose sin hablar, hasta que al fin ella dijo en voz baja:

-Soy yo, Antonina. ¿Me recuerdas.., la bailarina del banquete que tu tío Modesto ofreció en Adrianópolis?

Onunca la había olvidado o el recuerdo volvió de golpe a su memoria.

-Y éste soy yo, Belisario -respondió. Le aferró las manos y tomó el tercer regalo.

Luego dijo-: Di a tu Real Señora que nunca, en mi opinión, en todo el curso de la Historia, una Emperatriz ha dado a un súbdito regalos tan bienvenidos, y que los acepto con afectuosa admiración ante su prodigiosa adivinación de mis necesidades y deseos.

Pero, oh dulce Antonina, dile que el goce del tercer regalo, inconmensurablemente el mejor de los tres, debe postergarse hasta que regrese de la guerra; pues debo guardar un voto.

-¿Qué voto es ése, mi querido Belisario? -le preguntó ella.

-Mis oficiales y soldados -repuso él- han jurado sobre los Evangelios, y yo con ellos, que no se afeitarán, ni caerán en el pecado de ebriedad, ni tomarán esposa ni concubina mientras permanezcan aquí en servicio activo contra los persas.

-¿No podrías apelar al Patriarca pidiendo una dispensa? -preguntó ella.

-Podría, pero no lo haré por deferencia a los otros, quienes seguirán atados a su voto. Mi querida Antonina, cuya imagen me ha rondado el corazón estos quince años, sé paciente y espera. Saber que cuando regrese a la ciudad me estará esperando la mayor recompensa del mundo apresurará, por cierto, el retorno victorioso que me ha deseado el Emperador.

Aunque mi ama Antonina no podía presionarlo en una cuestión relacionada con el honor, tampoco pudo ocultar su decepción.

-Oh, Belisario -preguntó-, ¿estás seguro de que no es una excusa para ganar tiempo? -Pero esto era pura retórica, pues jamás el deleite había estado mejor pintado en el rostro de un hombre.

Belisario y mi ama regresaron al salón, y ambos retomaron su aspecto y su tono oficiales. Belisario llamó a Narses, y los invitó a él y mi ama, junto con los oficiales de la escolta, a un festín con él y a su plana mayor esa noche. Mi ama no tuvo más oportunidades de hablar con Belisario en privado, y ambos se cuidaron de no revelar por palabras ni por gestos el gran amor que se profesaban. El banquete fue una celebración sobria, a causa del voto de templanza que casi todos los presentes habían hecho, y porque los manjares no eran fáciles de conseguir en Daras. A la mañana siguiente, Narses y Antonina regresaron a la ciudad, provistos de cartas de humilde gratitud para la pareja imperial. Pero Narses había intuido el secreto de mi ama, y le susurró en cuanto estuvieron sentados a solas en un calesín.

-¡Ojalá él se regocije tanto en tu amor, Ilustrísima Dama, como tú en el suyo!

Mi ama respondió con palabras que le agradaron tanto como las de él a ella:

-Y ojalá, distinguido chambelán, tengas tanto éxito cuando el manto púrpura de general te cuelgue de los hombros como todos estos años mientras vestías las rígidas sedas carmesíes de tu puesto palaciego.

Cuando estuvimos de vuelta en Constantinopla mi ama se encontró con dos cartas de Belisario que habían llegado por una ruta más rápida. Estaban escritas en un lenguaje tan sencillo, elegante y revelador de una fogosidad tan honesta que, dado que este amor no sólo contaba con la aprobación sino con el firme respaldo de las órdenes imperiales, Antonina quebró un principio de toda su vida y confió a la escritura sus sentimientos amorosos. Se escribieron veintenas de largas cartas hasta que él regresó, unos dieciocho meses más tarde.

La siguiente fase de la guerra fue la invasión persa de la Armenia romana; pero Sittas, el ex camarada de Belisario, ahora cuñado de Teodora, la contuvo enérgicamente. El nombre de Roma era ahora más respetado que antes, y varios armenios cristianos del lado persa no tardaron en desertar, uniéndose a los ejércitos imperiales. Cabades perdió asimismo los ingresos de la mina de oro de Farangio, una localidad situada en un cañón rico pero casi inaccesible en la frontera entre ambas Armenias; pues el ingeniero principal de la mina optó por poner la ciudad y las minas bajo protección romana.

Cabades, con la obstinación de la vejez, rehusó retirar sus tropas de las inmediaciones de Daras, aunque Justiniano le envió una embajada para reanudar las negociaciones de paz. Cada bando trataba de achacar al otro la responsabilidad moral del conflicto. Cabades dijo al embajador romano que los persas se habían portado muy dignamente al capturar y guarnecer las Puertas del Caspio, las cuales el Emperador Anastasio se había negado a comprar al propietario siquiera a un precio nominal, pues al actuar así habían protegido tanto al Imperio Romano como al Persa de la invasión bárbara. La guarnición era costosa de mantener, y en verdad correspondía a Justiniano pagar la mitad de los gastos o, si lo prefería, enviar un destacamento de tropas romanas suficientes para suplantar a la mitad de la guarnición persa.

Luego, el rey y el embajador discutieron la ruptura de un antiguo tratado relacionado con fortificaciones de frontera. La fortificación romana de Daras, recalcó Cabades, había hecho estratégicamente necesario para los persas mantener una fuerte guarnición fronteriza en Nisibis; y también esto era un gravamen injusto sobre los recursos de su país, y eran demasiadas injusticias para que él las tolerara. Ofrecía a Justiniano tres posibilidades para elegir: contribuir a la defensa de las Puertas del Caspio, desmantelar las fortificaciones de Daras o reanudar la guerra. El embajador entendió que el rey insinuaba que un tributo en dinero, especiosamente disfrazado como contribución a la defensa común contra la amenaza bárbara, pondría fin al conflicto.

Justiniano no podía decidir si ofrecer o no un tributo en dinero. Mientras deliberaba, Cabades fue visitado por el rey de los sarracenos, su aliado, quien le presentó un plan para infligir un golpe severo a los romanos. El sarraceno era un anciano alto, delgado, enérgico, cuya corte estaba en Hira, en el desierto, y que durante cincuenta años había estado asolando los territorios romanos entre las fronteras egipcia y mesopotámica. De pronto, surgía del desierto con una fuerza de pocos centenares de jinetes, saqueaba, incendiaba, mataba, tomaba prisioneros -a veces miles de ellos- y luego desaparecía tan repentinamente como había aparecido. Se habían emprendido varias expediciones punitivas contra él, pero ninguna había tenido éxito, pues el arte de la guerra en el desierto sólo lo entienden quienes han nacido en el desierto. Había aislado y capturado a dos numerosas columnas romanas que operaban contra él y exigía un rescate por sus oficiales.

Este viejo rey, pues, explicó a Cabades que, en vez de realizar las habituales campañas entre las fuentes del Éufrates y el Tigris, donde los romanos tenían varias ciudades amuralladas en que refugiarse ante un ataque, tomaría una ruta meridional, jamás seguida por ningún ejército persa,

a lo largo del Éufrates. En el punto donde el curso del río vira del Oeste al norte, se internaría en el desierto sirio. Pues aquí, más allá del desierto, los romanos, confiados en la defensa natural de arenas y rocas sin agua, habían construido pocas fortificaciones, y éstas estaban custodiadas por tropas indignas de ese nombre. Si atacaban impetuosamente, tomarían Antioquía sin lucha, porque - su comentario estaba justificado- Antioquía es la ciudad más frívola de todo Oriente, pues sus habitantes se interesan sólo en cuatro cosas: el vino, el amor sexual, la política del Hipódromo y la controversia religiosa. (El comercio no es un interés, sino una ingrata necesidad a la cual se someten para obtener los fondos necesarios para dedicarse activamente a sus cuatro intereses principales.) ¡Qué ciudad magnífica para el pillaje! Y los atacantes podrían regresar sanos y salvos con sus despojos mucho antes que pudieran llegar refuerzos de la Mesopotamia romana.

Cabades se interesó, pero demostró escepticismo. Si ningún ejército persa del pasado había encontrado practicable esa ruta, ¿qué había alterado esa condición? ¿Cómo se mantendría un ejército no acostumbrado a padecer temporalmente el hambre y la sed en un desierto reseco y sin hierba para los caballos?

A la primera pregunta, el rey de los sarracenos respondió que hasta el momento el gran rey nunca había requerido el consejo de un sarraceno experimentado. En cuanto a la segunda pregunta: la fuerza persa tendría que pertenecer exclusivamente a la caballería ligera -la infantería y la caballería pesada quedaban descartadas- y emprendería la expedición en primavera, cuando hubiese hierba en abundancia, incluso en el desierto más agreste, para quienes supieran buscarla; y viajaría con pocos pertrechos; y los sarracenos estarían esperándola en un punto del río, dentro de los territorios romanos, con alimentos y agua suficientes para la etapa final y más ardua del viaje.

Cabades se dejó persuadir por el rey de los sarracenos, aunque los sarracenos son una raza célebre por su deslealtad; pues sin duda no podía tener más motivo para hacer estas sugerencias que el de obtener la ayuda persa en una expedición provechosa que por su magnitud él no podría emprender a solas. Cabades sólo necesitaba cuidarse de una traición durante el viaje de regreso, y por lo tanto insistió en que el rey de los sarracenos dejara a sus dos hijos y sus dos nietos como rehenes en la corte persa de Susa hasta el final de la campaña. El sarraceno accedió, y para marzo del año siguiente -el inmediato al de la batalla de Daras- ya se habían completado los preparativos. La expedición se reunió en Tesifonte de Asiria: quince mil hombres al mando del inteligente general persa Azaret.

Cruzaron el Éufrates más allá de la ciudad de Babilonia y continuaron a lo largo de la orilla meridional por parajes deshabitados, hasta llegar al puesto fronterizo romano de Circesio, donde sólo había unos pocos policías aduaneros. Desde allí avanzaron rápidamente por la carretera romana, la cual, después de seguir el río durante cien millas, dobla al sur hacia Palmira y Damasco. Allí se reunieron con una numerosa fuerza sarracena al mando de su rey, quien dijo a Azaret que la ruta atravesaba en línea recta el desierto hasta-.Calcis, una ciudad amurallada que era prácticamente el único obstáculo que encontrarían entre ellos y Antioquía, ya la que tampoco podía considerarse como un obstáculo, pues tenía una guarnición de sólo doscientos hombres. Azaret no confiaba en los sarracenos, aunque habían traído la cantidad de provisiones estipulada. Por lo tanto, esperó a que los exploradores, que se habían adelantado con escolta sarracena, confirmaran que en el desierto abundaban las tierras de pastoreo y ninguna emboscada los esperaba del otro lado.

Pero permitirse esta demora significaba subestimar la energía de Belisario, quien recientemente había introducido un sistema de comunicación con vigías, con señales de humo convenidas, como protección contra las incursiones fronterizas. Una hora después de la llegada de los persas a Circesio, a doscientas millas del desierto meriodional, Belisario ya estaba enterado en Daras de la cantidad y composición de sus fuerzas, y había tomado una decisión. Dejando guarniciones pequeñas en Daras y las otras ciudades de frontera, avanzó a marchas forzadas en auxilio de Antioquía, a la cabeza de todas las tropas entrenadas que pudo reunir en tan poco

tiempo, que no ascendían a más de ocho mil hombres; pero durante la marcha se le unieron refuerzos que sumaron ocho mil hombres más. Tomó la carretera del sur, por Carras (célebre por la aplastante derrota que los persas infligieron a Craso, colega de Julio César) y con sus principales fuerzas de caballería logró llegar a Calcis, a trescientas millas, en siete días, justo a tiempo para guarnecer las fortificaciones. Era una carrera enconada, pues, para llegar a Calcis, a Azaret sólo le faltaba medio día de marcha por el desierto, por las mismas rocas en que San Jerónimo y sus demenciales y ascéticos compañeros vivieron una vez como feroces escorpiones, adorando a Dios, por cierto, pero rechazando ingratamente cuanto Dios había creado de bello y agradable. En la misma mañana se reunieron con Belisario cinco mil jinetes árabes del desierto septentrional de Siria, donde estaban pastoreando sus caballos. Eran súbditos del rey Harith ibn Gabala, de Bostra, en Transjordania, a quien Justiniano pagaba una suma anual en oro, a condición de que frenara las incursiones sarracenas en Siria. Pero estos árabes no eran soldados de fiar, y se sospechaba que el rey Harith andaba en tratos con los sarracenos, pues cada vez que se producía una incursión sarracena, sus hombres llegaban siempre con dos o tres días de retraso; pero Belisario se alegró de tenerlos consigo, porque en ausencia de su infantería, que aún estaba en camino, aumentaban su tropa a veintiún mil hombres.

Azaret se disgutó consigo mismo cuando el cuerpo principal de su vanguardia, en marcha hacia Calcis, fue rechazado por una carga de caballería romana. Había dejado pasar su oportunidad, y ahora no podría llegar a Antioquía sin arriesgarse a librar una batalla con el mismo general y las mismas tropas que habían peleado tan bien en Daras.

Si lo derrotaban a esa distancia de la frontera, y en el lado desfavorable del desierto sirio, era improbable que un solo persa sobreviviera al viaje de regreso. Los sarracenos salvarían el propio pellejo, perdiéndose en el desierto que tan bien conocían. Aun cuando lo derrotase, quizá no lograra impedir que Belisario se refugiara con los supervivientes de su ejército tras las murallas de Calcis. Seria peligroso seguir viaje a Antioquía dejando Calcis sin capturar en la retaguardia, y con refuerzos romanos en camino.

De modo que tomó la sabia decisión de desandar el camino, sin ganancias ni pérdidas, mientras aún tenía provisiones y el tiempo era benigno. Se consoló con la reflexión de que aunque hubiera llegado a Calcis antes que Belisario, y hubiera seguido rumbo a Antioquía, y la hubiera saqueado, sus fuerzas -especialmente los sarracenos- habrían sido desorganizadas por la victoria, y Belisario lo habría interceptado durante el regreso, con la ventaja de elegir también ahora el terreno y pelear a la defensiva, como en Daras. El rey de los sarracenos admitió que la retirada era ahora la única posibilidad; no se atrevía a dividir sus propias fuerzas en pequeñas partidas de merodeadores y lanzarse al sur en busca de pillaje, por miedo a que Azaret informara a Cabades que lo habían abandonado, y a que Cabades hiciera ejecutar a sus rehenes sarracenos. De modo que persas y sarracenos volvieron grupas y regresaron a su patria, y Belisario los siguió de cerca para cerciorarse de que no dieran la vuelta y se internaran de nuevo en Siria por otra ruta. Ninguno de ambos ejércitos apuró el paso ni intentó hostilidades contra el otro. Belisario seguía a Azaret a un día de distancia y acampaba cada noche en un sitio abandonado por Azaret en la mañana. Mantenía una vigilancia estricta en los flancos y la retaguardia, por si los sarracenos decidían atacar por sorpresa.

Era 17 de abril, y Jueves Santo, el aniversario de la crucifixión de Jesús. La fiesta de la Pascua, en que dicen que Él se levantó de entre los muertos, se celebraría dos días más tarde. Los persas habían vuelto a la orilla del Éufrates y marcharon por allí cincuenta millas, hasta el sitio en que la carretera de Damasco y Palmira dobla hacia el río. Era obvio que no habían fraguado ningún plan alternativo y continuarían su marcha de regreso a lo largo del río. Ahora bien: en Calcis, Belisario había recriminado severamente al comandante de su vanguardia por atacar al enemigo sin que se lo ordenaran, echando a perder un plan táctico con el cual debían encerrar a todo el ejército persa; y le habría quitado el mando si no hubiera intercedido el maestre de oficios.

Como Belisario, al parecer, desalentaba el ánimo ofensivo de sus hombres y no procuraba hostigar al enemigo en retirada, los más deslenguados del ejército lo tildaban de cobarde; pero, por el momento, sólo a sus espaldas.

Entonces, el fanatismo cristiano de la Pascua, que siempre se celebra con un gran banquete después de cuarenta días de vida frugal y uno o dos ayunos completos, fue más fuerte que ellos. Exigieron que los condujeran contra los persas para poder obtener una victoria contundente como celebración del Domingo de Pascua, el día más afortunado de todo el año. Esa noche, Belisario entró en la pequeña ciudad de Sura; pero los persas, que no parecían tener ninguna prisa por regresar a su patria, habían avanzado tan despacio que parte de su infantería había alcanzado ya a la caballería.

Estos batallones no habían llegado a Calcis, sino que habían cortado camino a lo largo del Éufrates, virando al sur desde la carretera de Carras. Su llegada fue la señal que renovó los ánimos beligerantes: se dijo que, con veinte mil hombres, Belisario no tenía derecho a evitar una batalla con un enemigo desanimado y fatigado.

A la mañana siguiente, varios oficiales se presentaron a Belisario y le informaron que los hombres ponían en tela de juicio su coraje y su lealtad, y que ya era imposible reprimir sus ansias de retar al enemigo. Si intentaba contenerlos de nuevo, era probable que estallara un motín.

Belisario quedó azorado. Explicó que tenía que obedecer las órdenes expresas de Justiniano de eludir todas las pérdidas innecesarias. El maestre de oficios apoyó este punto de vista; pero no pudieron persuadir a los oficiales.

Entonces, Belisario ordenó que se tocaran las trompetas llamando a una reunión general, y se dirigió a las tropas de este modo:

-¡Hombres de las fuerzas imperiales y aliadas! ¿Qué mosca os ha picado para enviarme a vuestros oficiales con una solicitud extravagante? ¿No sabéis lo que os conviene? He aquí que los persas, que penetraron en nuestro territorio con toda la intención de saquear la gran ciudad de Antioquía, gracias a nuestra rápida acción se ven ahora obligados a retirarse con las manos vacías y el rabo entre las piernas, de vuelta a su patria. «No espolees al caballo dócil», es un proverbio de mérito reconocido, como lo saben nuestros jinetes, y es aplicable a esta ocasión, especialmente cuando se lo asocia con el proverbio «No tientes a la suerte». Eso, en cuanto a la sabiduría mundana; pero permitidme recordaros en vuestro entusiasmo cristiano que las Escrituras nos exhortan estrictamente a no matar. Esto se interpreta, me apresurare a deciros, como una prohibición contra las matanzas innecesarias, pues de lo contrario nos estaría vedado servir como soldados, aun en defensa de nuestro país. Pero debo pediros que reflexionéis si la batalla que deseáis entablar no cae precisamente bajo el rótulo de matanza innecesaria; pues en mi opinión nada la justifica. La victoria más completa y venturosa es ésta: frustrar los planes del enemigo sin sufrir pérdidas materiales ni morales. Y esa victoria ya es nuestra. Si obligamos a los persas a pelear, no aceleraremos su retirada en un solo día, aunque triunfemos; mientras que si nos derrotan... Aquí debo pediros que recordéis que la Providencia es más clemente con quienes caen en peligros que no han elegido que con quienes los buscan deliberadamente. ¡Recordad que no podemos darnos el lujo de una derrota! Una última palabra:

sabéis bien que hasta una rata es capaz de luchar fieramente cuando la acorralan, y de ninguna manera conviene subestimar a estos persas llamándolos ratas. Más aún, hoy es sábado de Pascua y todos vosotros, excepto los árabes, que adoran demonios, y los hunos masagetas, que adoran el cielo azul, habéis ayunado desde anoche a primera hora y debéis seguir ayunando durante veinticuatro horas. Los que han ayunado no están en condiciones óptimas para luchar, especialmente a pie. Prefiero no recordaros, infantes, que habéis marchado trescientas millas en veinte días, una hazaña magnífica pero agotadora, y que varios batallones de los más lentos están aún en camino.

Pero se negaron a escucharlo y le aullaron «Cobarde» y «Traidor«, manifestaciones a las que se plegaron incluso algunos oficiales.

Belisario cambió de tono y les dijo que se alegraba ante tanta confianza y coraje, y que si algún buen ángel los urgía a la batalla, quizá fuese una impiedad de su parte contenerlos; y que podrían confiar en que los conduciría vigorosamente contra sus enemigos hereditarios.

Partió apresuradamente de Sura y alcanzó a los persas a mediodía; y hostigando a la retaguardia con flechazos constantes obligó a Azaret a volverse y pelear. El río estaba a la izquierda de los romanos; y en la ribera opuesta, río abajo, estaba la ciudad comercial romana de Calinico. Entre el río de caudal reducido y las grandes barrancas que lo contienen en la época de las inundaciones había un espacio de pocos cientos de yardas; allí se libró la batalla.

Fue una batalla muy sangrienta, y empezó con el acostumbrado intercambio de flechas. Belisario había puesto la infantería a la izquierda, con el río como flanco defensiyo, y el rey árabe Harith en la extrema derecha, en el empinado barranco. Él se situó en el centro, con su caballería. Azaret opuso los sarracenos a los árabes del rey Harith, pues son de la misma raza, y ocupó el centro y la derecha. Los persas disparaban dos flechas por cada una de los romanos; pero como los arcos romanos eran más rígidos y tensos, y como la armadura persa era más ornamental que defensiva, los persas sufrieron el doble de bajas que los romanos en estos enfrentamientos.

Transcurría la tarde y ninguno de ambos bandos aventajaba al otro, cuando Azaret, de pronto, guió dos escuadrones de su mejor caballería río arriba, contra el rey Harith.

Los árabes emprendieron la fuga, que es la táctica acostumbrada de estos luchadores del desierto ante una carga, y así dejaron expuesto el centro romano. Azaret, en vez de perseguir a los árabes, volvió grupas hacia la retaguardia del centro romano, y lo quebró. Unos pocos escuadrones de caballería, especialmente los hunos masagetas y los coraceros de Belisario, se mantuvieron firmes e infligieron severas pérdidas al enemigo; pero el resto se precipitó hacia el río y nadó hacia un grupo de islas arenosas cerca de la costa, donde estaban a salvo de la persecución. Los árabes no intentaron reintegrarse a la batalla, sino que cabalgaron deprisa, regresando a sus tiendas del desierto.

La infantería romana consistía en parte en esos reclutas bisoños del sur de Asia Menor a quienes Belisario había adiestrado como arqueros, y en parte en lanceros veteranos. Los primeros fueron destrozados sin siquiera intentar usar las espadas que llevaban; y no sabían nadar. Estos eran los hombres que en Sura habían gritado más pidiendo batalla. Pero Belisario reagrupó a los lanceros y los formó en semicírculo de espaldas al río; y con los supervivientes de su propio escuadrón, apeándose, logró contener los ataques persas hasta el anochecer. Eran sólo tres mil hombres, debilitados por la falta de alimentos, contra todo el ejército persa; pero la fila frontal, hincada sobre una rodilla, formaba una barricada rígida e imbatible con los escudos, detrás de los cuales sus camaradas peleaban con lanzas y jabalinas. Una y otra vez, la caballería persa cargó, pero Belisario ordenaba a sus hombres que unieran los escudos y gritaran al unísono, para encabritar a los caballos y sembrar confusión.

Cuando cayó la noche, los persas se retiraron a su campamento, y un carguero de Calínico transportó a Belisario y sus compañeros por grupos hasta las islas, donde pasaron la noche. Al día siguiente aparecieron más embarcaciones, y lo que quedaba del ejército romano fue trasladado a Calinico, los caballos a nado. Allí se celebró la Fiesta de Pascua, pero con poco júbilo: los cristianos más ignorantes e imbéciles explicaban la derrota diciendo que Dios moría cada día de la Crucifixión y seguía muerto al día siguiente, hasta que resucitaba en Pascua, y por lo tanto hubiera sido preciso postergar la batalla un día, pues Dios no podía ayudarlos estando muerto. Belisario se lo comentó a mi ama en una carta, burlándose de esos improvisados teólogos.

Los persas despojaron a los cadáveres romanos y a los propios, que no eran menos.

El destacamento que más había sufrido entre nuestras tropas era el de los hunos masagetas: de mil doscientos, sólo cuatrocientos habían sobrevivido, y la mayoría estaban heridos. Belisario había perdido la mitad del regimiento, que constaba de tres mil hombres. Esperó la llegada del resto de la infantería y luego regresó con ella a Daras; las pérdidas totalizaban unos seis mil hombres.

Azaret regresó a Persia y se proclamó vencedor, pero Cabades, antes de alabarlo, le ordenó que «retomara las flechas». Es costumbre persa que, cuando se emprende una expedición militar, cada soldado deposite una flecha en un montón. Luego estas flechas se atan en gavillas y se guardan en el tesoro. Cuando termina la campaña, los supervivientes «retoman las flechas», y viendo cuántas quedan se pueden calcular las bajas. Quedaron siete mil flechas sin reclamar, de modo que Cabales quitó el mando a Azaret, deshonrándolo. El rey de los sarracenos también fue inculpado por su necio consejo, y fue privado del subsidio anual del que gozaba hacia tiempo.

Belisario envió un mensaje a Justiniano, disculpándose por las pérdidas, y el maestre de oficios despachó una nota de confirmación, explicando exactamente lo ocurrido y elogiando el coraje de Belisario; de modo que Justiniano siguió confiando en él.

Pero mi ama anhelaba que esa guerra insensata terminara, lo cual se habría logrado fácilmente mediante el pago de unos pocos miles de piezas de oro y unas frases de cortesía entre los gobernantes de los imperios rivales. Debió de revelar su ansiedad por Belisario más de lo que creía; pues Teodora persuadió a Justiniano de que llamara a Belisario, con el pretexto de que en la ciudad hacia falta un soldado capaz como protección contra los crecientes disturbios callejeros provocados por las facciones Azul y Verdes. Sittas fue designado para sustituirlo en la frontera.

Así regresó Belisario, trayendo consigo su Regimiento de Personal de Caballería; y se casó con mi ama el día de San Juan Bautista en la iglesia de San Juan. Fue una ocasión de gran pompa y alegría y Justiniano en persona hizo ante el altar las veces de padre de mi ama, pues a ella no le quedaban familiares varones. Teodora le regaló una extensa propiedad en la ciudad, con una generosa renta anual: sostenía que una mujer que rinde cuentas al esposo de cada cobre que gasta es poco más que una esclava.

Mi ama advirtió a Belisario que en el futuro lo acompañaría en sus campañas, como Antonina la Mayor una vez había acompañado al famoso Germánico en sus campanas allende el Rin, para mutua confortación y gran provecho de Roma. Pues permanecer obediente en Constantinopla ignorando lo que podía ocurrirle en una frontera distante y estar expuesta a espantosos rumores sobre su derrota y muerte era una tortura que rehusaba soportar otra vez.

Ocuparon un gran aposento en el palacio, donde hay lugar para todos.

LOS DISTURBIOS DE LA VICTORIA

Belisario sólo regresó a la frontera persa diez años más tarde. De lo que sucedió en el este durante su ausencia, especialmente las nuevas desventuras que sufrió nuestra querida Antioquía, prometo un relato detallado cuando mi historia llegue a ese punto.

Entretanto, bastarán unas pocas palabras. El rey Cabades murió, poco después del retorno de Belisario a Constantinopla, a la edad de ochenta y tres años, pero no sin antes ordenar una nueva incursión en nuestros territorios. Sus fuerzas eran tan poderosas que en la Armenia romana nuestros soldados tuvieron que refugiarse en sus ciudades amuralladas mientras los persas asolaban la región. La sucesión en el trono de Cabades se disputó luego entre tres pretendientes. Estos eran Caus, el heredero legítimo; el tuerto Jamaspes, el segundo en edad, como regente en nombre de su hijo (ya que él no podía gobernar a causa de su deformidad); y Cosroes, el menor, a quien Cabades había nombrado en su testamento. Cosroes fue aclamado por votación del Gran Consejo y debidamente coronado. No tardó en acabar con sus hermanos,

que se rebelaron contra él, y con todos sus herederos varones. Pero no se sentía seguro en el trono, ni siquiera después de esta degollina, y decidió llegar a un arreglo con Justiniano.

Los ojos gemelos del mundo, por lo tanto, firmaron de común acuerdo un tratado de Paz Eterna, según el cual todos los territorios conquistados por ambos bandos en las últimas guerras serian devueltos, y Justiniano pagaría a Cosroes una gran suma por el mantenimiento perpetuo de la guarnición persa de las Puertas del Caspio -unas ochocientas mil piezas de oro- y, sin desmantelar las fortificaciones de Daras, accedería a retirar su cuartel general de avanzada a Constantina, que estaba menos peligrosamente cerca de la frontera. Había también una condición curiosa: que los filósofos paganos que habían huido de Atenas a la corte persa al cerrar Justiniano la Universidad, cuatro años antes -el pobre Símaco estaba entre ellos-, debían tener permiso para regresar por un tiempo al Imperio Romano, sin temor a ninguna persecución, con el propósito de poner sus asuntos en orden y reunir una biblioteca de clásicos paganos para edificación de Cosroes. Justiniano accedió, feliz de haber asestado a los Antiguos Dioses el golpe de gracia, no sólo en Atenas, sino en la totalidad de sus dominios:

por doquier había convertido sus templos venerables en iglesias cristianas y les había secuestrado los tesoros.

No hay más que decir sobre Persia. Pero Teodora tenía razón al temer problemas con las facciones, y Justiniano al consentir el retorno de Belisario; pues, de no ser por él, como mostraré, habría perdido seguramente el trono y casi seguramente la vida.

¿Debo repetir cuanto ya he dicho sobre la virulencia del odio entre Azules y Verdes? Preocupados ahora por controversias cada vez más enconadas sobre la naturaleza del Hijo, estaban concentrados en justificar una profecía evangélica. Pues, según el evangelista Mateo, Jesús dijo a sus doce apóstoles, cuando por primera vez los envió a predicar el cristianismo: «No penséis que he venido a traer la paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino la espada. Paes he venido para volver al hijo contra el padre, y a la hija contra la madre, y a la nuera contra la suegra. Los enemigos del hombre serán los miembros de su propio hogar». Y así era en muchos hogares cristianos de la ciudad. Quizá los hijos usaran la insignia Azul, y fueran ortodoxos y defendieran la doble naturaleza, mientras los padres y la nuera usaban la Verde y defendían la naturaleza única. Se arrojaban cacharros con agua hirviendo cuando se sentaban a comer, o emponzoñaban el vino; y blasfemaban muy doctamente. Si los Verdes levantaban la estatua de un auriga triunfante y le ponían la inscripción «Para gloria de Tal y Cual, vencedor de las apuestas inaugurales, y para mayor gloria del Cristo de una sola naturaleza», los Azules se reunían de noche y borraban la inscripción, decapitaban la estatua y la pintaban de azul; sin embargo, tal vez los Verdes se vengaran tratando de incendiar alguna taberna que los Azules usaran como cuartel general. No era seguro salir a la calle después de oscurecer, ni para los médicos que corrían a atender a los enfermos, ni para los sacerdotes que iban, más parsimoniosamente, a administrar el último sacramento a los moribundos, ni para los adúlteros que se veían de noche, ni siquiera para los parias más indigentes. Pandillas de jóvenes pendencieros merodeaban por las calles de noche, asesinando y asaltando indiscriminadamente, y la policía era comprada con sobornos o terror. La guerra afectaba incluso a los muertos. De noche se cavaban agujeros en las tumbas de facciosos difuntos, y a través de ellos se arrojaban tablillas de plomo para execrarlos: «Malos sueños, ruin Azul [o Verde], hasta el Día del Juicio.

Sueña con victorias Verdes [o Azules], y despierta sólo para ser condenado a la perdición eterna».

Los Verdes habían sido sin duda la facción más fuerte en días de Anastasio, y habían gozado de sus reales favores, y habían tenido las mejores graderías del Hipódromo. Pero Teodora insistió en que Justiniano invirtiera esa situación. Ahora los Azules tenían las mejores graderías, y estaban favorecidos de todas las maneras posibles, mediante puestos polfticos y cortesanos y asignaciones de dinero, y especialmente mediante protección legal, con lo cual se había frustrado al fin el monopolio Verde de la justicia en los tribunales inferiores. Imaginaréis que los Verdes no se rindieron a los Azules sin una oposición tenaz. Mientras ellos esgrimían el

poder habían humillado bastante a los Azules; y los Azules cobraban ahora venganza, comportándose, lo admito, con más violencia y arbitrariedad de la que nunca habían mostrado los Verdes. Los robos con violencia se volvieron frecuentes a plena luz del día, y si mataban a un Verde y el asesino era arrestado por la policía, bastaba con que un funcionario Azul jurara en los tribunales que el Verde había sido el agresor: el acusado era liberado de inmediato bajo fianza. Era ilegal que los ciudadanos comunes llevasen armas, pero el decreto había perdido vigencia. Estaba de moda llevar, durante el día, chafarotes ocultos bajo la túnica, sujetos al muslo; durante la noche, todos portaban armas abiertamente. Como consecuencia de estos desórdenes callejeros, se pusieron de moda las joyas falsas: los ciudadanos importantes ya no lucían cinturones de oro incrustados de gemas ni anillos valiosos, sino que usaban bronce y cristal.

Justiniano tenía intención de acosar a los Verdes sólo durante un tiempo. Cuando los hubiera castigado bastante, les concedería igualdad con los Azules e intentaría preservar el equilibrio del poder entre ambos colores. Pero, entretanto, ser Verde resultaba bastante ingrato. Hubo deserciones en masa en favor de la causa Azul, y los Azules recibieron mucha ayuda de criminales, quienes confiaban en que una insignia Azul les daría inmunidad. Ahora se presenciaban escenas extraordinarias. Mujeres jóvenes se unían a las pandillas de facciosos y asesinaban y eran asesinadas junto con los hombres. (Debe destacarse que las mujeres sólo pueden tener un interés indirecto en las facciones: pues, desde los tiempos paganos, se les ha vedado presenciar las carreras del Hipódromo, a menos que fueran como en el caso de Teodora y mi ama Antonina, gente del Teatro.) Luego hubo casos de hijos necesitados o codiciosos que chantajeaban a los padres prósperos. «Si no me das cien piezas de oro iré esta noche con mi banda y te incendiaré el depósito«. A decir verdad, cualquiera que guardara rencor a alguien que no fuera conocido como Azul lo denunciaba como Verde. La hora de los asesinatos se había adelantado, del anochecer a la media tarde; los jóvenes matones se ufanaban de poder eliminar a un peatón de un solo tajo, como los verdugos profesionales. Fue un año especialmente funesto para los usureros: las pandillas los visitaban en sus despachos, en representación de deudores de la facción, y a punta de daga los obligaban a devolverles los pagarés. También las mujeres y las adolescentes, aun en las clases superiores, tuvieron que someterse a los deseos amorosos de los jefes de las pandillas, y de hecho hubo casos de violación pública cometida en las calles por grupos facciosos, como en una ciudad bárbara capturada. Para colmo, Justiniano instituyó una cacería de herejes contra los Verdes; de manera que los sacerdotes y los monjes empezaron a lucir la insignia Azul y a intervenir en la política de facciones. Estas cacerías de herejes se usaban como excusa para disolver monasterios ricos y secuestrarles los t~soros.

Muchos Verdes prominentes huyeron de la ciudad a zonas distantes del Imperio, lejos del alcance de Justiniano, e incluso cruzaron la frontera rumbo a territorio persa o bárbaro. Yo no podía apiadarme de ellos, pues la crueldad de los Verdes había ocasionado la mísera muerte de mi amo Damocles; y además, simpatizaba con la Emperatriz por vengar la injusticia cometida por los Verdes contra su familia cuando ella era sólo la pequeña Teodora, la hija del maestre de osos. Pero Juan de Capadocia, quien hacía tiempo había abandonado a los Verdes y era ahora un Azul encumbrado, era el principal instrumento de Justiniano en las persecuciones religiosas. Aunque no era soldado, lo habían designado Comandante de la Guardia. Colmó el tesoro con los despojos de los monasterios, enriqueció más que nunca reteniendo parte de sus botines, y se complació observando cómo torturaban a los desdichados herejes. Juan aparentaba muchísimo respeto por Teodora, pero ella lo trataba con amable desdén, y mi ama Antonina no necesitaba que la incitaran a seguir su ejemplo. Teodora no ignoraba, desde luego, de que Juan de Capadocia la calumniaba ante Justiniano.

-Tendré la paciencia de esperar veinte años, si hace falta -le confió a mi ama-, como el elefante de Severo.

El elefante de Severo es conmemorado por una estatua cercana a la Galería Real, casi frente a la entrada principal del Hipódromo. Había esperado veinte años para apresar a cierto cambista de dinero por cuyo testimonio habían encarcelado al amo en una prisión para deudores, donde

había muerto. Por último, mientras marchaba en una procesión, el animal había reconocido al cambista en la multitud alineada en la calle y tras apresarlo con la trompa lo había pisoteado hasta matarlo. Las investigaciones demostraron que el cambista había sido un ladrón y un perjuro, de modo que se erigió una estatua en honor del elefante, representándolo con el amo sentado sobre el cuello.

El lema es: «Al fin será vengado». Muchos de los que sufren injusticias privadas y públicas se consuelan con el mensaje del elefante.

Quizá deseéis saber más sobre Justiniano como Emperador, sobre su conducta. El hombre era un hatajo de contradicciones: la mayoría de ellas, sin embargo, podían explicarse como resultado de grandes ambiciones en conflicto con la cobardía y la mezquindad. Justiniano deseaba, al parecer, hacerse recordar como «Justiniano el Grande».

En verdad, su talento habría estado a la altura de esa meta si hubiera sido un poco menos necio. Pues era increiblemente culto, industrioso, sagaz y accesible, y no se entregaba a la ebriedad ni a la lujuria. Por otra parte, era el hombre más indeciso que jamás conocí, y tan supersticioso como una viuda beata. Había en él algo inexpresable que a uno le ponía la piel de gallina; fuera lo que fuese, es cierto, que no era grandeza, sino una especie de llama diabólica. Había decidido, después de estudiar los libros de Historia, que a los soberanos se los honra como «Grandes» por cuatro razones principales: por triunfos en la defensa de su patria y las conquistas en el extranjero, por imponer la uniformidad legal y religiosa a los súbditos, por construir grandes obras públicas, por la piedad personal y la severa reforma moral. Decidió esmerarse en esos aspectos.

Empezó por el terreno legal con una recodificación de las leyes, y admito que era algo muy necesario. No existía ningún código uniforme, sino una serie de códigos simultáneos, todos contradictorios, anticuados y abstrusos, de modo que un juez no podía tomar una decisión justa, salvo en casos muy simples, aun con buena voluntad. Los industriosos funcionarios judiciales de Justiniano ordenaron ese fárrago en un sistema único, bastante inteligible y no del todo contradictorio, pero hacerlo requirió no menos de tres millones de renglones escritos. ¡Si tan sólo él y sus jueces y abogados y la población en general hubieran estado a la altura moral de esa tarea formidable! Trató de lograr la uniformidad religiosa mediante la eliminación de las herejías; pero en este sentido no era coherente porque, por miedo a Teodora, perseguía principalmente a judíos, samaritanos y paganos de las sectas menores de los maniqueos, sebelianos y otras parecidas, pero permitía que las herejías monofisita y nestoriana siguieran propagándose mientras no existieran pruebas de una conexión con la política de la facción Verde.

No sólo prosperaron en provincias, sino que Justiniano permitió que misiones en el extranjero las exportaran a Etiopía y Arabia. Sus grandes obras públicas consistieron ante todo en la construcción y restauración de monasterios e iglesias. Éstas eran, desde luego, inútiles para el Imperio (excepto en un vago sentido espiritual) y no podían compararse con la edificación y remodelación de acueductos y carreteras y puertos y depósitos de grano, a los cuales nunca prestó tanta atención. En cuanto a sus planes de conquista, en los cuales hizo de Belisario su instrumento principal, pronto habré de comentarlos detalladamente.

Las reformas morales fueron en general inspiradas por Teodora, y eran extremadamente severas. Hacía muchísimo tiempo que una mujer realmente capaz no ocupaba una posición tan poderosa como la de Teodora. La culpa era de la Iglesia, que -habiéndose originado en Oriente, donde las mujeres son poco más que pasatiempos o esclavas o bestias de carga- propendía a aislar a las mujeres de la vida pública y a no darles ninguna educación digna de ese nombre. En tiempos de los paganos, la Emperatriz era con frecuencia la segunda mandataria del Estado, y actuaba como un freno poderoso de los caprichos del Emperador, y esto era posible porque la habían criado en una atmósfera libre y educada, no confinándola severamente en los aposentos de las mujeres hasta que decidían casarla con un hombre a quien nunca había visto, como ahora se acostumbraba con las mujeres de las clases superiores. Teodora no era un títere de los

sacerdotes. Conocía el mundo, y comprendía a los hombres y la política, tanto laicos como eclesiásticos. Dominaba a Justiniano tan absolutamente como cuentan que la gran Livia dominó a Augusto, el primer Emperador de los romanos.

Teodora decidió devolver gradualmente a las esposas la poderosa posición que habían perdido. Esta intención explica la legislación de Justiniano, que ella patrocinó, contra las prostitutas y sodomitas. Mientras los esposos tuvieran libertad para buscar placeres en burdeles públicos o con sodomitas pomposos, a sus esposas les costaría manejarlos. La Asociación de Alcahuetes, antes bajo protección imperial, se disolvió; y la alcahuetería se convirtió en transgresión criminal. La sodomía se castigaba ahora con la castración, y también se apresó a muchas prostitutas comunes de las que cobran unos pocos céntimos y son conocidas como «la infantería». Teodora llamó a esas infortunadas «un agravio permanente a la dignidad de las mujeres». Les dio tres meses para volverse respetables mediante el matrimonio; luego, si aún se obstinaban en no casarse, las arrestaban de nuevo y las encerraban en el llamado Castillo del Arrepentimiento, en la costa asiática del Bósforo. (Muchas de las quinientas mujeres confinadas allí se mataron arrojándose desde las murallas del castillo, incitadas por la aflicción y el tedio.) Pero a quienes optaban por el matrimonio, Teodora les ofrecía una dote, y muchas se beneficiaron de su generosidad. No obstante, no molestó a «la caballería», como llamaban a las prostitutas más expertas, quienes se administraban por su cuenta, poseían joyas valiosas, y estaban organizadas en un gremio. Las empleó como agentes secretos, y les conseguía buenos médicos cuando se ponían enfermas.

Fue una época mala para los esposos. Teodora dejó bien claro que las esposas ya no estaban obligadas a vivir más castamente que ellos. Si un esposo había estado retozando con prostitutas -y prácticamente todos lo hacían en un momento u otro-, la esposa estaba en absoluta libertad de gozar con amantes. Si el esposo se enfurecía con ella, la esposa podía apelar inmediatamente a Teodora y acusarlo a su vez de crueldad, o incapacidad para mantener a la familia, o algo por el estilo; y Teodora nunca dejaba de respaldar esa acusación, aceptando sin cuestionamientos la versión de la esposa.

Con frecuencia, un esposo celoso tenía que pagar una multa equivalente al doble de la dote de la esposa; que luego le era entregada a ella en la corte, menos una pequena deducción por costas. También era probable que lo azotaran y normalmente lo encerraban unos días en prisión. Después de un tiempo, los esposos pusieron mucho cuidado en lo que hacían, y poco en lo que hacían las esposas. El azote era un látigo de cuero de cinco cuerdas con punta de hierro en el extremo de cada cuerda; y los esclavos públicos pegaban duro.

Como buen ejemplo de la conducta de Teodora hacia los esposos, permitidme describir cómo le fue al hijo del maestre de oficios. Deseaba casarse con una prima segunda; pero Teodora, quien había resuelto desposarlo con la hija de Crisómalo, le dijo que era imposible: desaprobaba matrimonios entre primos. Él tuvo que ceder, naturalmente, pues Teodora era para la corte lo que una vieja abuela para los miembros de una gran familia rural. Era afortunado al casarse con la hija de Crisómalo, quien era joven y bonita e inteligente; pero después de la boda confió a un muchacho que la muchacha había sido «manoseada». Lo cierto era que Crisómalo, aunque nominalmente cristiana, se atenía a las costumbres de la familia, la cual, a causa de sus conexiones con el Hipódromo, era pagana. Así que la muchacha, en vez de regalar al esposo una doncellez intacta, se había sometido a la tradicional ceremonia pagana de la desfloración, es decir, la introducción del falo de piedra de una imagen priápica para propiciar la fertilidad. La queja del recién casado llegó a oídos de Teodora, quien se enfureció.

-¡Qué ínfulas se dan estos jovenzuelos! -exclamó-. ¡Supongo que él nunca en su vida manoseó a ninguna muchacha! ¡«Manoseada», vaya! -Luego dio órdenes de que los sirvientes lo mantearan, tal como los escolares vanidosos e impopulares son manteados camino de la escuela por sus compañeros. Y después del manteo, lo apalearon.

Teodora, como nos lo recuerda la historia del elefante de Severo, nunca perdía oportunidad de cobrar una vieja deuda. El patricio Hicébolo fue uno de los primeros en pagar los malos tratos

que había infligido a Teodora: lo trajeron de Pentápolis bajo la acusación de sodomía, para ser juzgado por la misma Teodora, lo condenaron (no sin justicia) y lo sentenciaron a la castración. Murió por envenenamiento de la sangre después de la operación.

También debería contar aquí (a causa de las consecuencias) la cómica historia de Hipóbates, el viejo senador que una mañana se presentó a la audiencia de Teodora para pedir justicia contra el esposo de Crisómalo, uno de los caballeros al servicio de la Emperatriz, quien le debía dinero. En los viejos tiempos, este Hipóbates había ido una noche al establecimiento en compañía de un amigo, nada menos que el demarca de los Azules. Se suponía que debía elegir a una de las mujeres, mientras el demarca elegía otra, pero por alguna razón no se sentía de ánimos para gozar de compañías femeninas. Entonces, en vez de confesar llanamente -como lo habría hecho un hombre de honor- que era cristiano, o impotente, o que prefería el otro sexo, o lo que fuere, se puso a buscar defectos en los encantos físicos que se le ofrecían. Indaro era demasia alta y de hombros demasiado cuadrados, dijo, y Teodora demasiado esmirriada y de boca demasiado grande; y mi ama era pelirroja, algo que no aguantaba, y tenía «cara de azadón». No recuerdo cuál era el defecto de Crisómalo, tal vez la nariz ganchuda. Como era un sátiro viejo y odioso, a todas les tranquilizó el no tener que recibirlo. No obstante, no tenía derecho a criticar a las damas de esa manera, y sus comentarios provocaron resentimiento. Era una lástima que lo hubiera presentado el demarca, con quien las damas debían mantener las mejores relaciones; de lo contrario, lo habrían castigado en las formas humillantes que acostumbraban.

Teodora supo de antemano que Hipóbates venía a pedir el dinero, de modo que había preparado todo cuidadosamente para la recepción. Él entró con el semblante muy alterado, y se arrastró abyectamente para besarle los pies, y fingió sollozar. No creo que se diera cuenta de que Teodora la Emperatriz era Teodora la cortesana, a quien una vez había insultado. Ella le preguntó amablemente cuál era su problema. El empezó con un gimoteo de mendigo más que inconveniente.

-Oh, Esplendor, es muy penoso para un patricio estar sin blanca. Mis acreedores me siguen, o llaman constantemente a mi puerta, y apenas tengo un mendrugo en casa.

Te suplico, graciosísima y adorable Emperatriz, que persuadas a tu servidor de que me pague el dinero que me debe.

-Oh, excelentísimo e ilustre Hipóbates... -empezó Teodora. Desde detrás de las cortinas un oculto coro de eunucos, dividido en dos semicoros, prorrumpió en un cántico suave:

Primer semicoro:¡ Excelente Hipóbates, tienes la cabeza calva!

Segundo semicoro:¡Excelente Hipóbates!

tienes mal aliento!

Tienes gran barriga, excelente Hipóbates...

¡Calva, mal aliento, y también barriga!

Teodora se volvió a mi ama:

-Querida Antonina, ¿has oído un ruido extraño?

-No, Esplendor -¿Y tú, Crisómalo?

-Nada en absoluto, Majestad.

-Debió de ser un canturreo en mi cabeza. ¡Continúa, Hipóbates!

Hipóbates, sin atreverse a comentar lo que había oído, reanudó nerviosamente su petición.

-Si un patricio como yo se queda sin dinero, aunque no sea por su culpa, se averguenza de mencionar a sus acreedores un hecho tan absurdo. Al principio, no querrían creerle. Cuando al fin vieran que es un mendigo, tendría que sufrir la humillación social, además de la bancarrota; y la humillación social, como bien sabes, adorable Soberana...

-Oh, excelentísimo e ilustre Hipóbates... -empezó de nuevo Teodora. Y de nuevo el coro empezó a cantar, esta vez un poco más alto:

Primer semicoro: ¡ Excelente Hipóbates, tienes joroba!

Todo el coro:

Segundo semicoro:

Todo el coro:

¡Excelente Hipóbates, tienes hernia!

Tienes hemorroides, excelente Hipóbates...

¡Hernia, joroba, y también hemorroides!

-Crisómalo, ¿has oído algo?

-No, Esplendor.

-¿Y tú, Antonina?

-Ni un murmullo, Majestad.

-Podría haber jurado que oi un ruido. ¡Pero continúa, Hipóbates!

Y pese a todo, él tuvo que fingir que no había oído nada. Cada vez que reanudaba su petición, el coro lo interrumpía, y cada vez los versos eran más ofensivos. Por último tuvo que desistir, retirándose desencajado y frenético, pero con la obligatoria y serena reverencia.

La consecuencia fue que los acreedores, quienes originalmente habían puesto a Teodora sobre aviso, se volvieron más insistentes que nunca, hasta que Hipóbates tuvo que acudir a su viejo amigo, el demarca de los Azules, quien envió un grupo de facciosos para proteger la casa de Hipóbates. Siguió una refriega en la cual los acreedores, que eran Verdes, resultaron muertos y varios Azules heridos. Las nuevas del disturbio llegaron a palacio, y Juan de Capadocia, sabiendo que Hipóbates había caído en desgracia ante Teodora, pero sin advertir que algunos de los contendientes habían sido enviados de cuarteles militares Azules, pensó que halagaría a Justiniano si intervenía en nombre del orden público. Despachó a la escena del enfrentamiento una numerosa partida de guardias, quienes arrestaron a Azules y Verdes indiscriminadamente, varios de cada color. Se celebró un juicio apresurado, cuatro de ellos fueron sentenciados a la decapitación por llevar armas, y tres a la horca por intento de homicidio; y todos marcharon a la ejecución.

Sucedió que la cuerda de la horca no era demasiado resistente. Se partió dos veces, bajo el peso de un Verde y el de un Azul. Estos miserables cayeron al suelo y los dieron por muertos, pues se pensó que tenían partido el cuello. Esa noche, sin embargo, algunos monjes fueron a buscar los cuerpos y los encontraron aún con vida; los trasladaron al Hospital de San Lorenzo, donde se recuperaron. Este hospital era un santuario. Pero Juan de Capadocia los arrestó de nuevo, violando el derecho de asilo, y los encerró en la Prisión Estatal (la cual, junto con los cuarteles policiales, comprendía un ala entera de la Morada de Bronces, en el lado más próximo al Hipódromo).

El demarca de los Azules tomó entonces una decisión excepcional. Se dirigió sin vacilar al cuartel general de los Verdes con una bandera de tregua, y en una entrevista con el demarca de los Verdes sugirió una acción conjunta contra la policía, que había osado interferir en la riña tradicional entre ambos colores. El demarca de los Verdes accedió de buena gana a declarar una tregua temporal. Se acercaba el trece de enero, la fecha de las carreras de Año Nuevo. Acordaron que, después del acostumbrado saludo de lealtad a Justiniano cuando entrara en el Hipódromo, todos, Azules y Verdes por igual, reclamarían la libertad de los prisioneros, cuyas vidas Dios había salvado por milagro, y la destitución de Juan de Capadocia, a quien los Azules detestaban por haber cambiado de bando y envidiaban por su fortuna, y a quien los Verdes odiaban como traidor y opresor. Así se hizo, y pienso que Teodora tuvo algo que ver en la

conspiración. Pero Justiniano lo tomó con mucha calma y no dio ninguna respuesta a la petición, que se repitió durante todo el día, cada vez que concluía una de las veintidós carreras.

Los dos demarcas acordaron luego una acción más enérgica y un santo y seña común para las dos facciones, «¡Victoria!«. Esa noche, después de las carreras, rodearon la prisión estatal y exigieron la entrega de los dos hombres arrestados en el hospital. No recibieron respuesta, de modo que prendieron fuego al porche con antorchas. Las llamas se propagaron y destruyeron el ala entera, dependencias policiales incluidas. La mayoría de los prisioneros fueron rescatados, pero varios guardianes de prisiones y policías murieron quemados. Los guardias, que simpatizaban con los revoltosos, no intervinieron. Sus aposentos, en el centro de la Morada de Bronce, no habían sido atacados.

A la mañana siguiente, Justiniano decidió continuar las carreras como de costumbre, sin darse por enterado de los ultrajes cometidos; pero los facciosos rodearon el palacio, exigiendo la destitución de Juan de Capadocia, de Triboniano, el jefe supremo de justicia, y del prefecto de la ciudad. Como no recibieron respuesta, y no llegaban guardias ni policías para dispersarlos, los facciosos comprendieron que gozaban de plena libertad para despacharse a gusto. Primero, apilaron bancos de madera traídos del Hipódromo contra varios edificios públicos y les prendieron fuego. Luego, amparados por el humo y la confusión, se dedicaron alegremente a asesinar, asaltar, violar y saquear. Los Azules recalcitrantes demostraron cierta preferencia por dañar propiedades Verdes, y los Verdes recalcitrantes por dañar propiedades Azules; pero la mayoría de los revoltosos no tenía predilecciones especiales en la elección de las victimas, a causa de la tregua. El santo y seña era, como he dicho, «¡Victoria!», y es cierto que ambos colores combinados obtuvieron una gran victoria sobre la ciudad. Pronto el distrito central estuvo en llamas en varios lugares; las brigadas contra incendios no intentaron extinguir los focos, pues muchos de sus integrantes estaban dedicados al pillaje.

Las llamas se propagaron sin que nadie las contuviera. Afortunadamente, no soplaba viento, pues de lo contrario habría ardido toda la ciudad. Hubo una estampida general hacia los muelles, donde la gente ofrecía sumas exorbitantes a los barqueros para que la cruzaran a la orilla asiática.

Yo estaba como de costumbre en nuestro aposento palaciego, atendiendo a mi ama Antonina, y debo confesar que todo el mundo estaba aterrado, pese a la serena, por no decir despectiva, conducta de Belisario. Llegaron órdenes imperiales de que nadie debía abandonar el palacio bajo ningún pretexto. Era obvio que hacia tiempo que se hubieran requerido medidas enérgicas, pero Teodora no pudo persuadir a Justiniano, quien estaba orando en su capilla privada. Juan de Capadocia había desaparecido y, por lo tanto, los guardias en la parte intacta de la Morada de Bronce, no tenían instrucciones. No obstante, la chusma los habría asesinado si hubieran intentado intervenir.

Belisario conservaba aún el cargo de Comandante de los Ejércitos de Oriente, pero no tenía autoridad en la ciudad. Cuando mi ama lo incitó a ofrecer a Justiniano sus servicios y los de sus coraceros -estaban acuartelados a poca distancia-, él rehusó:

como servidor del Emperador, no debía hablar a destiempo, sino aguardar órdenes.

No llegó ninguna orden. Justiniano era terco como una muía; oraba con fervor y aseguraba a Teodora que el cielo proveería.

Por último, el quince de enero, Justiniano se decidió a terminar con los desórdenes.

Apeló para ello a los escrúpulos cristianos de sus súbditos. Envió una delegación de obispos y sacerdotes con estandartes y una partida de reliquias sagradas -un fragmento de la Cruz Verdadera, y el auténtico cuerno del macho cabrio del patriarca Abraham, que sonará el Día del Juicio, y el cayado con forma de serpiente de Moisés, que obró milagros en Egipto y el Sinaí-, y además los huesos de Zoe, la virgen y mártir, y de otros mártires de menor importancia. Pero no hubo milagro, y el clero tuvo que retirarse hasta el palacio Dafne, perseguido por una copiosa lluvia de piedras y ladrilíos. Justiniano estaba observando desde un balcón y exclamó:

-¡Protegedios, pronto! ¡Que alguien salga a protegerlos! -Salió Belisario, satisfecho de contar con una oportunidad para actuar, al mando de una partida de cuarenta godos de Tracia que estaban permanentemente apostados en las columnas de Dafne; y ahuyentó a los revoltosos, matando a varios, de modo que los sacerdotes regresaron con las reliquias intactas.

La acción de Belisario enardeció a las facciones, que ya estaban totalmente desbocadas. Al día siguiente, Justiniano envió un heraldo a la Plaza de Augusto para anunciar que Juan de Capadocia había renunciado al mando y que el prefecto de la ciudad y Triboniano, el jefe supremo de justicia, también estaban destituidos de sus cargos. (Triboniano había estado tan ocupado en su tarea de recodificar las leyes, que no había tenido tiempo suficiente para supervisar la administración de justicia.) Pero esta concesión ya no bastaba para restaurar la paz, especialmente porque la tregua entre los facciosos había cedido ante conflictos por el reparto del botín, y la causa Verde había revivido con inesperado vigor. El diecisiete de enero habían saqueado e incendiado las iglesias de Santa Sofía y Santa Irene, y la Galería Real, que era una célebre biblioteca que contenía, entre otras curiosidades, las obras completas de Homero escritas en los intestinos de una serpiente de cuarenta yardas de largo, y los baños de Zeuxipo, situados entre la Morada de Bronce y el Hipódromo, y las Arcadas de los Orfebres, y la Calle Principal hasta la altura de la Plaza de Constantino. Así se destruyeron gran cantidad de tesoros. Los domésticos observábamos los incendios desde una ventana alta y no nos atrevíamos a acostarnos de noche por miedo a morir quemados.

No fue sino hasta el quinto día de los disturbios, que era el dieciocho de enero, que Teodora logró persuadir a Justiniano de que entrara en el Hipódromo y apelara públicamente a la paz. El Hipódromo se extiende paralelamente al palacio, en la pendiente que baja hasta el mar de Mármara. En la punta norte hay dos torres, y caballerizas, cocheras y salas para los actores, y en lo alto, a un costado, en el lugar desde donde se tiene el mejor panorama de la línea de salida, el palco real rematado por los caballos dorados traídos de Quíos. Al palco se llegaba por una arcada privada desde el palacio de Dafne, bordeando la iglesia de San Esteban, de modo que Justiniano no tuviera que aventurarse en la vía pública. Aferrando un ejemplar de los Evangelios, se presentó en el palco real, ante el Hipódromo atestado, e inició una de esas exhortaciones paternalistas a la paz y a la concordia, combinadas con vagas promesas, que suelen surtir efecto después de un disturbio, cuando la fogosidad popular empieza a aplacarse y las personas más reflexivas han comenzado a calcular los daños. Pero fue absolutamente inútil, porque le faltaba el respaldo de una demostración de fuerza. De las graderías Azules partieron hurras poco entusiastas, mezclados con silbidos, pero los Verdes, que volvían a estar en ascenso, pues muchos desertores habían regresado a su vieja facción, prorrumpieron en aullidos de execración. Arrojaron piedras y otros proyectiles contra el palco real, como una vez en tiempos de Anastasio, y Justiniano se marchó precipitadamente mientras la turba abandonaba el Hipódromo para perseguirlo. La guardia de godos tracios se retiró del palacio y se unió a sus camaradas de la Morada de Bronce. La chusma saqueó y quemó el extenso bloque de edificios palaciegos adyacentes a la iglesia de San Esteban, donde residían los eunucos del Servicio Civil.

Ahora bien, el quizá más indigno de los indignos sobrinos de Anastasio, todos los cuales habían confiado en sucederlo en el trono antes que Justino lo usurpara, era Hipacio. Había servido bajo Belisario en Daras, y no precisamente con gloria -fue su escuadrón el que perdió las trincheras del ala derecha, cuando cargaron «Los Inmortales»-, pero al menos había que concederle que su ambición no superaba su capacidad.

En cuanto se iniciaron los disturbios, se presentó modestamente a Justiniano, con su hermano Pompeyo, para decirle que los Verdes se le habían acercado para ofrecerle el trono; pero que él se había negado con indignación a respaldar cualquier movimiento a su favor, y que para demostrar su lealtad ahora se ponía a disposición de Justiniano.

Justiniano lo alabó y le agradeció, aunque no atinó a comprender por qué confesaba francamente que le habían ofrecido el trono, a menos que lo hiciera en un intento de quedar libre de sospechas para adueñarse del poder supremo en cuanto se presentara una oportunidad

favorable. Pero después de este ataque al palacio, Justiniano les ordenó, a él y a Pompeyo, que se marcharan al momento si no querían ser ejecutados por traidores. En cuanto oscureció, se marcharon a regañadientes, y lograron entrar en sus casas sin que los vieran. Lamentablemente, de alguna manera se difundió entre los Verdes la noticia de que Hipacio estaba fuera del palacio. Rodearon su casa, forzaron la entrada, y lo llevaron en triunfo hasta la Plaza de Constantino. Allí, en el centro de una multitud apretujada y aullante, lo proclamaron Emperador y lo coronaron con un collar de oro a falta de diadema, aunque el resto de los emblemas estaba a mano, pues habían saqueado el palacio. Hipacio realmente no quería aceptar el trono; y su esposa Maria, una cristiana piadosa, se retorcía las manos y gemía que se lo estaban arrebatando para llevarlo a la muerte. Pero no había manera de disuadir a los Verdes.

Representantes Verdes fueron a la Cámara del Senado y exigieron un juramento de lealtad a Hipacio. Los senadores (como siempre ocurre en casos así) no deseaban comprometerse. Sus lealtades estaban divididas; aunque la mayoría eran Azules confesos, muchos eran secretamente Verdes y añoraban los «buenos tiempos de Anastasio», como los llamaban, y despreciaban al advenedizo Justiniano. Se refugiaron en su palabrería retórica, sin llegar a ninguna decisión. En palacio también había un grupo de senadores reunidos, todos Azules y muy asustados. Justiniano mismo temblaba de miedo y preguntaba a todo aquel que encontraba -hombre, mujer o eunuco; patricio, plebeyo o esclavo- qué tenía que hacer. Se llamó apresuradamente a consejo. La mayor parte de esos despreciables cobardes aconsejaron la fuga inmediata, aduciendo que obviamente no podían depender de la Guardia Palaciega y que los Verdes dominaban ahora la ciudad. Sólo Belisario, con Mundo, propició una resistencia enérgica contra los rebeldes. (Mundo era Comandante de los Ejércitos de Iliria, y casualmente había llegado dos días antes a la ciudad en busca de remontas para su caballería.) Teodora entró en la Cámara del Consejo sin que la invitaran. Su desprecio y furor eran tan despreciables que no sólo el mismo Justiniano, sino todos los presentes, hubieran preferido morir cien veces a enfrentarse a esos ojos llameantes.

-Esto es cháchara, cháchara, cháchara -dijo-, y como mujer discreta protesto y exijo que se tomen de una vez medidas enérgicas. Este es ya el sexto día de disturbios, y cada día me han asegurado que «el problema se solucionará», y que «Dios proveerá», y que «se están tomando todas las medidas posibles«, y otras pamplinas por el estilo. Pero aún no se ha hecho nada, salvo hablar y hablar y hablar. Obispos enviados con estúpidas reliquias. Los Evangelios esgrimidos en la cara de una enorme multitud de cerdos impíos... ¡y luego echamos a correr cuando ellos gruñen y chillan! Pareces casi resuelto a huir, Justiniano el Grande. ¡Pues bien, lárgate! ¡Pero enseguida, mientras todavía tienes un puerto privado y barcos y tripulaciones y dinero! Pero, site vas, recuerda: nunca podrás regresar a este palacio, y al fin te cazarán y te darán la vergonzosa muerte que mereces. No te queda ningún sitio seguro al cual escapar. Ni siquiera podrías refugiarte en la corte persa: porque una vez, oponiéndote a mis consejos, ofendiste mortalmente a Cosroes, quien ahora es rey, negándote a adoptarlo como hijo.

Pero márchate, te digo, márchate, prueba suerte en España o Britania o Etiopía, y mi desprecio vaya contigo. En cuanto a mi, nunca me separaré de esta púrpura, ni sobreviviré al día en que mis súbditos dejen de dirigirse a mi con la totalidad de mis justos títulos. Apruebo el viejo refrán: «La realeza es una bella mortaja». ¿Qué estás esperando? ¿Un milagro del Cielo? ¡No, recógete el manto y huye, pues el Cielo te aborrece!

Yo me quedaré aquí y afrontaré el destino que me exija mi dignidad.

Luego, Mundo y Belisario se pusieron a las órdenes de Teodora, pues nadie más parecía inclinado a dárselas. Justiniano vestía hábito de monje, aparentemente por humildad, pero en verdad para contar con un disfraz si atacaban nuevamente el palacio.

Estaba orando fervientemente en la capilla real, el rostro cubierto con la tosca cogulla parda. En ese momento llegó un inesperado mensaje de Hipacio para Teodora: «Nobilísima dama, ya que el Emperador sospecha de mí y se niega a ayudarme, te suplico confíes en mi lealtad y envíes soldados para liberarme de este dilema». Inmediatamente, Teodora ordenó a Belisario que se

pusiera a la cabeza de los guardias, rescatara a Hipacio y lo llevara de vuelta a palacio. Belisario llamó a los hombres de su regimiento, que estaban acampados en el terreno del palacio, y Mundo llamó a su escolta de hunos hérulos. Juntas, las dos fuerzas no sumaban más de cuatrocientos hombres, pues la mayor parte de las tropas de Belisario estaban prestando servicio entre las fuerzas imperiales y se encontraban en Tracia, al mando de Juan de Armenia, colaborando en la recaudación de impuestos. Belisario pidió a Mundo que llevara a sus hunos por el tortuoso callejón llamado «El Caracol» hasta la Puerta de la Muerte, en el sudeste del Hipódromo, por donde antes se retiraban los cadáveres de los gladiadores. Allí debía esperar órdenes. Luego, Belisario, con su gente de a caballo, atravesó los terrenos de palacio hasta el final de la Calle Principal, donde está la Cámara del Senado, y giró a la izquierda hacia las puertas de la Morada de Bronce. Al no encontrar centinelas fuera y ver las puertas aún cerradas, golpeó con el pomo de la espada y gritó:

-Soy Belisario, Comandante de los Ejércitos de Oriente. ¡Abrid en nombre de su Sagrada Majestad, el Emperador Justiniano!

Pero no recibió respuesta. Los soldados, igual que el Senado, preferían esperar los nuevos acontecimientos. Las puertas eran de bronce macizo y difíciles de forzar, de modo que, tras llamar por segunda vez, Belisario regresó al palacio e informó a Teodora que los guardias no estaban disponibles. Ella le dijo que hiciera lo que pudiera con los pocos hombres que tenía a disposición.

Decidió ir más allá de la iglesia de San Esteban, ahora también quemada, hasta el palco real. Para ello tendría que atravesar las ruinas de la Residencia de los Eunucos, que todavía estaba ardiendo. De vez en cuando se desmoronaba una pared o estallaba una llamarada repentina. El humo aterró a los caballos, que se negaron a seguir, de modo que Belisario ordenó desmontar y enviarlos de vuelta a palacio. Humedeciéndose las capas y cubriéndose las caras, sus hombres cruzaron de a dos y de a tres, y llegaron a la Arcada Azul del Hipódromo (está adornada con lapislázuli puro), que sube paulatinamente hasta el palco real. Era peligroso forzarla: eso significaría abrirse paso luchando escaleras arriba, en la oscuridad y en un pasaje angosto, y quizá les enviaran una multitud de Verdes para atacarlos por la espalda. Belisario ordenó regresar. Esta vez condujo a sus hombres hasta la entrada principal del Hipódromo, en el lado norte, entre las torres.

Ignoro qué estuvieron haciendo los Verdes en el Hipódromo todo este tiempo, pero sé que el demarca y el demócrata de los Verdes pronunciaron orgullosos discursos, mientras los Azules presentes escuchaban en hosco silencio. Ahora era evidente que los Verdes habían logrado elegir un Emperador de su propio color; y el demarca Azul se arrepentía profundamente de haber concertado una tregua con ellos. De pronto se elevó un griterío y vieron entrar a Belisario en el Hipódromo, espada en mano, a la cabeza de sus soldados vestidos con cota de malla. Belisario se volvió a interpeló a Hipacio, que estaba sentado en el palco:

-Ilustre Hipacio, has tomado el asiento del Emperador; y no tienes derecho a ocuparlo. Él te ordena que regreses inmediatamente a palacio y te pongas a su disposición.

Para sorpresa general (pues sólo los líderes de la facción sabían que era monarca muy a su pesar), Hipacio se levantó obedientemente y se dirigió a la puerta del palco; pero el demarca de los Verdes, que estaba sentado a su lado, lo obligó brutalmente a sentarse. Entonces una multitud de Verdes empezó a amenazar a los hombres de Belisario, quien se lanzó al ataque. Ellos aullaron y retrocedieron desordenadamente. Eran sólo una turba de holgazanes de ciudad, y sus armas servían para asesinar, no para luchar; más aún: no vestían armadura. De manera que los doscientos hombres de Belisario, con armadura completa, eran un rival formidable para esos miles. Entretanto, Mundo, que esperaba frente a la Puerta de la Muerte, oyó el rugido de la alarma adentro, y comprendió que la gente de Belisario estaba combatiendo. Arremetió con sus hunos contra los Verdes, quienes saltaban a la arena por encima de las barreras, y los mató por veintenas. Algunos de ellos trataron de refugiarse en los pedestales de las estatuas alineadas a lo largo de la barrera central -la del Emperador Teodosio con la servilleta en la mano, y las tres

grandes serpientes enroscadas, traídas de Delfos, que una vez sustentaron el trípode de la sacerdotisa, y las estatuas de aurigas famosos, incluyendo una de mi ex amo Damocles, recientemente instalada allí por Teodora-

pero estos fugitivos pronto fueron derribados y liquidados. Luego, los Azules, que estaban sentados todos juntos, como era su costumbre, se unieron a la refriega. Conducidos por dos sobrinos de Justiniano, se lanzaron hacia el palco real y, tras una enconada pelea, mataron al demarca Verde y a sus hombres, capturaron a Hipacio y a Pompeyo y los entregaron a Rufino, quien asistía a Belisario. Rufino los condujo al palacio bajando por la escalera angosta y atravesando la Arcada Azul.

Entonces, los Verdes se recobraron de la sorpresa y empezaron a luchar desesperadamente. Belisario y Mundo tuvieron que seguir matando metódicamente, hasta que una vez más esos rufianes vestidos de seda, con sus mangas abullonadas y sus cabelleras largas y engomadas, retrocedieron presa del pánico. Por último, Belisario logró conducir pacíficamente a algunos hombres hasta la Puerta Norte y apostar a otros en las puertas restantes; y Mundo también reagrupó a los hunos. Pero no había modo de contener a los Azules, quienes no se aplacarían hasta aniquilar por completo a los Verdes. Belisario y Mundo no juzgaron oportuno interferir: se quedaron aparte y observaron hoscamente la carnicería fratricida, tal como uno observaría una batalla entre grullas y pigmeos, quizá con mayor simpatía por los pigmeos, casi tan inhumanos como las grullas, aunque de aspecto no menos grotesco. Cuando fue indudable que los Azules habían obtenido una buena victoria (en nombre del Hijo de doble naturaleza y su Vicerregente, el Emperador ortodoxo), Belisario volvió a palacio para recibir nuevas órdenes, y Mundo con él. Pronto mi ama pudo abrazar a su querido esposo, aunque estaba salpicado de sangre. Pero una horda entera de Azules de los suburbios, donde ese color era muy fuerte, llegó luego con toda clase de armas e irrumpió en el Hipódromo para colaborar en la matanza. Los había armado Narses en el arsenal, tras sobornar al demócrata de los Azules para que pidiera voluntarios contra el usurpador Hipacio.

Los seguían los guardias de la Morada de Bronce, ahora igualmente ávidos de mostrar su lealtad a Justiniano mediante un exterminio de Verdes.

Treinta y cinco mil Verdes y unos cientos de Azules murieron ese mismo día, y muchos más quedaron gravemente heridos. La multitud también había atacado las cuadras Verdes, matando palafreneros, desjarretando caballos y quemando carros. Luego se inició una furiosa cacería de Verdes irredentos en toda la ciudad, y a la mañana siguiente no quedaba un hombre ni una mujer que luciera la odiada insignia.

Cuando llevaron a Hipacia y a Pompeyo ante Justiniano, el Emperador dijo a Belisario:

-Excelente, pero debiste atrapar más pronto a estos traidores, antes de que nos incendiaran media ciudad. -Luego los sentenció a muerte; un acto canallesco, como Teodora le dijo en la cara. Pero la respuesta de él fue suave como de costumbre. ¡Qué personaje era, aun en aquellos días!

Así terminaron los llamados Disturbios de la Victoria, y con ellos, al menos por un tiempo, la disputa entre Verdes y Azules. Los Verdes estaban absolutamente desbaratados, y Justiniano sacó partido de esa feliz circunstancia, prohibiendo por edicto las carreras de carros en la ciudad. Sin embargo, renacieron pocos años después; de modo que la facción Verde también renació. A fin de cuentas, los Azules no podían competir consigo mismos. En unos años, los Verdes se habían vuelto tan pendencieros como antes, reuniendo bajo la protección de su color a todos los elementos de la ciudad hostiles al Emperador y la fe ortodoxa; y una vez más hubo pandillas callejeras al caer el sol.

Belisario siempre fue neutral: Blanco, como en sus días de escuela; pero mi ama Antonina era Azul, a causa del mal infligido a su padre, y a causa del viejo establecimiento, y a causa de Teodora, que era su amiga jurada.

LA EXPEDICIÓN CONTRA CARTAGO

Justiniano planeaba ahora una gran expedición contra los vándalos, un pueblo que había viajado mucho y cuya ciudad capital era Cartago, en África del Norte; y, por insistencia de Teodora, nombró a Belisario único comandante.

Quiénes eran los vándalos y qué hacían en África, puede resumirse en pocas palabras. Eran un pueblo germánico, y según las primeras noticias que se tuvieron de ellos residían en las costas heladas del mar Báltico en la época en que Jesús estaba vivo en la tierra, entre los judíos. Emigraron al sur paulatinamente, hasta las ricas llanuras cercadas por los Cárpatos, donde crecieron en número mediante alianzas y matrimonios con las tribus hunas que ya ocupaban ese territorio. Cuando el emperador Constantino adoptó el cristianismo como religión estatal, los vándalos ya habían desbordado ese nuevo reino: a causa de la escasez de provisiones y la fertilidad de sus mujeres, una gran cantidad tuvo que adentrarse en el Imperio Romano en la zona del Alto Danubio, donde les dieron tierras y categoría de aliados, y aprendieron los métodos bélicos romanos. Dos generaciones después cruzaron de nuevo el Danubio e invadieron Germania, saqueando e incendiando a su paso, y marcharon hacia el norte. Planeaban invadir la isla de Britania. que los romanos acababan de dejar sin guarnición. En los puertos franceses había transportes suficientes, pero los vándalos no eran marinos experimentados, y el canal parecía demasiado difícil de atravesar. Así, dejando Britania a merced de los piratas sajones, invadieron en cambio Francia, cruzando el Rin la víspera de Año Nuevo, cuando estaba helado. Durante dos años asaltaron y saquearon en Francia, y luego se internaron en España, donde se afincaron en la zona más meridional y llamaron a su reino Andalucía. Pero pocos años más tarde fueron invitados a Cartago por el conde Bonifacio, el gobernador romano de África del Norte. Al conde Belisario lo habían acusado erróneamente de conspirar contra el Emperador y necesitaba aliados para salvarse de una muerte humillante: ofreció a los vándalos un tercio de las tierras de la zona de Cartago si acudían en su auxilio.

En España, los vándalos habían aprendido a navegar, aunque entre los romanos había una ley que condenaba a muerte a quien enseñara a cualquier bárbaro germano el arte de construir o pilotar una embarcación. De modo que cruzaron por mar desde una de las dos rocosas Columnas de Hércules, o sea Gibraltar para los españoles, a la otra, que es Ceuta para los marroquíes, y luego marcharon hacia el este a lo largo de la costa. En total eran doscientos mil, pero sólo cincuenta mil combatientes, ya que el resto eran mujeres, niños y ancianos; pues iban todos juntos y sólo unos pocos habían preferido quedarse atrás. Estos vándalos eran cristianos, pero como la mayor parte de las tribus germánicas, profesaban la herejía arriana. Ay, tendré que exponer una nueva teoría sobre la naturaleza del Hijo.

En la época en que los germanos fueron convertidos al cristianismo por un tal Ulfilas, un contemporáneo del Emperador Constantino que tradujo las Escrituras a la lengua gótica -todas menos los Libros de los Reyes, pues temía que inflamaran las pasiones bélicas de esos bárbaros-, el arrianismo era una herejía muy difundida y casi se había transformado en la doctrina ortodoxa de toda la Iglesia. Los germanos la aceptaron porque parecía un credo simple y primitivo que resumía su propia concepción de la Deidad. Los arrianos sostienen que el Padre es inconmensurablemente superior al hombre, y que no existe mediación real entre el Padre y el hombre: ni siquiera el Hijo, quien nunca conoció perfectamente al Padre, y mientras vivió en la tierra estuvo supeditado a todas las afecciones del hombre, como la furia, el dolor, la desesperación, la humillación, tal como en verdad lo describen los evangelistas. No obstante, el Hijo (según los arrianos) es una suerte de semidiós, no Dios, sino un ser intermedio, de sustancia diferente y del todo disímil a la del padre, que existía antes que el mundo se creara de la nada y se hizo hombre. Como los germanos ya creían en un Dios de poder inconmensurable y temperamento caprichoso, a quien llamaban Odín, y también en un semidiós y ancestro radical llamado Mann (que en germano significa «hombre»), que se originó prácticamente de la nada, el cambio de fe era más alteración de nombres que de creencias. Ahora accedían a abstenerse de los sacrificios humanos, pues (de acuerdo con la nueva fe) Dios los había prohibido desde

tiempos del patriarca Abraham; pero continuaban enzarzándose en guerras y matanzas sangrientas. Pues aunque el buen Ulfilas había omitido los Libros de los Reyes de su traducción, había incluido el Libro de Josué, que cuenta cómo los judíos exterminaron despiadadamente a las tribus que encontraron en su «tierra prometida».

Para los vándalos, el África romana era también una tierra prometida, y se asemejaba a la antigua Canaán por sus viñedos, sembrados, plantaciones y ciudades amuralladas. Pero cuando la multitud en marcha ya estaba cerca de Cartago, el conde Bonifacio les informó friamente que había cometido un error: el Emperador, o mejor dicho la Emperatriz regente, ahora confiaba otra vez en él, y no se necesitaban aliados vándalos; si le hacían el favor de regresar a Andalucía, él los resarciría por la molestia.

Desde luego, se sintieron groseramente insultados y rehusaron largarse. De aliados se convirtieron en enemigos y derrotaron a Bonifacio en batalla; después de lo cual no ocuparon un tercio de las tierras de la región de Cartago, sino toda la diócesis de África, esclavizando a los habitantes.

La propia Cartago, que después de Roma era la mayor ciudad del Imperio de Occidente, resistió unos años. Pero pudo hacerlo porque recibía alimentos por mar y tenía murallas muy fuertes, y los vándalos carecían de la experiencia técnica necesaria para derribarlas; no porque sus habitantes fueran heroicos. Los siglos de paz, la riqueza del suelo y el calor enervante habían reblandecido a los africanos romanos. Más aún, estaban divididos entre si por el cisma de Donato. Que, excepcionalmente, no se debía a una visión herética de la naturaleza del Hijo, sino a una disputa sobre la disciplina eclesiástica: los donatistas sostenían que la bendición impartida por un sacerdote que llevaba mala vida o había cometido algún acto impío, como la quema de un libro religioso por orden de la autoridad civil, no era bendición, y que ningún acto sacerdotal realizado por semejante persona tenía validez. Pero la teoría ortodoxa sostenía que el agua de la vida podía manar de las fauces de un perro muerto (así se lo expresaba) y, sin embargo, curar el alma. Los donatistas formaban una comunidad separada, aislándose de los ortodoxos para evitar que los contaminaran. Los vándalos pactaron una alianza con estos donatistas, pues momentáneamente les convenía: ellos también eran donatistas, a su manera arriana, dijeron.

El rey vándalo, el cojo Geiserico, que por alguna razón había nacido cristiano ortodoxo, era ahora arriano; y pronto empezó a perseguir a todos los no arrianos del África, fueran donatisas u ortodoxos o herejes de cualquier especie, con toda la violencia de un converso. Por último, tuvo bajo su poder a toda la diócesis de Africa y, como precaución contra una revuelta, desmanteló las fortificaciones de todas las ciudades, salvo Hippo Regius y Cartago, en las cuales apostó una numerosa guarnición. Luego incrementó su flota y empezó a capturar islas, entre ellas Cerdeña y las Baleares, haciendo incursiones en las costas de España, Italia e incluso Grecia. Su principal hazaña fue el saqueo de Roma, de donde, tras una permanencia de quince días, se llevó un inmenso botín, público y privado, incluyendo los áureos tesoros del templo de Salomón, que Tito había llevado a Roma siglos antes, y la mitad del techo del templo de Jove Capitolino, que era de fino bronce laminado de oro. Como ya he mencionado, fueron las depredaciones de Geiserico en Roma las que obligaron al abuelo materno de Belisario a cambiar Roma por Constantinopla.

El Emperador de Occidente -pues los Emperadores orientales de Constantinopla todavía tenían colegas en Roma en esos días- no podía oponerse a estos múltiples actos de piratería; pero Constantinopla despachó una expedición punitiva a Cartago.

Estaba integrada por cien mil hombres a bordo de la flota de barcos más formidable jamás armada en el mar Mediterráneo; y no habrían tenido ninguna dificultad en vencer a los vándalos. Geiserico fingió la deferencia más absoluta ante el comandante, y obtuvo de él cinco días de tiempo para «preparar la ciudad para la rendición», según lo expresó. Luego reunió furtivamente sus fuerzas y en la cuarta noche envió brulotes contra la flota imperial, siguiéndolos con galeras armadas. Entre las abrasadoras llamas y los salvajes vándalos, los incautos romanos fueron totalmente destruidos. Sólo unos pocos buques destartalados y unos

pocos cientos de soldados regresaron a Constantinopla. Este desastre ocurrió dos generaciones antes del reinado de Justiniano.

Desde entonces había habido varios sucesores de Geiserico, quien había decretado que entre sus descendientes el poder real siempre debía pasar íntegramente al varón superviviente de más edad. Esto era para impedir la división del reino, con el consiguiente debilitamiento de la autoridad central, y también los problemas que se presentan a menudo cuando se proclama una regencia por cuenta de un monarca niño. Así, el hijo mayor del rey no hereda a la muerte del padre, si había un tío o tío-abuelo con vida, sino que debía ceder la sucesión. Tal vez Geiserico no consideró concienzudamente que esta ley de sucesión tendía a favorecer a príncipes que descollaban más por su longevidad que por sus luces.

En tiempos del ascenso al trono de Justiniano, el rey vándalo era Hilderico. Había firmado una alianza defensiva con el rey godo que gobernaba Italia. (Para esta época, toda la región occidental del Imperio -aunque nominalmente bajo el dominio del Emperador oriental de Constantinopla, pues ya no había Emperador en Roma- estaba dominada por diversos aliados germanos, que hacían las veces de guarnición. Habían elegido las regiones más fértiles para instalarse, y eran todos arrianos.) Hilderico también andaba en buenos términos con el Emperador de Oriente y continuaba enviando a Constantinopla el tributo anual de dinero aceptado por Geiserico en el tratado que ratificó sus conquistas. Era un hombre de edad, inepto para los asuntos públicos, y de temperamento casi tan receloso como el mismo Justiniano. La viuda de su predecesor aún vivía, y era hermana de Teodorico, el famoso rey godo. Había traído consigo, como dote, una guardia de seis mil jinetes godos y la soberanía del Lilibeo, que es un promontorio en Sicilia, a sólo cien millas de la costa de Cartago; y alguien aseguró a Hilderico que esta ex reina planeaba matarlo y entregar Cartago a los godos. Él la hizo encerrar en prisión y estrangular, y exterminó a los seis mil godos. Esto ofendió muchísimo a Teodorico: rompió su alianza con los vándalos, pero no quiso arriesgarse a lanzar contra ellos una expedición militar.

Justiniano era amigo personal de Hilderico, y frecuentemente se intercambiaban misivas y regalos. Hilderico había trabado amistad con Justiniano en Roma, en los tiempos en que era un rehén sin importancia en la corte de Teodorico; y Justiniano también apreciaba a Hilderico por su indulgencia con los católicos ortodoxos, pues los anteriores reyes vándalos los habían perseguido salvajemente. Cuando llegó a Constantinopla la nueva de que Hilderico había sido depuesto y encarcelado por su sobrino Gelimer, Justiniano lo tomó como un agravio. Pensó que había que darle una lección; pues él mismo había estado una vez en la misma situación que Gelimer, cuando su tío Justino empezó a chochear y durante dos años fue Emperador sólo de nombre. Consideraba que había elegido la senda de la virtud al contentarse con el titulo de regente en lugar de tomar el trono anticipadamente, y esto daba fundamento a sus protestas contra Gelimer. Le envió una carta moderada, según los usos diplomáticos, donde expresaba que si liberaba al anciano y le devolvía su dignidad real, Dios favorecería a Gelimer y Justiniano seria su amigo.

La excusa de Gelimer para encarcelar a Hilderico había sido la calumniosa acusación de que se había convertido secretamente a la ortodoxia y deseaba ceder el trono a Justiniano; de modo que no dio ninguna respuesta a la carta cuando los embajadores se la entregaron, excepto un ruido grosero con la boca. Hilderico fue trasladado a una mazmorra más oscura y desagradable que la anterior.

Justiniano le escribió de nuevo, esta vez con más firmeza, declarando que Gelimer se había apoderado del poder real por la violencia y debía esperar la retribución divina que atrae toda usurpación. Exigió que al menos enviara a Hilderico a Constantinopla para que terminara sus días en un cómodo exilio, y amenazó con declarar la guerra a los vándalos si no le obedecían.

Gelimer replicó que Justiniano no tenía derecho a inmiscuirse en la política interna del reino africano; que Hilderico había sido depuesto por traidor, una acción aprobada por el Real Consejo Vándalo de Cartago; y que antes de lanzarse a la guerra, Justiniano tendría que recordar lo sucedido con la última flota oriental que había visitado Cartago.

Justiniano no habría concedido al rey Cosroes cláusulas tan favorables en el tratado de paz, de no haber considerado previamente la posibilidad de retirar algunas fuerzas de la frontera persa para una expedición contra los vándalos. Pero cuando mencionó el proyecto a sus principales ministros, todos quisieron disuadirlo, declarando que era extremadamente arriesgado. No les faltaba razón a los ministros, cuyo portavoz era Juan de Capadocia, como comandante de la Guardia y ahora también intendente del ejército de las fuerzas imperiales. Cartago estaba a por lo menos ciento cuarenta días de viaje por tierra de Constantinopla. Transportar hasta allí una tropa adecuada por mar significaría la confiscación de gran cantidad de barcos; y ello perjudicaría enormemente el comercio del Imperio. Ya era bastante difícil reclutar tropas para defender las fronteras del norte y el este, para desperdiciarlas en guerras innecesarias en el otro confín del mundo. Aun cuando fuera posible derrotar a los vándalos, era estratégicamente desaconsejable ocupar África del Norte, a menos que uno también controlara Sicilia e Italia, lo cual era imposible para Justiniano. Además, el gasto de semejante expedición ascendería a millones. Juan de Capadocia también temía, aunque no lo raencionó, que Justiniano, en su afán por reunir el dinero necesario, revisara cuidadosamente las cuentas del despacho del intendente de ejército en el Ministerio de Guerra y encontrara evidencias de fraudes en gran escala.

Sus argumentos, sin embargo, disuadieron a Justiniano del proyecto. Todos respiraron aliviados, especialmente los funcionarios del Tesoro, quienes habrían sido responsables de recaudar enormes sumas con nuevos impuestos. Los generales también se tranquilizaron: cada cual había temido que por sus méritos los designaran comandante de la expedición contra los vándalos.

Entonces vino un obispo de Egipto, solicitando una audiencia inmediata en palacio, pues había tenido un sueño de cierta importancia. Justiniano lo recibió con su acostumbrada afabilidad y el obispo explicó que Dios mismo se le había aparecido en un sueño y le había ordenado recriminar al Emperador su indecisión: «Pues si él emprendiera esta guerra en defensa del honor de Mi Hijo, a quien esos impíos herejes arrianos niegan igualdad con Mi persona, Yo marcharé delante de sus ejércitos en batalla y lo haré amo del África>*. Es más que probable que este mensaje no haya manado de la Deidad, sino de un grupo de clérigos africanos ortodoxos, amigos de Hilderico, que habían huido de Cartago al ascender Gelimer al trono. Pero Justiniano creyó en él a pies juntilías, y aseguró al obispo que obedecería al momento la orden divina. Éstas eran, pues, las circunstancias en que llamó a Belisario, que había demostrado lealtad y coraje intachables en los Disturbios de la Victoria. Le dijo en presencia de Teodora:

-¡Afortunado patricio, a ti confiamos la captura de Cartago!

Belisario, a quien mi ama había advertido de lo que Justiniano se proponía realmente, repuso:

-¿Te refieres a mí sólo, Serena Majestad, o a una docena de comandantes con igual autoridad que yo? Pues en el primer caso, puedo ofrecer la gratitud; pero en el segundo, sólo real obediencia.

Justiniano estaba a punto de contestar con evasivas cuando Teodora interrumpió:

-No importunes al Emperador con preguntas innecesarias. Por cierto, su propósito es designarte a ti único comandante, ¿verdad, querido Justiniano? Narses, encárgate de que se redacte inmediatamente esa autorización y la traigan al Emperador para que la firme: que se describa al ilustre Belisario como vicerregente del Emperador. La gran distancia entre Cartago y la ciudad, lamentablemente, imposibilitará al Emperador ofrecer su consejo en asuntos urgentes, o ratificar las designaciones y tratados políticos relevantes con la celeridad necesaria. Escribe, pues, buen Narses: «Las órdenes del ilustre Belisario, comandante de Nuestros Ejércitos de Oriente, se considerarán como nuestras mientras dure esta expedición».

Justiniano parpadeó y tragó saliva cuando el asunto se dispuso de esta manera. Pero no se atrevió a volver a su plan original de un mando múltiple. Era políticamente adecuado, por cuanto ningún general podía aspirar a ganar toda la gloria y así rivalizar con él; pero habría sido desastroso desde el punto de vista militar, según se había demostrado en Persia en tiempos de Anastasio. Firmó la autorización.

Esto fue en otoño del año de Nuestro Señor de 532, pocos meses después de los disturbios, y el invierno transcurrió en medio de la realización de todos los preparativos necesarios. Mi ama se alegró de que la expedición no zarpara hasta la primavera, pues para Año Nuevo esperaba un hijo de Belisario y había decidido no permanecer en la ciudad cuando él partiera a la guerra. Se proponía encontrar una nodriza para el bebé y dejarlo a cargo de Teodora. Así lo hizo, y el bebé resultó ser una hija a quien llamaron Joannina. El Emperador y la Emperatriz fueron los padrinos ante la pila bautismal. Fue la única hija que mi ama dio a Belisario, y al cabo terminó defraudándolos.

Hubo agoreros sentimientos de zozobra en Constantinopla cuando se anunciaron los detalles de la expedición. Se cuenta que una noche el prefecto de la ciudad dijo a Juan de Capadocia, en el palacio:

-Temo que este desastre sea tan enorme como el que nuestros abuelos sufrieron en manos de Geiserico.

Y que Juan de Capadocia respondió animosamente:

-Es imposible. Pues en esa campaña perdimos cien mil hombres, ni uno menos; pero ahora he persuadido al Emperador de que envíe quince mil, y la mayor parte son infantes.

-¿Qué número de combatientes calculas que tendrá el ejército vándalo? -había preguntado el prefecto.

-Más de cien mil, contando sus aliados moriscos -habría respondido Juan de Capadocia.

-Varón entre los varones -había exclamado el prefecto, alelado-, ¿qué posibilidad de éxito puede tener Belisario, en tal caso?

-Un obispo tiene derecho a soñar -habría respondido Juan, encogiéndose de hombros. La frase llegó a ser proverbial.

La infantería era de buena calidad, integrada casi toda por montañeses de Isauria; Belisario los había entrenado en marchas y atrincheramiento, y en la utilización de armas. La caballería sumaba sólo cinco mil hombres, a causa de la dificultad para transportar caballos a mil quinientas millas de distancia. Pero entre ellos estaban los restos de los hunos masagetas que habían luchado tan admirablemente en Daras y a orillas del Eufrates, seiscientos en total (pues muchos de los heridos graves se habían recuperado); y los cuatrocientos hérulos de Faras; y el experimentado regimiento de Belisario, mil quinientos coraceros. El resto eran tracios que habían servido al mando de Butzes; pero Butzes se había quedado en la frontera persa. Belisario había confiado el mando de estos tracios a Rufino y a un huno masageta llamado Aigan, hijo de Sunicas, que Sunicas le había encomendado a Belisario cuando agonizaba en el campo de batalla. El jefe de la plana mayor de Belisario era un eunuco armenio llamado Salomón; no era eunuco por castración deliberada, sino a causa de un accidente que había sufrido cuando era un bebé de pañales, y había pasado toda la vida entre soldados.

Hacia falta una flota de quinientos transportes para trasladar este ejército a Cartago.

Era el conjunto de embarcaciones más heterogéneo que se reunió jamás, con cargas que oscilaban entre las treinta y las quinientas toneladas. Las tripulaban unos treinta mil marineros, en su mayor parte egipcios y griegos del Asia Menor, al mando de un almirante alejandrino. Además de estos transportes, había una flotilla de noventa y dos galeras ligeras con una sola hilera de remos, todas con cubierta cerrada para protección de los remeros en caso de batalla naval. Había veinte remeros en cada galera, hombres de Constantinopla de la especie que llaman «infantes navales», quienes reciben un sueldo más alto que el normal porque en caso de emergencia pueden combatir en tierra. Juan de Capadocia fue el responsable de pertrechar esta flota, y se enviaron los oficiales a los campos de pastoreo reales de Tracia para reunir tres mil caballos y tenerlos preparados en Heraclea, en la costa septentrional del mar de Mármara, cuando la flota hiciera escala allí.

Al fin zarpamos, en el equinoccio de primavera. Belisario y mi ama recibieron una fastuosa despedida de Justiniano y Teodora, y una bendición del Patriarca de Constantinopla. Nos embarcamos en el puerto imperial, que está cerca del palacio, en el lugar donde el mar de Mármara se angosta en el Bósforo. Allí hay anchas escalinatas de mármol blanco, y suntuosas barcazas doradas, y árboles ornamentales de Oriente; y una grácil capilla donde se exhiben los auténticos pañales de Jesús, y un retrato de Él de mayor atribuido al evangelista Lucas. Domina el puerto un grupo escultórico, un toro peleando a muerte con un león. Lo miramos con supersticioso interés, pues el toro es símbolo de los ejércitos romanos, y el león lo es de los de África del Norte.

Mi ama Antonina, sonriendo, dijo al prefecto de la ciudad, que estaba cerca:

-Apuesto cinco mil contra dos mil a que el toro sale victorioso. El león es poco musculoso, y el toro, aunque menudo, es de lidia.

Afortunadamente, Justiniano puso a bordo de nuestra embarcación, la nave insignia de la flota, a un joven tracio que acababa de convertirse a la fe ortodoxa. Pertenecía a una secta en vías de desaparición, los eunomianos, que se caracterizan por negar que el Hijo pueda ser Dios y eterno, dado que una vez fue engendrado: pues la generación eterna es, según dicen, una idea descabellada. Lo que es engendrado no puede ser uno con lo no engendrado; y viceversa. Lo no engendrado permanece eternamente no engendrado, y lo engendrado no puede negar el acto del engendramiento. Por lo tanto... Pero, de todos modos, este joven había renunciado a sus herejías y era ahijado de Belisario y de mi ama Antonina, y adoptó el nombre de Teodosio.

Era el hombre más apuesto que vi jamás, y he visto muchos. No tenía la estatura ni la magnífica musculatura de Belisario, pero su físico era fuerte y grácil y su rostro extremadamente expresivo. (El único defecto que pude encontrarle era una nuca un poco estrecha y con una profunda hendidura.) Pero, aparte de esto, era el único hombre que había conocido mi ama capaz de compartir con ella sus charlas disparatadas. Belisano era sagaz, elocuente y afectuoso, y tenía todas las cualidades dignas de admiración en un hombre, y jamás hubo mujer tan afortunada como mi ama en la elección de su esposo. Era como el Sol que gira en los cielos, dando calor a criaturas y edificios; pero, como el Sol, su círculo no era completo, no podía iluminar desde el norte. Era una incapacidad vinculada con sus lealtades: la fe y la ignorancia ocupaban ese confín de su órbita. Pero Teodosio iluminaba desde el norte, como quien dice, con un fulgor risueño, cuyas características me cuesta mucho expresar. Sólo puedo decir que lo que le faltaba a Belisario, Teodosio parecía brindárselo a mi ama. Era muy poco en comparación con lo que tenía Belisario pero muy precioso para ella, pese a su irrelevancia.

Es casi imposible, en mi opinión, que un hombre ame a dos mujeres al mismo tiempo sin una secreta reserva mental, «prefiero a ésta». Pero una mujer si puede encontrarse en tal situación, como pronto descubrió mi ama, y ser la más feliz y también la más desventurada. Puede reconciliar a ambos en el corazón, pero en sus relaciones con ella cada cual ignora el amor por el otro. El hombre más digno (y mi ama jamás habría dudado, siquiera un momento, de que Belisario lo era) siente la tentación de tratarla hurañamente, por su incapacidad para comprender el fenómeno del resplandor desde el norte, y por su deseo de redondear una órbita amorosa completa. El otro está tan libre de los celos y los sentimientos intensos que toma ese amor por el otro con tan poca seriedad como el amor por él mismo. Su humor equitativo vuelve absurdas las emociones fuertes.

Fue la serena airosidad de Teodosio, por contraste con la profunda gravedad moral de Belisario, lo que por primera vez incitó a mi ama Antonina a asociarlos mentalmente. Sucedió el episodio de los hunos masagetas ebrios en Abidos; y luego el de la vasijas de agua, cuando nos aproximábamos a Sicilia. Ambos tienen que referirse detalladamente.

Después de embarcar los caballos tracios en Perinto, seguimos viaje por el mar de Mármara hasta llegar al Helesponto, y anclamos una noche frente a Abidos, con la intención de hacernos a la mar al amanecer de la mañana siguiente. Las corrientes son muy dificultosas allí, y hace

falta una brisa favorable del nordeste para poder surcarías; pero a la mañana siguiente no había brisa, de modo que tuvimos que esperar cuatro días hasta que empezó a soplar. Los hombres, que gozaban de una licencia para desembarcar, se empezaron a aburrir: no hay mucho que hacer ni que ver en esa región, a menos que a uno le gusten las antigúedades; en tal caso, se puede cabalgar a lo largo de la costa hasta donde estaba Troya y, apeándose, correr alrededor de la tumba de Aquiles para tener buena suerte.

Los hunos masagetas llevaban una especie de levadura que echan en la leche de yegua para hacerla fermentar después de haberla batido, en el interior de una vejiga, golpeando el recipiente con un garrote hueco, para liberarla de las partes grasas. En Perinto habían comprado una cantidad de leche de yegua y le habían dado ese tratamiento, de manera que ahora era una bebida fuerte, que ellos llaman kavasse o kumys.

Por deferencia a Aigan yo la probé una vez y la encontré demasiado picante para mi gusto, aunque el regusto que dejaba no difería mucho del de la leche de almendras; y parecía haber algo repulsivo en el hecho de que se extrayera de una yegua. Pero, como nosotros decimos cuando las costumbres ajenas no son las nuestras, «A cada ;pez su licor» y «Los cardos son lechuga para el asno».

Belisario ignoraba lo del fermento, y había tomado precauciones que él consideraba suficientes para evitar que los soldados se abastecieran de bebidas espirituosas al margen de la ración diaria de vinagre, que ellos mezclan con el agua para purificarla. Los hunos, pues, tuvieron su francachela en la costa, durante la cual uno de ellos ridiculizó .a otros dos por desentonar en una balada; esos dos los mataron de inmediato. Belisario ordenó una corte marcial para los asesinos, quienes parecían tomar el delito muy a la ligera y alegaban la ebriedad como excusa: estaban dispuestos, dijeron, a pagar el acostumbrado dinero de sangre a los parientes del muerto. Pero Belisario sostuvo que matar a un camarada de armas camino de la guerra era una infamia incalificable. Preguntó a Aigan cuál era la muerte más ignominiosa que podía infligirse a un huno, y Aigan repuso «la muerte por empalamiento».

Los dos hunos fueron, pues, empalados en la colina de Abidos, para indignación de sus camaradas, quienes declararon que ellos eran aliados de Roma, no romanos, y que sus propias leyes no condenaban con la muerte el homicidio cometido bajo la influencia de la bebida. Belisario los hizo formar para una interpelación personal, y, lejos de disculparse, les dijo que ya era hora de que ese código bárbaro se revisara:

la ebriedad era, en su opinión, un agravante, no un paliativo, y mientras sirvieran a ,sus órdenes tendrían que obedecer sus leyes. Les advirtió que no pasaría por alto ningún acto de violencia privada, ya se cometiera contra camaradas, prisioneros o civiles, a menos que pudiera demostrarse que había sido en defensa propia.

-Este ejército debe ir a combatir con las manos limpias.

Luego se adueñó del fermento, hasta el momento en que los hunos pudieran guarnecerse sin peligro en la Cartago capturada.

Esa noche, durante la cena, sus compañeros callaban. Belisario señaló con la cabeza hacia la colina y preguntó:

-¿Cuál es tu sincera opinión? ¿Y la tuya?

-Lo tenían merecido -repuso Juan de Armenia.

Rufino opinaba lo mismo, y Uliaris refunfuñó:

-Un hombre no debería empuñar un arma estando borracho.

Por último, Teodosio, cuando se le pidió un comentario, observó despreocupadamente:

-Tendría que haber habido un tercero, ¿verdad?

Mi ama fue la única entre los presentes que entendió la burlona alusión.

-No -respondió Belisario con seriedad-, los otros hombres del campamento no estaban implicados, a juzgar por las pruebas.

Pero mi ama miró a Teodosio y le dijo:

-Y si hubiera habido un tercero, tu padrino no lo habría recompensado con un trago de vino. -A lo cual Teodosio sonrió con gratitud, y no se dijo nada más; pero se establece un gran vínculo entre dos extraños cuando pueden realizar una broma privada sin que nadie, ni siquiera sus íntimos, sospechen que sus palabras tienen un segundo sentido. Pues Teodosio insinuaba algo como esto: que el monte sugería el Gólgota, el escenario de la Crucifixión, pero que en esa impresionante ejecución faltaba una tercera víctima, más flagrantemente inocente que las otras dos. La observación de mi ama sobre el vino era una alusión al piadoso soldado romano que permitió a Jesús beber vinagre del hisopo que le alcanzó con la punta de la lanza.

Teodosio no era persona de temperamento religioso. Su conversión a la fe ortodoxa obedecía a razones de conveniencia, como la de mi ama, y él nunca perdió de vista esa manera práctica y socarrona de tomar las cosas que siempre me ha parecido típica de los tracios. Podía detectar incoherencia y petulancia aun en los personajes más admirables, aunque él no se propusiera como paradigma moral. Sus emociones y pensamientos, al menos, le eran propios, no imitados de nadie; exteriormente, se atenía a las convenciones vigentes, aunque en privado no reconocía más autoridad que su propio criterio de lo decoroso.

En cuanto al incidente de los cántaros de agua: eso sucedió unas semanas después, camino de Sicilia. El viaje había sido mucho más largo de lo que habíamos esperado:

pues, aunque desde Abidos habíamos tenido un viento fuerte y constante que nos impulsó por el Egeo hasta la misma Lesbos, allí se redujo a casi una calma chicha y tardamos tres semanas en bordear la costa meridional de Grecia. Más aún, la velocidad de toda la flota era la del barco más lento, pues Belisario insistió en que ninguna unidad se separara y llegara a Cartago antes que el resto de la flota, con lo cual no contariamos con la sorpresa. Pintó las velas mayores de las tres naves guía, la nuestra y dos más, con anchas franjas bermellón como señal durante el día; de noche, usaba fanales de popa. Ninguna embarcación podía alejarse de su vecina más de un cable de distancia. A veces había unos cuantos topetazos y maldiciones y maniobras con garfios, pero ninguna nave perdió contacto ni embarrancó.

Luego, el viento cesó por completo y Belisario ordenó un desembarco general en Metona, una ciudad en el promontorio sudoeste de Grecia. Se realizó como una maniobra de práctica, con armadura completa, y los habitantes se alarmaron. Los hombres estaban bastante entumecidos para entonces, y también los caballos, de modo que las marchas y simulacros eran la orden del día hasta que el viento soplara de nuevo. El calor era aplastante en Metona. Las galletas para los soldados, que se habían traído en sacos desde Constantinopla, empezaron a ponerse mohosas y rancias. Belisario se valió inmediatamente de su mandato imperial para confiscar pan fresco en la vecindad, pero no lo consiguió antes de que quinientos hombres hubieran muerto de cólicos.

Investigó el asunto de las galletas y lo informó a Justiniano. Sus hallazgos eran:

que las galletas habían sido suministradas por Juan de Capadocia en su calidad de intendente de ejército; que a causa de la pérdida de peso que el pan fresco sufre cuando se lo endurece para hacer galleta, el intendente de ejército había recibido por su contrato una cuarta parte más que por un peso equivalente de pan fresco, según la costumbre, además de una asignación por combustibles para el horneado; que no sólo había horneado el pan ligeramente, sin reducir por lo tanto el peso en el cuarto necesario, aunque aceptando que se lo pagaran como galleta de buena calidad, sino que también se había guardado la asignación para combustible, aunque el horneado parcial se había realizado gratuitamente en las calderas de los baños públicos. Justiniano felicitó más tarde a Belisario por el informe, aunque eximió a Juan de Capadocia (quien había encontrado un chivo expiatorio entre sus subalternos) de la sospecha de fraude deliberado.

Pero nadie, ni siquiera Juan de Capadocia, podía ser culpado por el efecto contaminante del calor en los toneles de agua dulce que embarcamos en nuestra siguiente escala, la isla de Zante. Nuestro viaje de Zante a Sicilia por el mar Adriático se prolongó dieciséis días por las calmas repentinas; y fueron días horribles, pues estábamos a mediados de junio y el calor era agobiante. En Metona, mi ama había tomado la precaución de enviarme a comprar en la plaza del mercado varias vasijas de vidrio como las que se usan para poner las aceitunas en salmuera, para que las llenara de agua potable y las guardara en la sentina de la nave, hundidas en arena hasta el cuello; era mi deber mantenerlas humedecidas con agua de mar. Como resultado, la gente de nuestra nave fue la única que tuvo agua no contaminada para beber; y esto turbó muchísimo a Belisario, quien se ufanaba de comer la misma comida que los hombres a su mando, y de beber la misma agua. Empeoró la situación el que la provisión de vinagre se hubiese agotado, a causa de la inesperada duración del viaje.

Belisario explicó la situación a sus oficiales y les pidió consejo. Destacó que no había agua pura suficiente para que fuera posible compartirla con la gente de las otras naves de la flota; tampoco podía compartirla con sólo dos o tres, pues crearía recelos.

Quizá lo más noble fuera seguir el ejemplo del gran Catón, quien una vez, en una aplastante marcha por el África, reprochó a un soldado que trajera consigo un casco lleno de agua cuando el resto del ejército estaba sediento, y se lo arrojó al suelo; y el del rey David, de los judíos, que en una ocasión había hecho algo parecido con agua que le trajeron del pozo de Belén. Ahora bien, los lugartenientes de Belisario estaban todos fundidos en el mismo molde: eran heroicos y honorables hasta un grado que a veces me parecía extravagante. Todos estaban convencidos de que no debían beneficiarse gracias a la imprudencia de mi ama, sino vaciar las vasijas de agua en el mar. Naturalmente, ella se enfureció muchísimo. Al principio, nadie aceptó su argumento de que no sólo sería una tontería, sino un insulto a su persona, beber agua contaminada cuando ella se había tomado el trabajo de abastecernos de agua potable como cualquiera pudo haberlo hecho cuando tuvo la oportunidad. Teodosio se adelantó y le dijo:

-Madrina Antonina, si nadie más desea ser el primero en manchar un honor vacío bebiendo tu excelente agua, me ofrezco gustoso como víctima. Aquí está mi copa. ¿Puedo servirme? No me atreveré a acusar a mi padrino de deslealtad a su Emperador por arriesgarse a contraer disentería cuando la seguridad de la expedición depende a tal punto de su buena salud. Pero, al menos, recordaré a los presentes que las cinco virgenes prudentes de la parábola evangélica no habrían sido alabadas si, al enterarse de que las cinco virgenes tontas se habían olvidado de llenar las lámparas, hubieran derra¡nado el aceite y no hubieran podido atender al Prometido a medianoche.

En un silencio de muerte, se llenó la copa y bebió, echando la cabeza hacia atrás; luego volvió a servir y ofreció la copa a Belisario. Belisario la tuvo un momento en la mano, reflexionando, y al fin dijo:

-Teodosio, tienes razón: el deber está antes que el honor. -Sorbió y le pasó la copa a Juan de Armenia y Aigan, quienes también bebieron. Así hubo otro vinculo entre Teodosio y mi ama, cuyo honor él había protegido a riesgo de perder el propio.

Anclamos en un sitio desierto, cerca del volcán Etna. Allí había agua, y pastos para los caballos, y todavía teníamos suficientes sacos de galleta de Metona para comer durante unas semanas. Pero Belisario necesitaba vituallas frescas, especialmente vino, aceite y verduras. Envió a su secretario, Procopio de Cesarea, en una galera ligera para que se aprovisionara de ellas en Siracusa, la capital, y nos las llevara al puerto de Catania, donde se podía anclar con más seguridad. Belisario sabia que últimamente se había firmado un pacto entre Justiniano y la regente goda de Italia, la reina Amalasunta (hija de Teodorico, cuyo joven hijo varón, Atalarico, ahora era rey), de acuerdo con el cual ella debía ofrecer un mercado abierto a sus ejércitos si pasaban por Sicilia.

Amalasunta había firmado gustosamente el tratado, pues su posición política era precaria, y la amistad de Justiniano tenía peso.

El gobernador de Siracusa envió, pues, bordeando la costa, varias naves cargadas con las provisiones requeridas, y también partidas de caballos para reemplazar a los que habían muerto en el viaje. No habíamos perdido más, gracias al ingenioso modo de ejercitarlos a bordo ideado por Belisario: los hacia erguir en los pesebres con una cuerda bajo las patas delanteras, hasta que se afirmaban sobre las traseras. En esta posición coceaban y corcoveaban ferozmente intentando recobrar su postura natural, y así sudaban los malos humores. Procopio regresó con nuevas muy gratas de Siracusa.

Un amigo de su infancia, un mercader de Cesarea de Palestina, acababa de recibir un cargamento de Cartago; y su agente informaba que no sólo los vándalos no sospechaban que se aproximaba una expedición, sino que recientemente habían despachado sus mejores fuerzas a Cerdeña, que pertenecía a sus dominios, al mando de Zazo, el hermano del rey Gelimer, para aplastar una sedición. Más aún, los nativos de Trípoli, el distrito costero que se extiende entre Cartago y Egipto, habían organizado una victoriosa revuelta contra los vándalos, quienes habían enviado también allí una fuerza naval.

Belisario decidió que no había más tiempo que perder. Zarpamos de Catania e hicimos escala en las pequeñas islas de Gozo y Malta (fue en Malta donde una vez naufragó el apóstol Pablo). Luego se levantó un poderoso viento del este; y a la mañana siguiente habíamos avistado el punto más cercano de la costa africana, un promontorio desértico llamado Capudia, ciento cincuenta millas al este de Cartago. En cuanto estuvimos en aguas bajas, plegamos las velas y anclamos. Belisario celebró una reunión general de oficiales en la nave insignia: el tema a tratar era si debíamos desembarcar allí y marchar a lo largo de la costa, protegidos por la flota, o continuar la travesía y bajar más cerca de Cartago.

El almirante egipcio habló primero, pues tenía una gran experiencia en la zona.

Observó que Cartago estaba a nueve días de marcha a lo largo de una costa sin puertos naturales. Si la flota seguía el paso del ejército, manteniéndose cerca de la orilla, ¿qué sucedería si de pronto se levantaba una tormenta? Habría que afrontar dos alternativas igualmente peligrosas: la de ser arrastrados a la costa y estrellarse, o la de alejarse y perder contacto con el ejército. La costa prácticamente no tenía reservas de agua, el sol era abrasador, y las tropas -con equipo completo y cargando raciones- quedarían agotadas por la marcha. Por lo tanto, proponía que remontáramos la costa hasta llegar cerca de Cartago, donde había un gran lago, el lago de Túnez, que posibilitaría un anclaje perfecto.

Rufino, respaldando el criterio del almirante, recordó a Belisario que los vándalos podían reunir fácilmente un ejército cinco veces mayor que el nuestro; y que no tendríamos la protección de ninguna ciudad amurallada durante nuestros altos nocturnos, porque hacia tiempo que se habían desmantelado las fortificaciones de todas las localidades de la diócesis, salvo Cartago e Hippo Regius.

La opinión general de los presentes era que el plan del almirante era sensato, y que marchar despacio a lo largo de la costa implicaría arriesgarse a perder la ventaja de la sorpresa. Belisario aún se abstenía de opinar. Preguntó a los oficiales, uno por vez, si era verdad que sus tropas se habían negado absolutamente a librar una batalla naval si los vándalos les salían al encuentro.

Admitieron que algo se había hablado al respecto, porque los marineros siracusanos les habían contado patrañas terribles e inverosímiles sobre la flota vándala, diciéndoles que se componía principalmente de veloces quinquerremes de mil quinientas toneladas, que penetrarían en nuestra flota como el cuchillo en el queso cremoso. Pero juraron que ellos, personalmente, no tenían miedo y se comprometían a inducir a sus hombres a luchar tan valerosamente en el mar como en tierra.

-Camaradas -dijo luego Belisario-, confio en que no toméis mis palabras como las de un superior, ni imaginéis que las he postergado hasta el final para cerrar la discusión y obligaros a

darme la razón. Ahora estamos al tanto de todos los factores principales del problema y, con vuestro permiso, los sintetizaré como un juez y daré mi veredicto. Pero no será necesariamente un veredicto definitivo. Si observáis alguna falla en mi razonamiento, seré el primero en considerar una enmienda.

»En primer lugar: al parecer, las tropas nos han advertido claramente que rehusarán luchar contra la flota vándala si nos sale al encuentro, pero se declaran más que dispuestas a lanzarse a cualquier batalla en tierra firme, sean cuales fueren las probabilidades. Sabéis tan bien como yo que es imposible forzar a nadie a pelear contra su voluntad; y, si al menos están dispuestos a pelear fieramente en tierra, creo que no podemos pedir más a soldados de tierra. Después: no estoy de acuerdo con la idea de que el factor sorpresa quede eliminado si desembarcamos nuestro ejército aquí. Si enviamos una pocas galeras ligeras por delante, disfrazadas de piratas egipcias, para capturar a cualquier embarcación que encuentren, podemos proteger al grueso de la flota de toda observación. Análogamente, en tierra, nuestros exploradores a caballo pueden adelantarse e impedir que ninguna información sobre nuestra proximidad llegue a Cartago por la carretera. El argumento de que una tormenta puede desperdigar o hundir los barcos merece consideración. Pero, sin duda, si estallara una tormenta, seria más seguro tener las tropas y los caballos a salvo en la costa. Peor que una tormenta, desde el punto de vista militar, sería una calma chicha, pues daría a los vándalos tiempo para prepararse. El mapa me indica, además, que para llegar al lago de Túnez tendríamos que rodear el cabo Bon, al final de un largo promontorio con peñascos escarpados, y alterar repentinamente nuestro curso del nordeste al sudoeste. Si tuviéra¡nos con nosotros la célebre bolsa de vientos de Odiseo, de modo que pudiéramos soltar primero uno y luego el otro, o si todos nuestros barcos fueran galeras, las cosas serian diferentes; pero pienso que no podemos arriesgarnos a ser demorados por la calma o un viento contrario en el momento de virar.

»Por lo tanto, mi consejo es que desembarquemos; que la flota nos acompañe lentamente hasta la península del promontorio, desde donde sólo faltan cincuenta millas por tierra hasta Cartago, pero ciento cincuenta por mar; que luego enfilemos en línea recta hacia Cartago, atravesando las colinas y rodeando el lago, y lo capturemos; y que la flota rodee el promontorio con la mayor celeridad posible y se reúna allí con nosotros en cuanto le demos la señal de que la necesitamos. En cuanto a las ciudades amuralladas: he entrenado a la infantería en el arte de preparar campamentos con trincheras, que en cierto sentido son mejores que las ciudades amuralladas, pues no presentan fastidiosos problemas civiles. Por último, tanto los hombres como los caballos deben recobrar la agilidad antes del combate: una marcha de nueve días es precisamente lo que necesitan. Todo plan tiene sus desventajas y sus peligros, pero la gran superioridad numérica de los vándalos sugiere que un plan tan insospechado como el que acabo de proponer es conveniente. Recordad, además, que los africanos romanos son ortodoxos y consideran opresores arrianos a los vándalos de Gelimer. Si nos comportamos con audacia y sensatez, tendremos a toda la población civil de nuestra parte y no sufriremos por falta de agua ni de provisiones.

Estos argumentos eran irrecusables. Desembarcamos todos, salvo una guardia de cinco arqueros por barco y las tripulaciones. No hubo manera de persuadir a mi ama Antonina de que se quedara en la nave insignia, pues era una mujer de inusitado valor.

DERROTA DE LOS VÁNDALOS

En la mayoría de las historias que se publican hoy día, cada batalla se parece demasiado a cualquier otra. Por lo tanto, será una prueba de talento histórico poderos contar lo suficiente sobre las batallas libradas por Belisario para indicar la diferencia de carácter entre una y otra, sin fatigaros con demasiados detalles heroicos y militares: como un anfitrión puede ofrecer a un huésped vinos célebres y añejos para que los paladee, pero sin la intención de embriagarlo. Debo mostrar, por ejemplo, que la batalla de la Décima Piedra Miliar difirió de las dos batallas persas de Daras y el Éufrates en su extremo desorden y complejidad geográfica.

Poco después de desembarcar en Capudia, el día de San Juan Bautista, que es también el día del solsticio estival, después de tres meses de viaje, fuimos recibidos por un presagio excelente: mientras cavaban trincheras para la noche, unos soldados descu- brieron imprevistamente un manantial de agua potable. Desviándola mediante canales, pudimos abrevar a todos los caballos sin necesidad de desembarcar toneles de agua.

Belisario envió un destacamento de su Regimiento Personal a Sulecto, la ciudad más próxima. Llegó a una barranca cercana a las puertas al caer el sol y se ocultó allí toda la noche. Al amanecer, una larga caravana de carretones y granjeros a caballo vino por la carretera desde el interior; pues era día de mercado en Sulecto. De a dos y de a tres, nuestros coraceros se unieron calladamente a esa corriente de tráfico y ocuparon la ciudad, que no tenía murallas, sin toparse con ninguna oposición. Cuando los habitantes, africanos romanos, despertaron, se los exhortó a la alegría, porque Belisario venia para liberarlos de sus opresores vándalos. El sacerdote, el alcalde y otros notables se mostraron muy dispuestos a entregar las llaves de la ciudad y a poner caballos de posta y otras comodidades a nuestra disposición. Al día siguiente, estábamos acuartelados en Sulecto, formada por casas cuadrangulares de piedra blanqueada con techos chatos, cada cual con un jardín bien cuidado; y como Belisario había enseñado a las tropas la importancia de portarse de manera honesta y amigable con los nativos -azotando a algunos hombres que robaron fruta de un huerto-, nos trataron con suma hospitalidad.

Se detuvo a un estafeta real de los vándalos, y Belisario, que siempre daba a sus enemigos la oportunidad de rendirse antes de atacarlos, lo envió a Cartago con un mensaje para los magistrados vándalos. Les aseguró que no había venido a guerrear contra ellos, sino sólo a destronar al usurpador Gelimer y restaurar el auténtico rey, Hilderico; y les pedía colaboración en nombre de Justiniano. El envío de esta carta puede considerarse una medida imprudente, y en contradicción con su expresa intención de tomar la ciudad por sorpresa: porque el estafeta, si cabalgaba de prisa, llegaría seis días antes que nosotros y daría la alarma. Pero los escrúpulos de Belisario sobre las batallas innecesarias no eran fáciles de vencer. Además, un anuncio tan franco de sus intenciones daba a entender que para ponerlas en práctica había traído consigo fuerzas extremadamente poderosas, y quizás el temor persuadiera a los vándalos.

El rey Gelimer, sin embargo, no estaba en Cartago, sino en Bulla, a varios días de viaje hacia el interior, con la mayor parte de sus guerreros. Su hermano Ammatas, a quien el estafeta entregó el mensaje, se lo hizo llegar inmediatamente. El sistema de postas en el reino vándalo estaba muy bien organizado, y Gelimer pudo responder al día siguiente. En su mensaje, ordenaba que Hilderico fuera ejecutado al momento, y que Ammatas se preparara para defender la carretera por donde nos acercábamos, en la Décima Piedra Miliar desde Cartago, donde hay un desfiladero angosto entre colinas. Las fuerzas de Ammatas tenían que estar apostadas para el tercer día dejulio.

En cuanto a él, se apresuraría a llegar con refuerzos de caballería para sorprendernos ese día por la retaguardia, a menos que la situación hubiera cambiado en el ínterin.

Belisario aún no sabia nada sobre esta correspondencia.

Nosotros continuamos la marcha pasando por Leptimino y el gran puerto cerealero de Hadrumeto, recorriendo doce millas por día. Mientras tanto, recibíamos provisiones de fruta y pan fresco de los campesinos, quienes nos saludaban con el mayor entusiasmo, pobres almas. Todas las noches cavábamos trincheras. Para construir la necesaria empalizada, cada soldado llevaba una estaca larga y puntiaguda que se plantaba en el parapeto. La flota nos seguía el paso a la derecha, y el viento se mantenía propicio.

Juan de Armenia, con trescientos hombres del regimiento de Belisario, formaba la vanguardia, y los hunos masagetas nos protegían el flanco. Belisario mandaba la retaguardia. Al fin llegamos a la península del promontorio y tuvimos que separarnos de la flota, pero nuestro pesar fue mitigado por la belleza de lo que encontramos entonces:

el Paraíso de Grasse. Se trata de un regio palacio que construyó Geiserico, rodeándolo con un noble parque. Hay allí bosquecillos de árboles de todas las variedades adaptables al clima, y piscinas y fuentes y prados y murallas umbrosas y glorietas y canteros de flores; y un huerto inmenso cubierto de árboles al tresbolillo, en grupos de cinco, cada grupo compuesto por árboles de cinco especies diferentes. El clima africano es más caluroso que el nuestro, de modo que a comienzos del verano había fruta madura, algo que no habíamos esperado encontrar hasta principios de agosto: higos y duraznos y uvas y demás. Las tropas acamparon bajo estos árboles y se les permitió comer lo que pudieran, pero no llevarse ninguna fruta. Todos nos hartamos de ciruelas damascenas, higos y moras, pero cuando reanudamos la marcha los árboles parecían tan cargados como antes.

Ese día nos enteramos de la ejecución de Hilderico, y los exploradores del rey Gelimer establecieron por primera vez contacto con nuestra retaguardia. Pero Belisario continuó la marcha sin aflojar ni apretar el paso. El sexto día, el cuatro dejulio, había¡nos cruzado la península y nos acercábamos a la Décima Piedra Miliar, bordeando el lago de Túnez. Allí había una pequeña aldea y una casa de postas; nos detuvimos a cinco millas. Belisario eligió una posición defendible para el habitual campamento fortificado, y nos atrincheramos como de costumbre, es decir, cada hombre clavaba su estaca en la empalizada.

Entretanto, las fuerzas vándalas se nos acercaban. Ammatas acaudillaba la guarnición de Cartago; el sobrino de Gelimer, el hijo de Zazo, avanzaba contra nuestro flanco; y Gelimer nos amenazaba la retaguardia. Ahora bien: los vándalos, como los godos, eran buenos jinetes y diestros con la lanza y el espadón, pero sólo su infantería empuñaba arcos. No tenían ninguna experiencia reciente con arqueros a caballo como los nuestros, pues sus únicos enemigos en esta comarca, los salvajes jinetes moros del desierto, usaban jabalinas. Esto nos favorecía muchísimo. En cuanto a su capacidad combativa: ese pueblo rubio y pálido del norte, en la tercera generación, se había aclimatado al África. Habían celebrado bodas con nativos y alterado su dieta, y se habían rendido al sol africano (que estimula más el mal humor que la resistencia) y a lujos tales como ropas de seda, baños frecuentes, comidas salpimentadas, música orquestal, y masajes en vez de ejercicios. Esta vida enervante había puesto notablemente de relieve un rasgo común a todas las tribus germánicas: el escaso dominio de las emociones.

Sin embargo, sus combatientes habían aumentado en número desde la época de Geiserico, de cincuenta mil a ochenta mil, aparte de sus numerosos aliados moros.

Juan de Armenia siguió adelante con la vanguardia, y el tres de julio a mediodía, al doblar un recodo del camino cerca de la Décima Piedra Miliar, se topó con una fuerza de cien jinetes vándalos bien montados y parados negligentemente frente a la casa de postas. Los hombres de Juan, que cabalgaban en columna, no pudieron desplegarse a causa de la estrechez del desfiladero por el que pasaba la carretera en ese punto.

No había oportunidad de usar los arcos, de manera que cargaron inmediatamente con la lanza, tal como estaban. Los vándalos se agruparon apresuradamente y defendieron el terreno. En la escaramuza que siguió cayeron donce de nuestros hombres; pero entonces Juan de Armenia tomó un dardo arrojadizo del escudo y le acertó al jefe, un apuesto joven con armadura dorada, en plena frente y a poca distancia. El jefe cayó del caballo, muerto, y los vándalos se dispersaron con gritos de zozobra, perseguidos por nuestros hombres. Más vándalos, que cabalgaban ociosamente carretera arriba en partidas de veinte o treinta, se lanzaron a la refriega; y como una bola de nieve al rodar colina abajo recoge más nieve y alcanza proporciones monstruosas, así sucedió con los vándalos en fuga. Con lanzas, dardos arrojadizos y flechas, nuestros coraceros los perseguían, matando metódicamente, sin dar al enemigo la oportunidad de reagruparse, echándolos del desfiladero.

Más allá, en la llanura, pudieron desplegarse, y la matanza fue aún más cruenta.

Juan de Armenia empujó a los vándalos hasta las mismas murallas de Cartago, y por el espectáculo de los cadáveres que moteaban la llanura en esas diez millas cualquiera habría imaginado que era el trabajo de un ejército de viente mil hombres, no de medio escuadrón.

Entretanto, las fuerzas del rey Gelimer y las de su sobrino convergieron en la Décima Piedra Miliar. En una llanura que antes había sido un salitral, el sobrino tuvo la desgracia de toparse repentinamente con los hunos masagetas. Los superaba en número, tres mil contra seiscientos, pero el aire exótico de esos individuos de ojos hundidos y larga cabellera (que vivían, recordad, a un año de viaje de Cartago y nunca antes habían pisado suelo africano) asustó a los supersticiosos vándalos, y las imprevistas y lacerantes lluvias de flechas eran terribles. Huyeron en tropel sin siquiera combatir, y fueron exterminados hasta casi el último hombre. En cuanto a Gelimer, no estaba al tanto del destino de su sobrino y había perdido contacto con la retaguardia de Belisario, a causa del terreno accidentado. Belisario ya sabia que Juan de Armenia había limpiado el desfiladero de enemigos; pero no había recibido más informes de él, y temía que lo hubieran emboscado y estuviera en apuros. Dejando la infantería dentro de la empalizada, ordenó a los hérulos al mando de su hermano de sangre Faras, y a un escuadrón de godos tracios, que se adelantaran para investigar; él los siguió a paso más lento con el cuerpo principal de caballería.

El rey Gelimer ya estaba cerca de la Décima Piedra Miliar, con treinta mil jinetes.

En la empalizada, mi ama había tomado el mando y organizado la defensa de una manera muy eficaz; pues había estudiado estos problemas con Belisario, y su coraje y desenfado inspiraban gran confianza a todos. Sin embargo, sus aptitudes militares no fueron sometidas a una prueba severa: Gelimer pasó junto a nuestra empalizada sin verla, pues había una colina en medio. Tampoco vio a Belisario, quien avanzaba por otro camino.

Cuando Faras y los godos tracios llegaron a la casa de postas donde se había librado la escaramuza, encontraron a los hombres presa de la mayor excitación; porque el vándalo muerto de la armadura dorada era nada menos que Ammatas, el hermano de Gelimer.

Faras y sus hérulos siguieron avanzando en busca de Juan de Armenia. No habían recorrido un largo trecho cuando se vio una polvareda al sur, y un vigía indicó que se trataba de numerosas fuerzas de caballería vándala: los hombres del rey Gelimer.

Los godos tracios se apresuraron a capturar la colina que dominaba la entrada de desfiladero, pero pronto los vándalos los obligaron a retroceder, por la mera fuerza del número, y se retiraron al galope hacia el cuerpo principal. Así el rey Gelimer, con un ejército cinco veces más numeroso que el nuestro, quedó en posesión de ese desfiladero tan fácil de defender. Juan de Armenia y Faras estaban de un lado, y Belisario del otro; nuestra flota estaba lejos: podíamos dar la batalla por perdida. Ahora bien, en Constantinopla hay una plaza llamada la «Plaza del Amor Fraternal«, con un bello grupo escultórico en un pedestal alto, que conmemora la devoción fraternal de los hijos del Emperador Constantino, quienes más tarde se destruyeron el uno al otro sin misericordia. Y entre los griegos y otros habitantes de las tierras mediterráneas la genuina devoción fraternal, a causa de las leyes de la herencia, es tan rara que cuando se presenta de veras, aun en personas menos encumbradas que los jóvenes nacidos en la púrpura, merecería por cierto una estatua conmemorativa. Vaya, si el poema más antiguo de la lengua griega, Los trabajos y los días de Hesíodo, se inspiró en una rencilla entre hermanos. Pero entre las tribus germánicas, la devoción entre hermanos es la norma antes que la excepción, y la vida disipada que llevaban en África no había debilitado de ninguna manera esta característica de los vándalos. Por lo tanto, cuando el rey Gelimer llegó a la casa de postas junto a la Piedra Miliar a media tarde y le dieron la nueva de que habían matado a su hermano Ammatas, se sintió terriblemente golpeado. Se entregó a su dolor bárbaro y fue incapaz de estimar la posición táctica: sólo podía pensar en términos de sepulcros y elegías funerarias.

Belisario había reagrupado a los godos tracios fugitivos y avanzó con ellos hacia la Piedra Miliar, donde ahora las fuerzas vándalas estaban apiñadas en completo desorden. La caballería

había bajado de la colina dominante para observar qué sucedía, y se quedó para unirse a los lamentos generales por la muerte de Ammatas. Gelimer, quien también se había enterado de la derrota y muerte de su sobrino a manos de los hunos masagetas, lloriqueaba desconsoladamente, y no podía esperarse de él ningún pensamiento ni acción militar.

Belisario, sorprendido pero gratificado por lo que veía, dividió inmediatamente sus escuadrones en dos masas compactas y los envió colina arriba a cada lado del desfiladero; y cuando estuvieron en posición, ordenó un ataque simultáneo a la masa que estaba abajo y en medio. Andanadas de flechas facilitaron esa impetuosa carga; el declive de las colinas le dio un impulso irresistible. Cientos de enemigos cayeron en la primera embestida. Luego, nuestros escuadrones retrocedieron y, tras replegarse colina arriba y soltar otra andanada de flechas, cargaron una vez más. Repitieron esta maniobra una y otra vez. A la media hora, todos los vándalos supervivientes, menos dos o tres escuadrones, que estaban atascados en el desfiladero, huían a toda carrera hacia el salitral, donde en buena parte fueron detenidos y exterminados por los hunos masagetas. En cuanto a Juan de Armenia, en la llanura frente a Cartago, sus hombres estaban tan desperdigados para despojar a los muertos que le costó reagruparlos. La llegada de Faras no facilitó las cosas, pues también había botín para sus hérulos, y pasó algún tiempo antes de que la fuerza combinada de setecientos hombres regresara en auxilio de Belisario, llegando justo antes del final y completando la victoria con una carga por el desfiladero.

Fue una batalla de la cual Belisario comentó:

-Estoy agradecido, pero avergonzado: como podría estarlo un apremiado jugador de ajedrez cuando un oponente temperamental echa a perder el juego sacrificando las mejores piezas. Quizá, después de todo, debí seguir el consejo del almirante y enfilar directamente a Cartago por el mar; pues el desfiladero de la Piedra Miliar era una barrera infranqueable, si la hubiera defendido enérgicamente.

A la mañana siguiente, mi ama llegó con la infantería y todos juntos avanzamos hacia Cartago. Llegamos al caer la tarde, y encontramos las puertas abiertas de par en par para nosotros. Pero Belisario nos prohibió la entrada en la ciudad, no tanto porque temiera una emboscada como porque no podía confiar en que las tropas se abstuvieran de lanzarse al pillaje. Cartago era una ciudad romana redimida, no una ciudad vándala capturada, y no debía sufrir violencias. Los jubilosos ciudadanos habían encendido velas y lámparas en casi todas las ventanas, de modo que la ciudad estaba iluminada como para un festival; y, por cierto, tenía un hermoso aspecto desde donde estábamos, levantada sobre un terreno que se elevaba gradualmente. Pobladores excitados salieron corriendo a visitar nuestro campamento, con guirnaldas y presentes para los soldados. Qué lástima, exclamaban, que no tuviéramos permiso para participar en esas maravillosas escenas de júbilo desenfrenado. Todos los ruines vándalos que no habían podido escapar se habían refugiado en las iglesias, y había tremendas procesiones en las calles, encabezadas por los obispos, de cristianos ortodoxos que cantaban y vitoreaban.

Esa noche llegó la flota, pues el viento había cambiado precisamente al bordear el cabo Bon; y anclaron en el lago de Túnez, todos menos una pequeña división de buques de guerra, que emprendió una expedición no autorizada hacia el puerto exterior de Cartago, donde las tripulaciones saquearon los depósitos. Cuando Belisario vio que había llegado la flota, dijo:

-No obstante, ahora veo que, si con el riesgo de vientos desfavorables y una batalla naval hubiera seguido el consejo del almirante, habría elegido mal. Pues un ataque marítimo a Cartago habría sido una locura. Las defensas del puerto no se habrían podido franquear, pues las murallas son altas y los hombres expertos. Y si no hubiera sido por el pánico provocado por la noticia de la derrota de Gelimer, que obligó a la guarnición vándala a quitar los grandes espolones de las entradas del lago de Túnez y el puerto exterior para poder escapar en todas las naves disponibles, nuestra flota no habría podido entrar. Era un problema insoluble. Nunca debimos haber intentado la expedición con fuerzas tan escasas. Aunque no sé si con fuerzas superiores hubiésemos tenido tanto éxito.

A la mañana siguiente, cuando hubo amanecido, hizo desembarcar la infantería naval. Tras impartir órdenes estrictas relacionadas con la importancia de mantenerse en buenos términos con los nativos, hizo entrar a todo el ejército en Cartago. Luego, como en la noche anterior se había dispuesto dónde acuartelarlo, cada destacamento se dirigió a la calle asignada tan ordenadamente como si estuviera en Adrianópolis o Antioquía o la misma Constantinopla. Mi ama Antonina fue con Belisario al palacio real, donde se instalaron, y a la hora de la cena nos sentamos todos en la sala de banquetes para comer los mismos manjares que Ammatas había ordenado para el rey Gelimer, atendidos por la servidumbre palaciega. Después, Belisario ocupó el trono de Gelimer y dispensó justicia en nombre del Emperador. La ocupación de la ciudad se había realizado tan apaciblemente que el comercio no fue afectado en lo más mínimo. Aparte del caso del robo de los depósitos portuarios, que él sometió a una severa pesquisa, no hubo delitos que reclamaran castigo y prácticamente ninguna queja.

Aquel día se celebró la festividad de San Cipriano, el patrono de Cartago, aunque faltaban dos meses para la fecha correspondiente; porque la tormenta de San Cipriano, un violento viento nordeste que espera para mediados de setiembre, también se había anticipado a la fecha y había henchido las velas de nuestra flota empujándola al puerto.

La catedral de San Cipriano, que había sido capturada años antes por los arrianos, estaba ahora de nuevo en manos ortodoxas, de modo que la festividad se celebró con pompa eclesiástica y hosannas.

La ciudad es suntuosa; posee muchas tiendas y estatuas, y arcadas de mármol amarillo local, y baños y mercados callejeros y un enorme Hipódromo sobre una colina; en verdad, tiene todo lo que una ciudad debe tener, aunque las plazas no son tan amplias como en Constantinopla y las calles son mucho más angostas. Un resplandor de libertad siguió brillando durante semanas en los rostros de los habitantes, y cada día parecía un festival. La facilidad extraordinaria con que habíamos derrotado a los vándalos era casi el único tema de conversación, y para explicarla cada cual empezó a evocar sus sueños proféticos o augurios domésticos.

Aún se le encontró calidad profética a un poemita infantil que hacia tiempo se recitaba en las calles:

Gamma a Beta ahuyentará; pero luego, con arrojo, Beta a Gamma correrá arrancándole ambos ojos.

Estas rimas se basaban en un libro de cuerno usado en las escuelas monásticas para el aprendizaje del alfabeto griego: la primera letra, alfa, tenía que recordarse como la inicial de ant/tos, flor; y beta como inicial de Baleáricos, un hondero balear; y gamma por Gallos, un lancero gálico. Los monjes habían dibujado esas figuras en el libro de cuerno para fijar las letras en la memoria de los niños. Pero los niños tenían cierta noción de que los baleares y los galos, en páginas enfrentadas del folleto de pergamino, eran enemigos. Así, en su juego de «galos y baleares», un niño era el galo y perseguía al otro, el balear, con un bastón; pero en cuanto lo apresaba, el galo huía de nuevo, y el balear, persiguiéndolo, lo atacaba con guijarros. La rima aludía a este juego. Pero su interpretación popular como profecía era que el rey Geiserico había ahuyentado el conde Bonifacio, el general romano que lo había llamado desde Andalucía, y ahora Belisario había corrido al rey Gelimer y matado a su hermano y a su sobrino. Pues las iniciales se correspondían exactamente.

Belisario, por su parte, no tenía tiempo que perder en alardes ni en análisis de profecías. De inmediato puso a trabajar a varios prisioneros vándalos, y a todos los albañiles y obreros no cualificados disponibles en la ciudad, y a gran número de marineros, y a la infantería que pudo destacar de las guarniciones, para reparar las murallas del lado de tierra, que estaban bastante derruidas, y para cavar una fosa profunda con empalizada alrededor. Fue una tarea abrumadora. Aunque la ciudad, en su elevado promontorio, está protegida por agua en tres costados, las fortificaciones tienen una extensión enorme: una línea triple de siete millas de largo, a través de la península del promontorio, de murallas de cuarenta pies de altura con torres fortificadas de

cuando en cuando; y una muralla interior de quince millas, también muy fuerte, donde la tierra empieza a elevarse; y defensas costeras. Había dos puertos fortificados, el exterior para naves mercantes, y el interior para naves de guerra, de las cuales entran más de dos centenares por vez. El puerto interior estaba vacío cuando llegamos, pues la mayor parte de la marina vándala estaba con Zazo, en Cerdeña, y otras naves se habían despachado a Trípoli, y la guarnición había huido con el resto.

Un par de días después, se avistó una nave de guerra vándala y se le permitió que entrara a puerto sin impedimentos, pues era obvio que la tripulación no tenía idea de que la ciudad era nuestra. El capitán fue arrestado en cuanto desembarcó, y quedó atónito ante el repentino cambio de monarcas. Traía una carta para el rey Gelimer de su hermano Zazo, anunciándole una victoria completa en Cerdeña, y expresando su confianza en que la flota imperial que se había avistado rumbo a Cartago hubiera sido totalmente destruida. El rey Gelimer estaba ahora reorganizando sus fuerzas en Bulla, una ciudad interior, a cuatro días de marcha hacia el este, y antigua capital de los reyes númidas. Ya había despachado una carta a Zazo, por una galera atracada más lejos en la costa, implorándole que volviera.

Quince días más tarde, Zazo estaba de vuelta en África con todas sus tropas -Cerdeña está a sólo ciento cincuenta millas al norte- y abrazaba a su hermano Gelimer en la llanura de Bulla. Mientras estaban así, sollozando juntos en silencio, estrechándose mutuamente, formaban una estatua de amor fraternal que habría hecho las delicias de cualquier escultor que pudiera haberla reproducido. Y sin una palabra, siguiendo el ejemplo real, cada uno de los hombres de Zazo eligió un hombre de Gelimer para un abrazo similar, y luego todos rompieron a llorar retorciéndose las manos. ¡Debió de ser un espectáculo singular!

Luego, los ejércitos vándalos combinados avanzaron sobre Cartago. Gelimer se asombró al encontrar las defensas exteriores protegidas por una trinchera recién cavada y erizada de estacas, y la mayor parte de los puntos débiles de las tres murallas más externas reparada. No se atrevieron a atacar la muralla, que estaba defendida por infantes con arcos potentes, y se contentaron con abrir una brecha en el acueducto de cincuenta millas de largo que abastece de agua la ciudad. Pero Belisario ya había tomado la precaución de desviar provisionalmente el agua de los baños y las piscinas ornamentales hacia los profundos depósitos subterráneos de agua potable. Los vándalos también cortaron la provisión de frutas y hortalizas del interior; pero esto no amedrentó a la ciudad, que podía proveerse por vía marítima y de sus propios huertos. Ser vándalo en África había significado vivir libre de impuestos y gozar de privilegios feudales, de modo que el suburbio vándalo de Cartago, a la derecha de la ciudad vieja cuando uno llega del mar, estaba compuesto por magnificas residencias, cada una edificada en medio de un parque con huertos extensos. Belisario expropió esas fincas para acuartelar las tropas; y como era la fructífera temporada de otoño, todos contábamos con provisiones en abundancia. Los silos de la ciudad también estaban repletos.

El rey Gelimer trató subrepticiamente de incitar a algunas de nuestras tropas al motín: los godos tracios, que eran arrianos y correligionarios de los vándalos, y los hunos masagetas, que estaban descontentos porque cuando se firmó la paz con Persia no los habían enviado de regreso a sus estepas nativas del otro lado del Imperio Persa, como les habían prometido, sino que los habían embarcado rumbo al África. Los godos se echaron a reír ante la desleal sugerencia y la comunicaron de inmediato; pero paso un tiempo antes de que Belisario, tratando a los hunos con honores especiales e invitándolos a varios banquetes, se granjeara su plena confianza y les hiciera confesar que habían considerado seriamente la propuesta vándala, algo que él ya sabia gracias a su lugarteniente Aigan. Le explicaron que no deseaban ser retenidos en África como tropas de guarnición, vivir y morir tan lejos de su patria. Los atractivos, como atuendos de seda y copas de cristal para su kavasse, y el estómago lleno, y mujeres rollizas y complacientes, no podían compensar su añoranza por las anchas llanuras barridas por el viento y los carromatos de sus familias. Entonces, Belisario juró por su honor que les permitiría regresar en cuanto los vándalos estuvieran derrotados definitivamente; y a cambio, ellos le juraron renovada lealtad.

Cuando, a principios de diciembre, la muralla estuvo reparada y una vez más fue defendible a lo largo de sus siete millas, aun sin la fosa, Belisario decidió arremeter contra los vándalos. Si lo derrotaban ahora, al menos tendría un lugar seguro para la retirada. Al mando de la infantería, que formaba el cuerpo principal de la vanguardia, integrada por toda la caballería excepto quinientos coraceros de su regimiento, a quienes había conservado con él, se topó con el enemigo en Tricamarón, a veinte millas, y atacó de inmediato, según había ordenado. El carácter de esta batalla fue inusitado.

Los vándalos, aunque nuevamente contaban con gran superioridad numérica, permanecieron obtusamente a la defensiva, como si no fueran más que inexpertos reclutas de infantería. Juan de Armenia, a la cabeza de los mil coraceros restantes, trató de incitarlos a salir por medio de escaramuzas. Por último, viéndolos inmóviles y comprendiendo que habían perdido todo el coraje, se lanzó a la carga, desplegando el estandarte imperial. Por alguna razón supersticiosa, Gelimer había ordenado a sus hombres que descartaran lanzas y azagayas y pelearon solamente con espadas, lo cual los ponía en gran desventaja.

Pronto, Uliaris tuvo la buena suerte de matar a Zazo con su lanza; cuando se supo que había muerto, el centro vándalo se desperdigó y huyó del campo. Las alas lo siguieron en cuanto el ataque se generalizó, sin asestar un solo golpe. Por tratarse de una batalla que decidiría el destino de un vasto reino, fue notoriamente incruenta y unilateral, y duró apenas una hora desde el principio al fin. Nosotros perdimos cincuenta hombres, y ellos ochocientos. Nuestra infantería tampoco había participado esta vez, pues estaba a medio día de marcha. Llegó al caer esa tarde y se preparó para atacar el campamento vándalo, que era un vasto circulo de carromatos cubiertos, protegidos por una frágil empalizada.

Cuando el rey Gelimer vio que se acercaba nuestro cuerpo principal, tomó a su sobrinito predilecto, un hijo de Ammatas, que tenía seis años, lo sentó en la grupa, le dijo que se aferrara con fuerza, y huyó al galope con él, seguido por un cortejo de cuñados y primos y otros allegados, sin ofrecer siquiera una explicación o una disculpa a sus generales. Ante el contundente ejemplo de cobardía que les había dado su monarca, estos generales no pensaron en organizar la defensa del campamento. Escuadrón por escuadrón, el ejército se dispersó en todas las direcciones: el preludio vergonzoso de una escena vergonzosa.

Sin una estocada, capturamos el campamento y todo lo que contenía; los hombres rompieron filas y se lanzaron sin demora a echar mano de todo. Nunca se ofreció semejante botín a una tropa que se lo había ganado. No sólo había un botín en oro y joyas, tanto eclesiásticas como personales, y marfiles tallados y sedas en baúles, dentro de los carromatos, sino también un botín humano: las mujeres y niños vándalos, a quienes sus hombres había librado cobardemente a su destino. Ahora bien: Belisario dejó bien claro que aunque la vieja tradición militar daba a los vencedores de una batalla derecho a despojar el campo enemigo, colgaría o empalaría a cualquier hombre a quien hallara culpable de violación, que era una ofensa a las leyes de Dios. Belisario, como sabéis, tenía por costumbre hacer cumplir las órdenes de este tipo, y le bastaba con anunciar una reglamentación una sola vez; al contrario de Justiniano, su señor, quien a menudo proclamaba el mismo edicto una y otra vez porque, como carecía de resolución para castigar las infracciones, al menos así podía mantener los castigos frescos en la memoria de sus súbditos.

De modo que no hubo violaciones, en el sentido de que ninguna mujer fue forzada contra su voluntad. Pero hubo grandes demostraciones de amor entusiasta por parte de las mujeres mismas, muchas de las cuales eran muy bonitas y casi todas de modales delicados. Pues no tenían motivos para permanecer fieles a esposos que las abandonaban tan vergonzosamente. Más aún, adoptaron el criterio práctico de que, enfrentadas con la esclavitud, ya no tenían oportunidades de reiniciar jamás su cómoda vida en Cartago, interrumpida por esta desagradable campaña, excepto como esposas de nuestros hombres, los mejores hombres. Muchas de ellas tenían además hijos en quienes pensar. Daban por sentado, al igual que la mayoría de nuestros hombres, que, cuando las luchas hubieran concluido, el ejército invasor se

transformaría en la aristocracia militar de África, despojando a los vándalos, hombre por hombre, de todas sus propiedades personales. El obispo de Cartago había alentado esta perspectiva en nuestros combatientes con un sermón en la catedral, comentando el texto del evangelista Lucas:

«Cuando un hombre fuerte, armado, guarda su palacio, sus bienes están en paz. Mas cuando uno más fuerte viniere contra él, se quitará la armadura en la cual confiaba y dividirá sus despojos». La perspectiva de llegar a nobles en una tierra tan próspera y grata los deleitaba a todos, excepto a los masagetas.

Pero a mí me costaba decidir si era cómico o trágico ver a estas mujeres seleccionando apresuradamente esposos adeudados y ofreciéndose a ellos con promesas de tierras y ganado y elegantes casas amuebladas en Cartago como dote. Los hombres, excepto los godos tracios, no entendían una palabra de la lengua vándala. A menos que una mujer fuera particularmente atractiva o se ofreciera a un hombre con una provisión de oro y joyas en el regazo de la túnica, él se la quitaba de encima y buscaba algo más conveniente. En cuanto al número, había por lo menos una mujer vándala por cada hombre de nuestro ejército. Varias de las mujeres más modestas se apiñaron alrededor de mi porque era eunuco, con la esperanza de preservar la castidad y la libertad casándose conmigo. A mi ama también se le ofrecieron muchas mujeres como criadas.

Ella había sido una de las primeras en entrar en el campamento; y se hizo de muchos tesoros tomados de los carromatos, con ayuda de los domésticos.

Con el pillaje y el tosco goce de placeres sexuales ofrecidos libremente, el ejército se desorganizó por completo. Si una sola partida de vándalos hubiera intentado recobrar el campamento dos horas más tarde, habría obtenido una fácil victoria. Nuestros soldados se habían llenado los yelmos con el vino dulce que iba en los toneles de los carromatos, y ahora vagabundeaban, riñendo, rapiñando, berreando canciones, vendiéndose mutuamente objetos poco manejables o indeseables por pequeñas cantidades de dinero, aceptando las caricias de las mujeres y, por último, merodeando fuera del campamento en busca del botín que quizá los fugitivos habían escondido en cavernas vecinas o bajo las rocas. Esta conducta desenfrenada continuó toda la noche. Belisario iba de un lado a otro con seis hombres leales y aplacaba la violencia, cuando la encontraba, con mano firme. Las tropas estaban tan cebadas por su repentina buena suerte, pues la mayoría se había vuelto rica de buenas a primeras, que todos estaban convencidos de que ahora podrían retirarse a vivir de sus ganancias sin más obligaciones militares. Cuando amaneció, Belisario trepó a un montículo en el centro del campamento, con mi ama a su lado, exigiendo disciplina en voz alta, y detallando los peligros de un contraataque. Al principio, no recibió ninguna respuesta. Luego tocó con sus propios labios «¡Reunid a los Blancos!« en una trompeta, y sus coraceros fueron recordando poco a poco que el castigo por ausentarse de una revista era una severa azotaina.

De modo que, uno por uno, se reunieron a regañadientes, cargando el botín con la ayuda de sus nuevas familias. A sugerencia de mi ama, Belisario despachó un convoy con botín a Cartago, los bienes liados en bultos y apilados en los carromatos capturados: un carromato por cada media sección, y los cautivos de esa media sección caminando a la zaga, con un veterano responsable a cargo.

Luego envió a Juan de Armenia con doscientos hombres en persecución del rey Gelimer, con órdenes de traerlo vivo o muerto, dondequiera estuviese; y Uliaris, que estaba justamente orgulloso de haber matado a Zazo, se ofreció también como voluntario. Belisario organizó luego una revista general y amenazó con atacar a lanzazos a los soldados ebrios si no volvían a las filas; cosa que hicieron enseguida. Envió a la caballería a batir las inmediaciones en busca de vándalos; se encontraron miles en iglesias de aldea, donde se habían refugiado. Se les perdonó la vida y fueron conducidos a Cartago sin armas y bajo custodia de infantería.

Juan de Armenia y Uliaris persiguieron a Gelimer cinco días con sus noches rumbo a Hippo Regius, un puerto próspero, situado a unas doscientas millas al oeste de Cartago, y lo habrían alcanzado al día siguiente de no ser por un desdichado accidente. Al amanecer, Uliaris, sintiendo frío, bebió mucho vino para calentarse. Como tenía el estómago vacio, se embriagó y se puso a hablar y bromear de una manera necia y desenfadada. Un viejo sargento se lo reprochó y le dijo:

-Si tu señor Belisario te viera ahora, noble Uliaris, correrías peligro de morir empalado.

-¡Pss! -replicó Uliaris-. Un hombre no está ebrio si puede disparar rectamente.

-Así diciendo, apuntó al primer blanco que se le presentó: una abubilla de plumaje moteado y cresta amarilla que estaba posada sobre un espino en un montículo cercano.

La flecha partió siseando, y Uliaris vociferó-: ¿Así dispara un borracho? Como yo mismo dije a nuestro comandante, en Abidos, ningún borracho tendría que empuñar un arma.

Todos rieron, pues el tiro había sido muy largo. Pero la risa no duró mucho, pues del otro lado del montículo gritaron que había un hombre herido. Resultó ser nada menos que Juan de Armenia, y la flecha le había traspasado el cuello.

Así, la persecución del rey Gelimer terminó por un tiempo. Juan de Armenia murió pocos minutos más tarde en brazos de Uliaris, y Uliaris, abrumado por la vergúenza y el horror, huyó a refugiarse en la iglesia de una aldea cercana; de modo que los soldados quedaron sin oficiales. La muerte de Juan fue el primer gran dolor que sufrió Belisario, pero lo sobrellevó sin necesidad de lloriqueos al estilo vándalo. Cuando los soldados le comunicaron el remordimiento de Uliaris y las últimas palabras de Juan de Armenia -«Por amor de mí, queridisimo señor, te imploro que no tomes venganza sobre nuestro viejo camarada»-, perdonó a Uliaris. Juan de Armenia fue enterrado en ese lugar, y Belisario donó una asignación perpetua para el cuidado de la tumba. Uliaris nunca más probó el vino en el resto de su vida, excepto durante la ceremonia eucarística.

Años más tarde, cuando terminaron sus días de campaña, se hizo monje, y sirvió a Dios en el monasterio de San Bartimeo, en Blaquernas, junto al Cuerno de Oro.

Belisario reanudó personalmente la persecución del rey Gelimer, quien estuvo a punto de escapar del África en una embarcación repleta de tesoros. Trataba de huir~ a España, donde tenía un aliado, el rey de los visigodos. Pero un viento contrario lo:

obligó a regresar a Hippo Regius, y pidió refugio a una tribu de moros amigos en una escabrosa montaña llamada Pappua, no lejos de Hippo y frente al mar. La embarcación con los tesoros cayó en manos de Belisario, quien sin embargo no podía darse el lujo de esperar en las inmediaciones hasta completar el botín con la corona y persona de Gelimer. Lo necesitaban en otra parte. De manera que, tras recibir la sumisión de las autoridades locales de Hippo, buscó un soldado responsable para encomendarle el sitio de Pappua; y dio con su hermano de sangre Faras, quien se hizo cargo de la misión., Mientras Faras y sus hérulos acampaban al pie de la montaña e impedían la fuga de Gelimer, Belisario continuó la tarea de capturar y desarmar a los vándalos fugitivos en toda la diócesis. Reunió a los prisioneros en Cartago y los usó como obreros en, las fortificaciones.

También despachó expediciones a los diversos confines del Imperio Vándalo, para obtener nuevamente su lealtad, y engrosó su ejército con levas de africanos romanos.

Despachó una expedición a Córcega y Cerdeña, que llevaba la cabeza de Zazo como prueba de que no mentía al declarar que había conquistado Cartago; y otra a Marruecos con la cabeza de Ammatas, quien había gobernado esa comarca; y otra a Trípoli; y otra más a las fértiles islas Baleares, ricas en aceite de oliva, almendras e higos. Todas estas islas o regiones se sometieron inmediatamente a su autoridad.

Sólo fracasó en Sicilia, donde reclamó en nombre de Justiniano el promontorio de Lilibeo como parte del Imperio Vándalo: aduciendo que había pasado a la corona goda en la dote que el rey Teodorico dio al rey Hilderico con su hermana. Los godos de Sicilia se negaron a entregar el lugar, aunque era bastante rocoso y desolado, y ayudaron a la pequeña guarnición vándala a echar a los hombres de Belisario. Luego, Belisario escribió una enérgica carta al gobernador de Sicilia, reafirmando el derecho inalienable de Justiniano a ese lugar, y amenazando con la guerra si rehusaban entregárselo; pues comprendía que una base en Sicilia sería una garantía contra una posible invasión de Africa por los godos. Mencionó la cuestión de Lilibeo porque más tarde adquirió gran importancia política.

Permitidme cerrar este capítulo con la conclusión de la historia del rey Gelimer.

Estaba, pues, con sus sobrinos y primos y cuñados en el monte Pappua, viviendo con los salvajes tribeños moros, sin posibilidad de que nadie acudiera al rescate: ¿había hombre más desgraciado en toda África? Pues si a los vándalos podía habérseles descrito como la nación más acaudalada del mundo, sus vecinos los moros se contaban entre los más pobres; vivían todo el año en casuchas subterráneas que eran sofocantes o húmedas según la estación. Dormían en el suelo, cada cual sobre una simple piel de oveja, y usaban la misma camisa tosca y el mismo albornoz con capucha en verano e invierno; y no vestían armadura digna de ese nombre y tenían escasas posesiones.

Su dieta no incluía pan, vino ni aceite, y se limitaba a agua y hierbas y tortas de cebada sin levar preparadas no con harina molida sino con granos triturados en un mortero tosco y cocidas sobre brasas.

No es fácil subestimar los padecimientos de Gelimer y su familia. Estaban forzados a agradecer a sus amigos moros la mísera hospitalidad que les ofrecían; y como Faras mantenía una vigilancia estricta, no podían recibir provisiones. Pronto empezó a escasear la cebada. No tenían entretenimientos, ni baños, ni caballos, ni mujeres hermosas, ni música; y allá abajo, en la distancia, veían las murallas y torres blancas de Hippo Regius, y el óvalo del Hipódromo, y las naves que entraban y salían del puerto; y entre los oscuros retazos verdes, que eran huertos, brillaban pequeñas láminas de plata, que eran frescas piscinas.

Faras, hartándose del sitio, intentó asaltar el peñasco de la montaña; pero sus hérulos fueron rechazados con muchas bajas por la guarnición mora, que les arrojaba piedras. Decidió vencer a Gelimer por el hambre. Un día le escribió una carta en que decía lo siguiente:

Querido rey y señor, te saludo.

Soy un mero bárbaro y totalmente inculto. Pero estoy dictándole esto a un escriba que registrará fielmente lo que tengo que decirte, o eso espero. (De lo contrario, recibirá una buena zurra.) ¿Qué demonios ocurre, querido Gelimer, que tú y los tuyos os quedáis encaramados a esa desolada piedra con un hato de moros pestilentes y desnudos? ¿Tal vez deseas eludir la esclavitud? ¿Qué es la esclavitud? Una palabra necia.

¿Qué hombre viviente no es esclavo? Ninguno. Mis hombres son mis esclavos en todo sentido menos de nombre; y yo lo soy de mi anda, Belisario; y él, del Emperador Justiniano; y Justiniano, dicen, de su esposa, la bella Teodora; y ella de alguien más, no sé quién, pero quizá de su Dios o algún que otro obispo. Baja, monarca del monte Pappua, y sé esclavo de Belisario, mi amo y anda, del Emperador Justiniano, esclavo de un esclavo. Sé que Belisario está dispuesto a perdonarte la vida y enviarte a Kesarorda [Constantinopla], donde te nombrarán patricio y te darán ricas propiedades y pasarás el resto de tu vida con todos los lujos, entre caballos y árboles frutales y mujeres de pechos opulentos y narices exquisitamente pequeñas. Confio en que él te dé su palabra, y una vez que tienes esa garantía, lo tienes todo.

Firmado:

Xla marca de Faras, el hérulo, quien te desea el bien.

Gelimer sollozó cuando hubo leído esta carta. Usando la tinta y el pergamino que Faras le había enviado previsoriamente con el mensajero, respondió concisamente que el honor le prohibía rendirse; pues la guerra era injusta. Rogaba a Dios que un día castigara a Belisario por las desventuras que había acarreado a los inocentes vándalos. Concluía: «En cuanto a mi, no puedo escribir más. Mi infortunio me ha hecho perder el seso. Adiós, pues, bondadoso Faras, y por caridad envianos un arpa y una esponja, y una sola hogaza de pan blanco».

Faras leyó la frase una y otra vez, pero no atinaba a comprenderla. Luego el mensajero la interpretó: Gelimer deseaba experimentar de nuevo el olor y el sabor del buen pan, que hacía tiempo que no probaba; y la esponja era para tratar un ojo inflamado, pues los moros sufren de oftalmía, que es infecciosa; y el arpa era para dar acompañamiento musical a una elegía que había compuesto sobre sus infortunios. Luego, Faras, siendo hombre de generosos sentimientos, envió los regalos, pero no descuidó la vigilancia.

Un día, cuando llevaba ya tres meses de sitio, el rey Gelimer estaba sentado en una choza observando cómo una mujer mora, su anfitriona, preparaba una pequeña torta de cebada. Después de triturar la cebada y amasarla con agua y sobarla un poco, la puso a cocer en las brasas del fuego preparado con espinos. Dos niños, su sobrinito y el hijo de su anfitriona, estaban acuclillados junto a la fogata, ambos muy hambrientos. Esperaban impacientes a que se cociera la torta. El joven vándalo sufría mucho a causa de las lombrices, contagiadas de los niños moros, que despojan al estómago de su alimento y aumentan así su apetito natural. La torta estaba sólo a medio cocer, pero no pudo esperar más y la levantó de la cenizas, y sin limpiarla ni esperar a que se enfriara se le puso en la boca y empezó a comerla. El joven moro lo tomó del cabelío, le dio un puñetazo en la sien y lo golpeó entre los hombros, haciéndole caer la torta de la boca; y luego se la comió.

Esto fue demasiado para el alma sensible de Gelimer. Inmediatamente tomó una vara puntiaguda y un trozo de piel de oveja, y tinta hecha de carbón pulverizado y leche de cabra, y le escribió nuevamente a Faras. Dijo que se rendía en los términos que le habían propuesto; pero que primero debía contar con la palabra de Belisario por escrito.

Así terminó el sitio, pues Belisario dio la palabra requerida y envió una escolta para acompañar a Gelimer. Gelimer descendió la montaña con toda su familia; y pocos días más tarde, en Cartago, encontró por primera vez a Belisario, quien salió a recibirlo en los suburbios.

Estuve presente en ese encuentro, como servidor de mi ama, y fui testigo del lamentable y extraño comportamiento del rey Gelimer. Pues cuando se acercó a Belisario, sonrió, y la sonrisa degeneró en una risotada histérica, y la risotada en llanto. También había lágrimas en los ojos de Belisario cuando tomó la mano al ex monarca y lo condujo a una casa vecina a beber un poco de agua. Lo tendió en una cama y lo confortó igual que una mujer conforta a un niño enfermo.

EL CONSULADO DE BELISARIO

Aunque los vándalos sufrieron una derrota fulminante, los moros salvajes del interior todavía constituían una amenaza para nuestros hombres y los ocho millones de apacibles africanos romanos de la diócesis. Los moros, que quizá sumaran unos dos millones, habían estado en guerra perpetua con los vándalos y, a medida que éstos degeneraban, se habían adueñado paulatinamente del territorio. Cuando Belisario desembarcó por primera vez, sólo unos pocos, como la tribu del monte Pappua, se aliaron con él, prometiendo ayudarlo contra sus enemigos y enviándole sus hijos como rehenes. Estos moros viven principalmente en Marruecos, que está frente a España, pero también se han instalado en el interior de toda la costa, desde Trípoli al océano Atlántico. Declaran ser descendientes de aquellos canaanitas a quienes Josué, hijo de Nun, echó de Palestina. Desde los tiempos en que el Emperador Claudio, poco después de la época de la Crucifixión, conquistó y anexó Marruecos, sus jefes más destacados no han sido reconocidos por los vasallos como dignos de obediencia, a menos que el Emperador mismo les otorgara emblemas de su función. Los emblemas son: un báculo de plata con estrías de oro; y una gorra de tejido de plata con forma de corona, ribeteada de plata; y una capa blanca de

Tesalia con un broche dorado en el hombro derecho, que contiene un medallón del Emperador; y una túnica bordada en oro; y un par de botas altas doradas. Durante los últimos cien años, los jefes habían aceptado a regañadientes estos objetos de los reyes vándalos, a cuyas manos había pasado la soberanía del África; pero a menudo sus vasallos habían desobedecido con la excusa de que los emblemas no eran auténticos, especialmente los broches. Belisario, por lo tanto, se granjeó la simpatía de estos jefes regalándoles báculos, capas, broches, túnicas y botas, todo traído directamente de Constantinopla; y aunque ellos no quisieran pelear con él en las dos batallas que desbarataron el poder vándalo, nunca lucharon en su contra.

Si a Belisario le hubieran permitido gobernar África pacíficamente en nombre de Justiniano, por cierto habría hecho maravillas y la habría convertido en un baluarte y una fuente de provisiones permanente para el Imperio. Habría conservado la amistad de los moros y les habría mejorado las condiciones de vida. Se proponía formar con ellos una fuerza defensiva permanente, un cuerpo de caballería entrenado en los métodos bélicos modernos y con la lealtad comprada mediante concesiones de tierras y dinero. Los africanos romanos le habrían suministrado guarniciones de infantería, y ya estaban entrenando reclutas. Pero todos esos proyectos quedaron en agua de borrajas, pues Belisario, a causa de la envidia de los subalternos y los recelos de Justiniano, no tuvo oportunidad de consolidar sus objetivos. Dos de sus oficiales, agentes secretos de Juan de Capadocia, habían enviado un informe confidencial a Justiniano: que Belisano estaba ocupando abiertamente el trono de Gelimer, y parecía tener toda la intención de conservarlo para si y para sus herederos; que después de la captura del campamento vándalo había escarnecido públicamente a hombres y oficiales del modo más brutal y despótico; que había sellado un pacto secreto con los salvajes moros, a quienes había persuadido de apoyar su tiranía; y que estaba demostrando una sospechosa indulgencia hacia los vándalos cautivos. Estos oficiales suponían que el crédulo Justiniano enviaría una orden para arrestar y ejecutar a Belisario. Esperaban obtener una retribución por su celo, tal vez la gobernación de Cartago e Hippo. Sus nombres eran Juan, sobrino de Vitaliano, comúnmente conocido como «Juan el Sanguinario», y Constantino. Por si el informe se perdía, habían despachado a Justiniano dos copias de la misma carta en remesas diferentes, una de las cuales llegó a destino. Pero mi ama, quien sospechaba de estos oficiales, atinó a interceptar la otra poco antes de que zarpara la remesa.

La carta inquietó inmensamente a Belisario. No podía negar que había sellado un pacto con los moros para que le suministraran caballería, ni que había puesto a muchos vándalos ancianos en libertad, ni que había estado dispensando justicia desde el trono del rey Gelimer, ni que había escarnecido a hombres y soldados, en bien de la disciplina, desde el montículo del campamento de Tricamarón ese amanecer.

Sólo que la conclusión en cuanto a su lealtad dependía de una deducción falsa. Decidió no actuar contra Juan el Sanguinario ni contra Constantino, ni hacerles saber que había visto la carta. Pocos meses más tarde llegó un adulador mensaje de Justiniano que no mencionaba las calumnias y le ordenaba hacer precisamente lo que deseara:

o regresar a Constantinopla con los despojos y prisioneros vándalos, o enviarlos al mando de un subalterno y permanecer en Africa. Entonces, mi ama Antonina insistió en la conveniencia de regresar prontamente para quedar exento de toda sospecha. Le causaba especial ansiedad el temor de que su amiga Teodora la considerara ingrata o desleal. Con ese mensaje de Justiniano, venían refuerzos de caballería, en número de cuatro mil soldados, bajo buenos oficiales, incluido un tal Hildigero, quien ya estaba comprometido con Marta, la hija de mi ama; de modo que ahora Belisario estaba en libertad de retirar a la mayoría de los coraceros, y los hunos masagetas, para escoltar a los prisioneros vándalos.

Eligió como gobernador reemplazante el eunuco Salomón, en quien depositaba la mayor confianza, y para primavera, tras entregar a Salomón instrucciones detalladas para el gobierno correcto del África, enviadas por Justiniano, pudo zarpar, y con él mi ama Antonina.

Los que regresábamos a Constantinopla no envidiábamos a Salomón su misión en Cartago, pues las instrucciones de Justiniano dejaban en claro que el gobernador del reino recién conquistado no debía depender de más refuerzos de Constantinopla, sino de levas locales, y tenía que economizar guarniciones reparando las obras defensivas y construyendo fortificaciones a lo largo de las fronteras. Ochenta mil jinetes vándalos no habían podido frenar las incursiones moras, pero esa tarea debían cumplirla exitosamente ocho mil de nuestros hombres, y además recuperar las tierras robadas por los moros. También había que realizar la valuación impositiva de África, y erradicar definitivamente la herejía arriana y el donatismo. La razón por la cual no todos los coraceros de Belisario viajaron con nosotros era que a último momento llegaron a Cartago noticias sobre una ligera revuelta morisca tierra adentro. Belisario, a pedido de Salomón, dejó a Rufino y Aigan con quinientos hombres selectos, para que actuaran como fuerza punitiva. Ese número parecía suficiente.

Navegamos hasta Constantinopla por la ruta de Trípoli y Creta -un viaje monótonoy en el verano del año del Señor de 534 entramos de nuevo en el Bósforo. Nos dieron una tumultuosa bienvenida en los muelles, y una regia bienvenida en palacio. Mi ama Antonina y la emperatriz Teodora se abrazaron llorando; y Justiniano estaban tan exaltado por el extraordinario valor del tesoro descargado de nuestros barcos y tan impresionado por el espectáculo de quince mil fornidos prisioneros que, olvidando sus sospechas sobre Belisario, lo llamó «nuestro fiel benefactor» y lo tomó de la mano.

Como comandante en jefe de los ejércitos, sin embargo, él asumió todo el mérito oficial por la derrota de los vándalos; y en el preámbulo de su nuevo digesto de leyes (publicado el día de la batalla de Tnicamarón) ya se había calificado de «Conquistador de los Vándalos y Africanos» -iadoso, Victorioso, Venturoso y Glorioso- y, sin mencionar que alguien más hubiera compartido la victoria, se refirió a «sus esfuerzos bélicos y sus vigilias y ayunos, que la habían garantizado». El triunfo a celebrar era el suyo, no el de Belisario: pues a ningún ciudadano privado se le ha reconocido un triunfo completo desde la fundación del Imperio, a menos que la victoria lo ensoberbeciera y quisiera rivalizar por el trono. Como digo, el Emperador, aun cuando sus trabajos de guerrero se limiten a despedir una expedición en los muelles con su bendición y augurios de un feliz regreso al cabo de un año o más, es siempre el victorioso comandante en jefe.

No obstante, Teodora insistió en que desempeñara en su triunfo el mismo papel sedentario que había desempeñado en la victoria y dejara la procesión a cargo de Belisario. Él accedió. En el aniversario de la captura de Cartago, Belisario salió de su residencia, cercana a la Puerta de Oro, en el Muro de Teodosio, y recorrió en procesión las dos millas de longitud de la Calle Principal. Fue a pie, precedido por sacerdotes y obispos que cantaban un solemne Te Deum y mecían incensarios; no como en la antigua tradición, en un carro precedido por heraldos. La calle estaba adornada con flores y colgaduras de seda de color y guirnaldas y leyendas de salutación, y bullía de multitudes que vitoreaban alegremente. En cada una de las grandes plazas que atravesó -la Plaza de Arcadio, el Mercado de Bueyes, la Plaza Amastniana, la Plaza del Amor Fraternal, la Plaza del Toro (donde estaban congregados los profesores y estudiantes de la Universidad) y al fin la Plaza de Constantino (donde la milicia de la ciudad estaba alineada en formación)-, las autoridades municipales se le acercaban con presentes y palabras de bienvenida y sonaba una fanfarria de trompetas. Detrás de Belisario, quien iba acompañado por Juan de Capadocia y otros generales distinguidos, cabalgaban los coraceros, los infantes navales y los hunos masagetas (quienes al día siguiente regresarían a su patria cruzando el mar Negro), y detrás de ellos los prisioneros vándalos, encadenados, encabezados por Gelimer, en una capa púrpura, con sus primos y cuñados y sobrinos. Luego, seguían todos los despojos del África amontonados en carromatos.

El botín era extraordinario, el más valioso que jamás había desfilado en un triunfo; pues aunque los soldados de Tricamarón habían saqueado el campamento, ese tesoro era apenas una fracción de lo que se había conseguido en Cartago, Hippo, Bulla, Grase y otros lugares, en erarios municipales, palacios reales y sedes de la nobleza. Lo constituían las ganancias que los vándalos

habían acumulado con su comercio de ultramar y sus ingresos del África -el superávit de cien años- y los despojos de la constante piratería de Geiserico. Los vándalos habían sido una aristocracia pequeña y opresiva en una tierra fértil y prometedora, y lo que, por pereza, no habían invertido en obras públicas, lo habían acumulado. Así, apilados en esos carretones había millones de libras de plata en lingotes, y sacos de monedas de plata y oro, y cantidades de lingotes de oro, y copas dc oro y fuentes y saleros incrustados de gemas, y tronos de oro y suntuosos carruajes dorados y estatuas de oro, y ejemplares del Evangelio encuadernados en oro y tachonados de perlas, y pilas de collares y cinturones de oro, y armaduras labradas en oro; en síntesis, cuanto objeto lujoso y bello pueda imaginarse, incluyendo antigúedades invalorables de la época en que el rey Geiserico saqueó el palacio imperial de Roma y el templo de Jove en la colina del Capitolio. También había un sinfín de reliquias sagradas: huesos de mártires, imágenes milagrosas, auténticos ropajes de los apóstoles, los clavos de la cruz en que clavaron a San Pedro cabeza abajo...

Pero los despojos más maravillosos y venerables eran nada menos que los instrumentos sacros del culto religioso judío, confeccionados por Moisés en el desierto por orden expresa de Dios y más tarde guardados en el templo de Jerusalén. Se los describe en el capitulo veinticinco del Libro del Éxodo: la sagrada mesa para panes de proposición, de madera de shittah, laminada de oro puro, y sus correspondientes cucharas, cuencos y platos de oro; y el candelabro de siete brazos de oro labrado con sus despabiladeras y bandejas de residuos; y el dorado sitial de la Merced, y sus dos querubines de oro al costado con las alas desplegadas. Estas cosas las había robado Geiserico en Roma, adonde las había llevado el emperador Tito después de tomar Jerusalén. El Arca de la Alianza había desaparecido. Algunos dicen que está en alguna parte de Francia, con otros despojos del templo, en manos de un rey franco, y otros que está en Axum, Etiopía, y otros que en el fondo del río Tíber, en Roma, y otros que hace tiempo ascendió al Cielo, fuera del alcance de manos sacrílegas.

El Senado salió al encuentro de la procesión y se unió a ella en la Plaza Amastriana, y lo mismo hicieron grupos de monjes y otros clérigos. Los monjes se portaron del modo más grosero, dirigiendo miradas rapaces a los despojos, especialmente a las reliquias sagradas que Justiniano les había prometido para sus iglesias.

En tiempos de la República Romana, el general victorioso recorría con sus cautivos las calles de la ciudad y ejercía durante ese día el poder supremo. El rey o reyezuelo enemigo, si lo habían capturado, era ofrecido como sacrificio humano al final de las ceremonias. ¡Cómo han cambiado las costumbres desde esos tiempos heroicos! Observad a Gelimer, libre de cadenas: cuando la procesión llega finalmente al Hipódromo, donde Justiniano le está esperando sentado en el palco real, entra con los demás. Se quita la capa púrpura y, acercándose al trono, hace una reverencia a Justiniano; y luego lo alzan grácilmente y lo perdonan. Le entregan un documento real que le otorga vastas propiedades en Gálata para él y su familia; y, para colmo, el titulo de Patricio Ilustre si accede a abjurar de la herejía arriana. Observad también a Belisario, el vencedor, quien se aproxima al trono, se quita el manto púrpura y se inclina a los pies del Emperador; y no recibe propiedades ni palabras de gratitud, sino sólo la declaración de que ha sabido obedecer las órdenes.

Os preguntaréis cómo se comportó Gelimer en esta difícil ocasión. No rió ni lloró, sino que meneó la cabeza, triste y maravillado, y repitió una y otra vez, como un encantamiento, las palabras del profeta del Eclesiastés: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad». Poco después se retiró con su familia a Gálata, donde vivió hasta alcanzar la vejez apacible, manteniéndose fiel a la fe arriana. En cuanto a los otros prisioneros vándalos: los más aguerridos fueron organizados en escuadrones de caballería y enviados a la defensa de la frontera persa, pero antes Belisario escogió algunos para su Regimiento Personal. Los restantes fueron usados como obreros para construir iglesias o como remeros de las galeras imperiales.

Más tarde, Teodora dijo a Justiniano que si deseaba ganar el titulo de «Grande» debía ser magnánimo y dar a Belisario una digna muestra de su simpatía. Por lo tanto, lo designó cónsul

para el año siguiente, e incluso hizo acuñar una medalla: su propia efigie en el anverso, y Belisario cabalgando con armadura completa en el reverso, con la inscripción «La Gloria de los Romanos», un honor único en nuestra ciudad. El ascenso de Belisario al consulado se celebró el día de Año Nuevo. Ocupando su sitial de marfil, que iba sustentado por cautivos vándalos, y con un cetro de marfil en la mano, hizo otra pequeña procesión a través de la ciudad desde sus aposentos palaciegos hasta la Cámara del Senado. En el trayecto, distribuyó entre la multitud dádivas tomadas de su botín de guerra privado: monedas, copas, cinturones, broches de oro y plata, por valor de cien mil piezas de oro. Pero mi ama Antonina, cuya prudencia en el asunto de las vasijas de agua tendréis en cuenta, cuidó de que no quedara reducido a la indigencia. Cuando la turba reclamó más les dijo personalmente que eran criaturas desvergonzadas y despojarían a Belisario, no sólo de todo lo que había ganado en África, sino de lo que había heredado de sus padres o ahorrado de los presentes otorgados por el Emperador. Para demostrar el ojo avizor de mi ama en cuestiones de economía, debo deciros que mientras aún estábamos en Cartago, y sin que lo supiera Belisario, había tomado una gran cantidad de monedas del tesoro de Gelimer, eligiendo todo el dinero imperial de acuñación reciente que pudo encontrar, de modo que no se sospechara su origen, y lo había preservado para días de zozobra. Pues los gastos domésticos de Belisario eran enormes, y nunca hubo hombre más generoso con los necesitados e infortunados.

Las reliquias sagradas fueron distribuidas entre las iglesias, de acuerdo con la consagración de cada una, y cada iglesia importante recibió algo. Pero una pequeña y anónima comunidad de monjes muy pobres, que vivían de limosnas y ocupaban una casa ruinosa en el suburbio de Blaquernas, no gozó de esta generosidad. El abad fue sin tardanza a ver a Belisario y le preguntó, en nombre de Cristo, si él no tendría alguna bagatela propia para darles; pues mientras él estaba en África habían orado noche y día por su victoria.

-Venerable padre -repuso él-, la vuestra es una confraternidad de pobres monjes mendicantes que tienen en poco la plata y el oro, de manera que no daré a vuestra morada ningún objeto que pueda distraeros de los pensamientos religiosos. Pero os daré una reliquia célebre: el cuenco de mendigo de San Bartimeo, que el mismo Emperador me regaló después de la batalla de Daras, y lo exhibiréis en vuestra casa y lo conservaréis como recordatorio de vuestros votos de pobreza, paciencia y virtud. Recuerda, es sólo un préstamo, pues no puedo demostrar ingratitud a su Sagrada Majestad. Quizás un día lo necesite de nuevo.

Por lo tanto, en esa casa nunca faltó comida ni bebida, pues se convirtió en centro de peregrinación, y a partir de entonces se conoció como monasterio de San Bartimeo.

En cuanto al Sitial de la Merced, el candelabro de los siete brazos, la mesa y los otros tesoros judíos, el obispo de Jerusalén persuadió a Justiniano de que los devolviera a esa ciudad. El obispo argumentó que no habían traído buena suerte a los hombres de Roma, cuyos dominios habían pasado a los bárbaros, ni a los vándalos a quienes el mismo Justiniano había derrotado. Obviamente, llevaban consigo una maldición. Justiniano los devolvió a Jerusalén, al mismo edificio en que una vez habían estado mil años, el templo de Salomón, que ahora era una iglesia cristiana. ¡Qué gran fuente de ganancias para el clero! Los judíos se lamentaron de estar todavía privados de los sacros instrumentos del culto, y profetizaron que en poco tiempo los cristianos serían echados de Jerusalén; pero esto no ha sucedido hasta el presente.

Cuando las noticias de la conquista de África por Belisario llegaron a la corte persa, el rey Cosroes se sorprendió y se irritó. Envió un mensaje de congratulación a Justiniano pidiendo, medio en serio, medio en broma, su parte del botín de Cartago. De no haber sido por la paz con Persia, dijo, Justiniano nunca habría podido despachar tropas a Cartago. Justiniano fingió tomar a bien la broma y envió a Cosroes una valiosa vajilla de oro. De modo que la Paz Eterna conservó su vigencia.

No es necesario hacer un relato detallado de la vida de mi ama en Constantinopla durante los días que siguieron a nuestro regreso de Cartago. Estaba nuevamente al ser- vicio de Teodora, y pasaba el tiempo libre en fiestas y excursiones de placer y visitas a los Teatros. Teodosio estaba

con ella constantemente, y en la corte se hablaba muchísimo sobre esa amistad; pero Belisario, como Teodosio era su ahijado, rehusó oir nada de lo que se decía, demostrando al joven una absoluta confianza.

Para entonces, Belisario había recibido noticias que lo apenaron enormemente: que Rufino y Aigan y los quinientos coraceros que había dejado con Salomón habían sido destruidos por los moros. Salomón los había enviado tierro adentro, a una ciudad llamada Manantiales Regios, en el centro de la comarca cerealera, a cien millas de Hadrumeto; debían rescatar una gran cantidad de labriegos africanos romanos a quienes los moros habían apresado en una incursión. Los coraceros tuvieron éxito, y escoltaban lentamente a los labriegos hasta sus hogares cuando fueron atrapados en un estrecho desfiladero por una fuerza de varios miles de moros, que los hicieron trizas en una lucha desesperada. Ahora, los moros también estaban saqueando las partes occidentales de la diócesis, y las fuerzas de Salomón eran totalmente inadecuadas para proteger a los africanos romanos. Salomón escribió a los reyezuelos moros, protestando contra esos ultrajes: les recordó que ahora eran aliados de Justiniano, que habían enviado a sus hijos a Cartago como garantía de buena conducta, y que el destino de los vándalos debía servirles como advertencia. Los moros se rieron de esta carta. En su respuesta destacaron que la alianza con Justiniano no los había beneficiado en lo más mínimo.

Siendo polígamos, no daban tanta importancia a los niños, que eran fáciles de reemplazar, ni abrigaban esos blandos sentimientos familiares que a Gelimer le habían hecho perder dos batallas y un reino. La derrota de los vándalos era un augurio más triste para los africanos romanos que para ellos, dijeron. Sus incursiones continuaron.

Salomón emprendió una campaña con todas las fuerzas disponibles. Luego, los moros cometieron el error de concentrarse en un gran ejército, en vez de dividirse en partidas de merodeadores y devastar la diócesis parte por parte. Tropas tan indisciplinadas como estos moros, que no visten armadura y llevan escudos frágiles y sólo un par de jabalinas por persona y a veces espada, pierden valor combativo en forma proporcional al incremento de su concentración masiva. Adoptaron una extraña formación defensiva que una vez había desconcertado a los vándalos en Trípoli. Construyeron una empalizada circular al pie de una colina; tras poner a las mujeres y otros no combatientes detrás, la rodearon con doce filas de camellos, cada uno con la cabeza atada a la cola del anterior, el costado al enemigo. Cuando apareció la fuerza de Salomón, algunos moros estaban erguidos en los lomos de los camellos, preparados para arrojar jabalinas, mientras otros se agazapaban bajo los vientres de la bestias, preparados para brincar y apuñalar. La caballería estaba formada sobre la colina, con órdenes de cargar en cuanto atacaran el campamento; también estaba armada con jabalinas y espadas.

Salomón lanzó el ataque. Pero los caballos romanos, que no estaban acostumbrados al olor de los camellos, corcovearon y no hubo modo de incitarlos a atacar; y los moros causaron grandes estragos con sus jabalinas. Luego, Salomón hizo desmontar al escuadrón de godos tracios -hombres corpulentos, fuertes, con cotas de malla- y él mismo los condujo con los escudos levantados y las espadas desenvainadas contra el círculo de camellos. En un santiamén despacharon doscientos camellos, y rompieron el circulo. La infantería mora huyó desordenadamente; la caballería no intervino. Salomón capturó a todas las mujeres y todos los camellos; y diez mil moros murieron en la persecución.

Los moros se recobraron de la derrota pocas semanas más tarde e invadieron de nuevo la comarca cerealera con el mayor ejército que habían reunido jamás, tan numeroso que no sólo era inútil, sino autodestructivo. Salomón lo sorprendió un día al amanecer, acampado en una montaña, y lo obligó a huir hacia una barranca. En la confusión de la fuga, estos salvajes se pisotearon entre si, y ni uno de entre ellos pensó en defenderse. Aunque parezca increíble, cincuenta mil moros perecieron antes de que el sol estuviera alto, y ni un solo soldado romano sufrió siquiera un rasguño. Tan grande fue el número de mujeres y niños cautivos que un joven moro con buena salud, cuyo precio en el mercado de Constantinopla no sería inferior a diez

piezas de oro, aquí podía comprarse por dos piezas de plata, el precio de una oveja gorda. Así fueron vengados Rufino y Aigan.

Los moros supervivientes buscaron refugio entre sus allegados del monte Aures, una enorme montaña a trece días de viaje de Cartago, sobre la frontera marroquí. Esta montaña, que tiene sesenta millas de circunferencia, es muy fácil de defender, y las l.~aderas superiores son muy fértiles, con abundantes manantiales. Treinta mil combatientes la transformaron en base para sus incursiones.

En cuanto al resto del África romana: los habitantes deseaban ahora fervientemente el regreso de los vándalos, no sólo a causa de las incursiones moras, sino de los recaudadores de impuestos de Justiniano, que se instalaron en el lugar como sanguijuelas famélicas. Los vándalos también habían sido sanguijuelas, pero sanguijuelas ahítas:

sólo gravaban un décimo de los productos de los granjeros, y eran negligentes para cobrarlo. Justiniano, en cambio, exigía un tercio, y se cercioraba de que el pago fuera inmediato. Además, cundió el descontento en el ejército a causa de las esposas vándalas de los soldados. Parecía absolutamente justo que los soldados victoriosos recibieran las tierras fértiles y las cómodas residencias de aquellos a quienes habían despojado.

Pero, por orden de Justiniano, esas propiedades fueron secuestradas y vendidas por cuenta del tesoro imperial. Las tropas no recibieron nada de lo que esperaban, sino que fueron despachadas para construir y custodiar fortificaciones remotas, e incitadas a cultivar las tierras pobres e infecundas de las inmediaciones. Las mujeres vándalas fueron quienes más protestaron contra la injusticia de esta resolución, azuzando a sus esposos para que insistieran en una retribución adecuada. Pero Salomón no tenía autoridad para satisfacer sus exigencias.

Había además otras quejas en el ejército, y justas en mi opinión, causadas por la necia obstinación de Justiniano con respecto a la fe ortodoxa. Las fuerzas de Salomón incluían, como sabéis, un escuadrón de quinientos godos tracios y los trescientos hérulos de Faras, y unos doscientos bárbaros de otras tribus de allende el Danubio; éstos eran todos arrianos. Pero Justiniano había ordenado la extirpación de la herejía arriana y la persecución de los sacerdotes arrianos; prohibía a cualquier arriano recibir los Sacramentos a menos que se retractara, y también le prohibía hacer bautizar a sus hijos.

Esta norma se aplicó no sólo a los vándalos supervivientes -ancianos y ancianas, y esposas e hijastros de los soldados- y a los africanos romanos convertidos a la herejía, sino también a esos valerosos soldados, que nunca antes habían sufrido semejante agravio.

Los informes de Salomón sobre la situación africana eran tan inquietantes que Belisario rogó a Justiniano que consintiera a los soldados arrianos recibir los Sacramentos de manos de sus propios sacerdotes, como era la costumbre. Pero Justiniano alegó que seria un acto impío y pondría en peligro su propia posibilidad de salvación. Belisario no pudo insistir sobre el particular. Luego pidió a Justiniano que enviara refuerzos a Salomón (quien también había tenido que despachar una expedición contra bandidos de Cerdeña) para que defendieran las fortificaciones, mientras las tropas originales servían como guarnición en Cartago y recibían, tal vez no palacios y parques, pero al menos casas y tierras decentes para contentarse. Justiniano pareció estar de acuerdo, y reunió una fuerza de veinte mil hombres en Tracia y la frontera persa, reemplazándolos por los nuevos escuadrones vándalos. Luego dijo a Belisario en audiencia pública que pronto tendría que volver con ellos a Cartago a recibir de Salomón el cargo de gobernador. Sin embargo, todo esto era una treta. Justiniano estaba pensando en otra guerra. Las tropas no debían servir en África, sino en la conquista de Sicilia.

He mencionado que Belisario reclamó, en nombre de Justiniano, el promontorio de Lilibeo. El gobernador godo de Sicilia se lo comunicó a la reina Amalasunta (regente de Italia, Sicilia, Dalmacia y el sudeste de Francia en nombre de su joven hijo Atalarico), con quien Justiniano había cerrado el trato que permitió a Belisario reabastecerse en Siracusa cuando navegaba hacia Cartago. La reina Amalasunta adoptó oficialmente el criterio de que, al concluir la monarquía

vándala, el Lilibeo había vuelto a formar parte de su propio patrimonio. Pero en verdad no deseaba malquistarse con Justiniano, pues era más que precario ser reina de los godos, quienes siempre habían considerado una indignidad ser gobernados por una mujer.

El padre de la reina, el gran rey Teodorico, había sido un milagro entre los bárbaros. Pertenecía a esa nación de ostrogodos que venció en la gran batalla de Adrianópolis, según se relató en un capitulo anterior, y a continuación se hizo aliado del Emperador de Oriente y le protegió las fronteras. No muchos años más tarde, por sugerencia del Emperador de Oriente, casi toda la nación, guiada por Teodorico desde Tracia, emigró en carromatos hacia Italia para guerrear contra un general bárbaro que había derrocado al Emperador de Occidente. Sólo unos pocos miles quedaron atrás. El rey Teodorico derrotó y mató al usurpador, y él y su pueblo se adueñaron de Italia. Su gobierno justo, equitativo y prolongado, había devuelto la prosperidad a Italia entera; y aunque nominalmente era vasallo del Emperador bizantino, mantuvo una absoluta independencia de acción. Aunque no era un estudioso, Teodorico era amigo de la cultura. Los godos -quienes, como todos los germanos, prefieren las virtudes bárbaras a las civilizadasno podían acusarlo de blandura; pues era el mejor jinete y el mejor arquero de sus dominios, y rehuía la molicie como la peste. Su cualidad más noble era su tolerancia religiosa; aunque arriano, concedió una absoluta libertad religiosa a los cristianos ortodoxos, y a los herejes de toda especie, en todos sus dominios.

Amalasunta heredó el coraje y la habilidad del padre, y además era muy bella.

Pero tenía pocos amigos en la nobleza goda, cuando a la muerte de Teodorico la corona pasó a Atalarico, su hijo de diez años, con ella misma como regente, los nobles interfirieron en todo, incluso en la educación de Atalarico. Teodorico había deseado que llegara a ser un hombre cultivado, capaz de conversar en igualdad de términos con un Emperador o un Papa o un senador romano, y lo había puesto bajo preceptores exigentes; pero esta nobleza bárbara insistió en que al joven se le permitiera salir de juerga con compañeros de la misma edad, y que aprendiera a beber y putañear y cabalgar y pavonearse con la espada floja en la vaina, como ellos lo habían hecho cuando jóvenes.

Como resultado de lo cual, Atalarico se convirtió en un joven matón. Llegó a despreciar a la madre y, azuzado por sus compañeros; amenazó abiertamente con arrebatarle el gobierno del país. Ella lo trataba con elegante desdén, pero se preparaba en secreto para abandonar Italia con un cargamento de tesoros -un cuarto de millón en monedas de oro- y refugiarse en la corte de Constantinopla. Incluso envió una carta a Justiniano informándole de sus intenciones, y él replicó con una calurosa bienvenida.

Sin embargo, Amalasunta logró eliminar a los tres jóvenes nobles que le acarreaban más problemas; de manera que le pareció innecesario zarpar. Pero hay un largo trecho entre Rávena, donde estaba la corte de Amalasunta, y Constantinopla. Justiniano se impacientó al no recibir noticias. Envió un embajador a Amalasunta, con la excusa de solucionar el problema del Lilibeo, pero con el propósito verdadero de averiguar por qué no venia; y también envió dos obispos, con la presunta intención de conferenciar con el Papa sobre un intrincado artículo doctrinal, pero en verdad para que hablaran secretamente con un tal Teodato, sobrino de Teodorico, que había heredado grandes propiedades en Toscana, el distrito costero al norte de Roma. Ahora bien: poco antes, Amalasunta había llamado a Teodato desde Rávena y le había recriminado que se adueñara injustamente de tierras de ciudadanos romanos, sus vecinos, y también de tierras pertenecientes a la corona; y lo había obligado a devolverlas y disculparse.

Embajador y obispos regresaron con la grata noticia de que Teodato, a cambio de una renta fija y una propiedad en Constantinopla, estaba dispuesto, por odio a Amalasunta, a entregar Toscana a los soldados de Justiniano cuando él quisiera enviar un ejército de ocupación; y que Amalasunta deseaba secretamente transferir a Justiniano la regencia de Italia con las mismas condiciones, pues ya no podía controlar más al hijo. Pero su respuesta oficial en lo concerniente al Lilibeo fue que Justiniano no tenía ningún derecho a él.

Luego, un acontecimiento repentino alteró absolutamente el cariz de la situación.

El joven Atalarico, la salud minada por la bebida y la vida licenciosa, enfermó y murió.

Amalasunta, que sólo gobernaba por ser la madre, fue así, de acuerdo con la ley goda, relegada a la ciudadanía privada. Decidió casarse inmediatamente con un noble godo para poder seguir siendo reina. Pensó que no había persona más indicada para ello que el mismo Teodato, su primo (cuyas intrigas con Justiniano ella ignoraba, como él las de ella): un hombre de edad, apacible, diferente de los otros godos, que se había dedicado al estudio de la filosofía y la composición de hexámetros latinos. Sin duda, se sentiría honrado por una unión con ella, y le permitiría gobernar en nombre de él sin entrometerse. Por lo tanto, le propuso matrimonio, subrayando las ventajas que obtendría al protegerse así contra la hostilidad de la nobleza goda, que lo despreciaba por su erudición, y los italianos, que lo odiaban por su rapacidad. Nadie tenía más derecho al trono que él, le dijo, pero sin ella no podía tener esperanzas de alcanzarlo o retenerlo. Él accedió, aparentemente muy complacido, y lo coronaron rey, y los godos lo aclamaron como tal; pues no apareció ningún otro pretendiente de sangre real. Pero Amalasunta se había pasado de lista. En cuanto Teodato ciñó la corona, violó el sagrado juramento de no inmiscuirse en los asuntos públicos. De hecho, la echó de la sala del Consejo y la envió a una pequeña isla de un lago toscano, donde la tuvo prisionera.

Cuando Justiniano se enteró del acto de Teodato, se alegró más de lo que aparentaba. Envió otra embajada a Italia, para informar a Amalasunta que le daría todo el apoyo que necesitara contra sus enemigos; y el agente tenía instrucciones de no ocultar este mensaje a Teodato ni a ninguno de sus nobles. Así, esperaba sumir al reino entero en la confusión. Pero cuando el agente diplomático llegó a Italia, Amalasunta había muerto: los parientes de los tres jóvenes a quienes ella había asesinado habían persuadido a Teodato de vengar esas muertes. La sorprendieron, una tarde de verano, cuando se bañaba con sus damas en el lago, y le hundieron la cabeza en el agua hasta ahogaría.

Aunque Justiniano siguió declarando su gran amor por Teodora, la Emperatriz también se alegró de la muerte de esta reina, a quien consideraba una rival. Era verdad que Amalasunta, a quien Justiniano había conocido cuando ella era niña, era de cuna más alta que Teodora y un poco más joven y mucho más hermosa. Juan de Capadocia murmuró que Teodora misma había planeado el asesinato.

De manera que Justiniano ya tenía un pretexto para una guerra: el asesinato de una mujer inocente, su aliada. Encontró un augurio de éxito en la impopularidad e ineptitud del rey Teodato, cuyos versos, se decía, ni siquiera respetaban los pies, y cuya capacidad filosófica era nula. Pero Teodato oyó y creyó el rumor, surgido de los celos de Teodora por Amalasunta, de que el pérfido Justiniano en verdad había planeado invadir Italia con su ejército y casarse con Amalasunta, después de divorciarse de Teodora; más aún, que había pensado en perseguir a los godos por herejes. Ofreció a la corte esta excusa por el asesinato de su esposa, y su acción se aprobó; pues al menos era claro que Amalasunta había mantenido una traidora correspondencia con Justiniano.

Pero Teodato aseguró oficialmente al agente diplomático de Justiniano que el asesinato se había cometido sin que él supiera nada y contra sus deseos.

Ahora he aclarado por qué a Belisario se le ordenó llevar un ejército para invadir Sicilia, que se extendía en el extremo de los dominios del rey Teodato, y cuya población, para colmo, estaba muy descontenta. Las cosechas de Sicilia, el granero de Roma, habían desmejorado hacía mucho por culpa del mal tiempo y el agotamiento del suelo, de modo que a los granjeros les costaba pagar los impuestos en especias que exigían los godos. En otoño del año de su consulado, Belisario zarpó rumbo a la isla. Antonina fue con él (y yo con ella), y su hijo Focio, y también Teodosio. Pero las fuerzas bajo su mando sumaban sólo doce mil hombres, no veinte mil. A último momento, Justiniano separó ocho mil y se los envió a Mundo (el comandante de los ejércitos de Iliria, que había ayudado a Belisario a aplastar los Disturbios de la Victoria) con

órdenes de que los condujera contra los godos de Dalmacia, para distraerlos. Dalmacia, con toda la costa nordeste del Adriático, estaba en esos tiempos bajo dominio godo. Justiniano planeaba herir a los godos también en otro frente. Escribió a los francos, quienes desde el bautismo del rey Clodoveo habían sido cristianos ortodoxos, que ahora tendrían la oportunidad de invadir los territorios godos entre los Alpes y el Rin; y que seria una guerra santa contra los herejes arrianos, bendecida por su padre espiritual, el Papa.

El tiempo fue favorable y el viaje agradable; desembarcamos en Catania a principios de diciembre. Los lugareños, recordando con cuánta honestidad los habíamos tratado en nuestra visita anterior, nos dieron la bienvenida. Se quejaron muchísimo de los godos, y nos preguntaron si no podíamos quedarnos más tiempo con ellos en esta ocasión; pues nadie, salvo Belisario, sabía que no continuaríamos nuestro viaje a Cartago como se había anunciado. Por último, Belisario manifestó abiertamente sus intenciones, declarándose su protector y enviando mensajeros a todas las ciudades principales para invitarías a la rendición. En pocos días, toda Sicilia se le había rendido sin librar batalla, con la sola excepción de Palermo. Aquí se concentraban las fuerzas godas de la isla, refugiadas detrás de las eficaces fortificaciones. Pero aun Palermo se rindió con inesperada prontitud. Belisario se internó en el puerto, que no estaba protegido por ningún espolón, y descubrió que los mástiles de la mayoría de sus naves eran considerablemente más altos que las fortificaciones adyacentes. ¿Qué podía ser más fácil que elevar los botes mediante una polea entre el mástil principal y el palo de trinquete, y llenarlos con arqueros entrenados? (Sin embargo, quizás un plan tan simple no se le hubiera ocurrido a un general ordinario.) Estos arqueros podían disparar a lo largo de las calles de la ciudad e impedir que nadie se asomara por las puertas, a menos que estuvieran en un callejón lateral. Belisario amenazó con disparar flechas incendiarias y quemar las casas si Palermo no se rendía sin dilación. De modo que los habitantes obligaron a los godos a capitular.

Podéis dudar que un párrafo tan breve como el anterior pueda cubrir decentemente la historia de cómo una isla fértil, llena de espléndidas ciudades y con una superficie no inferior a las setenta mil millas cuadradas, fue ganada a los bárbaros por nuestras tropas imperiales. No obstante, estoy seguro de no haber omitido ninguna circunstancia relevante capaz de extender a dos ese único párrafo. Fue el nombre de Belisario, más que su ejército, lo que conquistó Sicilia, asistido por el miope celo de los cristianos ortodoxos, que esperaban recibir mejor trato de Justiniano, un correligionario, que del rey arriano. El último día del año, pues, cuando expiraba el periodo del consulado de Belisario, entró sin oposición en la ciudad capital de Siracusa, y allí entregó los báculos y el hacha, según decía la expresión. En cuanto entró, distribuyó entre los habitantes oro y plata del tesoro personal capturado a los godos que se le habían resistido en Palermo; y lo saludaron como a un libertador.

El agente diplomático de Justiniano se quedó en Italia y observó el efecto perturbador que ejercieron en el rey Teodato las nuevas del desembarco de Belisario en Catania, y las nuevas, llegadas simultáneamente de Dalmacia, de que Mundo había arrasado Spalato. Teodato comprendió que corría el riesgo de acabar como el rey vándalo Gelimer (su pariente, pues Gelimer y él tenían una tía en común). Sin consultar al Consejo, hizo una oferta secreta al embajador de ceder Sicilia a Justiniano y enviarle además un tributo anual de una corona de oro de trescientas libras de peso; y un destacamento permanente de tres mil jinetes godos con sus caballos para servir en África del Norte o la frontera persa, como Justiniano gustara, al cual mantendría en condiciones con reclutamientos anuales y remontas. También renunciaba a su derecho de sentenciar a muerte a sacerdotes y patricios italianos, o de conferir el rango de patricio a cualquier persona sin consentimiento de Justiniano o sus sucesores. Incluso convino en que los vítores de las facciones del Hipódromo de Roma, cuando él ocupara su lugar como presidente, incluirían saludos de lealtad no sólo a su nombre sino al de Justiniano, y en que una estatua de Justiniano acompañaría a cada estatua de él mismo, a la derecha, que es el lugar más honorable. Esto era para reconocer la soberanía de Oriente sobre Occidente. Teodato expresó todos estos términos por escrito. Estaba muy asustado, y deseaba prepararse un tesoro de gratitud en Constantinopla, por si alguna vez le era preciso escapar de Italia.

Pero cuando llegó la nueva de la caída de Palermo y de la ocupación de Sicilia sin derramamiento de sangre, el ánimo de Teodato flaqueó. Se preguntó si los términos que habían ofrecido a Justiniano para impedir que invadiera Italia no serían insuficientes; prometer Sicilia a Justiniano cuando ya la había tomado podía considerarse una impertinencia; ¿y de qué valía una oferta de tres mil soldados y un tributo anual equivalente a veinte mil piezas de oro, y el abandono del derecho a crear o castigar patricios? Llamó de nuevo al agente diplomático, que ya había emprendido el regreso, y le hizo una declaración confidencial, no sin antes comprometerlo a guardar el secreto con los más terribles juramentos. El secreto era que, si Justiniano rechazaba esas condiciones, Teodato estaba dispuesto a mejorarlas. Renunciaría a su título de rey y entregaría a Justiniano todo el gobierno de Italia. Lo único que pedía a cambio era una confortable vida privada, preferiblemente cerca de algún centro de la cultura en Asia Menor, en una finca de su absoluta pertenencia con una renta anual garantizada de por lo menos ochenta mil piezas de oro. Un mensajero godo acompañó al agente con esta oferta por escrito, pero sólo podía revelarla si Justiniano no aceptaba la otra Los embajadores se eligen por su lealtad y abnegación ante la causa de sus señores:

de modo que el agente de Justiniano no titubeó en exponerse al desastre espiritual faltando a la palabra dada a Teodato. Aconsejó a Justiniano que rechazara la primera oferta, pues el mensajero de Teodato tenía una mejor a su disposición. Entonces le mostraron esa oferta, y Justiniano se apresuró a aceptarla. No obstante, quiso regatear en cuanto a las rentas de la finca, hasta que Teodora se burló de su concepción de los negocios:

se arriesgaba a perder toda Italia por unos pocos sacos de monedas.

Hasta el momento, todo le salía tan bien a Justiniano que, en verdad, no podría habérselo culpado por creer que Dios lo favorecía especialmente, una creencia que los serviles cortesanos no hacían nada por atemperar. Pero antes de que el embajador hubiera tenido tiempo de regresar a Italia y ratificar el tratado con Teodato, toda la situación política volvió a alterarse bruscamente. Dos noticias persuadieron a Teodato de que a fin de cuentas había sido un necio y había sobreestimado la capacidad ofensiva de Justiniano.

La primera noticia se refería a Mundo. Después de capturar Spalato, se había topado con un gran ejército godo y, tras una enconada batalla, con bajas tremendas para ambos bandos, lo había derrotado; pero el mismo Mundo había muerto mientras perseguía al enemigo vencido. Se decía que las fuerzas imperiales estaban tan reducidas en número y valentía por esta desdichada victoria que habían regresado a Iliria sin dejar siquiera una guarnición en Spalato. La otra noticia fue que había estallado un serio motín en África del Norte, y que Belisario estaba por retirar sus fuerzas de Sicilia para restaurar el orden allá. A la veracidad de estas nuevas del África me referiré enseguida. Pero su efecto sobre Teodato fue tan grande que recibió insultantemente al embajador de Justiniano cuando regresó, e incluso amenazó con matarlo acusándolo falsamente de adulterio con una dama de la corte; se arrepintió enormemente de haber escrito a Justiniano como lo había hecho, y ahora declaraba que el embajador mentía y que las dos ofertas firmadas por él eran falsificaciones.

Los nobles godos del Consejo creyeron a Teodato. No podían concebir que el rey electo fuera tan timorato y traicionero como lo evidenciaba el mensaje de Justiniano, quien accedía a tomar Italia bajo su soberanía y dar a Teodato la finca que él había pedido. Concluyeron que la embajada no era más que una hábil treta de Justiniano para malquistarlos con el rey. De modo que el embajador y su séquito fueron arrestados, y Teodato envió un mensaje de desafio a Justiniano a través de un simple mercader, acusándolo de duplicidad y traición: Teodato sabía que los godos lo matarían si no reivindicaba inmediatamente su honor con un acto enérgico. También despachó un ejército para reconquistar Spalato, ya que los romanos la habían abandonado; y empezó a tratar opresivamente a los sacerdotes ortodoxos de toda Italia, y amenazó al Papa con matarlo o destituirlo si lo sorprendía en nuevas negociaciones secretas con Constantinopla.

Los godos, no obstante, tenían poca confianza en Teodato, pues escribía versos latinos y discutía con retóricos griegos y se enorgullecía de sus rebuscados conocimientos. Para ellos, unas pocas y toscas baladas de guerras germanas, junto con el Padrenuestro y el Credo arriano en la misma lengua, eran cultura suficiente. No se habían degenerado, como los vándalos, bajo el hechizo decadente de la civilización; pero tampoco habían aprovechado sus sesenta años de residencia en Italia para perfeccionar su inteligencia mediante la educación literaria. Su poco respeto a Teodato no se debía tanto al carácter estéril de sus conocimientos, como al hecho mismo de que los tuviera. De modo que no se preocuparon por reforzar sus virtudes guerreras bárbaras con los conocimientos militares que pueden derivarse de los libros. Sobre todo, no habían estudiado las artes de la fortificación ni las maniobras de sitio.

PROBLEMAS EN ÁFRICA Y SICILIA

Considerad el asunto desde el punto de vista godo. ¿Qué razones tenían para temer a sólo doce mil hombres, muchos de ellos infantes? Italia les pertenecía, y hacia dos generaciones que vivían en los términos más amistosos con la población nativa. Tenían abundantes reservas de alimentos, y una flota y dinero y pertrechos militares; podían enviar sin dificultad a la batalla a cien mil jinetes y cien mil arqueros a pie; poseían varias ciudades amuralladas muy fuertes. Añádase a esto que los soldados imperiales que habían desembarcado en Sicilia, aunque se declararan campeones de la fe ortodoxa, eran en su mayor parte cristianos por mera cortesía y ni siquiera se podían hacer entender por los italianos nativos, que hablaban latín, no griego; y comprenderéis que cuando los godos oyeron hablar del motín africano y la muerte de Mundo, dejaron de considerar el nombre de Belisario como un factor decisivo en la situación.

En cuanto al motín, estalló en Pascua del año siguiente, el año de Nuestro Señor de 536. Pocos días más tarde, Salomón llegó a Siracusa en una embarcación abierta, con unos pocos compañeros exhaustos, y corrió del muelle al cuartel general de Belisario, en el palacio del gobernador. Sucedió que esa tarde yo estaba con mi ama, Belisario y Teodosio en un pequeño cuarto, al cual nos habíamos retirado después de comer, y se estaba entablando algo muy parecido a una disputa. Teodosio había hecho una broma bastante mordaz a costa de algún artículo de la fe ortodoxa, para diversión de mi ama Antonina.

Belisario no sonrió, sino que preguntó azoradamente a Teodosio si había vuelto al eunom¡an¡smo.

-No -repuso Teodosio-. En verdad, nunca profesé esas opiniones seriamente.

-Bien. Pero si te has convertido a la verdadera doctrina, no entiendo por qué bromeas de esa manera.

Antonina defendió a Teodosio: dijo que reírse de las cosas que uno juzgaba valiosas no estaba reñido con la lealtad hacia esas cosas. Como Belisario estuvo en desacuerdo, Antonina pasó de la defensa al ataque, y le preguntó por qué, si la ortodoxia significaba tanto para él' permitía que heréticos de toda clase se alistaran en su regimiento de coraceros.

-Es una cuestión absolutamente diferente -respondió Belisario-. Todo hombre tiene derecho a profesar las creencias religiosas que prefiera, y el deber ante si mismo de no dejarse disuadir por la fuerza; pero no tiene derecho a herir la sensibilidad del prójimo afirmando esas creencias ofensivamente. Yo nací en la fe ortodoxa, y tempranamente juré profesarla. Me ofende oir burlas doctrinales ociosas, pues yo no me burlaría de la fe de ningún hombre honesto.

-¿Y si hubieras nacido arriano?

-Indudablemente hubiese seguido siendo arriano.

-¿Entonces todas las opiniones religiosas son doctrina verdadera si se profesan con sinceridad? -lo urgió mi ama.

-Eso no lo acepto. Pero digo que es bueno mantener la fe y es bueno respetar los sentimientos ajenos.

Teodosio no se disculpó por la broma que había ofendido a su padrino. Sólo pudo decir:

-No siento la menor simpatía por ninguna herejía. Te aseguro que la doctrina ortodoxa puede ser defendida lógicamente contra todas las herejías, especialmente dadas ciertas premisas místicas, como la de que el Papa de Roma tiene las llaves del Cielo, como sucesor de San Pedro.

-No veo que la lógica guarde ninguna relación con la religión verdadera -respondió malhumoradamente Belisario.

-Vaya comentario escéptico, padrino -dijo Teodosio, riendo.

Belisario explicó, sin perder aún la compostura:

-La religión es fe, no filosofía. Los griegos jónicos inventaron la filosofía para reemplazar la religión; y los convirtió en una raza taimada y pusilánime.

Entonces, mi ama Antonina preguntó:

-¿Pero la filosofía no es necesaria para precaverse contra posibles daños? ¿Es bueno mantener la fe con quienes pueden dañarlo a uno?

-Es bueno mantener la fe y perdonar los daños. Romper con la propia fe es dañarse a si mismo.

-Pero cuanto más débil sea la fe de un hombre -observó Teodosio-, menos se dañará a si mismo al romper con ella.

-Eso no es cosa nuestra, ahijado -repuso amablemente Belisario-. Aquí somos todos gente de honor.

Entonces intercepté una rápida mirada que intercambiaron mi ama y Teodosio, como diciendo: «Ah, querido Belisario, nos halagas. Tal vez nuestro sentido del honor no sea tan fanático como el tuyo».

Nunca he olvidado esa conversación, ni esa mirada, a la luz de las subsiguientes relaciones de mi ama con Teodosio. Al menos, esto es seguro: que Teodosio se había dejado bautizar sólo como ayuda para medrar personalmente, y que no era más cristiano que mi ama o que yo. Una vez le confesó:

-El único escritor de la Cristiandad que he leído con satisfacción es Celso. -Este Celso es anatema. Vivió en tiempos paganos, y escribió sobre los cristianos primitivos con aguda severidad. Incluso fue a Palestina para investigar la ascendencia de Jesús, y declaró que lo había encontrado anotado en registros militares como hijo de un tal Pantero, un soldado griego de Samaria-. Y es notable - ecía Teodosio- que Jesús, de acuerdo con Juan el Evangelista, no haya negado su origen samaritano cuando los sacerdotes lo acusaron de ello.

Cada cual tiene derecho a su propia fe u opiniones, como sostenía Belisario. Pero Teodosio ocultaba sus pensamientos a todos, excepto a mi ama Antonina, si en verdad a ella se los revelaba. Aunque yo no creía las estúpidas habladurías de la servidumbre a propósito de mi ama y Teodosio -tales como que una vez los habían visto besándose detrás de un biombo, y otra saliendo juntos de un sótano- tenía no obstante el fuerte presentimiento de que un día la pasión se adueñaría de mi ama y del joven, y la mala suerte se abatiría sobre Belisario y sobre ellos mismos. Pues siendo ateo, o al menos escéptico, ¿qué escrúpulos morales tenía Teodosio? En cuanto a mi ama, había vivido 'una vida muy disipada en los viejos tiempos, y por cierto no había sido fiel a su esposo el mercader, pues consideraba su cuerpo una pertenencia propia de la cual dispondría a su antojo. Su amor por Belisario era innegable; pero yo no podía prever si bastaría para obligarla a refrenar las pasiones que pudiera despertarle Teodosio.

Cuando Belisario dijo «Aquí somos todos gentes de honor», me entristecí. Yo lo amaba como a un héroe noble, y mi lealtad hacia él sólo era inferior a la lealtad que le profesaba a mi ama, agradecido por la gran consideración con que ella me había tratado siempre.

Fue en ese momento cuando anunciaron a Salomón. Entró jadeando en el cuarto, la voz entrecortada. Mi ama me mandó a buscar una copa de vino para reanimarlo, y él la bebió

enseguida. Como mi discreción no se cuestionaba, me permitieron quedarme y oir la historia que él nos contó.

Las mujeres vándalas eran el origen del problema, dijo Salomón. Habían persuadi do a sus nuevos esposos de que el Emperador los había estafado quitándole sus dotes matrimoniales, las casas y las tierras que les pertenecían por derecho propio. Las mismas mujeres también habían exacerbado la indignación general ante los opresivos edictos religiosos de Justiniano: pues ningún arriano podía celebrar los Sacramentos, y ni siquiera disponer de un poco de agua bendita para salpicar a sus hijos en el bautismo.

Ahora había toda una generación de arrianos recién nacidos que, si morían sin bautizar, quedarían condenados eternamente; y eso causaba gran preocupación a los padres, godos tracios y hunos hérulos. El motín se había preparado para el Domingo de Pascua, que ese año caía el veintitrés de marzo. Los conspiradores resolvieron asesinar a Salomón mientras asistía a una ceremonia en honor de la Resurrección de Cristo en la catedral de San Cipriano. Salomón no tenía la menor sospecha del peligro, porque el secreto se había mantenido a la perfección. No obstante, la mitad de los soldados de su propia guardia palaciega formaba parte del complot, pues estaban casados con mujeres vándalas y deseaban participar en la distribución de tierras y residencias.

El momento elegido para el asesinato fue el de la solemne elevación de la hostia ante el altar mayor (un acto al cual se atribuyen propiedades milagrosas); pues la congregación entera estaría respetuosamente postrada, y le podrían asestar sin dificultad una puñalada repentina y mortífera. Pero cuando entraron los soldados arrianos con la manos en las empuñaduras de las dagas, alentándose unos a otros con cabeceos y codazos, los abrumó un repentino temor reverencial. La vastedad y riqueza de la catedral, los suaves y solemnes cánticos del coro, las velas y el incienso, los pendones y guirnaldas de flores primaverales, los venerables sacerdotes con las túnicas bordadas, la congregación sin armas orando con ropas festivas, todo esto impresionó profundamente a los arrianos. Podían cometer asesinato, pero no sacrilegio. Mientras se detenían, indecisos, los silenciosos sacristanes y bedeles se les acercaron sigilosamente, para tironearles perentoriamente las mangas e indicarles que se postraran como el resto. Uno por uno obedecieron, y participaron de las ceremonias restantes como si hubieran pertenecido a la fe ortodoxa. Pero cuando estuvieron nuevamente afuera, cada cual acusó a los demás de cobardía y blandura y juró que él mismo lo habría hecho.

si uno solo entre los demás lo hubiese apoyado.

Hicieron estas airadas declaraciones en el mercado público, y Salomón no tardó en salir y enterarse del asunto; pero cuando ordenó que los arrestaran, los soldados de la guardia no mostaron ningún deseo de obedecerle. Entonces los conspiradores, en compañía de otros soldados insatisfechos, abandonaron Cartago y se pusieron a saquear los suburbios.

Salomón se encontró impotente frente a esos descontentos: sus tropas rehusaban marchar contra ellos. Al quinto día convocó a una Asamblea general en el Hipódromo,.

donde habló a los soldados, marineros y policías reunidos, tratando de arrancarles un nuevo juramenteo de lealtad. Pero ellos lo abuchearon y apedrearon, y pronto empezaron a aporrear y matar a sus propios oficiales. Degollaron al principal general de Salomón; y luego Faras, el hérulo, que se declaraba absolutamente leal a su hermano de sangre Belisario, fue mortalmente herido por las flechas de sus propios hombres. Estos hérulos habían estado preparando nuevamente kavasse, pues le habían devuelto el fermento.

Pronto el motín se generalizó, y todo el ejército se lanzó a saquear el distrito comercial del centro de Cartago y los depósitos del puerto. Entonces, salvo porque no incendiaban casas ni lucían insignias Verdes ni Azules, se parecía a Constantinopla durante los Disturbios de la Victoria, sin un Belisario para restaurar el orden. Momentáneamente Salomón se refugió en la capilla de la Virgen del palacio de Gelimer, pero escapo en cuanto pudo y enfiló hacia los

muelles. Allí se adueñó de una embarcación, y aquí estaba al fin, después de remar durante diez días.

Cuando Belisario hubo formulado a Salomón unas pocas preguntas, anunció a Antonina:

-Iré a Cartago inmediatamente. Es lo que me pediría el Emperador. Quédate aquí y actúa en mi nombre.

-¿Qué tropas llevarás contigo?

-Cien coraceros.

-Te matarán, imprudente.

-Estaré de regreso antes de fin de mes.

-Debo acompañarte, Belisario.

-Sólo a ti puedo confiar la administración de este lugar.

-Yo misma no puedo confiar en mi. Déjame acompañarte. No aceptaré quedarme.

-Antonina, en esto debes obedecerme. Te lo ordeno en nombre del Emperador.

Así fue como mi ama, contra su voluntad, se quedó en Siracusa con Teodosio; y no esperaba ver de nuevo a Belisario. Es cierto que si alguna vez faltó a sus votos matrimoniales hechos a Belisario, fue en esta oportunidad. Pero siempre negó que lo hubiera hecho y nadie pudo contradecirla, pues había actuado con suma discreción.

Mi tarea como historiador es contar la verdad, pero también es mi deber de criado leal no calumniar a mi ama. Afortunadamente mi tarea y mi deber no se contradicen.

Pero no sé nada con certeza: eso puedo jurarlo.

En Cartago, los amotinados, después de haber saqueado la ciudad a gusto y haber tomado posesión formal de las casas y tierras que ansiaban, se pusieron en marcha para reunirse con otro grupo de amotinados de la columna a la cual Salomón había confiado el fatigoso sitio del monte Aures. Sus escuadrones combinados pronto sumaron siete mil hombres, y había además mil vándalos. Cuatrocientos de ellos eran cautivos fugitivos. Hacia poco que habían zarpado hacia la frontera persa desde Constantinopla; pero frente a la isla de Lesbos habían dominado a las tripulaciones de los transportes y, en vez de navegar hacia Antioquía, habían regresado a África del Norte, donde desembarcaron en un paraje solitario cerca del monte Pappua y marcharon hacia el monte Aures. Tenían la intención de aliarse con los moros rebeldes, pero en cambio se unieron a los amotinados imperiales, que les brindaron una calurosa bienvenida. Los vándalos restantes eran refugiados que habían buscado asilo en sitios oscuros desde la captura de Cartago y ahora se atrevían al fin al salir. Se encontraron caballos para ellos en las casas de posta.

Los amotinados eligieron como comandante a un soldado raso, un tracio enérgico y capaz llamado Stotzas, y luego regresaron a Cartago, proclamando a la diócesis entera una República de Soldados. No se esperaba ninguna oposición de los ciudadanos.

Llegaron frente a las murallas al alba del siete de abril y vivaquearon allí, planeando entrar a la mañana siguiente. Pero esa misma noche llegó por mar Belisario con sus cien coraceros escogidos e inmediatamente se puso a registrar la saqueada Cartago en busca de nuevas tropas leales; y antes de la mañana había reunido dos mil hombres.

De éstos, seiscientos eran reclutas africanos romanos de la caballería policial, y quinientos eran vándalos, hombres de edad a quienes Belisario había permitido vivir en sus casas sin ser molestados, y que ahora se ofrecían a ayudarlo por gratitud. También había varios moros amigos. Los soldados que no se habían amotinado no sumaban más de quinientos. Pero se decía que el nombre de Belisario valía por cincuenta mil hombres. Cuando los amotinados se enteraron de su repentina llegada, se consideraron en inferioridad numérica por cincuenta y dos

mil contra ocho mil, e inmeditamente se desbandaron y huyeron hacia el interior. Se dirigían al monte Aures, donde se proponían hacer causa común con los moros. Belisario los persiguió y alcanzó a cincuenta millas de la ciudad, en Membresa, una localidad no fortificada junto al río Bagrades.

Se le presentaba un nuevo tipo de batalla: contra sus propios soldados.

El honor de la victoria se atribuye hoy popularmente a San Cipriano, a quien la leyenda también adj udica una aparición personal en la catedral en aquella mañana de Pascua (disfrazado de bedel, pero con la aureola ligeramente expuesta), para desarmar a los asesinos y ponerlos de rodillas. Pues en Membresa arreció repentinamente el viento de San Cipriano, adelantándose de nuevo a la fecha, y azotó las caras de los amotinados cuando los dos ejércitos estaban por combatir. Stotzas comprendió que las flechas de sus hombres perderían velocidad por culpa del viento y, por lo tanto, ordenó a la mitad de su caballería apostarse a cubierto en el flanco derecho para disparar los arcos desde allí. La maniobra se ejecutó lentamente y con cierto desorden. Belisario, a la cabeza de su caballería, cargó inmediatamente contra el punto donde reinaba mayor confusión, el escuadrón vándalo. Pues los vándalos, no siendo arqueros, no estaban seguros de si debían desplazarse o quedarse. La carga imprevista los desbandó, y el ejército de los amotinados quedó escindido en dos partes; y ambas cedieron cuando la columna de Belisario se dividió y se volvió a todo galope sobre la retaguardia de ambas.

Así sucedió que muchas de las mujeres vándalas cambiaron de esposo por segunda vez. Fueron abandonadas en el campamento cuando los rebeldes se perdieron en el desierto, cada hombre por su propia cuenta; y fueron capturadas por los hombres de Belisario con el resto del botín. La mayoría de los muertos eran vándalos; pues, en cuanto la victoria pareció segura, Belisario había ordenado a sus hombres que no atacaran a los amotinados, quienes quizá regresaran luego a sus filas; y, de hecho, mil fugitivos se rindieron voluntariamente y se les concedió el perdón.

Belisario habría continuado la persecución y convocado a la aún leal guarnición de Hippo, y a las tropas acantonadas en Marruecos, para que lo ayudaran a aplastar el motín. Pero teniendo un solo cuerpo, y no divino, no podía estar en Sicilia y África al mismo tiempo; y acababa de llegar un mensajero de mi ama Antonina, con el informe de que había estallado otro motín en Siracusa. No le quedaba más alternativa que dejar a Hildígero, su futuro yerno, con el mando provisional del ejército africano. Regresó con sus cien hombres a Cartago, y de allí, por mar a Siracusa.

No obstante, en Sicilia no había ningun motín, sino sólo la negativa de un general de infantería llamado Constantino a recibir órdenes de mi ama Antonina como lugarteniente de Belisario. Declaró que no formaba parte de sus obligaciones obedecer a ninguna mujer, excepto a la emperatriz en ciertos asuntos civiles que el Emperador le había delegado: según una inmemorial tradición romana, las mujeres no podían ser designadas comandantes militares. Mi ama había ordenado el arresto de Constantino; y los demás generales, simpatizando con él, dejaron de enviarle partes diarios, derivando todo al oficial de más rango entre ellos, Juan el Sanguinario. A su regreso, Belisario, hizo liberar a Constantino, pero habló muy severamente con él y con otros generales, y les dijo que el acto cometido le parecía fruto de la ignorancia y personalmente insultante. ¿No se había probado hacia mucho tiempo que una mujer sensata y valiente no sólo podía comandar tropas con resolución (como su esposa, la ilustre Antonina, durante la marcha a Cartago), sino conducirlas a la victoria? ¿Acaso Zenobia de Palmira, cabalgando con armadura al frente de sus tropas, no había salvado al Imperio de Oriente de la invasión del persa Sapor? Más aún, Antonina era su representante expresa y lucía el sello de Belisario. Esa inoportuna insubordinación lo había obligado a regresar del África, impidiéndole concluir sus acciones contra los amotinados. El soldado Stotzas seguía en libertad y quizá causara nuevos problemas.

Apenas le replicaron, pero Constantino insinuó vagamente que Belisario no cono- cía ambas versiones de la historia. No se había propuesto agravar a Belisario, sino honrarlo al no prestar obediencia a una esposa que no velaba por sus intereses. Constantino no quiso decir más, y dejó asombrado a Belisario.

Pero esa misma noche una de mis compañeras, la criada llamada Macedonia, se acercó privadamente a Belisario y le advirtió que mi ama Antonina y Teodosio eran amantes, y que esto había provocado un escándalo general. Le dijo que era sin duda por eso que Constantino y sus generales se habían negado con tanto empeño a obedecer a nuestra ama. Macedonia se lo reveló por venganza, pues dos días antes mi ama la había atado al poste de una cama y la había azotado por mal comportamiento. El mal comportamiento era un ignominioso enredo amoroso con Focio, quien tenía diecisiete años y nos había acompañado a Sicilia. A Macedonia le pareció injusto que nuestra ama, una mujer casada, cometiera adulterio y, sin embargo, la azotara despiadadamente por mera fornicación. Pero no tenía pruebas de la culpabilidad de mi ama y por lo tanto tuvo que inventar evidencias. Persuadió a dos pequeños pajes, rehenes reales moriscos, de que respaldaran su historia. Ellos querían vengarse de nuestra ama porque siendo rehenes habían creído que los tratarían como príncipes; pero, cuando sus padres se rebelaron, nuestra ama los sometió a tareas serviles y también los azotaba si robaban o se conducían indecorosamente. Tenían tanto talento para mentir, o Macedonia los había adiestrado tan bien, que Belisario no pudo menos que creerles la historia, aunque era muy circunstancial; y para él fue como estar en un barco cuyas amarras se hubieran partido en una borrasca repentina. Pero Macedonia lo había comprometido mediante un juramento a no revelar a su esposa quién la había acusado, ni a pedirle a ella ni a los pajes que actuaran como testigos del cargo de adulterio. De manera que Belisario tenía las manos atadas. Personalmente, yo ignoraba qué era lo que ocurria, pero lo vi de pronto muy abatido y presa de un furor incontrolable. Sin embargo, logró ocultar sus sentimientos a su esposa, pretextando que tenía un malestar estomacal y sufría ansiedad porque la rebelión de Cartago y la insubordinación de sus generales lo tenían preocupado.

Ignoro qué pensaba en aquellos momentos, pero puedo imaginarlo. En primer lugar, creo, deseaba matar a Teodosio por su ingratitud y perfidia; además, el corazón de Belisario no estaba libre de ciertos celos naturales. Segundo, deseaba matar a mi ama Antonina por su infidelidad, especialmente cuando él había confiado plenamente en ella y había llevado una vida casta. Además, deseaba matarse a si mismo por vergúenza: Teodosio era su hijo adoptivo y, por lo tanto, el delito era de incesto. Por lo demás, era su deber como cristiano perdonar a sus enemigos. Mi ama había sido hasta el momento la mejor de las esposas, y él aún la amaba apasionadamente; y recordó que hacia poco le había suplicado que la dejara ir a Cartago, aunque se arriesgaba a morir. Más aún: le había dicho sin rodeos que no confiaba en si misma, sola en Siracusa; de modo que Belisario supuso que Teodosio la habría seducido mediante malas artes, contra sus inclinaciones.

No calumniaré a Belisario sugiriendo que hubo otra consideración de peso para él, aunque habría sido importantísima para cualquier otro hombre en su situación: que mi ama contaría con el apoyo de Teodora, quien no titubearía en castigarlo por «darse ínfulas» si él se vengaba de su adulterio. Un manteo seria el castigo más leve que debía esperar en un caso semejante. El temor a Teodora no lo habría disuadido de ninguna decisión que él hubiera considerado honesta; pero es posible que aun en sus angustias recordara su lealtad a Justiniano, quien le había ordenado proseguir la guerra contra los godos. Cualquier acción apresurada o violenta podía provocar la enemistad de Teodora; y si lo llamaban, el Imperio no tardaría en volver a perder África del Norte y Sicilia. Como él bien sabía, ninguno de sus subalternos, aunque muchos eran hombres valerosos, sabía apreciar la situación estratégica ni capacidad para el mando.

Esa misma noche me mandó buscar y me habló a solas.

-Eugenio -me dijo-, has sido más que un sirviente. Has sido un buen amig~ de tu ama y de mi mismo. ¿Puedo confiarte una misión secreta? A menos que una persona discreta la cumpla rápidamente, creo que perderé el juicio.

-Si, mi señor -dije-. Si se relaciona con tu bienestar o el de mi ama.

Me conminó con terribles amenazas a no revelar a nadie la misión; e inmediatamente me dijo qué debía hacer. Debía presentarme a Teodosio y decirle: «Aquí tienes una túnica de monje, y

tijeras para tonsurarte como un monje, y una bolsa con dinero, y en los muelles hay un barco que zarpa para Éfeso mañana al amanecer. El capitán se llama así y así. En Éfeso debes ingresar en un monasterio y hacer votos de castidad perpetua». Pero no debía mencionar el nombre de Belisario por nada del mundo.

Me atemoricé. Nunca había visto al ecuánime Belisario tan desencajado desde que lo conocía, ni siquiera ese amanecer en el campamento capturado en Tricamarón. Pero, además, temía a mi ama. Si Teodosio le contaba quién le había comunicado ese mensaje de advertencia, sospecharía que yo conspiraba contra ella y quizá me matara. Era peligroso dar ese mensaje a Teodosio sin comunicárselo primero a ella, pero no podía rechazar la misión; por otra parte, me parecía conveniente para mi ama que Teodosio saliera de escena sin más escándalos. Me presenté temblando a Teodosio y le transmití el mensaje, contándole que no era mensajero por mi propio gusto. Conociendo mi carácter, me creyó y admitió que la advertencia era seria.

Adivinó quién la había hecho, y dijo:

-Di a mi padrino que en realidad ignoro por qué está enojado conmigo, a menos que alguien me haya calumniado. Tengo la conciencia limpia, pero muchos enemigos.

Cuando le imploré que no revelara a mi ama Antonina que yo le había entregado el mensaje, juró que no lo haría. Concedo que fue honorablemente fiel a su palabra.

Tomó la túnica y las tijeras y el dinero y se fue directamente a los muelles, sin enviar ningún recado a Antonina. Luego regresé y comuniqué a Belisario las palabras de Teodosio.

Podéis imaginar la alarma frenética de mi ama cuando se enteró de que su querido Teodosio había desaparecido sin una palabra: desde luego, temió que lo hubiera asesinado alguien, quizá Constantino, y estaba inconsolable. Sin sospechar de Belisario, lo llamó para que iniciara una busca inmediata de Teodosio, a lo cual él accedió. Yo mismo recibí el encargo de averiguar cuándo y dónde lo habían visto por última vez.

No me costaba demasiado aplacar la ansiedad de mi ama, sabiendo dónde buscar. Pronto encontré en los muelles un par de soldados que podían jurar que habían visto a Teodosio; pues parece que no se había puesto el hábito de monje hasta subir a bordo. Así, ella supo que, al menos, había partido voluntariamente. Pero luego resolvió llegar al fondo del asunto. Cierto nuevo aire de triunfo en la conducta de Focio, de quien sabia que estaba celoso de Teodosio, despertó sus sospechas; era fácil deducir que Macedonia tenía alguna relación con la desaparición de Teodosio. Al fin, amenazó a los dos pajes y les arrancó una confesión.

Entretanto, Focio había cometido la imprudencia de confiar el secreto a Constantino; y Constantino, aún resentido por el modo en que lo había tratado Antonina, se alegró sobremanera de poder reírse de ella y de Belisario. En la mañana del segundo día después de la desaparición de Teodosio, encontró a Belisario en la plaza principal y lo saludó con una sonrisa.

-Tuviste buenas razones para echar a ese Paris tracio, gran Menelao -le dijo-; pero la culpa era en verdad de la reina Helena.

Belisario prefirió no responder, y le dio la espalda a Constantino. Muchos soldados lo presenciaron, sin haber oído el comentario original, y causó mala impresión.

Mi ama Antonina habló luego abiertamente con Belisario. Qué sucedió entre ellos, lo ignoro. Pero ella lo convenció de que Macedonia había mentido, y era obvio que Belisario se sentía inmensamente aliviado e inmensamente avergonzado de si mismo.

Despachó una nave ligera en busca de Teodosio; y Macedonia fue azotada, marcada con un hierro candente, y encerrada en un monasterio por el resto de su vida. Los pajes también fueron azotados y marcados, y enviados a trabajar en las minas de plata.

Que mi ama arrancó la lengua a Macedonia con mi ayuda, y que la cortó en trozos y arrojó los trozos al mar, es una patraña inventada muchos años más tarde por el secretario Procopio para

desacreditar a Antonina. No digo que Macedonia no mereciera ese castigo, ni que mi ama no la hubiera amenazado con él.

Pronto todo volvió a estar bien entre mi ama y su esposo. Pero Teodosio aún no había regresado, pues la nave que se despachó no había logrado alcanzarlo. Sin embargo, Belisario le escribió a Éfeso, instándolo a volver, y también confesó públicamente su error el día del juicio de Macedonia. Todos los lenguaraces callaron por temor.

Belisario esperaba ahora órdenes de Justiniano para invadir Italia; pero tardaban en llegar, pues la noticia de la muerte de Mundo había desconcertado a Justiniano.

Recibió instrucciones de no actuar todavía, pero de mantenerse preparado hasta conocer con seguridad la reconquista de Spalato; y entonces marcharía contra Roma. Spalato fue reconquistada en setiembre por el reforzado ejército ilirio, y Belisario se enteró y pudo iniciar la marcha en octubre. Mi ama lo había ayudado intensamente en sus planes, pues durante la ausencia de Belisario en África había entablado negociaciones secretas con el yerno del rey Teodato, quien mandaba las fuerzas godas en el sur de Italia. Había persuadido a este individuo, a quien había conocido a través de sus maquinaciones, de que prometiera desertar de su ejército el día en que se iniciara nuestra invasión del territorio. Por lo tanto, cuando Belisario cruzó el estrecho de Mesina, dejando guarniciones en Palermo y Siracusa, cuyas defensas había mejorado enormemente, y marchó contra la localidad de Reggio (donde están las minas de oro), ese vándalo cobarde desertó y se nos unió con unos pocos compañeros, dejando a sus hombres sin caudillo. Fue a Constantinopla, donde abjuró de la fe arriana y lo nombraron patricio y recibió grandes propiedades. El rey Teodato, al enterarse, le tuvo envidia.

La invasión del sur de Italia no fue, pues, una batalla constante, sino un avance entre godos que se desbandaban. No tuvimos la menor oposición mientras marchábamos costa arriba acompañados por la flota, hasta principios de noviembre, cuando llegamos a Nápoles. Esta noble ciudad tenía fuertes murallas, y la defendía una guarnición de godos que, según se decía, casi igualaba numéricamente a nuestras fuerzas.

Hay cuatro resoluciones posibles ante una fortaleza que tiene fama de inexpugnable. La primera es dejarla en paz y atacar al enemigo en su punto más débil. La segunda es vencerla por hambre. La tercera es obligarla a capitular mediante sobornos, amenazas o artimañas. La cuarta es tomarla por sorpresa, después de descubrir que, a fin1 de cuentas, tiene un punto débil que el enemigo, en su confianza, ha pasado por alto.

Belisario no podía dejar Nápoles en paz; si lo hacia, serviría como punto de confluencia para todas las fuerzas godas desperdigadas en cien millas a la redonda. Desde el1 refugio de esas macizas murallas, se podían despachar columnas para la reconquista del sur de Italia, pues las pequeñas guarniciones que él había dejado en las ciudades~ principales serian derrotadas por el número. Tampoco podía vencerla por hambre, pues Nápoles tenía una abundante provisión de grano, ya que los principales depósitos del comercio cerealero africano estaban dentro de sus murallas; además, si nos demorábamos en Nápoles, daríamos tiempo a los godos para reunir un ejército numeroso en el norte. Pero no era imposible persuadir a la ciudad de que capitulara mediante una.

amenaza imponente.

Primero ancló la flota en la bahía, fuera del alcance de las máquinas de guerra de las murallas, y acampó en los suburbios, donde en un ataque al amanecer capturó sin dificultad una parte exterior de las fortificaciones, escalándola. Luego envió una carta a los padres de la ciudad de Nápoles, informándoles sucintamente que esperaba que le entregaran la ciudad sin más demora.

El alcalde italiano se le acercó con una bandera de tregua, pero con dos godos como testigos; no fue precisamente cordial, y dijo sin rodeos a Belisario que estaba tratando de crear una impresión falsa de poder militar abrumador cuando sus fuerzas eran extremadamente magras.

-Considero una acción muy poco amigable -dijo el alcalde- que cargues a los nativos italianos con la responsabilidad de responder a tu mensaje. Los soldados de la guarnición son godos, y no nos atrevemos a oponernos a ellos, pues estamos desarmados. Ellos tampoco cederán ante los sobornos y las amenazas, pues el rey Teodato los envió aquí hace pocos días con órdenes de resistir hasta el último hombre, y primero tomó como rehenes a sus esposas e hijos, amenazando con matarlos si se perdía la ciudad. Mi sugerencia es que no pierdas tiempo aquí, sino que sigas rumbo a Roma.

Pues si tomas Roma, Nápoles se rendirá también, y si no logras tomar Roma, Nápoles no te servirá de mucho.

-No te he pedido lecciones de estrategia -dijo lacónicamente Belisario-. Mas te diré esto. Hace muchos años que soy soldado, y he visto muchos espectáculos crueles en el saqueo de lugares que no se rindieron cuando se les pidió. Francamente, deseo evitar semejantes experiencias en Nápoles. Si persuades a la guarnición goda de rendirse, todos tus antiguos privilegios se confirmarán y aumentarán, y la guarnición quedará en libertad de unirse a las fuerzas imperiales o de largarse de la ciudad bajo salvoconducto. Pero -aquí se volvió a los testigos godos- os advierto, godos, que si optáis por combatir, vuestro destino será el del rey Gelimer y sus vándalos.

-¿Acaso no es verdad que Cartago, que vivió felizmente bajo los vándalos y se rindió incondicionalmente a tu ejército, acaba de ser saqueada por soldados del Emperador? -respondió un godo.

-No por soldados del Emperador -repuso Belisario-, sino por soldados del Demonio.

-Es lo mismo para nosotros -dijo el godo.

Entonces se dio fin a la conferencia; pero el alcalde aseguró secretamente a Belisario que haría lo posible para persuadir a sus conciudadanos de abrir las puertas pese a los godos, que en realidad sumaban solamente mil quinientos hombres. Sin embargo, trescientos combatientes aptos habrían bastado para defender una ciudad tan fuerte como treinta mil, y Belisario no llevaba más de diez mil soldados, pues había tenido que apostar dos mil hombres en las guarniciones de Sicilia y el sur de Italia.

Ni el hambre ni la sed rendirían a Nápoles. Los mercaderes judíos que controlaban el comercio cerealero pusieron los graneros a disposición pública, y ofrecieron los servicios de infantes navales y vigias judíos que eran sus empleados y tenían experiencia con las armas. Si Belisario cortaba el acueducto de la ciudad -algo que haría prontohabía suficientes pozos en la ciudad para suministrar agua para todos los propósitos domésticos. Los padres de la ciudad enviaron un mensaje a Teodato, asegurándole lealtad, pero pidiendo que les enviara un ejército para rescatarlos.

La única esperanza de tomar Nápoles que quedaba era el método de la sorpresa.

¿Pero dónde podría encontrarse el punto vulnerable de las defensas?

EL SITIO DE NÁPOLES

Belisario estudió las fortificaciones de Nápoles desde todos los ángulos. No pudo detectar en todo el circuito ningún punto débil que pudiera franquearse con arietes o pasajes subterráneos, pero intentó un ataque por sorpresa nocturno por la bahía, enviando una partida de montañeses de Isauria, que son escaladores natos, a trepar las altas murallas en un sitio donde la argamasa deteriorada tenía boquetes donde apoyar los pies y las manos. Un hombre llegó a las almenas y silenciosamente sujetó una cuerda a un merlón, y luego sus compañeros subieron por la cuerda; pero los detectó un centinela judío, quien despertó a sus compatriotas de una torre cercana.

Antes de que más de cuatro o cinco montañeses hubieran llegado arriba, los judíos cortaron la cuerda y todos se precipitaron a la muerte desde las almenas. Un intento por el lado de la tierra tuvo el mismo destino. Aquí, al atardecer, Belisario logró suje tar una soga larga y gruesa a

una torrecilla sobresaliente; primero disparó una flecha que llevaba una hebra de seda, a la que luego se sujetó una cuerda que a su vez llevaba un cordel, y el cordel sirvió para pasar la soga. Los dos extremos de la soga se ataron luego, y los hombres se colgaron de ambos lados, equilibrándose mutuamente. Pero también esta vez los centinelas estaban alertas y cortaron la soga, de modo que los hombres cayeron al vacio. Belisario trató también de incendiar una puerta apilando contra ella toneles de aceite y resma, pero estaba flanqueada por dos torres poderosas; las piedras y jabalinas ahuyentaron a nuestros hombres, y muchos quedaron muertos ante la puerta.

Después de dieciocho días de sitio, un ex miembro del Regimiento Personal, un isauriano que ahora servia como oficial en la infantería isauriana, se acercó a Belisario y le dijo:

-Mi señor, ¿cuánto vale Nápoles para ti?

-Si me la entregaran ahora -respondió Belisario con una sonrisa-, y pudiera avanzar sobre Roma antes del invierno, valdría un millón de piezas de oro. Si la entrega se demora hasta la primavera, no valdría demasiado.

-~Cien piezas de oro por cada hombre de mi compañía, quinientas por cada uno de mis oficiales, mil para mí y dos mil para el soldado raso que ha encontrado el punto débil que nos pediste que descubriéramos! -dijo el isauriano.

-Duplicaría esa cantidad -exclamó Belisario, mirándolo-. Pero sólo pagaré cuando tenga las llaves de la ciudad en la mano.

-Trato hecho -dijo el isauriano. Luego, trajo al soldado raso.

Este hombre, un individuo tosco y desaliñado, contó su historia a Belisario. Se le había ocurrido arrastrarse por el conducto seco del acueducto, desde el punto en que lo habían cortado, a una milla o más de distancia, hasta donde entraba en la ciudad. Deseaba comprobar si el extremo estaba cerrado por alguna reja o algún otro obstáculo. Fue una travesía fácil: pudo caminar casi erguido, y había frecuentes orificios de ventilación arriba, en el abovedado de ladrillo. Por último, llegó a un lugar en que el túnel se estrechaba hasta ser un agujero en una roca, lo bastante amplio' para un mozalbete, pero infranqueable para un soldado con armadura completa. Esta roca no era de granito, sino de una piedra volcánica blanda que podía astillarse fácilmente con un pico. Se podía ver, a pocos metros y del otro lado, luz que venia de arriba como si el acueducto no tuviera techo en ese lugar, y también pudo discernir unas aceitunas tumbadas por el viento, un pañuelo raído y unos cacharros rotos. Luego, había regresado y, al día siguiente, había caminado a lo largo del sendero paralelo al acueducto, buscando indicios de un olivo que colgara sobre el techo en algún lugar, pero no vio ninguno. Por lo tanto, concluyó que la roca estaba en alguna parte dentro de la ciudad.

Belisario comunicó el secreto a veinte isaurianos de la compañía de ese hombre, pero a ninguno más. Les dio martillos envueltos en paño, cinceles y cestos y les encomendó que ampliaran la abertura, después de inspeccionaría personalmente. Debían trabajar tan silenciosamente como pudieran. A mediodía le informaron que la abertura tenía amplitud suficiente para que pasara un hombre con armadura completa, y que más allá el túnel del acueducto tenía tres veces la altura de un hombre, y que parte del techo de ladrillo había cedido en ese lugar. Las raíces de un olivo habían penetrado por la parte inferior de la mampostería, alimentándose en tiempos normales del agua del acueducto. El árbol mismo estaba fuera del acueducto, pero una de sus ramas se había extendido a través del boquete del techo. Trajeron consigo el pañuelo raído, y algunas aceitunas. Belisario examinó esas cosas y dijo:

-El pañuelo de algodón ha sido lavado recientemente y se voló de donde lo pusieron a secar; y éstas son aceitunas cultivadas, no silvestres. Averiguad si el árbol crece en el huerto de alguna vieja.

Luego envió otra advertencia a los padres de la ciudad de Nápoles: «Si no entregáis vuestra ciudad esta noche, la habréis perdido mañana, pues sé cómo tomarla. Lo juro por mi honor, y no

tengo por costumbre comprometerlo en vano. Si no me creéis, me sentiré insultado. Cuando pasemos las murallas, no puedo prometer que no habrá violencia».

Pero no le creyeron.

Esa noche envió seiscientos hombres con armadura por el acueducto, aunque al principio se negaban a hacerlo, diciendo que eran soldados y no ratas de albañal.

Focio, el hijo de mi ama, pidió el honor de conducirlos, pero Belisario no quiso confiar una empresa tan difícil a un mero adolescente; aunque le permitió cuidar la retaguardia y responsabilizarse de dar parte de los avances. Belisario pensó que seiscientos hombres armados tambaleándose en el acueducto a oscuras harían muchísimo ruido, por mucho que se cuidaran; de modo que decidió sofocar el ruido mediante una distracción.

Tenía consigo a un viejo conocido, Bessas, el godo tracio que había estado presente en el banquete de Modesto. Ahora era un veterano cincuentón, pero todavía fuerte y aguerrido. Belisario pidió a Bessas que se dirigiera con algunos godos a un sitio próximo a la entrada del acueducto y allí trabara conversación con los centinelas enemigos en su propia lengua, como si tratara de sobornarlos para que entregaran la ciudad.

Los hombres de Bessas debían hacer el mayor bullicio posible, tropezando con las piedras en la oscuridad y soltando gritos roncos como si estuvieran ebrios.

La treta dio resultado. Se intercambiaron insultos, gritos, vítores, bromas, se cantaron baladas godas, Bessas proclamó en voz alta su lealtad al Emperador Justiniano y los centinelas godos su lealtad al rey~Teodato; y los seiscientos hombres atravesaron el acueducto sin ser descubiertos. Llevaban faroles consigo, para darse valor.

El guía, el isauriano que había descubierto el camino, no vestía cota de malla, y sólo estaba armado con una daga. Cuando llegó al sitio en que el techo estaba roto, trepó al costado del acueducto desde los hombros de un camarada. Aferrándose de un ladrillo que sobresalía, trepó más alto y, tras un forcejeo, llegó arriba. Le arrojaron una cuerda larga; la sujetó a la rama del olivo y luego pasó la pierna por encima de la pared y miró en derredor. Como había previsto Belisario, era el huerto de una casa.

No había nadie cerca. Hizo señas con una mano, y cuatro hombres con armadura, un oficial incluido, se le reunieron de inmediato en el huerto. Luego se escurrió dentro de la casa, que estaba en ruinas, pero ocupada. Ya era más de medianoche.

Al entrar por la ventana sintió en las fosas nasales el olor acre de la pobreza. Estaba en la cocina; en el claro de luna vio una sola copa y un solo plato en una mesa misera ble, donde había cenado el dueño. Deteniéndose, oyó una tos débil en el cuarto contiguo, y un murmullo que sólo podía ser de una vieja rezando. Estuvo sobre ella antes de que pudiera gritar, la daga levantada; pero esto fue sólo por un momento. Se quitó del pecho el pañuelo raído que había mostrado a Belisario, y se lo devolvió con una sonrisa de amistad. También le dio un trozo de queso, que ella olió y luego comió con gusto. Después entró el oficial. Preguntó en latín dónde estaba situada la casa y quiénes eran sus vecinos. Ella describió el lugar y dijo que los vecinos eran gente pobre como ella, de quienes no había nada que temer. Se indicó a los seiscientos hombres que subieran. Saltaron al huerto, que era amplio, uno por uno, apiñándose. Focio regresó para informar a Belisario de que todo iba bien por el momento.

Belisario tenía preparado un grupo con escaleras en un bosquecillo de limoneros, a poca distancia del acueducto. En cuanto oyó los dos trompetazos de la ciudad, y vio por el movimiento de los faroles cuál era el lugar exacto de la zona norte de la mura lía por donde los isaurianos habían ganado una posición, hizo llevar deprisa las escaleras y ordenó subir la muralla. Constantino, a quien se había encomendado la tarea de preparar las escaleras, había subestimado la altura de la muralla, de modo que le faltaban más de veinte pies; pero las alargó sujetando una escalera a otra, y se perdió poco tiempo. Los isaurianos habían capturado dos

torres y un considerable trecho de muralla entre ellas, de modo que en poco tiempo habían subido dos mil hombres para unírseles. Nápoles podía darse por capturada.

Los únicos defensores que pelearon con auténtico coraje fueron los judíos. Sabían que tenían pocas esperanzas de libertad si los apresaban, pues Justiniano perseguía a los de su religión; culpaba a todos los judíos por la complicidad de sus ancestros en la crucifixión de Jesucristo. Pero también ellos fueron finalmente vencidos. Algunos de los habitantes abrieron las puertas, y el resto del ejército invadió la ciudad.

Nápoles fue entregada a la rapiña el resto de la noche, y se cometieron muchos actos de salvajismo que Belisario no pudo impedir. Especialmente violentos fueron doscientos hunos masagetas, paganos, que habían optado por no regresar a su patria, pues preferían servir con Belisario. Irrumpieron en las iglesias, las despojaron de sus tesoros y mataron a los sacerdotes ante los altares; la noticia de ese sacrilegio consternó a Belisario, sobre todo porque eran iglesias de fe ortodoxa. A la mañana, decretó una amnistía y puso fin al saqueo. Los soldados tuvieron que contentarse con el botín en dinero, joyas y platería, pues les quitó las mujeres y los niños napolitanos que habían tomado como esclavos y los devolvió a sus familias. Luego dispensó justicia, tal como en Cartago después de la captura. Informó a los ochocientos prisioneros godos que serian enviados a Constantinopla y que allí se les ofrecía la opción entre trabajar como obreros sin paga o servir como soldados pagados del Emperador en la frontera persa.

Ellos le aseguraron que elegirían seguir siendo soldados, y él los elogió.

Mientras celebraba este tribunal, se admitió la presencia de un mensajero oficial del Servicio Civil italiano, el rostro demudado, exhausto, salpicado de barro. Traía consigo una carta del rey Teodato para Honorio, el prefecto de la ciudad de Roma.

No había roto los sellos, pero pensaba que era un mensaje absolutamente importante y confidencial, pues lo habían despertado mucho después de medianoche y lo habían hecho esperar seis horas mientras se escribía. Siendo un romano leal, que odiaba a los heréticos godos, había corrido un gran peligro atravesando disfrazado la Vía Apia para entregar esta carta en mano al conquistador Belisario, Vicerregente de Su Sagrada Majestad el emperador Justiniano, quien era Vicerregente de Dios mismo. Mientras cruzaba la ciudad de Terracino, al alba, lo había interrogado un oficial godo; para evitar que lo capturaran o demoraran, había apuñalado al godo en el vientre y lo había dejado agonizando en la carretera.

Belisario rompió el sello de la carta y se echó a reír con tanta vehemencia que todos temimos que hubiera perdido el seso. Por último, recobrando la serenidad, leyó engoladamente a los reunidos el siguiente documento:

«El rey Teodato al ilustre Honorio, prefecto de la eterna ciudad de Roma, salve.

»Deploramos enterarnos por tu informe de que los elefantes de bronce situados en la Vía Sacra (así llamada por las muchas supersticiones a las cuales antaño estaba consagrada) están deteriorándose.

»Es realmente lamentable que estos animales, que cuando son de carne y hueso viven más de mil años, se desmoronen tan pronto en efigies de bronces. Cerciórate, pues, de que sus trompas erguidas se fortalezcan con garfios de hierro, y de que sus vientres se apuntalen con obras de albañilería.

«El elefante viviente, cuando cae postrado en el suelo, como sucede con frecuencia cuando ayuda a los hombres a talar bosques, no puede levantarse sin ayuda. Esto ocurre porque no tiene articulaciones en los pies; y, por lo tanto, en las comarcas tórridas frecuentadas por estas bestias, a menudo pueden verse muchas de ellas tendidas como muertas hasta que se acercan hombres para ayudarlas a incorporarse. Así, esta criatura, tan terrible por su tamaño, en verdad no ha sido mejor equipada por la Naturaleza que la diminuta hormiga.

«Sin embargo, que el elefante supera a todos los demás animales en inteligencia está demostrado por la adoración que profesa a Aquel a quien considera el Amo omnipotente de todo. Más aún, rinde a los buenos príncipes un homenaje que niega a los déspotas.

«Esta bestia se vale de la probóscide, esa mano con olfato que la Naturaleza le ha adjudicado como compensación por el pescuezo muy corto, para beneficio del amo, aceptando los presentes que le serán más provechosos. Siempre camina cautamente, recordando la caída fatal en la fosa del cazador que fue el preludio de su cautiverio.

Exhala su aliento a instancias del amo, y dicese que es un remedio para la jaqueca humana, especialmente si la bestia estornuda.

«Cuando el elefante se acerca al agua, sorbe con la trompa una gran cantidad, que a una voz de mando brota como ducha. Si alguien lo ha tratado con desprecio, le suelta semejante cantidad de agua sucia que cualquiera pensaría que un río entró en su morada. Pues esta bestia posee una memoria prodigiosa, tanto de los males como de los bienes. Tiene ojos pequeños, pero los mueve solemnemente. Hay una suerte de regia dignidad en su apariencia, y aunque reconoce con placer todo cuanto es honorable, es evidente que desprecia las bromas malévolas. Tiene la piel agrietada por canales profundos, como las victimas de la enfermedad extranjera bautizada con su nombre, la elefantiasis. Es a causa de la impenetrabilidad de su piel que el rey persa usa elefantes en la guerra.

«Es muy deseable que preservemos las imágenes de estas criaturas, y que nuestros ciudadanos se familiaricen así con el espectáculo de los habitantes de tierras extranjeras. Por lo tanto, no permitas que perezcan, pues realza la gloria de Roma coleccionar todos los ejemplos de los procesos mediante los cuales el arte de los trabajadores manuales ha imitado las producciones de la opulenta Naturaleza en confines remotos del mundo.

«¡Salud!" El mensajero estaba alicaído y enfurecido por la trivialidad de la carta; pero Belisario lo calmó con elogios a su coraje y lealtad. Le dio una recompensa de cinco libras de oro, o sea trescientas sesenta piezas de oro, y lo tomó como mensajero. Belisario dijo que la carta era mucho más valiosa de lo que parecía a primera lectura: indicaba claramente que el rey Teodato se estaba ocupando de nimiedades eruditas en vez de abocarse a la defensa del reino.

-Ahora puedo marchar sobre Roma sin ansiedad -nos dijo.

Si este rey hubiera continuado al mando de los ejércitos godos, la tarea de Belisario habría sido en verdad muy sencilla. Pues no había hecho ningún preparativo bélico, asegurando a sus nobles que todo iba bien: un perro que ladraba a una manada de lobos no tardaría en ser devorado. Teodato consideró innecesario enviar refuerzos a Nápoles, que según él podía resistir un sitio dos veces más largo que el infligido por los antiguos griegos a Troya. No admitía ninguna réplica.

-Que Belisario se rompa los dientes en Nápoles; después podremos llenarle la boca de barro.

Cuando llegó la noticia de que Nápoles había caído, la paciencia de los nobles se agotó. Declararon que evidentemente había vendido la ciudad al Emperador, que vivir su apacible vida de erudito en alguna parte, cualquier parte, enriquecido mediante la traición a sus súbditos, era ahora su único objetivo en la vida. Celebraron una asamblea en el lago Regilo, no lejos de Terracina, a la cual no lo invitaron. Allí levantaron sobre los escudos a un valeroso general llamado Vitiges, y lo aclamaron rey. Este Vitiges, quien era de linaje humilde, había ganado no hacia muchos años una gran victoria para Teodorico contra los salvajes gépidos, en las orillas del Save. Era tan poco erudito que apenas sabia firmar.

El rey Teodato, que estaba en camino de Tivoli a Roma, a donde iba a consultar unas obras de la biblioteca pública, no perdió un instante al saber la noticia, y huyó apresuradamente a su palacio de Rávena. Rávena era el lugar más seguro para refugiarse en Italia, pues estaba protegida por ciénagas (sobre las cuales había dos terraplenes defendibles) y por un mar de hondura demasiado escasa para permitir que naves de guerra se aproximaran a las

fortificaciones. Pero Vitiges envió a un hombre en su persecución, y el afán de venganza impulsó al jinete más que a Teodato el miedo, pues hacia poco que una orden del rey lo había despojado de una bella heredera con quien debía casarse. Este hombre cabalgó día y noche y finalmente alcanzó a Teodato, tras galopar doscientas millas, en las mismas puertas de Rávena. Allí lo aferró del cuello, lo derribó del caballo, y lo degolló como a un puerco o a un carnero.

El rey Vitiges marchó a Roma, adelantándose a Belisario. Allí anunció que lo habían elegido rey y convocó a un gran consejo de godos. En este consejo se hizo evidente que todos los asuntos godos estaban sumidos en la confusión. No sólo las fuerzas defensivas estaban desperdigadas por toda Italia, sino que el principal ejército de campaña había ido al noroeste, cruzando los Alpes para proteger posesiones godas de este lado del Rin contra los francos, a quienes Justiniano había sobornado para que las ata- caran. Otro ejército estaba en Dalmacia frente a Spalato. Cuando Vitiges calculó las fuerzas de que podía disponer inmediatamente, no sumaban más de veinte mil hombres entrenados, y una superioridad numérica de dos a uno sobre Belisario de ninguna manera le permitía confiar en la victoria.

Por lo tanto, decidió dejar en Roma una guarnición lo bastante fuerte como para defenderla contra un asalto, hacer las paces con los francos, reunir sus tropas en Rávena, y en pocas semanas regresar con fuerzas abrumadoras para echarnos al mar.

El Senado romano aseguró al rey Vitiges su lealtad, y él se la aseguró tomando rehenes distinguidos; y el mismo Papa Silverio, a quien Teodato había considerado sospechoso de tratos secretos con Constantinopla, hizo un solemne juramento de fidelidad.

Luego Vitiges marchó a Rávena y en Rávena se casó (aunque contra la voluntad de ella) con Matasunta, la única hija de Amalasunta, y así pasó a formar parte de la casa de Teodorico. Desde Rávena envió mensajes de amistad a Justiniano, invitándolo a retirar sus ejércitos: pues la muerte de Amalasunta, dijo, había sido vengada por la Teodato.

Justiniano no les prestó atención, confiando en que pronto toda Italia seria suya.

En cuanto a los francos, Vitiges pactó la paz con ellos, pagándoles ciento cincuenta mil piezas de oro -la suma ya prometida por Teodato- y cediéndoles los territorios godos entre los Alpes y el Rin, a condición de que le enviaran tropas para ayudarlo contra Belisario. Pero los francos, deseando aparentar que aún estaban en buenos términos con nosotros, no quisieron prometer el envío de sus propias tropas; dijeron que oportunamente les enviarían ejércitos de sus aliados tributarios.

Luego marchamos sobre Roma por la Vía Latina, que atraviesa Capua paralelamente a la costa, unas treinta millas hacia el interior; pues la Vía Apia, más corta, era fácil de defender en Terracina y varios otros lugares, y Belisario ya no podía permitirse demoras ni más bajas. Por doquier, los nativos, y especialmente los sacerdotes, nos saludaban con alegría. Los soldados tenían órdenes estrictas de pagar todas las provisiones que pudieran necesitar y de actuar con cortesía. Para nosotros, los domésticos, los paisajes de la Italia antigua y moderna revestían gran interés; pero nuestra ama no tenía ojos para ellos y nos contagió su ánimo melancólico. Al fin había llegado carta de Teodosio, quien se había hecho monje en Éfeso, siguiendo el consejo de Belisario. En ella declaraba su amor y gratitud por Belisario, pero se excusaba de no regresar por el momento. «No puedo ir, mis queridos padrinos, mientras vuestro hijo Focio esté con vosotros: pues me contáis que Macedonia ha sido castigada, y temo la venganza de su amante. No lo acuso de haberla incitado a calumniarme, mas debéis saber que él me odiaba aun antes de esto. Pues me diste muchas cosas, querida madrina Antanina; y él lo consideraba un robo a su propio patrimonio».

Belisario deseaba arrancar a mi ama de su melancolía y al mismo tiempo compensar generosamente a Teodosio por las sospechas que había tenido de él. Por lo tanto, envió a Focio de regreso a Constantinopla; llevaba consigo, para Justiniano, las llaves de Nápoles, los prisioneros godos, y una carta solicitando refuerzos inmediatos. Luego, Belisario escribió para

anunciar a Teodosio que ahora podía regresar sin temor. Pero a mi ama la espera le resultaba interminable.

La guarnición goda de Roma se sorprendió ante nuestra llegada: su vanguardia, apostada en la Vía Apia, había creído que todavía estábamos en Nápoles. Una vez más, el nombre de Belisario demostró su valía. La gente de Roma estaba convencida de que la ciudad caeria ante él, y ansiaba evitar el destino de los napolitanos. El Papa Silverio violó entonces su juramento a Vitiges, con la excusa de que lo había pronunciado bajo compulsión y a un hereje. Envió una carta a Belisario, invitándolo a entrar sin temores, pues pronto persuadiría a la guarnición goda de marcharse. Mientras descendíamos por el alto peñasco de Albano y entrábamos en la ciudad por la puerta Asinaria, la guarnición goda se marchó por la Flaminia, rumbo al norte. Sólo su comandante se negó a abandonar su puesto. Belisario lo capturó con vida y lo envió a Constantinopla con las llaves de la ciudad.

Confieso que Roma me defraudó. Por cierto, es venerable y vasta, y contiene muchos edificios notables, y los más grandiosos superan a cualquier cosa que podamos mostrar en Constantinopla. Pero en mi opinión hay tres cosas que la hacen inferior a la misma Cartago: es una ciudad cuyas riquezas y población han menguado mucho, no está junto al mar, el clima no es saludable.

Los senadores y clérigos romanos nos saludaron calurosamente y nos incitaron a seguir rumbo a Rávena para destruir al usurpador Vitiges antes de que tuviera tiempo de reunir sus fuerzas. Pero se inquietaron cuando Belisario replicó que prefería permanecer entretanto en Roma y gozar de su hospitalidad, y especialmente cuando se puso a reparar las defensas de la ciudad, que estaban en pésimas condiciones. El Papa Silverio en persona fue a ver secretamente a mi ama, y le dijo:

-Virtuosisima e ilustrísima hija, quizá puedas persuadir al victorioso Belisario, tu esposo, de que desista de sus imprudentes intenciones. Pareciera que se propone quedarse para resistir un sitio en nuestra santa Roma, la cual (aunque pródigamente bendecida por Dios) es la ciudad menos defendible del mundo, y en mil doscientos años de historia jamás ha resistido con éxito un sitio prolongado. Sus murallas, como puedes ver, tienen doce millas de longitud y se elevan en una llanura chata; no tiene alimentos suficientes para sus muchos cientos de miles de almas, y no es fácil aprovisionaría desde el mar, como sucede, por ejemplo, con Nápoles. Ya que vuestras fuerzas son insuficientes, ¿por qué no regresáis a Nápoles y dejáis a los romanos en paz?

-Amado de Cristo, Santísimo y Eminente Silverio -respondió mi ama Antonina-, tú concentra tus pensamientos en la Ciudad Celestial, y mi esposo y yo nos preocuparemos por esta ciudad terrenal. Permiteme advertirte, Santidad, que te conviene no inmiscuirte en nuestros asuntos.

El Papa Silverio se marchó ofendido, sin ofrecer a mi ama su bendición de costumbre; lo cual, como podéis imaginar, no la turbó demasiado. Surgió una enemistad entre ellos, y Silverio se arrepintió de haber acogido a nuestro pequeño ejército. Estaba convencido de que nos derrotarían, y de que Vitiges lo destruiría por faltar a su palabra.

Belisario, tras enviar a Constantino y Bessas con una pequeña fuerza para conquistar Toscana, puso el resto de sus tropas a trabajar en la fortificación de las murallas de la ciudad, despejando y profundizando la fosa cegada, y reparando las puertas. Desde principios del reinado de Teodorico nadie se había preocupado por reparar las murallas. Consistían en la habitual terraza ancha de tierra encerrada entre dos muros, con torres de vigilancia a intervalos. Belisario perfeccionó las defensas añadiendo un ala defensiva a cada una de ellas, a la izquierda; de modo que para los pájaros o ángeles que las miraran del cielo tendrían esta forma: F F U U U, como una gamma mayúscula repetida muchas veces. Empleó todos los albañiles y obreros disponibles en la ciudad para estos trabajos, como lo había hecho en Cartago. También colmó los graneros romanos de cereal traído de Sicilia y requisó todas las provisiones de grano en cien millas a la redonda, pagando por ellas un precio justo.

Habíamos entrado en Roma el diez de diciembre; transcurrieron tres meses antes que el rey Vitiges marchara contra nosotros con su ejército. Pero entonces ya era un ejército muy fuerte, reclutado en todas las regiones de Italia y más allá de los Alpes, y formado principalmente por caballería pesada. Toscana se había rendido a nuestras armas, pero ahora Belisario llamó desde allí a todas las guarniciones, menos las que había dejado en Perusa, Narni y Spoleto, un mero millar de hombres. Con los infantes navales que tomó de la flota, tenía diez mil hombres de todas las armas para oponerse a ciento cincuenta mil godos. Así empezó el sitio de Roma.

Vitiges cabalgó al sur al frente de su ejército, que se desplegaba a sus espaldas en la Vía Flaminia a lo largo de cien millas y con sólo un pequeño espacio entre división y división. No lejos de Roma, encontró un sacerdote que salía de la ciudad en su litera para hacerse cargo de un obispado en el norte.

-¿Qué noticias hay, santo padre? -preguntó Vitiges al sacerdote-. ¿Belisario está todavía en Roma? ¿Piensas que lo atraparemos antes que se repliegue a Nápoles?

El sacerdote, que era un hombre perspicaz, replicó:

-No hay prisa, rey Vitiges. Antonina, la esposa de Belisario, está cambiando los cristales del palacio que ocuparán, y poniendo goznes nuevos a las puertas y comprando muebles y cuadros, y sembrando rosales en el jardín y construyendo una nueva galería norte. Belisario mismo está haciendo algo similar con las defensas de la ciudad... Cuando llegues al Tíber encontrarás una nueva especie de galería norte que él ha construido en el puente Milvio.

Hay muchos puentes sobre el Tíber. El Milvio es el único cerca de Roma que no forma parte de las fortificaciones de la ciudad, pues está dos millas al norte. Belisario había construido aquí dos sólidas torres de piedra y las había guarnecido con un destacamento de ciento cincuenta hombres de caballería, a quienes suministró catapultas y escorpiones para hundir cualquier embarcación en la cual los godos intentaron cruzar el río para tomarlos por la espalda. Confiaba en que la fortificación de este puente demorara el avance de Vitiges, obligándolo a dar un largo rodeo u ordenar a sus hombres que cruzaran el río por decenas o veintenas en unos pocos botes pequeños: él se había encargado de quitar todos los botes grandes y barcazas. Fuera como fuese su elección, su ejército era tan enorme que Belisario ganaría unos veinte días para completar sus trabajos en las fortificaciones de la ciudad; y en esos veinte días quizá llegarían los refuerzos de Constantinopla que estaba esperando. Quizá también pudiera demorar el cruce del enemigo en otro punto.

La guarnición del puente Milvio se portó cobardemente. Cuando vieron que los caballos godos se acercaban por cientos y miles y decenas de miles, montados en elegantes caballos, el destello del sol de primavera en los yelmos y armaduras y lanzas y frontales y pectorales, se dijeron:

-¿Por qué vamos a quedarnos y dejarnos matar para complacer a Belisario? Ni siquiera él se arriesgaría cuando las probabilidades son mil contra uno. -Algunos de ellos eran godos tracios, quienes de pronto comprendieron que ese impresionante ejército estaba integrado por sus consanguíneos y correligionarios. ¿Qué conflicto tenían con ellos? En el poniente, la guarnición huyó: los godos tracios desertaron uniéndose a Vitiges; los demás enfilaron hacia la Campania, avergonzados o temerosos de regresar a Roma.

A la mañana siguiente, Belisario cabalgó hacia el puente Milvio con mil hombres de su Regimiento Personal, para enterarse de las novedades que hubiera allí sobre los godos; no había recibido el acostumbrado informe que el oficial al mando de la guarnición del puente le enviaba al amanecer. Iba montado en Balan, el bayo de cara blanca que Teodora le había regalado después de Daras, y estaba a sólo una milla del puente cuando, al salir de un bosque con sus oficiales, se topó de pronto con un espectáculo imprevisto e ingrato: cuatro o cinco escuadrones godos, que ya habían cruzado el río y trotaban masivamente hacia él por un amplio prado. Sin titubear un instante, cargó contra ellos aullando a su vanguardia que lo siguiera. Cuando se precipitaron tras él, disparando flechas mientras galopaban, encontraron a Belisario y sus

oficiales haciendo el trabajo sangriento de los soldados comunes; y no sólo rehusaba retirarse, sino que se internaba aún más en la refriega.

Entre los enemigos estaban los godos desertores, quienes reconocieron a Belisario y gritaron a sus compañeros:

-¡Apuntad al bayo y terminad la guerra de un flechazo!

Y «¡Apuntad al bayo!» fue el lema de todos los godos.

Entonces se inició una contienda aún más cruenta que la batalla con los persas en la orilla del Éufrates. No sólo el escuadrón de Belisario peleaba con gran desventaja, sino que todos los godos anhelaban ganar un renombre imperecedero matando al «griego del bayo de cara blanca«, como lo llamaban. Creo que nunca se vio un combate tan enconado desde que empezó el mundo. Los oficiales de Belisario luchaban a brazo partido junto a él, desviando jabalinas y lanzazos; Belisario mismo, con tajos y golpes y choque, se abrió paso hasta el corazón de la filas enemigas. Su caballo Balan peleaba con él, pues lo habían entrenado para corcovear y cocear con las patas delanteras y pisotear enemigos. Aún corría la voz en lengua goda, «¡Apuntad al bayo!», «¡Matad al griego del bayo de la cara blanca!«. Belisario gritó pidiendo otra espada, pues la suya estaba mellada por el uso. Un palafrenero agonizante, un tal Majencio, le cedió la suya. Belisario pronto partió esta espada cerca de la empuñadura, y le encontraron una tercera, tomada a un noble godo muerto, que le duró esa batalla y muchas más.

Después de tres o más horas de lucha los godos se cansaron y huyeron, dejando un millar de muertos en el prado. (Había peleado el cuádruple de ese número). Dicen que Belisario había matado sesenta o más con el brazo derecho. Estaba salpicado con la sangre que habían chorreado sobre él miembros seccionados y cuellos cercenados, pero por algún milagro había recibido un solo rasguño de las armas godas. Cuando Belisario peleaba, no sonreía ni bromeaba, como la mayoría de los hombres; le parecía asunto de suma gravedad matar a alguien, especialmente a un cristiano como él. Tampoco alardeaba de sus proezas en las batallas.

Los heridos regresaron a Roma en pequeñas partidas. Los últimos en llegar llevaron la noticia de que Belisario había muerto, pues al morir Majencio confundieron al palafrenero con el amo. Entonces todos en la ciudad nos dimos por perdidos, excepto mi ama Antonina, quien se negó a creer la noticia y demostró la mayor fortaleza. Después de un cambio de centinelas en las murallas y una inspección en las guarniciones de las puertas, para alentar a los hombres e impedir traiciones, tomó su puesto en la puerta Flaminia. Mi ama era popular entre los hombres: el coraje es un bien que siempre se valora. Además, no desdeñaba intercambair con ellos bromas procaces, y era generosa con el dinero, y sabia montar e incluso manejar un arco.

Entretanto, Belisario perseguía al enemigo en fuga hacia el puente, con la esperanza de obligarlo a cruzar nuevamente el río y auxiliar así al destacamento que, según pensaba él, todavía resistía desesperadamente en las torres que flanqueaban el puente.

Mas, para entonces, también había atravesado el río una numerosa fuerza de infantería goda. Abrieron filas un instante para recibir a los jinetes fugitivos, luego las cerraron y resistieron, saludando a nuestros hombres con una lluvia de flechas. Belisario hizo retroceder a su escuadrón, ahora muy reducido numéricamente, y tomó una colina desde cuyas inmediaciones podía ver claramente si el pabellón imperial todavía ondeaba en las torres. No estaba. Luego, diez mil jinetes godos cargaron contra él y tuvo que abandonar su posición. Sus hombres todavía tenían las aljabas repletas de flechas, pues había sido un combate cuerpo a cuerpo. Ahora pudieron, apuntando a los jinetes que encabezaban al enemigo, proteger eficazmente la retaguardia mientras se retiraban a Roma.

Belisario llegó a la puerta Salaria al caer el sol, con numerosas fuerzas enemigas detrás, a poco menos de un tiro de arco.

Como he dicho, mi ama Antonina estaba en la puerta Flaminia, una milla al oeste de la Salaria, donde había una guardia de infantes navales. Los infantes habían recibido la noticia de la

muerte de Belisario, y no podían creer que fuera él quien exigía la admisión. Sospecharon un ardid. Belisario cruzó el puente que franqueaba la fosa y se acercó a la puerta gritando:

-¿No conocéis a Belisario? Abrid de inmediato, marinos, o entraré por la puerta Flaminia y azotaré a la mitad de vosotros.

Tenía la cara transfigurada por la sangre y el polvo; pero algunos de sus hombres le conocían la voz y querían dejarlo entrar. Otros temían que también entraran los godos.

Las puertas permanecieron cerradas, Belisario y su guardia personal apiñados contra ellas entre las dos torres de los flancos. Los godos se detuvieron desordenadamente al otro lado del puente y empezaron a darse ánimos para atacar. Luego, Belisario, que nunca perdía la cabeza, hundió las espuelas en Balan, soltó su grito de guerra, y cargó fieramente con sus hombres exhaustos, cruzando el puente. En la creciente oscuridad, los godos pensaron que una nueva fuerza enemiga había salido por la puerta. Huyeron hacia todas partes.

Ante esto, los infantes dejaron al fin entrar a Belisario. Le pidieron perdón humildemente, y él se lo concedió; y pronto estaba abrazando a su Antonina y preguntándole cuáles eran las novedades. Ella le refirió las medidas que había tomado por iniciativa propia para la defensa de la ciudad. Cuando se propagó el rumor de su muerte, había reforzado las guardias de las murallas: había distribuido picos entre los obreros roma nos, asignándoles deberes militares, unos pocos por cada torre. Les había dicho:

-Es una tarea sencilla. Mantened los ojos abiertos. Si veis un godo escalando la muralla, gritad «¡Alerta, la guardia!» a voz en cuello y al mismo tiempo golpeadlo con el pico. -También había alistado, entre los artesanos sin empleo: albañiles y herreros con sus mazas, carpinteros y carniceros con sus hachas, y barqueros con sus garfas para botes. Había dicho-: A vosotros no necesito enseñaros cómo empuñar vuestras armas. -Pero también les había dado yelmos para recordarles que eran soldados. Belisario aprobó con entusiasmo sus decisiones.

Luego, fatigado como estaba, y aunque no había comido nada desde la mañana, pasó revista a las fortificaciones para cerciorarse de que todo estuviera en orden y cada hombre en su puesto. Roma tiene catorce puertas principales y varias poternas; cuando terminó la inspección, era medianoche. Fue hacia la derecha, es decir, en el sentido del sol; pero cuando llegó a la puerta Triburtina, al este de la ciudad, lo alcanzó un mensajero de Bessas que venia corriendo desde la puerta Prenestina, que Belisario acababa de dejar. Traía noticias alarmantes. Bessas había oído que los godos habían irrumpido en el otro lado de la ciudad, por la colina Janicula, y ya estaban cerca del Capitolio.

Esta noticia hizo cundir el pánica entre los isaurianos que custodiaban la puerta Triburtina; pero Belisario, interrogando al mensajero, no tardó en dudar de la historia, especialmente porque el único informante de Bessas había sido un sacerdote de la catedral de San Pedro. Al momento envió exploradores para investigar; y ellos regresaran enseguida, informando que no se habían vista godos en ninguna parte. De modo que hizo circular entre todos los oficiales la orden de no creer ningún rumor difundida por el enemigo dentro de las murallas para ahuyentarlos de sus puestos. Si se presentaba un peligro, él mismo se responsabilizaba de informarles; pero debían mantenerse alertas, cada cual confiando en que sus bravos camaradas de otros sectores de las muralías hacían lo mismo. Ordenó que se encendieran fuegos a lo larga de toda el circuito de murallas, de modo que los godos pudieran ver que Roma estaba bien custodiada y los ciudadanos pudieran dormir más tranquilos.

Cuando regresó a la puerta Salaria, encontró una multitud de soldados y ciudadanos de Roma escuchando el discurso de un noble godo. El godo se dirigía a los ciudadanos en buen latín (quelas infantes navales no entendían), reprochándoles su infidelidad al admitir la entrada de una banda de griegas de Constantinopla en la ciudad.

-¡Griegos! -exclamó desdeñosamente-. ¿Qué salvación esperáis de una banda de griegos? Sin duda sabéis qué son los griegos por aquellos que habéis visto.., esas compañías de actores putañeros y esos lascivos actores de pantomimas, y esas marineros ladrones y cobardes.

Belisario se volvió a las infantes navales y les dijo:

-Ojalá supierais latín.

-¿Qué está diciendo? -preguntaron.

-Está insultando especialmente a los marineras, y ha dicha un par de verdades.

Mi ama lo persuadió de que comiera un poco de pan y carne y bebiera una copa de vino. Mientras comía, cinca de los principales senadores se le acercaran temblando y le preguntaran:

-¿Mañana, general, te rendirás?

-Burlaos de los godos, ilustres amigos -rió Belisario-, pues ya están derrotados.

Ellos desviaron la mirada e intercambiaran expresiones de asombro. Él les dijo:

de alcanzarlo, pese a la enorme superioridad numérica y los caballos frescos. Pues, al no ser arqueros, estaban obligados a mantenerse a distancia. Recordamos otro comentario de Belisario, hecho en Daras: si era raro un general capaz de controlar cuarenta mil hombres, mucho más lo era un general capaz de controlar a ochenta mil.

¿Qué podía decirse de Vitiges, que había lanzado contra nosotros casi el doble de esa cantidad?

La primera noche de la defensa de Roma pasó, y no hubo ningún ataque al alba.

-No estay bromeando ni fanfarroneando, pues hoy he comprendido que la victoria es nuestra si obramos con cierta prudencia.

-Pera, ilustre Belisario, las flechas de su infantería te echaron del Puente Milvio, y su caballería te persiguió fagasamente hasta Roma.

Belisario se enjugó las labias con una servilleta y dijo:

-Excelentes patricias, habéis descrito exactamente lo que ocurrió, y por esa razón os digo que las godos ya están derrotados.

Mascullaran entre ellos que debía de estar loco. Pera cualquiera con un poco de sentido común habría comprendida de inmediata a qué se refería. La infantería sólo había demostrada poderes defensivos, y los jinetes, además, habían sido incapaces.

LA DEFENSA DE ROMA

La primera que hicieran los godos contra la ciudad fue construir seis campamentos fortificados, can sus respectivas fosas, terraplenes y empalizadas. Estaban situadas a intervalos alrededor de todo el sector norte, a distancias que variaban entre trescientos pasos y una milla de la muralla. Su siguiente medida fue cortar cada uno de los catorce acueductos que durante siglos habían abastecido a la ciudad de agua pura en abundancia, traída desde muy lejos. Sin embargo, había pazos de agua de lluvia, y la muralla accidental encerraba un tramo del río Tíber, de modo que agua no nos faltaba; pero a los ciudadanos más ricas les fastidió verse obligadas a beber agua de lluvia y, si deseaban mantenerse limpios, bañarse en el río, pues estaban privadas de sus lujosas baños. Belisario tuvo la prudencia de taponar los conductas de los acueductos can argamasa en puntos convenientes. También hizo construir cercos semicirculares que encerraban por dentro varias de las puertas de la ciudad, con sólo una puerta pequeña y bien custodiada en cada una de ellas, para impedir que las pobladores nos atacaran de pronto por la espalda y dejaran entrar al enemigo. La puerta Flaminia estaban tan amenazada por un campamento goda cercana que la bloqueó absolutamente. Inspeccionó todas las defensas muy detenidamente, por dentro y por fuera, en busca de un punto débil, interesándose especialmente por las salidas de las cloacas de la ciudad; pero descubrió que se vaciaban en el Tíber, bajo el agua, de modo que nadie podía entrar por allí.

El mayor de los inconvenientes que sufrimos al principia fue la detención de las malinas públicas de la calina Janiculo, que se movían impulsados par el agua del acueducto de Trajano.

Como no teníamos en la ciudad caballas ni bueyes libres para hacer girar las manivelas, tuvimos que valernos momentáneamente de esclavas. Pera Belisario pronto puso nuevamente en marcha los molinos con fuerza hidráulica. Bajo el puente Aureliano sujetó das sagas gruesas sobre el río, las tensó con un cabrestante y las usó para sostener dos barcazas en posición, contra la corriente y a sólo das pies de distancia entre sí. Puso un molino en cada barcaza, conectadas con una rueda de molino suspendida entre ambas que giraba a bastante velocidad con el caudal del agua que pasaba baja el arco del puente. Cuando vio que el método daba resultado, fortaleció las sogas; y cuarenta barcazas más, con ruedas acopladas en el media, fueran atadas al par original en una larga hilera río abajo. A partir de entonces, no tuvimos problemas para moler el grano; excepto cuando, unas pocos días más tarde, los godos, habiéndose enterado de las molinos gracias a desertores, enviaron troncos de árboles flotando río abajo, y algunos chocaron contra las ruedas y las destrozaron. Entonces, Belisario instaló un entramado de cadenas de hierro, de uno a otro lada del puente, construido como una traíña de poca profundidad. Los troncos flotantes quedaban apresados en ella, y los barqueros los empujaban a la orilla para usarlos como combustible en los hornos públicos.

Los ciudadanos de Roma habían desconocido hasta el momento los rigores y peligros de la guerra, pero pronto Belisario les hizo entender que no deberían creerse espectadores pasivos, como el público de un drama: ellos también debían sufrir las privaciones que sufrieran los soldados. Con el objeto de tener una fuerza de combatientes de reserva para despachar a cualquier sector de muralla amenazado por un ataque, alistó aún más trabajadores sin empleo coma centinelas. A algunos las entrenó diariamente con el arco en el Campo de Marte, y a otros los entrenó como lanceros. Pero eran soldados renuentes y siguieren siendo una chusma, pese a los esfuerzos de oficia- les y sargentos.

Cuando Belisario entraba en la ciudad, los romanos de ambos sexos y de todas las clases sociales lo miraban con rencor. Les enfurecía que se hubiera atrevido a enfrentarse allí contra los godos antes de haber recibido tropas suficientes del Emperador, sometiéndoles así a un sitio que quizá terminara en hambre y matanza. El rey Vitiges se enteró por los desertares de que el Senado estaba especialmente indignado con Belisario; y por lo tanto envió embajadores a la ciudad para sacar partido de la discordia.

Estos godos, conducidos a la Cámara del Senada con vendas en los ojos, tuvieron permiso para interpelar a los senadores en presencia de Belisario y sus oficiales. Olvidaron las cortesías de la ocasión y hablaron rudamente a los acaudalados patricios, acusándolos de haber sido infieles al ejército godo de defensa nacional para admitir a la fuerza combinada de «intrusos griegas» que guarnecía las fortificaciones de la ciudad. En nombre de Vitiges, ofrecieron una amnistía general, a condición de que Belisario abandonara la ciudad al momento; incluso se avenían a concederle diez días de gracia antes de lanzarse a perseguirlo, lo cual era muy generoso, dijeron, teniendo en cuenta que las fuerzas a su disposición eran absolutamente inadecuadas para la defensa de tamaña extensión de murallas.

Belisario replicó concisamente que los patricios romanos no habían traicionado a nadie: simplemente, habían admitido en la ciudad a otras patricios, junto con las fuerzas imperiales que dichos nobles comandaban legalmente.

-Señores godos, estoy capacitada para responderos con la voz de este leal Senado, pues soy de alto rango entre sus integrantes, así como con la voz de mi Serena Soberano. Replico, pues, que no fueron los godos ni otros germanos quienes originalmente construyeron esta ciudad ni estas murallas... ¡Vaya, ni siquiera os habéis preocupada por mantenerlas! De modo que sois vosotros los intrusos, y sin ningún derecha de propiedad. A Vitiges, vuestra rey, mi Sereno Soberano no lo reconoce siquiera como vasallo. De manera que os aconsejo, excelentes godos, que os marchéis ahora y uséis vuestra elocuencia para disuadir a vuestros compatriotas de su locura; o llegará el tiempo, os lo advierto, en que vosotras y ellos os contentéis con ocultar las cabezas en zarzales y cardales para esquivar nuestras lanzas. Entretanto, comprended bien que sólo ganaréis Rama sitiándola y peleando duramente. Por suerte para nosotras, ningún goda fue

nunca aficionado al arte de sitiar una ciudad; por lo tanto, nuestras fuerzas, aunque poco numerosas actualmente, son más que adecuadas para defender las murallas que nuestros ancestras construyeron y que vosotros habéis abandonado sin pelear.

El rey Vitiges estaba ansioso por saber, mediante sus embajadores, qué clase de hambre era Belisario. Le dijeron:

-Ese hambre es un león barbado, no tiene miedo, usa pocas palabras innecesarias; por los rasgas, el color y el físico se parece a nosotros (excepto en que el cabello es oscura y los ajos, azules cama los nuestras, están muy hundidas en las cuencas). Su aspecto ágil y su apostura grácil imponen respeto en cuantos le rodean. También vimos a Antonina, su esposa, una leona de la misma raza, pelirroja. Rey Vitiges, tienes que prepararte para luchar enérgicamente.

Pasó una quincena antes que Vitiges pudiera completar sus preparativas para el asalto.

Una mañana, al amanecer, cuando Belisario vio desde el terraplén cuáles eran esos preparativos, se echó a reír; lo cual causó un escándalo entre los ciudadanos.

-¿Se ríe cuando estamos por ser devorados por esas bestias arrianas? -se preguntaban entre sí.

Debo confesar que yo tampoco veía el motiva de su hilaridad, pues al mirar pude distinguir a un cuarto de milla una serie de formidables estructuras montadas sobre ruedas, avanzando hacia nosotras tiradas por yuntas de bueyes y escoltadas por enjambres de lanceros godos. Eran como torres, cada cual con una escalera interna que subía a una plataforma en la parte superior, y parecían tener la misma altura que nuestras murallas. También había cuatro estructuras recubiertas de piel de caballa, con ruedas más pequeñas, cada cual can una viga con punta de hierro que sobresalía. A éstas las reconocí coma arietes: la viga se balancea sobre cuerdas dentro de la estructura, y mediante repetidos golpes termina por abrir un boquete en la muralla más sólida.

Eligieran la puerta Salaria como foco central del ataque, y Belisario concentró inmediatamente en las torres vecinas todo el armamento defensivo disponible. Éste consistía en escorpiones, que son pequeñas máquinas que arrojan piedras, accionadas mediante cuerdas de cáñama que se tensan al extremo y se sueltan repentinamente; y asnas salvajes, una especie más grande de escorpión; y catapultas, que son arcos mecánicos que se accionan mediante el mismo principio de las otras máquinas, desde cuyas acanaladuras se disparan gruesos proyectiles con cuñas de madera y fuerza suficiente para superar en alcance a cualquier arco ordinaria. También teníamos algunas lobos, que son máquinas para enganchar la cabeza del ariete cuando golpea y levantarla de costado con una polea, de manera que la torre se vuelque.

Belisario llamó serenamente a su escudero, Corsomantis. un huno masageta, y le dijo:

-Tráeme mi arco de caza y das flechas para venado, Corsomantis.

Éstas eran armas de precisión. Un noble goda, que resultó ser primo del rey Vitiges, estaba supervisando el avance de las máquinas enemigas. Vestía una armadura dorada y lucía un alta penacho púrpura. Pero mientras todavía estaba lejos del alcance de nuestros arcos, según creía, la muerte lo alcanzó: Belisario, apuntando cuidadosamente, le traspasó la garganta can una flecha para venado, de manera que cayó muerto del caballo. El alcance no era inferior a doscientos pasos. Sin saber que ésta era la precisión de tiro habitual en Belisario, los godos quedaron apabullados ante un presagio tan funesto. Un hurra de provocación brotó de las murallas, y los godos se detuvieron un instante mientras se llevaban al muerto. Otro noble, el hermano, asumió el mando; pera mientras hacía señas para que avanzara la procesión, Belisario apuntó de nueva y demostró a quien lo dudara que el primer disparo no había sido un mero golpe de suerte. Esta vez, la flecha se hundió en la boca del godo cuando gritaba algo, y la punta dentada le asomó por la nuca: también él cayó muerto. Me puse a bailar de alegría y grité:

-¡Oh, bien hecho, mi señor! ¡Permítenos disparar ahora! -Pues yo tenía un arco en la mano, como todos los demás criados.

-Espera a que las trompetas den la señal -me dijo-. Luego, que todos los que me rodean disparen a los bueyes.

La trompeta sonó, y todos inclinamos los arcas y soltamos las flechas. Más de mil godos cayeron, y todos los bueyes, pobres bestias. Se oyó un terrible alarido. Luego, recuerdo, apunté a un infante alto mientras corría con un haz de leña; pero erré el tiro y la flecha se clavó en las ancas de un caballo, que corcoveó y derribó al jinete.

Apunté al jinete que yacía atontado; después de tres disparos mi flecha le besó el hombro y resbaló. Como seguía tendida allí, como muerta, busqué otros blancos, pero no vi ninguno, pues los godos se habían retirado, consternados, y se habían apostada fuera del alcance de las flechas.

Luego, una numerosa fuerza goda de todas las armas se perdió de vista. Aunque entonces lo ignorábamos, tenían órdenes de atacar la Casa de las Fieras, cerca de la puerta Prenestina, dos millas a nuestra derecha. Pero como cuarenta mil hombres seguían amenazando la Puerta Salaria, Belisario no podía destinar tropas a reforzar otras partes.

Entretanto, había gran peligro en la puerta Elia, más allá del río, donde Constantino tenía el mando. A sólo un tiro de piedra de las murallas, al pasar el puente Elio, que conduce a la catedral de San Pedro, se yergue el mausoleo de mármol del emperador Adriano. Es un edificio cuadrangular, rematado por un tambor cilíndrico alrededor del cual hay una columnata cubierta; el tambor está coronado por una cúpula redondeada. En la construcción de este maravilloso edificio no se usó cemento, sino sólo piedras de mármol blanco, unidas por inserción. A lo largo de la columnata se levantan a intervalos estatuas ecuestres, también de mármol blanco; representan, crea, a los generales que sirvieron a Adriano en sus guerras. El mausoleo se usaba como avanzada de las fortificaciones, pues el puente era una extensión de la muralla de la ciudad. Era aquí donde los trescientos hombres de Constantino montaban guardia, con catapultas y arqueros diestros y un pequeño destacamento de herreros del ejército, provistos de pesados martillos.

El comandante de la fuerza que debía asaltar ese lugar era un hambre juicioso.

Comprendiendo que el sector de la muralla principal protegido por el río en ambas márgenes del puente Elio tendría una débil defensa, había preparado varios botes para atacar en un sitio favorable, media milla río arriba. Se trataba de un fangal bajo las murallas, lo bastante firme y ancho como para hincar en él escaleras de sitio. Su plan era enviar una partida de escaladores en los botes en cuanto hubiera lanzado el ataque contra el mausoleo.

Organizó hábilmente el ataque al mausoleo. Sus hombres -infantería pesada, con escaleras- avanzaron bajo su dirección por los claustros cubiertos que van desde la catedral de San Pedro hasta muy corta distancia del mausoleo. Las hambres de Constantino, en la columnata con estatuas, aunque alertas, no pudieron hacer nada hasta que los godos salieron de los claustros. Entonces se defendieron enérgicamente, pera sólo con flechas y dardos: las catapultas no podían inclinarse para disparar en un ángulo tan abrupta. A continuación, nutridas filas de arqueros godos, cubriendo los cuatro rincones del mausoleo y protegidas por enormes escudos, lanzaran un devastador fuego cruzada sobre la columnata, causando muchas bajas a los defensores. La situación se volvió peligrosa. Constantino, advertido del ataque inminente desde el fangal, había tenido que partir de prisa con veinte hombres para rechazarlo. No había ningún oficial para reemplazarlo en el mando.

Pronto hubo escaleras apoyadas contra las paredes del mausoleo, y subieran los godos con armadura completa. Las flechas y dardos de los defensores casi no les hacían mella. Entonces Roma se habría perdido, de no ser por la repentina ocurrencia de un valeroso sargento de herreros. Martilleó una estatua y le arrancó una pata. Su camarada tomó ese enorme trozo de mármol y lo arrojó escalera abajo. El primer godo cayó aturdido, arrastrando en su estrepitosa caída toda una fila de escaladores. El mismo sargento rompió otra pata, y la estatua se vino al suelo; entonces la partió frenéticamente en trozos adecuados que su camarada repartía entre todos aquellos que los necesitaban. Los godos fueron arrancadas de las escaleras parlas

miembros y torsos mutiladas de esos antiguos héroes y sus corceles. Salieran corriendo a campo abierto, perseguidos por flechas; pronto estuvieron al alcance de las catapultas. El siseo de los grandes proyectiles, que podían atravesar a un hambre o un árbol, los hacia correr más rápido.

Constantino no tuvo dificultad para contener la acometida del fangal, de modo que las esperanzas de los godos en el lado oeste quedaron frustradas, como también en lado este en la puerta Tiburtina, y en el lado norte, en la Flaminia, pues en ambos casos las murallas se yerguen sobre una cuesta empinada, desfavorable para un asalto.

En la puerta Salaria. aún nos amenazaba la principal fuerza de los godos; pera, por ahora, se mantenían fuera de nuestro alcance, disuadidos por el destino de uno de sus jefes; estaba encaramado en la rama de un pino, cerca del tronco, disparando hacia nuestras almenas. Mi ama Antonina estaba a cargo de una catapulta, pues había aprendido cómo apuntar estas armas. Dos hombres hacían girar la manivela hasta que el mayaral gritaba «suficiente»; mientras él estudiaba el blanco, su asistente ponía un proyectil en la concavidad de cuerno y soltaba la agarradera cuando recibía la señal.

Yo actuaba como asistente de mi ama, y das artesanos romanos manipulaban la manivela. Ella apuntó cuidadosamente al arquero godo, y enseguida dio la señal para disparar.

Apreté la palanca, y el proyectil salió zumbando. Luego se vio un espectáculo horrible.

El proyectil alcanzó de lleno al goda en medio del pecho, siguió viaje y se hundió hasta la mitad en el árbol; el godo quedó incrustado allí como un cuerva clavado en la puerta de un granero como advertencia a otros cuervos.

Mi ama actuaba aquí como lugarteniente de Belisario, quien había acudido en auxilio de Bessas y sus hombres a la Casa de las Fieras -un lugar cercana a la puerta Prenestina-, donde se había lanzado un poderoso ataque. Era triangular, y estaba formada por das débiles murallas exteriores en ángulo recta construidas contra la muralla principal; y anteriormente se había usado para alojar a los leones destinados a los espectáculos del Coliseo. Las murallas exteriores no podían defenderse, pues eran bajas y de grosor insuficiente para construir parapetos en la parte superior. Más aún, Vitiges sabia que la muralla principal que ellos rodeaban estaba en estado ruinosa y pronto cedería ante los topetazos de un ariete. La infantería goda atravesó la fosa con picas para socavar una de las murallas exteriores, la cual entretanto los resguardaría en parte de las flechas que llovían de las almenas. Una vez que capturara la Casa de las Fieras, podría aspirar a la victoria. Las haces de leña y las planchas estaban preparados, y las torres y escaleras, tal como en la puerta Salaria. Una numerosa trapa de lanceros estaba alerta.

Los godos que habían cruzado la fosa trabajaron afanosamente con las picas; y, al cabo de cierto tiempo, un sector de la muralla se desmaronó fragorosamente y los godos inundaron la Casa. Inmediatamente, Belisario envió das fuertes grupas de isaunanas que saltaran la muralla principal, con escaleras, lanzándose hacia las murallas exteriores, luego brincaron entre los gados apiñados y cerraron la entrada de la Casa; allí las exterminaron a gusto. Pues mientras los isaurianos empuñaban machetes cortas, que son ideales para luchar en sitios atestados, los gados blandían espadones, que necesitaban mucha espacio para ser eficaces. Más infantes godos corrieron en auxilio de sus camaradas, pero de pronto se abrió la puerta Prenestina: por allí irrumpió una columna de coraceros de Belisario, junta con algunas godas tracios. Atacaron a los lanceros bárbaros, que estaban de pie sin una ordenación regular, y los obligaron a retroceder atropelladamente y con muchas bajas hacia su campamento, a media milla de distancia. Luego, los coraceros volvieran grupas y prendieran fuego a las torres, arietes y escaleras, que crepitaron en una hoguera enorme; y así regresaron sanos y salvos. También hubo una salida repentina en la puerta Salaria, por arden de mi ama, con el mismo resultada: también allí los godas huyeran y se incendiaron las máquinas.

Luego, nuestros hombres salieron para despojar a los muertos. Con permiso de mi ama, yo salí con ellos y encontré al hombre a quien había matado: vi que tenía el cuello partido. Le quité el

collar de oro y la daga con empuñadura de aro del cinturón. ¡Un eunuco doméstico jugando al héroe!

Al caer la tarde, el ataque había fracasado en todas partes. Al disparar contra una masa tan densa como la que presentaban los godos, los peores arqueros no podían sino causar grandes estragos; y teníamos con nosotras varios tiradores rápidos y certeros y una abundante provisión de flechas. Calculamos que ese día el enemiga había sufrido veinte mil bajas, entre muertos e incapacitados. Los godos se retiraron amargamente a sus campamentos, y toda esa noche pudimos oír salmos y lamentaciones mientraS sepultaban a los caídas. A la mañana siguiente estábamos preparados para rechazarlos nuevamente; pero no hubo más ataques en ninguna parte hasta muchas días después.

Belisario le había escrito nuevamente a Justiniano, explicándole que necesitaba treinta mil hombres de refuerza e insistiendo en que se despacharan al menos diez mil sin la menor dilación. Antes de que la carta pudiera llegar a Constantinopla tuvimos noticia de que los refuerzos ya estaban en camino. Pero, al parecer no sumaban más de das mil y el mal tiempo los había obligada a pasar el invierno en Grecia, sin poder cruzar el Adriático. No había indicios de que fuera la vanguardia de un ejército de tamaño considerable. Belisario comprendió que estaría confinado dentro de las muralías de Roma por lo menos tres o cuatro meses más. La ciudad todavía recibía provisiones de noche, por las puertas del lado sur, pero no en cantidad suficiente para alimentar a seiscientas mil personas durante un lapso prolongado. Por lo tanto, ordenó la rápida evacuación a Nápoles de todas las mujeres, niños y ancianos, y de todos los demás civiles -excepto sacerdotes, senadores y demás notables- incapaces de portar armas.

Ahora, los godos permanecían dentro de sus campamentos cercados entre el poniente y el alba; ésta era la hora de combate de los moros, que estaban exentos de las obligaciones regulares y pasaban las noches fuera de las murallas de la ciudad.

Salían en grupos de tres o cuatro, vistiendo ropas color barro; y, sujetando los caballos en alguna arboleda, se ocultaban en zanjas, al costado o detrás de los matorrales. Luego, saltaban sobre soldadas aislados, los degollaban, los despojaban y se alejaban al galope. A veces, combinando las partidas, destruían numerosas compañías de godos. Solían agazaparse cerca de las letrinas del campamento godo, que siempre estaban cavadas fuera de la fosa, para sorprender a los hombres que las visitaban en medio de la noche.

También rondaban las caballerizas y los campos de pastoreo. Fue por temor a estos moros, como decía, que los godos aprendieron a quedarse dentro de los campamentos toda la noche. De modo que las largas procesiones de civiles evacuadas salían sin impedimentos, noche tras noche; y ningún campamento godo obstruía su camino.

La primera partida fue enviada al puerto de Roma, donde estaba nuestra flota; allí se embarcó hacia Nápoles. Pero el resto tuvo que hacer todo el trayecto a pie, cargando bultos o empujando carretones repletos de tesoros domésticos. Procesiones de cincuenta mil personas y más salían todas las noches, trajinando por la Vía Apia. Era un espectáculo lamentable verlos partir, y muchas fueron las lágrimas que derramaron esas pobres gentes, y los hambres que dejaban atrás, en la puerta Apia. Pero al menos viajaban por un buen camino. La Vía Apia está hecha de lava dura, tan firme y lisa como cuando la pavimentaron por primera vez, hace cientas de años, bajo la República. Más aún:

Belisario suministraba a cada partida una escolta de jinetes para la primera etapa del viaje, y les daba alimentos suficientes para que les duraran hasta Nápoles.

Al día siguiente al de la partida del primer grupo del puerto de Roma, que está a diecioho millas de la ciudad, el rey Vitiges capturó las fortificaciones de ese lugar; no habíamos contado con tropas para guarnecerías, y los marineros no son combatientes. Hasta aquel momento, los convoyes con pertrechos nos habían llegado desde el puerto en barcazas que remontaban el río tiradas por bueyes. Ahora estábamos aislados del mar, y nuestra flota se retiró a Nápoles. Esto sucedió en abril. En mayo nos redujeron la ración de grano a la mitad. Hasta junio no llegaron

los refuerzos de Grecia, al mando de un general llamada Martín: mil seiscientos eslavos paganos, y hunos búlgaros.

Estos eslavos, que tienen rasgos curiosamente europeos para tratarse de una raza tan salvaje, habían aparecido recientemente en gran número en las márgenes del Danubio, desplazando a los gépidos. San arqueros a caballa y excelentes guerreros si están bien alimentados, bien pagados y bien guiados; y también son hombres de palabra, aunque de hábitos muy sucios. Justiniano los había provisto con armadura y yelmo; normalmente, sólo visten chaquetones y pantalones de cuero. También había pagado una cuantiosa suma de dinero en nombre de ellas a los sacerdotes de la tribu: pues los eslavos poseen todas las cosas en común, y los sacerdotes, por cuyo intermedio veneran al dios del rayo, actúan como tesoreros. Cuando estas eslavos supieron que Belisario erea de su misma raza e incluso hablaba un poco su lengua, se sintieron bien predispuestas hacia él; y lo mismo sucedió con las hunos (a quienes ya he descrita) cuando descubrieran que varias de sus compatriotas eran tratados honrosamente en el Regimiento Personal.

Belisario decidió lanzar una ofensiva contra los gados, aunque mil seiscientos hombres no son diez mii. No deseaba que los recién llegados sintieran que estaban enclaustrados en la ciudad cama prisioneras; en cuanto se les asignaron sus puestos y recibieron instrucciones respecto de sus guardias, organizó una demostración para beneficio de ellos. A plena luz del día despachó doscientos coraceros por la puerta Salaria, al mando de un iliria llamada Trajano, comandante de tropa e individuo de pasmosa sangre fría.

Siguiendo las órdenes que habían recibida, estos hambres galoparan hasta una pequeña calina, visible desde las murallas, y allí formaran un circulo. Los indignadas godas se lanzaron al ataque desde el campamento más próximo, cogiendo las armas y montando los caballos con gran urgencia. En el tiempo en que un cristiano tarda en decir un Padrenuestro lentamente, los hambres de Trajana habían disparada cuatro mil flechas a esa desordenada columna, matando a hiriendo a ochocientos jinetes; pero en cuanta empezó a llegar la infantería goda, los hombres de Trajana huyeron al galope, lanzando flechas desde la silla. Dieran cuenta de doscientos godos más antes de regresar, sin una sola baja, al amparo de la puerta, donde entraron cubiertos parlas disparas de una masiva batería de catapultas. Observad: las jinetes gados estaban armados sólo can lanzas y espadas, y aquellos infantes que eran arqueros no vestían armadura y no podían desplazarse sin la escolta de lanceros con cota de malla, que avanzaban muy despacio. No era de extrañar que las hambres de Trajano se hubieran despachado a gusto. Pacos días más tarde, salió una fuerza de doscientos coraceros, pero cien eslavas los acompañaban cama ejercicio de instrucción. Ellas también tomaran una pequeña colina, derribaran godas a centenares, se retiraron. Pocos días después, otra fuerza más, de coraceros y búlgaros, hizo lo mismo. En estas escaramuzas, los godos perdieran cuatro mil hombres; sin embargo, Vitiges no llegó a la obvia conclusión de que su armamento era inferior, atribuyendo nuestro éxito a la mera audacia de nuestras hombres. Ordenó a quinientos de sus lanceros reales efectuar una demostración similar en una colina de la puerta Asinaria. Belisario despachó mil jinetes tracios al mando de Bessas; los gados fueron destrozadas, y apenas un centenar logró escapar al campamento. Al día siguiente, Vitiges, que había tildado de cobardes a los sobrevivientes, despachó otro escuadrón de lanceros numéricamente similar. Belisario envió alas eslavas y las búlgaros, y todos los godas fueron muertos o hechos prisioneros.

El verano avanzó despacio. Una noche llegó un convoy de Terracina con sacos de monedas para pagar a las tropas, y can otra clase de tesoro para la casa de mi ama, es decir, la persona de Teodosio. Debo consignar que, aunque lo saludó muy amablemente, estaba tan atareada con la administración de asuntos militares que el joven ya no parecía ser la mitad de su vida; ella tenía ahora poco tiempo para socarronerías y desplantes. Estaba más orgullosa que nunca de ser la esposa de Belisario: continuamente había elogios para el general en boca de todos los soldados y de casi todos los oficiales, y el nombre de ella era respetuosamente asociado con el de él. Teodosio, por lo demás, era a fin de cuentas una persona poco importante. Ni siquiera era buen tirador con el arco, y apenas pasable como jinete; mi ama juzgaba ahora a la gente

principalmente por esas pautas, pues se tomaba sus deberes muy en serio. Pero descubrió un puesto adecuado para él como secretario legal del esposa. Pronto me enteré de que Constantino estaba reviviendo el viejo escándalo entre los oficiales de su rango; que el clero católica estaba valiéndose en privado del escándalo para desacreditar a nuestra casa entre los pobladores civiles. Pero no dije nada, pues ya teníamos suficientes problemas.

El misma convoy trajo también varios carromatos de grano. Fue una de las últimas remesas que recibimos, pues los gados ya empezaban a bloquear cuidadosamente las carreteras. Siete millas al sudoeste de la ciudad, se cruzaban dos grandes acueductos, cercanda un espacio considerable can sus enormes arcadas de ladrillo; rellenando los intervalos abiertos con arcilla y piedra, los godas levantaron una sólida fortaleza, y luego murallas anexas. Allí apostaron una guarnición de siete mil hombres y así dominaron la Vía Latina y la Vía Apia. Aun antes de que llegara el invierna, la zozobra cundía en Roma por la escasez de alimentos. Los ciudadanos restantes, aunque impresionadas por los frecuentes triunfos de Belisario, se negaban a ofrecerse coma voluntarios para el servicio activo; estaban más descontentos que nunca, especialmente después de un revés parcial que sufrimos y que describiré enseguida.

Fue gracias a la vigilancia de mi ama Antonina cama se reveló la traición del Papa Silverio. Belisario le había encomendado la tarea de otorgar a los civiles permiso para salir de la ciudad por razones de negocios. Era muy sagaz para detectar cualquier fraude; antes de que ella asumiera esa tarea, muchos romanas necesarios para las abras defensivas se las habían ingeniado para escapar con diversas pretextas. Un día, un sacerdote de voz suave se le presentó y pidió permiso para ausentarse durante das o tres noches; había dejado un libro en el armario de la sacristía de su parroquia, cerca del puente Milvio, y ahora deseaba consultarlo.

-¿Qué libro? -preguntó mi ama.

Él respondió que eran las cartas de San Jerónimo. Ella sabia que ningún sacerdote en sus cabales se arriesgaría a cruzar las lineas godas para buscar esas cartas extemporáneas y malhumoradas, de las cuales, para colmo, sin duda tenían que existir copias en cualquier biblioteca eclesiástica de Roma. Pero calló sus sospechas y le dio un pase.

El sacerdote fue arrestado esa noche, cuando salía por la paterna Pincia. Cosida a su túnica se encontró una carta para el rey Vitiges, firmada por todos los senadores importantes y por el mismo Papa, con el ofrecimiento de abrir la puerta Asinaria para que entrara el ejército goda en la noche que Vitiges gustara designar.

Debería explicar que Belisario, con el objeto de desembarazarse en todo lo posible de las tareas judiciales que pudieran estorbarle las funciones militares, también había delegada en Antonina la resolución de todos los litigios civiles y el castigo de todos los infractores civiles, aunque los pleitos y delitos militares todavía se le presentaban a él. Mi ama celebraba asambleas diarias en sus aposentos del palacio Pincio. Cuando ella le dijo los nombres de los traidores y le mostró la carta, Belisario se enfureció, pero no se asombró: sabía que Vitiges había amenazado con matar a los rehenes romanos que tenía en Rávena si Italia continuaba oponiéndole resistencia. Belisario no consideraba justa, sin embargo, que por el mero hecho de quelas traidores fueran personas tan distinguidas, las juzgara él y no ella. En verdad, le alegraba que el caso perteneciera a la jurisdicción de Antonina: coma cristiana devoto, se habría avergonzado de engirse en juez del guía espiritual de su Iglesia. Mi ama no tenía tales escrúpulos, pues aún era pagana de corazón.

-Traidor con mitra, o traidor con yelmo... ¿qué más da? -dijo.

No obstante, Belisario asistió al juicio, pues no quería dar la impresión de que eludía responsabilidades. Mi ama, que ese día no se sentía bien, se reclinó en un diván; él se sentó a sus pies como coadjutor.

El Papa Silverio, convocado por el tribunal, apareció con toda su indumentaria de oro, púrpura y seda blanca, como para impresionar a mi ama. Tenía en el dedo su anillo del Pescador, su báculo pastoral en la mano, la gran tiara enjoyada en la cabeza.

Lo seguía una comitiva de obispos y diáconos, espléndidamente ataviados. Pero Antanina les dio órdenes de aguardar en la primera y segunda antecámaras, según sus jerarquias.

El Papa Silverio golpeteó el suelo con el báculo y preguntó a mi ama:

-¿Parqué, ilustre Antonina, hermana en Cristo, nos has traído aquí, interrumpiendo rudamente nuestras devociones con tu impetuosa convocación? ¿Qué ocurre que no pudiste acudir a nuestro palacio, como lo exige la cortesía?

Ella enarcó las cejas al estilo de Teodora, y sin dignarse responder le preguntó sin ambages:

-Papa Silverio, ¿qué te hemos hecha para que nos entregues a los godos?

Él fingió indignación.

-¿Acusarías al sucesor ungido del Santo Apóstol Pedro de una mísera felonía?

-¿Piensas -replicó ella- que porque la tradición te ha confiado las llaves del Cielo, también tienes poder sobre las llaves de la puerta Asinaria?

-¿Quién nos acusa de esa deslealtad?

-Tu firma y tu sello. -Ella le mostró la carta interceptada.

-Adúltera, es una falsificación -vociferó Silverio.

-Sé respetuoso con la corte, clérigo, o te haré azotar -amenazó ella. Luego, lo enfrentó al párroco, quien había hecho una confesión completa sin ninguna necesidad de tartura.

El Papa Silverio temblaba de verguenza, pero se obstinaba en negar su culpa. Los nueve senadores que también habían firmado la carta fueron presentados luego como testigos en su contra. Ya se habían puesto a merced de mi ama, y lloriqueaban culpando al Papa de haberlos disuadido de su lealtad.

Mi ama pronunció entonces su veredicto, tras una breve deliberación con Belisario:

-Aunque la sentencia que la ley impone a los traidores durante la defensa de una ciudad es la mutilación corporal, y un desfile por las calles para público escarnio, y luego la muerte humillante en la hoguera, tenemos en mucho el buen nombre de la Iglesia para atenernos estrictamente a la letra de la ley. No obstante, al pastor que vende su rebaño al loba arriano no puede permitirsele conservar el cayado. Eugenio, arranca las investiduras a ese sacerdote y dale la túnica de monje que cuelga de aquella percha.

Silverio, estás destituido de tu obispado, y esta noche abandonarás la ciudad.

Aunque los clérigos del séquito papal quedaron azarados ante el sacrilegio cuando se les comunicó la sentencia, no podían negar que era humanamente justa. Me acerqué al Papa y le quité el báculo pastoral, el anillo y la tiara, depositándolos en una mesa.

Luego lo conduje a un cuarta donde aguardaba el subdiácono regional. Él despajó a Silverio de toda su indumentaria sacerdotal, hasta que quedó en camisa; una camisa que no era de pelo, además, sino de fina seda bordada con flores, coma una camisa de mujer. Luego le dimos la túnica de monje y se la echamos por encima de la cabeza, y le atamos el cordel, todo sin una palabra.

Cuando lo trajimos de nuevo al tribunal, mi ama lo interpeló, diciéndole:

-Consagra el resto de tus días al arrepentimiento, hermana Silverio, tal como tu ilustre predecesor, el primer obispo de Roma, después de romper un juramento similar hecho a su amo. El, finalmente, reparó el mal mediante el martirio en el Hipódromo de Calígula, cerca de la ciudad... pero no esperamos de ti tanta santidad.

Belisario callaba, y no parecía tenerlas todas consigo.

Das hunos masagetas escoltaran a Silverio fuera del palacio, dejándolo en la sala de guardia de la puerta Pincia; esa noche salió de la ciudad rumbo a Nápoles, y a Oriente.

Sus subordinados se reunieran para elegir un nuevo Papa. El diácono Virgilio fue el candidato escogido, después de tomarse el trabajo de sobornar a los electores con quince mil piezas de oro. Esas clérigos codiciosos valoraban el oro más que nunca.

La población civil tenía asignada una ración de cereal muy magra, que podía complementarse can repollo y ciertas hierbas como la ortiga, el amargón y la perfoliada; pero la buena comida en abundancia sólo se compraba con oro. Durante ese verano, las soldados se dedicaran a realizar incursiones nocturnas en los labrantíos que había más allá de las lineas godas, cortando las espigas a puñados con hoces y arrojándolas en bolsas que colgaban del lamo de los caballos. Una bolsa de cereal llegó a valer cien veces más que en tiempos de paz.

Al avanzar el invierno, estas provisiones cesaron: las salchichas hechas de carne de muía eran el única suplemento digerible de la magra ración de cereal que podían comprar aun los más ricas. Se comieron gatos, ratas, y grasa para herramientas. Lo único que no escaseaba mayormente era el vino, pues Belisario había requisado toda la provisión de las bodegas privadas para distribuirlas públicamente. La ciudad estaba al borde de la inanición; pero, curiosamente, nunca vi un solo sacerdote desnutrido.

-Ah -dijo secamente mi ama, cuando se lo comenté a ella-, los cuervos los ahmentan, cama alimentaran milagrosamente al profeta Elias.

En cuanta a los nueve senadores que habían firmado la carta interceptada, Antonina no podía cometer la injusticia de castigarlos más severamente que al Papa. Las desterró, confiscándoles los bienes, y los echó de la ciudad en compañía del hermano Silverio. Belisario todavía estaba intranquila: quizás hubiese otros romanas implicados en la conspiración. Parlo tanta, contrató cerrajeros para cambiar o intercambiar das veces por mes las cerraduras de todas las puertas, de manera que a los traidores les costana más trabajo encontrar la llave correspondiente. También designó oficiales para que mantaran guardia en las puertas siguiendo turnos irregulares, para imposibilitar que cualquiera de ellos pudiera ser sobornada de antemano para abrir una puerta determinada en una noche acordada previamente. Para que la vigilancia fuera menas tediosa, mi ama había organizada bandas de músicos del Teatro que a menudo ofrecían conciertos en todas las puertas; para intensifican la vigilancia en estas ocasiones, Belisario instaló puestos de avanzada más allá de la fosa, principalmente con monos, y cada puesta tenía un perro guardián entrenada para gruñir al menor ruido de pasos.

Aquí debo hacer una pausa para narrar con cuánta sagacidad mi ama Antonina conducía a esos músicos. Si alguno tocaba mal mi ama le arrebataba el instrumento y le daba indicaciones.

-La melodía es así. -Y se mofaba de ellos-: ¡Oh, indignos romanos, no sabéis pelear y no sabéis tocan! ¿Para qué servís?

En una ocasión, un músico atrevido y ofendido le respondió, tratando de humillaría, con una obscenidad:

-Somos excelentes para procrear.

-Al menos en eso superáis a vuestros padres -respondió ella friamente. La broma corrió de boca en boca, y ha llegado a ser la más célebre de sus muchas réplicas.

El revés que había prometido cantar se debió al entusiasmo de nuestras tropas ante el éxito de las escaramuzas de la caballería. Estaban impacientes con la política de Belisario de desgastar gradualmente las fuerzas y el coraje del enemigo, y clamaban por una batalla generalizada. Belisario tenía el criterio de no desalentar nunca el ánimo combativo de sus hombres, peno no creía que aún fuera conveniente lanzarse a una batalla campal. Todavía existía una gran diferencia numérica entre ambos ejércitos, y los godos, aunque descorazonadas, seguían peleando valerosamente. Trató de mantener ocupados a sus hombres con escaramuzas más frecuentes. Pero en das o tres ocasiones descubrió que los godas estaban preparados, pues algún

desertor los había prevenido. La población romana también empezó a pedir a gritos batalla, o al menas una finalización rápida del sitio, fuera como fuese el desenlace. Ya no podía negarse a esa apelación: no podía perder el respeta de sus hombres, ni el control de la población civil.

El campamento godo más grande estaba a una muía del mausoleo de Adriano, en lo que llaman Llanura de Nerón. Belisario ansiaba que su ataque principal alas campamentos situados frente a las puertas Pincia y Salania no fuera entorpecido por refuerzos enemigas facilitados por ese sector. Por lo tanto, ordenó a la caballería mona que distrajera a los godas de allí en cuanto él iniciara el combate; saldrían por la puerta Elia, al mando de un oficial llamado Valentino. Los seguiría una tropa de infantes de la ciudad, que se desplegarían en formación defensiva a poca distancia de la puerta. Dijo a esos romanas que demostraran tanta apostura militar como pudieran, pera no esperaba que combatieran reciamente. Realizaría el ataque principal sólo con tropas de caballería. Había aumentado el número de jinetes a mil: en las peleas recientes habían capturado una gran cantidad de caballos sin jinete, y parte de la infantería isauniana se había convertido -y en buena hora- en caballería. Los isaurianos restantes suplicaron que también les permitieran participar en la batalla. No podía despreciarlas, pero estipuló que unos pocos debían permanecer en las murallas y en las puertas, para imponen disciplina a los reclutas de la ciudad y para manejar las catapultas, los escorpiones y los asnos salvajes.

A primera hora de una mañana de otoño, Belisario salió con su caballería por las puertas Pincia y Salania; la infantería isauniana lo siguió inmediatamente. Vitiges los estaba esperando, sobre aviso, como de costumbre. Había reunido a todos los hombres disponibles en sus cuatro campamentos del norte, concentrando la infantería en el centro de sus lineas y la caballería en las alas; permaneció a media milla de distancia de la ciudad, para tener más espacio para perseguirnos cuando nos hubiera derrotado.

A las nueve empezó la batalla, y al principio Belisario actuó a su antojo, pues los godas se mantenían a la defensiva. Había dividido su caballería en das columnas, una en cada flanco, que soltaban miles de flechas sobre esa masa apiñada. Mas, para distraer a la infantería goda, pequeñas partidas de lanceras isaunianos avanzaban en medio, muy cerca del centro de los godos, y retaban a combatir a partidas enemigas similares; en cada uno de esos encuentros resultaron victoriosos. Al cabo, la caballería enemiga inició la retinada, seguida de cenca por la infantería. A mediodía, nuestras hombres los habían arrinconado en sus campamentos más distantes. Pero aquí, al fin, entraron en acción sus arqueros, que, protegidos por enormes escudos, empezaron a acribillar a nuestros caballos desde la cima de los terraplenes. Antes de que pasara mucho tiempo, eran tantas nuestros jinetes heridos o desmontados, que no sobrevivían más de cuatro escuadrones completos para resistir a cincuenta de los de ellos. Haber interrumpido el combate en ese momento, sin embargo, habría significado librar nuestra infantería a su suerte. Pon último, el ala derecha de los godos se armó de coraje y cargó.

Bessas, que estaba al mando de la caballería a nuestra izquierda, embistió a la infantería; la infantería no resistió, y toda la línea empezó a retinarse. Para nuestra caballería era bastante fácil luchar en la retaguardia, pero la infantería sufría muchas pérdidas a causa de su lentitud. En total, tuvimos mil bajas, un luto que no podíamos permitirnos, antes de que los proyectiles de las máquinas de las murallas frenaran el ímpetu del enemigo. Algunos soldados romanos cerraron la puerta Pincia ante los hombres que regresaban, pero mi ama y yo estábamos allí con varios lanceros de fiar. Resistimos, matando a varios, y abrimos la puerta.

Entretanto, en la Llanura de Nerón, los otros das ejércitos estaban enfrentados desde mucha antes: los reclutas de la ciudad, desplegados en una línea formidable de varias miles de hombres, con una barrera de jinetes moros al frente. Los godos habían adquinido un temor supersticioso a esos monos atezados; los monos lo sabían, y seguían hastigándolos con cargas repentinas, arrojándoles jabalinas y retirándose con risotadas.

A mediodía, los moros realizaron una imprevista carga en masa. Los godos, que los superaban en número pon treinta contra uno, se volvieron y huyeran a la colina Vaticana, dejando el campamento sin custodia. Valentino condujo a todo el ejército por la llanura, con el propósito

de capturar el campamento godo y dejarlo en manos de infantes romanos mientras él y los moros cabalgaban hacia el norte para destruir el puente Milvio. Si este plan hubiera resultado, Vitiges habría tenido que abandonar los campamentos del norte, pues todas las provisiones de alimentos les llegaban por la Vía Flaminia y pon ese puente. Pero cuando la chusma de la infantería romana se puso a saquean el campamento godo, los monos no quisieron perder su parte del botín y colaboraron en la festiva tarea. Entonces, unos exploradores enemigos se aventuraran a bajan de la colina Vaticana y observaran lo que estaba ocurriendo. Persuadieron a los demás de que hicieran un esfuerzo para reconquistan el campamento. Pronto los godas volvieran a la carga por millares, y Valentino no tuvo tiempo de restaurar el arden: lo echaron del campamento y lo obligaron a regresan a las murallas, con muchas bajas.

Ésta fue la última batalla campal que Belisario consintió durante la prolongada defensa de Roma.

Todavía no llegaban refuerzas de Constantinopla. Aunque en ese momento lo ignorábamos, era Juan de Capadocia quien impedía que los despacharan; al parecer, convencía a Justiniano de que no podía enviarse un salo hombre más. Mi ama quería escribirle a Teodora, pera a Belisario no le parecía apropiada que su esposa apelana a la Emperatriz en una cuestión militar que no incumbía directamente a ninguna de las dos. No obstante, ella le escribió a fines de noviembre, el día en que depusieron a Silverio, añadiendo el pedido cama posdata de un amena relata del juicio. Mi ama sabia que Teodora se alegraría al enterarse de la humillación de Silverio, pues recientemente el Papa la había irritada rechazándole una solicitud -no respaldada par la autoridad de Justiniano- de restituir a un Patriarca que, pese a su energía y dignidad, había sido despajada de la sede por sus inclinaciones monofisitas. «El nuevo Papa promete ser más complaciente», le escribió mi ama Antonina a Teodora.

Ahora era muy difícil para Belisario mantener el ánimo de la población civil, que estaba subsistiendo mediante una dieta casi enteramente consistente en hierbas. Se propagó una peste y murieron doce mil civiles; pera los soldadas aún tenían su nación diaria de cereal y su vino y un poco de carne salada, de modo que no murieran tantos.

Se efectuaran salidas cada dos a tres días cuando se descubrió que los gados no estaban tan ansiosos coma antes pon enfrentanse can nuestras arqueros a caballo. A nadie le gusta que le disparen sin poder responden; pero Vitiges no había pensada en forman un cuerpo propio de arqueros a caballo.

Podría escribir un sinfín de páginas sobre los incidentes menores del sitio. Hay unas cuantas historias relacionadas can heridas que no pueden dejan de nannanse. El día en que Teodosio entró en Roma con el convoy, Belisario había distraído la atención del enemigo con audaces escaramuzas frente a las otras puertas. El Regimienta Personal participó intensamente en ellas, y cuando regresó, esa noche, das jinetes ofrecieron un espectáculo extraordinario. Uno de ellos, Arzes, un persa que había pertenecido a «Los Inmortales», volvió cabalgando con una flecha hundida en la cara cenca de la nariz; y otra, un tracia llamado Cutilas, regresó can una jabalina clavada en la cabeza, agitándola cama un penacho. Ninguna de los dos había prestado la menor atención a esas heridas, y habían continuado luchando infatigablemente, para horrar y alarma de las godos, que gritaban: «Éstos no son hombres, sino demonios».

Más tarde, un cirujano extrajo la jabalina de la cabeza de Cutilas, peno la herida se inflamó y el tracio murió en das días. Anzes, sin embargo, fue examinada por el mismo cirujano, quien le presianó la nuca y preguntó:

-¿Duele aquí?

-Sí -respondió Anzes.

Entonces, el cirujano abrió la piel en la nuca de Arzes. Encontró la punta de la flecha, la apresó con fórceps y, habiendo cortado primero el asta cerca de la nariz, extrajo la flecha con la cabeza dentada y todo. Arzes desmayó de dolor, pero la sangre era sana: la herida cerró sin supurar. Acaudilió la siguiente incursión, y sobrevivió a la guerra.

En otra ocasión, Trajano, el comandante cuyas hazañas ya he mencionado, fue atravesado pon encima del ojo derecha y cenca de la nariz por la langa cabeza dentada de una flecha. El asta estaba mal sujeta, y se desprendió en el momento del impacto.

Trajano siguió peleando. Durante días y meses sus camaradas pensaron que caenía muerto en cualquier momento; pero sobrevivió sin sufrir ningún dolor ni molestia, aunque la cabeza dentada seguía incrustada en la carne. Cinco años después empezó a afloran lentamente. Doce años más, y pudo arrancársela como una espina.

Peno hay una historia no menas curiosa relacionada con la herida de Corsomantis, el escudero de Belisario. No era una herida muy profunda o notable, pero no era más que un raspón de lanza en el tobillo, pero lo retuvo en cama varios días, con la pierna cubierta por cataplasmas de hierbas curativas. En consecuencia, estuvo ausente de la batalla campal, en la cual se distinguieran varios de sus camaradas. Cuando se repuso, juró vengarse de los gados pon ese «insulto a su tobillo», como él lo llamaba. Como su yegua blanca había parido hacía poco, tenía de ella la leche necesaria para preparar kavasse; y preparó kavasse. Un día, después de almorzar, tras beber unos buenas sorbos de ese licor, Corsomantis se armó, montó en su yegua y cabalgó hacia la poterna Pincia. Dijo al centinela de guardia que el ilustre señor Belisario le había confiado una misión en el campamento enemigo. Como se sabia que Corsomantis gozaba de la confianza absoluta de Belisario, el centinela no puso en duda su palabra; le abrió la puerta.

El centinela observó que Corsomantis cabalgaba parsimoniosamente por la llanura hasta que una avanzada de los godos, una partida de veinte hombres, lo avistó. Tomándolo pon un desertor, se adelantaron a todo galope, cada cual ansioso pon apoderarse de la yegua. Corsomantis preparó el arco. ¡Tuang, tuang, tuang!, y cayeron tres godos, y las otros volvieron grupas bruscamente. Dernibó a tres de los fugitivos, y luego regresó hasta la ciudad al paso, sofrenando a la fogosa yegua. Entonces, una partida de seis godos se lanzó sobre él, pero él se volvió y galopó alrededor de los godos en semicírculo.Mató a das hombres más, hirió a das, y completó el círculo despachando a otros cuatro. Yo estaba observando desde la muralla, y eché a corren para llamar a mi ama, quien estaba conferenciando con los oficiales de un puesto cercana, suplicándole que no se pendiera ese espectáculo extraordinario.

-He aquí un hombre fuera de sus cabales -exclamé.

Ella reconoció a la yegua.

-No, mi buen Eugenio, de ningún modo. Es sólo nuestro Corsomantis vengando el insulto a su tobillo.

Entonces, Corsomantis quedó atrapado entre das grupos enemigos; pero atravesó limpiamente el más cercana, blandiendo ahora la espada y la lanza. Soltamos un hurra, pues vimos que al fin estaba a salvo, si lo deseaba. Mi ama ordenó que le cubriéramos el regreso con disparos de catapulta, pero nuestros humas lo decidieron a seguir peleando. Volvió grupas nuevamente y se perdió de vista, quedando de frente a algunos enemigos, pero perta~guido por otros. Olmos gritos y clamores distantes por un bu~ nato mientras el combate se desplazaba hacia el campamento.

Por tlkimo, los vfÉores de los godos desde cenca de la empalizada nos infornu,u que Corsomantis habla caldo. Mientras muchos cristianos se persignaban ofreciende una plegaria~ por su alma, mi ama exclamó, soltando un juramento pagano:

-¡ Por el cuerpo de Baco y la maza de Hércules, el hombre estaba verdaderamente enojada!

RETIRADA DE LOS GODOS

Las nuevas que llegaron de Áfnica la primavera de ese año fueron francamente desalentadoras. Paco antes, Salomón había despachado una columna de tropas imperiales contra Stotzas desde Numidia, pero Stotzas las había persuadido de unirse al motín, pese a haber perdida prestigio a causa de su derrota a manas de Belisario. Con excepción de las localidades de Cartago, Hippo

Regius y Hadrumeto, Justiniano volvió a perder toda la diócesis. Sin embargo, una cosa era acaudillan con éxito un motín y muy otra gobernar una diócesis: Stotzas descubrió que tenía poca autoridad sobre sus hombres, quienes se quejaban porque no les suministraba raciones regulares, ni les pagaba, ni velaba pon sus comodidades, y porque ahora no estaban mucho mejor que antes. Supimos, más entrado el año, que Justiniano había enviado a su sobrina Germán para que en su nombre decretara una amnistía para todas los desertares; y que los amotinados juzgaban la oferta más que conveniente, pues incluía el pago retroactivo de todos los meses de amotinamiento. Las fuerzas de Stotzas iban mermando poco a poco.

Par último, nos enteramos de que Germán había derrotado a Stotzas y a sus aliados monos en batalla, y que Stotzas había huido a Marruecos en compañía de unos cuantos vándalos; y que nuevamente reinaba la tranquilidad, aunque toda la diócesis estaba muy empobrecida. Belisario le escribió a Germán, sugiriéndole que le enviara como refuerzos los hérulos y los godos tracios que habían estado entre los rebeldes; en Italia no había leyes que prohibieran los sacramentos a los arrianos, y aquellas hombres valerosas podían serle muy útiles.

En Roma, el hambre era acuciante. Los consternados ciudadanos se presentaran de nueva a Belisario para rogarle que librara otra batalla campal, y así pusieran fin al sitio de un salo golpe, para bien o para mal. Incluso le dijeran:

-Nuestra zozobra ha llegado a ser tan profunda que en verdad nos ha inspirado una especie de coraje, y estamos dispuestos, si tú insistes, a tomar las armas y manchan contigo contra los godos. Es preferible morir de una piadosa estocada o un lanzazo que entre las punzadas lentas y desgarradoras del hambre.

Belisario se avergonzó de oír una confesión tan degradante de labios de hombres que aún llevaban el glorioso nombre de romanos. Los despidió, diciéndoles que si se hubieran ofrecido doce meses antes para aprender el oficio de guerreros, quizás ahora pudieran serle útiles; en esas condiciones, no le servían de nada. Belisario sabia que los godos también estaban en aprietos: la peste se había propagado a sus campamentos, que eran insalubres, exterminando a muchos miles. También se les había interrumpido el abastecimiento de alimentos desde el norte, a causa de las inundaciones y la mala administración. Pera su propia posición era peor; y, si los refuerzos que, según se rumoneaba, estaban en camino, no llegaban pronto, estaba perdido.

Entonces tomó la asada decisión de enviar secretamente dos columnas, con quinientos soldados veteranos y mil reclutas romanos cada una, para sorprenden y ocupar las ciudades fortificadas de Tivoli y Tenracina. Si ambas acciones daban resultado, no sólo habría reducido el consumo de raciones sino que pasaría de sitiado a sitiador:

Tivoli y Tenracina dominaban las carreteras por las cuales llegaban los convoyes de alimentos de los godos. Urgió a mi ama Antonina a marchanse de Roma con las tropas que atacarían Tenracina, y a continuar desde allí el camino a Nápoles, para apremiar a los refuerzas en cuanto llegaran. En vendad, temía por la salud de ella, porque los grandes esfuerzos y la mala alimentación la habían debilitado enormemente; y sufría desmayos con frecuencia. Además, sen la única mujer en una ciudad sitiada no es un destino privilegiado. Tras algunos titubeos, ella accedió a inse, resuelta a reabastecen a la ciudad por cualquier medio antes de que hubiera transcurrido un mes.

La última noche de noviembre nos escabullimos de la ciudad, mil quinientas personas, por la puerta Apia. Yo, por lo pronto, me alegraba tanto de marcharme que me puse a cantan una canción en el Hipódromo, «Los carros vuelan», olvidando la arden de silencio; un oficial me asestó un brutal golpe en el hombro con la hoja de la espada, y yo interrumpí la canción en medio de un verso. Pasamos sin dificultades frente a la fortaleza del acueducto, pues los godos la habían abandonada a causa de la peste; y pocos días más tarde ocupamos Tenracina sin esfuerzo, pues la pequeña guarnición goda huyó al ver nuestro pabellón. En ese lugar nos llenamos el vientre, comiendo queso, manteca y pescado fresca por primera vez en muchos meses.

Mi ama, yo y Procopio, el secretario, quien nos acompañaba, partimos rumbo a Terracina con una escolta de veinte soldados; pero llegamos a Nápoles con más de quinientos. En nuestro camino habíamos pasado por el campamento de los jinetes que mucho antes habían desertado en el puente Milvio. Desde entonces, otros desertores se habían reunido allí con ellos. Cuando mi ama les ofreció a todos el indulto, decidieron seguirla. Y en Bayas encontramos varios heridos nuestros que habían sido enviados allí para bañanse en las aguas termales, y ahora estaban lo bastante repuestos como para volver a la lucha. Peno Nápoles -donde el volcán Vesubio tronaba ominosamente, esparciendo esas cenizas que vuelven tan fértiles los viñedos donde caen- nos reservaba buenas noticas. Acababa de llegan de Oriente una flota con tres mil infantes isaunianos, y estaba anclada en la bahía; y además, das mil jinetes al manda de Juan el Sanguinario habían desembarcado en Otranto y avanzaban hacia nosotros sin pérdida de tiempo.

Nuestro ejército de cinco mii quinientos hombres no tardó en estar preparado para partir en auxilio de Rama. Habíamos reunido grandes cantidades de grano, aceite, salchichas y vino para llevar con nostras. Juan el Sanguinario había traído una serie de carretas, requisadas en granjas a su paso pon Calabnia; cangamos el grano en ellas.

Juan escoltaría el convoy hasta Roma por la Vía Apia: si los godas atacaban, las carretas le ofrecerían una eficaz barricada al estilo bárbaro. Mi ama tomó el mando de la flota isauniana, almacenando allí todas las provisiones. Como el tiempo era propiciO, zarpamos inmediatamente hacia Ostia, conviniendo en encontrarnos allí can Juan cuatro días antes de Navidad.

En la desembocadura del ría Tíber hay una isla de dos millas de largo y das millas de ancho. En el lado norte está el sólidamente fortificado puerta de Roma, que se comunica con la ciudad mediante una buena carretera a lo largo de la cual, en tiempos de paz, yuntas de bueyes arrastran barcazas corriente arriba. En el lado sur está Ostia, que en un tiempo tuvo mayor importancia que el puerto de Roma, pero hace tiempo ha perdido vitalidad y se ha reducida a una mera aldea abierta. Ello se debe a que la carretera que lleva a Rama es inadecuada para ese sistema: se descubrió que era más barato arrastrar las mercancías río arriba en barcazas que cargarlas pon la carretera en carretones. Además, la bahía de Ostia se ha vuelto muy poco profunda para que su uso sea cómodo, pues una gran cantidad de sedimentas ha bajado del río y ha sido retenida par la isla artificial construida en la entrada de la bahía. Sin embargo, los godas tenían ahora el puerto de Roma, y Ostia era el único otro puerto en las inmediaciones; de modo que navegamos rumbo a Ostia, y lo encontramos indefenso.

Mientras tanta, Belisario, informado de la cercanía del convoy, decidió infligir un dura golpe a los godas en el norte, con el propósito de distraerlos de lo que estaba ocurriendo en el río. Una mañana temprano, pues, ordenó que mil jinetes de caballería ligera al manda de Trajano salieran por la puerta Pincia para atacar el campamento godo más próxima y lanzar flechas por encima de la empalizada, incitándolos a una escaramuza. Pronto llegó la caballería goda de los otros campamentos. Trajano, obedeciendo órdenes, se retinó apenas cargaron contra él, y fue perseguido hasta las murallas de la ciudad. Este era apenas el comienza de la batalla. Los godos no sabían que nuestras hombres habían estado trabajando por la noche para desmantelar la muralla apuntalada que desde hacia tiempo bloqueaba por dentro la puerta Flaminia. Desde ese ángulo imprevisto salió el mismo Belisario a la cabeza de su Regimiento Personal y, abriéndose pasa pon un punta intermedio, cargó contra la desconcertada columna del flanco. Entonces, los hombres de Trajano se volvieron y los godos quedaron atrapados entre ambas fuerzas. Muy pocos escaparon.

Esta batalla y los mensajes que ahora le traían sus espias de la ciudad, descorazonaron enormemente al rey Vitiges. Pues mi ama había sorprendido a varios de ellos antes de partir, y Teodosio, quien se hizo cango de sus funciones durante su ausencia, los obligó mediante amenaza de tortura a despachar cartas con noticias engañosas. De acuerdo con esas cartas, la vanguardia de un ejército enorme -por lo menos sesenta mil hombres- avanzaba desde Nápoles. La enfermedad y la batalla habían reducido las fuerzas de Vitiges a cincuenta mil hombres; das

grandes convoyes de grano que necesitaba con urgencia habían sido capturados por la guarnición de Tivoli, las deserciones se hicieron frecuentes. Decidió negociar la paz.

Por lo tanta, envió tres embajadores a Roma. Belisario las recibió como antes, haciéndoles vendar los ojos, y les hizo transmitir sus mensajes en la Cámara del Senado y en su presencia. El portavoz, un romana amigo de los godos, expresó la posición del rey Vitiges hábilmente y con cierto detalle. El meollo del asunto, dijo, era si las godos tenían o no algún derecho a Italia. Si lo tenían, como él podía demostrarlo, Justiniano actuaba injustamente al enviar un ejército contra ellos, pues ellas no le habían causado ningún perjuicio. Los hechos eran los siguientes: Teodorico, uno de sus reyes, que tenía rango de patricio en Constantinopla, había recibido del entonces Emperador de Oriente la misión de invadir Italia y arrebatar el gobierno a ciertos generales bárbaros que habían depuesto a su colega el Emperador de Occidente. Teodorico había llevado a cabo dicha misión; y en todos los largos años de su reinado había preservado la constitución italiana en su totalidad. No había dictado nuevas leyes ni había anulado las viejas, dejando el gobierno civil en manos de los italianos, y actuando meramente como comandante en jefe de las fuerzas que protegían el país contra francos, gépidos, burgundios, y otros bárbaros similares. Más aún: aunque arrianos, Teodorico y sus sucesores habían observado una noble tolerancia hacia los cristianas ortodoxos y demostrado veneración por sus altares; y, por lo tanto, seria ridículo pretender que la presente invasión, inexcusable, era una guerra de liberación religiosa.

-Sin duda, Teodorico fue enviado a Italia a recuperar el país para el Emperador de Oriente, no a tomarla para sí -repuso Belisario-. Para el Emperador de entonces no habría sido ninguna ventaja que Italia fuera gobernada por un bárbaro usurpador en lugar de otro.

-Dejemos esta de lado -dijo el embajador-. Los hombres sensatas no discuten por vagos incidentes históricos. Peno he venido a deciros esto: si accedéis a retirar vuestro ejército de Italia, mi real señor cederá incondicionalmente a vuestro Emperador toda la fecunda isla triangular de Sicilia.

Belisario rió y respondió desdeñosamente:

-Lo justa es justo. Y nosotros os cederemos incondicionalmente toda la fecunda isla triangular de Bnitania, mucho más grande que Sicilia y fuente de enormes riquezas para nosotros... antes de que la pendiéramos.

-Supongamos que mi señor os permite conservar Nápoles y toda la Campania.

-Tengo órdenes de reconquistar Italia para su dueño legitimo, y me propongo cumplirlas. No tengo dificultades para llegan a ningún acuerda que pueda afectar los derechos del Emperador sobre toda la península y sus dependencias.

-¿Aceptarías un armisticio de tres meses mientras el rey Vitiges envía propuestas de paz a Constantinopla?

-Nunca me interpondré en el camina de un enemigo que desea sinceramente pactar la paz con su Serena Majestad el Emperador.

Pon lo tanto, se acordó un armisticio y un intercambio de rehenes. Peno antes de que se ratificana, Belisario se entenó de nuestra arribo a Ostia por man y por tierra.

No pudo contenerse, y un atardecen salió con cien hombres para dar la bienvenida a su Antonina. Atravesó sin tropiezos las lineas godas y esa noche cenó con nosotros en nuestro campamento con trincheras y barricadas. Prometió acudir en nuestro auxilio al día siguiente, cuando avanzáramos pon la carretera can nuestros carromatos, en caso de que fuera necesario. A medianoche partió nuevamente, eludiendo los puestos enemigos como antes.

En nuestro regocijo por verlo y oir su relato del combate frente a la puerta Fiaminia, habíamos omitido referirle nuestras dificultades de transporte. Ya estuve presente con mi ama en un consejo de guerra a la mañana siguiente, cuando se discutieran estas dificultades. La carretera

de Ostia era un camino descuidado y fangoso, y los bueyes estaban extenuados por la prolongada y forzada marcha desde Calabnia, que todavía yacían medio muertas donde se habían detenido la noche anterior, sin energía siquiera para comen la hierba cortada que los conductores les habían puesto delante. Ni el látigo ni la aguijada los persuadirían de arrastrar carretas ese día.

Fue mi ama Antonina quien sugirió que cargáramos el grano en nuestras galeras de remo más pequeñas, a las cuales protegeríamos de flechas y jabalinas enemigas y equiparíamos con velas muy anchas. Soplaba un viento constante del oeste y, valiéndonas de los remos en los recodas del río, no sería imposible bogar contra la corriente hasta llegar a la ciudad. La caballería nos acompañaría a lo langa de la costa y nos ayudaría con cuerdas cuando velas y remos no bastaran para impulsar una embarcación corriente arriba.

El plan dio resultada: después de un viaje de un día entero, las galeras llegaron sanas y salvas a Roma al caen la tarde. Los godos no habían puesto ningún obstáculo, pues no deseaban entorpecer la firma del armisticio. El viento siguió soplando y las naves regresaron a Ostia el día siguiente para traer un nuevo cargamento. En pacos días, todas las provisiones habían llegado a Roma, el hambre había terminado, la flota había regresado para pasan el invierno en Nápoles, y el armisticio, que comprometía a ambas partes a abstenerse del «toda acto o amenaza de fuerza», estaba firmado y sellado. Los embajadores de Vitiges zarparon luego para Constantinopla; pero Belisario envió a Justiniano una carta urgiéndolo a no escuchar ninguna propuesta a menos que implicara una capitulación.

Hildigero, el yerno de mi ama, llegó de Cartago el día de Año Nuevo con lo que había quedado de los hérulas y los gados tracios, seiscientos hombres vigorosos y avergonzados. Belisario les dio la bienvenida sin ninguna alusión capciosa a su participación en el motín. El mismo día, la guarnición goda abandonó el puerto de Roma, pues Vitiges no podía mantener aprovisionado ese lugar; la fuerza isauniana que habíamos apostado en Ostia lo ocupó. La ciudad toscana de Civitavecchia fue desguarnecida por la misma razón, y también ocupada por nosotros. Vitiges alegó que ésa era una violación del armisticio, pero Belisario ignoró la protesta; pues no había utilizado armas ni amenazas. Luego envió una numerosa columna de caballería al mando de Juan el Sanguinario para que instalana sus cuarteles de invierno cerca del lago Fucine, a unas setenta millas al este de Roma; Juan debía permanecer allí apaciblemente hasta recibir nuevas órdenes, ejercitando a las trapas en arquería y maniobras rápidas. Si los gados~ rompían el armisticio, estaría en buena posición para causarles bastante daño.

Vitiges, cuyo ejército continuaba ocupando sus campamentos originales, hizo tres traicioneros intentos de capturan la ciudad por sorpresa. El primer intento se hizo según el sistema que había usada Belisario para capturar Nápoles: el ingreso por un acueducto. Una partida de godos avanzó pon el conducto seco del Agua Virgen hasta llegar al bloque de mampostería situado dentro de la ciudad, cenca de los baños de Agnipa, y empezó a desmenuzarlo. Peno este acueducto pasa a ras del suelo sobre la colina Pincia, y un centinela de guardia en el palacio alcanzó a ven la luz de las antorchas brillando a través de das orificios entre los ladrillos. Trajana, en su recorrida pon los puestos de vigilancia, le preguntó:

-¿Has vista algo fuera de lo normal?

-Sí, señor -repuso el centinela-, vi rojas ajos de lobo relampagueando allá e la oscuridad.

Trajano no comprendía cómo podía un lobo haber entrado en Rama con tanta vigilancia en las puertas. Se le ocurrió, además, que los rojas ajas de un lobo sólo refulgen en la oscuridad cuando reciben la luz, y que el centinela estaba apostada en un sitio especialmente oscuro. Pera el hombre estaba segura de haber visto algo que relampa.

gueaba junto al acueducto, ¿y qué podía ser sino los ojos de un loba? Trajano aíin6 a mencionar este incidente trivial cuando desayunó can nosotros en el cuartel general, en la mañana siguiente. Mi ama Antonina, que estaba presente, le dijo a Belisario:

-Si hubiera sido un lobo, los sabuesas habrían aullado en las perneras. Los huelen a una milia de distancia. ¡Trajano, encárgate de que se desvele ese misterio!

Trajano dijo al centinela que señalara exactamente dónde había vista al lobo. Allí descubrió los das orificios, donde en un tiempo había habido una gran argolla incrustada a martillazos en la pared. De inmediato se abrió un boquete en el acueducto y se descubrieron goterones caídas de las antorchas godas, con indicios de trabaja de demolición en el bloque de mampostería. Cerraron nuevamente el boquete, pera cuando los godos regresaron a la noche siguiente para reanudar el trabaja se encontraron con un cartel que decía: «Camino cernada. Por anden de Belisario». Se apresuraran a huir, temiendo una emboscada.

El siguiente intento de Vitiges fue una carga de caballería pon sorpresa contra la puerta Pincia, un día a mediodía. Sus hombres traían escaleras, y también muchos recipientes con una mezcla combustible para usan contra la puerta, que era de madera.

Sin embargo, nuestro vigía de la torne nos hizo señas de que había una actividad inusitada en el campamento enemiga. Hildígero, que se dirigía al palacio para almorzar con nosotras, atinó a ver la señal. Inmediatamente dio la alarma a un escuadrón de coraceros, atacó a los godos, y desbarató el ataque antes que se hubiera lanzado.

El tercer y última intento de Vitiges fue también contra el sector de las murallas que está junta al Tíber y no tiene torres de protección, el mismo lugar en que Constantino había repelido un ataque durante el combate en un mausoleo. Sería un ataque nocturno y fulminante. Vitiges había sobornado a das sacristanes romanas de la catedral de San Pedro para que le prepararan el camino. Debían cultivar la amistad de los guardias de ese solitario trecho de muralla; luego, la noche acordada, las visitarían can un odre de vino, los embriagarían, y les echarían en las capas un somnífero que les habían dado Vitiges. Cuando los sacristanes indicaron con una antorcha que la casta estaba despejada, los gados cruzarían el río en esquifes, hincarían las escaleras en el fangal y tomarían la ciudad. El plan pudo haber tenida éxito si uno de los sacristanes no hubiera traicionada al otro, pero confesó en cuanto la redoma con el somnífero fue descubierta en su casa. Belisario castigó al traidor del modo tradicional, cortándole la nariz y las orejas y montándola de espaldas en un burro. Pero en vez de exponerlo a los insultos de la multitud en las calles -la secuela tradicional- lo envió carretera arriba hacia el campamento de Vitiges.

Después de cometidas estas flagrantes infracciones al armisticio, Belisario le escribió a Juan el Sanguinaria: «Devasta las tierras godas de Piceno; apodérate de todos los bienes que encuentres; captura a las mujeres y a los niños, pera no los sometas a ninguna violencia. Este botín será repartido entre toda el ejército; manténlo intacta.

ftr ninguna razón abuses de la buena voluntad de los italianos nativos. Captura todas jas fortalezas que puedas, y guarnécelas o desmantela sus fortificaciones, pero no dejes ninguna en manos del enemigo a tus espaldas mientras avanzas».

La tarea resultó fácil de cumplir para Juan el Sanguinaria, pues casi todas los gados capaces de portar armas estaban en el sitio de Roma, y sólo quedaban guarniciones pequeñas en las ciudades fortificadas. El botín fue enorme. No contenta con saquear Piceno, siguió doscientas millas a lo largo de la casta oriental. Así desobedeció las órdenes de Belisario; pues dejó a su retaguardia las ciudades fortificadas de Urbina y Osimo. Pero un subalterno tiene derecha a no acatar órdenes si las comprende cabalmente y entiende qué circunstancias íes quitan validez; y aquí se daba el caso. Pues cuando la guarnición goda de Rimini oyó que Juan se acercaba huyó a Rávena, que está a sólo un día de marcha, y los padres de la ciudad de Rimini habían invitado a Juan a entrar. Juan el Sanguinaria calculaba que apenas Vitiges se enterana de que los romanos habían tomado Rímini levantaría el sitio de Roma y emprendería el regreso, pon temor a perder Rávena también; y la predicción era correcta. Además, Matasunta, la esposa de Vitiges, quien estaba en Rávena y nunca se había resignado al matrimonio al cual la habían forzado, había entablado una correspondencia secreta con Juan el Sanguinario, ofreciéndole toda su ayuda para contribuir a la dernota y muerte del esposo. De modo que hizo bien en extender su

campaña hasta Rímini. Una vez que Vitiges admitiera su fracaso, retirándose de Roma, el fin de su reinado estaría próximo.

Ahora bien: Constantino estaba furioso porque habían elegido a Juan el Sanguinario y no a él para mandar esa expedición de saqueo. Constantino había peleado valerosa y enérgicamente durante el sitio, pero incubaba una creciente envidia por Belisario, cuyas victorias él adjudicaba enteramente a la suerte. Tres años antes, como se recordará, había sido una de los firmantes de la carta secreta en que Belisario era absurdamente acusado ante Justiniano de ambicionar el trono de Áfnica del Norte. Belisario nunca había dicho a Constantino que la carta había sido interceptada, pero mi ama Antonina había insinuado recientemente que ella sabia que una copia había llegado al Emperador. Constantino estaba convencido de que Belisario, en venganza por la canta, le había encomendado, desde el escándalo de Sicilia, las tareas más arduas, indignas e infructuosas. Por lo tanto, le escribió nuevamente a Justiniano, acusando a Belisario de haber falsificado las pruebas que se habían presentado contra el Papa para destituirlo, y -aún más absurdo- de haber aceptado sobornos del rey Vitiges-para firmar un armisticio en términos más favorables de los que los godos tenían derecho a esperar.

Solicitó permiso para ir de cacería cerca del puerto de Rama y no regresan a su puesto de la puerta Elia hasta la mañana siguiente. En el puerto de Roma entregó la canta al capitán de un carguero que zarpaba ese día hacia Constantinopla, diciéndole que era una canta privada de Belisario para el Emperador. Pero al día siguiente, en cuanto regresó, le entregaron una citación para que compareciera en la corte militar de Belisario en el palacio Pincio. Constantino, naturalmente, llegó a la conclusión de que algún espía lo había seguida y la carta estaba ahora en manos de Belisario; pero se dinigó con actitud desafiante al palacio, dispuesto ajustifican su acción si era necesario. Pues tenía una arden secreta, firmada por el mismo Justiniano, instándolo a comunican inmediatamente cualquier acta de Belisario que revelara el menor indicio de deslealtad. Este documento lo había recibido en Cartago hacía das años. Aún tenía validez Sin embargo, el motiva de la convocatoria se relacionaba meramente con das dagas con empuñaduras incrustadas de amatistas y vaina dorada doble que pertenecían a un residente italiano de Rávena llamada Presidio. Presidio, que había huido a Roma a.l iniciarse las hostilidades, valoraba esas dagas como bienes familiares, pera uno de los asistentes personales de Constantinopla se las había arrebatada; Constantino en perso.~ na las usaba ahora abiertamente. Durante el sitio, Presidio había presentado varias apelaciones para que se las devolvieran, peno en respuesta sólo recibió insultos. No habla iniciada un pleito civil contra Constantino porque no tenía esperanzas de que en tiempos tan apremiantes un meno refugiada civil recibiera alguna satisfacción a casta de un distinguida comandante de caballería. Pero cuando se firmó el armisticio, Presidio presentó al fin una solicitud en palacio, pidiendo permiso para denuncian a Constantino por nabo. Teodosio, que como asesan legal de Belisario tenía la misión de solucionar todos los casos posibles fuera de las tribunales, lo disuadió de continuar con el procedimiento. No obstante, Constantino recibió una nota de Teodosio en nombre de Belisario, en el cual se le pedía la devolución de las dagas, siempre y cuando fueran en vendad propiedad robada. Constantino quitó importancia a la nota, confiando en que allí quedaría el asunto. En respuesta a una segunda nota, firmada por mi ama y redactada en un estilo más perentorio, escribió llanamente que no sabía nada al respecto. Presidio montó en cólera cuando Teodosio le mostró esta canta. Era el día de San Antonio (el mismo día en que Constantino se fue de cacería al puerto de Roma) y esperó en la plaza del mercado hasta que Belisario pasó por allí camino a la iglesia de San Antonio, para asistir a misa. Entonces, saliendo de entre la multidud, Presidio se cogió de las bridas de Balan y clamó en voz alta:

-¿Las leyes de Su Sagrada Majestad Justiniano consienten que un refugiada italiano sea despojada de sus bienes familiares por soldados griegos?

Las asistentes de Belisario amenazaron a Presidio y le dijeron que se largana; pero él gritaba y chillaba, y no quiso soltar las bridas hasta que Belisario se comprometió a investigan personalmente el asunto al día siguiente. Constantino, sin saben nada de todo esto, llegó al

palacio luciendo en el cinturón las mismas dagas que estaban en litigia y sobre las cuales él había alegado no saber nada.

Se leyó la acusación. Belisario examinó primero los documentos pertinentes, incluida la canta de negativa de Constantino. Luego oyó el testimonio de Presidio, y luego los testimonios de sus amigas. Majenciolo, criado de Constantino, había arrebatado las dagas por la fuerza a Presidio, y luego Constantino las había usado, negándose una y otra vez a devolverlas, aduciendo que las había comprado a Majenciolo, quien se las había quitada al cadáver de un godo.

-¿Es vendad que hiciste esa declaración, noble Constantino?

-Si, mi señor Belisario, y me atenga a ella. Este impúdico Presidio se equivaca al considerarlas de su propiedad.

-Presidio, ¿ves en este tribunal a alguien que use tus dagas?

-Son ésas, ilustre Belisario, las que el general lleva como de costumbre -replicó Presidio.

-¿Puedes probar que son tuyas?

-En efecto. El nombre de mi padre, Marca Presidio, está damasquinado en oro en la hoja de cada una.

-Noble Constantino, ¿figuran dichos nombres en las dagas que estás usando?

~preguntó Belisario.

Constantino se enfureció.

-¿Y en tal caso qué? Las dagas son mías porque las compré. Preferiría arrojarlas al Tíber antes que dárselas a un hombre que me ha tildado públicamente de ladrón.

-Deseo que me entregues las dagas para examinarlas, mi señor.

-Me niego.

Belisario batió palmas. Entraran diez integrantes del cuerpo de guardia, alineándose junto a la puerta. Pon respeto al rango de Constantino, nadie había sido admitida en la sala (al margen de dos testigos), excepto Hildigero, Bessas, y otros tres generales de la misma jerarquía que él.

-¿Te propones asesinarme, verdad? -exclamó Constantino. Tenía la conciencia intranquila a causa de la carta a Justiniano.

-De ninguna manera. Pena me propongo ven de que tu criada Majenciala devuelva este caballero italiana las dagas que le ..... si son ésas.

Constantino cogió una de las dagas y, con un feroz rugido, se lanzó sobre Belisario, quien no vestía armadura. Le habría abierto el vientre, peno Belisario lo esquivó como un púgil y se ocultó detrás de Bessas. quien vestía cota de malla. Constantino empujó furiosamente a Bessas a un costado y se precipitó nuevamente sobre Belisario. Entonces, Hildígeno y Valeriano, otro general, tomaran a Constantino por detrás y lo desarmaron. Lo condujeron a prisión.

Más tarde, el mismo Majenciolo, interrogado pon mi ama Antanina, declaró que el día anterior había visto a Constantino entregando una carta al capitán del carguera, y le había oído decir que la enviaba Belisario. Cama el tiempo no era propicio para la navegación, el carguero aún no había saltado amarras; y la carta pronta estuvo en manos de mi ama. La leyó, y decidió que Constantino era un enemigo demasiado peligroso para seguir con vida. Sin decir una palabra, ordenó a uno de sus criadas que matana a Constantino en su celda, de la cual tenía la llave. Se proponía decir que había sido suicidio; pera Belisario, que estaba tan turbado como aliviado par la muerte de Constantino, no aceptaba mentiras de esa índole. Prefirió asumir toda la responsabilidad par la ejecución de Constantino y justificarla, en su informe a Justiniano, coma necesidad militar. Bessas, Hildígero y Valeriana corroboraron el informe, atestiguando las palabras revoltosas y el ataque homicida de Constantina. Luego, Hildígeno, a sugerencia de mi ama, añadió (y no sin razón) que últimamente Constantino había estado manifestando opiniones

sobre la naturaleza del Hija que no sólo eran decididamente heréticas, sino que no respondían a las enseñanzas de ninguna secta afamada, opinioiies en verdad demasiado ilógicas para ser más que el producto de su propia imaginación demencial, notoriamente desbocada desde su insolación en Áfnica. De modo que Justiniano aprobó la sentencia. Pera a Belisario le avergonzó entenarse, mediante la autorización secreta que halló en el cadáver de Constantino, de que Justiniano dudaba de su buena fe y empleaba agentes para espiarlo. Convino coñ Antanina en que la muer@@@@@@@@ te de Constantino, aunque había sido un valeroso combatiente, era para beneficio pública.

El veintiuno de marzo terminó el armisticio. Al alba del misma día, el rey Vitiges -habiendo recibido como respuesta de Justiniano no más que un lacónico: «Me ha llegado tu canta y estay considerando la acción a adaptar»- levantó el sitio y se marchó panel puente Milvio con los restas de su ejército. Había advertido a Belisario sus intenciones prendiendo fuego a todas las cabañas, máquinas, empalizadas y demás estructuras de madera de sus campamentos. El principio de Belisario era no presionar más de la cuenta a un enemigo en retirada, peno estas hogueras eran un desafío, y las divisiones godas aún conservaban una buena disciplina militar. No seria correcta dejarlas escapar sin un último golpe. Pero últimamente Belisario había reducido tanto sus tropas a fuerza de destacar guarniciones y enviar expediciones a varias partes de Italia, que no osaba anriesgarse a una batalla en igualdad de condiciones. Lo que hizo fue llaman a las mejores tropas que le quedaban y mantenerlas preparadas en la puerta Pincia hasta que los vigias de las murallas informaron que casi la mitad del ejército godo acababa de cruzar el puente. Luego, los condujo rápidamente y atacó enérgicamente a los godos desplegados cerca del puente, que esperaban la arden de cruzan.

Muchas hombres cayeron en ambos bandos, pues era un combate cuerpo a cuerpo, hasta que una carga del Regimiento Personal rompió la línea goda. Ante esto, toda la masa amedrentada corrió en tropel hacia el puente; ningún hombre pensaba en nada que no fuese cruzarlo de alguna manera. La confusión y la carnicería entre sus filas no es fácil de describir, tan espantosa fue. La caballería aplastó a la infantería, y el hombre que resbalaba y caía corría peligro de manir pisoteado. Para colmo, los disparos de nuestros arqueros se concentraban ahora en el puente, que pronta estuvo colmado de cadáveres, y numerosos hombres can armadura cayeron o fueran empujados de las arcadas al agua, donde se ahogaron por el peso del metal. Diez mil godos murieron ese mañana en el puente Milvio.

Así terminó la defensa de Roma, que Belisario había iniciado, contra todos los consejas, en diciembre del año anterior al anterior. No creo que la Historia pueda brindar otro ejemplo de una ciudad tan vasta defendida durante tanto tiempo con semejante inferioridad numérica en la guarnición.

El rey Vitiges se retinó abatido hacia Rávena, destacando a su paso guarniciones numerosas para la defensa de Osimo, Urbina y otras fortalezas más pequeñas. Belisario necesitaba a Juan el Sanguinario y a sus das mil jinetes, de modo que pidió a Hildigeno que se apresurara a llegan a Rímini por otra ruta, para ordenarle que se netinana. Era más conveniente que Rímini quedara en manos de un destacamento de infantería que acababa de llegar de Dalmacia y había desembarcado en Ancona, un puerta situada a poca distancia (Dalmacia era nuestra nuevamente, pues Vitiges había llamado a Italia las fuerzas que sitiaban Spalato; y por lo tanto se podía disponer de tropas.) Peno Juan el Sanguinario se negó a retinarse.

Esta vez, la desobediencia no tenía justificación. Lo cierto es que había acumulado en la ciudad gran cantidad de tesoros godos que deseaba conservan para si en vez de repartirlos con el resto del ejército. Por lo tanto, Hildigero dejó en Rimini la infantería que había traído de Ancona; peno persuadió a los ochocientos hombres del Regimiento Personal, que Belisario había prestado a Juan el Sanguinario, de que lo acompañaran.

El rey Vitiges, resuelto a obtener aquí el triunfo que no había logrado en Rama, puso sitio a la ciudad; y pronto Juan el Sanguinario empezó a anrepentinse de haber desobedecido las órdenes, pues en Rimini había gran escasez de provisiones y Vitiges atacaba con gran resolución.

Ahora bien: no es mi intención escribir una historia de la guerra, sino contar la historia de Belisario. Por lo tanto, me abstendré de narrar detalladamente este sitio, aunque diré que Vitiges atacó con torres de sitio impulsadas manualmente desde dentro, no tinadas por bueyes; que Juan el Sanguinario les impidió avanzar, cavando trincheras apresuradamente; y que entonces Vitiges decidió vencerla por hambre.

La situación en Rimini fue pronto más desesperada de lo que Belisario creía. Y él tampoco estaba en condiciones de marchar al rescate de su desobediente general, pues había despachado una parte considerable de sus fuerzas al norte de Italia, con la flota, para capturar Pavía y Milán; además, las ciudades fortificadas de Tadi y Chiusi, que se interponían entre él y Rimini, tenían que caer primero. No obstante, la noticia de que Vitiges estaba sitiando Rímini le causó tanta ansiedad que, dejando sólo a los reclutas romanos como guarnición de la ciudad, marchó al norte para liberarla; y Todi y Chiusi se rindieron enseguida aterradas por su fama. Despachó la guarnición goda a Nápoles y Sicilia bajo escalta y reanudó la mancha. Pero el total de nuestras fuerzas no llegaba a los tres mil hombres, mientras el rey Vitiges disponía de cien mil can las fuerzas llegadas de Dalmacia.

Por suerte la carta enviada por mi ama a Teodora al fin había surtido efecto. Tuvimas la grata noticia de que siete mil saldadas de refuerzo más habían desembarcada en Fermo de Picena, en la costa oriental. ¡Y quien mandaba este ejército era nada menos que el chambelán Narses, el eunuco!

-Ah -le dijo mi ama Antanina a Belisario, riendo-, me alegra haber alentado sus ambiciones militares cuando viajamos juntos a Daras. Y crea que será un oficial capaz, pese a su edad, si pueda aprender un poco de humildad. Peno en la cante se ha acostumbrado a recibir órdenes sólo del Emperador y la Emperatriz; tú y yo tendremos que manejarlo con tacto.

Hildigero se reunió con nosotras en Chiusi, y cruzamos Italia hasta llegar al Adriática. En Fenmo (que está a un día de marcha de Osimo), nuestras fuerzas se reunieran can las de Narses, a quien Belisario y mi ama saludaron con toda la cordialidad posible. Pera hubo mucha hilaridad entre nuestras hombres ante la aparición de Narses.

Que tuviera poca estatura, caderas anchas, un ajo estrábico y un labio torcido no había parecido muy ridículo cuando se deslizaba por los corredores del palacio con su acostumbrado rollo de documentos en la mano, ataviada con el uniforme de seda escarlata y blanca y la cadena de oro honorífica. Pena ver a Narses, quien hacia tiempo había pasado la edad crítica, contoneándose, con una armadura laminada a la última moda, adornada con peces y cruces y otros símbolos cristianos, y un casco con un altísima penacho de avestruz y una capa de púrpura bordada, arrastrando una espada de tamaño normal que continuamente se le atascaba entre las piernas y le entorpecía el paso, os aseguro que ese espectáculo podía arrancar una sonrisa de los labios de una víctima de cólera. Mi ama, aunque apenas podía mantenerse seria, nos advirtió en privado que no debíamos ofender de ningún moda la sensibilidad de Narses, pues el eunuco era confidente del Emperador y podía beneficiar o perjudicar enormemente la causa de Belisario a su antojo, y la causa de Belisario era la nuestra. Con Narses vino Justino, hijo de Germán, sobrino-nieto del Emperador.

El rey Vitiges había despachado veinticinco mil hombres para reforzar la guarnición de Osimo, y este ejército nos obstaculizaba el camino a Rímini. Se celebró inmediatamente un consejo de guerra, en el cual Belisario invitó a los oficiales presentes a exponer su opinión por arden decreciente de jerarquía. Valeriano e Hildigeno hablaran primero, manifestando que como Juan el Sanguinario había desobedecido órdenes das veces, primero al avanzan hacia más allá de Osimo sin someterla y luego al no retiranse de Rimini como se le había requerido, debíamos dejar que él sala saliera del atolladero en que se había metido. Acudir en su auxilio, bordeando Osimo, era poner en peligro al ejército entena pon dos mil hombres. Entre los godos de Osimo y el ejército de Vitiges, acampado en las afueras de Rímini, podíamos quedar atrapados entre la espada y la pared. Bessas estuvo de acuerdo y añadió beatamente que la avaricia de Juan el Sanguinario merecía el castigo que Dios tuviera a bien imponerle. Pera Narses intervino;

destacó, como si Belisario ya hubiera accedido a seguir ese consejo, que la desobediencia de Juan el Sanguinario no era razón para sentenciar al exterminio o la esclavitud a los valientes soldados a sus órdenes.

-Actuar así, en verdad, es atentan contra vuestra propia causa, y la del Emperador.

Podéis reinos de mi como un mero teórico de la guerra, pero no aprobaré ningún plan de acción que sacrifique Rimini por una venganza personal.

Belisario enarcó las cejas ante el exabrupto.

-Distinguido chambelán -replicó-, ¿no sería más caritativo postegar la condena de un ultraje hasta que el ultraje se haya cometido? -Estaba por dan su propia opinión sobre el plan más adecuado, cuando la reunión fue interrumpida por un mensaje de Juan el Sanguinario que un temerario soldado isauniano había logrado pasan a través de las lineas godas. Juan comunicaba que Rímini podría resistir a lo sumo siete días más, y después tendría que nendinse a causa del hambre.

Entonces Belisario dio su opinión, según la cual Osimo debía ser cubierta por una tropa pequeña - o se podían usar más de mil hombres- acampada a veinte millas de la ciudad; el resto del ejército debía apresurarse a socorrer a Juan el Sanguinario y sus hombres. Sólo cabía esperan que Vitiges abandonara el sitio si se lo engañaba en cuanto al número de nuestros soldados, y para ello teníamos que dividirnos en tres ejércitos y reunirnos cuanto antes en Rimini. Un ejército debía manchar costa arriba al mando de Martín, un general recién llegado, y la flota al mando de Hildígena debía seguirle el paso. Narses y Belisario, con los mejores jinetes, debían toman el sendero de montaña de los Apeninos, muy alejados hacia el interior. Todos aceptaron el plan, y partimos esa misma mañana. Mi ama iba con Belisario y Narses, y yo con ella, cabalgando en una muía detrás de su palafrén. Y fue un viaje bastante agotador, y caluroso, pues estábamos en julio y ni una ráfaga de viento soplaba entre las rocas y los pinos.

Las aldeas de montaña que atravesábamos estaban habitadas pon miseros salvajes muertos de hambre, que no sólo no eran cristianos, sino que nunca habían adoptado la adoración de los dioses olímpicos y aún veneraban oscuras deidades aborígenes. Peno había fresas en abundancia en los valíes, y nuestros exploradores cazaran bastante. Uno de ellos incluso dennibó un oso, un animal que se creía extinguido en Italia desde los tiempos del Emperador Augusto. El quinto día, tras viajar doscientas millas y alimentarnos principalmente de galletas y tocino salado, llegamos a Sansina, que está a sólo un día de viaje de Osimo. Allí, nuestros exploradores se toparon de pronta con un grupo de saqueadores godos y les causaron bastantes bajas. Belisario, en la vanguardia, pudo haberlos capturada a todas sin mayan esfuerzo, peno prefirió dejarlos escapar para que difundieran la alarmante noticia de nuestra proximidad.

El rey Vitiges, a quien los fugitivos habían referido una historia muy exagerada sobre nuestro poderío, supuso que mancharíamos pon el valle del Rubicón y lo atacaríamas desde el noroeste. Pera a la noche siguiente vio el resplandor distante de nuestras fogatas al oeste, y vaya si eran numerosas: cada soldado había recibido instrucciones de encender una y alimentarla durante toda la noche. Al sudeste, vio las hogueras de lo que parecía otra enorme ejército, que era la brigada de Martín. Y al romper el alba el man estaba constelado de naves, y galenas armadas se acercaban amenazadonamente a la bahía. El ejército godo abandonó el campamento, presa del pánico. Nadie obedecía órdenes ni pensaba más que en ser el primero en alcanzan la Vía Emilia y huir a Rávena. Si Juan el Sanguinario hubiera podido efectuar una carga en ese momento, el resultado habría sido más que decisivo; pero sus hombres estaban tan debilitados pon la falta de alimentos que apenas podían montar los caballos, que para colmo eran sacas de huesos, pues prácticamente no había forraje en Rimini.

Hildígeno desembarcó con un batallón de infantes navales y captunó el campamento enemiga, que albergaba cuantiosos tesoros y quinientos godos malheridos. Belisario no llegó hasta mediodía. El fanfarrón e indiscreta Ulianis, que había acompañado a Hildigeno, dijo a Juan el Sanguinario que Belisario, irritado con él por su desobediencia, había reprochado rudamente a

Narses su insistencia en socorren inmediatamente a Rimini. Ésta era la idea que Ulianis tenía de una broma; Juan el Sanguinario la tomó en serio, ya que eran palabras de una de los más viejos amigos de Belisario, y se enfureció muchísimo.

Belisario lo saludó con cierta reserva, peno viendo cuán pálido y demacrado estaba el hombre, no le hizo más reproche que:

-¡Has contraído una gran deuda de gratitud con Hildígero, distinguida Juan!

-No -replicó hurañamente Juan el Sanguinario-, más bien con Narses. -Saludando, giró sobre los talones sin decir otra palabra.

En cuanto al tesoro que Juan el Sanguinario había reunida y depositada en Rímini, Belisario lo distribuyó equitativamente entre todas las tropas que lo habían servido antes de la llegada de Narses. Esto enfureció aún más a Juan el Sanguinario. Fue a ver a Narses, a quien conocía desde añas atrás, pues había estada al mando de una compañía de ujieres palaciegas, y se quejó de que Belisario lo había tratado sin demasiadas contemplaciones. Narses lo escuchó, y ambos hicieron muy buenas migas, formando una coalición contra Belisario. Nanses juzgaba vergonzoso que un estadista viejo y experimentado como él, que compartía los secretos del Emperador, acatana órdenes de un hombre a quien doblaba en edad, un mero general; y además pensaba que, por haber renunciado a su puesto seguro y confortable en palacio, merecía ser recompensado compartiendo las glorias de la campaña con Belisario. Esto significaba para él compartir el mando. Juan el Sanguinaria señaló que casi todas las tropas de Belisario estad.

ban ahora guarneciendo diversas localidades de Italia y Sicilia -doscientos hombres aquí, quinientas allá, mil en otro lugar- y que su ejército activo estaba, pues, reducido a das mil espadas, mientras Narses y Juan comandaban cinco veces esa cantidad.

Ahora que Rímini estaba a salva, Belisario se sintió en libertad para Osimo; peno Nanses empezó a oponerse a este y a cada uno de sus demás proyectas, tratando de obligarla a compartir o abandonar el manda. Así se perdió un tiempo preciosa, aunque las noticias que llegaban de otras zonas de Italia eran sumamente inquietantes y requerían acción inmediata. Pon último, a sugerencia de mi ama, Belisario celebró un consejo de generales y les habló con franqueza.

-Lamenta descubrir, mis señores y caballeros -les dijo-, que vosotros y yo estamos en desacuerda en cuanta al manejo adecuada de esta guerra. Quiero decir que la mayoría de vosotros tiene la impresión de que las godos ya están completamente derrotadas. Las cosas están lejos de ser así. El rey Vitiges está en Rávena con sesenta mil gados; hay casi treinta mil más tras las murallas de Osimo; entre ese lugar y Roma hay varias ciudades amuralladas con guarniciones numerosas. Vitiges acaba de enviar un ejército al mando de su sobrino Uriah contra nuestra pequeña guarnición de Milán, y Liguria está nuevamente en sus manas. Peor aún: un vasta ejército de francos, o al menas de burgundios, que son aliados de los francos, acaba de cruzar los Alpes ligures y, al parecer, se unirá con el del tal Uniah. Repetidamente he sometida a vuestra consideración lo que crea más aconsejable: marchar sobre Osimo sin más demora, mientras cubrimos Rávena con una pequeña fuerza, y también enviar una vasta fuerza de rescate a Milán. Os habéis apuesto severamente a estas pianes. Ahora neafirmaré mi autoridad convirtiendo mis planes en órdenes.

Nadie respondió por un tiempo. Luego, habló Nanses.

-No es conveniente dividir nuestras fuerzas de esa manera, mi señor. La estrategia más atinada sería marchar al norte pasando Rávena y capturan toda la casta veneciana, alejando así a Uniah de Milán; y al mismo tiempo bloquean Rávena por man y por tierna. Atacan Osimo seria un derroche de energías, pues Osimo caerá cuando caiga Rávena. Pero lleva tus propias y escasas fuerzas a Milán u Osimo o la luna o donde se te antoje. Yo me propongo hacer la que he dicho con los hombres que he traído conmigo.

-¿Y nuestra guarnición de Milán, distinguida chambelán? -preguntó Belisario-.

¿Qué será de esos hambres?

-Tendrán que anneglarse como puedan... -replicó Nanses-. Tal como habría hecha Juan el Sanguinaria en Rímini, de no mediar mi insistencia.

-Mi señor Narses -dijo suavemente Belisario, dominando su ira-, te estás extralimitando.., y faltando a la vendad. -Luego llamó a su secretario Procopio-: ¿Dónde está el documento que me envió el Emperador hace poco?

Procopio encontró el documento. Era uno que Justiniano había firmado sin que lo supiera Nánses, obligado pon Teodora. Belisario lo leyó con su voz baja y serena:

-«Hoy hemos enviado a nuestro chambelán, el distinguido Nanses, a Piceno, can algunos de nuestros regimientos. Mas tendrá autoridad sobre nuestros ejércitos en Italia sólo en cuanto se lo indiquen específicamente las órdenes del ilustre Belisario, quien ha gozado y continúa gozando de la autoridad suprema después de Nos. Es deber de todos los oficiales imperiales en Occidente obedecen implícitamente al susodicho Belisario, por el bien público de nuestro Impenio.« La fea cara de Narses se afeó más mientras escuchaba. Cuando Belisario hubo concluido, le arrebató la carta de las manos y la releyó para sí mismo, con la esperanza de encontrarle cinco pies al gato. Tenía la mente agudizada por años de intrigas mezquinas~ y por lo tanto no le costaba demasiado encontrar algún desliz en la expresión.

-¡Ahí tienes! -exclamó triunfalmente, señalando las últimas palabras-. Debemos obedecerte implícitamente, pero sólo por el bien público del Imperio de Su Serena Majestad. Ilustre Belisario, tus planes militares son absolutamente ineptos, y de ninguna manera conducen al bien público. Yo, por lo pronto, no me siento obligado a obedecerte por este documento. ¿Y tú, distinguido Juan?

-Yo también pienso que despachan otra expedición a Milán y atacar Osimo con fuerzas reducidas es peligrosisimo -respondió Juan-, especialmente con Vitiges apostado en Rávena.

-Mientras dominemos el man, al rey Vitiges podemos mantenerlo encerrado en Rávena -exclamó indignado Hildigero-. La única posibilidad son los terraplenes de las ciénagas. Mil hambres podrían bloquearías eficazmente. Yo estoy con mi señor Belisario.

Pero prevaleció la facción de Nanses.

Luego, mi ama Antonina se dirigió colénicamente a Nanses y le dijo:

-Su Resplandor la Emperatriz Teodora te hará azotar por tu obra de este día cuando regreses, eunuco... si tienes la suerte de regresar.

UNA DIADEMA RECHAZADA

Belisario escribió al Emperador, poniéndolo secamente al tanta de los «leales escrúpulos» que impedían a Narses respetar sus juicios militares; pidió un nueva documento confirmando su autoridad como comandante supremo de los ejércitos de Italia. Mi ama Antanina le escribió al mismo tiempo a Teodora, usando un calificativo menos diplomático por la vergonzosa conducta de Narses. La respuesta de Justiniano tardó en llegar.

Entretanto, Belisario se armó de paciencia e incluso logró persuadir a Narses de que se le uniera en el sitio de Urbina. Esta ciudad está construida sobre una colina empinada, y hay un sala modo de acercarse a ella par terreno llana: por el norte, donde las murallas son más altas en compensación. La guarnición goda, confiada en la solidez de sus murallas y sus graneros abarrotados, rechazó la invitación a nendinse; Belisario tendría que tomar la ciudad por asalto o mediante una estratagema. No había ningún acueducto que explorar, pues los habitantes se aprovisionaban de agua en un manantial perpetuo situado dentro de la ciudad; por lo tanto, tendría que intentan abrir las murallas. Con este fin, hizo construir un claustro, supervisando la abra personalmente. Un claustro es una serie de cobertizos sobre ruedas, conectados entre sí, cada uno de los cuales consiste en una sólida estructura de madera techada con entramadas de

mimbre como los utilizados por los pastares para los cornales, forrados con cuero crudo. Este claustro debía avanzar sobre la parte norte de las fortificaciones y, bajo su protección, un gran número de soldados con picas y palas se pondrían a minar la muralla. Generalmente, las postes de un claustro tienen ocho pies de altura, pena Belisario les añadió otra yarda, dejando espacio para un techo subsidiario, para mayar protección. El techo de un claustro se construye en ángulo aguda, para que las piedras reboten sin causar daños; las pieles se humedecen constantemente, para que no andan.

Belisario incorporó al claustro media docena de arietes.

Las murallas de Urbina eran muy sólidas, y el suelo muy rocoso: eso explicaba que no hubiera foso. Nanses y Juan el Sanguinaria ya habían perdido la paciencia, y Juan juraba que el lugar era inexpugnable: ¿acaso él misma no habla intentado infructuosamente tomarlo en su camino a Rímini, cuando lo defendían sólo unos pocos hombres? De manera que en la décima noche del sitio retiraron sus divisiones, sin informan a Belisario adónde se dirigían. Narses fue a defender Rímini, Juan el Sanguinario a Saquear la costa más allá de Rávena, para enniquecense personalmente, pues en toda el territorio nondesde de Emilia y Venecia no había fortalezas en que los godas pudieran poner a buen recaudo sus tesaras.

Belisario tuvo que continuar el sitio de Urbina con mil ochocientos hombres. Los das mil godos de la guarnición, advirtiendo lo que había ocurrido, se reían y se mofaban de él. Peno el claustro pronto estuvo en posición, mientras sus mejores arqueros, encaramados en un andamiaje de atrás y protegidos por un tabique, eliminaban a los centinelas de las almenas.

Aunque los zapadores trabajaban a destajo, al tercer día aún no habían llegado a los cimientos de la muralla, y los arietes, mecidos al unísono, aún no habían causado ninguna fisura de consideración. Luego, los godos lograron soltar un menlón entero sobre el techo del claustra. Lo traspasó, pero no mató a nadie, pues los arqueros del andamiaje habían avisado a tiempo. Belisario calculaba que pasarían cuando menos das meses hasta que la muralla se denrumbara, y no lo ocultó a sus restantes oficiales.

Imaginad entonces su sorpresa, y la nuestra, cuando al cuarto día, tras un extraño silencio en los das días precedentes, los godos de la guarnición se asomaran por las troneras de las almenas alzando las manos en señal de rendición. A mediodía, Belisario y el comandante godo habían estipulada las condiciones, y Urbina era nuestra.

Lo que había ocurrido puede considerarse un golpe de suerte; pero, dada la situación, un golpe de suerte era lo menos que merecía Belisario. Nanses no habría estado de acuerdo. De hecho, cuando recibió la noticia en Rimini, se sintió tan abrumado por la envidia que durante días no pudo comen can los oficiales, por temor a mostrar sus verdaderos sentimientos y dar la impresión de que era desleal al Emperador. Narses, de paso, llevaba consigo, en un altar de aro, una pequeña imagen de vidrio de la Virgen Madre de Jesús, a la cual consultaba antes de tomar cualquier medida importante. Solía decir a sus oficiales: «Nuestra Señora me ha advertido que no escuche vuestro plan»; o: «Nuestra Señora conviene en que el plan que he elaborada es sagaz».

En esta ocasión, la Virgen no había dicha nada. Bien pudo haberle notificado que la perpetua provisión de agua de Urbina se interrumpiría de golpe y la guarnición se rendiría por la sed, pues de ese modo no se habría puesto tan en ridículo.

Ahora bien, al cavar la fosa habitual para el campamento, Narses había dado accidentalmente con un manantial y, por consejo de Juan el Sanguinario, había desviado el agua mediante canales para abrevar mejor a los caballos, tal como Belisario había hecho en Capudia. Este desvio del manantial tenía una relación insospechada con la interrupción del abastecimiento de agua en la ciudad. Lo irónico del asunto es que Narses fue el verdadero responsable de la caída de Urbina, y para colmo nunca lo supo. Volviendo el agua a su antiguo cauce, pudimos aplacar la sed de Urbina. El secreto no fue confiado a nadie, salvo a mi y dos domésticos más, albañiles de oficio, quienes vinieron conmigo al campamento abandonado e hicieron los trabajos

necesarios bajo mi dirección. Teníamos órdenes de tapar nuevamente el manantial bajo una pila de racas, pues quizá Belisario tuviera que defender a Urbina contra un ataque enemigo algún día.

El lema «Paciencia y Pobreza», en el cuenco de San Bartimeo que Justiniano le había dado a Belisario y Belisario había prestado alas monjes, me volvió a la memoria.

Nuestras fuerzas se redujeron aún más cuando tuvimos que enviar a Martin con mil hambres para ayudar a Milán. Belisario (mi ama Antonina siempre a su lado) inició el sitio de Orvieto con solamente los ochocientos hombres entrenados que le quedaban~ y algunas reclutas italianos: la ciudad estaba demasiado cerca de Roma para dejarla en manos godas.

Martin no era ningún héroe. Cuando llegamos a la margen derecha del río Po, tuvo miedo de cruzaría y lanzar una fuerza tan pequeña contra el ejército de burgundias y gados al mando de Uniah, integrado por no menos de setenta mil hombres. Ulianis, quien iba con Martín, al manda de media escuadrón de coraceros, admitió que eran demasiadas las probabilidades en contra. El gobernador de Milán envió un mensajera a Martin -el mensajero atravesó disfrazado las lineas godas y cruzó el ría a nadaimplorándole que le enviara enseguida un ejército para ayudarlo. Milán, que es una ciudad de trescientas mil habitantes y, después de Roma, la más bella y próspera de toda Italia, estaba al borde de la inanición: «Estamos reducidos a comer perros, ratas, ratones y lirones; y ya se han denunciada varios casos de canibalismo».

Martín se excusó: no tenía bates para cruzar los pertrechos a la otra margen. Pero prometió que el sitio se levantaría en tres semanas, si podían resistir ese tiempo. Envió un mensajera a Belisario, que estaba en Onvieto, can órdenes de cabalgan día y noche:

rogaba a Belisario que enviara a Juan el Sanguinario par el valle del Po desde Emilia.

Le escribió: «Con la ayuda de Juan, tal vez podamos salvar Milán».

Belisario despachó entonces un mensaje de urgencia para Juan el Sanguinario, poniéndolo al tanto de las estrecheces que sufrían en Milán, y ordenándole que se uniera a Martín para auxiliar a la ciudad.

Juan el Sanguinaria le contestó con una negativa tajante; sólo acataría órdenes de Nanses. Añadió cínicamente: «¿Así que los milaneses están comiendo lirones? He leída en la Historia natural del afamado Plinio que estas pequeñas criaturas fueron prohibidas a los romanos de antaño pon Catón el Censor, quien las consideraba un manjar demasiado exquisito para la mesa».

Inmediatamente, Belisario escribió a Rimini, recordándole a Narses que las divisiones de un ejército son coma los miembros del cuerpo humana, y que deben ser controladas y dirigidas por una sola autoridad, la cabeza. «Abandonaría el sitio de Orvieta y partiría para Milán con mis ochocientos coraceros si no tuviera que permanecer en las inmediaciones de Roma. No puedo encomendar la defensa entena de la ciudad a reclutas romanos. Además, una marcha forzada de trescientas millas pon Toscana, con el mal tiempo actual, seria la ruina para mis caballos. Te imploro en nombre de Dios, envía a tu amiga Juan, y a Justino, el sobrino-nieto del Emperador, con todas sus fuerzas disponibles para ayudan a Martín. O ve tú mismo y obtén de la campaña toda la gloria que anhelas.» Ante ese tono suplicante, Nanses dio a Juan el Sanguinaria el permiso requerido; pero era demasiado tarde. Considerad. El mensajero de Martín tuvo que recorren trescientas millas desde el Po hasta Orvieto; y el mensajero de Belisario tuvo que recorrer trescientas millas para llegar a Padua, donde estaba Juan el Sanguinario; y el mensajero de Juan el Sanguinaria también tuvo que recorrer trescientas millas hasta Belisario, y no tenía prisa; y luego, el mensajero de Belisario tuvo que recorrer casi doscientas millas más para llegan a Rimini, donde estaba Nanses. Hubo otra demora más causada pon un extemporáneo brote de fiebre malaria que tuvo Juan el Sanguinaria. Cuando se hubo recobrada y estuvo preparada para partir hacia Milán con cuatro mil jinetes, y botes cangados en carretones para cruzan el Po, la ciudad había caído. Éste ya era el comienzo del año 539, el año del cometa.

Las vidas de los mil hombres de la guarnición de Belisario en Milán fueron perdonadas por los godos y los burgundios cuando entraron; pena, pon arden de Uniah, toda la población civil masculina, salvo los niños, fue exterminada, un número de cien mil víctimas, e incluso en los altares de las iglesias donde buscaron refugio. Los saldados se despacharon a gusta con las mujeres, y todas fueron llevadas como esclavas; los bungundios tuvieran privilegio de elección coma reconocimiento a sus servicios. Las viejas, feas y enfermas, fueran abandonadas sin alimentos. Todas los niños cayeron en manos de los godas. Las fortificaciones de Milán fueron desmanteladas y las iglesias arrasadas: las católicas pon los arrianos godos, pero las arrianas por los católicos burgundios. Estallaron grandes incendios que se propagaron sin control, y media ciudad fue demolida.

Martín y Ulianis regresaran a Orvieto. Cuando Belisario se entenó del destino de Milán, quedó tan azorada que no quiso admitirlos en su presencia y durante el resto de la campaña no le dirigió la palabra a Uliaris excepto para impartinle las órdenes necesarias. Ulianis, decía, podría haber hecha algo para salvan el honor de los coraceros; al menas, hostigar las comunicaciones godas.

Pon último, llegó un mensaje del Emperador Justiniano, quien reclamaba a Narses alegando que ya no podía prescindir de él como chambelán de la corte, y confirmando la designación de Belisario como comandante supremo, después de él mismo, de los ejércitos de Italia. Justiniano no le hizo reproches a Narses, aun cuando se entenó de la matanza de Milán, que Nanses pudo haber impedido, sino que continuó tratándola con gran amabilidad. Narses se llevó de Italia mil de los hombres que había alistado para servir allí. Además, su partida fue la excusa para una revuelta de los das mil jinetes hérulos que estaban bajo su manda directo. Se negaran a aceptan órdenes de Belisario y se internaron en Liguria, saqueando la campiña a su paso; allí concertaron la paz con Uriah, vendiéndole todas sus esclavas y pertenencias prescindibles y recibiendo tierras fértiles para colonizan en las inmediaciones de Como. Pero, por un repentino cambia de humor, a los cuales estas bárbaros son tan proclives como una turba de ciudad, se arrepintieran y emprendieran el regresa a Constantinopla pon el camino de Macedonia, can la esperanza de que el Emperador los perdonara mediante la intercesión de Narses. (Narses no los defraudó).

Así, Belisario quedó en efecto como comandante supremo, peno can un ejército de campaña, digamos, de no más de seis mil hombres entrenados. Sin embargo, ahora había llamado a las guarniciones de Sicilia y el sur de Italia y las había reemplazado por reclutas romanos, y también había alistado algunos labriegos italianos, de modo que había veinticinco mil hombres disponibles para la campaña. Cinco mil los despachó para sitian Fiésole, a las órdenes de Justino. Tres mil, al mando de Juan el Sanguinario, junta con otros tres mil, a manda de otro Juan, apodado el Epicúreo, los envió al valle del Po para frustrar cualquier tentativa de Uniah de unir fuerzas con Vitiges en Rávena. Belisario se dirigió con once mil hombres al sitio de Osimo, la capital de Piceno.

En este punto, los limites de mi historia se ensanchan nuevamente. Al oeste cruzan el ría Rin en Francia, al este cruzan el Éufrates, al norte el Danubio, al sun los desiertas de Áfnica. El rey Vitiges aún estaba en Rávena. La guarnición de Osimo le pidió auxiha, pera él sólo respondió con huecas declaraciones de que Dios estaba de parte de los godos. No se atrevía a sacar sus tropas de la ciudad, pues nuestras avanzadillas de infantería custodiaban los terraplenes de las ciénagas, apostadas detrás de fuertes barricadas. Rímini también estaba en nuestras manos; desde allí podían pedinse refuerzos de caballería pon señales de humo si los godos de Vitiges intentaban forzar las barricadas. El regreso de Uniah desde Milán estaba bloqueada por las fuerzas de Juan el Sanguinaria y Juan el Epicúrea, y sus aliados bungundios habían regresado a su propia comarca. Vitiges se sentía coma un animal en una trampa.

Entonces, un vieja mercaden de la gran colonia siria residente en Rávena se le acercó y dijo:

-¿Cómo ha podido el Emperador Justiniano cantar con fuerzas para la conquista de África y tan buena parte de tus propios dominios? Sin duda porque primera compró la paz a los persas, y así

pudo disponer que Belisario, comandante de sus ejércitos de Oriente, sirviera aquí en Occidente. Si persuadieras al gran rey de que cruzara el Éufrates con un gran ejército, Belisario sería despachado a Oriente para afrontar la nueva amenaza. Pues el Emperador tiene ese único general de genio, y lo tiene que pasean de un lada al otro de sus dominios como la lanzadera recorre la trama del telar.

Rey Vitiges, envía una embajada al gran rey y, al mismo tiempo, otra embajadaa Teodeberta, rey de los francos. Deja que estas embajadas informen a cada monarca que el otro ha prometido un enérgica ataque al flanco del Imperio Romano.

-¿Pera cómo pueden los embajadores godos cruzan todo el Imperio de Oriente?

-preguntó Vitiges-. Los hambres del Emperador, sin duda, arrestarían a mis enviadas. Más aún: ninguno de nosotros sabe hablan la lengua persa.

-Envía sacerdotes -repuso el sirio-. De ellos no sospecharán. Permfteles viajan en compañía de sirios, que van a todas partes, conocen todas las lenguas, tienen amigas en todas las tiernas.

Vitiges aprobó la idea. Se encontraron sacerdotes voluntariosos y guías sirias, y el sacerdote destinado a Persia asumió temporalmente la dignidad de obispo, para mayan seguridad. Ambas embajadas zarparan juntas en das pequeñas embarcaciones, aprovechando la manea de la siguiente noche sin luna, y eludieron a nuestra flotilla. En Rávena hay maneas, un fenómeno común en las costas del océano, más inexistente en el resto del Mediterráneo. (Recientemente se ha observada que la luna regula las maneas.) Sólo a cientas horas los bancos pueden navegar en el canal que cruza los bajíos y entran a puerto; y pon ello Rávena está tan bien protegida contra un ataque desde el man.

Un mes más tarde, considerando de nuevo el asunto, el rey Vitiges despachó das embajadas más, integradas de la misma manera, a los moros de Áfnica, y a los lombardas, una raza germánica recientemente llegada a la otra margen del alta Danubio, sugiriendo que también ellos debían atacar al mismo tiempo que los persas y los francos.

Las cuatro embajadas lograron llegan a su destino. En todos los casos, excepto el de los lombardas, la respuesta fue: «Si, atacaremos, y pronto». Los lombardas respondieron cautelosamente: «No haremos nada hasta tener noticias de que los ejércitos de las otras naciones están en marcha; pues actualmente somos aliados de confianza del Emperador».

Ninguna de nosotros habría sospechada que el rey Vitiges entendía la polftica mundial tan cabalmente coma para fomentan problemas en fronteras distantes de nuestra Imperio, pues ningún germana había pensado nunca en hacen algo semejante. Pena estaba muy apremiado, y dispuesta a escuchan a los mismas sirias, a quienes por lo general tildaba despectivamente de herejes, embusteros y orientales.

Pasó el año; era el quinta desde que habíamos desembarcado en Sicilia. Fiésole y Osimo se negaban a capitular. Cama las guarniciones godas eran numerosas y las defensas sólidas, nuestra única esperanza era rendir a esas fortalezas por hambre. Belisario no permitió que su ejército se deteriorana y se redujera durante el sitio, coma hizo Vitiges con el suyo durante el sitio de Roma. Al contrario, aprovechó esas meses para entrenar a sus reclutas italianos, ejencitándolas en maniobras continuas; les hacía pagar de acuerda con las destreza que habían adquirida en el manejo de las armas y otras artes militares. También neclutó varias batallones nuevos, suministrándoles oficiales de las filas del Regimiento Personal; entre sus «comedones de galleta» había muchos tracios e ilirios cuya dialecto nativo era una especie de latín. Peno los nuevas reclutas no superaban mucha en calidad a las tropas de la ciudad de Roma. El suela italiano, antes tan prolífica en héroes, se ha agotada can el transcurso de los siglas:

el italiano no tiene estómago para combatir, pese a su fanfarronería y sus alardes. Belisario lamentaba no poder usar los prisioneros gados que había capturado, pues eran hombres fuertes, osados, fáciles de entrenan. En cambio, los estaban despachando a Oriente y Áfnica para luchar allá pon el Emperador.

Del sitio de Osimo puedo recordar pocas incidentes dignos de mención. Los viejas saldadas me han dicho que su experiencia confirma la mía: los incidentes del principio de una campaña se fijan nítidamente en el recuerdo, peno, a media que pasan las años de guerra, un hambre percibe cada vez menos y se vuelve obtuso, de manera que nada le llama la atención, excepto algún acontecimiento extraordinaria.

Hubo escaramuzas frecuentes ese verano en la ladera de la colina, entre las murallas de Osimo y nuestro campamento. Los godas salían hacer incursiones al caen la tarde, en busca de forraje para sus caballas, y nuestras patrullas se tapaban con ellos; en las noches de luna había batallas campales. Fue en esa colina donde una mañana, contra un batallón de nuestra infantería que avanzaba en hilera, las godos lanzaron repentinamente una gran cantidad de ruedas de carreta can langas cuchillas y guadañas sujetas a los cubos. Por suerte, ninguna de las nuestros nesuitó herido; los gados habían calculado mal la dirección del declive, y las ruedas doblaron perdiéndose inofensivamente en un bosque, del cual las recuperamos. También fue en esa cuesta donde una mañana, cabalgando con mi ama, fui testigo de un espectáculo inolvidable. Varios godas al mando de un oficial estaban en la ladera segando forraje a la luz del día; y una compañía de moros, a pie, se les acercó para atacarlos, deslizándose pon una hondonada herbosa. Pero los que recogían forraje eran un señuelo que ocultaba una emboscada:

cuando las manos salieron de la hondonada aullando a voz en cuello, otra partida de godos les salió al encuentro y hubo un enfrentamiento cuerpo a cuerpo que costó muchas vidas a ambos bandos. El oficial al mando de los segadores de forraje, que vestía una armadura dorada, pero no tenía casco, murió cuando una jabalina mora la atravesó, entrando por las ingles: la armadura laminada, hecha para montar, tiene un punta débil en esa zona. El moro que la había lanceada saltó un grito de triunfo, tomó el cadáver por el cabello amarilla y empezó a arrastrarlo. Entonces, una lanza goda voló y atravesó limpiamente las das pantorrillas del mono, pacas pulgadas pon encima de cada talón, como cuando se ensartan las patas traseras de una liebre con una ramita para llevaría con más facilidad. Pera el mono no saltó la presa. Reptó lentamente cuesta abajo como un gusano, arqueándose y achatándose, llevando el cadáver a rastras. Todo esta lo vimos mi ama y yo con nuestras propios ojos, refugiados tras un árbol de acebo. Uno de nuestras trompeteros dio entonces la alarma y una trapa de hunos búlgaras pasó junto a nosotras al galope, para lanzarse al rescate. El jefe de los hunos recogió al mona, can jabalina y todo, y lo echó sobre las ancas de su caballo. El moro no saltó el cadáver, que saltaba y golpeteaba en el suelo mientras galopaban para ponerse a salva.

Otra ocasión memorable fue la de la lucha en la cisterna. Esta cisterna se levantaba en el terrena escarpado al norte de Osimo, cerca de las murallas. Constituía la principal provisión de agua, aunque no la única; estaba alimentada pan un arroyo de agua pura, y protegida pon una bóveda para mantener el agua fresca. Los godos salían llenar allí sus cántaras de noche, can un fuerte grupo de vigilancia apostado alrededor. Cinco isaunianas se ofrecieran cama voluntarias para destruirla, siles suministraban las cinceles, martillas y palancas necesarios, y los protegían mientras trabajaban. En la mañana del día siguiente, Belisario trajo su ejército entero y lo apostó en un circulo a intervalos alrededor de la muralla. Había largas escaleras preparadas como para escalar. Cuando se ordenara avanzar y se distrajera la atención de los godos, los cinco isaunianos se deslizarían sin obstáculos en la cisterna e iniciarían su trabaja de demolición.

El enemiga espenó serenamente el ataque inminente y no disparó hasta que nuestras hombres estuvieron a su alcance. Las trompetas sonaron, nuestras hombres gritaron y dispararon, pena las escaleras avanzaran sólo en un punta, a trescientas pasas de la cisterna; aquí los gados se apiñaran para repeler el ataque. Pese a esta distracción, los isaunianos no pasaron inadvertidos cuando treparon la roca y se escabulleron dentro de la cistenna. Las gados comprendieron que eran victimas de un andid y lanzaran una furiosa acometida desde la poterna cercana, con el propósito de capturar a esos cinco hombres. Belisario emprendió un contnaataque inmediata y los contuvo. Era una situación difícil, pues los gados nos superaban en número y tenían la ventaja de la colina empinada; pera los compañeros de Belisario eran ágiles montañeses de Isaunia y Armenia que amaban este tipa de combate. Como ellos, Belisario peleaba a pie,

usando sólo una chaqueta de búfala y armada con das jabalinas y un machete. Siguió mcitándalas a renovados esfuerzos, aunque las bajas eran muchas. Cuanto más tiempo pudieran trabajar tranquilas los cinco isaunianos de la cisterna, calculó, menas duraría el sitio.

Los gados se retiraran cerca del mediodía. Mientras Belisario se lanzaba en su persecución, un centinela de la torne cercana le apuntó certeramente con una jabalina; la arrojó y la jabalina bajó raudamente. Belisario no la vio, pues el sal le daba en los ojos desde el sur, inmediatamente sobre el barde de las almenas. Fue el lancero Unigato, que iba junto a Belisario, quien le saivó la vida. Al ser mucho más bajo que su señor, ya estaba bajo la sombra de la muralla y pudo ver la jabalina en el aire. Bnincó hacia delante y al costado, frenándola. La langa punta le penforó la mano y le cortó todos las tendones de los dedos, de moda que esa mano le quedó paralizada para el resto de su vida. Pero dijo:

-Por salvar a mi señor Belisario, con mucho gusta habría puesto el pecho.

El propio Belisario bajó a la cisterna. Aunque los isaunianos habían martilleada y desmenuzado can todas sus fuerzas los grandes bloques de piedra, no habían lograda mover ni siquiera un guijarro. Los hombres de antaño tenían por costumbre construir no para un año, ni siquiera una vida, sino para siempre. Las piedras estaban insertadas unas en otras tan exactamente, y las intersticios rellenados con un cemento tan duro, que el lugar parecía tallado en la raca viva. No había más remedio que hacen alga que a Belisario le repugnaba por naturaleza: contaminó el agua, arrojando en la cisterna cadáveres de caballas, cal viva y arbustos ponzoñosas. Los godos, que ya estaban sometidas a una dieta de hierbas, tendrían ahora que depender de un solo pozo dentro de las fortificaciones y del agua de lluvia de los techas acumulada en toneles. Pera aquél era año de sequía, y no había lluvia.

Fiésole se rindió par hambre en agosto, y Belisario exhibió los líderes cautivos a la guarnición de Osimo, con la esperanza de persuadirles a nendirse. Y se rindieron, pues las términos que ofreció Belisario eran generosas. No los sometería a la esclavitud, peno debían renunciar a su lealtad al rey Vitiges y jurar fidelidad al Emperador Justiniano, y además ceder la mitad de sus riquezas a nuestras hambres a tftulo de botín. Para entonces, estaban furiosas con Vitiges porque los había librado a su destino cuando tenía ejércitos aún mucho más numerosas que los de Belisario, que era un soldada al cual respetaban. Todos se ofrecieran para servir en el Regimienta Personal.

Eran hambres escogidas, y Belisario las aceptó can gusta. Así, la última fortaleza al sun de Rávena había caído ante nuestra asedio.

Entretanto, Uniah, el sobrino del rey Vitiges, había acampada en Pavía, en el Alto Po, pues los das Juanes le impedían acudir en auxilo de su tío en Rávena. Un día de junio recibieran buenas noticias: la embajada ante el rey Teodebento había tenido éxito, y cien mil francos habían cruzado los Alpes y marchaban pon Liguria para ayudarlo.

Estas francas son católicas sólo de nombre, y todavía conservan muchas de sus antiguas y sanguinarias costumbres genmanas; más aún, tienen más reputación de perfidia que ninguna raza de Europa. No son jinetes, como los gados y los vándalos, sus parientes lejanas, salvo por los pacas lanceros que acompañan a cada una de sus príncipes y pon cada líder de gau, que va montado cama señal de jerarquía. Son infantes muy valerosas y muy poca disciplinados; y van armados con espadones, escudos, y sus temidas franciscas. Las franciscas son hachas de mango corto y doble filo que arrojan al atacar, atendiendo a una voz de mando; el golpe de semejante hacha destroza cualquier escudo ordinario y mata al hambre que está detrás.

Las fuerzas del rey Teodeberto no tardaron en alcanzar la cabeza de puente del Pa, en Pavía, donde estaba Uniah; y las gados les dieron una calurosa bienvenida. Mas para cuando los primeros batallones de francos hubieron cruzada sin estorbos, una sorpresa horripilante aguardaba a Uniah. Los francos rompieron filas y corrieron de un lada para otro, persiguiendo a las mujeres y a los niños godos; y sacrificaran a las que capturaran, coma primeros despojas de guerra, anrojándolos de cabeza al río.

Ésta era una vieja costumbre de sus días precnistianas, que ellas justificaban can argumentos ortodoxas: como tratamiento adecuado para los herejes arrianas que negaban que Jesucristo estuviera a la pan de Su Padre Omnipotente. Los godos de Uniah quedaron tan apabulladas ante ese horroroso espectáculo que huyeron precipitadamente a ¡su campamento. Perseguidas por andanadas de hachas arrojadizas, no se detuvieron para defender el campamento; hubo una estampida general por la carretera de Rávena.

Se lanzaron sobre las avanzadillas de Juan el Sanguinaria pon decenas de miles; y cientos fueron derribadas al atravesar el campamento imperial.

Luego, Juan el Sanguinario reunió a sus guardias y galopó hacia el campamento goda, creyendo que Belisario había realizado un avance imprevista pon Toscana, y que era él quien había ahuyentada a los godos. Cuando cayó en la cuenta de su errar, los francos hormigueaban en la carretera; luchó obstinadamente y llevó las de perder. Abandonando el campamento con el botín de das años, se retiró a Toscana. El rey Teodebento había ganada toda la región accidental de Liguria de un sola golpe.

Había sido un año de sequía; y, a causa de las vicisitudes de la época, las actividades agrícolas se habían interrumpido en el norte de Italia. El poco grano que se había plantado, se había marchitada antes de brotar, y hacía tiempo que las reservas de las granjeras y establos habían sido requisadas par el rey Vitiges para sus ejércitos, o por los milaneses que se habían rebelada contra él, a por las hérulos en sus incursiones.

En consecuencia, cuando los francas hubieron consumida las provisiones que encontraran en los das campamentos capturados, tuvieron que subsistir con carne de buey cocinada en las aguas del Po, que ese año tenía muy poca caudal y estaba infestada de cadáveres. Un ejército compuesta íntegramente pon infantes tiene un radio de acción más reducido que un ejército de caballería, y las francas tienen buen apetito. Cuando llegó agosto, los atacó la disentería y murieran no menos de treinta y cinco mil.

Belisario escribió una carta al rey Teodeberta, reprochándole su deslealtad a su aliado, el Emperador Justiniano; sugirió que la pestilencia era un castigo divino por eso y pon el cruel asesinato de las mujeres y las niñas godos. Teodeberto no lo contradijo, y enseguida se retinó a su patria. Pero la Liguria occidental quedó transformada en un desierta, y se calcula que cincuenta mil campesinos italianos murieron de hambre ese verano.

Las moros de África también fueron derrotados ese año par Salomón; y por lo tanta los lombardas juzgaran conveniente quedarse donde estaban, a menos que los persas lanzaran el ataque prometido y Justiniano tuviera que desplazan todas los ejércitos occidentales para salvar a Siria y Asia Menor de una invasión. Entonces, sin que nadie lo pidiera, una poderosa nación acometió al Imperio desde otra región: los hunos búlgaros, unidos bajo un poderoso cham por primera vez en treinta años. Pudieron atravesar sin dificultades el Bajo Danubio. En los últimos años, Justiniano había desguarnecida gradualmente sus fortalezas fronterizas del norte para engrasar sus ejércitos de Occidente, y sin reclutan un solo batallón o escuadrón nuevo; y había consentido que las fortalezas mismas cayeran en la ruina, considerando que la construcción de nuevas iglesias era una práctica más gloriosa que la reparación de viejas murallas. Aquí debo interrumpir mi relata de la gran incursión búlgara con una descripción del paraíso que Justiniano, a un costa enorme, había construido para Teodora y para él en la casta.

asiática del man de Mármara, no lejos de la ciudad, y en el terrena de un templo de.

Hera. El palacio de verano de este paraíso, rodeada de árboles, viñas y flores, fue reconocido inmediatamente como el edificio privada más belio del mundo, tal como, Santa Sofía era el más bella de los edificios sagrados. En él abundaban el mármol y los metales preciosas, y los baños y peristilos superaban en esplendor a los que tenía la misma Corinto antes del terremoto. A causa de las dificultades creadas pan las corrientes del estrecha, Justiniano construyó allí das largas espigones, hundiendo innúmeras cajas llenas de cemento en las aguas profundas, para formar una bahía privada.

Vale la pena mencionar aquí esta grandiosa obra, no sólo porque representó un drenaje adicional del erario, sino porque fue el punta meridional extremo de la incursión búlgara.

Los hunos, pues, devastaron la totalidad de los Balcanes llegando hacia el sun hasta el istmo de Corinto, capturando no menos de treinta y das fortalezas a su paso; y toda la diócesis de Tracia hasta la misma Constantinopla, donde irrumpieran por las langas murallas de Anastasia y sólo fueron contenidos por la muralla interior que había construida el emperador Teodosio, neciamente defendida pon los Narses. Algunas de ellos cruzaran el Helesponta, de Sestas a Abidos, e incursionaron en Asia Menor, y sólo, con dificultad se los ahuyentó de las puertas del nuevo paraíso de Justiniano. Doscientos mil prisioneros, cincuenta mil muertos, cantidades inmensas de tesaras, la destrucción de cincuenta ciudades prósperas: ése fue el precio que los búlgaras cobraron a Justiniano pan su falsa economía en materia de tropas y fortificaciones. Regresaron a su patria sin impedimentos.

Belisario estaba reuniendo todas sus fuerzas para iniciar el sitio de Rávena; y otro pequeño ejército imperial vino desde Dalmacia para ayudarlo. Pena Rávena es la ciudad más difícil de capturar en el mundo, a causa de su posición geográfica. El gran Teodorico la asedió infructuosamente tres añas; del lada de tierra, las ciénagas le cerraban el pasa; y del lado del mar, los bajíos y fortificaciones; si al final la ganó, fue gracias a una victoria diplomática, no militar. Parecía probable que también Belisario tuviera que contentanse con esperar tres añas. El rey Vitiges tenía enormes provisiones de grano, aceite y vino en la ciudad, y a petición suya Uriah le despachó una remesa adicional desde Mantua por el río Po.

Pero pacas semanas más tarde, pese a todo, Vitiges estaba en un verdadero aprieto en cuanto a la provisión de alimentos. Primero, la sequía había reducido tanto el caudal del Po, que las barcazas de grano de Uriah se atascaran en los bajíos de la desembocadura y no pudieran seguir al sun a través de la serie conectada de lagunas que forman la ruta navegable hasta Rávena; el convoy entero cayó en manos de Hildigero, cuyas patrullas estaban muy activas y alertas en ese sector. Luego, Vitiges recibió en Rávena un segundo golpe, asestado por su propia esposa, Matasunta. Durante una tormenta, la reina se las ingenió para incendian furtivamente los das mayores graneros de la ciudad. El desastre se atribuyó a los rayos. Vitiges concibió la idea de que Dios lo aborrecía y le estaba hacienda monden el polvo.

El rey Teodeberto, de los francos, envió embajadores a Vitiges. Cama se supania que las francos aún eran aliados, Belisario les permitió atravesar sus lineas, pero sólo a condición de que sus propios embajadores pudieran acompañarlos y oir qué le decían a Vitiges, y abogar por la causa del Imperio. Teodosio fue elegido cama representante de Belisario y se desempeñó bastante bien.

Los embajadores francas propusieron una alianza ofensiva y defensiva con los godas, alardeando de que podían enviar media millón de hambres a través de los Alpes y sepultar a «los griegos» bajo un túmulo de hachas. Dijeran que se contentarían can sólo media Italia cama retribución por su ayuda.

Teodosio señaló luego que los francos no eran en absoluta dignas de confianza como aliados, pues habían aceptado subsidias de ambos bandas y habían guerreado contra los das; que las masas de infantes no tenían posibilidad de vencer a cuerpos disciplinados de caballería; y que ofrecer a un franca media hogaza de pan era perder la hogaza entera, junto con el cuchillo y el plato. Si el rey Vitiges hacia las paces can el Emperadar, al menos salvaría algo del derrumbe de sus esperanzas. Los embajadores gados enviados a Constantinopla durante el armisticio, hacia el final del sitio de Roma, habían propuesto condiciones que no respetaban la justicia ni la situación militar; para Vitiges era aconsejable ponerse a merced del Emperador, cuya generosidad can los enemigos caídas se había demostrado en el caso del rey Gelimer y de muchas caudillos menores.

El rey Vitiges escuchó atentamente a Teodosio, despidió a los francos, y envió nuevas embajadores a Constantinopla. Mientras él los esperaba, las guarniciones godas alpinas se

entregaran a Belisario; y el ejército de Uniah, que avanzaba desde Mantua, estaba tan diezmado por las deserciones que ya no podría ayudarla en nada.

Acampamos en las afueras de Rávena, y se acercó el invierna. No había lucha, pera nuestras guardias y patrullas no cesaban de vigilar. Ni un solo costal de grano pudo entran en Rávena, ni un sala banca pudo burlan el bloqueo. Fue durante este período cuando mi ama neanudó sus viejas relaciones con Teodosio, para distraer el tedio de su vida. Él tenía buena voz para el canta y cierta talento para la composición musical; a veces cantaban a dúo, muy agradablemente, y se acompañaban con una lira y un violín. Una de las canciones de Teodosio describía por qué los italianos tenían que amar a los griegos: esta guerra de liberación había sido una verdadera juerga, entre matanzas, violaciones, incendios, esclavitud, hambre, peste, canibalismo. Los versas eran tan graciosas que nadie podía consideran desleales los sentimientos que expresaban. Durante este período, Teodosio y mi ama se condujeron con una discreción ejemplar.

Fue en este verano cuando Sittas, el cuñada de Teodora, que estaba al manda de las tropas de Oriente como sucesor de Belisario, murió en una escaramuza de frontera en Armenia. Era el único general can cierta reputación en la zona, y su muerte alegnó muchísimo a los persas. El rey Cosroes decidió rompen la Paz Eterna en la primavera siguiente. Los sacerdotes que representaban a Vitiges le habían asegurado, a través del intérprete sirio, que los francas y los moros asistirían a los gados mediante campañas en Occidente. La primera respuesta de Cosroes había sido:

-Si atacamos desde Oriente, nuestra real primo Justiniano abandonará sus conquistas en Occidente y lanzará a Belisario contra nosotras can todas sus fuerzas. Pues Rama está alejada de su capital pena Antioquía está cerca. Esto os beneficiará a vosotras, los godos, mas no a nosotras.

Los sacerdotes no pudieran encontrar una respuesta convincente. Pera el intérprete estuvo a la altura de la ocasión. Ahora debo revelar una circunstancia que sólo llegué a conocer después de que esta conspiración siria hubo madurado, pero que no os ocultaré aquí, pues quizá aumente vuestra interés en la que estoy por relatar: el intérprete no era otro que mi ex amo Barak. En una audiencia privada can el gran rey, Banak adujo que no había nada que temer de Belisario. No era ningún secreto, dijo, que Belisario se proponía permanecer en Italia. En el nuevo año renegaría de su fidelidad a Justiniano, se proclamaría Emperador del mundo occidental y haría causa común con los godos y los francos; Áfnica del Norte seria incluida en sus dominios.

-Cuando recibamos la nueva de que Belisario se ha proclamado Emperador, invadiremos Siria sin demora -dijo Cosnoes, satisfecho.

-Rey de reyes -dijo Barak-, sin duda convendría más a tu dignidad que ataques sin esperar la decisión de Belisario. Entonces su toma de la diadema podría verse alentada por tu invasión de Siria, más que a la inversa.

Cosroes pareció impresionada pon este argumento, y llamó a los enviadas de Vitiges para prometerles que haría lo que solicitaban.

De regreso en Italia, estas sacerdotes entraron en Rávena fingiendo que sólo habían hecho una peregrinación a los Santas Lugares, y dieran a Vitiges la esperanzadora nueva.

Pero Barak fue a Pavía y allí le cantó jocosamente a Uniah la ingeniosa mentira que había urdido para Casroes.

Justiniano tenía espias pon doquier, incluso en la corte persa, y se entenó del pian antes que Uniah. Creyendo que Belisario de veras quería traicionarlo, se inquietó inmensamente. De inmediato consultó a Narses, Juan de Capadocia y Teodora.

-Esa es una mera patraña siria sin ningún fundamento -dijo Teodora-. ¿Porque tú eliges rodeante de mentirosos, villanos y crápulas en la corte, rehúsas reconocer que puede existir alga llamado honor entre los oficiales?

-Yo sospechaba esto mismo, Majestad -dijo, sin embargo, Narses-. Pon esa me negaba a obedecer a Belisario.

-Lo ha estado planeando durante muchos añas -añadió Juan de Capadocia-. ¿Por qué cangó al Emperador con la responsabilidad de rechazan las condiciones de paz de Vitiges durante el sitio de Rama? En parte, para obtener más refuerzos para sus estandartes, y en parte para desacreditarte, Alteza; de moda que cuando al fin se proclame Emperador, su bondad contraste con tu severidad.

-Los reclutas italianas que está alistando son otra prueba de sus intenciones -dijo Narses.

-Ya planeaba esta revuelta hace seis años, cuando se encontraba en Cartago -agregó Juan de Capadacia-, coma Constantino y sus oficiales te informaran para advertirte.

La demoró por razones estratégicas, considerando que mientras Sicilia e Italia estuvieran en manos de los gados, Áfnica no estaría segura. Pera ahora que los godos están al borde de la dernota, apunta más alto.

-¿Qué haremos, amigos? -preguntó Justiniano-. Aconsejadnos. Estamos muy atemarizados.

-Sin dilación -respondió Nanses-, ofrece al rey Vitiges condiciones benignas que él pueda aceptan con gusto. Luego, Belisario no se atreverá a praclamarse Emperador, pues no podrá superarte en generosidad con los gados. En cuanto a tus propios oficiales en Italia, están hartos de guerrean. A ellos les importa un comino el tratada que firmes con el rey Vitiges.

Juan de Capadacia estuvo de acuerda.

-Permite al rey Vitiges conservar la mitad de sus tesaras y todos los dominios italianos al norte del Po.

-En verdad -intervino Teodora-, me sorprende que con tantas falsas amigas y manifiestas enemigas en Oriente, Belisario no haga de veras lo que injustamente lo acusan de planear. Hace mucha tiempo, el cande Bonifacio fue obligada a traicionarnos en Áfnica pon libelos similares, fraguados en la corte del Emperador. Y así perdimas Áfnica.

-Querida -repuso blandamente Justiniano-, no te entrometas en este asunto, te lo suplicamos. Ya estamos decididas.

Así fue como llegaron embajadores de Constantinopla con tales condiciones que Vitiges las aceptó jubilosamente. Belisario, al conducirlos hasta las puertas de Rávena, les preguntó cuáles eran exactamente los términos; pero ellos le dijeron que aún tenían prohibido revelárselos. Cuando salieran de nuevo y le mostraron el tratado firmada por Vitiges, que sólo requería la firma de Belisario para ratificanse, quedó atónito.

Sólo podía pensar que el Emperador había sido mal informado en cuanto a la desesperada situación de las godos. Rehusó firman hasta que una corroboración por escrita, debidamente sellada, llegara de Constantinopla.

Entonces, Juan el Sanguinaria, Martín, Juan el Epicúreo, Valeriana y aun Bessas empezaron a criticaría a sus espaldas por prolongar la guerra innecesariamente. Belisario, al enterarse, los llamó a una conferencia y les pidió que hablaran con franqueza:

¿creían realmente que las condiciones eran decorosas?

-Si -dijeron todos-, lo creemos. No podemos capturar Rávena, y es demasiada pedir de nuestros hombres exigirles que permanezcan acampados en el linde de estas ciénagas quién sabe cuántos añas. En cualquier caso, es obvio que el Emperador ha resuelta terminar la guerra cuanta antes.

-Entonces no quiera implicaros en el acta de aparente deslealtad en que incurro al abstenerme de firmar el tratado. Como sabéis, el Código declara ofensa capital el incumplimiento de órdenes par parte de un oficial en tiempo de guerra, y Su Serenidad el Emperador es mi comandante supremo. Os pediré que expreséis por escrito la opinión que acabáis de manifestarme. -Pera también deseaba, si podía forzar a Vitiges a firmar un tratado más favorable para nosotros, que

ese documento can las firmas evidenciana a Justiniano las dificultades a las que él tenía que enfrentarse con sus oficiales. Pues todavía pensaba que el Emperador Justiniano confiaba en que actuaría juiciosamente.

Accedieran a firman.

Entonces sucedió algo realmente extraña. Uniah, reflexionando sobre la ingeniosa mentira que Banak le había contado al rey Cosroes, decidió que en verdad seria una solución óptima el que Belisario realmente se proclamara Emperador. No existía hambre más noble ni más capaz, y para Italia seria fatal ser gobernada, no desde Roma o Rávena, sino desde la remota Constantinopla: Áfnica ya había sufrido las crueles desventajas de perder la independencia de gobierna. Can Belisario cama Emperador, los godos seguirían siendo naturalmente el poder militar dominante, pues los italianas no servían para nada, salvo para las funciones civiles, y tendrían el beneficio de la instrucción de Belisario en el arte de ganan batallas. Uniah logró pasar un mensaje a su tía Matasunta en Rávena, consciente de que ella estaba descontenta can su tía Vitiges, diciéndole que si los nabíes godos de la ciudad invitaban a Belisario a ser su soberano, él respondería par los que estaban fuera de Rávena. Elia celebró un consejo secreto en el cual se sometió a votación la sugerencia de Uniah, que ganó par amplia mayoría. Los nobles despreciaban a Vitiges y admiraban a Belisario; además, Rávena no podía resistir demasiado en ningún caso, a acusa de la destrucción de los graneros.

Así, Belisario recibió una invitación secreta del Consejo goda a sen Emperador de Occidente. Al mensajera pronta le siguió otro de Vitiges, quien se había enterada del voto del Consejo. Vitiges declaró que estaba absolutamente dispuesto a abdicar el trono o a honrar a Belisario coma Emperador.

Belisario no informó a nadie de esta ofenta, excepto a mi ama Antonina.

-¿Cómo pueden confundirme con un traidor a mi Emperador? -gritó indignada-.

¿Qué hice para merecer semejante insulto?

Antonina rió y dijo:

-Pero el Emperador mismo comparte esa opinión.

-¿Qué quieres decir?

-¡Lee esto!

La carta que le dio a leer se la acababa de enviar Teodora. Refería amargamente la reunión celebrada por Justiniano, Nanses, Juan de Capadocia y ella misma. Teodora estaba inmensamente ofendida por la malhumorada réplica de Justiniano en presencia de das consejeros, y obviamente había escrito la carta como una suerte de venganza.

La carta terminaba con alga como esta: «Mi quenidisima Antonina, si a fin de cuentas es cierto, lo cual pongo muy en duda, que tu esposo planea ese paso temeraria, no lo disuadas por lealtad a mi. Si nunca lo ha planeado, persuádelo de darlo. Porque es el único hambre viva capaz de restauran la ley, el arden y la prosperidad en Italia y Áfnica, y así defender nuestra flanco accidental. Sólo procura que nos devuelva sus trapas orientales cuando pueda desmovilizarías, y que permanezca en paz con nosotras. Sé mi real prima en Roma, y recuérdame con ternura, y enviame noticias frecuentes de ti, y por amor de las viejos tiempos sé partidaria de la facción Azul en tu Hipódromo. Continuaré amándote coma siempre. Para explicarla brevemente: mi sagrado esposa está celoso de las victorias de tu ilustre esposo. No pueda asegurar que no le cause un día un gran perjuicio. Si Belisario renunciara ahora a su lealtad, seria un acto prudente y justificable, y harto beneficioso para el mundo».

Los ojos de Belisario relampagueaban cuando arrojó la canta de Teodora a los rescaldas de un brasero de carbón; no habló hasta que el pergamino se consumió par completo. Luego dijo:

-La fe de Belisario vale para él más que cincuenta Italias y cien Áfricas.

Luego convocó a sus oficiales.

-Mañana -anunció- entraremos pacíficamente en Rávena. Advertid a vuestras hombres.

Todos lo miraron de hito en hito. También estaban presentes los embajadores de Justiniano.

-¿No os place?

-¡Oh, señor! ¿Peno los godos? ¿Se rinden?

-De lo contraria, no entraríamos.

Belisario aseguró secretamente a los embajadores godos que ninguno de los ciudadanos de Rávena sería despojado ni esclavizada, y efectuó un juramento al efecto sobre un ejemplar de los Evangelios. Pero dijo:

-En cuanto al titulo de Emperador, dadme la venia para no asumirlo por prociama hasta que esté dentro de vuestra ciudad. El homenaje del rey Vitiges será la señal para que las trompetas toquen el saludo imperial.

Al día siguiente marchamos a lo largo del terraplén para entrar en la ciudad y tomamas posesión de ella. Mientras nuestros hambres atravesaban ordenadamente las calles, las mujeres godas, atisbando par las puertas, escupían a la cara de los esposos, diciendo:

-¡Tan pocos hambres, y tan enclenques! Sin embargo, siempre os dejasteis vencen pon ellas.

-¡No, no eran ellas! -respondían los esposas-. Fue ese apuesto y alta general que los predecía montando el bayo de cara blanca. Él la hizo todo. Será nuestro nuevo gobernante. Es el hambre más sabia, más noble y más osada que vivió jamás. Es Belisario.

Belisario aceptó la sumisión, no el homenaje, de Vitiges; y aunque las gados esperaban que en cualquier momento se proclamara Emperador, él no hizo ninguna declaración. Pero se contentaron con aguardar, porque había cumplida su palabra de no esclavizar ni despojar a la gente de Rávena, apoderándose sólo de los tesoros reales en nombre del Emperador, y porque traía unos pacas cargamentos de provisiones. Más aún: permitió a todos los godos que poseían tiernas al sur del Po abandonar la ciudad y regresar para cultivarías. Ésta fue una medida prudente, pues todas las ciudades fortificadas del sur estaban ahora guarnecidas por sus tropas.

Los primeras días, Belisario, par cierta, consintió que los godas pensaran que antes de mucho tiempo aceptaría la diadema. Mi ama Antonina, esperanzada, le preguntó:

-¿Entonces has tomado la sabia decisión?

-Si -repuso él-, la de continuar fiel a mi juramento como general. Habría sido errónea dejar pasan la oportunidad de ocupar la capital enemiga sin pérdida de vidas.

Mi ama Antonina estaba tan enfurecida con él por respetar un juramento hecho tanta tiempo atrás a un canalla, que apenas le dirigía la palabra. Teodosio también parecía furioso, quizá porque ella le había prometido la prefectura de Rama cuando Belisario fuera Emperador. Le dijo a Antonina, en privada:

-Para que Belisario mantenga la virginidad de su fe, Italia debe ser destruida.

-¿Par qué destruida? -preguntó ella.

-Belisario será llamado a Constantinopla -repuso Teodosio-, y la destrucción vendrá con las codiciosos recaudadores de impuestos, las leyes injustas, los generales estúpidos, los subalternas obtusos, el motín, la revuelta, la invasión. Verás.

UNA FRÍA BIENVENIDA

Rávena es una ciudad de paradojas. Está construida sobre Pites en un lago. «En Rávena hay más ranas que habitantes», dicen, «y más mosquitas que ángeles en el Cielo».

El mar, sin embargo, se aleja gradualmente de la casta, de moda que el puerto que construyó el Emperador Augusta es ahora tierra de labranza. «Crecen manzanas en los mástiles del puerta de Rávena», dicen. A una a das yardas de la superficie del suelo siempre se encuentra agua, lo cual es inconveniente para construir paredes y sepultar cadáveres; pena el agua es salobre, y los habitantes dependen de la lluvia para beber y cocinar. Dicen: «Aquí los muertas nadan y los vivos tienen sed. Aquí las aguas resisten y las paredes se derrumban». En Rávena existe uan colonia de mercaderes sirios retinados, todos muy piadosos; al tiempo que las sacerdotes locales son mercenarios y propensas a desdeñar la ley canónica. «Aquí los sirios rezan, pero los sacerdotes practican la usura», dicen. No hay nada que cazar en las inmediaciones, y no hay más departe que el juega de pelota en los bañas; no obstante, a causa de la humedad, un hambre tiene que hacer ejercicios extenuantes para conservar la salud. Coma resulta do, muchas civiles ricas pertenecen a una milicia y practican ejercicios militares en la plaza de armas y el campo de entrenamiento; pero las oficiales de la guarnición, de pura aburrimiento, se inscriben en clubes literarios para mejorar su educación. «Aquí, los literatos juegan a ser soldadas, y los soldadas a ser literatos», dicen. A estas muchas paradojas se añadía ahora un hombre que pudo haber sido soberana pero no quiso, y un hombre que habría querida seguir siendo soberano pero no pudo.

Paradójico, también, fue el descubrimiento de que mi ex amo Barak, tan entendido en reliquias, hubiera estado adorando beatamente en una iglesia local una reliquia de San Vitalis que, cama hubiera corroborado cualquier experta en historia, no podía sen del santo: encontré una afrenda votiva colgada en la iglesia para conmemorar cómo Barak se había curada milagrosamente de cálculos pon media de esa reliquia. Y para Barak había un sinfín de paradojas en ciernes. Vino a Rávena para reclamar a Belisario una gran recompensa par haber sugerido a los gados que lo invitaran a cononarse Emperador de Occidente. Pero Belisario, lejos de recompensaría, lo arnestó pon sugerencia mía, a causa de aquella acusación de falsificación que ya tenía treinta y tres años, y la despachó bajo custodia a Constantinopla para que compareciera en juicio. Sin embargo, en su informe sobre el caso, Belisario no hizo constan la participación de Barak en la conspiración para nombrarlo Emperador: todo ese embrollo le causaba tanta repugnancia que prefería no mencionarlo siquiera. En Constantinopla, Barak logró una libertad honorable mediante el soborno, y aunque ahora ya tendría setenta añas, reanudó su hacía tanta tiempo abandonada labor de veedor de Monumentos de los Santas Lugares. Era para él un placer refrescan las marcas de sangre en el pilar de los azotes; y también renovar el hisopo del Gólgota, que la piedad de las peregninos había reducido casi a la nada; y descubrir en Joppa, sepultadas en un vieja cafre durante las persecuciones del Emperador Nerón, un asombroso número de primitivas reliquias cristianas de importancia primordial, en excelente estada de conservación.

Afortunadamente, salimos de Rávena antes que empezara la temporada de los mosquitos. Juan el Sanguinario había escrito una canta de advertencia a Justiniano en cuanta supo que los godos habían ofrecido la diadema a Belisario. Justiniano llamó inmediatamente a Belisario, elogiándolo calurosamente por sus magnificas servicios e insinuándole que pronta ocuparía cargos aún más importantes. Belisario habría deseada arreglar antes las cuentas con el ejército de Uriah, ahora reducida a un meno millan de hombres, pera no quiso anniesgarse a disgustar a Justiniano con un nuevo~ acto de aparente desobediencia. Ponía tanto, ordenó a los suyas que empezaran a empacan y se dispusieran a marcharse. Cuando Uriah se entenó de esto en Pavía, quedó son-, prendido y muy defraudado; pues había creída que Belisario aún se proponía proclamanse Emperador. Concluyó que Belisario, considerando el poderío de las tropas imperiales hostiles a él, frente al de los ejércitos godas, consideraba que la medida era demasiado arriesgada. Por lo tanta, persuadió a los nabíes godas de elegir rey a un tal Hildebalda,, quien era sobrina del rey visigodo de España; quizá la perspectiva de una alianza militar entre los godas de Italia y los gados de España inclinana el equilibrio del juicio de Belisario en favor de la aceptación de la diadema. Hildebalda se comprometió a ir a Rávena para rendir homenaje a Belisario.

Pero Belisario rechazó desdeñosamente este nuevo ofrecimiento y en la primavera del año de Nuestro Señor de 540 zarpamos otra vez rumbo a Constantinopla, dejando Pavía aún en manos de los godos. Entretanto, Justiniano designó a once generales del misma rango -entre ellos Juan el Sanguinaria- para que mandaran los ejércitos de Italia; éstas estaban unidas sólo en su envidia por Belisario y su codicia de dinero y poder. Con la partida de Belisario, demostraron ser incapaces de una acción concertada, y ni siquiera realizaron ningún intento serio de capturar Pavía. Sin embargo, Juan el Sanguinaria hizo arreglas para que el nuevo rey, Hildebaldo, asesinana a Uniah; y luego, la muerte de Uniah fue vengada en el mismo Hildebaldo; y luego, un tal Enanco fue elegido y pronto asesinada. Pan última, la fatídica corona pasó a Teadelo, el joven sobrino de Hildebaldo. Así, en siete añas, siete monarcas reinaran sobre los godas.

El procurador civil designado para gobernar Italia en nombre de Justiniano fue Alejandro, apodado «Tijeras»; ex cambista, había llamado primeramente la atención de las autoridades de Constantinopla como hábil «cortador» de monedas de oro. De cada cincuenta monedas que pasaban por sus manos, tijereteaba el equivalente de cinca, y esto sin que las monedas parecieran más pequeñas. Juan de Capadacia, lejos de castigarla por el fraude, lo había empleado para incrementar el valor presunto del oro del tesoro militar mediante el misma método, y para otras transacciones deshonestas. Tijeras demostró pronta tal ingenio para encontrar nuevas maneras de elevar los impuestas, que lo juzgaran digno de las funciones más encumbradas. Paco antes había actuada como jefe de recaudación de impuestas en África, al mando de Salomón. El problema de obtener dinero para los enormes gastas de Justiniano era ahora más apremiante que nunca, a causa de las incursiones búlgaras que habían empobrecida una zona tan vasta.

Tijeras practicó sus extorsiones habituales en Italia; y logró conseguir para su real señor, quien le permitía retener el cinca por ciento de las ganancias coma comisión, los tesaras que la guerra había perdonado. Más aún, nadie podía acusan a Tijeras de parcialidad: recortaba no sólo las fortunas de los godos e italianos sino también la paga y las naciones de las tropas imperiales. El agorero pronóstico de Teodosio sobre el futura de Italia se estaba cumpliendo al pie de la letra. Pera más tarde me extenderé sobre este asunto. Antes de que hubiéramos zarpado, el rey Cosroes de Persia había iniciado su prometida invasión de Siria. Ahora no era del toda injustificada, pues Justiniano había iniciado negociaciones secretas can los hunos blancos que viven más allá del mar Caspia, tratando de inducirlos mediante sobornas a que invadieran Persia desde el norte; y con el vieja rey de las sarracenas, tratando de hacerle cambiar de bando.

Insatisfechos can las condiciones de Justiniano, los das habían entregado a Cosroes sendas fajas de correspondencia. Cosnoes intentó tomar nuevamente la ruta del sur, marchando a lo langa de la margen derecha del Éufrates desde las llanuras de Babilonia, y cruzó la frontera sin hallar resistencia. Como sólo llevaba tropas de caballería, llegó a Suna en seis días de marcha; y la capturó mediante una treta durante la tregua dispuesta para la discusión de los términos de la capitulación. Tras una conferencia con el representante imperial, el obispo de la ciudad lo había escoltada honrosamente hasta la puerta principal: entonces ordenó a una partida de hambres que corriera para bloquean la puerta con una viga de madera. Antes de que la gente de Sura pudiera quitan la viga, un escuadrón de jinetes persas había irrumpida en la calle principal.

Suna fue saqueada y quemada hasta los cimientos, sus habitantes esclavizados y lleva das a Persia.

Nuestra comandante en Siria era el misma Butzes que había peleada can el ala izquierda en Daras. Su cuartel general estaba en Hierápolis, a otras seis días de mancha río arriba. Al entenarse de la proximidad de Cosroes, Butzes exhartó a las ciudadanos y soldados a una resuelta defensa de la ciudad; luego, reuniendo su caballería ligera, emprendió la fuga con suma celeridad. Cosroes marchó contra Hierápolis. Al comprabar que las fortificaciones eran sólidas, acordó levantar el sitio si le pagaban un rescate de cien mii piezas de oro. Los ciudadanos, alarmadas pon el destino de Sura, le dieron el dinero. Después de esto, Cosroes viró hacia el oeste y llegó a Berea, donde vio que las fortificaciones eran más vulnerables que las de

Hierápolis y, por lo tanto, fijó el rescate en doscientas mii piezas de aro. También aquí los pobladores accedieran, peno cuando se pusieran a recoger el dinero descubrieran que sólo podían reunir la mitad; los recaudadores de impuestos imperiales -especialmente Focio, el hija de mi ama, quien se había vuelta uno de las agentes más desalmados y eficaces de Justinianohabían trabajado mucha en esa comarca últimamente. Temerosa de la furia de Cosroes, pues, los principales ciudadanos y los saldadas de la guarnición abandonaran las muralías de Berea y buscaron refugio en la ciudadela. Cosroes fnanqueó las murallas desiertas y, como le irritaba que le tomaran el pelo, según él lo expresó, quemó media ciudad.

Sin embargo, al descubrir que no le habían pagada el dinero simplemente porque nol lo tenían, perdonó la deuda y continuó su marcha hacia Antioquía.

Justiniano, al recibir la noticia de la invasión, había enviado inmediatamente a su; sobrino Germán -el mismo que nos había ayudado a sofocar el motín en Áfnicapara inspeccionar las defensas de Antioquía. Estaban en condiciones bastante buenas, pero tenían un punto vulnerable: un peñasco grande y ancha, Onocasias, que se erguía contra las murallas en el punto más elevado del circuito. Tal coma el mausoleo de Adriano.

había sido una amenaza permanente para las murallas de Roma hasta que se lo incarporó al sistema de defensa, lo mismo ocurría con ese peñasco, Onocasias. Germán decidió que había que fortificaría de inmediato. La única alternativa era cavar una fosa ancha y profunda para separan las murallas del peñasco (que tenía sólo quince pies de altura menos que las almenas), y elevan la altura de la muralla. Pera las autoridades civiles de Antioquía se negaran a hacen nada al respecto. Dijeron que no había tiempo para.

completan edificaciones o trincheras antes de la llegada de Cosroes, y que si los interrumpían durante la obra habrían revelada gratuitamente el única punta débil de las defensas. Si no podían defender la ciudad, tratarían de disuadir a Cosroes con dinero; de hecho, el Patriarca Efraín escribió secretamente a Cosnoes, ofreciéndose a reunir cualquier suma razonable: sugirió cien mil en oro. Pero Justiniano despachó una circular a todos los gobernadores de ciudades, prohibiéndoles pagar dinero de rescate bajo pena de muerte. El Patriarca, temeroso de enfrentanse a Cosroes con la manos vacías, huyó al norte, a Cilicia, al igual que otras ciudadanos ricos y prudentes. Luego, llegaron seis mil jinetes del Líbano para reforzar la guarnición; sus comandantes cerraron las puertas, de moda que la fuga se hizo imposible.

La vanguardia del rey Cosnoes estuvo pronto a la vista de Antioquía. El embajador se acercó a las murallas y expuso las exigencias de los persas: se correspondían exactamente con la oferta del Patriarca. Por cien piezas de oro, el rey perdonaría a la ciudad y seguiría de largo con su ejército.

Los habitantes de Antioquía son gentes muy informales y frívolas. Trataron al embajador sin ningún respeto, arrojándole barro y disparando flechas a su alrededor.

Si Belisario, con sólo cinca mii hambres, argumentaran, podía defender una ciudad mucho más grande durante un año entena contra ciento cincuenta mii gados, ¿por qué ellos, con nueve mii, no defenderían Antioquía contra los cincuenta mil persas de Cosroes? Más aún: Belisario había recibido poca ayuda de los reblandecidos civiles romanos; en Antioquía, en cambia, los Azules y los Verdes habían formado una suerte de milicia local; sus luchas de facción, que se libraban de manera más abierta y asada que en Constantinopla, les habían infundida entusiasmo marcial. De manera que diez mil voluntarios terminaron por engrosar las fuerzas regulares, y al menos la mitad tenía armadura y portaba armas. Lamentablemente, el peñasco Onacasias fue mal defendido. Opina que si trescientos hambres capaces hubieran salido de las fortificaciones para apostarse en la escarpada cima, podrían haber rechazado cualquier ataque.

Pero se adoptó un plan diferente: largos andamios de madera se colgaron de cuendas entre las das torres de ese sector, de moda que los defensores pudieran resistir en das niveles, con flechas y jabalinas desde el andamio de arriba, con espadas y lanzas desde las almenas de abajo.

A la mañana siguiente a la del rechazo de las condiciones de paz, el rey Cosroes envió una parte de sus ejércitos pon el valle del Orantes, para que asaltaran diversas puntas de la muralla, mientras él subía a la colina con una fuerza selecta para asediar Onocasias. Esos andamios de madera fueron la ruina de Antioquía. Mientras los arqueros y lanzadores de jabalinas apostados en ellos se afanaban par mantener a raya a los persas, apoyadas por refuerzos continuas de las torres, las cuerdas se partieron de golpe, y planchas y saldados cayeron con un estrépito ensordecedor sobre el atestado parapeto de abajo. Cientos murieron o quedaron gravemente heridas; y se oyeran gritos horripilantes, mientras las persas respondían con aullidos de triunfa.

Los hombres de las tornes adyacentes, sin saben qué había sucedido, imaginaran que la muralla misma se había derrumbado y que los persas estaban entrando. Abandonaran sus puestas y corrieron colina abajo, hacia la ciudad; llegaron a la puerta que conduce al suburbio de Dafne, gritaron que habían vista a Butzes a lo lejos acercándose con un ejército de auxilio y que debían apresuranse a aunan fuerzas can él. Nadie creyó esta historia, peno inmediatamente los civiles intentaron huir en tropel de Antioquía, mientras aún había tiempo, pues la puerta de Dafne era la única que los persas no estaban atacando. Entonces, toda la fuerza de caballería se retiró de las fortificaciones y convergió al galope en esa puerta, pisoteando a los civiles y saltando sobre una barrera de muertos y moribundos. Pronta Antioquía quedó sin ninguna tropa, excepto unos pacos infantes regulares y la milicia de la ciudad. Los milicianos que habían sobrevivido al derrumbe del andamio abandonaron la muralla de Orocasias en cuanto advirtieron que los regulares ya no les protegían los flancos. Se reagruparon al pie de la colina, dispuestos a defender las calles. Los persas escalaron las murallas can escaleras y entraron sin dificultad.

Entonces los milicianos ofrecieron un animada despliegue de lucha callejera en la típica tradición del Hipódromo, con guijarros, espadines y parras. Los Azules ataca non can su grita de guerra «¡Abajo los Verdes¡», y los Verdes con su grito de guerra «¡Abajo los Azules!», y los persas tuvieron que retroceder. Pero el rey Cosroes, apostada en una torre capturada, observó que era sólo un ejército de chapuceros, y envió un escuadrón de Inmortales calle arriba. La milicia se dispersó, y pronto empezó una matanza en la cual perecieron cantidades inmensas de personas de ambos sexos. Antioquía fue saqueada y, en la catedral, Cosnoes encontró extraordinarias provisiones de aro y plata, suficientes para pagan das veces toda la campaña. Como castigo pon la lucha callejera, ordenó que se quemara toda la ciudad, a excepción de la catedral, pues dijo que no tenía pendencia alguna con el Patriarca. Hasta las suburbios fueron destruidas, y más intensamente que en el terreno de hacia tres años. Medio millón de personas quedó sin hogar ni alimentos. El rey congregó a cien mil de los más jóvenes y activos y los consoló así:

-Os llevaré a salvo conmigo hasta mi propio país, y os construiré una nueva ciudad en las mángenes del Éufnates, que sin duda es mejor río que vuestra Orantes. Tendréis baños y mercadas y una biblioteca pública y un Hipódromo... ¡todo cuanta podríais desear!

Luego marchó hacia Seleucia, el puerto de Antioquía, y se bañó en el man, cumpliendo un voto que había hecho al Dios Sol; y luego siguió el Orantes hasta Apamea, donde nuevamente se enriqueció can tesaras eclesiásticas. Allí, la gente le abrió las puertas, de modo que no incendió la ciudad, e incluso le permitió conservar su pose-.

sión más inapreciable: media yarda de madera aserrada de la base de la Vena Cruz.

El tiempo y la podredumbre habían vuelto fosforescente esta reliquia, de modo que brillaba en la oscuridad, lo cual se consideraba milagroso. Los sacerdotes la guardaban en un cafre de aro incrustada de gemas. Pero Cosroes se llevó el cofre.

Fue en Apamea donde ordenó una carrera de carros en su propio honor.

-Tened en cuenta -dijo- que el color Verde debe tener precedencia, pues el Emperador Justiniano y su Emperatriz, según me informan mis ministros, hace tiempo que hacen gala de un injusto favoritismo hacia el Azul.

En Persia, los carros sólo se usan en desfiles y procesiones ceremoniales; por lo tanta, Cosroes no entendía que el deporte era competitivo. Los cuatro carros fueran liberados de las «cárceles», los aunigas lucharon con gritos y latigazos pon el primer puesto, y pronto el primer Azul ganó el carril interior: quedó cincuenta pasos delante del segunda Azul, con los das Verdes muy a la zaga. Cosroes montó en cólera, y viendo en las carros Azules un emblema del Emperador, exclamó:

-¡Parad la carrera, parad a ese César! Ha tenida la impertinencia de adelantanse a mis das carros. - oldados persas irrumpieron en la arena y formaron una barrera con lanzas. Los aurigas Azules frenaron, pon temor a empalan los caballos, y a los aurigas Vendes se íes permitió toman la delantera y ganar. Fue la carrera más fraudulenta que se vio jamás en un Hipódromo (y podría cantaras algunas bastantes fraudulentas). La audiencia rió estrepitosamente, y Cosroes sonrió, sin darse cuenta de que él era la causa de esa hilaridad. «Parad a ese César» se transformó en estribillo de los círculos deportivas de todo el mundo. Casnoes era de temperamento irritable, y sarcástica por naturaleza. Por ejemplo, ridiculizaba los infortunios de las personas cuyas ciudades arrasaba, fingiendo llorar y diciendo: -Ay, pobres cristianos, fue vuestra equivocada lealtad a nuestro tonto y codicioso primo de Constantinopla lo que os llevó a esto.

Sin embargo, no era mala persona.

De Apamea regresó a su patria, no por donde había venido, sino por Edesa, Camas, Constantina y Daras. Aceptó sólo cinco mii piezas de ano como rescate de Edesa, aunque al principio se había propuesta capturaría, porque sus magos la disuadieron de semejante tentativa. Pues su vanguardia había perdido das veces el camino en el trayecto hacia allí y, cuando por último lo encontraron, el rey empezó a sufrir súbitamente de un gran dolor por un absceso bajo un diente de la mandíbula inferior. A los habitantes de Edesa no les sorprendió salir tan bien librados. Dicen que una vez Jesucristo en persona escribió una carta a un ciudadana de Edesa que lo había invitado a librar a esas tontas galileos a su destino e ir a predicar a Edesa cama huésped de honor.

Se presume que Jesús escribió: «No puedo ir, a causa de las profecías de las Escrituras, peno tendrás toda suerte de bienaventuranzas mientras vivas, y protegeré a tu ciudad del ataque de los persas para siempre». La respuesta no me parece muy probable, dadas las circunstancias: en tiempos de Jesús, los persas no eran una amenaza. No obstante, los hombres de Edesa la han inscrita con letras de oro sobre las puertas de la ciudad; su poder se mostró insuficiente en sólo una ocasión.

Mientras el rey Casroes todavía estaba cerca de Edesa, llegó una embajada de Justiniano, accediendo a las condiciones sugeridas como precio de la restauración de la Paz Eterna; a saben, un pago anual de cuatrocientas mii piezas de ano, más lo que ya había capturada en el curso de la campaña. Como acto de gracia, Cosnaes ofreció venden todos los cautivos que traía de Antioquía a un precio irrisorio a las habitantes de Edesa, que son célebres pon su benignidad. Reunieran, además de las cinco mil piezas del rescate, el equivalente de cincuenta mil. Esta suma estaba integrada por plata y dinero menudo, e incluso por vacas y ovejas, una contribución voluntaria de los granje ras. Las mismas prostitutas celebraron una reunión en la cual se decidió que todas las joyas pertenecientes a las integrantes del gremio debían añadinse al rescate. Lamentablemente, en ese momento llegó Butzes, y anunció que Edesa había desobedecido al Emperador al pagar a Casnoes las cinca mil piezas. Prohibió que se pagana más, e informó a Cosroes que la gente de Edesa había reconsiderado la cuestión y no cerraría trato. Le guardaba rencor a Casroes por haber fijado el rescate de su hermana Cutzes, capturado trece añas atrás, en una suma imposible, de manera que Cutzes había muerto en prisión. Como acto de justicia privada, Butzes se guardó para sitada el dinero de Edesa; y Cosroes se llevó a los cautivos.

Esta fue a principios de julio. El rey Cosroes recibió la noticia de que Belisario había regresada a Constantinopla. Se apresuró a volver a su país, contentándose con extorsionar ligeramente a Constantinopla y las otras ciudades por donde pasaba. No aceptó dinero de Camas, alegando

que no era una ciudad cristiana, sino que continuaba fiel alas antiguos dioses. En Daras hizo una demostración; luego, tras recoger allí cinco mil piezas más, cruzó la frontera persa, satisfecho consiga misma. En cuanto a los cau tivos, íes construyó su nueva Antioquía junto al Éufrates, y de ninguna manera quedaron defraudadas: muchos de ellas abjuraron del cristianismo y volvieron a adorar a los antiguos dioses en los templos construidos por Casroes. Simaco, el filósofa ateniense, llegó también allí y abrió una academia para el estudio de la doctrina llamada neoplatonismo, una especie de cristianismo no complicado por la historia de Jesucristo ni por las controversias sobre su naturaleza. En el Hipódromo de Nueva Antioquía el calor Verde gozó de la protección personal del rey Cosroes, y recibía los mejores caballas.

Pena Justiniano, en cuanto se entenó de que Cosroes había regresado a Persia, rompió el nuevo tratada.

Ésta, pues, fue la vergonzosa noticia con que nos recibió enjulio, cuando llegamos de Rávena a Constantinopla: en esas tres meses, Cosroes le había costada a Justiniano una suma que ascendía a no sé cuántas millones, y había demostrado tanta la debilidad de sus defensas cama la cobardía de sus tropas. Pacos oficiales de rango habían acompañada a Belisario y a mi ama en el regreso, y ninguna tropa, salvo el Regimiento Personal que, mediante el alistamiento de godos, maros y vándalos, sumaba ahora unos siete mii hombres. Eran individuos intrépidos, resistentes; pues si algún combatiente demostraba un coraje excepcional, perteneciera a las fuerzas enemigas o a las aliadas, Belisario siempre se apresuraba a tomarlo y transformarlo en un soldada de primera.

Durante la defensa de Roma, el Regimienta Personal había resistida tan a menuda el gruesa del ataque goda que los romanos salían exclamar maravillados: «¡El Imperio de Teodorico socavado por las trapas de un sola hombre!» Can nosotras venia un gran séquito de cautivos, encabezados por el rey Vitiges, la reina Matasunta y los hijas del rey Hildebaida. También traíamos todos los tesanos~ públicas de Rávena. Estos consistían en unas diez millones en lingotes y monedas de~ aro y plata; los antiguos emblemas del Imperio de Occidente; grandes cantidades de ob-~ jetas de oro y plata, incluidos los tesoros capturados par Teodorico en sus guerras' en Francia y los tesoros de la Iglesia arriana (que Justiniano había ordenado fundir); y los estandartes romanos capturados hacía siglas en la batalla de Adrianópolis, junta con la diadema que el Emperador Valente había ceñido ese día aciago.

De los estandartes y la carona comentó Belisario, cuando nos acercábamos a casa:

-La dernota de Adrianópolis está vengada al fin. ¡Ah, si mi tío Modesto hubiera vivido para ver cómo yo traía esas cosas de vuelta, qué banquete clásico nos hubie- ra ofrecido!

-Si -acordó mi ama-, ¡y qué discurso aún más clásico nos hubiera endilgado!

Belisario, creo, estaba comparando mentalmente la bienvenida que le habría brindado su tía con la que podía esperarse, en el peor de los casos, de Justiniano, dada la atmósfera de calumnias y sospechas de la corte. No porque Belisario ambicionara honores y tftulos: lo satisfacía la mera sensación del deber cumplido. Pena como era de corazón generoso, lo ofuscaba fácilmente la mezquindad de las otras. Tenía esperanzas, sin duda, tanto por Justiniano como por él misma, de que todas las sospechas se hubieran disipado a su regreso y los charlatanes dejaran de entrometerse.

Si mi interpretación de sus pensamientos es correcta, íes aguardaba una inmensa decepción. Crea que nunca antes en el mundo, un general leal y victorioso ha recibida una bienvenida tan fría de su Emperador. La chusma de la ciudad no escatimó expresiones de admiración por Belisario, aclamándola como el única capaz de defender el Impeno contra los persas. Pero Justiniano sentía tanta envidia que no celebró el merecida triunfa; ni siquiera exhibió públicamente los despojos godos. Fueran desembarcados privadamente en el puerto imperial y depositados en el Palacio de Pónfido, donde nadie podía verlos, salvo los miembros del Senado. Justiniano no quería ceder nada del dinero a Belisario; por temor, supongo, a que lo distribuyera generosamente entre la multitud y aumentara así su popularidad. Pero Teodora insistó en que

debía recibir al menas media millón por los gastos del Regimienta, pues los hambres no recibían paga ni naciones del fondo público, a menos que estuvieran en servicio activo. Durante todas sus guerras, Belisario no sólo daba a sus tropas personales sueldo y raciones extra pagadas del propia bolsillo, sino que les resarcía las pérdidas en armas y equipo, lo cual no era de ningún modo una práctica habitual: además, las condecoraba con anillos y cadenas de honor pon las proezas militares descollantes y pensionaba a los enfermas y lesionadas que estaban incapacitadas para seguir combatiendo. Más aún, si cualquier viejo saldado se le acercaba y le decía, por ejemplo: «He pendido un braza en tu primera campaña persa y al fin he caída en la mendicidad», Belisario le daba dinero, aunque el hombre no hubiera estada bajo su mando directo. Semejante generosidad, desde luego, aumentó las suspicacias de Justiniano, cuya noción de lo que merecían los veteranos tullidos era mezquina.

Los ciudadanos decían de Belisario: «Es una especie de monstruo. Nadie lo ha visto borracho; viste tan simplemente como se lo permite su rango; lejos de ser lujurioso, ni siquiera ha pasado una mirada ansiosa en una sala de sus cautivas, aunque en el mundo no existen bellezas más grandes que las mujeres vándalas y godas; ni siquiera es un fanático religioso». Acompañado par mi ama y un numerosa cortejo de coraceros, salía de su casa de la Calle Principal a pie todos los días, y caminaba hasta la Plaza de Augusto para cumplir can sus deberes en el Despacho de Guerra, y más tarde para rendir homenaje a los Soberanos. La multitud nunca se cansaba de mirar a esa figura alta y ese rostro franca y grave, y a los soldados que manchaban con paso regulan detrás suyo. Estos eran persas de tez oscura y rasgas delicados, y vándalos blancos y rubios, y godos fornidas y pelirrojos, y hunos patizambos de ajas oblicuos, y moras de pelo renegrida y rizado y narices ganchudas y labios gruesas. La gente miraba a mi ama y susurraba: «Elia también es una especie de monstruo. Destruyó a muchos godos personalmente, apuntando una catapulta, fue ella quien socorrió a Roma». Una vez le oi decir a un sacerdote: «Bien profetizó Salomón de esta ramera en los Libros de Proverbias: "Ella ha derribado a muchas heridos; si, muchos hombres fuertes ha matada. Su morada es el camino del Infierno, y desciende a las cámaras de la muerte"».

Luego, aunque sólo una imaginación retorcida podía haber interpretada la genuina modestia de Belisario como afectación, Narses y Juan de Capadocia dijeron a Justiniano:

-Está planeando una rebelión. Mira cómo se atrae las simpatías de la chusma, de moda que su más ínfimo movimiento en las calles se transforma en una especie de procesión festiva. El esplendor de Su Gloriosa Majestad queda oscurecida par cantras te, para la mirada vulgar. Él cree ahora que ambos imperios están a su alcance; ha venido a Constantinopla para exhibir sus cautivas, y en el momento oportuna intentará arrebatarte la diadema de tu serena frente. Sé el primero en actuar.

Justiniano, que era un pusilánime, los despidió diciendo:

-Aún no tengo pruebas. -Temía a Teodora, de quien mi ama Antonina era tan íntima amiga; además, si Cosroes lanzaba otra invasión el año siguiente, sólo Belisario podría frustrar el ataque.

En cuanto al rey Vitiges, homenajeó a Justiniano e incluso renegó de sus errores arrianas; obtuvo el rango de patricio y grandes propiedades en Gálata, contiguas a las que se habían entregado a Gelimer. Pera el matrimonio entre él y Matasunta fue anulado a petición de ambos. Como retribución por sus servicios relacionados con los incendios de los graneros, Matasunta obtuvo permiso para casar con Germán, el sobrino de Justiniano que había contribuido a sofocar el motín de Stotzas. Los otros cautivos godos fueran organizados en unidades de caballería y enviados a custodian la frontera del Danubio. Eso es toda, pues, en cuanta a los godas.

En Constantinopla vimos por primera vez la iglesia de Santa Sofía terminada. El arquitecto era Antemio de Trailes. Justiniano le había dicho:

-No repares en gastos para hacer de éste el edificio más bella y duradera del mundo, para gloria del nombre de Dios y del mio.

Antemio estuvo a la altura de su misión. Es su nombre el que merece la gloria principal, pues Justiniano no hizo más que aprobar sus pianos. Si hay que honrar algún otra nombre, sean los de Isidoro de Mileto, el asistente de Antemio, y el de Belisario, cuya victoria sobre los vándalos suministró los tesoros que costearon la construcción de la catedral y los esclavos necesarios.

La catedral se destaca entre todas los edificios vecinos, aunque son imponentes.

Par comparar lo grandioso con lo inferior, es como un enorme buque mercante atracado entre barcazas en el Cuerno. Sus proporciones están tan exquisitamente calculadas, sin embargo, que no hay nada brutal ni abrumador en su tamaño. Tiene, por el contrario, una nobleza grácil, peno seria, que sólo pueda expresar diciendo: «Si Belisario hubiera sido tan buen arquitecta coma soldada, ésta es la iglesia que habría construido».

Santa Sofía tiene más de doscientes pies de ancho, trescientos de largo y ciento cincuenta de alto. La corona una cúpula enorme; y cuando uno alza los ojos hacia el cielo naso, que tiene incrustaciones de aro puro pon doquier, da la impresión de que toda la estructura se derrumbará en cualquier momento, pues no hay vigas ni pilares centrales para sustentaría, sino que cada parte converge hacia dentro y hacia arriba, hasta el punto central de la cúpula. Los ciudadanos dicen a los visitantes del campo:

«Un demonio, por anden del Emperador, suspendió la cúpula del cielo mediante una cadena de oro hasta que erigieron las otras partes para ensamblarlas con ella». Muchos visitantes toman esta broma en seria.

Hay das pórticos, cada cual can un techo cupular incrustado de oro, uno para los feligreses de cada sexo. ¿Quién podría describir dignamente la belleza de las columnas talladas y los mosaicos que adornan el edificio? El lugar se asemeja ante todo a un prado primaveral baja un sol ancho y áureo, con las grandes pilares de piedra del cruceno elevándose del suelo coma árboles; muchas colares diferentes de mármol se han utilizada en las paredes y en el suela: rajo y verde y púrpura moteado y trigueño y amarillo cremoso y blanco puno, con la pátina azul de lapislázuli aquí y allá. Tallados, cincelados y molduras exquisitas hacen una delicia de cada detalle, y las múltiples ventanas de las paredes y la cúpula inundan el crucera de luz. Para apreciar este edificio y adorar en él la Sabiduría a la cual está consagrada, no es preciso ser cristiano ortodoxa; y está abierta a todas horas, incluso a los fieles más pobres, en tanta no hayan ofendido las leyes y se comparten decorosamente. Un mendigo puede entrar e imaginanse Emperador, de pie en medio de tan pródigo esplendor; sólo algunas partes del edificio le están vedadas, cama el santuario, que está laminado con cuarenta mii libras de plata reluciente, y ciertas capillas privadas. En cuanto a las reliquias de santos y mártires, las hay en profusión, y algunas de las puertas interiores están hechas de una madera que (dicen) formó parte del anca de Noé.

Fue durante una visita a Santa Sofia, creo, cuando Teodosio se convenció de que estaba viviendo una vida sin objeto, y de que sólo hallaría nuevamente la paz si regresaba al monasterio. No se trataba de que ahora fuera más francamente cristiano que antes, sino de que en Éfeso su vida estaba regulada por normas estrictas y no le era precisa pensar qué haría después. Teodosio no era hambre licenciosa; en vendad, al aceptan las restricciones monásticas a las pasiones, estaba soportando lo que la mayoría de los hombres habría juzgado intolerable. También sabia que era tema de constantes habladurías en relación con mi ama Antonina, y que lo llamaban su efebo; y mi ama, para sofocan esas rumores, siempre se dirigía a él con humillante severidad en pública, aunque muy afectuosamente en privado. Además, Teodosio estaba tan harto de la guerra que no podía nesignarse a la idea de una nueva campaña, y para calmo en Oriente, donde era muy probable que pronto enviaran a Belisario: el calor bochornoso le causaba náuseas y mareos. Por lo tanto, una noche, recogió secretamente unas pocas

pertenencias, se embarcó en una nave mercante y zarpó hacia Éfeso, dejando una breve nata de disculpas y despedida.

Mi ama quedó tan consternada por su alejamiento que no podía probar bocado ni atender a sus asuntas cotidianos, y pronta cayó en cama. Ahora tenía cuarenta años, y las ansiedades de la campaña italiana le habían dejada un semblante crispado y ojeroso que no podían hacen desaparecer los cosméticos ni los masajes. Además, hacía poco que se había iniciado el cambio de su sangre, de moda que estaba nerviosa e irritable; se sumió en una melancolía de la cual Belisario, pese a su amor y paciencia, no pudo arrancarla. Al parecer, tomó la partida de Teodosio como indicio de que su gran belleza (que él acostumbraba a festejar, como un cortesana, en canciones de su propia cosecha) se había disipado, junto con ese ingenio y atractivo celebradas por todas. Considero que Belisario demostró en esa ocasión auténtica magnanimidad. Cuando ella confesó que sólo la presencia de Teodosio podía reviviría, él acudió directamente a Justiniano y solicitó humildemente que se lo ilamara.

Justiniano consintió en escribirle al abad de Éfeso, pidiéndole que librana a Teodosio de sus votos y lo enviara de regresa; pero Teodosio declaró que ninguna autoridad humana, ni siquiera el Emperador, podía privaría del derecha de ser monje.

Cuando, en la primavera, el rey Cosroes neanudó sus operaciones militares y Belisario fue despachado apresuradamente a la frontera para aponérsele, mi ama se quedó en la ciudad, aduciendo que, tan abatida, no seria más que un estorbo para él.

VICTORIA EN CARQUEMIS

dadmi relata entra en una fase que no me complace, pues acarreó gran infelicidad a mi ama Antonina y aún mayar infelicidad a Belisario, su esposo, pese a la notable victoria que obtuvo sobre los persas. Pero lo malo debe narnarse junto con lo buena.

Mi ama, como he dicha, permaneció en Constantinopla mientras Belisario era en viada contra el rey Cosroes, a finales de la primavera del año de Nuestro Señor de 541. Había dedicada todo el tiempo que le permitían sus deberes cortesanos a entrenan a los reclutas gados del Regimienta Personal en el uso del arco y en su probada sistema de táctica de caballería. Pena había un material de combate muy diferente aguardándolo en el este. Cuando llegó a Danas -un lugar, escribió, para él dulcificado pon el necuer do de la visita de mi ama- encontró las fuerzas imperiales sumidas en un estada caía mítaso de disciplina y entrenamiento; y en cuanto al coraje, temblaban can sólo oir el nombre de Persia. Sus siete mil hambres eran lo única con que podía contar para una lucha seria. Muchos regimientos regulares, que de acuerda con las listas del ejército estaban completas y recibían paga y raciones para todos los hombres, tenían varios cientos de hombres menos, y los presuntas soldados entrenados eran obreras sin armas.

empleadas para mejorar las fortificaciones de Daras y otros lugares, según el pian que el mismo Belisario había trazado doce años antes, y cuya necesidad sólo últimamente se había descubierto.

El rey Casroes era diferente de la mayor parte de los monarcas orientales con ambiciones militares, cuya práctica consiste en perseguir personalmente los objetivos fáciles y delegar los peligrosas en sus lugartenientes: por el contraria, él siempre elegía los blancos más arriesgados. A invitación de los nativos de Cólquida, que eran yergan zosamente explotados por las recaudadores de impuestos de Justiniano (aunque su tierra era sólo un protectorado romana, no una posesión), invadió la región por una ruta de las colinas del Cáucaso que ningún ejército persa había tomado antes y que siempre se había considerada imposible. Había enviado pon delante una vasta fuerza de pianeros, para que abrieran un camino a través de las selvas virgenes y las laderas de las precipicios, lo suficientemente ancho y firme aun para el transporte de elefantes. Su plan no se sospechaba, pues él había difundido que emprendía la expedición contra una tribu de hunos que había estada atacando la Iberia persa. En pacas palabras: penetró hasta la costa de Cólquida, capturó la importante fortaleza romana de Petra,

mató al gobernador romano, fue aclamada pon los nativas como un libertador, se adueñó del país.

Belisario se enteró de la expedición gracias a sus espias apostados al otro lado de la frontera mesopotámica, aunque aún no había noticias sobre los resultadas. Decidió que la única esperanza de la Cólquida consistía en hacer regresar apresuradamente a Cosroes mediante algún contragolpe. Reunió a todas las fuerzas disponibles de las diversas ciudades y habló muy crudamente a los generales, reprochándoles su negligencia con las fuerzas a su mando. Los amenazó, diciendo que, a menas que esas soldadas estuvieran decorosamente armados, equipados y entrenadas en das meses, vería de que los degradaran a todos. También insistió en que como generalísimo esperaba una obediencia incondicional.

-No obstante -dijo-, he estado diez años en el Imperio de Occidente y, como es obvio, no sabré aprecian la actual posición estratégica en todos sus detalles. Me gustaría recibir una opinión franca de cada una de vosotros en cuanta a la posibilidad de una incursión inmediata más allá de la frontera. El gran rey está lejas. Aunque sin duda ha dejado sus fortalezas fronterizas bien custodiadas, y quizás ésta sea una oportunidad excelente para vengar el saqueo de Antioquía y restaurar la capacidad ofensiva de nuestros hombres. El Emperador me ha enviado aquí con el expreso propósito de reafirmar el honor del ejército romano.

Butzes, ansioso por granjearse nuevamente el favor de Belisario, acardó que una incursión sería una medida excelente; y también Pedro, el gobernador de Daras, por la misma razón. Pena los comandantes conjuntos de las tropas tracias del Líbano -los mismas que habían traicionada a Antioquía escapando con todos sus hombres por la puerta de Dafne- pusieran trabas. Si acompañaban a Belisario, dijeron, nada impediría al rey de los sarracenos devastan Siria y Palestina en su ausencia.

-He estada lejos de Oriente, coma digo, durante diez añas -repuso Belisario-, peno no he olvidada tanta como parecéis suponer. Los sarracenos, sin duda, están a punta de inician el ayuno del Ramadán, cuando por respeta al Dios Sol no prueba bocado en las horas del día y se abstienen de luchar durante das meses entenas. -Esto los silenció.

Pocos días más tarde, Belisario condujo su ejército de campaña de quince mil hombres más allá de la frontera persa y acampó a ocho millas de Nisibis. Con él iban también cinco mil árabes al mando del mismo rey Harith ibn Gabala, de Bostra, que lo había abandonado diez años antes, durante la Batalla Innecesaria, pera a quien Justiniano había perdonado su deslealtad. Los persas despreciaban ahora tanto a nuestras ejércitos que era probable que abandonaran la protección de su sólidas fortificaciones para salir al encuentro de Belisario. Él tenía esperanzas de derrotarlos de este modo: contarles la retirada y permitir que sólo un escuadrón escapara a Nisibis, y luego capturar la ciudad enviando una partida de hombres vestidos con armadura persa para que se mezclaran can los fugitivos y les mantuvieran las puertas abiertas. Sin embargo, Pedro se opuso a este pian, pues pensaba que convenía intimidar a los persas acercándose más. Insistió en acampan a sólo una muía y media de la ciudad.

Belisario le envió un mensaje a Pedro, diciendo que su coraje era encomiable, peno que, si combatía con los persas y los derrotaba donde estaba acampada, ellos tendrían que recorrer un corta trecho para netirarse; y que al tomar esa posición estaba actuando directamente contra sus órdenes.

Pedro respondió: «Te he servido hace algunos años junto al Éufnates, donde, aunque los persas estaban a cientos de millas de distancia de una fortaleza, vacilaste en atacarlos. Me vanaglorio de no temer a los persas. En cuanta a la obediencia, tenga informes de que recientemente en Rávena desobedeciste órdenes del misma Empena don. Sin embargo, no te acarreó ningún perjuicio».

Belisario le escribió nuevamente: «Las circunstancias alteran los casos. Sin embargo, no me proponga discutir contigo. Si, contra mis órdenes, insistes en tu bravuconada, cuidate al menos, te lo ruego, de que sea un ataque por sorpresa, especialmente a la hora de la comida>'.

Coma a mediodía el calor era agobiante, los hambres de Pedro se quitaran la armadura y dejaron las armas, y algunos fueron en grupos de das y tres a robar melones de los huertos, a pacas cientas de yardas de las murallas de Nisibis. La caballería persa hizo una salida repentina desde tres puertas y obligó a los ladrones de melones a retroceden hasta la cerca del campamento. Los guardias del campamento cogieron las armas apresuradamente y acudieron en auxilio de sus camaradas, pero tuvieron que netirarse desordenadamente. Pedro se vio obligada a abandonan el campamento a toda prisa, tras perder no sólo cincuenta hombres, sino también el estandarte del regimiento.

Por suerte, las vigías de Belisario habían vista una nube de polvo en la dirección de Nisibis, y se lo informaron enseguida. En el campamento de Belisario había arden permanente de que el almuerzo se sirviera por turnos, y sólo un tercio de los hombres quedaba relevado de sus deberes en cada ronda; de manera que, un minuto después del trompetazo de alarma, los coraceros de Belisario galopaban por la carretera de Nisibis para socorrer a Pedro. Belisario los acaudillaba, con sus reclutas godas montados en caballos pesados, y encontró a los persas ocupados en reordenar las filas tras un precipitado pillaje del campamento. Sepanándose en das columnas para un ataque por ambos flancos, convergieron sobre el enemiga a todo galope, disparando desde las monturas y cargando can las largas lanzas. Las flechas enemigas no los detuvieran, pues, como ya he explicado, los ancas persas son demasiada ligeras para ser eficaces contra la caballería pesada. Los godas tuvieron la satisfacción de romper las filas persas en la primera embestida y de obligarlas a retroceder atropelladamente a Nisibis.

El regimiento de Pedro se salvó, pero a expensas de los planes de Belisario; en cuanta a las persas, que habían perdido ciento cincuenta hombres en la escaramuza, comprendieron que Belisario había regresada a la frontera y no había perdido su antiguo vigor.

No se aventuraron a salir nuevamente de la ciudad; pera desplegaron el estandarte del regimienta de Pedro en una de las torres, adornándolo con salchichas negras para burlarse.

Ahora que Belisario no tenía esperanzas de tomar Nisibis par sorpresa, decidió seguir de largo, sabiendo que ninguna técnica de sitio ordinaria podría reducirla en menos de un año. La siguiente fortaleza hacia el este era Sisaurano, a unas treinta y cinca millas; la guarnición, incluida la milicia local, sumaba cuatro mil hombres. Belis ario podía arniesgarse a dejar a sus espaldas Nisibis can su guarnición de seis mii, pena no Sisaunano y Nisibis. Por lo tanto, decidió sitiar Sisaurano con sus fuerzas principales, dejando una pequeña fuerza de contención en Nisibis, y enviar al rey Hanith para que devastana la provincia de Asiria can sus árabes.

Esta parte de Asiria había estado a salvo de las incursiones romanas durante siglos.

Los habitantes vivían absolutamente seguros y eran extremadamente ricos. Con el rey Casroes en Cólquida y las fuerzas fronterizas persas encerradas en Nisibis y Sisaunano, los hombres del rey Hanith saquearan con más facilidad que nunca en sus vidas. El rey Hanith consideró que seria una verdadera lástima compartir tanta riqueza con los ejércitos romanos de la retaguardia, como lo establecía el convenio, y por lo tanto decidió regresar a su corte de Bostra par otra camino. La acompañaba un escuadrón de coraceros al mando de Trajana, y otro de tracios al mando de Juan el Epicúreo, para apoyar a los árabes en caso de que se taparan con una resistencia de consideración.

Pero Harith engañó a Trajano y a Juan dando instrucciones a sus exploradores de que informaran que un gran ejército persa había irrumpida en el norte de la zaga de la expedición y estaba al acecho en el puente de Tigris por donde habían cruzado. Anunció que volvería inmediatamente a su corte. Juan el Epicúreo, entorpecido por el botín, desistió de enfrentanse por su cuenta con toda un ejército y decidió seguir el ejemplo de Hanith. Trajano, siendo inferior en rango, tuvo que acompañarlo. Por lo tanto, toda la expedición marchó al sur a lo largo del Tigris hasta llegar al puente de Nínive, donde cruzó el ría; Juan el Epicúrea y Trajana regresaron luego a territorio romano pon el desierto, tomando el camino de Singara y las zonas

más bajas de las Abarras. El rey Hanith llegó a Bostra sana y salvo, con su botín, tras una marcha aún más prolongada.

(Justiniano perdonó una vez más a este árabe artero, y algunas años más tarde, cuando destruyó un ejército del rey de los sarracenos, le dio rango de patricio, y lo recibió honrosamente en Constantinopla.) Entretanto, Belisario esperaba noticias del rey Hanith -o en cualquier caso, de Trajana- sobre los avances realizados y las fuerzas persas acantonadas en Asiria. Al no recibir ningún mensaje, empezó a inquietanse. Pero logró capturan Sisaunano: atestada de campesinas refugiados, se rindió por hambre a las seis semanas de sitio. Al contrario de las ciudades fronterizas de Danas y Nisibes, ésta no tenía una previsión permanente de alimentos cama salvaguardia contra un sitio, y la aparición repentina de Belisario no había permitido reunir reservas de grano de la campiña circundante.

Las condiciones de Belisario fueron generosas: la libertad para todas los ciudadanos -cristianas de ascendencia romana, pues Sisaurano era una de las ciudades entregadas a Persia un siglo y medio antes pon el vergonzossa tratado de Joviano- y, para los ochocientas jinetes persas de la guarnición, la opción entre la esclavitud ordinaria y el alistamento en el ejército del Emperador Justiniano. Escogieron servir a Justiniano y más tarde fueran transferidos a Italia para combatir a los godos, tal como los godas alistados en el Regimienta Personal habían sido transferidos a la Mesopotamia para combatir a los persas. Las fortificaciones de Sisaurano fueran demolidas.

Aún no había noticias del rey Hanith, y Belisario temía que toda la expedición hubiera sido emboscada y destruida. Celebró un consejo de guerra y propuso un avance a través del Tigris: tal vez Hanith estuviese aún resistiendo en un ciudad capturada y espenara auxilio. Pero ninguno de los generales aprobaba el proyecta. Los del Líbano insistían en regresar can sus trapas, ahora que había terminado el Ramadán de los sarracenas, mientras las otras destacaban que sus tropas estaban sufriendo el calan tan severamente que un tercio estaba incapacitada para luchar. Prorrumpieran en un desordenado clamar, cuyo estribillo era: «Llévanos de vuelta. No cruzaremos el Tigris. Rehusamos seguir adelante. Llévanos de vuelta«.

De modo que, por la bravuconada de Pedro, la traición del rey Harith, la credulidad de Juan el Epicúreo y la cobardía de estos otros generales, Belisario quedó privado de la que pudo ser la mayor de todas sus victorias. Pues cuando el rey Cosraes se entenó en Cólquida de la incursión árabe en Asiria y de la captura de Sisaurano pon Belisario, regresó apresuradamente por la carretera que pasa al oeste del lago Van y a lo largo de la margen oriental del Tigris. Ya había pendido casi la mitad del ejército por culpa de una epidemia de cólera. Ahora perdió la mitad de la tropa restante por un fallo en su aprovisionamiento: la atroz noticia del cólera hizo que sus carromatos de alimentos volvieran a Iberia. Sufrió una nueva demora porque un alud destruyó su nueva carretera en el trama más dificultoso del trayecto, de modo que tuvo que abrirla nuevamente para pasan. Si Belisario hubiera podida cruzan el Tigris, habría interceptada a Casnoes y, como las persas estaban en un lamentaÑe estado de hambre y confusión, sin duda habría sumado un tercer rey capturada a los presentes hechas a Justiniano.

Pero no pudo ser: Belisario no logró persuadir a sus generales de marchar. Puso a sus convalecientes en carros y se retiró a Daras, pasando Nisibis.

En Constantinopla estaban sucediendo extrañas acontecimientos. Ante todo, apareció en la ciudad un hija ilegitimo de Teodora, nacida en Egipto durante aquel año de infortunio en que abandonó el establecimiento para ir a Pentápolis. El padre era una persona sin importancia, un mercader árabe muerta recientemente; le había arrebatado al niño (a quien bautizó Juan) de las manos. Teodora había dicho a Justiniano que nunca había tenida un hija; y cuando él le confirió rango de patricia, ella firmó un documento afirmándola solemnemente. La ventaja de Juan de Capadocia sobre Teodora era su conocimiento de que ese hijo existía: sus agentes en Egipto le habían comunicada la historia, pena sin detalles para corroborarla. Teodora no podía estar segura de si poseía o no alguna prueba de peso para presentar a Justiniano; ella misma nunca había podido descubrir dónde estaba su hijo. Al fin, ese joven, Juan el Bastando, se entenó del secreta de su nacimiento gracias a su padre moribunda y viajó a Constantinopla desde Adén, la

ciudad del man Roja en que vivía. Llegó a Teodora a través de mi ama Antanina, pues sabia que el primer esposo de Antonina había sido sacio del padre. Si esperaba ser saludada con lágrimas y besos maternales y recibir una posición destacada en la corte, estaba muy equivocado. Teodora no perdió el tiempo. Lo declaró demente y lo encerró en un manicomio, donde pronto murió. Elia no había amado al padre, ¿pon qué iba a aman al hijo? Además, era un tipa codicioso, vano, ignorante.

Teodora, can suspiras de alivio, le dijo a mi ama:

-Ahora al fin, querida mía, podemos arreglar cuentas can Juan de Capadocia: ya no tenga nada que temer de él.

Pera Teodora sabía que hasta que Teodosio regnesara de Éfeso, mi ama no estaría de ánimos para ayudarla en una conspiración de venganza. De modo que, aunque mi ama estaba convencida de que nada haría salir a Teodosio de su retiro, Teodora hizo saben al obispo de Éfesa, uno de sus protegidos monofisitas, que debía ingeniánselas para enviar inmediatamente de regreso a Constantinopla al monje Teodosio. El obispo ordenó al abad del monasterio, que tenía normas muy pocas rigurosas, que impusiera a Teodosio penitencias y restricciones que lo obligaran a pedir voluntariamente la absolución de sus votos.

Las esperanzas de mi ama revivieron un poca ante esta novedad, y empezó a urdir planes para atrapar y arruinar a Juan de Capadocia. Su primera medida fue cultivan la amistad de la única hija de Juan, Eufemia, una muchacha inteligente a quien él adoraba. Teodora le había elegido un esposo con quien ella no deseaba casarse. Mi ama, explotando el resentimiento de Eufemia contra Teodora, logró granjearse su simpatía.

Eufemia le preguntó una noche:

-Ilustre Antonina, querida amiga, ¿par qué pareces tan triste estos días y apenas sonríes? ¿Temes por el destino de tu valiente esposo en la guerra?

Mi ama, que, por cierto, no tenía intenciones de confiar a Eufemia cuánto extrañaba a Teodosio, respondió lacónicamente:

-Temo poco por la seguridad de mi esposo en la batalla. -Luego, en un rapto de inspiración, continuó-: Lo que me causa desazón es que el Emperador sospeche tan irrazonablemente de la lealtad de mi esposo. Tema mucha más pon su seguridad cuando está aquí, en Constantinopla.

-¡Sospechar de la lealtad de Belisario! -exclamó Eufemia-. ¡Vaya, no creo que en el Imperio haya hombre más fiel a la causa del Emperador!

Mi ama se levantó, cerró cuidadosamente todas las puertas, y luego susurnó:

-Hace mucho tiempo que ansio confiarme a alguien, quenidisima niña, pues mi corazón está a punto de estallar de indignación ante el ingrato tratamiento que ha recibida mi noble Belisario. Ha ampliado los dominios del Emperador en decenas de miles de millas cuadradas y su tesoro en decenas de millones de piezas de aro, y le ha traído cautivos a das reyes poderosos, por no mencionar que él aplastó los Disturbios de la Victoria, cuando el Emperador estuvo a punto de perder el trono. Pena el bribón de Justiniano le tiene envidia y lo trata como a un perro o un criminal. Belisario me dijo antes de partir: «¡Cualquier Emperador sería mejor que éste! Me siento libre de mis votas de lealtad, pues ya me ha maltratado demasiado».

-La culpa es sólo tuya y de Belisario, queridisima amiga -replicó Eufemia-, pues aunque tenéis el poder, vaciláis en usarla.

Mi ama replicó sin titubeos:

-Pero, niña, no podemos iniciar una revuelta militar sin cantar con la ayuda de ministras poderosas en la corte. Tu ilustre padre, por ejemplo, no nos tiene ningún aprecio. Si lo tuviéramos a él de nuestra parte... De paso, él es el hombre indicado para ocupar el trono de

Justiniano. Mi esposa no lo ambiciona personalmente, como sabes: sólo le interesa la vida militar.

La ansiedad de Eufemia por escapar de ese matrimonio indeseado la volvió particularmente elocuente cuando expuso la situación a su padre. Pero su tarea era fácil, pues Juan de Capadocia tenía la secreta convicción de que un día ceñiría la diadema. Un viejo astróloga del Hipódromo, quizás el mismo que había hecho profecías tan certeras a Teodora y ami ama, le había dicha hacia muchos años: «Hijo mio, un día los soldados de palacio te pondrán el manta de Augusto, y ése será un día de gran júbilo en la corte».

Juan quedó por lo tanta sumamente complacido cuando Eufemia le cantó la conversación. Dijo a Eufemia que asegurara ami ama Antonina que podía contar absolutamente con él en todo cuanta pudiera contribuir al derrocamiento de Justiniano. Mi ama abrazó a Eufemia y le juró por el Espíritu Santo que su padre podía tener la seguridad de que Belisario y ella le demostrarían la misma determinación que él había demostrado.

Antes de que la conspiración siguiera adelante, Teodosio, para inexpresable alegría de mi ama Antonina, regresó de Éfeso, harto de los rigores penitenciales que le había impuesto el abad. Ya no era monje y pronto volvió a sus viejas costumbres: ricas túnicas, perfumes, el canto y la guitarra, chanzas de moda, vivaces carcajadas por nada.

¿Cómo dar cuenta de este cambio de mentalidad, tan inexplicable coma su repentina zambullida en la vida religiosa? Bien, hay temperamentos de esta especie, sobre toda entre los tracias, cuyas contradicciones nos llevaría mucho tiempo comentan; quiza la clave del misterio esté precisamente en que les gusta que los demás comenten. Así que no digamos más sobre los motivos de Teodosio, contentándonos con referir sus hechos y palabras.

Focio, el hija de mi ama, estaba fuera de la ciudad en ese momento, aunque había ¡ estada vivienda can nosotros desde la partida de Belisario. Había contraída deudas enormes por especulaciones comerciales en Antioquía, antes que la ciudad fuera devastada, y por apostar en las carreras y las peleas de osas. Si no cumplía pronto con su obligaciones, seria degradada, par estar en bancarrota, de la Orden Patricia; pero estaba segura de que su madre acudiría al rescate para evitan un escándalo familiar. Tal vez lo hubiera hecha, si Teodosio no le hubiera cantado una historia que la enfureció sobremanera. Dijo que había huida a Éfeso porque Focio había amenazado can matarlos a ella y a él, a menos que abandonara la ciudad al instante: por eso había tan reacio a volver.

Siguieron muchas intrigas. Mi ama, desde luego, rehusó pagar las deudas de Focio; y, cama al oir la historia había pedido protección policial para Teodosio y ella, y toda el asunto era ya de dominio pública, envió a Belisario un informe completo. También amenazó a Focio can un severa castigo a manas de Teodora.

Facio cruzó apresuradamente el Bósforo y tomó un calesín de postas hasta la frontera persa, para ponerse bajo la protección de Belisario. Qué le dijo exactamente a Belisario lo ignora, pero la esencial era que Teodosio se había ido a Éfeso pan segunda vez.

con la intención de volver a mi ama en Constantinopla, en cuanto Belisario estuviera fuera del pasa; que, en efecto, había regresada, y que ambas vivían ahora en pecada y sin disimulas. Además, se quejó de que mi ama le había robado una gran cantidad de dinero para regalarla a su amante; y de que, además de haberla puesta al borde de la bancarrota, lo estaba presionando de todas las maneras pasibles porque sabia demasiado de ella.

Belisario oyó esta historia atroz de labios de Focia el misma día en que estaba celebrando su consejo de guerra en Sisaurano. Pensar que influyó en su decisión de retirarse del territorio persa sería natural, si no fuera tan manifiesto que él anteponía sus deberes militares a toda consideración personal. Al menos, sus colegas debieran tener en cuenta esta característica. No obstante, circuló el rumor de que ésa era la causa, creado par los mismas generales que habían tenido tanto teman de cruzar el Tigris.

Después del conseja de guerra, Belisario conversó nuevamente con Focio, quien juró pan el Espíritu Santa -el juramento más terrible que puede pronunciar un cristiana, ya que, cuando se lo pronuncia en falso, puede condenar el alma, dicen, a suplicios eternas en el Infierno- que decía la verdad. Para respaldar sus afirmaciones, había traído das criados coma testigos, y un senador que era uno de sus principales acreedo-1 res y estaba también al barde de la bancarrota. Estos, con Focio, lograron convencer a Belisario. Tal vez su decepción para la campaña y el estado precario de su salud.

tras un mes de disentería contribuyeron a ofuscar su habitual lucidez. Pon otra parte, hay que decir en su defensa que las relaciones de mi ama con Teodosio daban una impresión realmente muy misteriosa. Ni siquiera ya, cama ya he confesado anteriormente en este relato, pude decidir nunca cuáles eran sus verdaderas características.

De un modo u otro, Belisario sucumbió a un ataque de celos furibundos; todas sus oficiales quedaron azoradas ante este cambio. Por una vez en la vida, olvidó sen paciente o amable con sus hombres, y actuaba tal como cualquier otro general, excepto que en sus arranques se abstenía de blasfemar. No contribuyó a mejorar su estado una canta de mi ama, en la cual le escribía que Facio había escapado de Constantinopla con la boca llena de calumnias y que ella la seguía precipitadamente para llenársela de barro.

Le informó que Teodosio, por temor a que los amigos de Focio lo asesinaran, regresaría provisionalmente a Éfeso en su ausencia.

Sin embargo, el asunto de Juan de Capadocia tenía que concluirse antes de su partida; de lo contrario, el complot podría volverse contra ella. De moda que me envió a Juan de Capadocia para decirle que ella partiría inmediatamente a Daras con el propósito de confundir a Belisario de que contaba can respaldo para iniciar un levantamiento para derrocar y suplantar a Justiniano. Concerté que Juan de Capadocia se encantrara secretamente con mi ama a medianoche en un huerto de una finca de Belisario en las Rufinianas, un suburbio de Constantinopla, en la otra margen del Bósforo:

ésa sería su primera parada antes de abandonar la ciudad. Mi ama no dudaba que él caeria en la trampa. ¿No había utilizada el nombre del Espíritu Santo para asegurar a Eufemia que sus intenciones y las de Belisario eran firmes?

Mi ama comunicó mi éxito a Teodora, quien confió el asunto a Narses (ahora en malos términos con Juan de Capadocia) y a Marcelo, el comandante de la Guardia Imperial. Nanses y Marcelo fueron a las Rufinianas disfrazados, can una partida de soldados; y a la hora acordada esperaran en sus puestos en el huerto, algunos de ellos escandidos tras una cisterna y otros entre las ramas de los manzanas. Dicen que Justiniano había percibido que alga se estaba fraguando, pera a él le informaran que era un auténtico complot contra el trono; y que envió este mensaje a Juan de Capadocia:

«Lo sabemos todo. Desiste, o morirás. Tu cómplice Antonina no cuenta con nuestro favor». Pera si es cierta que Juan de Capadocia recibió ese mensaje, debió considerar más peligrosa responder a él que continuar con la conspiración, y tomar esa alusión a mi ama cama prueba indiscutible de la sinceridad de ella. De un moda u otro, cuando Juan de Capadocia se escabulló de la ciudad con un grupo de sirvientes armados para asistir a la cita de esa noche, había resuelta acompañarla a Daras.

Estaba oscuro como la pez en el huerto, y a mi me castañeteaban los dientes de aprensión mientras esperaba junta a mi ama Antonina, pensando cuántas cosas había en juego. Cama ella, yo vestía una cata de maila bajo la capa. A medianoche, un guante voló por encima del portón del huerta; lo devolví: la señal convenida. Recibimos a Juan y a sus doce esbirros capadocias.

Él y mi ama entrechocaron las manas cama auténticas conspiradores, y al momento él empezó a maldecir a Justiniano, tildándolo de monstruo, tirano y cobarde; no fue necesaria que ella se comprometiera en absoluto. Y lo curioso es que, mientras él seguía farfullando, ella cayó en la cuenta de que el enigmático superintendente de policía que le había hablado aquella noche en la

iglesia, hacia tanto tiempo, cuando iba a Blaquernas al salir del palacio, había sido el mismo Juan disfrazado; pues en ese mo menta pronunció mal una palabra griega poco usada, igual que aquel otra hombre.

No pudo contener la risa ante esto. Juan de Capadocia se interrumpió, sospechando de inmediata, y su puso a minar en derredor. Entonces Nanses y Marcelo brincaron de sus escondrijos con un grita, y se inició una tenaz refriega. Mi ama, para continuar la farsa, exclamó: «Ay, ay, nos han traicionado». Y fingió forcejear con Narses. Yo huí. Marcelo fue derribado y herido gravemente en el suela antes de que los doce capa dacias fueran dominados. En la confusión, su amo trepó a una pared y se escapó.

Si el muy necia hubiera vuelta directamente al palacio para informar a Justiniano que había ido a las Rufinianas para proteger los intereses del Emperador, can el propósito de tender una celada a Antonina y hacerle confesar públicamente su traición, quizás hubiera vuelta el ardid contra ella. En cambio, fue presa del pánico y se refugió en la iglesia de Santa Irene, de moda que cuando, al amanecer, Teodora y Nanses lo denunciaron a Justiniano, sólo era posible concluir que era culpable.

La iglesia de Santa Irene, incendiada durante las Disturbios de la Victoria, había sido magníficamente reconstruida por Justiniano, y era un santuario que él nunca se habría atrevida a violar. De moda que Juan de Capadocia no sufrió castigo más severo que la confiscación de todas sus propiedades y -extraño procedimiento- la condena a ordenarse sacerdote.

Juan de Capadocia se hizo clérigo contra su voluntad, pues así quedaba legalmente impedida de ejercer nuevamente una función secular. Peno la vieja profecía se cumplió.

Los guardias palaciegas le pusieron el manto de Augusta, es decir, el manto sacerdotal de un archidiácono que acababa de manir, cuyo nombre era casualmente Augusto; y hubo gran alegría en el palacio, donde muchas la odiaban. Lo enviaron de Santa Irene a una iglesia de Cicico, una ciudad comercial de la costa asiática del mar de Mármara.

Justiniano estaba irritado, no tanta porque Juan de Capadocia hubiera intentado traicionaría, sino porque Teodora quedaba triunfalmente justificada: él siempre había rehusado creerle cuando ella denunciaba a Juan como traidor. Por despecho a la Emperatriz, más tarde devolvió a Juan toda su fortuna, en nombre de la caridad cristiana: Juan vivió en paz y seguridad en Cicico das o tres añas más. Pero Justiniano no podía frustrar la resolución de Teodora de destruir a su enemigo. El obispo de Cicico, bajo cuya autoridad estaba Juan de Capadocia, recibió una comunicación de la Emperatriz para que el nuevo sacerdote no gozana de una vida fácil. Por lo tanto, Juan fue sometido a una rutina escrupulosamente exacta, que lo hacía sufrir enormemente.

Continuamos nuestro viaje a Daras por tierra. Cuando llegamos a la fortaleza, mi ama fue recibida por Trajano, quien había regresado sana y salvo con su fuerza y su botín de Asiria. La condujo a la sala donde la esperaba Belisario. Allí, Belisario, ignorando el saluda afectuoso de su esposa, la enfrentó inmediatamente con la declaración jurada de Focio sobre su adulterio, y los testimonios del senador y los das criadas.

Le gritó furiosamente:

-Es el fin, Antonina. Tu conducta como esposa debió sen tan virtuosa como para impedir que alguna vez te neprochana tu pasado. Ahora oirás ese reproche: esta me recuerda cuál era tu condición cuando te vi pon primera vez.

Ella enfrentó esa severidad con su propia severidad. Arrebatándole el pergamino de la mano, lo leyó friamente, lo rasgó, y arrojó los fragmentos al suelo. Dijo que no se denigraría tratando de negar esas cargos, pero que en respuesta a ese grasero reproche le diría esto: no podía sentir el dolor y la zozobra que obviamente él quería que sintiera, sino que de ahora en adelante lo consideraría un bufón indigno de ser esposo de una mujer como ella.

El comportamiento de mi ama no era culpable y en verdad, ella esperaba convencer plenamente a Belisario de que él se había equivocado una vez más. Peno aunque Belisario, pese a su furia demencial, aún la amaba inmensamente, no podía devolverle la confianza con tanta facilidad cama en Siracusa. La presianó.

-¿Quienes decirme, mujer, que tu hijo Focio juraría pon el Espíritu Santo sin tener la plena certeza de estar diciendo la verdad?

-¿Piensas que todos toman los juramentos tan a pecho como tú... y máxime mediando un concepto tan vago coma el Espíritu Santo? -replicó ella desdeñosamente-.

¿Acaso tu amo Justiniano nojunó una vez por el Pan y el Vino, y luego faltó alegremente a su palabra por urgentes razones de estado, con el sofistico argumento de que Vitaliana era un hereje? Vaya, si yo misma juré par el Espíritu Santo el día antes de partir de Constantinopla, por la que también podrían denominarse urgentes razones de estado... y no me considero una mujer especialmente deshonesta.

Luego le cantó toda la historia de la conspiración contra Juan de Capadocia. Cuando Belisario oyó que ella, su apreciada esposa Antonina, había comprometido solemnemente el honor de él a causa de un tortuoso complot de venganza, se sintió aturdido y tuvo que sentanse en un taburete. Cuando se recobró un poco, le preguntó:

-Dime, Antonina, ¿tan frívolamente he servido a mi Emperador que cualquiera puede sen persuadido de que soy capaz de traicionarlo? ¿Qué artes amorosas o mágicas usaste con Juan de Capadocia para convencerlo de esa imposibilidad? ¿Qué derecho crees tener sobre mi, que te atreves a manosear mi nombre entre canallas? ¿Y qué has creído ganan can esa perfidia? ¿Tal vez la protección de la Emperatriz para una unión incestuosa con nuestro ahijada?

En vez de defenderse, ella la atacó en lo que sabía eran sus sentimientos más sensibles: su religión y su virilidad.

-Parece que todos menos yo han de beneficiarse gracias a tu célebre tolerancia cristiana. Peno quién sabe si es la piedad a la cobardía lo que te ha resignado al desdeñoso tratamiento que te reserva Justiniano. Te ha apaleado como a un perno, y como un perra te arrastras y revuelcas a sus pies. Al adjudicarte, siquiera en broma, el deseo de recobran tu pendida dignidad mediante la rebelión, te hice un honor que no merecías.

Belisario no aguantó más. Llamó a Trajano, que aguardaba en la antesala.

-Conduce a Antonina a sus aposentos y pon un guardia en la puerta. Permanecerá bajo arresto hasta nuevas órdenes.

Trajano quedó atónito.

Mi ama comprendió que ahora se enfrentaba realmente a un Belisario que nunca antes había conocido. La aterraban el abismo repentino que los separaba y las cosas terribles que ella misma le había dicho. Pero también le indignaba que hubieran desafiado su libertad de actuar a su antoja, y esta le afectaba mucha más que las dudas de Belisario sobre su castidad. Siguió a Trajano con mal ceño.

Yo compartí su encierro. Pan mucha tiempo, lo única que me dijo fue la muy nepetida frase: «Cuando la Emperatriz me libere, será un mal día para mi señor Belisario».

Me las ingenié para comunicar a la Emperatriz lo que había ocurrido. Al cabo de un mes, a finales de setiembre, Belisario recibió órdenes de poner en libertad a mi ama Antonina y regresar sin demora a Constantinopla. Nuestra encierra no había sido excesivamente monótono, y mi ama no había sufrido ninguna humillación, pues Belisario no era de naturaleza vengativa.

Entretanto, Focio había ido a Éfeso para apresar a Teodosio y traería de vuelta a Daras para castigarlo, aunque Belisario no le había encomendado semejante misión y en verdad ignoraba sus intenciones. Focia se las arregló, persuadiendo al obispo de Éfeso de quien era agente de

Teodora, para que sacaran a Teodosio de la iglesia de San Juan Evangelista, donde se habían refugiado. Facio lo llevó al refugio de montaña de Cilicia donde se había enviada a los convalecientes del Regimiento Personal para que se recuperaran; y allí lo encerró en una choza, cama si cumpliera órdenes de Belisario.

Ya había robado a Teodosio un gran saco de monedas de aro que había llevado consiga a la iglesia de San Juan. Era un dinero que mi ama Antonina le había dado para depositan en Éfeso; ella acostumbraba guardar dinero en diversas ciudades asiáticas, coma precaución contra tiempos aciagas.

Cuando llegamos a Constantinopla, Belisario se presentó aplomadamente ante la Emperatriz y le pidió justicia contra mi ama Antonina, relatándole todo lo sucedido.

Pero la Emperatriz se enfureció coma una tigresa y le ordenó que se reconciliara inmediatamente con su esposa.

-En tanto mi ahijado Teodosio esté con vida -repuso Belisario-, la reconcilia ción es imposible; pues Antonina está embrujada por él, y se ha comportado criminalmente hacia mí.

-Y suponga que tú jamás en la vida le has sido infiel a Antonina -le espetó Teodora, tratando de hacerle perder la compostura.

-Dudo que ella me acuse de semejante cosa.

Teodora era una mujer justa a su manera, y no tomó ninguna medida directa contra Belisario. Pero no pudo abstenerse de dañaría a través de sus amigos íntimos, acusándolo de agravias reales pero olvidados que se habían consignado en un libro para una emergencia de esta índole. Algunas fueron desterrados, otras apresados. A Focio le reservaba algo peor. Teodora lo mandó buscar a Cilicia y lo hizo arrestan pon fraude, perjurio y rabo; y pese al rango consular, la desnudaron y azotaran y torturaran delante de ella hasta que confesó que le había mentido a Belisario, y hasta reveló dónde se encontraba Teodosio.

En cuanto al cómplice de Focio, el senador, Teodora lo privó de todas sus propiedades y la hizo encerrar en un oscura establo subterráneo, donde se le infligió un tratamiento curiosamente ignominioso. Lo ataran a un pesebre con un cabestro carta, las manos sujetas a la espalda. Allí, el desdichado yacía como un asno, incapaz de moverse ni tenderse. Esta tortura extrema no era sólo a causa de mi ama Antonina: hacia tiempo que Teodora le guardaba rencor a ese hombre, quien una vez la había llamado asno con das patas. Enloqueció a los pacos meses de esa vida de establo y empezó a rebuznan en voz alta: entonces ella lo liberó; pera el senador murió casi inmediatamente.

Facia fue encernado en un rincón del misma establo, aunque sin pesebre ni cabestro.

En fin, contaré aquí el resto de la historia. Das veces, con la ayuda secreta de Justiniano, quien siempre lo había considerado un agente eficaz, Focio se las ingenió para escapar de prisión y pedir asilo en una iglesia de la ciudad: en cada oportunidad Teodora profanó la iglesia y lo devolvió al establo. En la tercera ocasión, Focio logró escapar a Jerusalén, donde hizo votas monásticos y quedó a salvo de nuevas venganzas.

Los agentes de Teodora trajeran a Teodosio de Cilicia a fines de noviembre. Teodora no comunicó su llegada a mi ama inmediatamente, sino que le dijo jovialmente, al concluir una audiencia:

-Mi quenidísima Antonina, acabo de recibir una carta realmente espléndida, y me gustaría que me dieras tu opinión. ¿Me acompañas para examinarla?

En la sala adonde la condujo Teodora estaba Teodosio, con el aire desenfadado de siempre, pese a sus peripecias, y jugando en un diván con un gato de palacio. Mi pobre ama quedó sin había. Se había negado a creer que estuviera sano y salvo en Cilicia, cama había dicho Facio. Teodora los dejó a solas, después de prometer que, en compensación por los sufrimientos y calumnias

que le habían infligido, Teodosio sería promovido a general, y de invitarla a vivir en su ala del palacio, pon razones de seguridad.

Así terminó ese año nefasta; Belisario y mi ama continuaban separadas.

A principias de la primavera siguiente, en el año de Nuestro Señor de 542, el rey Cosroes cruzó nuevamente nuestra frontera, esta vez con el ejército más numeroso que había lograda reunir jamás, poco menos de doscientas mil hombres. Sus fuerzas incluían varias divisiones de los hunos blancas a quienes Justiniano en vano había tratada de comprar para que atacaran Persia. Enteradas del éxito de la incursión en Siria el año anterior, se ofrecieron como voluntarios a Cosroes, ávidos de botín. Cosroes tomó nuevamente la ruta del sur, a lo largo de la margen derecha del Éufnates. Peno, sabiendo que ya prácticamente había agotado la plata y el oro de Siria, decidió no perder tiempo allí e internarse en Palestina. Ahora que Antioquía estaba destruida, Jerusalén era probablemente la ciudad más rica de Oriente. Los Santos Lugares brillaban con sus tesoros, y el negocio de las peregrinaciones había enriquecida fabulosamente a sus habitantes, tanta judías cama cristianos.

Después del viaje de Belisario a Constantinopla, el mando de Oriente se había confiado a Butzes. Pera Butzes se encerró en la fortaleza de Hienápolis con su pequeño ejército, y tuvo miedo aun de enviar exploradores en busca de informes sobre los avances de Cosnoes. Le escribió a Justiniano pidiendo al menos cincuenta mil hambres de refuerzo, aunque sabía perfectamente que, para reunir semejante ejército, Justiniano tendría que despojar a las provincias principales de todas sus guarniciones; últimamente se había enviada una gran expedición a Italia integrada pan todas las reservas disponibles de tropas regulares.

Justiniano llamó a Belisario y le dijo:

-Fidelisimo y excelente general, te perdonamos todos las males que nos hiciste en el pasada y recordamos sólo tus servicios. Toma los hambres que tengas contigo y ve inmediatamente a Siria para proteger nuestra santa ciudad de Jerusalén de ese rey pagano, quien, según nos ha informado el general Butzes, ha alardeado de que será suya antes de Pascua. Si lo haces, te amaremos por siempre jamás.

Belisario era un súbdita demasiado respetuoso para contradecir al Emperador ale gando que jamás le había hecho ningún mal; y se tragó el reproche. Opinaba que, en la medida en que un hambre actuana rectamente y de acuerdo can su propia conciencia, tales insultos no podían hacerle mella. Hay un dicho cristiano según el cual perdonar al enemigo y devolverle bien pon mal es coma acumular rescoldos sobre su cabeza.

El cabello de Justiniano se chamuscaba constantemente con el calor de los ejemplares servicios de Belisario. Una paradoja: si debida a alguna ligera rebeldía, algún arrebato de anguila herido, alguna pequeña denrota, Belisario se hubiera alineado con los demás generales de Justiniano, transformándose en candidata al perdón, todo habría salido de perlas. Pena nada es tan irritante para un hambre del temperamento de Justiniano como depender, para la defensa de su fama y la seguridad de su trono, de un hombre no sólo inconmensunablemente más regia que él en todos los sentidos, sino, para colmo, incapaz de cometer errores. Una y otra vez, Belisario lograba lo aparentemente impasible, y Justiniano se sentía más y más humillada por la deuda contraída can él.

Belisario partió para Hierápolis con veinte hombres, utilizando partidas de caballas de posta y viajando ochenta millas por día. Ordenó al resto del Regimienta Personal que lo siguiera en cuanto fuera posible y, al pasar por Cilicia, reunió a los ya recuperadas convalecientes de Daras, mii quinientas en total. Un mensajero, con instrucciones de adelantarse y toman el caballo más rápida en cada casa de pastas, llegó a Hierápolis tres días antes que él y anunció su llegada. Cuando Belisario entraba en Siria por la frontera de Cilicia, este mensajero le salió al encuentro con una canta de Butzes ungiéndolo a refugianse en Hienápolis y contribuir a su defensa. «Pues es esencial que busques seguridad y no te expongas a ser apresado por los persas, que contemplarían esa hazaña como una victoria más grandiosa que la captura de una provincia

entera.» Belisario le contestó con una respuesta característica: «¿Acaso ignoras que el rey Cosraes está amenazando con toman Jerusalén? Ten la seguridad de que nunca libro una batalla si pueda evitarlo; pena buscar refugio en Hienápolis mientras los persas marchan sobre Jerusalén a través de un territorio casi despojado de trapas me parecenia digno de un traidor. Reúnete conmigo en Canquemis con todos tus hombres. Es mejor enfrentanse al rey Cosnoes en campo abierto. Quinientos hombres bastarán para la defensa de Hienápolis».

Belisario acampó en Carquemis. Ya le habían informado mediante señales de humo desde río abajo que el ejército del rey Cosroes incluía varias divisiones de infantería.

De ello dedujo que esta vez Cosroes no se proponía cruzan el desierto hasta la Cólquida, sino seguir el ría hasta Zeugma, cuya hospitalaria carretera llegaba a Antioquía sin ninguna fortaleza en el trayecto. Pera, antes de llegar a Zeugma, Cosnoes tendría que pasar por Hienápolis y Canquemis (Carquemis está a un día de marcha, río abajo, de Zeugma, pero Hienápolis se encuentra a tres días, alga al Oeste.) Se sorprendería de encontrar un ejército enemigo en Carquemis, una ciudad abierta, en vez de encontrarla a buen recaudo en Hierápolis. A Canquemis llegaran enseguida los cinca mii hambres restantes del Regimiento Personal, y Butzes desde Hierápalis con cinco mii, y das mil más de Camas y Zeugma. Totalizaban trece mil.

El rey Cosnoes, viajando muy despacio con sus doscientos mil, había llegada a Barbalisa, donde el Éufnates dobia en ángulo recto. No sabia qué le convenía más.

Había pensado que la mera amenaza de su proximidad le allanaría el camino, pero sus exploradores informaban que había un numeroso ejército romana en Carquemis, al mando de Belisario. Ahora no podría incursionar en Palestina con su caballería solamente, pues eso significaría dejar su infantería a la zaga: sin respaldo de caballería ni protección de murallas, sería presa fácil del enemigo. Podía seguir río arriba y luchar con ese ejército en Carquemis; pera para ello, ¿no sería aconsejable tomar primero Hierápolis, que le amenazaba el flanco? ¿Y cuándo Belisario había pendido una batalla librada a la defensiva? Si tan sólo supiera con qué fuerzas contaba Belisario, podría decidir si arriesgarse o no a combatir. Par lo tanto, envió un embajador a Belisario, con la presunta intención de discutir condiciones de paz, pero en verdad para que echana un vistazo y le diera informes sobre el ejército imperial.

Belisario, advertido de que el embajador estaba en camino, sospechó sus intenciones. Se alejó unas millas de Canquemis con sus coraceros y acampó en una calina; y ordenó cuidadosas preparativos para la recepción del embajador. Por arden suya, ningún hombre vestía cata de maila ni yelmo, ni llevaba escudo; iban armados solamente con armas ligeras y vestidas con una limpia túnica de lina blanca y pantalanes.

Cuando el embajador, un mago, llegó esa tarde, cabalgando por la carretera del ría, se le cruzó una liebre, perseguida por varios hambres morenas de narices ganchudas, montadas en veloces caballos; y mientras la liebre corría, el jefe la mató arrojándole su jabalina. No prestaron atención al embajador hasta que él los saludó, en persa.

Respondieron en latín macarrónico, que el mago comprendía; y supo que eran moros -no asirias, como había presumida- de más allá de las Columnas de Hércules.

-¿Cómo es que estáis tan lejos de vuestras hogares? -preguntó el sorprendido embajador.

-Oh -repusieron ellos-, Belisario sometió a nuestras reyes, y nosotras entramos gustosamente a su servicio, porque es el mayor general que ha conocido el mundo y nos ha hecho ricos y famosas. ¿Pena quién eres?

-Soy el embajador del gran rey de Persia.

-Oh, si -respondieron cortésmente-. El mismo cuyos ejércitos denrotó nuestra señor Belisario en Daras y Sisaurano. ¿Tal vez deseas ver a nuestro señor? Es muy hospitalario. Permftenos escoitarte hasta su tienda.

La precedieran, e inmediatamente pasaran frente a das partidas de jinetes en una llanura chata, que peleaban entre sí con lanzas. Los hombres de un bando tenían cabello rubio y caras rubicundas; los del otro, en su mayoría, cabello rojizo y tez delicada; los de ambas eran hombres grandes y fuertes, montados en caballos grandes y fuertes.

-¿Qué hombres son ésas? -preguntó el embajador.

-Oh, son ostrogodos y vándalos. Los vándalos vienen de la costa de Áfnica del Norte, cerca de Cartago, que mi señor Belisario recobró para el Imperio; pero las gados, de Italia, otra de sus conquistas. ¿Te gustaría observan de cerca a esos hombres? Son recién llegados a esta parte del mundo.

Los moros silbaron con los dedos, y una partida combinada de gados y vándalos se íes acercó.

El embajador les habló.

-¿Sois cautivos, verdad, obligados a servir al Emperador de los romanos?

-No servimos a ningún hombre contra nuestra voluntad -replicó un godo-. Es nuestra placer servir al señor Belisario, porque nos está perfeccionando en las artes de la guerra. Cuando regresemos a nuestras tierras, seremos hambres de mérito.

Luego, una trapa de hunos de piernas cortas y ajas oblicuos pasó frente al embajadar, con un grito salvaje; se enteró de que eran hérulas de allende el man Negro. Tambié hablaban de Belisario con respetuosos elogios. Toda a su alrededor en la pradera el mago pudo ver grupos de coraceros practicando: realizando justas, disparando flechas, lanceando clavijas de tiendas, luchando a caballo, golpeando una pelota de cuera con bastones de punta curva.

De pronto, una trompeta dio el alerta. En un momento, todas los juegas cesaran; cada tropa formó rápidamente bajo su insignia y trató para reunirse can su propia escuadrón. A otro trompetazo, con celeridad y precisión, los escuadrones se alinearon en das largas filas dobles, preparando una avenida de recepción. El embajador pasó por en medio, suponga que sintiéndose bastante incómodo. Eran seis mil, y nunca se reunieron tantos hombres tan escogidos. Parecían mucho menas interesadas en él que él en ellos, y ansiosos de volver a sus deportes. En la cima de la colina se levantaba la sencilla tienda de lona de Belisario. Belisario estaba sentado delante de ella en un tacón de árbol, sin siquiera su capa de general, vistiendo lino blanco como sus hombres, y con aire de no haber sufrido nunca la menan privación en el mundo. Después de cambiar saludos can el embajador, ordenó al trompeta que tacana descansa. Los seis mii hombres regresaron a la llanura con manifiesto entusiasmo.

-¿Tú enes Belisario? -preguntó el embajador-. Esperaba encontrar un hombre con armadura dorada, con servidores de uniforme de seda carmesí alineadas alrededor.

-Si tu real señor nos hubiera anunciada su cercanía -repuso Belisario-, la habríamos recibido con mayor formalidad, no con estas napas. Sin embargo, somos soldadas, no cortesanos, y no usamos escarlata ni oro.

El embajador transmitió su mensaje. Dijo que el gran rey estaba cerca, con ejércitos que eran como nubes de langostas, y deseaba discutir las condiciones de paz.

Belisario rió suavemente.

-He luchado en muchas tierras y observado muchas costumbres extrañas, pero nunca antes se me presentó un caso como éste... un rey que se toma el trabajo de traer consiga doscientos mii soldados para discutir condiciones de paz. Di a tu real señor que nuestra país, aunque hospitalaria, no puede servir de anfitrión a un cortejo tan nutrida. Cuando haya desmovilizado a esos hombres, podremos discutir las condiciones de paz de manera amistosa. Le ofrecené un armisticio de cinco días para que pueda enviarlos de regreso a través del Éufrates. Te agradezco que nos hayas visitado, excelencia.

El embajador regresó e informó a Cosnoes:

-Mi conseja, gran rey, es que regreses al momento. Si su cuerpo principal se parey ce a su vanguardia en lo más mínimo, estás absolutamente perdido. Pues nunca he visto semejante disciplina, virilidad y destreza can las armas. Más aún, es obvio que son muy numerosos; de lo contrario, no se atreverían a acampar en una ciudad sin murallas como Carquemis ni demostrarían tanta confianza en sus puestas de avanzada. En cuanto a su general, Belisario, en mi calidad de mago, estay habituado a leer las almas de las hombres, y veo reunidas en él todas la virtudes militares y morales que estimaban nuestras primitivas ancestros. No puedes arniesgarte a librar una batalla can semejante hambre. Si cometes el mínimo errar, ninguno de tus hombres verá de nueva Babilonia.

Cosroes creyó al embajador porque hablaba sin lisonjas. Decidió regresan, aunque incluso esta medida parecía arriesgada con el ejército de Belisario amenazándole la retaguardia. El trayecto más corto era a través del Éufrates y la Mesopotamia, pero en la otra margen del río había visto diez o veinte jinetes de la caballería romana, que, aparentemente, por las continuas señales de humo que enviaban por la llanura hacia Edesa, eran la vanguardia de otra ejército. Temía intentar el cruce, pues quizá la atacaran en media de la operación; aunque este «otra ejército» no tenía existencia real, pues lo que había visto Cosnoes eran sólo los mil hambres de Camas al mando de Belisario, que trataban de amedrentaría. Pero el mago también sabía que Belisario nunca había faltado a su palabra y que, si el rey Cosroes cruzaba el ría dentro de los cinca días del armisticio, nadie los atacaría.

Cosroes cruzó deprisa, sin ser molestado. Los ejércitos persas siempre llevan consigo pontones (planchas cartas que se enganchan unas con otras) y, pon lo tanta, los cauces más anchas y más rápidos no representan un obstáculo para ellos. En cuanto estuvo a salva en la otra margen, envió un mensaje a Belisario, pidiendo un embajador para discutir las condiciones de paz coma había prometido.

Belisario cruzó entonces el Éufnates en Zeugma con todas sus fuerzas. Envió un embajador para informan al rey Cosnoes que si el ejército persa regresaba por territorio romano sin causar ningún daño, Justiniano vería de que las condiciones acordadas el año anterior se llevaron a efecto.

Cosroes asintió, y al día siguiente inició su marcha de regresa. Pena temía pasar por la Mesopotamia a causa del ejército imaginario; de modo que regresó por la margen izquierda del Éufrates, reduciendo las raciones de su gente. Belisario empezó a seguirlo, siempre a un día de distancia, cama había hecho muchos años antes can el general persa Azaret. Sin embargo, al llegar frente a Barbalisa tuvo que desistir: él y casi todos sus generales fueron llamadas a Constantinopla por una perentoria arden del Emperador.

La persecución no podía confiarse a ninguno de los oficiales que quedaban. El rey Cosroes, sabiendo que ya no lo seguían, continuó viaje hasta la ciudad de Calinico y la captunó sin dificultad. Lamentablemente, Justiniano había ordenado la reparación de las defensas, y las albañiles acababan de derribar la mitad de una muralla para reconstruirla más sólidamente; de moda que la guarnición, incapaz de cerrar la brecha, huyó. Cosroes, resuelto a ilevarse alga como prenda de su invasión, faltó a su promesa y capturó a toda la población de Calínico, tras derribar la ciudad hasta los cimientos.

Así, los hunos blancos obtuvieron el botín que esperaban.

Palestina, sin embargo, se salvó. Belisario admitió más tarde que sólo cuarenta mil hombres podrían haberse enfrentado a los ejércitos persas en Carquemis con alguna posibilidad de triunfo; y él no tenía más de doce mil. Carquemis, dijo, fue la más dulce de todas sus victorias. Habla ahuyentado a doscientas mii persas con sólo sus coraceros desarmados, y sin perder un sola hombre. Dijo también:

-Los persas eran como langostas, pera los echamos de nuestros campos con el claman del acero y el sonido de las trompetas.

HUMILLACIÓN

Nadie piense que Belisario fue llamado del este para recibir una gran recompensa del Emperador por su incruenta y gloriosa victoria de Canquemis. Las circunstancias que condujeron a esta llamada distaban de ser gratas. Las refeniré sin demora.

Ahora bien: éste fue el año de la peste, que era de la especie que llaman bubónica.

No había causado tantos estragos desde hacia mil años, cuando el historiador Tucídides describió sus efectos en Atenas. Entre la guerra y la enfermedad existe un estrecha parentesco. En mi opinión, no se trata solamente de que la contaminación provocada paría lucha - cadáveres insepultas, acueductos rotos, descuido de la sanidad públicaincube enfermedades, sino de que las emociones que la guerra enardece debilitan la mente y vuelven los cuerpos susceptibles a toda influencia física maligna. La peste es una enfermedad que desconcierta a los médicos, siega y perdona vidas indiscniminadamente, tiene síntomas horribles.

El contagio había venido originalmente de China hacia fines del año anterior, en una remesa de alfombras consignadas a un mercader de Pelusio en Egipto. Él enfenmó; pero no se reconoció la índole de la enfermedad, pues los primeras síntomas son siempre leves y no los acompaña la fiebre. Había contagiado a otras mercaderes y a su familia antes de que brotaran los tumores característicos que dan su nombre a la enfermedad. Pronto hubo mil casos en Pelusio, de donde se propagó hacia el oeste, a Alejandría y otras localidades, y hacia el norte, a Palestina. En primavera, las naves cerealeras llevaron la peste a Constantinopla, donde estaba mi ama, y yo con ella. Pues las naves cerealeras están siempre llenas de ratas, y las ratas son proclives al contagio y llevan sus semillas en la pelambre. Estas ratas de los barcos contagiaron la peste a las ratas del puerto del Cuerno de Oro, una colonia muy numerosa, y éstas a las ratas de albañal, y así el contagio se propagó por toda la ciudad. Al principio no había más de diez casos por día, pena pronto hubo cien y luego mil, y más tarde, en pleno verano, diez y veinte mii casos por día.

Los tumores se formaban habitualmente en la entrepierna, peno también en las axilas y, en algunos casos, detrás de las orejas. En etapas posteriores de la enfermedad había gran variedad de síntomas. Algunas pacientes caían en un coma profundo. Consentían en comer y beber y realizan otros actos habituales que les indicaban -si tenían amigos o esclavas lo bastante fieles para atenderlos-, peno se comportaban como sonámbulos, sin reconocer a nadie, sin reparar en nada, y permanecían pasivos y absolutamente ignorantes del transcurso del tiempo. Otras, sin embargo, eran víctimas de un delirio violento; a éstos había que sujetarías a las camas; de lo contrario, se echaban a correr pon las calles aullando o chillando que el Demonio estaba en su casa, o quizá los hunos búlgaras, y muchos que no tenían a nadie que los contuviera corrieron a la bahía o al estrecha y se zambulleron y se ahogaron. En otras casos no había coma ni delirio: los pacientes permanecían lúcidos hasta que el tumor se gangrenaba, y morían chillando de dolor. En otros no había ningún dolor, y la muerte llegaba tan apaciblemente como en la vejez. A menuda, el cuerpo entera se poblaba de pústuias negras del tamaño de una habichuela o había vómitos de sangre; cuando pasaba una de estas cosas, la muerte sobrevenía de inmediato.

Muchos eran absolutamente inmunes a la enfermedad, incluso los médicas y los sepultureros, que tenían contacto con miles de enfermas o muertos; mientras otras, que habían huido a las calinas de Tracia a la primera alarma, y vivían allí en el aire puro, lejos de todo contacto con el prójima, morían pese a todo. Ningún grado de susceptibilidades ni peculiaridad de los síntomas podía preverse de acuerda con el sexo, la edad, la clase, la profesión, la fe ni la raza.

Antes de que la peste alcanzara toda su virulencia, los muertos eran sepultados con los ritos habituales y cada familia disponía de sus propios cadáveres. Pena pronta fue imposible demostrar semejante piedad: de noche se abrían viejas tumbas para arrojar en ellas nuevas moradores. Por último, en miles de casas, incluidas las de ciudadanos muy ricas, todas habían muerta o huido, y los cuerpos yacían pudriéndose insepultas. Justiniano ordenó a su registrador general que se encargana del asunto.

Los cadáveres abandonadas fueron enterrados en fosas; pero pronto la cantidad de obreros fue insuficiente para esa tarea. Luego, las torres de las fortificaciones de Sicas, del otra lado del Cuerno, se usaran coma osarios, y los muertos se arrojaban por agujeros del techo hasta que no hubo espacio para más. Aunque los techos se volvieron a tapan, un hedor siniestro impregnaba toda la ciudad, especialmente cuando el viento soplaba del norte.

En el momento álgido de la pestilencia, morían más de veinte mil par día. El comercio y la industria cesaran en la ciudad y, desde luego, ni se hablaba de reuniones sociales. Pero había ceremonias en las iglesias, que estaban atestadas de creyentes aterradas y se transformaron en notorias centras de contagio. La provisión alimentaria municipal se interrumpió, pues ningún capitán se atrevía a anclan sus cargueras en el puerto y la peste se había propagado también a los distritos agrícolas. Miles que escaparon de la peste murieron de hambre. Era un tiempo de señales y visiones: los espectros desfilaron por las calles a plena luz del día y, prodigio de prodigios, por una vez hubo paz entre las facciones Azul y Vende. Los malhechores penitentes demostraran más nobleza, virtud y amor al prójima que nunca antes o después. Teodosio le comentó a mi ama: «Nuestra Señora la Peste, madrina, tiene una voz mucho más persuasiva que nuestra Salvador, el Señor Jesús». Siempre usaba un tono desdeñoso para comentar los horrores que nos rodeaban, y lograba que su salud intacta pareciera más una cuestión de buen gusto que de buena suerte. Mi ama y yo también fuimos bendecidas con la inmunidad. Ignora si esto se debió o no a la frecuente fumigación de la casa con azufre, pero pocas de los criados enfermaron. Otras casas, igualmente afortunadas, adjudicaban su inmunidad a alguna reliquia cristiana o a un encantamiento pagano, o a algún especifico en el cual tenían fe, como la cuajada, la limonada o la compota de ciruela.

En la época en que la mortandad empezó a decrecen ligeramente, se corrió una voz por el palacio: «Su Sagrada Majestad, el mismo Emperador, está enfermo. Se pensaba que era un meno resfriada, pera hoy le ha aparecida un tumor en la entrepierna.

está en un cama profundo, y ni siquiera lo pueden persuadir de que ingiera alimentos.

Es imposible que sobreviva, dicen los doctores».

Luego, el insensata rumor se propagó rápidamente pon el Imperio: «Ha muerto».

Aun en esa época atroz -pues ahora estaban afectadas casi todas las diócesis-, la gente encontraba ánimas para agradecer a Dios que murieran los malas junto can los buenas. Y oraba para que el próxima Emperador fuera más benigno con sus súb ditas y más fiel a su palabra. Cuando el rumor llegó a Belisario, él estaba en Canquemis, justo antes del armisticio de cinco días. Sus oficiales se le presentaran para preguntarle:

-¿De quién recibes órdenes ahora, ilustre Belisario?

Él respondió de inmediato, pues no deseaba parecer elusivo ni ambigua:

-La elección está en manas del Senado. Peno mi voto será para Justino, sobrino del difunto Emperador y su pariente más cercana, y el de rango más alta en toda la familia imperial. -No se refería a Justino el hija de Germán, sino a otro, el hijo de Vigilancia, hermana de Justiniano.

-Peno, señor -dijeran ellos-, el juramento de lealtad que se ha exigido a todas los oficiales los compromete con Justiniano coma Emperador y con Teodora como espasa de él.

-Es posible -respondió él-. Pera ya hice mi juramento según la vieja fórmula, a Justiniano solamente. Es inconstitucional que una mujer gobierne por sí sala. Aunque considero a Su Esplendor la Emperatriz una administradora muy capaz y enérgica, no aprueba que por ella se rampa una regla de mil añas. Sólo par esta razón: ni los godos, ni los armenios, ni los monas, ni muchas otras razas del Imperio aceptarían nunca sen gobernados par una mujer, y estarían en constante estado de rebelión mientras ella viviera.

-Pon mi parte -convino Butzes-, aunque éste no fuera el caso, rehusaría obedecer a Teodora, quien (ahora puedo hablar sin deslealtad, pues el Emperador está muerto) es tan monstruosa coma él, pera aún más feroz y artera.

Todos los demás pensaban igual, pero no se expresaran con tanta franqueza.

Luego, llegaron noticias de que Justiniano finalmente no había muerto. Aunque tenía sesenta años (que se considera la edad más peligrosa de la vida), se había recobrado del coma lo suficiente para reconocen a Teodora y Nanses. Más aún, el tumor de la entrepierna que se había hinchada enormemente, había empezado a supurar un poca, indicio de que estaba en vías de recuperación. El tumor reventó; pronto Justiniano estuvo de nuevo en pie y con buena salud, aunque una parálisis parcial de la lengua le afectaba el habla.

Durante el cama, habían vista a su fantasma viviente, que irradiaba una luz violeta y verdosa, deslizándose parlas corredores de palacio y atravesando sin dificultad puertas y paredes, y a veces entrando y saliendo por las ventanas de un moda aterrador, enloqueciendo de miedo a guardias y sirvientes. En un par de ocasiones, se le oyó hablar. En cada oportunidad, se dijo que las palabras eran las siguientes: «¡Oh dulce Belcebú, salvador de los monarcas! No me lleves aún, Belcebú, el Ángel se remontaría». Hay quien interpreta esta de una manera y hay quien lo interpneta de otra; pero unos pacos entendíamos que el Ángel era Belisario, cuyas alas Justiniano recortaba con tanta envidia.

Belisario, sin embargo, ya no tenía un solo enemiga imperial, sino das. Pues una versión distorsionada de la que había dicho a sus generales en Carquemis fue enviada de inmediato a Teodora por Juan el Epicúrea y Pedro, sus enemigos secretas, para anular cualquier rumor que le hubiera llegado sobre su propia falta de entusiasmo por la causa de la Emperatriz. Ésta, pues, fue la razón por la cual todas las generales fueron convocadas de Barbaliso a Constantinopla.

En Constantinopla, la peste había menguada ligeramente y la vida de la ciudad estaba recuperando su anterior jovialidad facciosa; la inminente pesquisa judicial despertó gran interés. En cuanta llegaron Belisario y los otros generales, se íes informó que estaban arrestados. El cango era alta traición. Belisario quedó momentáneamente relevado de su mando en Oriente, que se entregó a Martin.

Belisario estaba perplejo. Se declaró dispuesto a enfrentarse a sus acusadores con la conciencia tranquila; pues no había dicha nada falsa ni desleal. A los oficiales y soldados de su Regimienta Personal que habían venido con él íes envió este mensaje: «Parece ser que me han calumniada injustamente ante Su Clemencia el Emperador, pero confío absolutamente en que estaré libre en poco tiempo. Os encomiendo, por amor a mi, que os abstengáis de cualquier acto rebelde o criminal que pudiera demorar mi liberación. Obedeced en todo a los oficiales del Emperador.

Sed pacientes».

El juicio se celebró en palacio, a puerta cerrada; la propia Teodora oficiaba de juez y no se publicó ningún informe sobre los fallas judiciales. Belisario dirigió su propia defensa, e interrogando a Juan el Epicúrea y a Pedro pan separada los indujo a contradecirse mutuamente. Trató de convencer al tribunal, par otra parte, de que habían sido oficiales ineficaces, pendencieros, rapaces y desobedientes, además de ingratos. Admitió que había desaconsejado la elección de Teodora cama monarca única; pero podía presentar los detalles de la reunión, anotados por su secretario, coma prueba de la inocencia de sus afirmaciones: simplemente, protestó, había defendido la Constitución Romana. Teodora no podía condenaría por traición. Sin embargo, estaba resuelta a perjudicaría en cuanta pudiera, pon no haberla recomendada a sus subalternos como la sucesora natural de Justiniano.

Juan el Epicúreo y Pedro fueron felicitados por su lealtad al trono y recibieron presentes en dinero y nuevos títulos.

La sentencia para das o tres de los generales ofensores, incluido Butzes, fue confinamiento durante el tiempo que desearan Sus Majestades. Butzes fue encerrada en una mazmorra sin luz,

donde no tenía con quién compartir sus penurias y ni siquera las carceleros le dirigían la palabra; le arrojaban trozos de carne y pan una vez par día, como a una fiera enjaulada. Lo libraran sólo al cabo de das añas y cuatro meses. Para entonces estaba quebrantado por la enfermedad, y se había habituado a annastrarse sobre las manos y las rodillas, que estaban cubiertas de callos, y había perdida toda el cabello y buena parte de la dentadura. Más aún, el repentina regresa a la luz del día fue demasiado para sus ojos, y nunca más pudo leen ni distinguir los objetos claramente. Así fueron vengados los habitantes de Antioquía, cuya dinero de rescate Butzes había rabada a las bondadosas gentes de Edesa.

Belisario, aun cuando demostró no ser culpable de traición, fue hallada culpable de «dan crédito y circulación a rumores perniciosas» (sobre la muerte de Justiniano), de no castigan a Butzes pon sus palabras desleales... ¡y de permitir la captura de Calinico! Le quitaran el mando y confiscaron todas sus propiedades en tierras, bienes y dinero.

Belisario oyó la sentencia con dignidad, y no hizo ningula apelación. Su único comentario fue que sin fondos no podría continuar equipando, pagando y alimentando al Regimienta Personal, que había servida fielmente al Emperador en muchas guerras.

-Se los considera tus esclavas personales -replicó Teodora- y, por lo tanto, no tienes que preocuparte pon su destino. También quedan confiscadas.

Ante esta, guardó silencio; pero se observó que apretaba los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Amaba a las hambres de su regimienta, y a duras penas podía tolerar que se los arrebataran para entregarías a los manejos torpes de los generales corrientes.

Teodora llamó a Narses y le dijo:

-Los esclavas del ex comandante de las ejércitos de Oriente, este Belisario, serán divididos entre los generales y coroneles de palacio, y tú tendrás privilegio de elección.

Si queda alguno que ningún funcionario de palacio pueda mantener, que las secretarias de estado se los repartan echando suertes. -Así, Belisario sufrió el dolar de ver cómo muchos de los hombres recios que había perfeccionado en las artes de la guerra se transformaban en porteros y criadas de eunucos perfumadas.

Belisario perdió no sólo el medio escuadrón que había venido con él a Constantinopla, sino el resto del Regimiento, que también fue convocado. Les envió un nuevo men saje, secretamente: «Paciencia, camaradas, os imploro. Todo estará bien en poco tiempo.

Gozad de vuestras vacaciones en la ciudad, seguid adiestrándoas como os he enseñado, no manifestéis compasión pon mí, tragad todos los insultos. ¡Paciencia!» Le obedecieron, aunque a regañadientes.

La chusma de la ciudad, tan notoria por su incapacidad para juzgar con sensatez como por su volubilidad, había oído la sentencia de Belisario con secreta placer. Raza naban en las tabernas: «Ten la seguridad de que el Emperador y la Emperatriz al fin se han buscada la ruina con su ingratitud. Nuestra Belisario no se someterá a tamaña injusticia. Es un hombre demasiada intrépido y orgulloso. Sólo espera: pronto habrá noticias de un súbita levantamiento del Regimienta Personal y de asesinatos sangrientos en los Aposentos Sagrados del palacio».

Esperaran con creciente impaciencia. Nada sucedió. Refunfuñaron disgustadas que su ex ídolo, el glorioso héroe Belisario, se estaba sometiendo al despecho y la ingrati¡tud de sus soberanos can una paciencia tan abyecta cama la que se estila entre los monjes penitentes. (Éstos se agazapan como sapos en sus celdas mientras el flagelante de la semana, que viene con su látigo de alambre, les azota las espaldas hasta que las viejas cicatrices sangran nuevamente.) Cuando, al principio, los ciudadanos se apiñaban a su alrededor en la calle con gritos de piedad indignada, él los rechazaba irritado, exclamando:

-Caballeros, callaos, esto es cosa del Emperador y mía.

Tenía un magro séquito de cuatro o cinca oficiales jóvenes, quienes permanecían can él por lealtad, aunque Nanses íes había advertido que así despertarían las sospechas del Emperador y perderían toda oportunidad de promoción. Todos sus demás allegados se cuidaban de no saludarla, aunque, si él hubiera enarbolado el estandarte de la revuelta, la mayaría habría acudido de inmediato. Se alojó modestamente cerca de la Plaza del Taro, en una casa contigua a los Salones de Recepción. Se trataba de un grupo de salones construidos alrededor de una fuente central, que las familias que tienen casas de tamaña reducida pueden alquilan para fiestas nupciales, funerales y ocasiones parecidas. Allí dependía de esos oficiales jóvenes aun para sus necesidades más elementales. De no ser por ellos, habría tenida que pedir una tablilla de madera y vivir de la limosna común. Teodora no sólo la había despajada de todas sus riquezas en la ciudad: también había enviado representantes a Edesa, donde él había depositado una cuantiosa suma de dinero para gastas de guerra, y se había adueñado de eso.

Todos los días iba a presentar sus respetas en palacio, coma lo habría hecho ordinariamente. Justiniano trataba de incitaría a la rebelión mediante burlas y sarcasmos, pues la paciencia del hambre lo exasperaba. Una mañana se negó a ver a Belisario, pretextando un asunto urgente, y le ordenó que esperara frente a las puertas del palacio hasta el anochecer. Belisario obedeció, de pie frente a las puertas, sin comida, expuesta a la curiosidad pública. Luego, la multitud, exasperada por lo que consideraba repugnante servilismo, lo atacó con frutas podridas y barro, de modo que la túnica de patricio se le manchó vergonzosamente. Belisario no dijo una sola palabra, y ni siquiera se agachó para esquivar los proyectiles. Pero trató severamente a un joven impertinente que se le acercó sigilosamente por la pared y trató de tirarle de la barba. Tomó al individuo de los pantalones y lo arrojó a gran distancia; se dice que ese joven sufrió lesiones que lo dejaran inválida muchos años.

Al anochecer, lo admitieron al fin en palacio, y allí suplicó la venia para presentar una apelación al Emperador. Justiniano accedió a considerar la apelación, con la esperanza de haber inspirado al fin un no disimulada rencor en Belisario. Quedó defraudado: todo lo que pidió Belisario fue una nueva túnica, para poder presentarse decentemente en la próxima audiencia.

-No tenemos dinero para vestirte, mi señor Belisario -respondió Justiniano de mal humor-. Si no puedes pagarte una túnica, será mejor que te barremos de la lista de patricias: así quedarás libre de todas las obligaciones protocolarias.

-En cualquier rango o capacidad que se me permita servirte, Majestad -repuso Belisario con una revenencia-, puedes confiar en que cumpliré lealmente can mi deber.

Borraran su nombre de la lista, y no regresó al palacio en muchos meses.

Entretanto, desde luego, mi ama seguía gozando de la amistad de Teodora y, lejos Ti de ser privada de cualquiera de sus pertenencias, enriqueció más al recibir buena parte de la propiedad de Belisario, incluyendo la gran finca de las Rufinianas. Fingía mucha más indiferencia ante las infortunios del esposo, lo sé, de la que sentía en realidad.

Por mi parte, ya nunca le mencionaba a Belisario si podía evitaría; y cuando ella hacía alguna alusión, me cuidaba de no comprometerme con ninguna actitud. Pero me hervía la sangre cuando Teodosio se vanagloriaba a costa de Belisario. En esos días era un gran hombre en palacio, e iba de un lado a otro acompañado por un séquito de cuatrocientas tracios del Regimiento Personal que le había regalada Teodora. Celebraba entrevistas constantes con Teodora, pues lo habían designado maestre de entretenimientos en palacio.

Respecto de los detalles de lo que ocurrió a continuación circulan muchas versiones, algunas plausibles, otras ridículas, ninguna auténtica. En todo caso, lo esencial fue que Teodosio murió de disentería el día de San Esteban, que es el día después de Navidad; y si fue un mero accidente o lo envenenaran en el banquete de Navidad, y en tal caso quién fue el responsable, nunca salió a la luz. Los pocos que examinaron el cadáver tendían a opinar que lo había envenenada.

Esto si es segura: su muerte no puede atnibuirse a Belisario, ni a ningún amigo de Focio. No está fuera de los límites de la credibilidad el que algún criado oficioso de Antonina haya creído anticiparse así a los deseos de su ama. No puedo decir nada al respecto. Desde luego, ninguna sospecha recayó nunca sobre Eugenio.

Los sentimientos de mi ama ante la muerte de Teodosio fueron confusas. En los últimos tiempos había cambiado respecto de él, y en forma extrañamente repentina.

Había llegado a creer, con razón o sin ella, que su favorito, valiéndose de las mismas artes corteses que había empleada con ella, había pasado a ser amante de Teodora.

Por cierto, trataba a mi ama con una indiferencia que para ella debía de ser muy irritante, aunque se esmeraba por ocultar a todos sus emociones.

Teodora tomó esa muerte a la ligera; ni siquiera se interesó por saber la causa.

No obstante, demostró a mi ama gran aflicción por su pérdida, y parecía no tener la menor idea de que ella hubiera incubado celos tan amargos. Algunos dijeron que esa ligereza de sentimientos era una actitud deliberada de Teodora para impedir que Justiniano se negodeana en su zozobra; pues decían que era el mismo Emperador quien había planeado el asesinato de Teodosio, por celos del afecto que le profesaba su esposa, y que en verdad ella sintió muy agudamente la pérdida. Pero eso era un disparate.

Mi ama quedó sumida en una profunda melancolía; el insomnio y la falta de apetito la consumieran tanto, que representaba diez años más de los cuarenta y das que tenía.

Un día, cuando entré en su tocador, alzó la vista, los ojos enrojecidos por el llanto.

Aunque can frecuencia yo la había visto malhumorada, irritable, furiosa, desesperada, no la había vista llorar desde la niñez.

-Ama -le dije dulcemente-, fui tu primen esclavo, y te he sido fiel toda mi vida.

Te guardo más devoción que a nada en el mundo, y moriría por ti, como bien sabes.

Déjame compartir tu desdicha, enterándame de su causa. Oh, mi señora Antonina, se me parte el corazón al verte sollozar.

Las lágrimas brotaran nuevamente; pero ella no contestó.

-Ama, queridisima ama -pregunté entonces-, ¿lianas por Teodosio?

-¡No, Eugenio, mi fiel amiga, no! -exclamó ella-. ¡Por Hena y Afrodita, no!

No estoy pensando en Teodosio, sino en mi esposa Belisario. Debo tomarte como confidente, como lo hice hace tanto tiempo, en mis días de bailarina, para que el silencio no me devore. Oh, querido Eugenia, habría dado toda cuanto paseo pon no haber posada nunca la mirada en el hipócrita Teodosio. Belisario fue siempre mi verdadero amor...

y, cama una tanta, la he arruinada por completo. Y no hay manera de remediar mi estupidez.

Lloré con ella.

-Es precisa lograr una inmediata reconciliación -exclamé impuisivamente. Pero ella respondió que ni el orgullo de Belisario ni el de ella permitían una reconciliación.

Para colmo, Teodora no había perdonado a Belisario, y el Emperador lo aborrecía más que a ningún otro ser humana.

Tras reflexionar un instante, dije:

-Creo que entiendo toda la situación y puedo encontrar una salida.

-No hay salida alguna, Eugenia.

No obstante, proseguí con atrevimiento:

-Ama, pienso que si yo me presentana a Belisario y le dijera, pues crea que nunca se lo revelaron, que Focio confesó baja tartura que te había calumniado; y si le jurara que tú y Teodosio nunca fuisteis amantes; y si, además, le asegurara que tus juramentas a Juan de Capadocia fueron pronunciadas (¿no fue así?) pon anden de la Emperatriz y que has pedido perdón a Dios pon esa ofensa y tus otras blasfemias (¿no lo harías al momento, quenidisima ama, con tal de contentar a Belisario?); y que tienes muchos más motivas para sentirte insultada par él que él por ti...

-Oh, sabia Eugenio, ve con mi bendición. Si, pediré perdón a Dios... por cierta, no dejaré que esa fruslería se interponga en mi camina. Dile todo lo que acabas de decirme; y luego, si olvida su orgullo y su furia, puedes asegurarle que nunca amé a nadie más que a él, y que no descansaré hasta que le hayan devuelta la libertad y la honra.., que él y ya nunca más volveremos a separarnos.

-¿Apelarás a la Emperatriz?

-Lo haré. Le recordaré los servicios que le presté hace poca con Juan de Capadocia, y nuestra vieja amistad, y la amistad que existió entre su padre, el maestre de osas, y el mio, el auriga...

-Queridisima ama -dije ya-, quiero hacerte otra sugerencia. Creo que estay en condiciones de causar la ruina definitiva de Juan de Capadocia. Si se logra y tú llevas el mérito par ello, la Emperatriz te dará cuanta le pidas.

-¿Cómo? -preguntó ansiosamente-. ¿Cómo puedes hacerlo?

-Esta tarde, en una taberna, trabé conversación con un pobre joven de Cicico, que padece una enfermedad que le consume y no le dejará mucha tiempo de vida.

El y toda su familia, sus viejos abuelos, su esposa y sus tres hijos, han sido echados de su hogar por arden del obispo de Cícico. Vino sola y a pie a Constantinopla, y hay pidió justicia y socorro en el palacio; pero los funcionarias la sacaron a rastras, pues el obispo está bien considerado en la corte. Me compadecí de él y le di una pieza Ti de plata, diciéndole que me esperara bajo la estatua del Elefante de Severo mañana a mediodía.

-3 bien?

-Dame quinientas piezas de oro, ama, y será suficiente para destruir a Juan de Capadocia.

-No comprendo.

-Dame el dinero y confía en mi.

-Si tienes éxito, Eugenia, te daré cincuenta mii piezas y además tu libertad.

-¿Qué es el dinero sino comodidades corporales, que ya paseo? ¿Qué es «libertad» sino gozan de consideraciones, que ya tenga? No, ama, para mi será recompensa suficiente que tú, mi señor Belisario y la Emperatriz queden liberados de un viejo enemigo, y que la muerte de tu padre Damocles, mi amo anterior, sea vengada, y que yo haya sido el medio para reconciliar a la Emperatriz can mi señor Belisario.

Esa noche busqué a Belisario en su mísero alojamiento. Aunque debilitado por un rebrote de malaria, se levantó del diván para recibirme. Con una sonrisa que ocultaba la profundidad de su emoción, me preguntó:

-¿Y no tienes miedo de visitarme, Eugenio, viejo amigo?

-No, ilustre señor. Con el mensaje que traigo me habría arriesgado a atravesar el fuego o un campamento de hunos búlgaros.

Se impacientó un poca.

-No te dirijas a mi con títulos que me han quitado. ¿Cuál es el mensaje?

Le conté, como por propia iniciativa, toda lo que había convenido can mí ama.

Escuchó con gran avidez, soltando una exclamación cuando le dije que su esposa había pedido pendón a Dios. Luego, le mostré los documentos oficiales en que constaba la confesión de Facio, pues había sobornado al copista del secretaria para que me las prestara por un día. Belisario los leyó apresuradamente, y luego los releyó detenidamente, y al fin se golpeó el pecho y dijo:

-Por mi acceso de celos y mi credulidad merezco todo cuanto he padecido. Pero, ay, Eugenio, ahora es demasiada tarde. Tu ama nunca me perdonará lo que hice en Daras, aun si le presento mis disculpas portada. -Lo alenté a tener coraje: todo podía solucionarse aún. Entonces le repetí el mensaje de mi ama, y al principia no pudo creer que fuera auténtico. Dijo-: Si tu ama Antonina en verdad todavía quiere escuchar alguna palabra de mí, dile que la culpa fue enteramente mía, pero que sólo un exceso de amor pudo incitarme a semejante locura.

Esa noche, Belisario y mi ama se encontraron secretamente en donde él se alojaba.

Nadie lo sabia, excepto yo. Ambas me abrazaron, besándome las mejillas, y dijeron que me debían la vida.

Al día siguiente, encontré al joven de Cícico bajo la estatua del Elefante. Lo llevé aparte a un lugar privado y le dije:

-En la bolsa hay quinientas piezas de aro. Bastarán para que tu familia viva holgadamente el resto de sus días. Pena para ganarías debes cometer un acto desesperado.

-¿Cuál es, benefactor? -preguntó.

-Debes matar al obispo de Cicico. Es un enemiga de mi amo, a quien pertenece este oro.

-Tus palabras me asustan -exclamó.

-¿Cómo, cuando tienes tan pacos meses de vida de un modo u otro, y cuando mediante este acto lograrás, de un solo golpe, vengar tus ultrajes y aseguran el bienestar de tu familia indigente?

-¿Quién es tu amo? -preguntó.

-No titubearé en decirtelo -respondí-. Es Juan de Capadocia, ahora sacerdote en la catedral de Cicico.

Lo convencí de que hablaba en serio sobre el oro; cuando le di diez piezas a cuenta se comprometió a cometer el asesinato y se marchó alegremente.

Pronto llegó de Cicico la esperada noticia. El joven había cumplido su palabra.

Había esperado frente al atrio de la catedral después de misa la salida del obispo y le había hundido una larga daga en el cuerpo. Lo arrestaran y lo amenazaron con el potro a menos que revelara los motivos de este acta sacrflego. Como yo había esperada, evitó mencionar sus problemas personales, y sólo cantó a los funcionarios que Juan de Capadocia lo había sobornado con diez piezas de ano para que matana al obispo.

La animosidad de Juan de Capadacia contra el obispo era bien conocida. Lo arrestaron y juzgaron ante los jueces del lugar, lo encontraron culpable de premeditar el asesinato, y lo sentenciaron a muerte. Pon intercesión de mi ama ante Teodora, al joven se le perdonó la vida, y más tarde le envié el resto de las quinientas piezas de oro prometidas. Cuánto vivió después, lo ignoro.

Justiniano también perdonó la vida a Juan de Capadocia, con la excusa de que las pruebas de su culpabilidad eran insuficientes. No obstane, le arrancaron los hábitos y lo apalearan, obligándolo a confesar sus pecadas pasados; aunque no debiera un homicidio, el resto de la historia era lo bastante vergonzosa coma para colgarlo doce veces seguidas. La corona le confiscó todos los bienes y a él lo embancaron desnuda en una nave mercante destinada a Egipto (aunque por caridad alguien le dio una manta tosca); dondequiera el barco hacia escala lo obligaban a bajar a la costa y mendigar pan y unos cobres en el muelle. Así se cumplió al fin la venganza; pues era la desnudez y la mendicidad de Juan lo que Teodora y mi ama habían

prometido en su juramento, no su muerte violenta. Al fin, el alma del auriga Damocles, mi amo anterior, tuvo paz en las márgenes de la Estigia.

Mi ama pudo entonces presentanse a Teodora y suplicarle que recibiera nuevamente a Belisario, diciéndole que ella misma se proponía perdonarlo y vivir con él otra vez.

Su devoción a la causa de Teodora se había probado una vez más y Belisario no haría nada más que disgustara a la Emperatriz, podía estar segura de ella.

Teodora no rechazó la petición. Envió un emisario real a Belisario con una carta que decía lo siguiente: «Sabes mejor que nadie, varón entre los varones, cuánto has ofendido a tus Soberanos. Pena como tenga una gran deuda con tu esposa por los servicios que ella me ha prestado, he borrada de los libros, a petición de ella, todas las acusaciones que se te imputan, y te he brindado mi gracioso perdón. En el futuro, pues, no tendrás que temer por tu seguridad o prosperidad; pero juzgaremos tu conducta no sólo por tus acciones en cuanto a nosotros, sino por tu actitud hacia ella».

Así, Belisario recobró el favor de los soberanos, pues el misma Justiniano considenó que ya lo había sometido a suficientes humillaciones; y se le devolvió la mitad de sus tesoros, y todas las tiernas y casas. Justiniano retuvo el resto del tesoro, que ascendía a un cuarto de millón de piezas de aro, diciendo que la posesión de tanto dinero no convenía a un súbdita cuando las arcas imperiales necesitaban fondos can tanta urgencia.

Cama tributo a la íntima amistad existente entre la familia de mi ama Antonina y la suya, Teodora decidió que Joannina, la hija de mi ama y Belisario, se camprome tiera con su pariente más cercana, Anastasia «Piernas Largas», hijo de Sittas, el general, y Anastasia, hermana de la Emperatriz. Se proponía legar la diadema a este joven cuando Justiniano y ella murieran: esa boda fortalecería su posición en la ciudad. Y así se hizo.

Quizá parezca extraño que no haya hecha ninguna referencia a Joannina desde su nacimiento, poco antes de la expedición de Belisario a Cartago. Lo cierto es que ella no había gozado de ninguna intimidad con sus padres. Mi ama Antonina no había llevada a la niña a la guerra, sino que la había dejado baja la tutela de Teodora, quien llegó a apreciarla como a su propia hija. Joannina permaneció con Teodora en los Aposentos Sagrados del palacio aun cuando sus padres regresaran a la ciudad.

A mi ama le alegraba que así fuera: su principal afecto maternal era para la esposa de Hildigero, Manta, que, lamentablemente, fue una de las víctimas de la peste. Pero a Belisario le entristecía estar separado de su propia hija. A menuda le enviaba cartas y regalos de ultramar, recordándole cariñosamente que tenía un padre. Peno cada vez que se veían, durante esas ocasionales intervalos en la guerra, era siempre a la sombra del trono; y Joannina recibía can embarazo las muestras de afecto de su padre.

Con Antonina se sentía más cómoda, como si la madre fuera una tía bondadosa y moderna.

La noticia del compromiso de Joannina dio carácter público a la reconciliación de Teodora y mi ama con Belisario. Teodora incluso persuadió al Emperador de presenciar la ceremonia de intercambio de regalos en casa de Belisario; y su presencia parecía augurar una nueva prosperidad para los asuntos domésticos de Belisario. Beli- sario y mi ama fueron escoltados por una parte del Regimiento Personal, cuatrocientas tracias que habían pasado a mi ama a la muerte de Teodosio y ahora eran reintegrados a su amo anterior. Pera no le devolvieron sus seis mil quinientos camaradas de armas.

El regreso de Belisario a Constantinopla había acarreada desastres al este. Justiniano ordenó invadir la Armenia persa, y reforzó los ejércitos de frontera hasta que sumaron casi treinta mil hambres; pera dividió el manda entre no menas de quince generales.

Cada general propiciaba y seguía un plan de campaña propio; en Dubis, junto al ría Araxes, las fuerzas desunidas fueron desbaratadas por un ejército de sólo cuatro mil persas y huyeran desorganizadamente, abandonando el botín, las estandartes y las armas.

Varios de esas generales continuaron la fuga hasta que los caballos reventaran, aunque ya no había enemigas en treinta millas a la redonda. Entonces, Nuestra Señora la Peste se alió inesperadamente a nosotros, pues efectuó una incursión repentina en el territorio persa, que hasta ahora había perdonado, y mató a una de cada tres hambres en los dominios del gran rey: de lo contrario, el Imperio Romano habría estado en apuros.

Pues de treinta mil hambres, murieran diez mil en Dubis y diez mil fueran capturados junto con todos los transportes militares, pertrechas y botín.

Cuando Belisario se ofreció para ir nuevamente al este y reagrupar a los supervivientes, Justiniano rechazó altaneramente la petición. Eludió explican la verdad: que no deseaba que Belisario tniunfara una vez más donde otras habían fracasado, pues así parecería indispensable; peno dijo, can su odiosa sonrisa sardónica, que la señora Antonina debía acompañarla de ahora en adelante en sus campañas coma garantía de comportamiento leal, y que sin duda la señora Antonina «no gustaría de una visita a la frontera persa en vista de sus infortunadas experiencias de la visita anterior».

Luego, comentó que si Belisario anhelaba regresar al campo de batalla podría volver a Italia, para completar la misión que había olvidado terminan.

-Fue muy imprudente y no demasiada leal, mi señor Belisario, retornar a Constantinopla antes de haber pisoteado adecuadamente las últimas chispas de la rebelión goda, que desde entonces se han reavivada y luego estallada en una llamarada amenazante.

Belisario le respondió, paciente cama siempre:

-Devuéiveme el resto de mi Regimienta Personal, Majestad, y haré cuanto esté a mi alcance.

-¿Para alguna nueva traición, supongo? -se mofó Justiniano-. No, no, general, soy una liebre demasiada vieja y experimentada para dejarme tentar pon esa hoja de lechuga. Además, tus trapas anteriores, todas, salvo unos pacos hombres, han sido quitadas hace poco a mis funcionarios de palacio y enviadas, como sabes, a la frontera persa, de donde no podemos retirarías. ¿Mas por qué discutes con nos, cuando hace tan poco eras un mendigo? Te daremos permiso para reclutar nuevas trapas donde te plazca en nuestros dominios; pera, cama el recrudecimiento de la guerra en Italia se debe obviamente a tu anterior negligencia, te exigiremos que financies personalmente tu expedición. No tenemos dinero, mas tú pasees aún una cuantiosa fortuna. Si aceptas esta misión, te atorgaremos un gran honor: te nombraremos Conde de los Establos Reales. Comunicanos mañana tu decisión.

Luego lo despidió.

Belisario aceptó las condiciones, pues detestaba regatear. Enseguida zarpó hacia Italia con mi ama Antonina, a quien acompañé, y sus cuatrocientos tracias. Su nueva titula divertía a mi amo. Solía decirle cosas cama ésta: «Mi pobre esposo, te han nombrado Conde de las Establos de Augías, pero tienes vedado limpiarlos». (El héroe Hércules tuvo que limpiar las establos de Augías en un salo día, en su quinto trabaja, y lo logró desviando los ríos Alfeo y Peneo para que pasaran par las cuadras.) Fue aproximadamente por esta época cuando mataron a Salomón en Áfnica, mientras batallaba con un grupa de merodeadores moros. Había sido un gobernador muy capaz, a pesan de haber carecido de tropas suficientes. Hacía mucho que los africanos romanos añoraban los días felices de dominio vándalo, cuando los moros debían quedanse en sus calinas y los recaudadores de impuestas de Constantinopla aún no habían empezada a estragar la zona. Después de la muerte de Salomón, los moros exterminaran, quemaran y destruyeran sin piedad ni temor a las represalias. Cuanto más se empobrecla la diócesis, más gravosos eran los impuestos sobre las riquezas que sobrevivfan; pues la valuación realizada en el año del consulado de Belisario nunca se habla niodificado. Luego sobrevino la peste. En esos años de desastre general perecieron cinco millones de habitantes; luego, habiendo tantos campos sin arar ni irrigan, el desierto los invádió. Pienso que esa f~rtii tierra nunca se recobrará de sus inñrtunios, al menos no mientras siga perteneciendo al Imperio.

EXILIO EN ITALIA

Lo que sigue es un relato de los cinca añas de la campaña más ingrata, sin duda, que jamás haya emprendida un general de renombre. La decepción fatiga, no sólo durante la experiencia, sino también al cantarla. Pon lo tanto, seré breve y consignaré sobre ésta, la última campaña de Belisario en Occidente, sólo lo suficiente para demostrar que su coraje, ingenio y energía no fueron afectados por treinta años de campañas casi constantes, y que hizo todo cuanto podía esperarse de él, y más.

Se recordará que la corona goda había pasado a un joven príncipe llamado Teodelo, quien al principia no disponía más que de mil lanzas y tenía una sola ciudad fortificada de consideración entre sus dominios: Pavía. Pero fue el primer soberano capaz de reinar sobre los gados desde la muerte de Teodorico. Gracias al carácter pendenciera y la inactividad de los once generales imperiales que se le oponían, pudo incrementar sus fuerzas a cinco mii hombres y organizar con ellos un ejército bien equipado. El mismo año en que Belisario riñó con mi ama en Danas, Juan el Sanguinario, Bessa y el resto habían recibido instrucciones de Justiniano para «aplastar a los últimos godas»; pero se resistía a confiar el manda supremo a cualquiera de ellos.

Comenzaron esta campaña con doce mii hombres, incluida la guarnición de Sisaurano, capturada por Belisario y que acababa de llegar de Oriente. Principalmente a causa de sus desacuerdos en cuanto a la distribución equitativa del botín que esperaban tomar, fueron ignominiosamente derrotados por Teodelo en Faenza: muchas miles de hambres fueran muertos o capturadas y - ingular humillación- todos los estandartes del regimiento fueran abandonados, aunque todas las generales escaparan. Sólo el escuadrón persa luchó valerosamente, y por esta razón sufrió más bajas que los demás.

Entonces, cada uno de los once generales condujo lo que quedaba de sus propias fuerzas al refugio de una fortaleza diferente, de modo que Italia entera estaba ahora a disposición del ejército de Teodelo.

Juan el Sanguinaria entró nuevamente en campaña con refuerzas de Rávena. Aunque todavía en inferioridad numérica, Teodelo desbandó el ejército de Juan el Sanguinario en una batalla cerca de Florencia, y no sólo le causó enormes bajas en muertos y heridos, sino que persuadió a muchos de sus hombres de pasanse al ejército goda.

Alejandro («Tijeras») había diezmado los ejércitos italianos nobándales la paga y las raciones. Ningún soldada pelea mucho tiempo sin paga ni alimentos adecuados, excepto en defensa de su propia tierra y con un líder valeroso. Además, si hay discordia entre los oficiales, como en este caso, la trapa no tarda en entenanse y la confianza se destruye. Los que desertaban para unirse a Teodelo se ponían bajo la protección de un rey que era un hambre de palabra, un caudillo osado, activa y generoso, que no compartía el mando con rivales.

En la primavera siguiente, la misma primavera en que Belisario fue enviada nuevamente contra el rey Cosroes en Siria, Teodelo, dejando que los generales imperiales se escandieran en sus fortalezas del nordeste de Italia, marchó hacia el desprategido sur. Lo devastó sin dificultad, capturando las fortalezas de Benevento -donde destruyó fortificaciones- y Cumas -donde encontró gran cantidad de tesaras-, y no tardó en sitiar Nápoles.

Juan el Sanguinario, en nombre de todos las generales, escribió desde Rávena pidiendo refuerzos a Justiniano. Con inesperada celeridad, Justiniano envió un senador, Maximino, con una enorme flota y todas las tropas que podían neunirse en los centros de adiestramiento y guarniciones del este. Maximino fue nombrado Comandante de los Ejércitos de Italia. Era un cobarde, y carecía por completo de experiencia bélica. Pasaba buena parte del tiempo orando y ayunando. Justiniano detestaba confiar vastas ejércitos a generales experimentadas, pan teman a que fueran revoltosos. Parecía tener la impresión de que las victorias se conquistaban de rodillas, no sobre la silla de montar.

La expedición terminó desastrosamente, como era de esperar. Primero, Maximino se demoró meses en Grecia, enviando a uno de sus generales al rescate de Nápoles, con varias naves de aprovisionamiento, pera con fuerzas inadecuadas. La caballería de Teodelo sorprendió a la pequeña flota cuando las tripulaciones desembarcaran descuidadamente en Salerno, para apravisianarse de agua y estirar las piernas, y las capturaron casi en su totalidad. Luego, el propio Maximino zarpó hacia Siracusa de Sicilia, desde donde envió el resto de su ejército en el resto de sus naves, nuevamente para socorrer a Nápoles. Ya era noviembre, demasiado avanzada el año para travesías seguras. Un violento viento del noroeste sorprendió a la expedición cuando se acercaba a Nápoles, arrastrando las naves hacia la costa, y nada menos que hacia la misma playa en que el rey Teodelo estaba acampado con sus godos. De los soldados que atinaron a escapar del furor del oleaje, muchos cientas fueron nuevamente arrojados al man por los despiadados godos, quienes querían evitarse la molestia de tener prisioneros.

Al general romana al mando de la expedición, sin embargo, le perdonaran la vida.

Le pusieron un cabestro en el cuello y lo enviaron a Nápoles para que acansejara a las napolitanas la capitulación, pues ahora ya no podían esperan ningún auxilio y el hambre los estaba apremiando. Teodelo se comprometió a perdonarles la vida.

Entonces, Nápoles se rindió. Cuando Teodelo vio cuán demacrados estaban los habitantes, actuó con una humanidad y una comprensión notables en un bárbaro. Se encargó personalmente de que no se llenaran de golpe los vientres vacíos y así se hicieran daño, reponiendo sus fuerzas con un incremento gradual de las raciones. Además, no se vengó de ellos, e incluso permitió a la guarnición que se manchara con honores de guerra y les suministró animales de tina para viajar a Roma. Más aún: como ejemplo para sus propios hombres y como estímulo para la población nativa, ejecutó a un saldado goda por la violación de una muchacha italiana y a ella le entregó cama reparación todas las posesiones del soldado. Pera demolió las fortificaciones de Nápoles, de tal modo que, aunque la ciudad fuera reconquistada, nunca más pudiera emplearse contra los gados como base de operaciones.

El rey Teodelo habría marchado luego a la conquista de Roma, donde Juan el Sanguinanio mandaba la guarnición, pues los ciudadanos simpatizaban con la causa goda y estaban dispuestas a darle la bienvenida. Pero la peste había llegada a Italia, y las calles de Roma estaban abarrotadas de cadáveres insepultos. Teodelo se alejó del contagio. Envió parte de su ejército a sitian Otranto, mientras él sitiaba Osimo y Tivali con el resto. Tívoli cayó por un acto de traición; de ese modo quedaron cortadas las comunicaciones entre Roma y Toscana, de las cuales dependían las provisiones de los ramanos. Las fuerzas imperiales decaían más y más, mientras las fuerzas de Teodelo se incrementaban. Ya no había con qué pagarles, pues para ello se dependía de las rentas italianas y los godos dominaban ahora casi toda la campiña; y su capacidad de combate dependía en buena medida de la paga.

Tal era el estado de cosas en Italia cuando Belisario nos llevó allí desde Constantinopla. Primero había recorrido Tracia con sus cuatrocientas coraceros, reclutando gente.

Fue la primera vez en muchos años que visitó Tchermen, su finca natal, y Adrianópolis, donde había iniciado su carrera militar. Sus compatriotas lo recibieron calurosamente. En cada ciudad a la que llegaba, lo aguarda una recepción cívica: la marcha se transformó casi en procesión real. Los cuatrocientos hombres, todos tracias y héroes de las campañas goda, vándala y persa, eran tan apuestos y marciales con sus cotas de malia y sus yelmos con penacho blanco, montaban tan bien las caballos castaños, y hablaban con tanta admiración y amor de Belisario, que no menos de cuatro mil reclutas se alistaron bajo su estandarte, entre ellos mil quinientos sólo en Adnianóplis. En Tracia lo llamaban «Belisario el Afortunado», pues no sólo no lo habían herido nunca, sino que de su Regimiento Personal, que había luchado en tantas batallas gloriosas, muy pocos hombres habían caído -al menos mientras actuaban bajo su manda directoy muchos se habían hecho ricos. Tenía esperanzas de procunanse armas y armaduras para sus reclutas, pues en la fábrica imperial de armas de Adrianópolis había una provisión; pero se

las negaron, aun a cambio de ano. Además, los hunos búlgaros, en su última incursión, habían dejado Tracia sin caballos, si se exceptúan los pertenecientes al Imperio, que se habían guardado a tiempo tras las murallas de Salónica; de modo que tampoco pudo conseguir monturas para los reclutas. Ni armas, ni armaduras, ni caballos; y hacer de un recluta inexperto un coracero eficaz, aun si está acostumbrada a los caballos, es un trabajo de das años o más.

Desde Tracia, navegamos bordeando la costa griega hasta Spalato, donde nos reaprovisionamos; allí se encontraron armas, aunque no armaduras, para los reclutas.

Desde Spalato, Belisario envió al rescate de Otranto al miso Valentino que había comandado la milicia romana en la Llanura de Nerón durante la defensa de Rama: con das mil hombres, en su mayor parte sin entrenar, y reserva de grano para un ano.

Valentino llegó en auxilio de Otranto justo a tiempo: la guarnición había decidido capitular ante los godos cuatro días después, a causa del hambre. Belisario no pudo intentar un desembarco en las inmediaciones de Roma, pues el enemigo, con las naves de guerra capturadas, controlaba toda la costa oeste. Nos condujo a Rávena por el camina de Pola.

En Rávena exhortó a los godas residentes a persuadir a los compatriotas que peleaban con el rey Teodelo de renovar su lealtad al Emperador. Mas ni siquiera el nombre de Belisario pudo atraen a un solo hambre. Envió a Emilia, para asegurar al menos ese distrito, cien de las hambres adiestrados de su regimienta y doscientas de los reclutas más prometedores, para quienes había encontrado caballas y armaduras en Rávena; y das mi infantes ilirios. Bolonia, la capital, se rindió, pero las provisiones escaseaban.

Además, los ilirios no habían recibido paga en dieciocho meses y les irritaba que, mientras ellas estaban en Italia, se hubiera permitida que los hunos búlgaros devastaran Iliria y se llevaran cautivas a sus esposas e hijos. Anunciaron de pronta que se iban a su patria; y eso hicieron, librando a su suerte a los cuatrocientos coraceros. (Justiniano se enfureció con los ilirios en un primer momento, pera luego los perdonó.) De modo que toda Emilia cayó en manas del enemigo, excepto la fortaleza de Piacenza. La única circunstancia afortunada de la expedición fue que los coraceros, al manda del tracio Tunimut, lograron abrirse camina hasta Rávena y traer doscientas caballas y trescientas armaduras pertenecientes a godas a quienes habían matado en emboscadas.

Belisario envió luego a Tunimut a Osimo, asediada por el rey Teodelo, con mii hambres, todo lo que podía darle. Tunimut se las ingenió para atravesar las lineas godas y entrar en la ciudad sin bajas; pero pronto comprendió, tras una intrépida salida, que sus mil hombres no eran rival para los treinta mil que ahora tenía el ejército godo engrosada por las deserciones del ejército imperial. Tampoco podía depender del resto de la guarnición para que lo asistiera militarmente. Consultó con el comandante, quien estuvo de acuerdo con él en que la presencia permanente de la fuerza de rescate seria más un estorbo que una ayuda, pues sólo significaría más bocas que alimentar; de modo que se retinó durante la noche. Un desertor comunicó sus planes a los godos, quienes lo emboscaron a cuatrocientas millas de la ciudad. Perdió doscientas hambres y todos los animales de carga: con el resto, logró escapar a Rímini.

Teodelo había destruido las murallas de todas las ciudades que se le habían rendido.

Belisario, que necesitaba una base más conveniente que Rávena, decidió fortificar nuevamente Pesano, un puerto de Umbría, entre Rimini y Osimo, donde había buenas pastas para los caballos en el valle del ría. Las murallas de Pesaro habían sido desmanteladas hasta la mitad de su altura, y las puertas se habían quitada; pero, siendo hombre de recursos, envió agentes para medir las jambas, y en Rávena se fabricaron nuevas puertas de noble, enmarcadas en hierro forjado, de la altura y espesar requeridas. Tunimut las transportó en botes hasta Pesaro, y las hizo colocar; e inmediatamente puso a los habitantes a trabajar en la reconstrucción de las murallas. Tenía consiga tres mii hom- bres, casi todas reclutas tracios. Cuando Teodelo llegó de Osima can su ejército, las murallas tenían altura suficiente para la defensa. Belisario había

estada entrenando intensivamente a las reclutas en arquería, de moda que no hicieron un mal papel. Teodelo se retiró, desconcertado.

Belisario le escribió a Justiniano en los siguientes términos:

Podenosisimo Emperador:

He llegada a Italia sin caballos ni armaduras -pues en Tracia eran impasibles de conseguir- y sin dinero, salva el que tengo en mi propia bolsa para el paga de mis recientes reclutas tracios. Son soldadas bisoños, sin entrenamiento, mal armados y sin montunas. Las tropas regulares y los milicianos imperiales que hemos encontrado aquí no pueden rivalizar con el enemigo en número ni en coraje. El rey Teodelo es dueña de toda Italia -excepto unas pocas ciudades que, con las fuerzas a mi disposición, no puedo liberar- y, en consecuencia, no pueden recogerse ingresos para el Imperio. Lo cierta, Majestad, es que, aun a las trapas de Rávena, se les deben tantas pagas atrasadas que me es impasible persuadirías de combatir. Más de la mitad ya ha desertada.

Si mi mera presencia en Italia bastara para poner un victorioso punta final a la guerra, todo estaría bien: pues he anunciado mi llegada por todos los medios disponibles. Peno considera, Majestad, que un general sin tropas es como una cabeza separada del tronco. Sugiero respetuosamente que los hombres de mi Regimiento Personal, a quienes has enviada a la frontera persa, sean llamados y despachados a mi de inmediato; y con ellos una numerosa fuerza de hérulos u otros hunos, si estás en condiciones de contratan sus servicios con una suma de dinero sustancial. Si mi petición no puede sen satisfecha, Majestad, poco o nada podrá realizar tu servidor más leal y obediente, Belisario, Conde de los Establos Reales, actualmente al mando de los Ejércitos Imperiales de Italia.

Juan el Sanguinario, delegando el manda de Roma en Bessas, se comprometió a entregan la carta a Justiniano en Constantinopla y urgiría a remediar la desesperada condición en que nos hallábamos. Juan zarpó a finales de ese año de Nuestro Señor de 545. Entretanto, Belisario permaneció en Rávena, entrenando a sus reclutas, turnando los pocos caballos a su disposición para los ejercicios de caballería. Los hombres se hicieron diestras en el manejo de arcos, lanzas, dardos, espadas, a pie o a caballa; los obligaba a montan caballas de madera, como a los niñas.

Osimo se rindió a Teodela a causa del hambre, y luego Ferma y Ascoli, que también están en Picena. Luego, Spoleto, Asís y Toscana. Sólo Perusa resistió, aunque Teadelo fraguó el asesinato del general que comandaba la guarnición.

Juan el Sanguinario no entregó la carta al Emperador y le camentó el asunto sólo en términos muy vagos. Estaba harto de la guerra de Italia, y no quería que la enviaran inmediatamente, de las comodidades de Constantinopla, donde fue bien recibida, a las incomodidades y ansiedades de la campaña. Se dedicó a la tarea de concertar una boda ventajosa, y pronta fue esposa de la hija de Germán, la joven hermana de Justina y sobrina-nieta del Emperador. (De esta manera se transformó en enemigo de la Emperatriz Teodora, quien lo consideró un acto de extrema presunción, casi una declaración de que él era el candidato al trono a la muerte de Justiniano).

Al no recibir respuesta, Belisario volvió a escribir, repitiendo exactamente la carta anterior, aunque añadiendo informes sobre los últimos triunfas de Teodelo. Comunicaba que Roma, defendida par Bessas a la cabeza de tres mil hombres, estaba amenazada por el hambre -la flota de Teodelo, con base en las islas Lipani, interceptaba los embanques de grano de Sicilia- y no podía resistir muchos meses más. Piacenza, la última fortaleza del norte leal a los romanos, ya se había rendido por hambre. Agregó (urgido par mi ama) que, cama Su Graciosa Majestad no parecía alanmanse paría situación de Italia según se la había descrito en la canta confiada a Juan, o al menos parecía incapaz de remediarla, se consideraría en libertad para retiranse con su esposa y su guardia personal a Durazzo, en el otra extremo del man Adriático. Allí el clima era menos agobiante que en Rávena, y las comunicaciones can Constantinopla -si el Emperador se dignaba enviarle nuevas instrucciones- eran más cómodas. Justino, el sobrinonieto del Emperador, quedaría al mando de Rávena.

La canta era absolutamente respetuosa y apropiada, pera Justiniano pensó que contenía un reproche oculto; lo cual lo decidió a no tomar ninguna medida al respecto, especialmente cuando Juan el Sanguinario negó que le hubieran confiado ninguna carta previa. Sin embargo, mi ama Antanina había despachado una carta a Teodora junta con la segunda carta de Belisario, en la cual decía que Justiniano tenía que decidirse, ya a conservar el dominio de Italia, pagando a sus ejércitos y enviando refuerzos, ya a renunciar a sus derechos. Teodora convenció al fin a Justiniano de que netirana algunas tropas de la frontera persa, donde el peligro de invasión parecía haber pasado con la peste, y enviara a Narses a Crimea a contratar una poderosa fuerza de hunos hérulos para que acompañaran la expedición a Italia. Pero esos refuerzos, al manda de Juan el Sanguinario, sólo llegaron a Durazzo a finales del otoño; y entretanto, las condiciones en Rama empeoraban cada vez más. Lo más que Belisario pudo hacer fue enviar mii hambres, la mitad de ellas coraceros, en auxilio de la débil guarnición del puerta de Roma, pues era esencial conservarlo si la flota imperial quería liberar Roma. Valentina, que mandaba estas trapas, tenía instrucciones de evitar cualquier batalla que pudiera causarle demasiadas bajas. Sorteó a los godos y llegó a su destino sano y salvo.

El Papa Vigilia, el misma que había sucedido al depuesto Silverio, acababa de recibir órdenes de ir de Roma a Sicilia, donde aguardaría una llamada de Constantinopla. Justiniano (quien deseaba ser recordada coma Grande por su talento teológico, además de sus otras cualidades y hazañas) estaba rumiando un tratada para el cual deseaba la aprobación del Papa Vigilia. Había surgido una posibilidad interesante en la doctrina de las relaciones entre la Primera y la Segunda Personas de la Trinidad, y parecía aconsejable discutiría con el Papa antes de aventurarse más lejos. El objeto tratada era sugerir un conciliación entre quienes creían en la naturaleza única del Hijo y quienes creían que tenía das naturalezas. Gran número de herejes podrían reintegrarse así a la comunidad ortodoxa. Os ahorrané los detalles de esa controversia. El Papa Vigilia no podía tomar en serio la teología del Emperador, que era abstrusa y contradictoria; pero tampoco podía darse el lujo de ofenderla. Lo que más le afectaba era un informe alarmante que le había llegada sobre la situación de Roma: que una medida de grano se estaba vendiendo allí por cinco piezas de oro, y un buey pon cincuenta, mientras los pobres estaban ya comiendo artigas y hierba, como durante el sitio anterior. Siendo hambre generoso y cristiano honesto, aunque había obtenida el puesto mediante el soborno, recordó la exhortación que Jesús repitió tres veces al apóstol Pedro: «Apacienta mis ovejas»; contrató con su propio dinero una pequeña flota de oaves con grano para que zarparan rumbo al puerto de Roma con provisiones para la población de la ciudad.

El papa envió esta flota bajo la guía de un obispo que, eludiendo el bloqueo goda mediante un amplio rodeo, llevó los buques a puerto; y a su arribo, se tranquilizó al ven que ~1 estandarte imperial aún ondeaba en la torre y la guarnición agitaba frenéticamente ~ capas desde las almenas. Lamentablemente, malinterpretó la señal, que no era de bienvenida, sino de advertencia. En cuanto las naves atracaron, con la ayuda de los rones de los muelles, se oyó un aullido bárbaro y das escuadrones gados de Teodeloirnumpieran desde detrás del depósito en que estaban emboscados. Capturaron las naveS y asesinaron a todas los hambres a borda, con la sola excepción del obispo, a quien llevaran cautivo ante Teodelo. La cierta es que Valentino, desobedeciendo las instrucciones de Belisario, un par de días antes, había guiado a sus mii hombres en un ataqoe contra las godos, pero lo habían aislado: lo mataron, junta con casi todos sus ho~res. Los sitiadores habían avistada luego la flota del obispo desde una colina, y el resto de la guarnición estaba demasiado débil para impedirles que tendieran esa exitosa 0mboscada en el puerto. El obispo capturado (quien, casualmente, también se llamaba Valentino) fue interrogado por el rey Teodelo, quien esperaba sonsacarle informes miiit~ne5 valiosos. Peno el obispo sarteó las preguntas de Teodelo cama buen romano, aUn cuando la amenazaron con la tortura. Teodelo perdió la paciencia y ordenó que le cortaran las manas. Todos compadecimos inmensamente a ese buen hombre.

En goma hubo muchos suicidios pon hambre. El veterano Bessas, resentida con JustiniaO0 por su descuida de la situación italiana, se ocupaba principalmente de enniquecersC a casta de los

ciudadanos. Pon arden suya, ningún plebeyo podía abandonar la ciudad, a menos que pagana cinca mil piezas de oro por el privilegio; un patricia tenía qu& pagar cien mil. La mayoría de los patricios juzgaban el precio exhorbitante y prefenfan quedanse, pese a todos los inconvenientes. El único grano que quedaba estaba almacenado en silos militares. Bessas lo vendía poca a poco, a precios cada vez más elevadas, y cada vez más adulterado con salvado, para lo cual también tenía que robar a ~us caballos. Cuando no hubo más oro, aceptó que le pagaran con antiguas fuentes ~ vasijas de plata, bienes familiares, pera sólo por su pesa en plata, no por su vaíot como antigúedades. Cneo que tenía intención de capitulan en poco tiempo, a condición de que él y sus soldados -quienes también se habían enriquecida vendien da parte de sus raciones- pudieran marcharse con los honores de la guerra y conservar sus f0~inas privadas.

Una mañana, la turba de la ciudad llegó aullando a las puertas del palacio Pincio, el cuartel general de Bessas. Y sin duda debía de ofrecer un espectáculo atroz, las caras coflsumidas y descoloridas, los estómagos hinchados de aire; pero cama las perros, muías, asnos, gatos, natas y ratones se habían agotado, sólo podía comer ortigas, a mena~ que, secretamente, se alimentaran de bosta de caballa o de carne de niños asesinado5. Los guardias trataron de ahuyentar a esas infelices, pera cuando los golpeaban caían y no podían levantarse, tan débiles estaban, y quedaban contonsionándose coma avispas con las alas cortadas. La petición era:

~por amor de Dios, haz una de estas tres cosas: aliméntanos, o penmitenos abandonan la ciudad sin pagan, o pon fin a nuestras desventuras matándonos.

-No puedo alimentaros -replicó Bessas-, pues apenas tenga grano suficiente para mis hombres; ni mataros, pues sería asesinato; ni dejaras abandonan la ciudad, por temor de que los godas aprovechen la apertura de las puertas para entrar. ¡Valor! Pronto llegará Belisario con alimentos suficientes para todas.

No obstante, fue reduciendo el precio de los permisos para abandonar la ciudad, para todas menas los patricias, hasta que estuvo al alcance de las economías más modestas. Pronta la ciudad quedó casi vacía. La mayor parte de los fugitivas murió en el camino, de pura agotamiento; muchos fueron exterminadas par los godos, cuyas fuerzas habían aumentada a unos sesenta mil hambres; unos pacas escapados al sur.

Pera Roma todavía resistía, al igual que la guarnición del puerto de Roma; y Belisario acudía al rescate desde Durazzo, Dalmacia, pues los refuerzas acababan de llegar.

Juan el Sanguinaria deseaba que todo el ejército, que ahora sumaba veinte mil hambres, navegara únicamente hasta Brindis y luego cruzara Italia hasta Roma. Pena Belisario señaló que, aun cuando no encantrara seria aposición, la mancha hasta Roma les llevaría cuarenta días, mientras que yendo por man en galeras sólo tardarían cinco, si los vientos eran favorables. Con la amenaza del hambre sobre Rama, cada día era precioso. Su nueva Regimiento Personal estaba formado pon soldados en modo alguno incapaces; y logró comprar armaduras y caballos para la mitad de ellas en Durazzo.

Los embancó en la galera más rápida y ordenó a Juan el Sanguinaria que lo siguiera en cuanto fuera posible.

Mi ama demostró gran ternura y consideración hacia Belisario en este periodo, y su mutua confianza los sostuvo en muchas días aciagos; y jamás se dijo la menor palabra escandalosa contra la vida privada de mi ama. Conmigo eran muy atentos y me confiaban muchos secretos importantes.

Belisario y mi ama, a quienes acompañé, se embarcaron en la nave insignia; esta nueva campaña nos causaba cierta inquietud, pera, una vez a bando, anhelamos volver a estar en Italia. Un violento viento sudeste nos obligó a buscar refugio en la bahía de Otranto. Los soldados godas que aún estaban sitiando esta ciudad, sin advertir que nuestra presencia era accidental, se retinaron atemorizados a Brindis, a das días de viaje hacia el norte. El viento cambió al día siguiente y bogamos nuevamente al sur atravesando el estrecha de Mesina; los gados se alegraron de que hubiera pasado el peligro.

Llegamos seis días más tarde al puerta de Rama, que todavía seguía resistiendo, pera nada podía hacerse hasta que llegara Juan el Sanguinario, pues nuestras fuerzas eran escasas. Aguardamos varios días, y al no recibir más noticias concluimos que su flota había naufragado o había sido desperdigada por la misma tormenta que nos había sorprendido a nosotros. Por último, llegó un despacho de Juan en un buque mercante, anunciando que seguiría su plan original de marcha a través de Italia. Ya había obtenido algunos triunfas: había dirigida sus trapas a Otranto sin ser avistado par las godos y, tras capturar un buen número de remontas, había sorprendida al enemigo en Brindis, adueñándose del campamento y matando gran cantidad de godos. Ahora avanzaba hacia el noroeste, en dirección a Rama.

-¿Ningún general quiere obedecerme? -exclamó Belisario-. Temo que para cuando llegue Juan, Roma haya caído. -Pera logró hacer llegar un mensaje a Bessas, suplicándole que resistiera un poco más.

El rey Teodelo no subestimaba el coraje ni la capacidad de Belisario. Sabia que haría lo pasible para transportar provisiones pon el Tíber y, pon lo tanto, decidió bloquear el camina. En un sitio donde el ría se estrecha, a unas tres millas de Rama, construyó das sólidas torres de madera, una en cada margen, unidas por un espolón de vigas gruesas, y la guarneció con los mejores hambres de su ejército. Vitiges nunca habría tenida la inteligencia de concebir un plan tan ingenioso.

Belisario no se dejó intimidar por el espolón y las torres de Teodelo. Envió a das de sus coraceros de más confianza al lugar; debían fingir que eran desertores, y medir las trapas a ojo. Estos coraceros parlamentaron con las centinelas de la torre de la margen derecha y, simulando que las ofertas de los godos no les satisfacían, regresaron enseguida. Ahora que Belisario tenía la medida, construyó una torre veinte pies más alta que la de Teadelo, sobre das lanchones unidas por cuerdas. En la cima, hizo colgar una chalupa de das pescantes que sobresalían. También hizo proteger doscientas galeras con alambradas de seis pies de alto, y en el alambre hizo abrir troneras a través de las cuales los arqueros pudieran disparar. Embarcó en las galeras sus mejores tropas y las cargó con grano, salchichas, tasajo, aceite, queso, higas y otros comestibles.

Un sacerdote disfrazado de campesina trajo otra mensaje de Juan el Sanguinario.

Juan se esmeraba por precisar, al principio, que la población nativa lo había recibido con entusiasmo mientras avanzaba desde Brindis; pero, lamentablemente, Teodelo había guarnecida Capua y así le había cortado el camina a Roma. Capua era inexpugnable, y nunca convenía seguir de largo ante una fortaleza bien guarnecida, coma el misma Belisario había subrayada a menudo. Por lo tanto, había emprendido el regreso y ahora perseguía a las partidas desperdigadas de gados de Lucanía.

Por el sacerdote, Belisario se enteró de que la guarnición de Capua consistía solamente en medio escuadrón de lanceros. Comprendió que Juan el Sanguinario, a quien le importaba un rábamo el destino de Rama -y quien tal vez deseara venganse de Bessas, que no había querido ayudarlo cuando estaba sitiado en Rimini, unos años antes-, prefería la tarea fácil de saquear una campiña desocupada. Si quería rescatar Roma, tendría que valerse de sus propios recursos, pese a toda.

Entregó el mando del puerto de Roma a un armenia llamada Isaac; mi ama también se quedaría allí, para asesorar y ayudar. Había medio escuadrón de caballería apostado en cada margen del ría, con apoya de infantería, y tenía órdenes de resistir hasta el último hambre si atacaban el puerto de Roma. Belisario asumió personalmente el mando de la flota de galeras alambradas. Envió un mensaje a Bessas: «Espera mi llegada por el río mañana, a primera hora de la tarde. Tenga medias para romper el espolón. Cuenta con que hagas una repentina incursión contra el campamento godo después de mediodía, para así distraerlos. Tengo provisiones abundantes en mis naves».

Al día siguiente, seis de diciembre, era la festividad del obispo Nicolás, santa patrono de los niñas. San Nicolás era muy respetado par Justiniano, quien construyó una iglesia en su honor en Constantinopla. Creo que en vendad se cuentan de él más milagros absurdas que de ningún otra santo del calendario: al nacer, se levantó y susunnó las gracias a Dios Todopoderoso panel dan de la existencia, y cuando bebé observaba rigurosamente los ayunas canónicas de los miércoles y viernes, absteniéndose esas días de maman de los pechas de su madre, Juana, causándole gran molestia, pero mayor asombra. Por alguna razón inexplicable, San Nicolás se ha convertida en heredero de Poseidón, y casi todos los templos del dios del man le están ahora dedicados; tal como la Virgen María es heredera de la diosa Venus, y el apóstol Pedro lo es del Cancerbero (y Jesús mismo lo es de Orfeo, quien aplacaba a las fieras con el hechizo de sus melodías). Cada santo reconocido por la Iglesia tiene su carácter y su virtud peculiares.

Nicolás ha llegada a ser emblema de la simplicidad pueril. En esta ocasión, las soldados tracios, pertenecientes a la fe ortodoxa, consideraban ese día especialmente auspicioso, pues consta que en el célebre concilio de Nicea, Nicolás se dejó llevan por sus pasiones religiosas y asestó al clérigo Arrio, el fundador de la doctrina arriana (profesada por los godos) un tremendo puñetazo en la oreja.

A primera hora del día de San Nicolás, pues, Belisario estaba preparado para iniciar un viaje río arriba con nemas y velas. Das mil coraceros, aquellas para quienes no tenía caballos, lo seguían por ambas márgenes del río, y el restante escuadrón de caballería actuaba cama defensa. Mi ama lo abrazó y le deseó un buen viaje y la victoria cuando partió. Los que nos quedamos en el puerto, esperamos ansiosamente en las murallas.

Al mediodía, un mensajero a caballa regresó con excelentes noticias. Primero, la flota de Belisario se había tapado can una red de cadenas en el río, a poca distancia del botalón -la misma que él había utilizado para protegen los molinos de agua durante su defensa de la ciudad-, peno la infantería, con una andanada de flechas y un ataque, había dispensado a los guardias apostados en ambos extremas; eliminaron el obstáculo y siguieron viaje. La alta torne flotante, can la chalupa colgada de la cima, había sido arrastrada río arriba par el camino de sirga, mediante unos cuantos animales de tiro.

Luego, mientras los arqueros de las galeras y la infantería de las orillas luchaban frenéticamente can los godos de las torres de madera, la torre flotante fue aproximada a la torne de la orilla del camino de sirga. Entonces, Belisario reveló sus intenciones.

La chalupa fue saltada de los pescantes: mientras caía sobre los godos apiñadas en la torre, los arqueros le arrojaron una andanada de teas ardientes. La chalupa estaba llena de brea, aceite, resma y otros materiales combustibles, de modo que en menos de un minuto toda la torne goda estaba en llamas. Un escuadrón de godos se lanzó al ataque por la orilla, pero titubeó al ver la torne ardiente y al oír a los hombres que aullaban en la imponente estructura. Nuestra infantería los hizo huir desordenadamente. Belisario destruyó el espolón, y se preparó para seguir avanzando en cuanto Bessas atacana el campamento. Doscientos godos se habían quemado vivos en la torre. La guarnición de la otra torne había escapado.

Cuando Isaac de Armenia oyó esta noticia gritó de alegría, como todos nosotros en el puerto. Decidió ganan su parte de gloria atacando un campamento godo cercada que estaba a media muía de distancia, custodiando Ostia. Reuniendo un centenar de jinetes, se internó en el delta del río y al partir de la fortaleza gritó a mi ama Antonina:

-La fortaleza está a salvo bajo tu custodia, graciosa dama; pronta negresané con regalos.

Isaac nunca regresó. Arrasó el campamento a la primera carga, desbandó la guarnición e hirió mortalmente al comandante. Pero los godas advirtieron que ésta no era la vanguardia de un gran ejército, sino sólo un demente seguida por un centenar de aventureros. Volvieron al ataque y sorprendieran a los hombres de Isaac mientras saqueaban las chozas. Isaac cayó, y ni siquiera diez de sus cien hombres pudieran regresar a las fortificaciones. Uno de ellos, al ven contado el

camino de regresa, escapó galopando hacia la cabecera del delta. Gritó a través del río a un destacamento que Belisario había dejado allí:

-Oh, camaradas, Isaac ha muerto, y soy el única de sus hombres que ha sobrevivido; y estoy herido en el costado. Cruzadme pon el río, os lo suplico. -Y luego se desmayó.

Mientras los cruzaban, a él y al caballa, en una balsa, uno de los hombres galopó río arriba para comunicar la mala noticia a Belisario.

-Cielos, general -le dijo-. todo está pendido en el puerta de Roma. Los godos han matado a Isaac y a la guarnición, a todos menos a un hombre, tu soldado Sisifredo, quien ya ha sido cruzado por el río en la cabecera del delta.

Belisario sabia que Sisifredo era un soldado valiente, leal, ingenioso, y el mensajeno también era hombre de confianza, de moda que no pudo dejar de creer la noticia.

La primera pregunta que hizo fue, con un jadeo:

-¿Y mi esposa, la señora Antonina?

-No sé -respondió el mensajera-. Las palabras de Sisifredo fueran: «Sólo queda yo de los hombres de Isaac».

Al oir esto, Belisario se tambaleó. Le brotaran lágrimas de los ojos, y permaneció atónito un buen rato. Se persignó, murmurando una entrecortada plegaria. Pero, al cabo, recobró el dominio de sus emociones: tal vez recordó cómo Gelimer, el rey vándalo, había perdido una batalla por llorar inoportunamente a un ser querido. Eran las tres de la tarde, y Bessas no había efectuada el ataque esperado, aunque sabía del incendio de la torre y la destrucción del espolón. ¿Debía enfrentarse al ejército goda por si sola? Eso sería temerario hasta la locura. No obstante, lo habría hecho, con la esperanza de obtener ayuda de Bessas en cuanto las galeras se acercaran a la ciudad; pero así, con el puerto tomado, estaba aislado del mar, pues Ostia también estaba en manas del enemigo, y ahora la derrota sería un desastre. Su única esperanza consistía en regresar inmediatamente y recuperar el puerta. Ordenó que las galeras viraran en redonda, embarcó la infantería, reagrupó la caballería mediante sones de trompeta, y bogó ría abajo. Tal vez no fuera demasiado tarde para arrebatan la fortaleza al enemiga y vengar a sus muertos.

Cuando, desde el puerto, vimos que sus naves regresaban, quedamos perplejas; pero no tan perplejos como él cuando observó que nuestros centinelas aún custodiaban las puertas de la fortaleza. Entonces, el alivio y la exasperación lucharon por el dominio de su mente: alivio porque el informe era erróneo, exasperación par haber sido tan neciamente incrédula y haber desistido de una tentativa tan auspiciosa.

-Hoy es San Nicolás -dijo amargamente-. cuando los niños encuentran dulces escondidos en los zapatos, y cuando los saldadas veteranos se portan como imbéciles.

Esa noche volvió a ser presa de la malaria. Sus pensamientos inquietos y desdichadas agravaron el ataque de fiebre; empeará muchísimo, y pronto empezó a delirar.

Llamaba a mi ama una y otra vez, sin danse cuenta de que la tenía al lada. El corazón se le partía cuando, en los devaneas de su mente, revivía la angustia que había sufrida al creen que la habían matada.

-¿Qué queda ahora para mí9 -gritaba continuamente-. Antonina ha muerto.

Cuando recrudeció la fiebre, quienes lo atendíamos tuvimos que pedir ayuda a ocho de sus coraceros más robustos para impedirle que cometiera una atrocidad. Ya imagina-22 ba que estaba peleando contra los gados frente a las murallas de Roma, ya contra los persas en Danas. Una vez saltó su grito de guerra con una voz horripilante y apresóPERDÓN a das hambres con los brazos, y estuvo a punto de asfixiarías; pero de pronto cayóLLAMADA Y al suela jadeando.

Belisario pasó diez días encerrado en su cámara. Al undécimo día, el rey Teodelo tomó Roma, pues una noche cuatro traidores isaunianos le abrieron la puerta Asinaria, dejándola entrar con

toda su ejército. Bessas no había alterado constantemente los haranos de servicio de sus guardias, cama había dicho Belisario, ni había cambiada las cerraduras de las puertas; así, los soldados habían podido convenir con Teodelo una hora exacta con varias días de anticipación. La causa de la traición fue el resentimiento contra el capitán de su compañía, quien les había retenida la ración de grano para venderla a los patricias.

Los godos del rey Teodelo se lanzaron inmediatamente a saquear las residencias de los patricias, dejando que Bessas y su guarnición escaparan sin impedimentos. Teadelo se contentó can lo que encontró en el palacio Pincio, los bienes mal ganados de Bessas, que parecían un tesoro real o el botín de un triunfal almirante de piratas. En toda Roma, una ciudad que recientemente había albergado media millón de almas, los gados no encontraron más que quinientas plebeyas y cuatrocientas personas de sangre patricia, casi todas estas mujeres y niños, pues los patricios mismas habían escapado can la guarnición. Teodelo empezó a desmantelar todas las fortificaciones; y junó que pon la ingrata hostilidad de Roma hacia el benigna gobierna goda de Teodorico y sus descendientes, la ciudad no merecía mejor destino que ser incendiada y reducida al nivel de una dehesa de ovejas.

Belisario se entenó de esa amenaza y le escribió desde el puerto de Roma: «Rey Teadelo, si haces lo que has amenazado hacen con Roma, la cuna del Imperio, ¿tu nombre no apestará en el olfato de la posteridad? Ten la seguridad de que dirán y escribirán de -ti: Aquellas que cinquenta generaciones de romanos se esforzaran por construir, reuniendo los materiales más nobles y los mejores arquitectas y artesanas del mundo entero, un príncipe germano, insultando a los venerables difuntos, lo quemó en un sola día por despecho, y en un momento en que la ciudad estaba vacía a causa de la peste y el hambre».

Teodela neflexionó, y se contuvo. Belisario había tenido razón al suponer que en un rey godo el hipotético veredicto de la posteridad pesaría más que sus propias inclinaciones naturales o el consejo más práctica de sus consejeras más sabios. No obstante, Teadelo demolió tres millas de fortificaciones, y quitó todas las puertas, convirtiendo Rama en una ciudad abierta. Así, dejando una poderosa fuerza en las inmediaciones para impedir que nos moviéramos del puerto de Rama, marchó contra Juan el Sanguinana, en Otranto.

Juan el Sanguinario no se atrevió a enfrentanse a Teodelo y se retiró apresuradamente hacia Otranto, y can esa acción la Italia del sur, que aparentemente estaba en sus manas, quedó otra vez en poder de los godos. Teodelo, considerando que la captura de Otranto no revestía mayor importancia mientras Juan el Sanguinario estuviera inmovilizado allí, decidió marchar por la casta del Adriático hacia Rávena, cuyos habitantes estaban obviamente descontentos con el Imperio y quizá le abrieran las puertas. Con Rávena en sus manos, sería el amo indiscutido de Italia.

El rey Teodelo ya había iniciado la marcha casta arriba cuando recibió noticias que lo colmaran de asombra e indignación. Belisario, fiel a su reputación de intentar lo aparentemente imposible, tenía a Roma nuevamente en su poder y estaba preparado para luchar par su posesión contra todas las godos de Italia.

¿Peno cómo -os preguntaréis- pudo aún Belisario atrevense a defender con fuerzas tan inadecuadas una ciudad abierta contra un ejército que ahora sumaba ochenta mil hombres?

La respuesta del mismo Belisario a esta pregunta habría sido: «Tenemos que atrevernos a enmendar nuestras anteriores fracasos».

En cuanto se hubo recuperado lo suficiente para montar a caballo, Belisario había inspeccionado la ciudad con mii jinetes, partiendo de noche desde el puerto. La hailó totalmente desierta (por primera vez en la historia, supongo) e incluso encontró una pequeña manada de lobos merodeando en el Campo de Marte; los soldadas se abstuvieron de dispararles. Estos lobos fueron consideradas de buen augurio, porque eran animales que los antiguos romanas habían creído sagrados. Belisario examinó detenidamente las murallas y al fin declaró:

-Todo está bien, amigos. -Pensaran que todavía sufría los efectos de la fiebre, pero él explicó-: El rey Teadelo, siendo bárbaro, ha realizado chapuceramente su trabaja de destrucción, coma yo esperaba. Se ha contentado con desmantelar las partes superiores de la muralla y arrojar los escombros a la fosa. Trabajando enérgicamente, podemos reparar el daño en poco tiempo.

El ejército de ocupación godo, informado de que Belisario regresaba al puerto después del reconocimiento, se emboscó en cuatro sitias diferentes. En cada oportunidad, él dividió sus fuerzas en tres partes: medio escuadrón defendía su posición, mientras los sectores restantes avanzaban por las flancos y cercaban al enemigo, acosándola con flechas hasta que abandonaba su posición. En este regreso Belisario mató o captunó más hombres de los que había en sus propias fuerzas, sufriendo unas treinta bajas, porque las escuadrones godos cantaban únicamente de lanceros y no tenían oportunidad de acercarse bajo esa lluvia de flechas. Aunque sumaban unos quince mil, este ejército godo no se aventuró nuevamente fuera del campamento; y Belisario, dejando sólo quinientos hambres para custodiar el puerto, pudo llevan todas sus fuerzas a Roma. Tenía consigo sus cuatro mii tracios, que habían sufrido trescientas bajas, y das mii hombres de Bessas que habían huido para uninse a él cuando los godas tomaron Rama, y quinientos soldadas regulares que en Spaleta habían desertada para unirse a Teadelo y luego habían sido persuadidas de volver a su bando. También había unos pocos cientas de obreras fornidos, recogidos en las aldeas de la vecindad, en su mayar parte refugiados de la ciudad que se ofrecían con gusto a trabajan para él si les pagaban con grano, carne y un poco de vino.

El conde Belisario entró en Rama el día de la fiesta de los Tres Reyes; el rey Teadelo no regresó hasta el primero de febrero (de este nuevo año de Nuestra Señor de 547).

En esos veinticinco días se había obrada un milagro. Toda la fosa estaba limpia de tierra y escombros y erizada de estacas puntiagudas talladas en vigas de casas destruidas; y las piedras caídas de la muralla se habían recogida y puesto en su lugar, aunque sin argamasa. Las murallas volvían a presentan su rostro tenaz al enemigo, y en los lugares reconstruidos sólo les faltaban unos pies para alcanzar la altura original. Sólo que no había puertas y, por falta de herreros y carpinteras habilidosos, no se podía improvisar ninguna en tan poco tiempo. Pon la tanto, Belisario tuvo que recurrir a la táctica de los antiguos espartanos: cerró las entradas con puertas humanas: sus mejores lanceros en formación de falange. Todas habíamos trabajada en turnas de ocho horas:

soldados, domésticas, civiles, mujeres y niños incluidos; a ninguna se le permitió eludir el deber. Yo, un eunuco mimado, me partí las cuidadas uñas en las piedras toscas y me magullé los hombros rollizas cargando cestos de tierra. Belisario estaba en todas partes al mismo tiempo, coma el raya en la tormenta.

Belisario me había enviado el primer día a los hornos de cal municipales, a ver si podía conseguir un poco de cal para hacer argamasa, cama para fortalecer al menas los ángulos de las murallas; pero sólo encontré unos pacas sacos. Clavado en la pared del despacho del presidente, había un pergamino, y como el documento ya no tenía validez lo desprendí para llevármelo como recuerdo del sitio. Lo transcribo aquí como una curiosidad. Era la designación oficial del presidente pan Teodorico, unas años antes:

«El rey Teodorico al Distinguida Fáustula, Presidente de las Hornos de Cal, salud.

»¡Es en vendad una tarea gloriosa servir a la ciudad de Roma! ¿Quién puede dudar que la cal, que es blanca como la nieve y ligera cama una esponja africana, es de tremenda utilidad para construir los edificios más suntuosas? En la medida en que ella misma se debilita y consume ante el feroz hálito del fuego, otorga fuerzas a la maciza mampostería. Es una piedra soluble, una blandura pétrea, un guijarro de arenisca que (oh prodigio) arde mejor cuanta más se lo maja, sin el cual las piedras no se sostienen, ni se adhieren fácilmente los granos de grava.

»Pon lo tanto te encomendamos, nuestro industrioso señor Fáustuio, la quema de cal y su adecuada distribución; y haya abundancia de esta sustancia tanta para abras públicas como privadas, y así la gente tenga convicción y estimulo para construir y reconstruir nuestra amada

ciudad. ¡Cumple tu misión, y serás promovido a cangas aún más honorables!» Cuando al principio leí estas elegantes palabras no supe si reír o llorar, tan incongruentes parecían ante la presente desolación de la ciudad y el bárbara latín macarrónica de los soldados que formaban su población principal. Brotaron en mi mente reflexiones filosóficas acerca de la naturaleza esencialmente maligna de la guerra, por justa que fuera la causa, pero las deseché inmediatamente cama típicas de un monje cristiano y no más congruentes con la situación que el documento misma. Pero basta de esta.

Tan pronto como el rey Teodelo se acercó a la ciudad, nos atacó por el nordeste, enviando a sus hambres en masa contra las puertas Nomentana, Tiburtina y Prenestina.

Creo que suponía que las murallas reconstruidas caerían ante el meno estrépito de sus cuernos de guerra, cama se dice que cayeron las murallas de Jericó ante los cuernas de guerra del judío Josué. Presencié la carga de caballería contra la puerta Tiburtina, donde, una vez más, cumplía la misma tarea que había realizado diez añas antes: cargaba una catapulta con proyectiles mientras mi ama apuntaba. Había diez mii lanceras gados desplegados fuera de nuestra alcance, y escuadrón tras escuadrón cargaran en columna, con la lanza en ristre, contra el puente que custodiaba la puerta. Era como verter vino en una botella con una obstrucción en el cuello.

En verdad, muy pocas gados llegaron a la puerta, franqueando un túmulo de muertas y moribundos, para ensartarse en las lanzas de la falange como un oso hindú en las púas del puerco espín. Sus terribles bajas no se debieran solamente a nuestras descargas nutridas y certeras desde las murallas, con arcos, catapultas, escorpiones, asnos salvajes, sino a los abrojos de hierro que impedían el avance, artefactos nunca antes usados contra los godas. He señalado que los artesanos necesarios para fabricar nuevas puertas no estaban disponibles; pero los sargentos herreros del ejército habían estado trabajando día y noche, empleando toda clase de obreros cualificados y semicualificadas para fabricar esos abrojos de hierra. Un abrojo consta de cuatro pinchas gruesos, cada cual de un pie de longitud, ensambladas a una bola de hierro de tal modo que todas sus puntas sean equidistantes. Así, de cualquier manera que se lo ponga en el suelo, el abrojo siempre está hincado sobre un firme triángulo de pinchos, y un pincho apunta amenazadonamente hacia arriba. Algunas la llaman el «trípode del Diablo».

El abrojo era la divisa familiar de Belisario, y las mujeres de mi ama lo habían bardada en oro en el estandarte blanco del regimiento. El lema rezaba: Quoncun que jeceris, stabit, «dondequiera lo arrojes, se mantendrá en pie». La caballería no puede atravesar una posición tachonada de abrojos, a menos que los jinetes desmonten primero y los retiren uno por uno; de lo contrario, los caballos tropiezan con los pinchos, tambalean y caen empaladas.

Cinca escuadrones consecutivos cargaron contra esa barrera formidable. El túmulo de muertas se elevó más y más hasta que cada pincho hubo ensartada un hombre a un caballo. Así -coma la expresarían los retóricas-, el puente se volvió al fin transitable en razón de su misma intransitabilidad. Había una lucha tenaz ante la puerta, ahora con la infantería goda, y desde las torres de los flancos llovían piedras, agua hirviendo y vigas. Nuestros lanceros, isaunianos, peleaban par turnos; peno había sólo cincuenta hambres por equipo y los gados seguían atacando por centenares; se fatigaron mucho. Fue sólo la presencia alentadora de mi ama y su promesa de grandes recom- pensas a cada hombre que sobreviviera a ese día, lo que los mantuvo en sus puestos.

A mediodía, nuestras catapultas habían agotada su reserva de proyectiles y los asnas salvajes habían coceada hasta destruirse. Yo empuñé un anca y descubrí que no había olvidado en absoluto mis ejercicios de tira, aunque tenía los brazos débiles.

No hubo pausa para almorzar, pero mordisqueábamos trozos de pan y de queso mientras peleábamos, y los esclavos iban de un lado a otro con cántaras de vino rancio.

A la tarde cayó una lluvia torrencial, la lluvia se transformó en cellisca, y las cuerdas de nuestros arcas se inutilizaron. Aun soldados que normalmente luchaban con genulno placer empezaron a refunfuñar y a maldecir pon los contratiempos que sufrían. Pero los gados

padecían más que nosotros. El camino hacia la puerta se puso muy resbaladiza; nuestros lanceras, a quienes mi ama dio paños toscos para envoiverse los pies, tenían una gran ventaja sobre los enemigas, quienes se tambaleaban y patinaban con sus suelas de cuero húmedas.

La batalla terminó al anochecer, sin que los godos hubieran atravesado ninguna puerta. Durante la noche, se retiraron, y nosotros enviamos cuadrillas de obreras con antorchas para que recogieran proyectiles y flechas, las cuales pagábamos por gavilla de cincuenta; mientras tanto, despejamos los puentes, arrancando a los muertas de los abrojos ensangrentados y reuniendo un botín de collares y anillos de oro y catas de malla.

El rey Teodelo volvió a atacar poca después del alba, y de nuevo se repitió esa carnicería atroz, y de nuevo todos los puentes resistieran. Yo maté a un godo con mi segunda flecha, dándole en la cara, a poca distancia. Se retiraron a mediodía, perseguidos por das escuadrones de coraceros de la puerta Prenestina; pero se alejaron una milia. Toda nuestra caballería fue enviada en apoyo de esos escuadrones. En la batalla que siguió, el arco y la flecha prevalecieron una vez más sobre la lanza. Durante esos días habían muerta quince mil godos y muchos más habían sufrido heridas muy graves.

Veinte mil caballos muertas cubrían el campo de batalla. Nuestras bajas sumaban cuatrocientos cincuenta hombres, doscientas de ellos muertos en la batalla de caballería.

Pacas días más tarde, los gados se lanzaran al ataque por tercera vez, peno con una falta de entusiasmo tan evidente que Belisario -quien sabia mejan que ningún general que haya existida jamás, creo, exactamente cuándo pasan de la defensiva a la ofensiva- les salió al encuentro con toda la caballería. Dicen que a un cuarto de milla de distancia, con un anca más fuerte, Belisario dernibó al portaestandarte goda que marchaba a la cabeza. Había viento favorable, o el tira habría sido imposible: la flecha, cayendo de gran altura, atravesó el portaestandarte en la entrepierna, clavándolo en la silla, de modo que el caballo, pinchado por la flecha, corcaveó y lo derribó. Otros, envidiando quizá las proezas de Belisario, declaran que no fue él quien disparó la flecha, sino Sisifredo, el coracero que había sobrevivido a la derrota de Isaac; pero en tal caso, Sisifredo hizo alga extraordinario, que excedía su destreza habitual. Lo más creíble es que la flecha haya sido de Belisario, aunque tal vez Sisifredo también haya apuntada una al portaestandarte.

El estandarte del rey Teadelo cayó a tierna, lo cual era el peor de los presagios.

Inmediatamente, nuestro escuadrón delantera cargó para capturarlo, disparando flechas al galope, y hubo una lucha feraz par su posesión. Das lanceros godos tiraban de una punta y das coraceros de la otra. Un oficial goda partió el asta de una estocada, y nuestras hombres tuvieron que cantentanse con el extremo inferior. El mismo oficial cercenó el antebrazo izquierdo del portaestandarte, porque en la muñeca llevaba un brazalete de oro incrustado de rubíes y esmeraldas que no quería dejar para nosotros.

Entonces, los godos se retiraron, y en la persecución pendieron tres mii hombres más.

Cuando Belisario regresó esa noche, tenía caballos para el resto de sus tracios, y al fin todos podían vestir cota de malla. Había perdido sólo nueve hombres.

Teadelo levantó el sitio al día siguiente y se netiró a Tivoli, destruyendo antes todas los puentes del Tíber, río arriba, con la sola excepción del Milvio, que Belisario ya había capturada. Teodelo tuvo que soportan los airados reproches de los nobles sobrevivientes, quienes le recriminaron que se hubiera dejado enredar pan la carta de Belisario en vez de destruir Roma completamente. Si se hubiera atenida a su amenaza original y reducido la ciudad a una dehesa de ovejas, decían, la guerra no habría cobrado ese mal cariz para los godos. Pero él, cuando llegaron a Tivoii, les preguntó:

-¿Y si hubierais dejada Tivoli a ras del suelo? Vamos, caballeros, el error cometido en Roma, si hubo tal error, fue vuestro; pues confié a cada uno de vosotros la destrucción de una parte de las murallas romanas, pero fuisteis perezosas y dejasteis demasiada en pie. Afortunadamente, aquí

habéis hecho lo mismo: de modo que vuestro será el mérito de reconstruir las murallas de Tivoii, así como el error de Roma. ¡A trabajar, a trabajar, y que la posteridad os alabe!

Belisario no tardó en encontrar los artesanos necesarios para construir nuevas puertas. Pronta la tarea estuvo terminada y las puertas en su lugar. Antes de finales de febrero pudo enviar un juego de llaves a Constantinopla, pidiendo a Justiniano que, a cambia, le enviara refuerzas para llevar a término la reconquista de Italia, y dinero para pagar a las tropas bajo su manda. «Quien da pronto da das veces», escribió Belisario, «y confío en poder pagarte cuanto antes con la persona y los tesoros de otro rey cautivo».

Escribió, no una, sino tres veces, y mi ama también le escribió a Teodora. No llegaran respuestas ni refuerzas. Después de suministrar las necesarias guarniciones a Ostia y Civitavecchia, precisaba más que antes de un ejército de campaña, y ahora estaba pagando no sólo al Regimiento Personal, sino a las trapas regulares, con tesaras de su propiedad. Tampoco fue posible, aunque lo intentó, cobrar el menan impuesta a los empobrecidos italianas. No tenían dinero, ni nada que pudiera cambiarse por dinero.

Justiniano respondió al fin que ya había despachado un vasto ejército a Italia al mando de Valeriana. Ordenaba a Belisario y Juan el Sanguinario (hacia ya tres años que no se veían) que se reconciliaran. Debían reunirse en Tarento, adonde ya tendría que haber llegado su ejército.

Pena Valeriana permaneció meses en la otra costa del Adriático, destinando sólo trescientas hombres a Italia. No era su culpa: Iliria era nuevamente devastada -no por búlgaros esta vez, sino por eslavos, numerosos e indisciplinados- y Valeriano tenía órdenes de no abandonar Durazzo hasta que hubiera pasado el peligro. El comandante general de las fuerzas imperiales de Iliria no se atrevía a presentan batalla a la horda de eslavos, y seguía inútilmente a su retaguardia de distrito en distrito. Su cautela se debía al ánimo revoltosa de sus tropas, que no recibían ninguna paga desde hacía meses y, en compensación, ahora saqueaban la ya saqueada campiña. Toda la diócesis estaba en la condición descrita por el profeta judía Jael: «Lo que ha dejada el gorgojo, lo ha devorado la langosta; y lo que ha dejado la langosta, lo ha devorada la oruga; y lo que ha dejado la oruga, lo ha devanado el gusano».

Nada sabíamos de la invasión eslava, ni de la demora de Valeriano, y zarpamos alegremente hacia Tarento. Con nosotros iban todas las trapas de las cuales podían prescindir las guarniciones: sólo setecientos jinetes y doscientos infantes. Por mi parte, ya no lamentaba despedirme de Rama. Cuando partimos del puerto de Rama, a principias de junio, y una brisa desfavorable nos condujo al estrecha de Mesina, todos teníamas esperanzas de un pronto y victorioso retorna a Constantinopla. Después de cruzar el estrecha, nuestras naves de vela, ahora remolcadas por las galenas, lucharan contra el viento a lo langa de la «suela del coturna», como se denomina a esa parte de Italia por su forma en el mapa. Enfilamos hacia Tarento, que está en el ángulo del alto tacón del cotunno. Pena, pan continuar con esa figura geográfica, aún no habíamos llegado al arco del pie cuando una tremenda borrasca nordeste nos sorprendió, obligán donas a buscan refugio en Cratona, el único puerto seguro en muchas millas. Al principio, parecía una posición peligrosa: pocas tropas, una ciudad sin murallas, el ejército godo a poca distancia, el grano escaso, el viento que no cesaba de soplar fieramente del nordeste. Belisario persuadió a todos los pobladores en buenas condiciones físicas, hambres y mujeres, de que ayudaran a su infantería a fortificar la ciudad con un terraplén cercado y una fosa y despachó a sus setecientas jinetes a defender das angostas desfiladeros en la estnibación montañosa, en el empeine del cotunno, que encierra y protege el distrito de Crotona. Pero cuanto más examinaba la situación, más le gustaba.

El distrito tenía ricos pastas y abundancia de ganado. Belisario señaló a sus oficiales que las montañas lo transformaban en fortaleza natural, mucha más conveniente que Tarento para organizar sus fuerzas.

-Fue un viento propicio el que nos trajo aquí -dijo-. Éste será el punto de reunión de los ejércitos.

Luego, mientras supervisaba el revestimiento del terraplén con piedras y la construcción de torres, esperando aún que el viento cambiara, el desastre se abatió sobre él. Tan pronto como sus setecientas jinetes llegaron a las pasos de montaña que él había ordenado ocupar, avistaran una numerosa fuerza de lanceros del rey Teodelo.

Estos godos tenían la intención de sitiar Rossano, una ciudad vecina situada en la casta, entre Crotona y Tarento. Era en Rassano donde Juan el Sanguinaria había depositado el botín de los tres últimas años, y muchas nobles italianas se habían refugiado allí.

Los setecientas prepararan una emboscada y desbarataran a los lanceros, matando doscientas. Pero la victoria les dio una falsa sensación de seguridad, de moda que, sin un Belisario que los vigilana, olvidaron sus deberes, no apostaran centinelas en los pasas, subestimaron al enemigo. Pasaban el tiempo merodeando en grupos pequeños, o jugando, o cazando. El rey Teodelo los atacó personalmente un amanecer, a la cabeza de tres mii guardias, y los sorprendió absolutamente desprevenidos. Lucharon valerosamente, pera en vano. Las gados de Teodelo despacharan a todas menas cincuenta, que llegaran a Crotona con la noticia sólo unas minutas antes que el propia Teodelo.

Las fortificaciones de la ciudad aún no estaban terminadas, pues habían sido planificadas a gran escala, y Belisario no tuvo más opción que embarcar inmediatamente con los doscientas infantes y las cincuenta jinetes sobrevivientes. Crotona quedó en manos de Teodelo. La galenna que había demorado nuestro viaje a Tarento aún soplaba, y en un salo día nos llevó hasta Mesina, en Sicilia, a cien millas de distancia.

No queda mucho más que contar de la última campaña de Belisario. Tomó das mii hombres de las guarniciones de Sicilia y las embancó rumbo a Otranto, adonde llegamos sin más incidentes. El «vasta ejército» prometido por Justiniano no tardó en llegar de Spaiato al mando de Valeriana, así como también otra «vasta ejército» enviada directamente de Constantinopla con el presunta propósito suponga, de definir la situación.

¡Las fuerzas combinadas sumaban apenas tres mii hombres, en su mayor parte reclutas sin entrenamiento!

-Querida mía -le dijo Belisario a mi ama-, este ejército es como tres gotas de agua en la lengua de un hambre que muere de sed. Te confieso que mis recursos están agotados. He gastado todo mi tesoro personal en esta guerra, excepto unas miles de piezas de oro; he hipotecado la mitad de mis propiedades en Constantinopla y vendido mis fincas de Tchermen y Adrianópolis. Se me debe mucho dinero, que no podré cobrar. Hay, por ejemplo, un asunto que te he acuitado, pon verguenza... mis tratos con Herodiano, el general que mandaba Spoieto hace das años. Me había pedido prestadas cincuenta mil piezas de oro por tres meses, sin interés; diciéndome, y can sinceridad, que un tío le había legada una gran herencia, y que necesitaba dinero para pagar y alimentar a sus tropas. Cuando, a los seis meses, le pedí que me devolviera el préstamo, sabiendo que el dinero de la herencia le había llegado desde Rávena, tuvo la insolencia de amenazarme con vender Spoieto a los godos si yo le ungía tan desconsidenablemente, y de pagarme con lo que obtuviera. Cuando le reproché esa respuesta vendió realmente Spoieto, e hizo buenas migas con Teodelo. Ahora tiene mi dinero, su herencia, y la recompensa por traicionar a Spaleto; yo no tengo nada. El propia Emperador me debe una suma enorme por lo que he pagada a la trapas regulares por cuenta de él. De eso no me quejo; dedico mi vida al servicio del Emperador, y me honra ser su acreedor.

Pero sin hombres ni dinero, no se puede librar una guerra.

-Penmiteme ir personalmente a Constantinopla, quenidísimo esposo -respondió mi ama-. Me comprometo a que la Emperatriz pensuada al Emperador de que, a menos que envíe un gran ejército y cuantiosos tesoros para la neconquista de Italia, el país quedará en poder de los gados. Puedes estar seguro, amar mio, de que regresaré pronto.

De modo que Antonina partió, y yo can ella; estábamos a mediados de julio. El viaje fue tedioso a causa de los vientos contrarios. Estábamos bordeando la casta de Grecia, después de pasar la

isla de Salamina, cuando una nave de Salónica se nos acercó por estribor, bamboleándose en la brisa. Yo estaba en el castillo de proa, y grité en latín:

-¿Qué buenas nuevas tenéis, marineras? -Pues en el man trae mala suerte preguntar por nuevas que no sean buenas.

El piloto de la nave respondió:

-Buenas nuevas, por cierto. La bestia ha muerto.

-¿Cuál bestia, hombre excelente? -grité.

La respuesta fue un grito confuso. La nave ya se estaba alejando cuando repetí roncamente:

-¿Qué bestia?

Un marinero, hacienda bocina con las manos, aulló en el viento: Perierunt ambo, es decir, «Murieron los das».

Luego oímos una gran risotada, y nada más.

Dedujimos correctamente el nombre de una de las das bestias: la ballena Ponfinio; pero en nuestra nave hubo muchas especulaciones sobre la identidad de la otra. ¡De manera que Porfinio había muerta al fin! El relato que oímos en el puerto siguiente era un poco absurdo. Sabíamos que Porfinia, a causa de la configuración de su gangan ta, sólo comía peces pequeños; pero se comentaba que había perseguida a un grupa de delfines hasta los bajíos cercanos a la desembocadura del río Sanganio (que desemboca en el man Negro, a cien millas al este del Bósforo) y había engullido una docena de ellos, y que estaba rayéndales los huesos cuando lo encontraran varado en un banca de fango, cenca de la costa. Lo que realmente sucedió, en mi opinión, fue que Porfinio y los delfines estaban persiguiendo un numeroso cardumen de pececillos, y que los delfines condujeron a Parfinio a los bajíos. En cualquier caso, los pescadores de la vecindad se acercaron con botes y atacaron a Porfirio con hachas y garfas. Estaba tan enterrado en el fango que no podía alzan la cola para destruirlos. Sin embargo, parecía resistir todas sus armas, de manera que la ataran con gruesas cuendas y mediante una polea sujeta a un gran árbol de la orilla lo arrastraran a la costa. Allí, mandaron a llaman a saldados de un puesto vecina, quienes acabaron con él -o con ella, pues Porfinio resultó ser una ballena hembra- con langas lanzas. Porfinio media cuarenta y cinca pies de longitud y quince pies en la parte más ancha. Suministró alimenta al distrito durante muchos meses, pues la carne que no se pudo comen fresca se ahumó o se puso en saimuera. En la carne de la cabeza encontraron incrustada una larga flecha can plumas blancas, sin duda la que había disparado Belisario, peno ninguna lanza de catapulta pintada de azul en la garganta.

La otra bestia a la cual se había referido el marinera no era ninguna bestia, en opinión de mi ama. En vendad, lejas de ser una buena nueva, era la peor que podíamos haber recibida de la ciudad: Teodora había muerta. Un cáncer repentina originada en el pecho se había difundida rápidamente por el resto del cuerpo, y ella había fallecido, no sin coraje, tras varias semanas de postración y de mucho dolor.

Nuestra pena se mezció con asombro. Ahora se recordaba que la primera aparición de la ballena en el estrecha había coincidido en el día can la primera llegada de Teodora a la ciudad en compañía de Acacia, su padre, tal coma la muerte de ambas había cainci dido en la hora; más aún, el día en que Belisario, can la milicia Azul, atacó a Porfinio e hirió a la bestia, Teodora había sufrido una terrible jaqueca que desde entonces la había aquejado intermitentemente. ¿Era Ponfinio, pues, su espíritu familiar?

Mi ama Antonina vistió inmediatamente luto por Teodora, y más tarde sacrificó un carnero negro con plegarias paganas par su espíritu.

-El Dios cristiana -dijo- ha sido aplacado por muchas misas. Pera Teodora tam bién adoraba en secreta a los dioses antiguas.

No obstante, seguimos viaje, pues mi ama consideró que, ya que habíamos llegado tan lejos, al menas debíamos intentar hacer recapacitar a Justiniano con respecto a la campaña de Italia.

Mi ama no encontró al Emperador apenado por la muerte de Teodora, sino muy jovial, coma un niño mal criado al que, de pronta, se le ha puesto enferma la niñera, o la madre, dejándola en libertad de hacer travesuras a su antoja. Había estado echando de sus sedes o curatos a todas los clérigos de tendencias monofisitas a quienes Teodora había protegido. Además, aunque tenía sesenta y cinca añas, había empezada una carrera de pasión promiscua, para resarcirse de todas los años de restricciones con Teodora. Su virilidad le duró, de hecho, quince añas más. Sus agentes registraban constantemente los mercadas de esclavos en busca de muchachas bonitas; y además seducía a las hijas de muchas damas de Teodora. A la nieta de Cnisómalo, que rehuía sus abrazos, le dijo afablemente:

-Tu abuela se portaba igual que tú, querida. Pero hacía lo que ya pedía, pues era su obligación.

Se nombró a sí mismo único heredero de Teodora, cancelando todos sus legados, incluyendo una muy cuantiosa destinado a mi ama y cinco mil piezas de oro para mi, que era mencionado muy elagiasamente en el testamento.

En la audiencia que concedió a mi ama inmediatamente después de su llegada, ella le dijo can precisión y sin rodeos cuál era la situación de Italia. Él escuchó con aparente preocupación. Peno, ante la noticia de que Belisario tenía sólo cienta cincuenta hombres de su guardia personal en Otranto -cien estaban defendiendo Rossano, y el resto estaba muerto o vigilaba las inmediaciones de Roma- y de que había vuelta a empobrecense, el maligno Emperador no pudo disimular su satisfacción.

-De modo que el victoriosa Belisario al fin ha conocido el fracasa, ¿eh? -le dijo a mi ama-. Vaya, qué manera cobarde de manejar una guerra.., navegar de un puerto a otra, ocultarse detrás de fortalezas, eludir la batalla. ¿Eh, Narses? Debió aprender la lección de nuestra valiente Juan, quien no teme a nada. Par ciento, no podemos enviarle más hombres ni más dinero. Este conde Belisario chilla con la voz de las hijas de la sanguijuela mencionadas par el rey Salomón: «¡Dame! ¡Dame!» Salomón, como recordarás, sostenía que cuatro cosas no se sacian nunca: la tumba, la lujuria de una mujer estéril, el suelo arenosa, el fuego. Si el sabia Salomón viviera ahora, sin duda añadiría el nombre del conde Belisario como quinta insaciable.

Cuando hubo terminado, mi ama preguntó serenamente:

-¿Y en cuanto a Italia, Majestad? ¿Estás dispuesto a pender tu dominio de Italia?

-De ninguna manera, ilustre Antonina, y por esa razón llamaremos a tu esposo de esa tierna y designaremos un comandante más capaz en su lugar. Pero no deseamos humillar a ese buen hambre: tendremos cuidado de hacer constar en la carta que nuevamente se requieren sus servicios contra los persas, quienes todavía disputan con nos por la posesión de la Cólquida.

Ella hizo una reverencia.

-Como gustes, Majestad. Que la arden de convocación se redacte de inmediato.

Sin duda tu gran chambelán, el valiente Narses, estará a la altura de la tarea en la cual fracasó mi Belisario.

Justiniano replicó, pasando por alta la ironía:

-Daremos a tu sugerencia toda nuestra consideración.

Pidió pergamino y tinta y parecía que iba a firmar la convocación inmediatamente, pera, de pronto, dejó la pluma de ganso majada en púrpura que le habían puesto en la mano.

-¡Despacio, despacio! -dijo-. Antes debemos pedirte algo, mujer entre las mujeres.

-Si está en mi poden, cuenta con ello -respondió mi ama.

-Requerimos -le informó él con una sonrisa taimada- que firmes el documento de ruptura del compromiso entre tu hija Joannina y Anastasio, el sobrina de la difunta Emperatriz.

Mi ama Antonina pensó rápidamente. No parecían existir razones para negarse, pues, a la muerte de Teodora, Anastasio había dejada de ser una persona importante.

Era posible que Justiniano quisiera ofrecer la mano de la muchacha a una de sus sobrinas o sobrinos-nietos -tal vez Justino, el hija de Germán-, creyendo que Joannina traería consigo una dote suculenta.

-Es mi placen y el de mi esposa -respondió mi ama- obedecerte en todo, Majestad.

Cuando hubo firmado el documento que luego le extendieron, alguien -creo que el joven Justino- saltó una risita. La risita se contagió a quienes estaban cerca de él. Justiniano echó una mirada alentadora en torna y empezó a reír y sacudinse en el trono; pronto toda la cámara de audiencias reía a mandíbula batiente. Mi ama sintió vengúenza, furia y desconcierto. Hizo otra revenencia y se retinó.

Lo cierto es que mi ama había sido víctima de una estratagema cruel. Ignoraba absolutamente la que había ocurrido últimamente con su alegre hija Joannina. Joannina, que tenía quince años, se había anticipada hacía tiempo al día de las nupcias, que se había postergada hasta que sus padres pudieran estar presentes; pues can el consentimiento de Teodora había convivida hasta hacia poco en un aposento del palacio can Anastio «Piernas Largas», de quien estaba muy enamorada, tal coma si fuera la esposa.

A la muerte de Teodora, las habituales convenciones cristianas se habían restaurado en la corte; se pidió a Joannina que negresara a su propio aposento. Pera aunque Justiniano habría reprobado el matrimonio de un patricio con una mujer que innegablemente no era virgen, Anastasio se proponía respetar el contrato, pues estaba enamorado de la pobre muchacha. Ahora, mi ama acababa de anulan el contrato irrevocablemente y, cándidamente, había frustrada la única oportunidad de Joannina de casarse con un hombre de su propio rango. Fue una dura humillación para mi ama, y para Belisario cuando se enteró. Joannina alegó que Teodora la había forzado a cometer ese pecado, pero él vio que obviamente no era así. Justiniano se regodeó abiertamente en esta victoria ruin. Joannina, que permaneció soltera, tomó el velo de penitente, por la vergúenza que había acarreada sobre si misma y sus padres.

Entretanto, Belisario había organizada su pequeño ejército, al cual Juan el Sanguinario había unida el suya, ahora reducido a unos mil jinetes de caballería ligera. Zarparon de Otranto para auxiliar a Rossano, pero un huracán dispersó la flota, hundiendo algunas naves. El resto se reagrupó en Crotona, unos días después, y partió nuevamente hacia Rossano, de donde el viento las había alejada. Pera esta vez estaba allí el rey Teodelo, listo para oponerse al desembarco. En la angosta playa, sus guardias estaban alineados en cernada arden de batalla, con arqueros bien apostados: habría sido suicida intentan un desembarco. El acongojado Belisario regresó a Crotona y dejó que la guarnición eligiera entre la muerte y la rendición. Había entre ellas cien de sus valientes tracios.

En un conseja de guerra se decidió que Juan el Sanguinario y Valeriano usaran la caballería para hostigar las lineas de comunicación de Teodelo, mientras Belisario regresaba a Rama para mejorar las fortificaciones y alentar a la guarnición de allí.

La guerra aún no estaba pendida.

Pero entonces llegó la convocación de Constantinopla. En cuanta la noticia de que llamaban a Belisario llegó a Rossano, la ciudad se rindió. Siguió la rendición de Perusa. Consecuencias funestas seguirían también a la llegada de la noticia a Rama. Ya había estallado un motín en la ciudad: los soldadas habían matada a su nuevo prefecto por vender pertrechos militares a precios elevadas a los civiles, pero se sometieron de nuevo a la disciplina bajo el manda de Diógenes, uno de los pocos oficiales veteranos de Belisario que habían sobrevivida. Diógenes se preparó para el sitio inminente, sembrando grano en todas los jardines, parques y baldíos

disponibles de la ciudad; y aunque el rey Teodelo, al regresar de Rossana, captunó el puerta de Roma, cortando así su comunicación con el man, todos sus ataques contra las murallas de la ciudad fracasaron. Era la tercera vez que Diógenes estaba sitiada en Roma y comprendía bien la tarea de defenderla. No obstante, esa situación podía tener un solo desenlace, pues los soldados de la guarnición habían pendido toda esperanza de socorro cuando se enteraran de la partida de Belisario.

El descontento cundió incluso entre los hombres del Regimiento Personal, quienes se quejaban porque ellos se habían ofrecida para luchar gloriosamente al mando de Belisario, no para pudrinse sin paga, sin alimentos y sin caudillo en la derruida Rama.

Fueron unos isaunianas, sin embargo, no ellos, quienes vendieron nuevamente la ciudad a Teodelo; y Roma cambió de amo por cuarta vez en pacos años. La guarnición fugitiva fue emboscada, y sólo un centenar de hombres llegó a Civitavecchia, el última baluarte imperial en Occidente; allí, Diógenes, herido, tomó el mando. No obstante, unos pocas veteranos del Regimiento Personal aún seguían defendiendo el mausoleo de Adriana contra todos los ataques; al fin, tras muchos días, ellos también capitularon por horror a comer carne de caballa; pero exigieron y recibieron los honores de la guerra.

Luego, el rey Teodelo invadió Sicilia. Nuestras tropas se encerraron inmediatamente en los puertas y le permitieron devastar toda la isla. Italia fue abandonada a los godas, excepto alguna pequeña fortaleza aislada y Rávena.

Cuando Belisario regresó a Constantinopla, Justiniano primera le hizo recriminaciones en un tana denigrante y luego -un insulto apenas tolerable- le otorgó su perdón. Belisario, consciente de que había hecho mucho más de lo que el monarca más codicioso y antojadiza podía exigir a un súbdito, se limitó a replicar que siempre quedaba a la órdenes del Emperador. Su lealtad y su orgullo le impedían responder de otra manera.

Además, su regreso no había estado exento de peligros. En el palacio se estaba gestando una conspiración, dirigida por un audaz y vengativo general armenia llamado Artaban, para asesinar el Emperador y alzar al trono a su sobrina Germán, a quien él había tratado muy mal. El intento se demoró unos días, hasta que Belisario llegara a la ciudad. No porque Artaban y sus cómplices (que incluían a Marcela, el comandante de los guardias) creyeran que Belisario pudiera ayudarlos, sino porque conscientes de su inflexible lealtad al trono, consideraban más seguro asesinarla a él también. Seria apuñalada cuando recorriera los suburbios para presentar sus respetas en palacio. Germán, sin embargo, simuló aprobar el plan cuando se lo revelaron, pero se apresuró a informan a Justiniano, pues en realidad esa propuesta infame lo horrorizaba. Los conspiradores fueron arrestadas el mismo día en que desembarcó Belisario, y él llegó a palacio sin un rasguño.

Al cabo, Justiniano perdonó a los conspiradores.

El conde Belisario era ahora un hombre pobre, y no podía darse el lujo de contratar más saldadas para su guardia personal. Dependía para toda de mi ama Antaninia, incluidos sus gastos diarios. Sin embargo, ningún falso pudor le impedía ser su pensionado en este sentida.

-No somas meramente marido y mujer -decía-, sino viejas camaradas de guerra cuyas bolsas están mutuamente disponibles. -Ella recurrió a sus reservas de dinero ocultas y levantó las hipotecas de las propiedades de Belisario. Vivían apaciblemente en una casa cercana al arco de Honorio, en el lado occidental de la Plaza del Toro.

(En este arco hay ciertas réplicas en bronce de insectos nocivos: se dice que Apolonio de Tiana, el célebre mago, las colocó allí como encantamiento contra diversas enfermedades.)

Justiniano no envió a Belisario a la guerra de Cólquida, pues prefería tenerlo desocupado en la ciudad. Le neintegró el vieja titula de Comandante de los Ejércitos de Oriente, y también el de Comandante de la Guardia Imperial, pero nola dejaba participar en ningún asunto militar; y ni una sola vez se dignó consultarlo.

Las opúsculos religiosos de Justiniano le habían traído poca gloria; y el concilio al cual convocó a todos los obispos de la Cristiandad (ciento ochenta o más) trajo poca gloria a la Iglesia. Aunque forzó el concilio con la amenaza de anatematizan ciertas obras mal vistas por los monofisitas, cuyas favores ahora procuraba obtener, estos herejes no se lo agradecieran volviendo a la comunidad ortodoxa, sino que se obstinaron en mantenerse fuera. Más aún, el Papa Vigilia había estado en total desacuerdo con los otros preladas y el Emperador en cuanto a la pertinencia del anatema, y había hecho cuanto podía para no comprometerse. Por última, temiendo por su vida, se habfa refugiado en la iglesia de Pedro Apóstol, en Constantinopla; y sólo después de muchas contemporizaciones y tergiversaciones accedió -pues no tenía madera de mártir- a aprobar las decisiones del concilio. A su regreso a Italia, se encontró ante un cisma; pues casi todo el clero de la Iglesia de Occidente consideraba las obras anatematizadas como buena doctrina. Sin embargo, los obispos cuyas sedes podían controlarse con las fuerzas militares de Constantinopla - rincipalmente las de África e Iliria- fueron obligados a prestar su conformidad, con la amenaza de la destitución o la cárcel. Los que tenían sedes en Italia, Sicilia, Francia o España, continuaran en sus trece.

Los obispos de Occidente, aunque habían odiado a Teodora por monofisita, lamentaban inmensamente su muerte. Decían: «Si hubiera estado viva, habría ridiculizado las pretensiones teológicas del Emperador y el concilio nunca se hubiera celebrado».

TRESCIENTOS VETERANOS

Me propongo concluir ahora una serie de relatos menores; y luego, narrar la última batalla del cande Belisario, que es una historia de historias, «la joya que coronó la diadema de sus victorias», como escribieron las panegiristas. Pero después de eso quedará un capitulo más; me inquieta y me hace temblar la sala idea de que debo escribirlo.

Empecemos pues, por Oriente. El rey Cosraes todavía vive en este año de Nuestro Señor de 571, cuando escriba este libro. Se ha abstenido de nuevas incursiones en la Mesopotamia romana o Siria desde que Belisario lo ahuyentó en Carquemis; aunque los sarracenas, sus aliados, están hostigando nuevamente nuestras fronteras. Pero permitió que la guerra en Cólquida se prolongara, con victorias y derrotas alternadas, hasta hace diez años, cuando se firmó otra Paz Eterna, bajo la cual renunció a toda pretensión de soberanías sobre la Cólquida y Justiniano acardó pagarle un pequeña tributo anual. (Mientras escribo, esta Paz también se ha infringida; esta vez han sido los romanos. También hubo una exitosa revuelta de cristianas nativos en la Armenia persa, que se ha puesto bajo protección romana). Cosroes, como cada uno de sus ante pasados, ha sufrido la tenaz hostilidad de sus consanguíneas más directas; pues las mujeres persas no reciben honor alguno y carecen de autoridad para impedir que sus hombres se asesinen mutuamente. Su hijo favorito, nacido de una mujer cristiana, se convirtió al cristianismo al llegar a la mayoría de edad, y se nebeló hace poco con buena parte del ejército; Cosroes lo derrotó en batalla y él murió.

Cosnoes, aunque al principio receloso de la filosofía griega, la ha estudiado ávida mente en los años de madurez, entroncándola con su fe en los magos. Así, la antorcha de la antigua religión, apagada en Atenas por Justiniano, se ha encendida otra vez no sólo en Nueva Antioquía, sobre el Éufrates, sino en la misma Persia, en la gran universidad que Cosroes fundó en Gandi Sapor, cerca de Susa. Allí, la flor de las clásicos griegos se ha traducida al persa, junta con obras latinas y sánscritas. Pera Cosroes aborrece y persigue el cristianismo, como una religión que «induce a los hambres a descuidar sus deberes en esta vida con la esperanza de obtener la salvación en la otra, y que tiende a deshonrar a la casa real de Persia atribuyendo divinidad a un judío de ascendencia oscura y espíritu nevoltoso».También persigue una doctrina llamada comunismo; ésta fue predicada inicialmente por un tal Mazdak, quien la derivaba de las prácticas cristianas primitivas, pera deseaba que la comunidad de posesiones incluyera no sólo los bienes y el dinero, sino también las mujeres. Cosroes goza de buena salud, y gobierna enérgicamente. No sé si fueran los magos a los filósofos griegos quienes lo persuadieron de que la admiración de la posteridad por un monarca se gana menos con la guerra agresiva contra los

vecinos que con una trayectoria de generosidad, justicia, cultura, defensa decidida del país y búsqueda resuelta del bienestar de los súbditos en la patria y en el extranjero. Éste es al menas el criterio actual del rey Cosroes.

Desde los estragos de la peste, que él consideró una señal de advertencia del Cielo, ha sido atentísimo con su pueblo, a su manera despótica, y ha reconstruido, repoblado y reabastecido todos los distritos que sufrieron invasiones romanas, árabes o hunas.

Su nombre de gracia ya es Nushirvan («El Ánimo Generoso»), y será largamente celebrado en la historia persa. Dirán de él: «Protegió el comercio, la agricultura y el saber; ésos eran buenas tiempos». Pues ahora Persia es fuerte, próspera, dichosa. ¡Si pudiera decirse lo mismo de nuestro propio Imperio después del largo reinado de su ambicioso contemporáneo, Justiniano!

Pasemos a Occidente, al rey Teodelo. Cuatro añas después de haber convenido tácitamente, por la convocación de Belisario, en ceder a los godas toda Italia -excepto la ciudad de Rávena-, Justiniano creyó necesario reanudar la guerra: era inconveniente para su política religiosa que los obispas del norte de Italia hubieran roto sus lazos con el Papa Vigilia, y que el arrianismo aún no hubiera sido aplastado. Pero aunque accedió a reanudar la guerra, no podía decidirse a reunir las fuerzas suficientes ni a elegir un general para mandarlas. Sólo en una cosa estaba decidido: no daría a Belisario más oportunidades de distinguirse. Se trataba de una comedia permanente que mi ama y yo podíamos presenciar, ahora que estábamos sanos y salvos en Constantinopla:

Justiniano tramando las caprichosas triquiñuelas que tantos inconvenientes nos han causado en Italia. Belisario no nos hacía comentarios al respecto; y en vendad creo que se abstenía de toda crítica hostil a la política imperial, aun para sus adentras.

Primero, Justiniano envió a Germán con cinco mil hombres a Sicilia. Luego, empezó a considerar que Germán había sido la persona elegida para Emperador por el conspirador armenio, Artaban, y que tenía demasiadas vinculaciones con los godos: estaba casada con Matasunta, ex esposa del rey Vitiges, y el hija que ella le había dado era el único descendiente masculino del gran Teodorico. Llamando repentinamente a Germán, Justiniano entregó el mando a un tal Liberio, un patricio anciano e inofensivo, sin ninguna experiencia militar.

Luego, alguien sugirió que las opiniones de Liberio sobre la Encarnación no eran del todo respetables; de moda que llamó a Liberia y designó nada menos que a Artaban, a quien había perdonado par el atentado contra su vida.

Pero, pensándola bien, Antaban quizá fuera ambicioso al fin y al cabo, y tal vez intentara coronarse Emperador de Occidente. Por la tanto, Justiniano designó otra vez a Germán, recordando que Antioquía había caído por su negligencia en la fortificación del peñasco de Oroasias; un hombre que había cometido tamaño desliz no podía considerarse un rival digno de él.

Germán murió repentinamente en el viaje a Italia; envenenado, dicen algunos, por Matasunta. El mando recayó en sus lugartenientes: Juan el Sanguinario y el hijo mayar de Germán, el tocaya de Justiniano. Justiniano no deseaba entregan el mando único a Juan el Sanguinario y deshonrar así a su sobrina-nieto y tocaya; pena tampoco deseaba que ninguna otra persona llamada Justiniano canquistara la gloria. Llamó a ambos oficiales.

-¿Y ahora qué? -nos preguntábamos mi ama y yo-. ¿Cuál es el quinto acto de esta obra, «El glotón suspicaz»?

Hasta que un día, un servidor confidencial de Narses se me acercó para decirme:

-Amiga Eugenio, si pueda hablarte extraoficialmente, de criado a criado: ¿sería posible que tu ama, la ilustre Antonina, se dignana cambiar unas pocas palabras en privado con mi amo, si él lo sugiriera?

-Si tu amo, el distinguida Narses -repliqué-, tiene noticias gratas para mi ama, ella desde luego querrá oírlas: al menos, no tratará a tu amo con la innespetuosidad que él demostró una vez por ella y su esposa, el conde Belisario, en Italia. Más aún:

mi ama y tu amo han trabajado armónicamente juntas en al menos una ocasión desde entonces... cuando se le tendió la celada a Juan de Capadocia en las Rufinianas. Pon cierto, puede concertarse una cita.

Arreglados estas preliminares, se pidió y otorgó oficialmente una entrevista. Aquí estaba el viejo Nanses pidiendo disculpas a mi ama por el mal que les había causado, a ella y Belisario, doce añas antes. Deseaba saber si Belisario la perdonaría hasta el punta de asesorarla en un asunto de importancia para el estada.

Mi ama Antonina, que no subestimaba el poder de Nanses y se había ablandado con las disculpas, aceptó actuar cama mediadora entre Belisario y él. Así se concertó una segunda entrevista. Aquí también todo era amistad. Narses reiteró que lamentaba haberse opuesto en el pasado a las órdenes de Belisario y haber abrigado sospechas sobre su lealtad. Belisario respondió generosamente, tomando la mano derecha de Narses y abrazándolo.

La pregunta de Narses era, en resumidas cuentas, ésta:

-Querido amigo, ¿me aconsejas aceptar el honor que quiere otorgarme el Emperadar, mandan la expedición contra los godos? Y en tal caso, ¿en qué condiciones debería aceptar? Pues no pueda estimar la situación militar en Italia, y el tuyo es el único criterio que pesaría para mi.

La nobleza de Belisario nunca se reveló más claramente que en su respuesta:

-Querido amiga, acepta el honor. No sé de nadie que tenga mayor capacidad que tú para la tarea, que debe realizarse para bien del Imperio; y la acción debe emprenderse antes de que los godos recobren su poderío anterior. Me estás pidiendo, creo, que estime el número y composición de las tropas sin las cuales seria imprudente para cualquier general, por enérgico que fuera, intentan la neconquista de Italia. Mi respuesta es: necesitaría treinta mil hambres, y cuando menos veinte mil tendrían que sen de caballería, con buenas montunas, e incluir la flor del ejército romano, el disperso escuadrón de mi Regimiento Personal, que he entrenado y puesto a prueba contra los godos. Además, necesitaría dinero en abundancia, no sólo para pagan bien a su ejército, sino para recobrar la fidelidad de los saldadas de Italia, que por falta de dinero, se han pasada a los godos.

Narses era sagaz para juzgar a los hambres. Sabia que Belisario era incapaz de malas artes y absolutamente leal al Emperador. Hizo una pausa y dijo:

-Te agradezca, Belisario, no sólo por tu consejo, sino pan no haberme recordada mi terquedad. Si no hubiera sido por ella, Milán nunca hubiera sido destruida.

-Nanses -replicó Belisario-, te honro por tu generosidad y mis plegarias te acompañan.

Narses aceptó la misión, pero insistió en esas condiciones, sin mencionar que Belisano se las había sugerido. ¡Los hombres y el dinero se encontraron inmediatamente!

Narses se presentó de nuevo a Belisario, y can decente humildad le suplicó, en nombre de su nueva amistad, que lo asesonara en cuanto al mejor método militar para derrotar a los gados.

-Presenta al rey Teodelo una batalla campal en cuanto desembarques -dijo Belisario-, antes de que tenga tiempo de reunir las trapas de sus guarniciones; ningún rey godo puede resistir una batalla campal, aun cuando sus fuerzas sean numencamente superiores a las del enemigo. Permanece a la defensiva como nosotros lo hicimos en Daras, apostando tus arqueros a pie en la parte delantera de cada flanco, mirando hacia dentro. Usa como señuelo lanceras con armadura: el rey Teodelo ha tenido motivas para despreciar a la infantería imperial, que rara vez afronta una carga de caballería.

-Mas si haga lo que me aconsejas -objetó Narses-, ¿el rey Teodelo no se llevará la trampa consigo, al tragarse el señuelo?

-Existe ese peligro -respondió Belisario-, y por lo tanto iba a sugenirte que tus lanceros fuesen jinetes desmontados, pues su coraje sería mayan.

-Bien. Y suponga que debo situar mi caballería ligera en la delantera de los flancos.

-Si. Tienes que mantenerlos muy adelantados, no tanto como para invitan a un ataque, pera lo suficientemente cerca coma para que actúen coma amenaza. Mantén mi Regimiento Personal, con el resto de la caballería pesada, en la reserva.

-¿Y si Teadelo ataca primero a los arqueros a pie?

-Iría contra el código de honor de un rey godo. Los jinetes acorazados desdeñan atacan a arqueros can chaqueta de cuero.

Así la célebre batalla de Taginas se ganó en la Manada de Bronce de Constantinopla, gracias a Belisario, aunque Narses nunca admitió su deuda con él, y Belisario tampoco procuró rebajar la gloria de Narses necordándosela. La batalla, aceptada ávidamente por el rey Teodelo, empezó cuando los lanceras cangaron sobre la entrante que les ofrecía Narses y fueron acuciados por flechas arrojadas por los ocho mil arcos langas de los flancos. La confusión causada por las coces y tropiezos incontrolables de una enorme cantidad de caballos heridos y pon la muerte o caída de la mayoría de los jefes, entorpecidos por sus armaduras y correas, redujo el galope de la carga a un trote, y el trate a un paso. Cuando pierden ímpetu, los jinetes atacantes no son rivales para lanceros acorazados valerosas, y sus caballas ofrecen un blanca muy vulnerable. El escuadrón delantero de Teodela no pudo romper la línea de lanzas; los escuadrones de detrás no podían hacer nada para ayudarla, y sufrían terribles bajas a causa de la continua lluvia de flechas. Por último, el propio Teodelo fue herido. Los godos vacilaron. Los lanceros romanos habían abierto las filas y el Regimiento Personal irrumpió por la brecha; y fue al grita de guerra de «Belisario» coma los lanceros godas fueran arrojados sobre su propia infantería, que quedó sumida en la confusión y se dispersó en todas las direcciones.

El rey Teodelo fue alcanzada y muerto a pacas millas del campo de batalla. Su vestimenta ensangrentada y su sombrero enjoyado fueron enviados coma trofeos de victoria al Emperador.

La destrucción-de las fortificaciones de tantas ciudades significó la dernota de los godas: nada podía oponerse al avance de Narses. Roma fue capturada al primen asalto por una de sus generales. Luego, la flota goda cambió de bando. A los das meses, después de un último combate en las márgenes del Sarna, en las inmediaciones del monte Vesubio, se ganó la guerra. Los godos supervivientes estaban desanimados; con vinieran en abandonar Italia o sometense a Justiniano.

Poco después de este acuerdo, una institución venerable encontró un fin repentino.

Pues los senadores romanas y sus familias, trescientas personas a quienes Teodelo había mantenida como rehenes allende el Po, fueran asesinados para vengar su muerte; y el resto, que viajó de Sicilia a Roma al enteranse de su captura, fue interceptada pon los godos cerca del Vesubio y aniquilado sin misericordia. La Orden no ha sido revivida, y creo que nunca lo será. La única excusa para su perduración en los últimas siglos habían sido sus riquezas, y sus antiguas tradiciones no podían recabrarse ni restablecense. No hay más que decir, pues, sobre la Orden Senatorial de Occidente, ni sobre el rey Teodelo, ni sobre las godos, cuya nombre está ahora borrado de Italia, aunque todavía hay reyes visigodos en España.

El fin de Bessas: purgó su pérdida de Roma con su triunfo en Cólquida, donde reconquistó Petra, la capital, arrebatándola a los persas. Pera Petra cayó una vez más en manos de los persas. Luego, una extraña coincidencia: Dagisteo, el comandante romana de Petra, purgó su pérdida de esa ciudad con su triunfo en Italia; pues fue él quien neconquistó Rama, perdida por Bessas, para Narses.

Narses, que permaneció en Italia como gobernador, ganó una segunda gran batalla por su propia cuenta, de modo que esta vez el mérito pertenece a sus propias estudios del arte de la guerra. Un enorme ejército de francos había penetrado en el sur de Italia.

Narses sorprendió al cuerpo principal en Casilino, Campania, cuando los francos (como una vez en tiempos de Belisario) habían perdido la mitad de sus hombres a causa de la disentería. El ejército franca se componía enteramente de infames armados con espada, lanza y hacha arrojadiza. Narses se expuso a enfrentarse a ellos con su propia infantería; pera cuando los francos cangaron en columna, él les envolvió los flancos con los escuadrones y las hizo trizas a flechazos a una distancia de cien pasos, inferior al alcance de las hachas. Los francos no se atrevían a avanzar por temor a ser atacados pan ambos flancos, y no se atrevfan a rompen la columna y atacar a la caballería: su arte de la guerra exige que se cierren filas en todas las ocasiones. Murieron amontonadas, y sólo cinco hombres de treinta mil pudieron escapar. Nanses, quizá para evitar la envidia de Justiniano, adjudicó toda el mérito de la victoria a la milagrosa imagen de la Virgen que llevaba consigo y lo prevenía sobre todos los acontecimientos importantes.

Cuando Justiniano se enteró de lo de Taginas y Casilino, elogió a Dios y desbordó de felicidad.

-Ah -cuentan que dijo-, ¿pon qué no pensamos en enviar a nuestra valiente Narses a Italia tiempo atrás? ¿Pon qué lo llamamos de su campaña anterior, a causa de la envidiosa queja del conde Belisario? Se habrían salvada muchas vidas y ahorrado muchos tesoros si tan sólo hubiéramos confiada en nuestra Narses. Nos culpamos por demostrar demasiadas consideraciones por los sentimientos de Belisario, un oficial pusilánime y estúpida; peno quizá semejante exceso de generosidad sea disculpable en un soberano.

Luego neanudó sus estudias teológicos y. convencida de que Italia estaba a salva, el rey Cosroes no se proponía causar más estragos en la frontera oriental y los bárbaras del norte podían ser incitadas al mutua exterminio mediante ardides a sobornos, descuidó más que nunca sus ejércitos y fortificaciones.

Belisario, cama Comandante de los Ejércitos de Oriente y de la Guardia Imperial, se le presentó tres veces, rogándole que considerara el peligro que corría el Imperio.

Después de la tercera tentativa, se decretó una arden imperial: «Su Serenidad prohíbe que este tema se comente de nueva. Dios defenderá a su pueblo, con mano fuerte y justa».

Un día, en el ataño del año de Nuestro Señor de 558 -que fue el año de la muerte de Juan el Sanguinaria, en un accidente de caza, después de haber servido obedientemente a Narses en la campaña italiana, y el décimo año de nuestra residencia en Constantinopla-, Belisario recibió un mensaje del capitán de un buque mercante del man Negro. Estaba escrito con la letra temblorosa de un anciano, en un pergamino sucio.

«Ilustrísimo Belisario, que me rescataste de Juan de Capadocia hace más de cincuenta años, en una taberna, cerca de Adrianópolis, en Tracia, cuando eras sólo un niño: ha llegada el momento de mostrarte que Simeón el Burgués no olvida esa deuda de gratitud. Hace tiempo, las hunos búlgaros me llevaron como esclavo en una incursión en Tracia, pero me han tratado can indulgencia a causa de mi destreza como sillero. He aprendida su lengua bárbara y me admiten en sus consejos, y confieso que en muchas sentidas ahora vivo mejor que cuando era esclavo de rapaces de impuestas.

Sólo extraño el buen vino de Tracia y la tibieza de mi sólido hogar. Enténate, pues, de que en este invierno, si el Danubio se congela de nuevo, coma predicen los profetas del tiempo, una horda búlgara devastará Tracia. Alardean de que pueden atacan la misma Constantinopla y tomar tanto botín coma nunca se tomó desde que empezó el mundo.

Los manda Zabengan, un cham capaz. Lo siguen veinte mil hombres. Avisa al Emperador. Adiós.» Belisario presentó la carta al Emperador. Justiniano preguntó:

-¿Qué es ese pergamino rasgado, con tufo de muelle? ¿Es éste un documento digno de sen mostrada a un Emperador?

-Majestad, un mendigo sucia que ve volutas de humo en las ventanas superiores de una suntuosa residencia tiene el privilegio de irrumpir precipitadamente en el vestíbulo con el grito alarmado de «¡Fuego!», los moradores le agradecen su oportuna aviso y excusan sus harapos y su ramplonería.

-Ésta, ilustre Belisario, es sin duda una de esas tretas militares por las cuales eres justamente famoso. Deseas asustarnos can una falsificación para que aumentemos nuestros ejércitos y reconstruyamos las fortificaciones de la ciudad, sabiendo bien que te hemos prohibido mencionar el asunto directamente. No nos engañamos, peno te perdonamos tus errores. Procura, señor mío, que toda deslealtad sea borrada de tu corazón.

Pues antaño hubo en esta corte generales que ungieron a sus Emperadores a reclutan nuevos ejércitos, simulando una emergencia, pero planeando usarlos directamente contra el Estada. Indaga en tu corazón, mi señor, y si allí encuentras pecado, extirpalo con la ayuda de Cristo, pues Él te dará fuerzas.

Ahora bien: en la Plaza de Augusto, frente a la Cámara del Senado, Justiniano había instalado una colosal estatua ecuestre de sí mismo; se yergue sobre un imponente pedestal laminado con un bellísimo bronce pálido. Allí se lo muestra vestido con una -armadura de diseño antiguo y luciendo un casco con un penacho inmensamente largo.

En la mano izquierda sostiene un globo coronado por una cruz. Tiene la mano derecha levantada en un gesto que insinúa: «¡Alejaos, enemigos!» Pero no lleva armas, ni siquiera una daga, como si el gesto y el rostro ceñudo bastaran como disuasión. Y, en vendad, en el último periodo de su reinado trató a sus ejércitos como si ya no le sirvieran de nada. Lo cierta era que Justiniano, ávido de grandeza, había actuado coma el anónimo hombre rico mencionado en una anécdota por Jesucristo, que empezó a construirse una casa sin calcular primera el costo, y así quedó endeudado y en ridículo. Los ojos de Justiniano, se decía en la ciudad, tenían a su estómago a mal traer: derrochaba energías en vanos lujos religiosos, olvidando sus necesidades militares prácticas.

Todos convenían en que nunca debía haber intentado, en primen lugar, la conquista y ocupación de África e Italia con las magras fuerzas de que disponía. Pese a los triunfas casi milagrosas de Belisario, esa doble tarea había sido demasiada ardua para los ejércitos imperiales. Era cierto que todavía tenía Cartago y Ravena, pero las campañas prolongadas habían acarreado una ruina casi total a estas tiernas prósperas y bien gobernadas. Entretanto, las fronteras del norte y el este estaban debilitadas por la ausencia de sus guarniciones y reservas, y muchas veces las invasiones habían abierto brechas en ellas, de moda que apenas habíamos escapado a una catástrofe general. El precio de la neconquista del Imperio de Occidente fue, en una palabra, su devastación, y también la devastación de Siria, Cólquida, la Mesopotamia romana, Iliria y Tracia; los ingresas de esas regiones se redujeron calamitosamente. Justiniano tuvo que instituir una política de reducción de gastos; y, como era de esperar, empezó a aplicarla en el apartado Defensa Imperial, y no en el apartado Donaciones Eclesiásticas; tenía esperanzas de sobornan -mediante la fundación o el embellecimiento de aún más monasterios, conventos e iglesias- a las huestes angélicas para que los ayudaran, como en otros tiempos había sobornado a francos, eslavas y hunos regalándoles oro o equipo militar. Justificaba públicamente su confianza supersticiosa mediante las palabras dichas por Jesús al apóstol Pedro cuando se resistió a la guardia del sumo sacerdote judío y le cortó la oreja a un esbirro: «Envaina tu espada. Pues todos los que bianden espada perecerán por la espada». Lo reafirmaba aún más en su pacifismo la ausencia de temores por su seguridad personal: todos los adivinos que consultaba secretamente le habían asegurado, que moriría de muerte natural en su propio lecho de los Aposentas Sagrados de palacio.

En Navidad, los hunos cruzaron el Danubio congelada. Cuando la noticia llegó a la corte, el Emperador ordenó que se celebraran misas en todos los santuarios principales, y pasó la noche en vela en la iglesia de Santa Irene; peno no tomó ninguna otra medida. Los hunos se dividieron en dos cuerpos; uno devastaría Grecia; el otro, al mando de cham Zabergan, capturaría la ciudad. Barrieron Tracia sin encontrar oposición. Siendo paganos, no respetaban iglesias ni conventos: saqueaban y violaban indiscniminadamente, enviando carromatos repletas de tesaras y remesas de cautivos por las rutas invernales y más allá del Danubio. Los escoltas de estos convoyes, jinetes salvajes, apunaban la marcha con látigos o con el filo de las espadas; y el cautivo que caía y no se levantaba de inmediato, era muerto sin misericordia, incluso las mujeres parturientas. Los hunos, aunque en general se portan bien entre si, consideran al entera mundo de los cristianas su presa natural, y ensartar a un niño bautizado con una lanza les causa tantos remordimientos coma traspasar a un cervatillo cuando cazan.

Zabergan avanzó. Las langas murallas de Anastasio, que cruzaban la península a treinta y das millas de la ciudad, no fueron obstáculo para sus jinetes: derruidas en muchos lugares, sin soldados disponibles para cubrir las brechas, sin catapultas ni otras máquinas preparadas en las torres. El día de la festividad de los Tres Reyes, Zabergan acampó en las márgenes del río Atinas, a veinte millas de la ciudad, y el pánico cundió de pronta entre los habitantes de Constantinopla. Pues las plazas públicas estaban colmadas de infelices que habían huido de las aldeas, con sus caras grises y sus bártulos, y gritaban:

-¡Vienen, vienen los hunos... como una manada de tonos salvajes que arrasa con todo a su paso! ¡Oh, Dios se apiade de nosotros!

El grita corrió por las calles: «¡Dios se apiade de nosotros!» Y cada habitante preguntaba a su vecino: «¿Dónde están los hombres de la Guardia Imperial? ¿Dónde está la milicia de la ciudad? ¿Nadie impedirá que estos demonios búlgaros franqueen las murallas interiores e incendien la ciudad, aniquilándonos a todos?» Grandes multitudes alquilaron embarcaciones y cruzaron el Bósforo para huir a Asia Menor. Cincuenta mil personas escaparan en un solo día.

El Emperador Justiniano pasó la mayor parte de esos días arrodillado en su capilla privada.

-El Señor es fuerte -repetía una y otra vez-. El nos liberará. -La única medida práctica que tomó fue el ordenan que todas la iglesias de los suburbios, y también todas las villas de su propiedad, fueran despojadas inmediatamente de sus tesoros y éstos fueran trasladados al puerto privado imperial y cargados en barcazas.

Por último, mandó buscar a Belisario y preguntó:

-¿Cómo es, Ilustre Belisario, Conde de nuestros Establos y Comandante de nuestros Guardias, que no has enviado soldados para combatir a esos salvajes paganos?

-Sagrada Majestad -repuso Belisario-, me diste tftulos honoríficos, pero no la autoridad que suele acompañarlos; y me prohibiste mencionan que tus fuerzas carecían de preparación y disciplina. Tres veces, al regresar de Italia, te presenté el mismo informe, señalando que tus ministros vendían puestos militares a civiles inexpertas, que no se realizaban maniobras de práctica ni se suministraban armas a los soldados, que tus establos no tenían caballos de guerra. Me ordenaste que no temiera pon la seguridad de esta ciudad.

-Mientes, mientes -aulió Justiniano-. Si por gracia de Dios logramos sobrevivir a esta prueba de nuestra fe, sufrirás espantosamente por tu descuida de nuestros ejércitos y fortificaciones, y ninguna de las victorias de que alardeas te salvará de la horca.

-¿Pero qué me ordenas mientras tanto, Majestad? -preguntó Belisario.

-Ve y muere como un valiente, aunque has vivido como un cobarde. Reúne las fuerzas que puedas y enfréntate a los búlgaros en el campo de batalla, imitando así a mi gallardo Nanses, no escondiéndote detrás de las murallas coma es tu costumbre.

Sólo así compensarás tu necedad.

Belisario hizo una nevenencia y abandonó la Sagrada Presencia de Su Majestad.

Pero Justiniano llamó a su almirante y le preguntó en secreto:

-¿Mi flota está bien aprovisionada? ¿Qué tiempo nos depana el Mediterránea si tenemos que zarpar?

Belisario envió un pregonero a las calles para que anunciara la siguiente: «El Conde Belisario, por anden de Su Sagrada Majestad el Emperador, conducirá un ejército contra los invasores hunos. Los milicianos de la ciudad se apostarán en la muralla de Teodosio de acuerda con sus colores, y se proveerán con las armas que encuentren. Los guardias imperiales serán revistados por sus oficiales, que tienen el deber de cerciorarse de que tengan caballos y armaduras completas, y mancharán a la Puerta de Oro, donde aguardarán nuevas órdenes. A todos los soldadas veteranos presentes en esta ciudad que hayan servida como coraceros con el susodicho conde Belisario en la guerra, se solicita que comparezcan en la Plaza de Armas; él mismo se pondrá a la cabeza de ellos y les suministrará armas y caballos».

Belisario fue a ver a los maestres de danzas de la facciones Vende y Azul.

-En nombre del Emperador, confisco todas las cotas de malla, lanzas y escudos que se utilizan en los espectáculos del Hipódromo y en las obras dramáticas. -También fue a ver a las maestres de carreras de las facciones Verde y Azul-. En nombre del Emperador, confisco todas los caballas de los establos del Hipódromo. -Encontró arcos y flechas suficientes en el palacio, y varios caballos de tino en los establos imperiales, y unos pocos caballos de guerra. Así encontró equipo para sus veteranos.

La Plaza de Armas es famosa en la historia como el sitio donde Alejandro Magno pasó revista a sus tropas antes de partir a la conquista de Oriente. Aquí se agruparon los veteranos de Belisario, venidos de todas las partes de la ciudad, hambres a quienes los años habían deparada suertes muy disimiles. Algunas estaban bien vestidos y alimentadas; otras, harapientas y pálidos; algunos cojeaban, otros se pavoneaban.

Pero la luz del valor brillaba en todas los rastros, y se gritaban unos a otros:

-¡Salud, camarada! Es bueno el momento en que los viejos saldados se vuelven a ver.

Hubo muchos reencuentros de ex camaradas que no se habían visto en varios años, pues la ciudad era muy vasta. Se decían: «¿Todavía vives, viejo Sisifredo? Pensé que habías muerta con Diógenes en la retirada de Roma», y «Vaya, camarada Unigato, te vi por última vez en el sitio de Osimo, cuando la jabalina te atravesó la mano», y «Epa, camarada, ¿no me reconoces? Vivaqueamos juntos en el Paraíso de Grasse, a la sombra de árboles frutales, hace veinticuatro años, pocos días antes de la batalla de la Décima Piedra Miliar». Yo estaba allí con mi ama Antonina y recibí muchos saludos afectuosos de viejos amigos, lo cual me emacionó.

Pero había algunos que tenían aún más recuerdos de campaña que yo. Había das hombres que habían peleado con Belisario contra los gépidos y estos mismos búlgaras cuando él era un oficial joven e imberbe.

De una escuela de luchadores de los suburbios vino el canoso Andreas, el ex servidor y asistente de baño de Belisario, que se había retirado de la guerra después de sus das grandes hazañas en los duelos individuales antes de Daras.

-En mi escuela de luchadores me he mantenido ágil y fuerte, mi señor Belisario, aunque tengo sesenta y cinca años -dijo-. Mira, uso el yelmo de penacho blanco que me diste como recompensa en Daras. Lo he mantenido bien pulida con arena.

¡Déjame ser tu portaestandarte!

Cuando todos estuvieron reunidos, poco más de trescientos hombres, apareció una figura alta, consumida por las ayunos y vestida con túnica de monje. Tomó la bnida de Belisario y dijo:

-Oh, hermano Belisario, por este solo día me quitaré la túnica, dejaré mi látigo y vestiré una armadura. Pues aunque confio en haber dado cuenta al Cielo de mis pecadas y locuras, y especialmente por la muerte de nuestro querido camarada, Juan de Armenia, no moniré contento hasta no haber recobrado tu confianza y afecto, a los que falté con mi negligencia antes de Milán.

Belisario se apeó del caballo y abrazó al monje, respondiendo:

Ulianis, mandarás cien hombres de esta fuerza. He oído de tu santidad y buenas obras entre los hermanos mendicantes de San Bartimeo, y te acepto como un préstamo de Dios.

Trajano (que se había extraído poco antes la punta de flecha que había conservada tanto tiempo hundida en la cara) comandaba otros cien hombres. Había ganado mucha gloria con Narses en Italia. Ahora tenía una taberna en el puerto. Tunimut, el mismo que había luchado tan bien en la segunda campaña italiana de Belisario, mandaba el resto de las tropas. Estaba en la miseria y había pasado mucho tiempo en prisión; pera no recuerdo si lo habían encarcelado por malhechor o pon hereje. Belisario asignó cada hombre a una tropa, y se comprobó que recordaba el nombre de cada uno de los que habían figurado entre sus comedores de galleta, y sus hazañas. Luego, los hizo montar y les dio armas y armaduras. Todos estaban exultantes.

-¡Belisario pon siempre! -gritaban, y-: ¡Condúcenos inmediatamente contra el enemigo!

Belisario estaba conmovido. Pero respondió:

-Camaradas, al recordar las gloriosas batallas de tiempos idos, no olvidéis cómo se ganaron. Se ganaron no sólo mediante el coraje y la destreza con armas, sino mediante la prudencia.

Cabalgaron en columna, con un retintín metálica, pon la calle principal. La gente vitoreaba y gritaba:

-Evidentemente Dios todavía está con nosotros... ¡pues allí viene Belisario!

Mi ama cabalgaba a su lado en un palafrén, la cabeza erguida como una joven novia; y yo la seguía a poca distancia en una jumenta. Ella lucía una hermosa peluca roja, tenía el rostro radiante de maquillaje y albayalde, y el pecho hundido bien acolchado.

Sólo de cerca uno podía entrever la edad en las manos rugosas y los ojos amarillentos, las mejillas consumidas y el cuello fofa.

Atravesando el suburbio de Deuterón, llegamos a la Puerta de Oro, donde todo era confusión: todo el mundo daba órdenes y nadie las obedecía. No más de cincuenta de los das mii guardias que habían respondido a la convocación tenían caballos; y aparte de das o tres oficiales, no vi a ningún hambre que vistiera cota de malia o fuese armada; uno podía estar seguro de que los que alguna vez habían asistido a una revista militan no formaban siquiera una compañía entera. Hasta los milicianos de la ciudad eran una fuerza mejor, pues una veintena de Azules y Verdes habían practicado arquería en los alrededores de la ciudad (compitiendo en días de fiesta par un gansa, un lechón o un cántara de vino); y muchos más habían luchado de noche con espadas en las niñas de facciones.

Belisario habría añadido esas arqueros a su pequeña ejército, peno ellos rehusaron, diciendo que su obligación era defender únicamente las murallas, y que llevarlos fuera de la ciudad iba contra la ley.

Oímos al demanca de los Azules (pues los Verdes tenían la otra mitad de la muralla) gritar desde una torre situada junto a la puerta:

-¿No hay entre vosotras ningún hambre que sepa cómo manejar una catapuita?

Hay catapultas en todas las torres y una buena provisión de proyectiles.

-No, ningún hombre -gritó jubilosamente mi ama Antonina-, peno sí una vieja mujer con peluca roja, veterana de das defensas de Roma. -A mi me dijo-: Vamos, Eugenio, vieja soldado, enseñemos su oficio a estos reclutas.

De modo que nos apeamos y entramas en la torre, donde cambiamos las cuendas de las catapultas, que estaban podridas, y aceitamos los cabrestantes. Luego fuimos de torne en torne, enseñando a los encargados de catapultas y escorpiones cómo reparan y manejar sus máquinas, y cómo apuntarlas. Si alguno no prestaba suficiente atención, oparecía torpe, mi ama la llamaba «bastardo de un hereje Vende» y le golpeaba los hombros con el látigo de montar, humillándolo ante sus camaradas.

Entretanto, Belisario agnupó a los guardias sin armas y los sumó a mii fornidos campesinos tracias, tomados de entre los refugiados.

-Allá hay un panque perteneciente al Emperador -dijo a los oficiales-, rodeado pon una empalizada de estacas. Llevad allí a vuestros hombres y que cada cual saque das estacas de la empalizada. Éstas reemplazarán las espadas y lanzas; como escudos, buscad bandejas y fuentes de metal en las casas.

Luego, esa turba poco aguerrida salió pon las puertas, precedida pon Belisario y sus trescientos veteranos. Mi ama y yo los minamos partir con orgullo y temor. Elia dijo en voz baja, sin tener en cuenta al regimiento de civiles que iba resignadamente a la zaga, como una caravana de cautivos.

-Trescientos eran los griegos de las Termópilas, según la vieja canción; ni uno de ellos regresó, mas su nombre vivirá siempre.

-¡Almas infortunadas, que no tenían un Belisario que las guiana! -repuse con una sonrisa, para animarla.

Pero ella:

-Contra diez o contra veinte mil hunos, ¿qué son estos pocos hambres envejecidos que les saldrán al encuentro en batalla por arden del Emperador? ¿Esperas un milagro, Eugenio?

-Si -repliqué, pues he visto muchos.

En la aldea de Chettos, a das millas de Melantias, donde acampaba el cham Zabengan, Belisario puso a sus hombres a cavar una fosa y levantan un terraplén; y cada hombre hincó una de sus das estacas en el terraplén para formar una cerca, quedándose la otra para usarla cama lanza. Belisario envió a sus veteranos por delante, para disponerlos como si fueran piquetes de caballería de un ejército numeroso vastamente desplegado. Detrás de ellos, en un frente de cinca millas, la infantería encendía numerosas hogueras de noche; y de día (puesto que últimamente no había llovido) arrastraba arbustos por las carreteras y levantaba polvaredas enormes.

La segunda noche llegó un mensaje importante, traído pon un joven campesino.

Era nuevamente del viejo Simeón, a quien los hunos habían traído con ellos como guía e intérprete. Informaba que las trapas de Zabergan no sumaban mucho más de siete mii jinetes escogidos, pues el resto de la fuerza se había encaminado a Grecia; y que atacarían el campamento en tres días, pues ésa era una fecha afortunada en su calendario.

-Y en el mio -exclamó Belisario-, pues es el cumpleaños de mi esposa Antonina.

El campamento de Chettos se reforzó aún más con una barrera de espinos; frente a las puertas se clavaron cuchillas de arada y trillas para que hicieran las veces de abrojos. Los veteranos bromeaban entre si, llamando a ésta «la puerta Pincia», y a aquélla «la Flaminia»; una pequeña colina al sur era «el mausoleo de Adriano».

Zabengan supo al fin que no se le ponía ningún ejército digno de ese nombre, sino sólo el envejecida Belisario con unos pocas valientes. Parlo tanto, le pareció que bastarían das mil hunos al mando de su hermano para arrasar el campamento imperial. El camino los llevaba por un bosque ancho y tupida en el cual había un desfiladero angosto: éste era célebre como escondrijo de salteadores, que solían acechar a sus presas entre los densos arbustos que bordeaban el sendero. Aquí Belisario preparó una emboscada. En un costado del camina ocultó

a la tropa de Trajano, en el otro la de Tunimut; y detrás, cubriendo los flancos empinados del desfiladero, su ejército de «espectadores», como llamaba a sus infantes armados con estacas.

No alangaré la historia innecesariamente. Los hunos cayeron en la emboscada sin sospechar el peligro. A una señal de trompeta, Belisario y Uliaris los atacaron pon sorpresa con las tropas que quedaban; Andreas, precediendo al resto, llevaba el estandarte. Después de la lanza, la espada: Belisario luchó en la línea frontal, hiriendo y cortando con su vieja precisión. Por un momento, el estandarte estuvo amenazado; pero Andreas mató a un huno que pretendía annebatárselo, hundiéndole una daga en el vientre. Luego, Trajana y Tunimut cangaron desde atrás con sus tropas, mientras cada uno de los espectadores aullaba tan fieramente como si presenciara una carrera de carros, y entrechocaban las estacas contra los falsos escudos, como si ansiaran la arden de atacan. Los búlgaros estaban aterrados. En ese sitio angosta no podían usan los arcos, ni exhibir su destreza en maniobras de caballería. Sólo vestían chaquetones de búfalo, lo que las incapacitaba aún más para resistir la furiosa embestida de los veteranos vestidos de hierro. De pronto, sucumbieron y retrocedieron atropelladamente.

Belisario las persiguió implacablemente, sin preocuparse por las flechas que los hunos disparaban al huir; no era fácil herir a sus caballos, a causa de los pectorales de metal que les había improvisado. Sus propias flechas mordían más que las hunas.

Cuatrocientos enemigos murieron, incluyendo al hermano de Zabergan, a quien Ulians había traspasado can la lanza en la primera carga. El resto escapó a Melantias, gritando:

-¡A casa, hermanos, a casa! Los espíritus de los muertos nos atacan... ¡Ancianos de ojos feroces y cabello blanco y ondulante! -Se arañaban las mejillas con las uñas en señal de lamentación.

El cham Zabengan levantó su campamento y se netiró con todo su ejército. Belisario ~o siguió, etapa pan etapa. Había iniciado esa batalla con trescientos hombres armados y la terminó con quinientos. Los recién llegadas eran campesinos tracios, elegidos entre los reclutas por sen hombres acostumbrados a los caballos y a usar ancas ligeros para cazan; habían recibida los caballos y las armas de los búlgaras muertos. Los muertos de Belisario sumaban solamente tres, aunque había muchos heridos; Unigato, quien había peleada bravamente con el único brazo bueno, murió de sus heridas pacos días más tarde.

Belisario envió un despacho al Emperador. «Obedeciendo tus sagradas órdenes, ¡hemos derrotado al enemigo y lo estamos persiguiendo».

En las calles, júbilo y elogios incesantes para Belisario: «Esta victoria suya supera todas las anteriores»; en el palacio, mortificación y murmullos.

-Baja los cargamentos de las naves -dijo Justiniano a su almirante-. No zarparemos.

Su chambelán (el que suplantaba a Narses, quien aún estaba en Italia) exclamó con fingida indignación:

-¿Están locas los ciudadanos, que agradecen su liberación no a ti, Serena Majestad, que ordenaste la batalla, sino a Belisario, por cuya negligencia Tracia ha sido devastada y la ciudad estuvo a punto de caen?

Justiniano envió este mensaje a Belisario: «Suficiente. Que los hunos se vayan en paz, y que no se pierdan vidas en batallas vanas. Quizá necesitemos de sus servicios en guerras contra otras enemigas nuestras. Si los persigues más, caerás en desgracia ante nos».

Belisario obedeció. Luego, los emisarios de Justiniano cabalgaron hasta el campamento de Zabengan: «Mensaje del Emperador. Siguiendo el ejemplo del Gloriosa Crista, que una vez, siendo carne, ordenó a su servidor Pedro que envainara la espadadespués que hubo atacada gallardamente a un esbirro judía y la hubo herido, de la misma manera hemos llamado a nuestros ejércitos. Pero te conjuramos en nombre de Crista a que te manches en paz».

El cham Zabengan quedó desconcertado por este mensaje, pero al fin comprendió que Belisario ya no lo perseguía. Recobró el coraje y se quedó en Tracia toda el verano, incendiando y

saqueando. En otoño, Justiniano le ofreció dinero para que se fuera, y Zabengan, temiendo que una flotilla de naves armadas remontana el Danubio desde el man Negro y le cortana la retirada, firmó el tratado y se marchó.

Justiniano se consagró febrilmente a la tarea de reconstruir la larga muralla de Anastasio (aunque no tomó medidas para el entrenamiento de una fuerza defensiva adecuada). Los cortesanos exclamaban: «¡Ved cómo el Padre de su pueblo averguenza a sus funcionarios negligentes! » Cuando Belisario y sus trescientos hombres regresaron pon la Puerta de la Fuente, seguidos por guardias y campesinas que cantaban el himno de la victoria, fueron saludados con guirnaldas, palmas y besas de los entusiastas pobladores. Del palacio llegó sólo un mensaje sencillo y lacónico: «El Cande Belisario se ha excedido en su autoridad al desmantelar la empalizada de nuestro parque de la Puerta de ano sin una autorización firmada por el guardián de parques. Restáurense esas estacas enseguida». La última frase pasó a sen proverbial en las tabernas: si un hombre había prestado a otro un servicio capital y luego éste le reprochaba ásperamente una falta ligera, el ultrajada benefactor exclamaba: «Claro, claro, querida señor, y nestáurense las estacas enseguida».

La batalla de Chettos fue la última batalla que libró el Conde Belisario; y que nadie dude de la veracidad de mi relato, pues esto no sucedió en una frontera distante, sino muy cerca de aquí, a menos de un día de viaje de una ciudad con un millón de habitantes. Uno puede salir a cabalgar pan la tarde para ven el desfiladero, y los das campamentos, el del cham Zabergan en Melantias y el del Conde Belisario en Chettos, y regresar a la ciudad antes de que anochezca.

LA ÚLTIMA INGRATITUD

¿Cómo haré para narran la crueldad final, cuando no poseo la paciencia ni la grandeza de corazón de quien la padeció? Mi historia ha llegado al año de Nuestro señor de 564, cuando Justiniano ya tenía ochenta años de vida y treinta y siete de reinado. El Imperio estaba en paz al fin, pera era la paz que tiene el hombre enfermo después de una crisis de fiebre violenta, cuando nadie puede predecir si se recobrará o morirá.

El Emperador había adquirida un aspecto desaliñado; este campeón de la ortodoxia, este tenaz perseguidor de herejes, había caído en una herejía relacionada con la naturaleza del Hijo.

¡Teodora habiá opinado que el cuerpo de Jesucristo había sido insensible a las pasiones y flaquezas de la carne, y que en verdad era carne incorruptible, y por lo tanto ¡no humana; pues la característica de toda la carne ordinaria es cornomperse, decía, a menos que se la momifique al estilo egipcio o por accidente quede congelada en un sólido bloque de hielo. Pero el criterio ortodoxa era que Jesús, hasta la Resurrección, era de carne humana y corruptible, y que negar esto era monofisismo y equivalía a rebajar la grandeza del sacrificio que Jesús había realizado por la humanidad.

Justiniano esgrimió la opinión de Teodora (a la que en vida de ella se había opuesto siempre) como un descubrimiento novedoso y propio, pues recordaba bien todos los argumentos de su esposa. En un edicto anatematizó a quienes sostenían la opinión contraria como «adoradores de lo corruptible». Solicitó a todos los patriarcas y obispos que aprobaran ese nuevo articulo de fe. Can gran revuelo, ellos rogaron su venia para consideran el asunto durante un tiempo. Pero el Patriarca de Constantinopla, que era un erudito muy meticuloso y un hombre muy recta, se rasgó las vestiduras y se echó cenizas en la cabeza, clamando en estos términos:

-Esto es peor que la herejía de los monofisitas... raya en la blasfemia de los sucios maniqueos, quienes declararan que las das naturalezas del Hijo son contradictorias.

Pues, queridos hermanos, si Jesucristo, cuando vivía en esta tierna, era en verdad insensible a las pasiones y flaquezas (como nos quiere hacer creer Su Clemencia el Empeador), ¿qué diremos del famoso llanto por Lázaro, y de esas protestas en la Cruz, y de la súplica de que apartaran de sus labios el cáliz del sufrimiento? Tales actos, de los cuales dan testimonio los

Santos Evangelistas, serían locuras o falsas simulaciones si el cuerpo de Jesús hubiera sido en realidad el cuerpo invulnerable de una deidad.

Los clérigos de la catedral elevaron un informe contra el Patriarca, y fue destituido.

Belisario no manifestaba ninguna opinión sobre estas controversias. Cuando Sergio, un importante senador, la interrogó al respecto, él respondió:

-Ya es bastante arduo vivir de acuerda con los mandamientos de Cristo, para extravianse en inquisiciones filosóficas acerca de su naturaleza. Lo mismo me daría consagrarme al estudio crítico del carácter personal del emperador.

Sergio lo miró de hito en hito para ver si no había una ironía mordaz en esas palabras, pero respondió:

-Varón entre los varones, ¿ese estudio no seria absolutamente esclarecedor?

Todos los días, Belisario visitaba al Emperador en palacio; a menos que la corte estuviera en descanso, en cuyo caso visitaba sus fincas y salía a cazar. Siguió siendo frugal en sus hábitos, generoso con los pobres, amado por sus amigos, y entre él y mi querida ama Antonina no había más palabras que palabras de amor y comprensión.

Mi ama se adecuaba al código de costumbres cristiano, y para esta época había abandonado todas sus hábitos paganos, aun cuando todavía recurriera a ciertos encantamientos inocentes para curar dolores de muelas y dolores de cabeza y para inmunizarse contra hechicerías. Tan calmas y ordenadas eran sus vidas que parecía que estuvieran caminando lentamente hacia la tumba, cogidos de la mano, y que ningún otro obstáculo se les interpondría en el camino, ni los sorprenderían más desastres.

Pero Justiniano odiaba a Belisario con un odio implacable, y aborrecía la perspectiva de morir dejando que su enemiga gozara de su fama y su prosperidad sin impedimentos.

-Nos ha robado nuestra gloria -exclamaba indignado-. Nuestras desagradecidas súbditos lo tienen en más a él que a la Sagrada Persona del Emperador.

El infame Procopio, que había sido secretario militar de Belisario en todas sus guerras, había dedicado varias años a escribir una larga historia de ellas. Siendo un hombre cortante y bilioso, poco dado a la adulación, había contado la amarga verdad, ocultando poca o nada sobre las traiciones de tal general y la ineptitud de cual, y había atribuido a Belisario el debida mérito pon sus muchas victorias ganadas con tantas probabilidades en contra. No había culpada directamente a Justiniano por sus caprichos, incompetencia, crueldad, indecisión, mezquindad, ingratitud, pero había referido los hechos históricos de manera tan contundente que ninguna persona sensata, al leerlos, podía evitan formarse una opinión sumamente desfavorable del monarca o concebir la mayor admiración pon el general. Esta historia se envió al fin a las escuelas de copistas de Alejandría, donde se publicó. Ya estaba en circulación mucha antes de que Justiniano advirtiera su existencia, unos cinco añas antes de la batalla de Chettos.

Cuando Procopio se enteró de que el Emperador estaba furioso y comprendió que corría peligro de muerte, escribió una abyecta apología. Rogó a su señor que creyera que, si había escrito algun denuesto, la culpa era de Belisario por haberle suministrado informes falsos; y se comprometía no sólo a retirar todos los ejemplares del libro, sino a escribir una obra histórica en elogio de las imponentes hazañas de Justiniano. Justiniano lo pendonó, le otorgó una pensión y lo elevó al rango de patricio. Procopio se cuidó de hablar sólo superficialmente de su ex patrón, a quien ya no saludaba en las calles para no caer en desgracia ante el Emperador. Pero Justiniano quedó muy insatisfecho cuando al fin le entregaron la obra elogiosa. Era sólo un relato sobre su templanza, su erudición y su piedad, sobre las iglesias construidas y las fortificaciones erigidas.

Había esperado que la historia anterior se reescribiera en otro estilo, de modo que él y no su súbdito Belisario gozana del mérito de haber conquistado Áfnica e Italia.

Pnivó a Pracapio de su pensión.

Entonces Procopio, en la amargura de su corazón, escribió un libro de libelos no sólo sobre Belisario y mi ama Antonina, sino sobre el mismo Emperador y la difunta Teodora. A veces cantaba la verdad, a veces distorsionaba los hechos, a veces mentía, todo según sus propósitos vengativas. (Aun ya, Eugenio, fui metido en ese fárrago:

pon ejemplo, se suponía que había ayudado a mi ama a asesinar a la doncella Macedonia, cuya lengua, decía Procopio, fue cortada en trozas y arrojada al man.) -He escrito un libro -alardeaba Procopio ante sus amigos- que echará añublo y alheña sobre los nombres de cientos notables que me han ultrajado. -Pero no mostraba el libro a nadie, can el propósito de legarlo a la posteridad.

En el ataño, después de la batalla de Chettos, un grupo de senadores tramó un nuevo complot para asesinar al Emperador, encabezado pon Sergio y Marcelo (el misma a quien el emperador había perdonado su participación en el complot de Artaban el Armenia). La conspiración se descubrió accidentalmente y los jefes tuvieron que revelar los nombres de sus cómplices. Entre estos jefes estaba Herodiano, el general que una vez había entregada Spoleto al rey Teodelo, actuando par despecho a Belisario, y que luego se había pasado a los godos; después de la muerte de Teodelo había entregado Cumas a Narses, y Justiniano lo había perdonado. Al regreso de Henodiano a Constantinopla, Belisario le había entablado un pleita y había recobrado las cincuenta mil piezas de oro que le adeudaba y habían tenido alguna relación con la rendición de Spoleto. Ahora, Herodiano, para escapar a una muerte segura, se rescató a si mismo con la falsa confesión de que Belisario era el autor del complot contra la vida de Justiniano. Ante esta sugerencia, Apión, el procurador, ordenó a sus agentes que registraran la casa de Procopio en busca de documentos que incriminaran a Belisario. Aquí, guardada en un baúl, encontraron el vengativo libro de anécdotas. Apión lo leyó, y amenazó a Procopio con estrangularlo por sus insultos a la Majestad del Emperador, a menos que accediera a proporcionan pruebas que aseguraran la condena de Belisario como traidor. Procapio accedió y le devolvieron el libro. Ahora se comprenderá por qué lo llamó el infame Procopio.

Apión se presentó en casa de Belisario una mañana temprano, acompañado por das taquígrafos de la corona y una partida de soldados. Lo encontraron jugando a la pelota antes de su zambullida en la piscina. Yo estaba entre los jugadores, anotando los tantos. Belisario saludó a Apión jovialmente y le dijo:

-¿Tú no eres el nuevo Procurador? En verdad, ésta es una visita muy temprana.

¿Quieres desayunar con nosotros después de mi zambullida?

Apión respondió con suma gravedad:

-Los negocios de Su Sagrada Majestad no pueden esperar tu desayuno ni el mío, ni ninguna zambullida fría. Vistete de inmediato, Conde Belisario. Traigo una arden para arrestarte con el cango de alta traición. Soldados, capturad a estos criados; necesitaremos su testimonio.

-Eugenio -me dijo Belisario-, conserva los resultados del partido; lo terminaremas en alguna otra ocasión. Luego, suplica a tu ama Antonina que baje en cuanto lo crea oportuna.

Pera me impidieran ir en busca de mi ama.

-Los criados de la ilustre Antonina también serán detenidos -dijo Apión.

Belisario se vistió e invitó a Apión y a los soldados a pasar a la sala templada, pues el día era frío. Allí, Apión leyó la arden, cuyas palabras eran:

Al Ilustre Patricio Belisario, Conde de los Establos Imperiales, Comandante de la Guardia Imperial y los Ejércitos de Oriente, salud.

Por la presente, entérate, Belisario, de que nos, Justiniano tu Emperador, estamos disgustados cantiga y exigimos que te entregues pacíficamente a nuestro funcionario, el Distinguida Procurador Apión, cuando acuda con sus saldados a prenderle.

Repetidamente, en el curso de muchos años, has demostrado ser un súbdito desleal y revoltosa, más preocupada por tu propia seguridad, riqueza y gloria que pon los Sagrados Intereses de tu Señor; coma lo dejará clara el siguiente historial.

Primero, en el año quinta de nuestra reinado, permitiste que la mitad de nuestra ciudad de Constantinopla fuera saqueada e incendiada por las turbas de facciosos, antes de tomar medidas contra los caudillos, los traidores Hipacia y Pompeyo.

Luego, cuando te enviamos contra los vándalos de Áfnica, en el año sexto de nuestro reinado, quisiste e intentaste usurpar nuestra soberanía en la diócesis; mas ciertos generales leales nos advirtieron de tu culpa y te convocamos antes de que pudieras infligimos esa traición.

Luego, cuando te enviamos contra los godos de Italia, en el año octavo de nuestro reinado, desobedeciste tercamente nuestras instrucciones escritas y trataste con el enemiga una paz diferente de la que habíamos autorizado. Más aún, iniciaste una correspondencia secreta con los godos y te ofreciste coma candidato para Emperador de Occidente, queriendo e intentando de nueva usurpar nuestra soberanía; peno una vez más te lo impedimos. Regresaste a esta ciudad sin haber derrotado definitivamente a los vándalos, lo cual fue un grave contratiempo para nos.

- Luego, cuando te enviamos contra los persas, en el año decimotercero de nuestro reinado, te negaste a batallar con ellos y les permitiste regresar a su patria y destruir nuestra gran ciudad de Calínico.

Luego, en el año decimocuarto de nuestra reinado, cuando te enviamos nuevamente contra los persas, no sacaste partido de la ausencia del rey, quien en ese momento estaba devastando nuestro territorio de Cólquida: no te internaste en Asiria para devastar la tierna y rescatar alas cautivos tomadas en Antioquía, aunque habría sido una empresa fácil; y tampoco cantaste la retirada del rey a su regreso del susodicho territorio de Cólquida.

Luego, el mismo año también pronunciaste palabras traicioneras contra nuestra bienamada Emperatriz, Teodora, ahora con Dios.

Luego, en el año decimoséptimo de nuestro reinado, cuando te enviamos una vez más contra los godos de Italia, no realizaste ninguna empresa memorable, despilfarraste nuestro tesoro y nuestras fuerzas y regresaste al cabo de cinca años, dejando que los godos fueran al fin derrotados por nuestro fiel chambelán Nanses. De Italia nos enviaste cantas contumaces y amenazantes, y a tu regresa fuiste participe de una conspiración contra nuestra vida urdida pon Artaban el Armenio.

Luego, en el año trigésimo segunda de nuestro reinado, después de descuidan nuestras fortificaciones y las tropas a tu mando, alentando así una incursión bárbara, te arrogaste la gloria de haber rechazado a los hunos, gloria que pertenecía primero a Dios Todopoderosa y luego a nos; tal como en previas oportunidades habían intentado usurparnos la gloria que ganamos contra los persas, vándalos, monos, godos, francos y otras naciones, exhibiéndote ante la chusma de la ciudad y cortejando sus favores con donaciones.

¡Cuánta paciencia y abnegación hemos demostrado, cuántas veces te hemos perdonado actos y palabras impúdicas!

Ahora, en este año trigésimo séptima de nuestro reinado, nos han llegado noticias de que estás implicado en otra conspiración contra nuestra vida. Nuestros generales ¡Herodiana y Juan (vulgarmente apodado «El Epicúreo») confiesan que has intentado disuadirías de su lealtad hacia nos, y el distinguido patricio Procopio, quien fue anteriormente tu secretario militar, te ha denunciado ante nos por el mismo delito incalificable. Éstas confiensan que conviniste con ellos un día determinado para que se efectuara contra nos un ataque con espadas en nuestra misma Cámara del Consejo, mientras ocupábamos nuestro trono y vestíamos sacras investiduras de la

realeza. Ellos fingieron acceder, pero estaban embargados por el temor y repitieron tus palabras a nuestros funcionarios.

Entérate, pues, traidor, de que nuestro real perdón, que atorgamos con tanta magnl¡ficencia, esta vez te será denegado; pues un criminal que pecó constantemente cuando sus rizos eran negros, y peca aún cuando sus rizos son blancos, no puede ser redimido para la virtud. Seria debilidad de nuestra parte perdonan más allá del límite bíblico de setenta veces siete.

¡Obedece!

Cuando Apión hubo concluido, Belisario le preguntó:

-¿Quién preparó este documento para que lo firmana Su Clemencia?

-Yo mismo -respondió Apión.

-Pon tu acento pareces un tracio del distrito de Adrianópolis. ¿Es posible que te reconozca después de tantas años? ¿No fuimos compañeros de estudios con el docto Malta?Apión se ruborizó, pues no podía olvidan qué personaje despreciable había sido a ojos de sus compañeros de escuela.

-Eso pertenece al pasada -respondió.

A los domésticos nos encarcelaron y torturaron, uno por uno, tanto a esclavos coma a libertos, desde el paje más joven hasta Andreas y yo, quienes frisábamos en los setenta años. Nos pusieron en el potra y nos azotaron; y nos ciñeron la frente con cordeles nudosos, y nos quemaron los pies en un brasero de carbón. A algunos se los tortunó con más severidad que a otros. Yo estaba encadenado en una celda con Andreas, antes de que nos llevaran a la cámara de torturas. Él había presenciado el arresto de Belisa rio, y estaba najo de furia contra Apión.

-El Procurador ha seguida una carrera gloriosa mientras su compañero de escuela mandaba los ejércitos del Emperador: plumas, tinta, pergaminos, servilismo, soborno.

Después de veinte años coma escribiente ocioso, alcanza la dignidad de taquígrafo de la carona; veinte añas más y es asistente del intendente de ejércitos. Cinco más, y es Procurador, servido rastreramente por toda la tribu de copistas, mensajeros, asistentes, carceleros, policías. Un pobre chupatintas alardea ante sus camaradas: «El Distinguida Apión hoy me ha honrado can una sonrisa, y recordó mi nombre». Ahora los sobornos no se ofrecen, sino que se reciben; la humildad se deja de lado. Él es el temible maestre de torturas, señor de las cadenas, los azotes, los potras, los hierros candentes, cuyo sabor ahora nos aguarda. -Andreas también dijo-: ¡Ese manica de Apión! Todavía puedo verlo agazapado en un rincón del aula, enfurecido con nosotras porque no recibió ningún bollo can especias, pues no había intervenida en la batalla contra los oblatos. ¡Oh bollo de la discordia! Creo que debemos persuadir al presidente municipal de que quite el Elefante de su pedestal y erija en cambio una estatua del distinguida Apión.

Andreas murió durante la tontura, pero, para irritar a Apión, no saltó un solo lamento. Yo aullé y chillé sin cesar. Sabía que de esa manera satisfaría al funcionario de la cámara de torturas o lo desconcertaría, de modo que dijera al esclavo: «Suficiente por ahora, amiga: afloja las cuerdas y los tornillos». Todas mis gritos eran: «¡Larga vida a Su Graciosa Majestad!» y «Yo no sé nada, nada». Así escapé. No os aburriné hablando de las lesiones corporales que sufrí ese día. Soy persona sin importancia.

Los inquisidores me preguntaban una y otra vez:

-¿No oíste al traidor Belisario conversar con Marcelo el patricio.., no pronuncio frases traicioneras? Mira, aquí constan palabras que los otros criados le oyeron decir una noche mientras cenaba con tu ama. ¿Estás seguro de que tú mismo no oíste esas palabras? Todas juran que estabas presente.

Yo negaba todo y sostenía que Belisario era el mejor, más afable y más leal de los hombres. Sin embargo, otros confesaron toda lo que hacía falta, a causa de la tontuna.

No estuve presente durante el juicio, que se efectuó en el mes de enero, a puerta cernada. Dicen que Belisario no respondió a ninguna de las acusaciones, excepto, para negarlas. Había algunas más extravagantes que la traición. Pues lo acusaron de cometer sodomía con su hija adoptivo Teodosio y de entablar relaciones impúdicas con su hijastra Manta. Pidió permiso para interrogar a los testigos de la acusación -Herodiano, Juan el Epicureo, Procopio-, peno Justiniano, quien juzgaba el caso personalmente, se lo denegó. También dicen que cuando Justiniano lo azuzó con la parodia de un juicio justa preguntando: «¿Hay algún testigo de fiar a quien desees convocar, mi señor, para atestiguan que no eres un traidor?», él replicó: «Hay cuatro».

-¿Y quiénes son? ¿Están presentes en la ciudad?

-No, Clemencia.

-Nómbralos, no obstante.

-Gelimer, ex rey de las vándalos; Vitiges, ex rey de los gados; Cosnoes, gran rey de Persia; Zabergam, gran cham de las hunos búlgaros. Ellos saben a su pesar que no soy ningún traidor.

Mi ama Antonina fue acusada de complicidad. Dicen que cuando compareció en el tribunal divagaba coma si ya estuviera chocheando, evocando recuerdos indignas de la vida de Justiniano antes de llegar a Emperador. Dicen que sus palabras eran muy fantasiosas y sarcásticas.

-Mi amiga Teodora, del salón Azul de entretenimientos -dijo-, tenía un pequeño perro faldera, glotón y lascivo. Elia le hablaba toda la noche de insensateces teológicas y lo alimentaba con trozos de carne cruda; y él era un pennito mimoso e inquisitiva y lamía todos los pies de la ciudad y olisqueaba en todas las esquinas. Lo llamábamos ,César, pero además tenía un bárbaro nombre godo. -También dijo-: Señoría, conocí una vez a un hambre menudo, sonriente y rubicundo que fornicó con tres generaciones de mujeres. -Aludía a Cnisómalo, su hija y su nieta-. Ofrecía plegarias a Belcebú y nunca aprendió a hablan griega correctamente. Pero por piedad fui cortés con ese hambre menudo, sonriente y rubicunda.

Justiniano perdió la compostura. Cerró el caso apresuradamente.

-Esta noble dama ha perdida el seso. Hay que ponerla en manos de doctores. No está en condiciones de comparecer.

-Las bonitas muchachas del salón Azul -continuó, no obstante, mi ama- emitían las mismas quejas sobre Fagón el Glotón. Decían que sus exigencias eran contra natura; que era tacaño con los presentes de amor; que confundía el éxtasis espiritual con el carnal.., adorando lo corruptible; y que apestaba a cabra.

-¡Lieváosla! -gritó Justiniano con voz estridente.

¡-A cabra y a incienso. Además, se orinaba en la cama y tenía verrugas en los muslos.

Se promulgaron las sentencias. Los castigos fueron diversos. Para algunos, la muerte por decapitación, para otros la muerte en la horca, para otras cadena perpetua. En ¡cambia, a Herodiano y a Juan el Epicúreo les fue otorgado el perdón.

Mi ama fue confinada en el Castillo del Arrepentimiento, que Teodora había levantada en Hierón, y su propiedad entregada a la Iglesia. A Belisario se le pendonó la vida. Pero quedó privado de todas sus honores y posesiones en tierras o tesoros, e incluso descalificada para recibir la limosna común. Peno fue víctima aún de otra venganza espantosa. ¡Ay, ahora mismo! Penmitidme que la escriba rápidamente: esa misma noche le apagaron la luz de ambas ojos con agujas al najo viva, en la Monada de Bronce.

Mi ama, postrada en su catre del pabellón de enfermas del Castillo, me llamó una noche a medianoche y dijo:

-Eugenio, ¿tu temor al Emperador supera a tu aman pon mi y por mi querido esposo?

-¿Cómo me la preguntas, ama? Estoy a tus órdenes.

-Eugenio, cruza el Bósforo en un bote y espera cenca de la Morada de Bronce, mas sin dejarte ven, y prepánate para guiar a mi Belisario cuando mañana lo pongan en libertad. Lo soltarán muy temprano, antes de que las calles estén llenas de gente.

Esperé en la Plaza de Augusto, cenca de la Morada de Bronce, durante muchas horas. Al amanecer, vi cómo das soldados ebrios lo arrojaban violentamente puertas afuera.

-Ve ahora en busca de fortuna, anciana -gritó uno-. Estás libre coma el aire.

-Si -gritó el otro-. ¡Sin dinero, sin hogar, sin ojos, sin fama!

Peno un joven cabo salió para silenciarlas.

-Sois das bestias mugrientas, que nunca habéis alzado la cabeza de vuestras artesas de bazofia. íd de inmediato, os ordeno, a tenderas de espaldas en las losas de la Monada de Bronce. Minad los mosaicos del cielo raso y observad las batallas representadas allí. Veréis las grandes victorias de la Décima Piedra Miliar y Tnicamenón, y la captuna de Nápoles, y la defensa de Roma, y la victoria del puente Milvio. ¿De quién recibe el Emperador, en esas imágenes, los despojos de la victoria.., reyes y reinos y todo lo que más estiman los monarcas? ¡Pues de este Belisario, a quien ahora insultáis en su ceguera, negando que aún conserve algo de fama!

Belisario, volviendo el rostro ciego hacia el cabo, dijo:

-¡Calma, varón entre varones! Los soldados no pueden alaban a quien es odiado pon el Emperador.

-Mi padre luchó en Persia y Áfnica con tu Regimiento Personal -repuso el cabo-, y cayó en Roma defendiendo el mausoleo de Adriano. Si estos rufianes te niegan la fama, deshonran la memoria de mi padre. Acepta esta partida asta de lanza, hombre valeroso, para que guie tus pasos tambaleantes. No me importa quién me oiga decir:

«La fama no se puede extinguir con una aguja».

Las calles estaban desiertas, salvo por los que hurgaban en la basura y los mendigos sin hogar. Belisario, lanza en mano, caminó, deteniéndose a menudo, por las coloridas lasas de mármol de la acera de la calle Principal; lo seguí a poca distancia. Cuando llegó a la estatua del Elefante, se detuvo para palpar las patas rugosas de la bestia.

Le oi murmuran para si misma:

-Contemplad ahora a Behemot, a quien creé contigo; come hierba como un buey.

Sus huesos son fuertes piezas de bronce, sus huesos son como barras de hierro. El es el amo de los caminos de Dios. -Pronta siguió hablando en el mismo tono, citando el mismo libro-. Contemplad, grito mis injusticias mas no me oyen, me desgañito mas no hay juicio. Me ha puesto obstáculos para que yo no pueda atravesarlos, y ha sembrada tinieblas en mi senda. Me ha despojado de mi gloria.

Luego, le hablé en voz baja, a sus espaldas, y le dije:

-Señor, soy yo, Eugenio el eunuco. Mi querida ama Antonina me envió aquí para guiarte.

Se volvió y buscó mi mano a tientas, me atrajo hacia él y me abrazó. Luego, preguntó ansiosamente por mi ama, y le transmití su triste mensaje de amor. Mientras caminábamos, comió el pan y la fruta que yo le había traída para que desayunara.

Belisario me pidió que lo guiana hasta el suburbio de Blaquernas; avanzaba por las plazas y calles vacias a grandes trancos, de tal modo que parecía que en verdad él me guiaba a mí. Nadie

reparó en nosotros. Un viento del este trajo el olor del pan recién cocido de los hornos municipales, y él me lo hizo notar; y cuando pasamos por las muelles, en el distrito de Zeugma, Belisario olfateó y dijo:

-Huelo a canela y madera de sándalo y marineros. Esta ceguera me ha transformado en perro.

Pon último, llegamos al monasterio de San Bartimeo, en Blaquernas. Allí, Belisario golpeó la poterna con la lanza nota y un hermano laica le abrió.

Belisario pidió ven al abad, pero el hermano laico respondió:

-Está ocupado con sus cuentas; no puedo molestarlo pon alguien como tú.

--Dile, te lo suplico, que mi nombre es Belisario.

El hermana laico rió ante lo que consideraba una broma. Pues Belisario vestía túnica de plebeyo, manchada por la suciedad de la prisión, y llevaba un paño mugriento en sus ojos.

-Y mi nombre es Pedro el Apóstol -bromeó el hermano laico.

A través de la puerta entrevi al monje Uliaris, que caminaba pon el corredor para cumplir con algún encargo.

-¡Hermano Ulianis, al rescate!

Ulianis corrió presurosamente hacia la puerta. Cuando percibió el destino de Belisario, sollozó amargamente y exclamó, sin poder hallan otras palabras:

-¡Oh, querido amigo! ¡Oh, querido amigo!

-Uliaris, amado camarada -dijo Belisario-, te suplica que acudas a tu reverendo abad y le pidas cierto objeto de mi posesión que una vez presté a su predecesor hasta que tuviera necesidad de él. Es el cuenca de madera de San Bartimeo, vuestra patrono:

ha llegado la hora de mi necesidad.

Ulianis fue a ven al abad, quien al principio se negó a entregan el cuenco. Argumentó que era una reliquia sagrada que no debía caen en manos profanas, y además una gran fuente de ingresos para el monasterio; y que el Emperador se irritaría si se demostraba caridad a Belisario.

-Sin duda, Dios maldecirá nuestra casa si negamos este cuenco a su auténtico propietanio, de cuya generosidad nos hemos beneficiada estos treinta años -le dijo Uliaris.

Entonces el abad accedió, aunque a regañadientes, y dio a Ulianis la llave del cofre enjoyado donde se guardaba el cuenco. Uliaris salió y nos entregó el cuenco.

Belisario siguió con el dedo la inscnipción tallada, repitiendo en voz alta las palabras «Pobreza y Paciencia». Uliaris estaba tan abrumado pon la pena y la perplejidad, que no encontró palabras de despedida. Abrazó a Belisario y volvió a entrar.

Belisario y yo nos dirigimos entonces al suburbio de Deuterón, junto a la Puerta de Oro. Nos detuvimos ante el pórtico de una iglesia de la Virgen. Aquí, Belisario se sentó para mendigar en la escalinata; pero el bedel, que no lo reconoció, lo echó rudamente. Sufrió el mismo trato en las iglesias de Santa Ana, San Jorge, San Pablo, y la mártir Zoe. Pues estos bedeles reservan las escalinatas de la iglesia para ciertos mendigos profesionales que les pagan una promoción de las limosnas a cambio del privilegio. Por último, me pidió que lo guiana hasta el monasterio de Job el Profeta, a poca distancia, donde al fin lo recibieran con amabilidad. Pues un mendigo ya instalado allí lo reconoció y acudió a llorar sobre su hombro; era Tunimut, el guardia, de nuevo caído en la miseria.

Belisario se neclinó contra un jergón del claustro, cruzando las piernas. Para entonces, las calles habían empezado a llenarse. Con el cuenco en el regazo, clamaba en voz clara y orgullosa:

-¡Limosna, limosna! ¡Dad un cobre a Belisario! ¡Dad un cobre a Belisario, que una vez desparnamó oro en estas calles! ¡Dad un cobre a Belisario, buenas gentes de Constantinopla! ¡Limosna, limosna!

Ante este extraña pregón, que parecía más una anden que una súplica, empezó a neuninse una gran multitud; y el común asombro fue reemplazado por la común indignación cuando reconocieron al viejo héroe y salvador: un mendigo ciega a un costado de la calle. Pronto el dinero llovió dentro del cuenco, piezas de plata y oro mezcladas con el cobre. Aunque algunas se ocultaban el rostro con el manto al dar limosna, hubo muchos hombres de rango e importancia que no se escondieron, y también muchas mujeres.

Algunos de sus veteranos se reunieron ante la noticia. Se formaron como una guardia personal para impedir que la gente se apiñara demasiado en torno, de modo que cada uno pasaba individualmente, saldando su deuda de gratitud con Belisario pon haber librado la ciudad de los hunos. Turimut había traído un costal: en cuanto el cuenco se llenaba, echaba las monedas en el costal y le devolvía el cuenco a Belisario. Antes del anochecen habían pasado cuarenta mil personas, y había muchos costales llenos de dinero. Peno Belisario seguía clamando:

-¡Dad un cobre a Belisario, buenas gentes de Constantinopla! ¡Limosna, limosna!

Todos daban de acuerdo con su posición: las ancianas pobres daban monedas de un cuarta, y los niños de medio. Aun las prostitutas cedían objetos de plata de sus ganancias nocturnas. Un hambre trajo una ancha pieza de oro, diciendo:

-¿A quién aluden la efigie y la inscnipción? -Era un ejemplar de la medalla acuñada después de la conquista de Áfnica, proclamando a Belisario «La Gloria de los Romanos».

Cuando Justiniano se entenó de lo que ocurría, se enfureció y se alanmó. Los ánimas del pueblo se estaban enardeciendo, y había gritos desleales en las calles y manifestaciones delante del palacio. En los muros de los edificios públicos se garrapateaban frases como ésas, con tiza: en latín, Justirnanus ab injustirlis («Justiniano, así llamado pon sus injusticias»), y en griego, «Sansón, en su ceguera, destruyó a un rey y a su corte».

Justiniano llamó apresuradamente a su chambelán, y le ordenó que nedactana un perdón, que firmó, devolviendo a Belisario todos sus títulos y propiedades. Enseguida, el ciego fue escoltado honrosamente hasta su casa pon sus fieles veteranos. Repartió entre ellos el dinero que había reunido: sumaban doscientas piezas de ano pon cada hombre. Peno devolvió el cuenco al abad.

A mi ama Antonina la dejaron salir del Castillo del Arrepentimiento. En las pocas semanas de vida que le quedaron a Belisario, gozó de absoluta serenidad. Mi ama Antonina lo acompañaba constantemente; y cada día, tres o cuatro veteranos lo visitaban para evocar viejos tiempos, turnándose para verlo. Belisario tenía prohibido abandonan su propiedad, pues Justiniano temía al pueblo; pero lo trataban con tantas consideraciones, y había tantas personas ansiosas de visitarlo, que parecía vivir en una corte en vez de estar sometido a una sentencia de detención.

Belisario murió mientras dormía el trece de marzo del año de Nuestro Señor de que no tuviera ninguna cicatriz, pese a las muchas batallas sangrientas que había librado en todo el mundo. Mi ama Antonina, que tomó su muerte con calma, dijo:

-Así es, las únicas heridas que jamás sufrió se las infligió su propio Emperador.

Antes de que terminara el año, el 13 de noviembre, también murió Justiniano, de una gangrena. Adónde fue el alma de cada cual, que lo discutan los cristianos. Pero dicen que el final de Justiniano fue ruidoso y extraño; y que cuando por última entregó el alma, chillando de terror, la voz del Padre de las Mentiras vibró en los aposentos del palacio, en una siniestra panodia de las Escrituras: «Este es mi Hijo bien amado, en quien yo me regocijo».

Justiniano se dio el gusto de sobrevivir a su enemigo, Belisario. Peno de las cuatro personas tan estrechamente ligadas a esta historia -Justiniano, Teodora, Belisario, Antonina-, la más longeva fue mi querida ama. Después de la muerte de Belisario se volvió muy reservada, y pronto fui yo

la única persona con quien hablaba. Por último, me pidió que la ilevara al convento donde su hija Joannina era ahora abadesa; y allí, no mucho después de hacer las paces con Joannina, murió. Donó toda su dinero al mismo convento, excepto por una asignación suficiente para mis necesidades.

He sobrevivido al mismo Narses. Os contaré su fin y luego concluiné. A la muerte de Justiniano, Justino heredó el trono (no Justina hija de Germán, el sobrino-nieto del Emperador, sino un primo mayar, hijo de Vigilancia, hermana del Emperador).

Luego, Nanses, aún gobernador de Italia, fue denunciada por una delegación de italianos que visitó a Justino en Constantinopla. Narses había gobernado sabia y firmemente, peno la pobreza del país era tan opresiva que su recaudación de impuestas no podía dejan de parecer tiránica. Justino accedió a destituir a Narses, y escribió a Italia diciéndole que quedaba relevado de su cargo a causa de su vejez. Nanses, entregando su autoridad y su título a un tal Longino, dejó el palacio de Rávena y se retiró a una villa en Nápoles. Allí recibió una ofensiva carta privada de Sofia, nieta de Anastasia, la hermana de Teodora, ahora esposa de Justino: en ella, Sofia observaba cruelmente que hacía bien en ceden a los hombres la profesión de las armas, y lo exhortaba de retomar su anterior ocupación de urdir lana entre las doncellas de palacio. La razón de esta expresión de malevolencia era un desaire que Nanses le había hecho una vez, cuando era chambelán, y que ella nunca pendonó.

Cuando Nanses leyó la canta, exclamó:

-Undiné para la Emperatriz una trama que no podrá desenredar en toda su vida.

-E inmediatamente procedió a urdir una trama de intrigas con el enemigo de más allá de la frontera norte. (Aunque os parezca increíble, Narses tenía entonces noventa y cuatro años, pero era tan activo física y mentalmente como muchos cincuentones.

A los noventa y un años, había obtenida una gran victoria en el norte contra un tal conde Vidino, un rebelde, y contra los francos y alamanes que lo respaldaban.) Justino sabía que los salvajes lombardos estaban meditando la invasión de Italia, y ansiaba que su amigo Longino, el nuevo gobernador de Italia, obtuviera la gloria de derrotarlos. Pero Narses, resuelto a vengarse de la Emperatriz Sofia, envió un emisaria al rey Albuino, de las lombardas, diciendo: «El Emperador me ha quitado el mando y ha abierto las fértiles tierras de Italia a sus resueltos guerreros».

Estos germanos invadieron, pues, el norte de Italia cruzando el pasa de Brenneno.

Nanses escribió a Justino, ofreciéndose para rechazar a Albuino si le devolvían inmediatamente el mando. Pero Justina no le prestó atención. Luego, los lombardos, que no encontraron una oposición enérgica en Longino, capturaran toda Italia al norte del Po, que hasta hoy forma parte de sus dominios.

Narses murió de remordimiento.

¿Qué debe decirse ahora de la paciente sumisión de Belisario a las crueldades y caprichos de Justiniano, su Emperador? Algunos han sostenido pon esta causa que su carácter se eleva muy pon encima del de un hombre ordinario; otros, que queda muy pon debajo en el nivel de un cobarde. El asunto podría discutinse hasta el infinito. Lo que para mí tiene más pesa que cualquier ociosa controversia filosófica es mi conocimiento del parecer del propio Belisario. Pues, así como no compartía el criterio de los donatistas de Áfnica, quienes no querían aceptar los Sacramentos de manos de un sacerdote malévolo, sino sólo de uno con reputación intachable, tampoco compartía el criterio de los donatistas poifticos, que se erigían en cnfticos de quienes ejercían la autoridad y lo arruinaban todo con su desobediencia e ignorancia. Por mi parte, siendo un doméstico, creo que la clave más segura del temperamento de un hombre la da su trata con los domésticos: refleja la dignidad con que se componta ante quienes tienen autoridad sobre él. Belisario era el amo más dulce, en mi opinión, que jamás tuvo sirviente alguno.

Conviene reparan en esto: aunque Justiniano trató a Belisario execrablemente, jamás le ordenó realizan ningún acto que se opusiera llanamente a las leyes de Dios; pues Belisario no habría obedecido, podéis estar seguros, porque consideraba las leyes de Dios superiores a cualquier mandamiento del hombre.

Y además, está esto: Justiniano, pese a sus presuntos tratos con Belcebú, era muy celoso de la fe cristiana. Guardó vigilias, ayunó, construyó y enriqueció monasterios e iglesias, desalentó la infidelidad, aumentó los poderes temporales de los obispos y obedeció con toda vehemencia la irónica exhortación de Jesús a ponen la otra mejilla a quienes lo golpeaban. Así: pagó dinero al cham Zabengan, que había devastado Tracia, otorgó rango de patricio a Artaban el conspirador, honró a traidores probados como Henodiano y Juan el Epicúreo. Después de la muerte de Teodora, llamó incluso al empobrecido Juan de Capadocia de Alejandría y lo mimó nuevamente. Si, con los malhechores, el Emperador era indulgente hasta la extravagancia. Pero con los hombres honestos no sabia qué hacen, pues la doctrina cristiana nos instruye primordialmente para tratan con pecadores, opresores, calumniadores y traidores, pero ofrece pocas pistas sobre cómo recompensar la virtud natural. (Es mejor dar que recibir, perdonan que sen perdonado.) Así, Justiniano recompensó a Hipacio con la muerte por su recta conducta durante los Disturbios de la Victoria; y trató al noble Germán con recelo y desdén; y con Belisario fue un verdadero demonio. Mi conclusión es la siguiente: pienso que Belisario compadecía a Justiniano porque éste anhelaba sen cristiano, peno carecía de los conocimientos para lograrlo.

Según los evangelistas, Jesucristo cantó una vez una parábola sobre una oveja descarriada rescatada al fin pon el pastor; y extrajo la moraleja de que hay más regocijo en el Cielo pon cada pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de arrepentimiento. Aquí, sin duda, Jesús volvió a hacen gala de su ironía, llamando «justos» a los mezquinos y beatos. Pero, al parecer, Justiniano, en su vejez, llevando la parábola a extremos absurdos, decidió que el pastor debía insultar y torturan a la única oveja que permanecía obedientemente en el cornal antes que vérselas con sus noventa y nueve compañeras depravadas; y aparentemente extrajo la moraleja de que hay indignación en el Cielo cuando cualquier persona (salvo el mismo Hijo de Dios) se comparta con probidad inflexible. Este criterio no es infrecuente entre teólogos destacados, pues conocen de sobra sus propios impulsos pecaminosas.

-Bajo las antiguos dioses -decía mi amo Damocles, exagerando un poco el argumento-, la virtud siempre se honraba, y la ignominia se condenaba; la cruz del villano no se donaba ni se enjoyaba; el hombre no se regodeaba en la propia humillación.

Pero que cada cual crea lo que le plazca. Y si acaso es un simple devoto de la virtud, no un amante de la lógica tortuosa, ni un teólogo hipócrita, ni un asceta pervertida, esta historia no le ofenderá, sino que, pon el contrario, lo reafirmará en sus principias. Pues el Cande Belisario profesaba gran devoción por la virtud, de la cual nunca abjunó. Quizás, aquellos de vosotros que otorguen un peso histórico a la narración evangélica opinen que Belisario se camportó ante Justiniano, al sen juzgado, en forma muy similar a la de su Señor ante Poncio Pilato, el gobernador de Judea, al ser injustamente acusada del misma crimen: traición al Imperio; y que sabrellevó pacientemente sufrimientos no menares.

No hay más que decir, pues, sobre estas cosas.